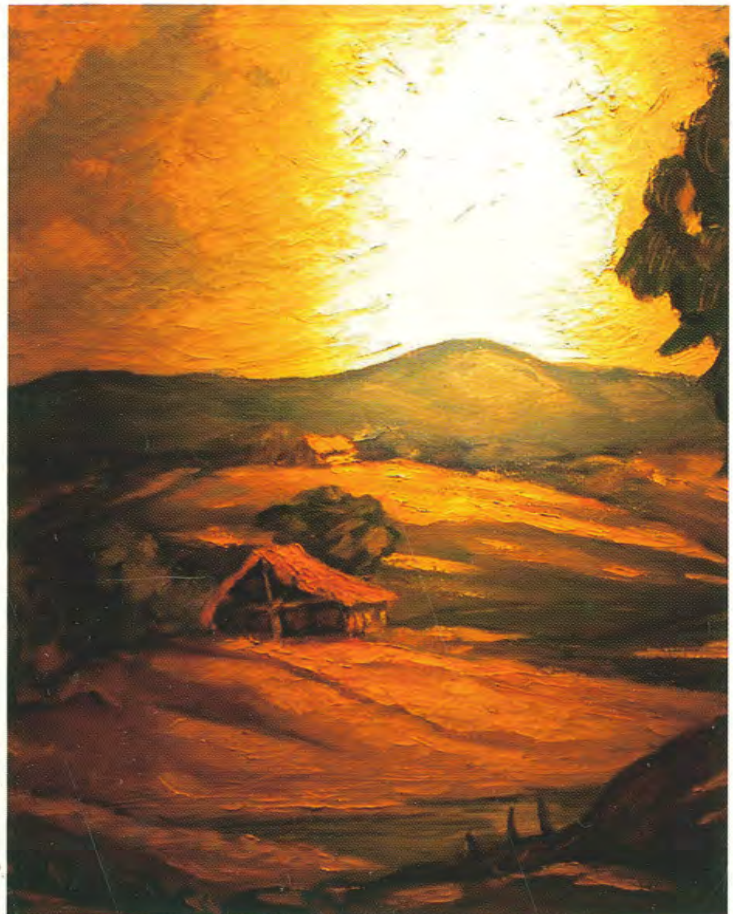


FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS ESCOGIDAS 1. TRILOGÍA PATRIÓTICA Y EL DERRUMBE



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XXXVIII

OBRAS ESCOGIDAS
1. TRILOGÍA PARIÓTICA
Y EL DERRUMBE

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director-fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXXVIII

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS ESCOGIDAS
1. TRILOGÍA PATRIÓTICA
Y EL DERRUMBE

*Estudio preliminar de
Manuel García-Cartagena*

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2004

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

ISBN-99934-54-15-X

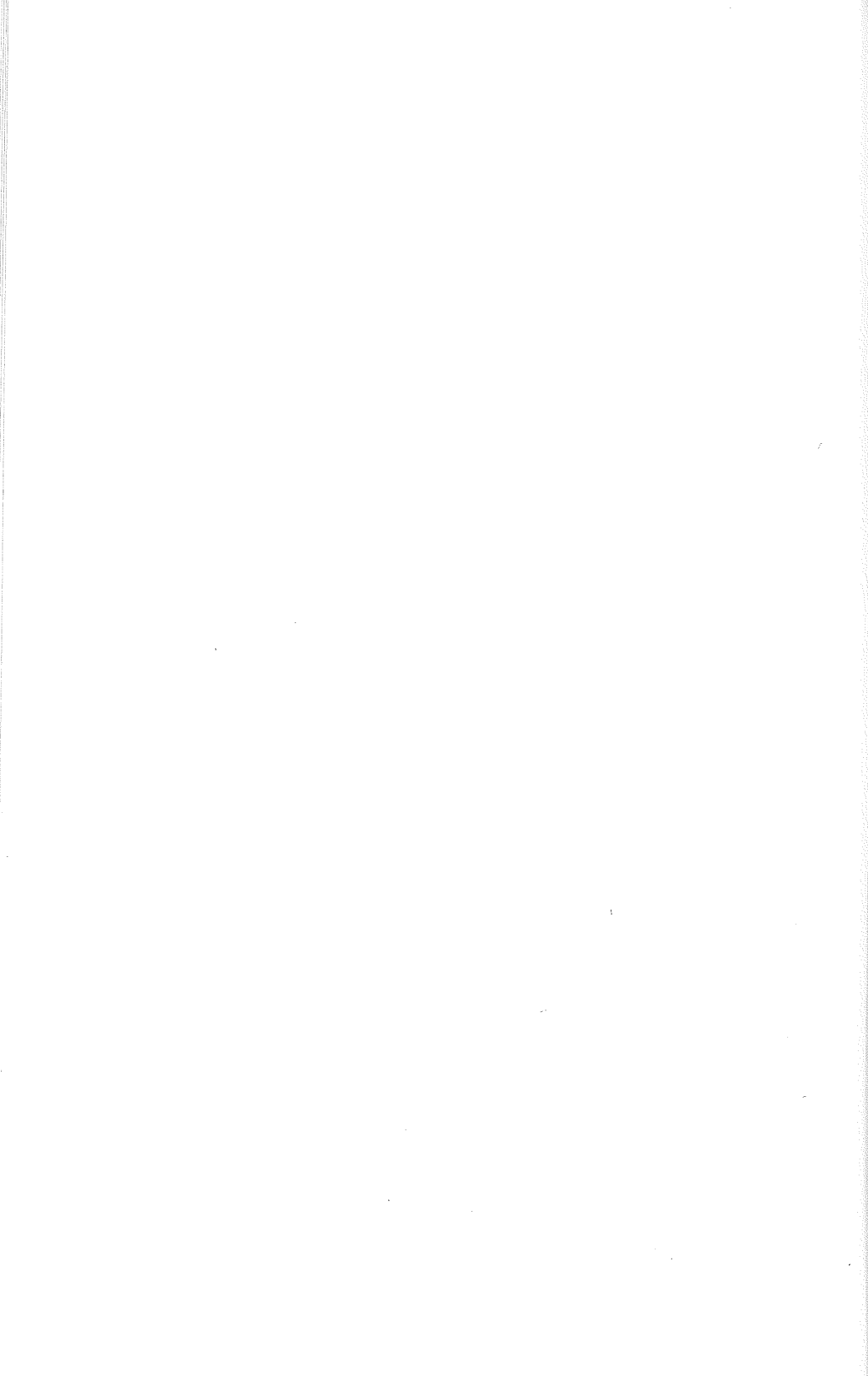
Diagramación
Full Design, C. x A.

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic



Federico García Godoy



UNA INTRODUCCIÓN A LA VIDA, LA OBRA Y LAS IDEAS DE FEDERICO GARCÍA GODOY

Intentaremos, a manera de introducción a esta edición de las *Obras escogidas* de Federico García Godoy por la Fundación Corripio, Inc., restituir para el público contemporáneo algunos de los rasgos más prominentes del perfil biográfico, personal, intelectual y literario de este autor nacido en 1857 y fallecido en 1924, quien fuera en vida uno de los más preclaros pensadores de la dominicanidad del período comprendido entre 1890 y 1920.

En el número de los escritores, poetas y pensadores dominicanos que, a partir del último cuarto del siglo XIX, recibieron el estímulo ideológico de esa suerte de pensamiento *solar* con pretensiones de filosofía que fue la prédica hostosiana, Federico García Godoy logró, por razones de personalidad o de empeño, o por ambas a la vez, perfilarse como uno de los intelectuales dotados de mayor autoridad ética en su época.

Buena parte de este bien ganado prestigio reposó, sin lugar a dudas, en el dilatado dominio que este autor demostró poseer, tanto en el campo de la literatura en varios idiomas, como en el de las teorías literarias, filosóficas, estéticas y políticas, sin haber sido un hombre de formación académica acabada, sino más bien autodidacta, como tuvieron que serlo, por razones que nos parecen obvias, la mayoría de nuestros intelectuales, por lo menos hasta el tercer cuarto del siglo XX.¹

1. Como lo cuenta el mismo Federico García Godoy, fue en la biblioteca de su padre donde él se procuró su formación. A la pregunta de Horacio

De su ejemplar lucidez, de su vasta cultura personal y de su extraordinaria capacidad de síntesis nos hablan tanto sus novelas como el resto de su producción bibliográfica, compuesta en su mayoría de artículos y ensayos de crítica literaria, filosófica y sociológica².

No obstante, de su inmenso amor por nuestro país, nos habla, sobre todo, el grato recuerdo, lleno de admiración, que varias generaciones de lectores de sus obras han conservado prácticamente intacto hasta nuestros días.

Justo es, ante aquellos que nos han amado hasta el punto de preferir confundirse con nosotros en el duro trajinar de nuestra accidentada historia, en lugar de marcharse a otras tierras más afortunadas y abandonarnos a nuestra suerte, rendirles un tributo de eterno respeto, contribuyendo a perpetuar entre nosotros el recuerdo de su paso por nuestra patria.

Tal es, en gran medida, uno de los cometidos principales que ha animado a la Fundación Corripio, Inc. a hacer realidad esta edición de las obras de don Federico García Godoy.

Blanco Fombona de: «¿Cuándo, cómo y por qué empezó V. a escribir?», don Federico respondió: «Mi afición por las letras principió desde muy temprano. Mi padre fué (sic) escritor y poeta de verdadero mérito. Poseía una buena biblioteca y de ella me aproveché para mis estudios. La historia y la filosofía me atraían preferentemente. La prosa de la vida, la necesidad de ganarme el pan, me distrajeron, durante largos años, de mi inclinación a las cosas literarias. Ese desvío no fue nunca completo. Esa inclinación, de cuando en vez, se traducía en artículos de escaso valor y aún en no pocos versos. Cultivé el lenguaje rítmico, pero lo abandoné presto comprendiendo que Dios no me llamaba por ese camino... Mi actividad literaria verdadera comenzó sólo hace diez años cuando las necesidades materiales de la vida fueron haciéndose menos apremiantes...» (cf. «De Federico García Godoy a Horacio Blanco Fombona. La Vega, septiembre de 1917»), in «*Archivo literario de Hispanoamérica*», *Revista Dominicana de Cultura*, núm. 2. Ciudad Trujillo: diciembre de 1955, p. 308. Citado en lo sucesivo así: *RDC*, seguido del número de página.

2. Un número indeterminado de estos artículos son hoy de difícil ubicación, cuando no se les considera definitivamente perdidos, por haber sido publicados en las efímeras páginas de periódicos y revistas de su época, tanto en el país como en el extranjero.

Los "dos nacimientos" de Federico García Godoy

Federico García Godoy, a quien se le conoce como el "fundador del nacionalismo literario dominicano", nació en Santiago de Cuba en 1857³. La versión contemporánea del mito del origen es la responsable de que el periplo trazado por "El Solitario de La Vega"⁴ resulte contradictorio a los ojos de una época como la nuestra, que no vacila en etiquetar y encasillar a los individuos o a contingentes enteros de personas por el lugar en donde nacen, sin tener en cuenta otros factores definitivamente más humanos⁵.

3. En un artículo publicado en dos partes en los números 6 y 7 de la revista *Altiplano*, el escritor Armando Cordero citaba «[...] un cuaderno donado por Pedro Henríquez Ureña al Museo Nacional» (CORDERO, Armando: «Federico García Godoy», in *Altiplano*, núms. 6 y 7. Ciudad Trujillo, 1948. En la cita, p. 9 del núm. 6 de la revista citada) en el cual se hacía constar que el año del nacimiento de Federico García Godoy era el de 1854 y no el de 1857, como apareció publicado en la Colección Trujillo y como, probablemente retomándolo de esta fuente, lo repetirieron, entre muchos otros, Rufino Martínez en su *Diccionario histórico-biográfico* (MARTÍNEZ, Rufino: op. cit.), Néstor Contín Aybar en su *Historia de la literatura dominicana* (CONTÍN AYBAR, Néstor: *Historia de la literatura dominicana*. Tomo II. Reedición de la Universidad Central del Este (UCE), 1983, pp. 299-301) y Joaquín Balaguer en su *Historia de la literatura dominicana* (BALAGUER, Joaquín: *Historia de la literatura dominicana*. Quinta edición. Buenos Aires: Gráficas Guadalupe, 1972, p. 274), para sólo citar algunas de las obras de referencia habitual en esta materia. Un detalle de la manera en que Cordero anota su observación nos empuja, no obstante, a tomarla con cierta prudencia, pues la hace figurar en una nota al pie, mientras que, en el cuerpo de su artículo cita, curiosamente, la misma fecha que su nota invalida (1857) como el año de nacimiento de Federico García Godoy.

4. Bajo el pseudónimo El Solitario de La Vega, Federico García Godoy publicó en la prensa de su época sus primeros escritos.

5. Nos adherimos, en este sentido, a la opinión vertida por Rufino Martínez en su nota biográfica sobre F.G.G., en la que afirma que nuestro ilustre escritor: «Representa un valor más nuestro, es decir, más dominicano que algunos cuya clasificación a ese respecto se basa principalmente en el hecho de haber nacido en nuestro suelo. La razón es que se entregó amorosamente, armado de la cultura, a hurgar en el acervo de lo creado por la vida libre del pueblo dominicano, para entresacar la materia prima con qué producir obras en las cuales late y perdura el pasado como expresión del alma colectiva» (MARTÍNEZ, Rufino: *Diccionario histórico-biográfico* (1821-1930). Santo Domingo: Editora de Colores, 1997. pp. 211-212).

Cabe preguntarse, por tanto, para evitar lo que Bergson llamaba "la ilusión retrospectiva": ¿estamos acaso conscientes, los dominicanos y dominicanas de nuestra época, de lo que significó el balance de nuestras guerras de Independencia y de Restauración en términos demográficos y sociológicos? Sin duda, no faltará el historiador nuestro o extranjero que, siguiendo quién sabe qué ocultos designios revisionistas, pretenda minimizar las cifras que se aventuran en el momento de consignar la cuantía de las víctimas humanas de dichas guerras. Que esto no importe: súmese a ese número que, por haber permanecido históricamente indeterminado, damos por indeterminable, el cálculo de las familias dominicanas que, en aquel período como en tantos otros, emigraron hacia países cercanos (principalmente a México, Puerto Rico, Venezuela, Cuba, Curaçao, entre otros), luego réstese la suma así obtenida al estimado de la población que tenía la parte hispanófona de la isla al final de los años 1860, y la dimensión fantasmal de la palabra *despoblación* adquirirá el peso específico que tuvo, históricamente, en la población dominicana de fines del siglo XIX y de principios del siglo XX^o.

6. La percepción histórica que los dominicanos y dominicanas tuvimos de nuestro país como un *territorio despoblado* es una de las herencias más incontrovertibles que nos legaron los avatares de nuestra historia política, tanto la reciente como la menos reciente. Esta percepción la tenían todavía las generaciones de dominicanos que vivieron los primeros años de la dictadura trujillista. El historiador Frank Moya Pons nos recuerda de qué manera: «Los dominicanos tuvieron siempre la idea de que vivían en un país despoblado que necesitaba aumentar su población. De manera que el Gobierno de Trujillo desde el principio estimuló no sólo la inmigración sino que además patrocinó la constitución de familias numerosas pues en los primeros años de su régimen el problema era contar con suficientes brazos para incorporarlos a la fuerza de trabajo. Esta política demográfica estuvo acompañada de un mejoramiento notable de los servicios de salud iniciados durante la Ocupación Militar Norteamericana que produjo una baja en la mortalidad lo que dio por resultado que entre los años 1935 y 1950 la población creciera visiblemente y pasara de 1,480,000 habitantes en 1935 a 2,100,000 en 1950 y a 3,000,000 en 1960. Este crecimiento demográfico tuvo consecuencias inmediatas, pues con la facilidad de las nuevas comunicaciones y con la modernización de ciudades, que fueron dotadas de luz eléctrica, acueductos; centros sanitarios, escuelas, y otros servicios urbanos, muchos campesinos que no tenían oportunidades de trabajo empezaron a emigrar hacia las ciudades, acelerándose así el

Urgidos a reflexionar ante la evidencia sensible de esta falta de efectivos, la mayoría de los gobernantes dominicanos posteriores a la Restauración (1865) ponderaron diversas soluciones a este problema, siendo, sin lugar a dudas, la idea de propiciar una serie de oleadas de «migración selectiva» la que logró captar mayor simpatía entre los representantes del *statu quo* de la época.

De entrada, pues, podemos situar al miedo, el aislamiento, la soledad y la sensación de abandono como los ingredientes principales del caldo de cultivo en el cual se incubó la matriz histórica del sentimiento nacional dominicano. Honda huella habían dejado estos ingredientes en el inconsciente colectivo de una sociedad que no había vacilado en volver a reeditar su pasado monárquico, luego de haber abierto su pecho para donar su sangre en los campos de batalla de las guerras de Independencia contra las huestes haitianas, al cabo de las cuales, el mismo miedo, el mismo aislamiento, la misma soledad y la misma sensación de abandono parecían haber rebasado todos los umbrales de tolerancia imaginables.

El resultado lógico de este proceso había sido la inculcación, en la mentalidad de la mayor parte de la sociedad dominicana, de un infame sentimiento de inferioridad y de autodesprecio colectivos.

Íntimamente ligada a esta valorización deficitaria del Ser, del Hacer y del Tener dominicanos, la idea de propiciar la *migración selectiva* como “remedio” a todos los males de nuestra sociedad, y su corolario obligado, es decir, el sueño de «blanquear» o de «mejorar» la raza encontraron terreno fértil para su desarrollo en la pluma de numerosos pensadores y políticos locales, quienes luego, sobre todo a partir de 1890, verían confirmadas sus hipótesis al encontrar en las ideas de Eugenio María de Hostos un punto de apoyo excepcional, como nos lo recuerda José del Castillo.⁷ Según este sociólogo, cuando el

proceso de urbanización que se había iniciado en Santo Domingo durante los años de Horacio Vásquez» (MOYA PONS, Frank: *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, Editora de la Universidad Católica Madre y Maestra, 1981, p. 516). Todas las referencias ulteriores a esta obra serán abreviadas en lo sucesivo así: *MHD*, seguido del número de página. 7. «Eugenio María de Hostos —escribe Del Castillo— fue, en la década de los 80, una de las plumas que con mayor constancia y pasión abanicó el sueño de la inmigración selectiva. Su opinión resulta sumamente representativa, dado el influjo que su apostolado cívico ejerció en la élite

presidente Gregorio Luperón hacía gestiones en París con el propósito de hacer venir hasta la R.D. a contingentes de judíos rusos y alemanes, Hostos se hizo el defensor a ultranza de la inmigración, a la que él consideraba como «*el problema de los problemas y el medio de los medios, porque es el único que puede resolverlos todos*»⁸. Imbíbidas en la enseñanza positivista de Hostos, las élites intelectuales dominicanas de fines del siglo XIX y de principios del XX no cesaron de relanzar el debate relativo a las ventajas de la «inmigración selectiva». No fue sino demasiado evidente que esta valorización de la inmigración no escapaba a los diferentes fantasmas étnico-culturales que conducían a «seleccionar» determinados «orígenes» y a despreciar otros⁹.

ilustrada de la época» (DEL CASTILLO, José: «Inmigraciones», en: *Ensayos de sociología dominicana*. Santo Domingo, Ediciones Siboney, 1981, p. 19). Vid, igualmente, el capítulo I («Cambios en la estructura agraria») del ensayo de HOETINK, Harry: *El pueblo dominicano: apuntes para su sociología histórica* (Santo Domingo: Ediciones Librería Dominicana, 1997, en especial las pp. 38-42).

8. *Ibidem*. Los subrayados son nuestros, M.G.C.

9. El mismo Hostos experimentó reticencias respecto a las oleadas migratorias provenientes de las Islas Canarias que llegaron a las costas dominicanas a fines del siglo XIX, en momentos en que el pensador puertorriqueño aprobaba el proyecto de establecer colonias agrícolas judías en el país como una manera de paliar la subexplotación de las tierras cultivables y el desarrollo de la cultura de la caña de azúcar. Y, de hecho, el discurso de Hostos relativo a la colonización de las tierras dominicanas por parte de extranjeros es uno de los aspectos más paradójicos que podrían encontrarse en su obra, sobre todo si se le compara con su enérgica oposición ante la colonización de Puerto Rico por los EE.UU.: «Colonizar —escribía Hostos— no es reunir alrededor de un capitalista, propietario de un terreno y dueño de un ingenio mecánico, unos cuantos poseedores de dos o tres mil pesos fuertes que, pagando el trabajo muscular de algunos braceros, produzcan caña para el Ingenio, la vendan a precio impuesto, ganen unos cuantos miles de pesos en unos cuantos años y al cabo de ellos pierdan todo derecho al terreno que han creado como valor económico». En efecto, para Hostos, o «se coloniza para sólo cultivar la tierra», o «se coloniza para cultivar a la par el suelo y el hombre» (*ibidem*). Tanto el empleo del término «colonización» como la defensa de la idea que éste implica resultan chocantes viniendo de parte de un hombre que fue un activista enérgico en la lucha contra la colonización de su país, Puerto Rico. No es ésta la única paradoja que se desprende de la lectura de la obra ideológica de Hostos en la R.D.

Como veremos más adelante, uno de los tópicos principales del debate intelectual y político de los años finales del siglo XIX era el que se centraba en torno a esta idea de propiciar la «migración selectiva» como solución al problema del déficit poblacional que afectaba al territorio dominicano, el cual, hacia finales del siglo XIX, era continuamente sentido y vivido como un mal congénito por nuestra sociedad, sobre todo cuando se comparaba con Haití.

La imperdonable carencia hasta la fecha de una historia de la vida cotidiana en la República Dominicana contribuye a reforzar el valor de tabú que todavía afecta, en algunos cerebros enfermos de puerilidad crónica, este hecho de sociedad. Hoy más que nunca se impone, pues, aprovechar la gran cantera de lucidez que evidencian las ideas que don Federico nos dejó acerca de la sociedad dominicana que le tocó vivir, no para retomarlas, sino para tratar de responder con ideas de nuestros días aquellas interrogantes que él dejó sin respuesta, y destruir aquellas de sus respuestas que hayan envejecido con nuevas preguntas más adecuadas para nuestra época.

Para estos fines, importa, pues, ante todo, entender el contexto sociohistórico en el que se produjo la *inserción* de la familia García Godoy en nuestra cultura, antes de considerar la lógica que sostiene la interrelación de lo vivido y lo escrito en y por la obra de don Federico.

La familia García Godoy se integra en el proyecto histórico dominicano

Como muchas otras familias, la de los García Godoy llegó a nuestra tierra huyendo a su vez de las guerras de la revolución cubana del 1868. Según Néstor Contín Aybar, el padre de nuestro escritor, don Federico García Copley:

«[...] un literato distinguido, que a la vez era profesor, fue el maestro de su hijo en realidad, aunque éste asistió en 1870 en la capital de la República a las clases de idiomas extranjeros que se dictaban en el afamado Colegio de San Luis Gonzaga»¹⁰.

10. CONTÍN AYBAR, Néstor: *op. cit.*, p. 300.

Sin lugar a dudas, serían estos estudios de lenguas extranjeras los que le abrirían más tarde las silenciosas sendas del pensamiento y la literatura universales.

Partiendo de Santo Domingo, los García Godoy se instalarían primero en Puerto Plata¹¹, luego en Santiago de los Caballeros. En Puerto Plata, nos indica Joaquín Balaguer, don Federico se inició en el periodismo, hacia 1870, colaborando en el periódico *El Porvenir*¹². De esa primera estancia en Puerto Plata se

11. Cf. el siguiente comentario de Emilio Rodríguez Demorizi titulado «Federico García Godoy en Puerto Plata, 1876»: «El ilustre crítico nació en Santiago de Cuba en 1857 y muy joven se radicó en Puerto Plata, junto con su padre, el escritor Federico García Copley. Después se trasladó con su padre a Santiago, y finalmente a La Vega, donde formó su admirable hogar dominicano y se convirtió en uno de los dominicanos de su tiempo que más honraron la República, por las letras y la civilidad. Federico García Godoy se inició en el magisterio en Puerto Plata. En su artículo "El Colegio Municipal", de 1876, lo recuerda nada menos que el Señor Hostos, entonces en la ilustre villa de Isabel de Torres. Decía: *Cierto es que, al lado del Sr. Benítez, emplea toda su sana fuerza intelectual el Sr. García Copley, digno auxiliar del Director y de las inteligencias infantiles; cierto también que, desde Oller hasta Varona y Betancourt, y desde Benítez hijo hasta García hijo, todos esos profesores jóvenes secundan en sus respectivos ramos de enseñanza a los expertos guías...* Don Fico como se le llamaba familiarmente no olvidó nunca a Puerto Plata: la recuerda al hacer las alabanzas de *La Educadora*, la escuela fundada allí por Hostos; y asimismo en otros escritos, particularmente en su bella evocación de la llegada de Espaillet a Puerto Plata, a fines de 1876» (RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio: *Noticias de Puerto Plata*. Santo Domingo: Editora Educativa Dominicana, 1974, p. 155). *Vid.*, en esa misma obra, el texto integral del artículo de Hostos titulado "El Colegio Municipal" (pp. 49-51).

12. Según Joaquín Balaguer: «Federico García Godoy se inició como periodista durante su residencia en la ciudad de Puerto Plata. Allí fue colaborador asiduo del decano de la prensa nacional *El Porvenir*, periódico que aún subsiste. La vocación de periodista no desaparece del todo cuando ya el gran crítico comienza, en la ciudad de La Vega, donde se radicó hasta su muerte acaecida en 1924, su verdadera labor literaria. En 1910 fundó el periódico *Patria*, el cual tuvo vida efímera como la mayoría de las publicaciones de su género. En 1914, y con el propósito de intensificar su obra de propaganda cívica, fundó en La Vega un nuevo periódico: *El Día*, del cual lo único que perduró fueron las huellas dejadas por sus campañas patrióticas en la conciencia dominicana» (BALAGUER, Joaquín: «Federico García Godoy», in *Federico García Godoy. Antología*. Selección, prólogo y notas de Joaquín Balaguer. (Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1951, p. 10, nota al pie número 1. Citado en lo sucesivo así: *Antología*, seguido del número de página). El dato sobre la fecha aproximada en que don Federico se inició en el

acordaría el novelista en 1916, en el momento de insertar un comentario nostálgico y amargo, motivado por los funestos acontecimientos de la represalia armada a la que el presidente Bordas Valdés sometió a la histórica ciudad del norte¹³ en general y a él en particular¹⁴. Posteriormente, el joven Federico se trasladaría a La Vega, donde terminaría fijando su residencia, al conocer allí a la joven Rosa Ceara, con quien contrajo nupcias y procreó su familia. El 7 de enero de 1888, por medio de la Resolución número 2612, le fue concedida la nacionalidad dominicana a «Don Fico», como le llamaban sus contemporáneos¹⁵. Tenía a la sazón 31 años. El dato es doblemente relevante, debi-

periodismo figura en la página 28 de ese mismo texto del doctor Joaquín Balaguer.

13. El comentario de García Godoy, inserto en una de las páginas de *El derrumbe*, es el siguiente: «¡Puerto Plata! Convertida en baluarte del derecho escarnecido, la noble ciudad sigue defendiéndose bravamente. ¡Tan bella, la gentil, tan pintoresca, con sus casas blancas de sencilla elegancia, con la policromía de sus rientes pensiles, con su mar azul, con la montaña enhiesta en cuyas faldas reposa en un ambiente de serena y desbordante alegría! Ahora, luto, desolación en sus calles, en sus casas. Tiemblo por su suerte. No puedo olvidar que en ella transcurrieron los dorados días de mi adolescencia y mi primera juventud...» (GARCÍA GODOY, Federico: «José Bordas Valdez», in *El derrumbe*. Santo Domingo: Publicaciones de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Colección Historia y Sociedad No. 16, 1975, p.142).

14. El presidente Bordas, quien había sido amigo de don Federico antes de asumir la presidencia, cambió luego de actitud hacia él, llegando incluso a dictar orden de prisión en su contra. Cf. el comentario siguiente de Federico García Godoy a Pedro Henríquez Ureña del 21 de diciembre de 1913, en el cual confiesa su pesimismo respecto a la situación política del país en ese año: «Sabrá Ud. que era candidato de esta provincia [La Vega, M.G.C.] para la Asamblea Constituyente. Casi todo el pueblo postulaba con entusiasmo mi candidatura; pero el gobierno se impuso aquí ahogando en atropellos y sangre las elecciones. Estamos perdidos. Vamos a caer inflexiblemente en el ignominioso abismo de la intervención americana por obra, ¡oh vergüenza! de nosotros mismos. Estuve dos días preso junto con otros distinguidos amigos por protestar contra el infame atropello» (*RDC*, p. 300). Posteriormente a su liberación, don Federico continuó sufriendo la persecución política por parte del gobierno de Bordas, lo cual lo obligó a refugiarse en el Santo Cerro durante el ataque armado que dicho presidente dirigió a la ciudad norteña. El mismo don Federico esboza un minucioso retrato de las pequeñeces personales de aquel presidente-militar en el capítulo de *El derrumbe* que citamos en la nota anterior.

15. Cf. CONTÍN AYBAR, Néstor: *op. cit.*, p. 300.

do a que precisamente ese año apareció publicada en Santiago de los Caballeros su primera obra: *Recuerdos y opiniones*. Don Fico, que ejercía en esa época el oficio de profesor, "nació", pues, en ese año, dos veces más: como autor y, por lo menos oficialmente, como dominicano.

Sin lugar a dudas, buscaría desviar la atención respecto a este detalle esencial quien intentara considerar como un hecho "casual" la contemporaneidad de estos *dos nacimientos metafóricos*, puesto que ambos son etapas simultáneas de un mismo proceso. En efecto: el camino que condujo a Federico García Godoy a convertirse en escritor fue inseparable de aquel que lo fue convirtiendo, interminablemente, en dominicano. Sobre este particular, arriesgamos la hipótesis de que la búsqueda inconsciente de *perder el origen geográfico*, fenómeno psicológico observado con frecuencia entre los inmigrantes de larga duración en todas partes del mundo, puede explicar la acendrada vocación dominicanista de Federico García Godoy.

La familia García Godoy arribó, pues, a la República Dominicana, en 1868, es decir, cuando Don Fico tenía apenas once años. Teniendo en cuenta este dato, nada impide situar el territorio sensible en el que nuestro escritor interactuó en una especie de *infancia común* con otros niños y niñas no en Cuba, sino en República Dominicana. Aquí aprendió a temer, a odiar y a amar las mismas cosas y a las mismas personas que sus contemporáneos dominicanos y dominicanas. Aquí se formó como persona y como intelectual; aquí se forjó su idea más íntima acerca de quiénes debían ser los *destinatarios virtuales* de la mayoría de sus obras: la juventud dominicana de su época, de quien, según es fama y noticia, se mantuvo siempre cerca hasta el día de su muerte. Aquí permaneció al lado de los suyos, en producción constante de ideas alentadoras, en una época en que el único proyecto que parecía viable respecto al destino del país, tanto a los ojos de la mayoría de los políticos como a los de numerosos hombres y mujeres de a pie de entonces, era el de propiciar su abolición.

Sin duda, no es este el único caso de integración ejemplar y productiva en el proyecto societario dominicano de familias enteras de extranjeros que, por cualquier razón, un día se instalaron de manera permanente en nuestro suelo. Y sin embargo,

precisamente a causa de su origen extranjero, no deja de resultar contradictorio el acendrado espíritu patriótico —y, soltemos la palabra: *nacionalista*¹⁶— que marcó la participación personal de don Federico en varios órdenes de nuestro hacer político, social y cultural.

Como lo sugiere el título de una de sus novelas, don Federico tenía un “alma dominicana”, una *patria interior* que era también, no lo olvidemos, una marca de identificación: era como dominicano, y no como cubano, como se le reconocía en el extranjero.

En la base de este reconocimiento internacional encontramos, principalmente, el amplio trabajo de recensión, comentario y crítica literaria y bibliográfica desempeñado por don Federico a lo largo de casi cuarenta años (si se toma como referencia la fecha de publicación de *Recuerdos y opiniones* en 1888, aunque, como ya se sabe, esta publicación es posterior al inicio de su labor de crítico en periódicos y revistas locales) y prácticamente hasta su muerte en 1924.

La obra crítica de Federico García Godoy

Ante todo, conviene situar una confusión que perdura todavía hoy en un sector considerable del público lector nacional. Me refiero a la tendencia a consumir las “opiniones” y los “comentarios” acerca de las obras e ideas ajenas emitidos por un sujeto —llámese a éste “escritor”, “crítico”, “pensador”, etc.— como si dichas opiniones y comentarios fueran una especie de certificado de la calidad, buena o mala, de los textos comentados.

Sabido es que la larga permanencia de esta confusión entre nosotros tiene su causa histórica en el plurisecular abandono de

16. Cf. el siguiente comentario de Federico García Godoy inserto en la carta que acompañó el envío de su primera novela, *Rufinito*, a Pedro Henríquez Ureña: «He querido hacer labor nacional en estos angustiosos días en que, como en la época de Santana, no faltan almas mezquinas que quisieran borrar con torpe mano lo que constituye nuestro más legítimo derecho a la consideración de los extraños. *Mutatis mutandis* la época actual en lo político, se parece hasta confundirse con el pasado que intenté evocar en *Rufinito*. Ud. que es un espíritu selecto, comprenderá fácilmente esto...» (RDC, p. 273).

la Voluntad de Saber de nuestra Universidad como institución encargada de fomentar la producción y la divulgación del conocimiento y en el igualmente plurisecular abandono de la Voluntad de Hacer por parte de nuestras élites políticas y sociales.

No obstante, y en virtud de esa ausencia de sentido que nos impide comprender como sociedad el papel histórico que la academia ha desempeñado, en la mayoría de las sociedades occidentales, en la organización, decantación y construcción de valores colectivos a partir de los juicios y opiniones personales sobre esas manifestaciones de la institución sociocultural de un país que son las obras literarias y los autores, nos veremos precisados a subrayar aquí algunos aspectos relacionados con la historia de la crítica que probablemente permitirán a nuestros lectores edificarse mejor acerca de la manera en que la obra crítica de García Godoy funcionó en su época.

Comenzaremos, pues, permitiendo al propio García Godoy que nos señale el sentido que tenía para él el oficio de crítico hacia 1899:

«En materias artísticas, como en todo, detesto lo exagerado y rutinario, y así como disto de ser partidario del estéril dogmatismo que tiende á convertir la crítica en mero ejercicio retórico, tampoco me siento atraído —sin dejar no obstante de reconocer lo mucho digno de lo que contiene el modernismo— por el aparente éxito de ciertos procedimientos antiestéticos que algunos snobs estrafalarios proclaman á los cuatro vientos como fórmulas definitivas destinadas a operar una transformación salvadora en todo cuanto con el Arte se relaciona»¹⁷.

De este modo resumía don Federico su concepción estética en 1899, fecha de publicación de la primera edición de *Impresiones*, revelando, por la misma vía, el trasfondo ideológico que sustentaba su posicionamiento ante los postulados del Modernismo. Como ya lo hemos sugerido más arriba, uno de los so-

17. GARCÍA GODOY, Federico: «Dos palabras», prólogo de *Impresiones*. (Moca: Imprenta de J. Brache, 1899, pp. I-II).

portes ideológicos del proyecto nacionalista de nuestro autor sería precisamente el hiato que sugiere este posicionamiento respecto al *cosmopolitismo* modernista. Así, por medio de los dos adjetivos que emplea en su texto («exagerado» y «rutinario») don Federico se sitúa, primero ante la crítica retórica y dogmática y luego respecto al “manierismo” modernista.

Una de las características principales que definían el modo de existencia de la literatura en los países hispanoamericanos en el período correspondiente a la transición entre el siglo XIX y el XX era precisamente la dependencia evidente que el sector productor de literatura tenía respecto al sector productor de crítica europeo, el cual desempeñaba un papel pretoriano de “censor”, actuando simultáneamente como juez de la calidad y como fuente de reconocimiento, algo de lo cual no escaparon ni siquiera los mismos modernistas. Para resumirlo en pocas palabras: sin el reconocimiento explícito de parte de los autores consagrados de las culturas europeas, bajo la forma de cartas personales, artículos publicados en revistas de renombre, referencias en obras especializadas, etc., los literatos hispanoamericanos sencillamente no existían¹⁸. Esta fue, sin lugar a dudas, una

18. No es un secreto para nadie que esta situación de prosternación de los escritores hispanoamericanos ante la *intelligentia* europea, principalmente la española y la francesa, fue causa de numerosos desencuentros entre los intelectuales oriundos de ambas orillas del océano Atlántico. Un elocuente ejemplo de esto lo ofrece el escritor colombiano Baldomero Sanín Cano en una carta suya dirigida a Pedro Henríquez Ureña del 7 de marzo de 1921, en la que afirma, no sin un cierto dejo de amargura, que: «El hecho de que a los americanos que van a vivir y a escribir en Madrid les publiquen sus escritos y los reciban en cenáculos literarios no es señal evidente de que a los escritores del continente americano y a las letras hispanoamericanas en general las tengan en buen concepto. A Cuervo le negaron los sacramentos hasta que los filólogos extranjeros lo consagraron. [...] Yo he vivido en contacto con españoles en Londres, tengo entre ellos excelentes amigos, pero ninguno de ellos hace misterio de las opiniones rotundas y desparpajadas que acarician sobre la flaqueza innata del escritor americano. Eso no me hace estimar menos a los españoles de Londres. Cada cual tiene derecho a sus preferencias. Rubén Darío hizo figura por haber venido a vivir a Madrid. De otra manera le habrían descubierto después de muerto, si acaso» (cf. la carta 29: «De B. Sanín Cano a Pedro Henríquez Ureña», in *RDC*, núm. 1, pp. 161-162). En ésta y en otras cartas de Sanín Cano a Pedro Henríquez Ureña, se transparenta la percepción de primera mano que tenía el ilustre fundador de la *Revista Contemporánea*

de las principales razones por las cuales el cosmopolitismo que marcó el período modernista se caracterizó principalmente por el gran despliegue de relaciones internacionales ejercido en el extranjero por una pléyade de poetas y escritores diplomáticos.

El hecho de que, en toda Hispanoamérica, eran muy pocos los intelectuales que ejercían la crítica literaria de manera sistemática en aquellos años¹⁹ contribuyó a perpetuar esta situación que sólo vendría a cambiar de manera gradual cuando las oleadas de exiliados hispanoamericanos que produjeron las dictaduras de los años 1920-1970 arrojaron a grandes contingentes de personas oriundas de nuestros países hacia Europa y los Estados Unidos. Sólo entonces, desde posiciones clave en la enseñanza y la investigación universitarias en ciudades como Madrid, París, Londres, Hamburgo, Texas, Nueva York, etc., algu-

acerca de la recepción que los intelectuales españoles de su momento daban a las obras y a los autores hispanoamericanos («Lo deplorable es que los españoles de hoy, con excepción, tal vez, de Unamuno, se preocupan muy poco de estudiar las letras americanas y hablan de ellas a la topa tolondra» (cf. carta 31, ídem, p. 165). De esa manera, contrastando de manera radical con la hispanofilia públicamente mostrada por Pedro Henríquez Ureña, Sanín Cano señalaba el lado oscuro de la dependencia de los escritores y artistas hispanoamericanos ante la vieja Europa, en el mismo momento en que otros intelectuales de nuestro subcontinente rechazaban, impulsados por los vientos del arielismo, el ideal panamericanista de raigambre norteamericana.

19. La conciencia de la escasez de críticos hispanoamericanos autorizados no escapaba a los ojos de numerosos intelectuales de este período. Cf., por ejemplo, el siguiente comentario de José Enrique Rodó, inserto en una carta del 15 de abril de 1901 dirigida a don Federico García Godoy: «He tenido la satisfacción de recibir el ejemplar que usted se ha dignado dedicarme de su interesante obra *Impresiones*. Me felicito de veras de haber conocido, mediante la lectura de su libro, un espíritu tan felizmente dotado como el suyo. Veo en sus excelentes críticas, verdaderas condiciones de criterio, de cultura y buen gusto, de todo punto dignas de estimación y de aplauso. La circunstancia de ser tan pocos los que en América consagran su actividad intelectual al ejercicio de la crítica, hace que el conocimiento de una nueva obra americana pertinente a esa manifestación literaria me impresione siempre gratamente. En este caso, tal impresión está realzada por el mérito intrínseco del libro. Le envío por él mis plácemes, y le expreso mi deseo de que siga cultivando su espíritu en este sentido y con las mismas encomiables tendencias. Junto con la presente recibirá usted un ejemplar de la obra que últimamente he publicado» (cf. carta 69: «De J. E. Rodó a Federico García Godoy», Montevideo, abril 15 de 1901», in *RDC*, núm. 2, pp. 313-314).

nos críticos de origen hispanoamericano contribuyeron con sus trabajos a cambiar esta situación.

Agréguese a esto el hecho de que, en la época en que Federico García Godoy ejerció su labor de crítica literaria en los periódicos y revistas dominicanos, sólo algunos contados individuos podían operar como productores de discursos críticos desde los países hispanoamericanos, y entre los integrantes de este reducido grupo, sólo unos pocos lograban estrechar los necesarios lazos de un circuito relacional que les permitiera legitimar o validar el alcance de sus discursos fuera de los límites de su localidad²⁰.

Razones de historia política —si se considera que la vida independiente era todavía un fenómeno reciente en la mayoría de nuestros países hispanoamericanos— y de historia sociocultural —si se tiene en cuenta el hecho de que las raíces europeas de la cultura hispanoamericana estaban todavía prácticamente intactas a finales del siglo XIX y principios del XX— habrían determinado la orientación francamente eurófila tanto de los literatos dominicanos e hispanoamericanos de este período como de sus críticos. En efecto, estos últimos se mostraban, por lo regular, más propensos a sujetarse a los lineamientos teóricos e ideológicos que emanaban de lo que, en aquel período, era considerado de manera casi unánime como el centro del mundo intelectual, artístico y literario occidental (es decir, Francia, y sobre todo París) que a asumir en sus escritos posturas independientes.

De esta manera, durante el período modernista, nada parecía más natural que el hecho de que en la crítica literaria resonaran los ecos del pensamiento europeo. Y en los textos críticos de don Federico, Europa, y sobre todo Francia, están presentes de manera constante, ya sea bajo la forma del arsenal de conceptos y referencias a autores y teorías manipuladas por él, ya sea en la preocupación misma por reseñar y comentar el pensamiento o las obras de algunos autores europeos de mayor actualidad. Aquí y

20. Gracias al epistolario de García Godoy recopilado por don Emilio Rodríguez Demorizi, hoy resulta insoslayable, en lo relativo al establecimiento de este circuito relacional, la participación de los Henríquez Ureña (Max, Pedro y el mismo don Federico Henríquez), como puentes propiciatorios de relaciones intelectuales entre García Godoy y un número importante de intelectuales extranjeros.

allá, en las colecciones de ensayos críticos de García Godoy, encontramos páginas dedicadas a autores franceses, como por ejemplo, el ensayo que consagró al Naturalismo de Émile Zola y que publicó en 1888²¹, el cual es quizás una de las primeras recensiones críticas de este movimiento francés en nuestra región, por no decir en nuestro subcontinente, o como el otro ensayo titulado «Religión de la Humanidad», en el cual examina el pensamiento de otro francés ilustre: Auguste Comte, el creador del positivismo²².

Desde este punto de vista, no debe sorprender que don Federico haya buscado en fuentes europeas —y más específicamente *francesas*— los fundamentos de su idea personal acerca de la crítica. A la pregunta que le formulara Horacio Blanco Fombona: «¿Qué autores han influido (sic) más en V.?», García Godoy no tuvo ningún reparo en citar exclusivamente autores europeos, con la única excepción de William James (norteamericano):

«Taine y Renán (sic) han sido mis autores predilectos; acaso y sin acaso los que más hondamente han marcado su huella en mi desenvolvimiento espiritual. Eso no quita, dado el ambiente de compleja mentalidad de nuestro tiempo, que otros autores, Kant, Boutroux, Bergson, W. James, Croce, otros, en lo que al movimiento filosófico se refiere, hayan tenido también su parte en ese desenvolvimiento espiritual. Aún disintiendo de él en muchos aspectos, he sentido siempre gran admiración por Menéndez y Pelayo. Walter Pater en la literatura inglesa merece

21. Cf. «El Naturalismo», in *Recuerdos y opiniones, op. cit.*, pp. 57-66. Aparte del valor de este ensayo como uno de los primeros que divulgó en nuestro país y en nuestras tierras hispanoamericanas las ideas del Naturalismo naciente, poco hay en este texto que no esté dictado por una perspectiva moralizante de la que lo menos que puede decirse es que pone en evidencia una incomprensión del efecto que Zola y sus acólitos buscaban producir, en su sociedad y en su época, con sus ideas y sus novelas. Tal incomprensión, no obstante, era hija de la época y no un síntoma del supuesto atraso de nuestra sociedad: en el mismo período en que García Godoy escribió su ensayo, en Francia, numerosas voces se levantaron para denostar al Naturalismo por sus pretensiones de «disecar el alma humana», empleando argumentos moralistas semejantes a los enarbolados por nuestro escritor.

22. Cf. «La Religión de la Humanidad», in *La Hora que Pasa (Notas críticas)*. Santo Domingo: Imp. La Cuna de América, 1910, pp. 195-226.

a mi juicio una admiración sin reserva. Conozco otros muchos que sería cansado enumerar ahora»²³.

Me alejaría demasiado de mi propósito en este prólogo el intentar dilucidar si la huella del pensamiento de Taine o del de Renan resulta evidente en la obra crítica de don Federico. Me contentaré, pues, con señalar que no hay prácticamente nada en la prosa de García Godoy que pueda asociarse con el método tainiano, aunque sí hay mucho de lo que considera históricamente como una reacción contra dicho método: la crítica impresionista, de opinión o «de artista».

Es así como podemos entender la siguiente valoración de don Federico relativa a la *crítica literaria* de su época:

«La crítica moderna, tal como la comprende Anatole France, el más genial y sugestivo de los actuales críticos franceses, rara vez sentencia en definitiva, contentándose con exponer en forma artística impresiones puramente personales. Esa moderación en avanzar conclusiones, sálvala de caer en los extremos del apasionamiento ó la injusticia»²⁴.

Asumiendo la forma de un juicio de valor perfectamente personal —nada es más dudoso que esta pretendida preeminencia de la crítica de Anatole France a fines del siglo XIX²⁵—, esta

23. Cf. «De Federico García Godoy a Horacio Blanco Fombona. Contestación a una encuesta». Carta núm. 65, in *RDC*, núm. 2, loc. cit., p. 309.

24. Vid. «La crítica», in *Impresiones*, op. cit., p. 3.

25. Lo que sí es indudable es el enorme prestigio de este autor nacido en 1844, quien al principio de su carrera figuró entre los poetas de la escuela parnasiana, erigiéndose más tarde en crítico de la obra de sus contemporáneos en función de un sugestivo ejercicio de la crítica de artista, lo cual le generó la antipatía de numerosos artistas y escritores (recuérdese el panfleto «Un cadáver», repleto de burlas e invectivas contra Anatole France, publicado por los surrealistas a raíz de su muerte en 1924). Fue elegido en 1896 miembro de la Academia francesa y llegó a ser el escritor francés más conocido en todo el mundo gracias al enorme éxito que alcanzaron sus novelas a fines del siglo XIX y principios del XX. France obtuvo el premio Nobel de literatura en 1921, es decir, tres años antes de su muerte. Recopiló los artículos críticos que escribió para el diario francés *Le Temps* entre 1888 y 1892 y los publicó en cinco volúmenes bajo el título *La vie littéraire*.

opinión de García Godoy sobre la crítica de su época parece responder a la reacción que suscitaban sus comentarios entre algunos de sus lectores dominicanos, quienes lo juzgaban «demasiado bondadoso»²⁶, como Abigaíl Mejía, quien, curiosamente, no lo incluye como novelista en su *Historia de la literatura dominicana*, sino como crítico²⁷.

26. En la antes citada carta que García Godoy dirige a Horacio Blanco Fombona en respuesta a las preguntas de la encuesta de este último, nuestro autor no olvida insertar la siguiente referencia a esos comentarios: «Tuve siempre vocación decidida por la crítica literaria. En ella encontré la forma de expresión más precisa y natural de mi espíritu. Pero jamás me ha atraído la crítica puramente formalista, de exterioridades, apacientada de continuo en tales o cuales irregularidades de forma, sino la crítica alta, sugerente, que sin menguar nada de la privativa personalidad de quien la ejerce permite que éste se identifique, para comprenderlos mejor, con los diferentes estados de alma de los autores que estudia. Una que otra vez se me ha echado en cara mi bondad al juzgar determinadas producciones. Algo hay o puede haber de cierto en ello, por más que he tendido siempre a expresar con entera sinceridad mi pensamiento. En cuanto a esa bondad se refiera o pueda referirse a la juventud no me arrepiento. Creo que es deber de quienes hayan llegado a cierta altura, dar alas, estimular a la juventud que empieza, pues una censura acerba a destiempo en lugar de corregir defectos naturales en todo principiante puede malograr un talento capaz de, andando el tiempo, producir frutos sazonados y jugosos» (loc. cit., p. 309).

27. Abigaíl Mejía presenta a García Godoy de la siguiente manera: «Don Federico García Godoy (1857-1924).- Nació en Santiago de Cuba. Formidable resulta en su copiosa labor de crítica, como el único ingenio que se escapa a la corriente general de pereza que gravita sobre la literatura criolla. Mientras sus colegas se limitaban a folletitos que no fatigaran su intelecto, Godoy se consagró a leer y comentar, en proliferas páginas, toda la producción hispanoamericana... «La Literatura dominicana». (*Revue Hispanique*, tomo XXXVI). Quizás el crítico es excesivamente benévolo en sus juicios, porque su alma buena y mansa, temerosa de captarse antipatías, no se decide al empleo de la fusta jamás. Siempre eleva y admira... y dice casi siempre la verdad, porque casi siempre sólo se entretiene señalando méritos. Los defectos, como si no existieran: de ellos hace caso omiso... Y así, el enojoso y difícil papel de la crítica se vuelve simpático cual el empleo de los sahumeros perfumados» (MEJÍA, Abigaíl: «Historia de la literatura dominicana», in *Abigaíl Mejía, obras escogidas*. Edición Conmemorativa del Centenario de Abigaíl Mejía (1895-1995) (Santo Domingo: Edición de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1995, tomo 2, p. 486). Esta más que contradictoria opinión de Abigaíl Mejía contrasta con la que emitió Joaquín Balaguer en el prólogo que este último escribió para su antología de las novelas de Federico García Godoy por la Librería Dominicana. Según Balaguer: «Lo más importante de la labor literaria de García Godoy, y lo más digno de vivir en la considerable masa

Más arriba hemos señalado que podrían encontrarse diversos puntos de confluencia entre la idea que Federico García Godoy se hacía de la crítica con relación a la concepción teórica de Anatole France. Tengamos en cuenta, no obstante, que la ilusión de esa aparente coincidencia rodaría por tierra al considerar el enorme abismo que separaba el contexto socio-histórico-cultural dominicano con respecto al de la Francia de fines de siglo XIX, en donde sí pudo haber tenido sentido el siguiente postulado lapidario de Anatole France:

«No existe la crítica objetiva como tampoco existe el arte objetivo, y todos aquellos que se jactan de poner otra cosa que no sea ellos mismos en su obra se dejan engañar por la más falaz ilusión. La verdad es que uno nunca sale de sí mismo [...] Estamos encerrados en nuestra persona como en una prisión perpetua. Lo mejor que podemos hacer, me parece, es reconocer de buen talante que hablamos de nosotros mismos cada vez que no tenemos la fuerza de callarnos»²⁸.

En efecto, la crítica «impresionista» —de la que Anatole France era un representante conspicuo— aparece como una reacción ante el positivismo filosófico, formalista y científicista que había impregnado todos los órdenes del pensamiento desde mediados del siglo XIX, y teniendo por principal *maître à penser* al

de sus escritos, no son sus páginas críticas, entre las cuales hay algunas verdaderamente notables, sino sus novelas de carácter histórico, primeras obras de su género compuestas en el país y no superadas hasta hoy por escritores nacionales» (BALAGUER, Joaquín: *Antología*, p. 8).

28. *«Il n'y a pas plus de critique objective qu'il n'y a d'art objectif, et tous ceux qui se flattent de mettre autre chose qu'eux-mêmes dans leur œuvre sont dupes de la plus fallacieuse illusion. La vérité est qu'on ne sort jamais de soi-même.[...] Nous sommes enfermés dans notre personne comme dans une prison perpétuelle. Ce que nous avons mieux à faire, ce me semble, c'est de reconnaître de bonne grâce cette affreuse condition et d'avouer que nous parlons de nous-mêmes chaque fois que nous n'avons pas la force de nous taire»* (FRANCE, Anatole: *La vie littéraire II* (citado a partir de la versión digital de esta obra disponible en Internet en el servidor de la Biblioteca Nacional de Francia (Gallica): <http://gallica.bnf.fr/> (acceso del 25 de diciembre de 2003). La citada versión al castellano de este pasaje es una traducción libre de M.G.C.

francés Hippolyte Taine (1828-1893), cuyo proyecto era el de aplicar a la lectura de las obras literarias, psicológicas e incluso metafísicas los mismos métodos de las ciencias exactas, buscando analizar objetivamente las relaciones entre la obra y el medio racial, histórico y social en el que fue creada. Por esa vía, Taine se alejaba de la tradición retórica de lectura, la cual se atenía a revisar la sujeción o el alejamiento de los textos respecto a una serie de preceptos retóricos, estilísticos, gramaticales, etc.

Con las obras de Taine, principalmente con *La Fontaine et ses fables* (1861) y su famosa *Histoire de la littérature anglaise*, se gesta en el ambiente de ideas europeo de mediados del siglo XIX, una concepción "cientista" de la crítica literaria que encontró numerosos acólitos de renombre, como Ernest Renan (1823-1892), pero también numerosos opositores, entre los cuales se destacó Charles-Augustin Sainte-Beuve (1804-1869), quien reprochó a Taine algo que más tarde constituiría uno de los argumentos principales de la crítica impresionista: el no otorgar suficiente importancia a la personalidad del autor. Si bien es cierto que, ya en 1846, Baudelaire preconizaba por una crítica «divertida y poética»²⁹, fue precisamente Sainte-Beuve el primero en teorizar el concepto de *crítica impresionista*, al distinguir entre la crítica de las obras del pasado y la de las obras nuevas, entre la crítica polémica y la crítica objetiva, entre la crítica impresionista y la crí-

29. En 1846, Baudelaire se oponía, en efecto, a la crítica positivista en unos términos que anunciaban la futura reacción de los defensores de la «crítica de artista»: «Creo —proponía Baudelaire— que la mejor crítica es la que es divertida y poética; no ésta, fría y algebraica que, bajo pretexto de explicarlo todo, no tiene ni odio ni amor, y se despoja voluntariamente de toda especie de temperamento; sino al ser un bello cuadro la naturaleza reflejada por el artista, aquella que será ese cuadro reflejado por un espíritu inteligente y sensible. De esa manera, el mejor reporte sobre un cuadro podría ser un soneto o una elegía» («*Je crois sincèrement que la meilleure critique est celle qui est amusante et poétique; non pas celle-ci, froide et algébrique, qui, sous prétexte de tout expliquer, n'a ni haine ni amour, et se dépouille volontairement de toute espèce de tempérament; mais, un beau tableau étant la nature réfléchi par un artiste, celle qui sera ce tableau réfléchi par un esprit intelligent et sensible. Ainsi le meilleur compte rendu d'un tableau pourra être un sonnet ou une élégie*» (Vid: BAUDELAIRE, Charles: «*A quoi bon la critique?*», primera parte del «Salon de 1846», in *Écrits esthétiques*. Paris: Union Générale d'Éditions, col. 10/18, 1986, p. 103. Traducción libre al castellano de M.G.C.).

tica científica (o «historia natural de los espíritus», como él la llamaba), llegando incluso a ampliar los dominios de la crítica literaria de su época al sugerir nuevas formas posibles de crítica que anunciaban la futura crítica psicoanalítica.

En este mismo orden de ideas, fue Joris-Karl Huysmans (1848-1907), quien al principio de su carrera gravitó en torno al grupo de novelistas naturalistas junto a Émile Zola, uno de los primeros autores franceses que contribuyeron a cambiar la atención de los lectores (y de la crítica) hacia la serie de problemas que permanecieron relegados a la insignificancia durante el largo período de apogeo del pensamiento tainiano. Tanto a través de sus novelas como en sus escritos sobre arte y literatura, Huysmans desplegó una labor precursora del cambio de mentalidad que acarrearía la gran crisis del orden burgués de fines del siglo XIX en el campo de los productores de discursos culturales en Francia y en otros países europeos.

Es al final de siglo XIX cuando se produce en Francia y en el resto del mundo occidental una polarización entre dos sectores productores de discursos que rivalizarán entre sí, dejando abierta la brecha por donde se colarían los sustentadores de la llamada *crítica impresionista*: el sector de los críticos *universitarios* como Ferdinand Brunetière (1849-1906) y Paul Lanson (1857-1934), etc., y el sector de los críticos creadores, influenciado por las ideas de Henri Bergson. Fue la perspectiva de esta última tendencia la que asumieron autores como el irlandés Oscar Wilde (1854-1900) y el ya mencionado novelista francés Anatole France.

Conocida igualmente como «crítica artística» o «de artista», la crítica impresionista proponía, por el contrario, la posibilidad de que el crítico “recreara” o “iluminara” la obra comentada por medio de sus ideas e «impresiones» personales, no para concluir en un juicio categórico acerca del valor, la calidad, la forma o la *factura* de la obra en cuestión —como era el caso de la crítica «dogmática» a la que se refería don Federico—, sino para postular una especie de acuerdo de *connivencia* entre lectura y escritura, de manera tal que el discurso crítico producto de este pacto pudiera adquirir una suerte de autonomía estética incuestionable respecto a la obra comentada.

Tomando en cuenta estas grandes líneas del desarrollo histórico de la crítica francesa, resulta evidente el hecho de que, leí-

do desde la especificidad histórica, social y cultural dominicana, el reclamo de Anatole France de una crítica «subjetiva» no podía ni debía ser tenido por un imperativo que viniera en apoyo de ningún proyecto de racionalidad entre nosotros por una razón evidente: nuestro racionalismo positivista no había sido capaz de producir un campo de fuerza discursivo en el área de la crítica literaria contra el cual pudiera parecer necesario oponerse enarbolando la bandera de la subjetividad. Antes al contrario: al abandonar los senderos de la sistematización y la formalización racionales del discurso crítico, a lo único que podía conducirnos la crítica impresionista era hacia nuestro propio pasado, es decir hacia la nebulosa tradición de ucases y juicios de autoridad, y no hacia ninguna suerte de modernidad «de segunda mano». Por patético que pueda parecer, no se piensa igual ni se critican las mismas cosas cuando se trabaja a partir de un *corpus* teórico y conceptual organizado que cuando se trabaja teniendo únicamente al Yo como centro.

En un sentido general, este fue, sin embargo, el tipo de crítica que prefirió y desarrolló don Federico.³⁰ Su obra crítica fue más bien la propia de un *divulgador*, un «publicista», en el sentido que su época le daba a esta palabra: alguien que daba a conocer públicamente las obras, fueran estas ideológicas, filosóficas, políticas o literarias³¹.

30. Cf. el siguiente comentario de don Federico: «Aunque no falta quien sostenga que la crítica considerada como *impresión personal* hace más fácil su desempeño, la observación detenida del movimiento literario contemporáneo destruye por completo tal aserto; porque la división cada día más acentuada que engendra el individualismo hoy triunfante en el campo del Arte, la complejidad (sic) de ideas que revela la literatura de nuestro tiempo, y otras particularidades, requieren para su cabal apreciación crítica cerebros vigorosos, claras inteligencias que no se encuentran, por cierto al doblar de la esquina. Criticar puede cualquiera que se le antoje, quien (sic) lo duda; pero criticar bien, que es lo que importa, ya es harina de otro costal. Los buenos críticos son más escasos de lo que generalmente se cree. Rarísimos son en el día los críticos que buscan en el estudio de la personalidad del autor la manera de comprender su obra, y saben ver con lucidez el sentido interno de ésta sin descuidar sus condiciones externas» («La crítica», loc. cit., p. 5).

31. Un lector contemporáneo de las obras de crítica literaria de don Federico García Godoy podría sorprenderse de lo que llamamos su modestia estratégica, especie de posicionamiento retórico por medio del cual,

Fue, pues, como «publicista» que don Federico se inició en la crítica literaria: su primer libro, *Recuerdos y opiniones* (crítica, 1888), es, como *Impresiones* (1899), una reunión de artículos y textos de otro tipo.³² Aparte de estos, publicó *Perfiles y relieves* (crítica, 1907), *Rufinito* (novela, 1907), *La hora que pasa* (crítica, 1910), *Alma dominicana* (novela, 1911), *Páginas efímeras* (críti-

nuestro autor buscaba esquivar las posturas arrogantes propias de los intelectuales que ejercían la crítica dogmática o de autoridad en su época. Un buen ejemplo de esto es el siguiente fragmento del comentario que don Federico dedica a la novela de Billini *Engracia y Antoñita*, inserto en el mismo libro *Impresiones* que citamos: «No soy crítico ni pretendo que como tal se me considere. No obsta eso, sin embargo, para que de cuando en cuando eche también mi cuarto á espadas con motivo de asuntos de amena literatura, ya que en estos tiempos de anarquía intelectual y flamante crítica impresionista, no hay quien no se crea capaz de absolver ó condenar cualquier parto literario, sin arreararse por el bien fundado temor de decir no pocos disparates y de incurrir en gravísimas equivocaciones» («La novela de Billini», in *Impresiones*, *op. cit.*, p. 15). Hacer labor de crítica literaria amparándose bajo la ambigua sombrilla de la confesión de no ser crítico puede parecer, en efecto, una impostura. Personalmente, atribuimos esta *modestia estratégica* de don Federico a la conciencia que nuestro escritor tuvo siempre de su inserción en un medio que, como el dominicano, padece de una carencia crónica en lo que respecta a la necesaria tradición académica, sin la cual, toda labor de crítica queda confinada al diletantismo desde el mismo momento de su publicación.

32. En este primer libro hay incluso un fragmento de un texto narrativo de corte romántico, titulado *Margarita*, aparentemente perdido, pues, aunque figura como publicado en 1888 en la «Cronología de las obras de Federico García Godoy» que publicó su bisnieto Franklin García-Godoy, no nos ha sido posible encontrar un ejemplar de esta obra en ninguna de las colecciones personales o públicas que hemos consultado. Igualmente, en *Impresiones*, encontramos un fragmento de otro texto similar, titulado «Carmelita», acerca del cual tampoco hemos podido recabar ninguna información adicional. Sobre esta manera de mezclar distintos tipos textuales en libros que, de haber sido mejor planificados, habrían podido funcionar de manera más eficaz, quizás convenga citar lo que el mismo García Godoy nos dice en el prólogo de *Impresiones*: «Varios de los artículos que contienen este tomo se han dado ya á la estampa durante estos últimos cinco (sic) años en *Letras y Ciencias* y la *Revista Ilustrada*. Ni esos ni los demás tienen verdadero mérito artístico, ni cosa que lo valga. Lo digo tal como lo siento. ¿Porqué (sic) publico, pues, esta obrita? Simplemente porque hoy todo se publica y porque deseo seguir contribuyendo, en la medida de mis cortas facultades, al aumento de nuestra escasísima producción literaria» («Dos palabras», in *Impresiones*, *op. cit.*, p. II). Una vez más, la *modestia estratégica* de don Federico nos deja perplejos...

ca, 1912, reimpresa en España, en 1915, con el título *Literatura hispanoamericana*), *Guanuma* (novela, 1914) *De aquí y de allá* (crítica, 1916), *La literatura dominicana* (crítica, 1916, separata de la *Revue hispanique*), *El derrumbe* (ensayos, 1916), *Americanismo literario* (crítica, 1918), *Al margen del Plan Peynado* (ensayo, 1922). Como ya se ha dicho más arriba, el grueso de su labor como crítico se desplegó en las páginas de periódicos y revistas de su época, de manera que puede afirmarse que casi todos sus libros de crítica son en realidad compilaciones de artículos anteriormente publicados en la prensa periódica.

Todo lo antes dicho nos permite señalar ahora un rasgo particular de la obra crítica de Federico García Godoy: su vocación universalista, la cual caracterizó desde el principio esta vertiente de su trabajo como escritor, y no solamente a partir de la publicación de *Páginas efímeras*, como lo acotaba erróneamente Joaquín Balaguer en su prólogo citado.³³

33. Según Balaguer: «Lo que caracteriza la obra del crítico es su variedad y su falta de cohesión. Los autores más desemejantes, tanto en razón del carácter de sus obras respectivas como en orden a la importancia de su personalidad literaria, se hallan allí confundidos y generalmente alabados con idéntica o casi idéntica largueza. La mayor parte de los comentarios de García Godoy, por lo menos de los que figuran en sus obras capitales, versan sobre autores extranjeros, a muchos de los cuales hizo con su habitual benevolencia, objeto de elogios extremados. Ya por nuestra pobreza intelectual, hija en gran parte de nuestras vicisitudes políticas, o ya por el tiempo excesivo que consagró al intercambio con escritores de otros países, el eminente crítico descuidó, a partir sobre todo del día en que publica el libro titulado *Páginas efímeras*, la literatura nacional, sólo representada en sus mejores obras por algunos nombres de significación extraordinaria dentro del ambiente nativo. A esa circunstancia se debe probablemente la falla principal de la obra que realizó como crítico literario el autor de "La hora que pasa": en vez de prestar a la cultura del país el servicio inestimable, tal vez sólo al alcance de un hombre de su laboriosidad y de su fervor nacionalista, de escribir la historia de las letras dominicanas, particularmente de la posterior a la colonia, que fué (sic) la que él conoció más a fondo por haberla en gran parte vivido, se dedicó a comentar obras exóticas de mérito muchas veces dudoso. El tiempo que consagró al análisis de libros de tan poca cuenta como *La orgía latina*, de Felicien Champsaur, y tan absurdos y execrables como *La folie de Jesus* (sic) de Binet-Sanglé, pudo haberlo dedicado, con más provecho para sí y para la cultura dominicana, a una labor más coherente sobre las letras nacionales» (BALAGUER, Joaquín: *Antología*, pp. 10-11).

Vista en su conjunto, es posible, sin embargo, despejar dos grandes áreas de preocupación en la obra crítica de García Godoy: la primera es la que gira en torno al gran eje que integran los temas de la historia, la política, las sociedades, la literatura, la cultura y las ideas dominicanas e hispanoamericanas; la segunda se agrupa en torno a las versiones europeas de esos mismos focos de interés. Es en atención a esta dicotomía que revela un rasgo importante de la personalidad intelectual de Federico García Godoy que, personalmente, nos parece injusto y, sobre todo, descontextualizado, el juicio que algunos lectores dominicanos —principalmente Joaquín Balaguer— han emitido sobre la segunda vertiente de la obra crítica de don Federico que acabamos de mencionar.

En efecto, lo que Balaguer consideraba como «la falla principal de la obra que realizó como crítico literario el autor de “La hora que pasa”» es quizás —y sin quizás—, visto desde la perspectiva de nuestra época, su más valioso aporte a nuestras letras insulares, marcadas como estuvieron, durante todo el siglo que va de 1880 a 1980, por el *aislamiento* que nos sacó de la órbita de influencia de las corrientes literarias regionales e internacionales, y que se acrecentó sobre todo durante la dictadura trujillista, período en el que, precisamente, Joaquín Balaguer escribió su prólogo.

De juzgarse como cierto lo que postula el autor de la *Guía emocional de la Ciudad Romántica*, habría que desestimar como “poco nacionalistas” gran parte de las obras de crítica literaria escritas por intelectuales de la talla de los hermanos Max y Pedro Henríquez Ureña, a quienes nadie en su sano juicio podría escatimarles su empeño y eficacia en la construcción de *puentes* ideológicos e intelectuales, no sólo entre el pensamiento europeo y americano de su época, sino entre los intelectuales de los distintos países de nuestro subcontinente.

Ciertamente, la obra crítica de don Federico es menos sistemática que la de estos dos portentosos pensadores dominicanos cuyos juicios no eran meras “impresiones”, sino que estaban sólidamente fundamentados, por lo demás, con un rigor metodológico que revelaba una acabada formación académica, sin embargo los comentarios críticos que el autor de *Páginas efímeras* consagró a los textos de los más disímiles autores do-

minicanos, hispanoamericanos, europeos y norteamericanos cumplieron por lo menos con el cometido de divulgar con altura suficiente.

Yerra, además el doctor Balaguer, como apuntábamos más arriba, al considerar a *Páginas efímeras* como el punto de partida de esta vocación internacionalista de la crítica de don Federico: ya en *Impresiones* (1899), encontramos artículos dedicados a numerosos autores extranjeros. Entre estos, cabe mencionar las páginas que dedica al poema "Luzbel", del poeta español Núñez de Arce; las que consagra a la novela *Fidelia*, del venezolano Gonzalo Picón Febres; las que analizan la traducción que hizo José Martí de la novela *Ramona*, de la norteamericana Helen Hunt Jackson; las que versan sobre la novela *Leonela*, del dominico-cubano Nicolás Heredia; aquellas en las que comenta la obra del poeta y narrador francés Leconte de Lisle; las que tributa al poeta cubano Julián del Casal, aparte del ensayo sobre el Naturalismo de Zola, al cual ya nos hemos referido más arriba y de otro ensayo titulado «Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce», en el que nuestro autor consagra nada menos que dieciséis páginas a comentar los poemas de estos tres autores españoles.

Personalmente, y sin que nos anime el deseo de emitir juicios de valor que pudieran resultar inútilmente polémicos, considero que las dos objeciones que con más frecuencia se le hacen al trabajo de crítica literaria de don Federico —a saber, la que señala su «benevolencia» y la que apunta a su preferencia por los textos «exóticos»— están dictadas por una lamentable incompreensión del papel de *divulgador* que nuestro autor se propuso desempeñar en el contexto sociohistórico que le tocó vivir.

Federico García Godoy: un hombre, una época

No es, en efecto, una de las menores paradojas en la vida de nuestro escritor el hecho de haber logrado granjearse la amistad, el aprecio y la admiración de muchos de los más prominentes intelectuales de su época, tanto dominicanos como extranjeros, prácticamente sin haber abandonado nunca su casa en La Vega más que para realizar algunos viajes de corta duración y

siempre dentro de las fronteras dominicanas³⁴. Nuestra época, que apuesta, quizás excesivamente, al supuesto *valor intrínseco* de nuestros modernos medios de comunicación, quizás no logre comprender de inmediato lo que implicaba a finales del siglo XIX y a principios del XX, en términos de paciencia, mantenerse en contacto con el resto del mundo desde una isla cuya población semianalfabeta se debatía en un rosario interminable de guerras caudillistas fratricidas.

Como es sabido, la época de las «revoluciones», la de los «caudillos», se inició inmediatamente después del final de las guerras de la Restauración (1865), y en su origen encontramos la acción de dos factores, principalmente: por una parte, el militarismo y el personalismo exacerbados de una población que había terminado forjándose una idea de sí misma —después de, por lo menos, un siglo de indecisión— en medio de la guerra. Por otra parte, la pugna que libraban los dos sectores que se disputaban, desde la proclamación de la Independencia de 1844, la hegemonía regional, local o nacional, según el caso y la hora, es decir, el sector de los comerciantes y el de los *hacendados* o *hateros*. Periódicamente, el estallido de una nueva revolución, precedida o seguida por el “pronunciamiento” de un general o de un caudillo regional, sacudía como un verdadero cataclismo la vida de los habitantes de las provincias dominicanas.

Paradójicamente, fue en este terreno minado por la violencia caudillista en el que a nuestro escritor le tocó desarrollar una obra respecto a la cual, lo menos que puede decirse es que su balance general es de un optimismo acendrado respecto a los destinos del país que eligió como suyo, si bien tuvo momentos de honda amargura, sobre todo hacia el final de su vida, cuando vio rodar por el suelo la mayor parte de las ilusiones que se

34. En el epistolario de Federico García Godoy reunido y publicado por Emilio Rodríguez Demorizi encontramos huellas de sus relaciones con una pléyade de intelectuales, pensadores y escritores hispanoamericanos y europeos, así como con otros personajes ilustres de la diáspora intelectual dominicana de la época, entre los cuales sobresalen los hermanos Henríquez Ureña. Entre otros nombres ilustres, se destacan los de José Enrique Rodó, José Vasconcelos, Horacio Blanco Fombona, Manuel Ugarte y Manuel A. Machado.

había forjado de joven, a raíz de la Primera Intervención militar de los Estados Unidos.³⁵

¿Cómo llegó hasta ese punto el autodesprecio de los dominicanos? ¿Qué fuerzas oscuras empujaron a una nación recién nacida a debatirse, no entre el ser y el no ser, sino entre el decidirse de una vez por todas a ser ella misma y el jugar a seguir asumiendo un ser ajeno, importado, o simplemente, *imaginado*? Intentaremos responder estas preguntas en el siguiente acápite.

El miedo como síntoma de la crisis de la imaginación nacional

«Toda nuestra actuación nacional revela con indiscutible evidencia nuestra permanente flaqueza espiritual, la acentuada desconfianza en nuestras propias fuerzas para afianzar y robustecer un organismo independiente de positivas finalidades jurídicas».

GARCÍA GODOY, FEDERICO: «Actuación histórica», in *El derrumbe*, op. cit., p. 89.

Fue precisamente en ese caótico contexto de guerras fratricidas y de envenenamiento colectivo por la locura del poder en el que, desde su casa de La Vega, Federico García Godoy puso en

35. He aquí de qué manera pondera García Godoy la guerra civil hacia 1916, en una de las páginas de *El derrumbe*: «¡Ah, la horrible, la pavorosa guerra civil! ¡Qué honda tristeza se experimenta, bajo el cielo radiante, en las tardes luminosas de apacible encanto primaveral, verse uno constreñido a recluirse en lo más recóndito del hogar, al oír las detonaciones repetidas de la fusilería, el desapacible silbido de las balas que rasgan el aire, las lamentaciones de los heridos, que se escuchan a lo lejos en los intervalos en que se hace el silencio en medio del horror de la lucha fratricida! ¡Qué dolor al saber la trágica desaparición de un amigo en las sombras de la pavorosa contienda, al conocer que los edificios de cultura social, de ornato público, que uno contribuyó a levantar con ingentes sacrificios, se convierten en cuarteles, en casas de prostitución, en antros infectos, sufriendo el estrago de las balas que hacen blanco en sus paredes! ¿No es verdad que es causa de profundo

marcha el telar de donde saldría su famosa "Trilogía patriótica", tres novelas que abrieron, como bien lo vio Pedro Henríquez Ureña, «nuevos campos en nuestra literatura histórica»³⁶. Los puntos de partida de este proyecto fueron, por un lado, el americanismo heredado del arielismo de José Enrique Rodó, y por el otro lado, un nacionalismo *sui generis*, que se apoyaba en una reflexión sobre la historia prácticamente inédita en el escenario intelectual dominicano del *período productivo* de García Godoy, es decir, de 1882 hasta su muerte, el 12 de febrero de 1924.

Ahora bien: ¿estaba la sociedad dominicana contemporánea de Federico García Godoy en capacidad de comprender el verdadero alcance del proyecto literario de este escritor? La respuesta es, definitivamente, no. No, porque, la verdadera urgencia que la sociedad dominicana sentía a fines del siglo XIX y a principios del XX no era la de una reafirmación o una validación de

desaliento contemplar cómo tan fácilmente se destruye por obra de unos cuantos ambiciosos lo que costó tantos esfuerzos y sacrificios llevar a cabo? No hay escuelas, no hay periódicos. Los criminales más empedernidos ostentan triunfalmente su impunidad por calles y plazas, constituyendo una permanente amenaza para los jueces que los condenaron y para la sociedad que los mira con espanto sirviendo de sostén a lo que los turiferarios de la dictadura continúan llamando enfáticamente orden público.» (GARCÍA GODOY, Federico: «José Bordas Valdés», parte V, in *El derrumbe*, *op. cit.*, pp. 141-142).

36. Cf. la carta de Pedro Henríquez Ureña a Federico García Godoy, desde México, fechada el 5 de mayo de 1909, in *Revista Dominicana de Cultura*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, núm. 2, diciembre de 1955, pp. 273-277. En la cita, p. 277. Todas las referencias ulteriores a esta obra serán abreviadas así: RDC, seguidas del número de página. Obviamente, el contexto de este comentario se circunscribe, debido a su fecha, a la primera novela publicada por García Godoy, *Rufinito*. No obstante, el siempre visionario Henríquez Ureña supo comprender desde el principio hacia dónde apuntaba el proyecto literario de García Godoy: él mismo identificó en la misma carta citada esos «nuevos campos» a los que se refería de la manera siguiente: «La nueva obra de usted entra en campo virgen. Tenemos historiadores ¡ya lo creo! Aun los dominicanos poseemos ya, bien documentadas, las bases de nuestra historia. Pero la interpretación *viva* del pasado, el conjuro que se saca a la historia de los laboratorios eruditos del pasado y la lleva, a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público, apenas ha sido ensayada en América, y en Santo Domingo es V. el primero que, sin desviarse por el camino de la mera tradición popular, sin acudir a la deformación novelística, nos da la historia viva» (*ibidem*, p. 275. Las cursivas son de P.H.U.).

aquella «intelección de la idea nacional» de la que tanto hablaban en aquel entonces Pedro Henríquez Ureña, Tulio M. Cestero, Américo Lugo y tantos otros intelectuales, idea que constituye, a todas luces, el punto nodal del proyecto de escritura literaria de Federico García Godoy, sino algo que, no por ser más básico, resultaba más simple o fácil de lograr: una garantía de supervivencia en el agitado mar de apetencias del capitalismo internacional en que sucumbía nuestra nación, junto a muchas otras de la zona, desde el inicio mismo de las guerras independentistas.

Quienes han auscultado la prosa de un José Gabriel García o de un Apolinar Tejera conocen sin duda el lugar preponderante que ocupa en la obra histórica de estos autores, la descripción de los acontecimientos, escenarios, eventos y situaciones en las que el pueblo dominicano fue víctima del miedo, desde las Devastaciones de Osorio hasta la llegada de las tropas haitianas en el episodio de la ocupación de 1822-1844.

Pensamos que este celo puesto en describir el pánico y la angustia del pueblo dominicano no es casual, y que tampoco es necesariamente un síntoma de falta de objetividad atribuible al "romanticismo" propio de los dos ilustres historiadores mencionados más arriba. Sobre este punto particular, preferimos adoptar la perspectiva psicoanalítica con que Géza Roheim estudió el papel de la angustia y de las neurosis en el origen de la civilización. Partiendo de la afirmación de que: «*el gran peligro frente al cual la humanidad levantó la civilización, fue la pérdida de objetivos, el miedo de quedarse sola en la oscuridad*»³⁷, Roheim proponía: «ver en la cultura o sublimación una serie de mecanismos de defensa en una fase favorable de estabilización entre el narcisismo y la inversión objetal»³⁸. Esta teoría psicoanalítica de la cultura como resultado de una sublimación de las neurosis individuales y colectivas otorga una importancia capital a la constatación del papel histórico de la angustia en el proceso de civilización: la angustia aparece, desde esta óptica, como el senti-

37. ROHEIM, Géza: *Origine et fonction de la culture*. París: Idées/Gallimard, 1972. Traducción libre de M.G.C. En la cita: p. 120.

38. *Ibidem*, p. 124.

miento primordial, el que se encuentra en la raíz de todo complejo cultural. El miedo tiene un objeto: es una reacción espontánea frente a un peligro real o frente a una sensación real de peligro. La angustia, por el contrario, es una reacción motivada por una *pérdida* o una *falta de seguridad* en la certeza o en la confiabilidad del mundo exterior. Es así como la angustia pasa a ser uno de los orígenes posibles de las tendencias gregarias, complejales y culturales, de la Humanidad, al empujar a los individuos y a los grupos a asociarse para enfrentar juntos el peligro de existir, únicamente para garantizar de alguna manera la continuidad de esa misma inseguridad existencial³⁹. Y es precisamente en este punto en el que la concepción psicoanalítica de la angustia como motor de la historia nos brinda la oportunidad de acercarnos a la obra narrativa de don Federico García Godoy desde una perspectiva prácticamente inédita, permitiendo descubrir, al filo de las páginas de la "Trilogía patriótica", la angustia convertida en motor de la escritura, tanto o más quizás que en esa otra obra de hondura y madurez reflexiva que es *El derrumbe*⁴⁰, colección de artículos cuya primera edición fue recogida

39. Es a Lacan a quien tomamos prestada esta noción de complejo: «Al oponer el complejo al instinto escribe Lacan no negamos al complejo todo fundamento biológico, y al definirlo a partir de ciertas relaciones ideales, no lo asociamos, sin embargo, con su base material. Esta base, es la fundación que él asegura en el grupo social; y a ese fundamento biológico, se le puede ver en la dependencia vital del individuo respecto al grupo. Mientras que el instinto tiene un soporte orgánico y no es nada más que la regulación de éste en una función vital, el complejo sólo tiene ocasionalmente una relación orgánica, cuando suple una insuficiencia vital por la regulación de una función social» (LACAN, Jacques: *Les complexes familiaux (Los complejos familiares)*. París: Navarin Éditeur, 1984, p. 32. Traducción libre al español de M.G.C.)

40. Probablemente debido a que la primera edición de *El derrumbe* se consideró perdida tras su quema a manos de las autoridades militares norteamericanas en mando bajo la Ocupación de 1916-1924, muchos fueron y son todavía, inexplicablemente, los intelectuales dominicanos que le asignan una tipología discursiva distinta a la que en realidad tiene. Probablemente, sin embargo, el caso más extremo es el del doctor Joaquín Balaguer, quien llegó a escribir que *El derrumbe* es una «[...] novela donde se relataban valientemente la tortura de Cayo Báez y otros actos de barbarie cometidos por las autoridades militares de ocupación en territorio dominicano» (cf. BALAGUER, Joaquín: *Antología*, p. 28). Aunque el doctor Balaguer escribió en 1951 el prólogo de su *Antología*

da y quemada a raíz de su publicación en los primeros meses de la ocupación militar norteamericana.

Postulamos, pues, prevalidos de esta primera observación, que la *angustia de no ser y el miedo a desaparecer* han acompañado a la sociedad dominicana a lo largo de toda su historia, pero que fue particularmente en ese período crucial de 1896-1918, en el curso del cual se decidió el destino de esas pequeñas naciones caribeñas entonces recién nacidas que son Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, cuando el sentimiento colectivo de angustia se convirtió en un verdadero *leit-motiv*, hasta terminar configurando eso que una cierta vulgata acrítica cataloga bajo la pomposa rúbrica de «*gran pesimismo dominicano*».

En efecto, cuando aparecieron las novelas de Federico García Godoy, la viabilidad del proyecto nacional dominicano llevaba ya varios años en crisis. A ese respecto, conviene recordar que el período transcurrido de 1849 a 1861 estuvo marcado por el delirio anexionista de numerosos políticos dominicanos, quienes no cesaban de procurar el establecimiento de un acuerdo de «protectorado» para el país con cualquier potencia extranjera. Había, por una parte, aquellos que, como Buenaventura Báez, multiplicaban los esfuerzos en pos de obtener un acuerdo de protección del país con Francia⁴¹ a cambio de la cesión de una porción

de las novelas de García Godoy que citamos, y la segunda edición de *El derrumbe* por la UASD es de 1975, resulta inexplicable que el autor de los *Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana* haya incurrido en un yerro de este tipo. En lo que a mí concierne, me limito a citar, solamente para situar la necesaria perspectiva histórica desde la cual funciona el texto de *El derrumbe*, el siguiente extracto de una carta que Federico García Godoy dirigió al Capitán Knapp, Jefe del Gobierno Militar norteamericano, con posterioridad a la quema de los ejemplares de su obra: «Mi libro, como puede probarse fácilmente, fue escrito e impreso antes de instalarse el gobierno militar, y tengo propósito de que no circule en el país mientras no se levante la censura que desdichadamente pesa sobre el más noble y excelso atributo de la personalidad humana: la libre emisión del pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita» (cf. GARCÍA GODOY, Federico: «Historia de un libro», in *El derrumbe*, *op. cit.*, p. 32).

41. El cambio histórico en la correlación de fuerzas internacionales en la «frontera imperial», para emplear la conocida fórmula de Juan Bosch, fue lo que impidió que Buenaventura Báez lograra su propósito. En efecto, según Sumner Welles, Francia declinó en varias ocasiones

del territorio nacional. Por otra parte, había aquellos que, como Manuel Jimenes en el curso de su turno a la presidencia, incoaron ante el gobierno de los EE.UU. otros procesos del mismo estilo que los de Báez. Bien visto, todo este ambiente general de ideas convierte en un error la tendencia a considerar al general Pedro Santana como el responsable directo de la anexión del país a España en 1861.

Mientras no se acepte ver la decisión de anexar el país a España como un reflejo de la mentalidad de la oligarquía extranjerizada-extranjerizante de la época —históricamente condicionada para concebirse como ajena al territorio de donde extraía los fundamentos mismos de su condición económico-social⁴²—, no se podrá medir hasta qué punto el de Santana fue un gesto

la proposición de Báez. Asimismo, escribe Welles: «*Mientras el Gobierno del Presidente Báez esperaba la respuesta del Gobierno de Francia a la proposición del protectorado; mientras en Santo Domingo se ignoraba que la proposición había sido rechazada, llegó a la Ciudad Capital el Sr. Benjamin E. Green, con el nombramiento de Comisionado americano dádole por el Presidente Taylor poco después de su instalación en la presidencia. Se desprende claramente de la correspondencia inicial del Sr. Green al Secretario de Estado Clayton, que el Gobierno de los Estados Unidos deseaba evitar las complicaciones que podía producir el establecimiento de un protectorado europeo sobre la República Dominicana, y también es claro que el mismo Sr. Green, inoculado con el suero de la fiebre imperialista que recientemente se extendía con caracteres de epidemia en los Estados Unidos como resultado de la fácil adquisición de Tejas y del más reciente triunfo en la guerra con Méjico, deseaba obtener para su propia nación un protectorado sobre la República Dominicana, o para sí, la ocasión de negociar la anexión en caso que esto fuera factible*» (WELLES, Sumner: *La viña de Naboth*. Versión al español por Manfredo Moore. Cuarta edición (Santo Domingo: Editora Taller, CxA, 1981, tomo I, pp. 102-103). Como se sabe, los acontecimientos posteriores terminarían dando al traste con ese proyecto de protectorado norteamericano.

42. Esta oligarquía extranjera-extranjerizada no es la misma que aquella de la que García Godoy esboza, en el capítulo 7 de *Rufinito*, titulado «Los dones», una feliz descripción psico-sociológica y costumbrista, al presentarla como sensible ante las proclamas separatistas de un Juan Evangelista Jiménez en vista de los acontecimientos que había suscitado la ocupación del país por las tropas haitianas. Más bien, la oligarquía extranjera-extranjerizante de la que hablamos es aquella que estuvo compuesta por inmigrantes de reciente inserción que mantuvieron sus vínculos con Europa, al decir de Harry Hoetink, hasta la década de 1890 (vid. HOETINK, Harry: *op. cit.*, p. 152).

perfectamente lógico —desde la perspectiva de la oligarquía extranjera-extranjerizante-extranjerizada de la época—, y no la simple «locura» de un hispanófilo terco ni una *boutade* del sector de los hateros. Por lo demás, el *statu quo* ante la anexión del país a España era el de un completo desorden económico. Las circunstancias históricas que habían determinado el acceso de la República a su Independencia en 1844 no podían asegurar el desarrollo en el país de una economía de mercado; antes, al contrario, atrapado en el engranaje de las acreencias contraídas con numerosas compañías europeas por la cáfila entera de «políticos» y «generales» poco escrupulosos que dirigieron los destinos de la nación, el país estaba condenado a hundirse, desde su nacimiento mismo a la vida independiente, en el caos de la lucha caudillista.

Federico García Godoy estaba consciente de esto último en el momento en que redactaba su novela *Alma dominicana*. El segundo capítulo de la segunda parte de esta novela contiene la siguiente reflexión:

«Quien examine los hechos con la serenidad que cuadra a este linaje de investigaciones históricas, sin conexiones de familia o de partido con los que directa o indirectamente pusieron la mano en aquel trascendental acontecimiento, sin parti pris de ninguna clase, noblemente inspirado en un alto anhelo de verdad y de justicia, sin necesidad de ser muy lince, mediante un estudio sereno e imparcial del asunto, arribará sin gran esfuerzo a la conclusión de que la obra anexionista, en su esencia, en su verdadero fondo, es producto —poniendo a un lado otros motivos de muchísima menor importancia— de dos factores que, muy particularmente en los últimos años que precedieron a la Anexión se precisan claramente evolucionando en perfecta convergencia. Caracterizan con positivo relieve esas dos causas determinantes, la persistente creencia, en primer término, con matices más o menos pronunciados de sinceridad, de muchos elementos conservadores de influyente posición social de que el país por la vecindad amenazante de Haití, por su escasez de población, por su pobreza, por su falta de pre-

paración para la vida política en forma democrática y jurídica, carece de las condiciones indispensables para su existencia sin entorpecimientos ni peligros como organismo nacional positivamente estructurado para la realización de determinados fines de derecho y de adelanto individual y colectivo. Esa creencia, aun antes de nacer la República se manifiesta en formas más o menos precisas y definidas, y después, aun en medio de nuestros repetidos triunfos en las guerras con los haitianos, aun en medio de ciertas formas de organización que por el personalismo no pudieron efectuar cumplidamente un proceso de eficaz desenvolvimiento, da a cada instante muestras de que es la más viva aspiración de la oligarquía dirigente, como lo prueban indiscutiblemente las repetidas gestiones mendigando cuando menos el protectorado de alguna potencia extranjera.

El otro factor, embrionario, vago, sin fuerte consistencia en los primeros años de vida nacional, va adquiriendo fuerzas y revistiendo lineamientos más precisos a medida que, encrespándose las pasiones con el continuo pugilato de los bandos que se disputan sañudamente el poder y llegando a su máximun (sic) de intensidad los odios y rencores de que es tan pródigo el personalismo político, el caudillo de la agrupación que más largo tiempo y más implacablemente ha ejercido el mando supremo, siente la imperiosa necesidad, avivada cada día por el fundado temor de verse de la noche a la mañana despojado del poder por porfiada agresión de sus contrarios, de mantenerse en él contra viento y marea y considera para ello como único y supremo recurso la ayuda por medio de un protectorado o cosa peor todavía de alguna nación extranjera que lo haga en lo adelante invulnerable a los tiros de sus enemigos políticos»⁴³.

43. GARCIA GODOY, Federico: *Alma dominicana*. (Santo Domingo: Edición de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos / Editora de Santo Domingo, 1982. En la cita, pp.187-158).

Se notará que es el *miedo* el común denominador de los dos factores mencionados por Federico García Godoy en este pasaje reflexivo de su novela (miedo colectivo a una nueva invasión haitiana y miedo de los caudillos militares del momento a ser desplazados del poder por sus enemigos políticos). Hasta donde sabemos, nadie ha intentado nunca hacer *una historia del miedo dominicano*. La ausencia de referentes positivos en esta vía del estudio del imaginario dominicano es una limitante que hace imposible, por el momento, cualquier tentativa de escapar a la especulación. Sin embargo, en la historia del pensamiento de la Nación dominicana, el miedo es, a todas luces, uno de los conceptos clave.

Como para contrarrestar esta ausencia de reflexión en lo relativo al valor aglutinante del miedo en el inconsciente colectivo dominicano, la literatura dominicana de finales del siglo XIX y de la primera mitad del XX abunda en ejemplos de una puesta en contexto del miedo. Desde el *Enriquillo* hasta *El Masacre se pasa a pie*, pasando por *La sangre*, de Cestero, los *Cuentos puertoplateños*, de López, las *Cartas a Evelina*, de Moscoso, e incluyendo a *La Mañosa* y a *Over*. En todas estas obras, como en la "Trilogía patriótica" de García Godoy, el *miedo dominicano* — y curiosamente, también el miedo *indígena y español*, si se considera que los personajes del *Enriquillo* de Galván aparecen polarizados según esta dicotomía— es representado como uno de los motores de la acción contada.

Observemos de paso que la tematización del miedo en la prosa de García Godoy es en gran medida el resultado directo de la mezcla de dos líneas de escritura, una narrativa y otra discursiva⁴⁴ en el proyecto de escritura que desarrolló el "Solitario de La Vega". De hecho, el parentesco entre esta manera de novelar y el proyecto de escritura del novelista español Benito Pérez Galdós en sus *Episodios nacionales* ha sido observado con relativa frecuencia por numerosos autores del período contemporáneo, como Juan Bosch y Manuel Rueda, para sólo citar dos de los más ilustres⁴⁵.

44. Cf. las nociones de *diégesis* y de *discurso* en la teoría de Gérard Genette.

45. Según Rueda, ante la obra narrativa de García Godoy: «Estamos dentro de la corriente iniciada por Benito Pérez Galdós con sus *Episodios nacionales* y de la que es primer representante en el país Federico

Personalmente, considero punto menos que irrelevante la preocupación por determinar las "influencias" literarias de un autor sobre otro, y sitúo dicha preocupación como dictada más por una manera determinada de leer, que por el interés de determinar las especificidades de la práctica de escritura del autor considerado.

No es este el caso, sin embargo, de que una escucha de los significantes imaginarios relativos a la representación literaria del miedo dominicano como la que sugerimos se constituya en punto de partida de una lectura contemporánea de la obra narrativa de García Godoy. Los lectores que acometan semejante aventura de exploración de los textos del "Solitario de La Vega" deberán estar armados, además de una cultura literaria más o menos consistente, de una formación efectiva en las áreas de la sociología y de la psicología social, la antropología cultural, la historia de las ideas y la historia de las mentalidades en la República Dominicana. De ahí que, una lectura como la que proponemos de la obra narrativa de García Godoy constituya una de las prin-

García Godoy; más tarde aparecerán los episodios dominicanos que Max Henríquez Ureña dedica a diversos períodos de nuestra historia, como son *La independencia Efímera*, *La conspiración de Los Alcarizos*, *El Arzobispo Valera* y *El ideal de los trinitarios*, aunque a este último autor le preocupa más que la ficción, meta del episodio galdosiano, el aspecto documental de sus relatos, procurando a cada escena una valoración interpretativa que la hace caer de lleno en el género de la biografía, alejándola de lo novelesco» (Cf. RUEDA, Manuel: «Presencia del dictador en la narrativa dominicana», in *Imágenes del dominicano*. (Santo Domingo: Ediciones del Banco Central de la República Dominicana, 1998, p. 119). En el mismo tenor, Juan Bosch propone que: «En la concepción general, esas tres novelas de don Federico García Godoy nacieron bajo la influencia de los "Episodios Nacionales" de don Benito Pérez Galdós; pues en la vasta obra del escritor canario los protagonistas son seres comunes, gente del pueblo o de la clase media o de la aristocracia española, nunca héroes de las grandes hazañas de su país, pero los héroes de esas grandes hazañas son la contraparte justificativa de los protagonistas» (BOSCH, Juan: Prólogo de la segunda edición de *Guanuma*: Santo Domingo: Librería Dominicana, 1963, *passim*). Es, finalmente, el mismo don Federico quien acota el origen de esta filiación de su novela *Rufinito* con la de Pérez Galdós: «El crítico español Andrés González Blanco vio o creyó ver en ese libro la influencia o la tendencia de Pérez Galdós, el insigne autor de *Episodios nacionales*» (RDC, núm. 2, loc. cit., p. 309).

cipales “asignaturas pendientes” de todas las que contiene el preterido “pensum” de la crítica literaria dominicana.

Estamos conscientes de que la quiebra plurisecular de los estudios humanistas en la República Dominicana es la principal responsable de que toda consideración de nuestro Hacer literario que escape de los consabidos caminos de la repetición está condenada de antemano a permanecer, por así decirlo, en las amplias franjas de indiferencia con que habitualmente son recibidas las contribuciones esporádicas al estudio de nuestro devenir societario. Normalmente, sin embargo, esto no debería ser óbice para que surjan nuevas voces que acometan la revisión sistemática de todo nuestro hacer literario y de las lecturas que éste ha sido objeto en el pasado: ningún país que pretenda llegar algún día a ser tenido por civilizado puede vanagloriarse de vivir de espaldas a ningún aspecto de su pasado.

De todo lo anterior se desprenden los fundamentos para una hipótesis de trabajo que la crítica literaria, sociológica, histórica, antropológica y culturológica podría encargarse de validar o de invalidar. La hipótesis en cuestión es la siguiente: si el miedo y la angustia han desempeñado papeles decisivos en la manera en que los dominicanos y las dominicanas nos hemos imaginado históricamente nuestro Ser, nuestro Hacer y nuestro Tener socioculturales, entonces, las distintas representaciones del Ser, del Hacer y del Tener dominicanos, pueden ser leídas, arqueológicamente, como *yacimientos de sentido de una historia de la imaginación dominicana*.

Lo que está en juego es la toma de conciencia de una historia que sólo será nuestra en la misma medida en que nos hagamos conscientes de ella. Tal es, entre todas, la principal lección que debemos aprender del recorrido trazado por Federico García Godoy.

El “americanismo” de Federico García Godoy

Directamente relacionada con el tema anterior está la consideración del valor “americanista” de la obra crítica de don Federico, en la época en que la ideología arielista propulsada por José Enrique Rodó operaba en toda Hispanoamérica como un

significativo intento de aglutinar las manifestaciones identitarias orientadas a la superación del ideal positivista predominante y como un pensamiento político que buscaba repensar la realidad histórica y sociocultural hispanoamericana frente a las penetraciones del mundo sajón, y frente a visiones y prácticas con basamentos meramente "utilitaristas", componentes de aquella "nordomanía" que denunciaba Rodó.

Todo parece indicar, sin embargo, que la filiación de García Godoy con el "americanismo" arielista fue la consecuencia lógica de una *coincidencia intelectual*, y no el resultado de la "sate-lización" del intelectual dominicano por parte del uruguayo. En efecto, ya desde el inicio de su labor como publicista estaba presente en el programa ideológico de García Godoy una comprensión de su papel como intelectual en el accidentado contexto de su época. No solo por la manera en que se entrega, como señalábamos más arriba, a la tarea de comentar por escrito los productos literarios e ideológicos de autores dominicanos e hispanoamericanos, sino también, y sobre todo, por el carácter programático que irá cobrando, a lo largo de su obra, tanto el pensamiento americanista como el antillanista.

No quiere decir esto que escatimamos la importancia de la repercusión histórica que tuvo el arielismo en nuestro país⁴⁶. Antes al contrario: estamos de acuerdo con Andrés L. Mateo cuando afirma que:

«El antimperialismo pánfilo, el optimismo y el elitismo melancólico del arielismo, hallaron en el país el cal-

46. Como afirma Andrés L. Mateo: «El pensamiento dominicano del siglo XX se revitaliza con la fiebre del arielismo americano. La publicación en el 1900 del libro *Ariel*, de José Enrique Rodó fue un acontecimiento particularmente significativo para el continente americano; su impronta se difundió rápidamente en la República Dominicana, y los intelectuales se sumaron a la algarabía proclamada de una aristocracia espiritual, llamada a flamear como bandera espiritual. El impacto de esta influencia fue tal que la primera edición del libro de Rodó fuera del Uruguay la publicó en el 1901 Enrique Deschamps en la *Revista Literaria*» (MATEO, Andrés L.: «Los intelectuales dominicanos en el siglo XX», artículo originalmente publicado en el periódico *El Siglo* (14 de diciembre de 1999). Disponible en el sitio web: <http://usuarios.lycos.es/cielonaranja/mateo.htm> (acceso del 12 de julio de 2004).

do de cultivo del nacionalismo como un credo de redención sublime. Las condiciones no pudieron ser más favorables para que se regara como pólvora el nuevo lenguaje de la "renovación"».⁴⁷

En gran medida, en efecto, tanto el nacionalismo "idealista" —para retomar la clasificación introducida por Diógenes Céspedes en un ensayo brillante⁴⁸— como el "americanismo" de García Godoy (y de muchos otros intelectuales dominicanos de su época) estuvieron condicionados por los hechos que marcaron la política exterior de los EE.UU. desde fines del siglo XIX. Sin embargo, por lo menos en el caso dominicano, el sustrato medular de esta filiación lo constituyó la prédica hostosiana, la cual, como lo sugiere Andrés L. Mateo, quedó renovada bajo la influencia del arielismo:

«El hostosianismo tomó nuevos aires con el lenguaje alado del arielismo. Las juventudes pensantes sintieron que se alejaba la desesperanza, sobrevenida en sucesivas guerras fratricidas, luego de la muerte del tirano Ulises Heureaux. Todo se tiñó de ansias inaguantables de renovación, y cuando se produjo la intervención norteamericana de 1916, nada mejor que el rechazo rodosiano a la "nordomanía", y al paradigma norteamericano carente de refinamiento y atravesado por la supremacía del pragmatismo. El arielismo entonces invadió las tribunas».⁴⁹

47. *Ibidem.*

48. CÉSPEDES, Diógenes: «El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico. Los intelectuales antes y bajo Trujillo», artículo publicado originalmente en el número 17 de la revista *Cuadernos de Poética* (1989); retomado en *Política de la teoría del lenguaje y la poesía en América Latina en el Siglo XX* (Santo Domingo: Editora de la UASD y Ediciones de la librería La Trinitaria, 1995) y en CÉSPEDES, Diógenes *et al*: *Los orígenes de la ideología trujillista* (Santo Domingo: Colección de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, Serie Monográfica, núm. 2). En esta última edición (la cual citamos), *vid* en especial las pp. 147-177).

49. MATEO, Andrés: *Loc. cit.*

Por su parte, Diógenes Céspedes subraya el papel que desempeñó el arielismo en la configuración del campo de fuerza ideológico que aglutinó a numerosos intelectuales en toda América Latina en torno al ideal de la «magna patria latinoamericana». Según Céspedes:

*«Se entiende [...] el influjo que tuvo en esta lucha la presencia del arielismo como discurso ideológico rearticulador del viejo mito racionalista de los intelectuales, es decir, del filósofo-gobernante de Platón. Este mito de poder aglutinó a los intelectuales latinoamericanos en torno a la utopía de la construcción de la "magna patria" latinoamericana, reavivando el ideal del optimismo, del nacionalismo y la identidad colectiva e individual como esencia de valores hispánicos comunes que se oponían tanto a la España colonizadora como a los Estados Unidos de Norteamérica, país que encarnaba el principio del utilitarismo».*⁵⁰

Ahora bien, la principal función del mito de la «magna patria latinoamericana» no ha sido nunca otra que la de deshistoricizar los contextos socioculturales específicos de América Latina al propiciar el surgimiento de una *figura de sujeto latinoamericano* "universal", esto es ahistórica. En gran medida, incluso, dicha «magna patria» no es otra cosa que una tardía y anacrónica reedición del modo de consumo del espacio cultural característico del período colonial español.

Personalmente, considero que, en gran medida, Federico García Godoy pudo haber asumido los riesgos de este mito atraído por el prestigio intelectual que habían obtenido dos de sus representantes intelectuales más conspicuos, a quienes confiere sin ambages en sus cartas numerosas muestras de respeto y estima. Estos intelectuales son, precisamente, José Enrique Rodó y Pedro Henríquez Ureña. Al primero le consagrará uno de los ensayos principales de su libro *Americanismo literario*. Con el segundo sostendrá una enjundiosa relación epis-

50. CÉSPEDES, Diógenes: *loc. cit.*, p. 194-195.

tolar que le abriría numerosas vías de proyección para su pensamiento y su obra fuera de las fronteras dominicanas e incluso en España. De manera que si toda posición ideológica y política revela su verdadero sentido si se la observa a la luz del deseo que la impulsa, como lo postulaba Jean-Louis Houdebine en los años 1970, y si aceptamos la hipótesis de trabajo que conduce a Diógenes Céspedes, en su ensayo citado, a establecer una relación crucial entre el carácter elitista del programa ideológico y político del arielismo y el apoyo masivo que obtuvo la dictadura de Rafael L. Trujillo por parte de los intelectuales dominicanos, sería relativamente fácil de imaginar cuál habría sido la apuesta política del Solitario de la Vega, de no haber fallecido en 1924.

El "nacionalismo literario" de Federico García Godoy

Es en el prólogo introductorio de *Rufinito* donde Federico García Godoy expresa su posición personal respecto a la noción de "literatura nacional":

«No he creído nunca en la posibilidad de la formación de una literatura nacional en el elevado sentido que tiene para mí semejante cosa. No existe literatura dominicana como no existe literatura peruana, ecuatoriana o argentina, a no ser que se tomen como tales literaturas las colecciones de libros publicados por escritores de esos mismos países o de los demás de la América Latina, lo que ciertamente, muy en particular en lo que toca a la producción literaria de estos últimos tiempos, vendría antes que a desmentir mi aserto a confirmarlo espléndidamente. Salvo una que otra tentativa bien encaminada, el criollismo en Venezuela, por ejemplo, y uno que otro feliz ensayo de estudios y crítica y de novela de costumbres locales, la labor literaria de Hispano América (sic), actualmente, en su aspecto más resonante y conocido, se encauza por rumbos de un exotismo muy acentuado, atenta, sobre todo, en su parte francamente imitativa, a seguir con fidelidad las orientaciones artísticas, muchas

veces insustanciales y efímeras, que se producen en países muy civilizados, de intenso cultivo literario; y parece de continuo solicitada por el empeño de exteriorizar un subjetivismo que expresa a menudo con vigor estados de almas muy personales, pero rarísima vez, modos de ser, emociones, aspiraciones, ideales, matices de sentimiento exclusivamente americanos»⁵¹.

Se notará el fino sesgo ideológico por medio del cual don Federico sitúa, sin nombrarlo, lo que, en su época, constituía la actualidad de la producción literaria hispanoamericana: el Modernismo, al cual se refiere al mencionar esos «rumbos de un exotismo muy acentuado» y ese «subjetivismo que expresa a menudo con vigor estados de almas muy personales».

Este sesgo ideológico anuncia —casi subrepticamente— el sentido personal que don Federico le otorgaba a la noción de literatura nacional, sentido que trasluce detrás de su referencia a esos «modos de ser, emociones, aspiraciones, ideales, matices de sentimiento exclusivamente americanos».

Sin lugar a dudas, es en el *impasse* que se produce entre el exotismo cosmopolita —preconizado por los poetas modernistas hispanoamericanos desde las grandes urbes hispanoamericanas (principalmente Ciudad México, Buenos Aires y Lima, y en menor medida La Habana, Caracas y Bogotá) y refrendado en las grandes metrópolis europeas (principalmente París y Madrid, y en menor medida Londres y Viena)— y esa otra literatura que expresaba lo que don Federico llamaba «matices de sentimiento exclusivamente americanos» —de la cual el *criollismo* hispanoamericano había comenzado apenas a dar sus primeras muestras en la última década del siglo XIX—, donde hay que buscar el valor que tenía para él esta noción de literatura nacional, toda vez que el mismo don Federico se toma el trabajo de precisarlo más adelante en el mismo prólogo que citamos:

*«Una literatura nacional representa a mi ver cosa
harto distinta. Ocho o nueve decenas de años de vida*

51. GARCÍA GODOY, Federico: Palabras, in *Rufinito*.

desordenada, incoherente, anárquica, no constituyen base apropiada para formarla. Tentativas aisladas u orientaciones extraviadas, no son seguramente elementos favorables para dar a tal flamante literatura la fuerza de cohesión y el espíritu de unidad que indispensablemente necesita. La literatura de un país es luminosa herencia secular que crece progresivamente formando un todo homogéneo y grandioso, susceptible, claro está, de evolucionar conforme a las señales de los tiempos y a ciertas circunstancias del momento; pero conservando siempre, aun en sus más salientes momentos de decadencia, el aroma fuerte e imperecedero del espíritu nacional que la particulariza dándole especial fisonomía. Es reflejo fiel e intenso de una colectividad social cohesionada por intereses comunes de ambiente, de raza y de idioma, que ha recorrido ya sucesivas e interesantes etapas de desenvolvimiento histórico. La suma de esfuerzos de esa misma colectividad acumulada en el acervo de su historia, es la que presta vigorosa y peculiarísima expresión a una literatura, lo que le da resaltantes rasgos fisonómicos que la impiden confundirse con ninguna otra. En ella vibra clara y armoniosamente el alma de un pueblo que ha tenido o que aun conserva el ideal o los ideales que le han señalado el permanente derrotero de su proceso evolutivo como entidad nacional ingente y respetada. A algo parecido podría, tal vez, llegarse con el tiempo en Hispano América (sic)»⁵².

Tanto el empleo del condicional como la negación de la existencia de una «literatura nacional» hispanoamericana en su tiempo son marcas particulares de una enunciación futurista que revelan el deseo oculto del autor de operar una transformación en el contexto histórico-cultural que describe de esa manera. Nótese, sin embargo, que es por medio de la constatación de que: «La civilización actual, en su tendencia expansiva, tiende a

52. *Ibidem.*

borrar linderos y a suprimir ciertas fronteras»⁵³ como don Federico llega a la conclusión de que se hace necesario buscar la nación allí donde se encuentra: en el campo: «Dentro de poco —escribe—, menester será echarse fuera de la urbe para rastrear en el campo, en las peculiaridades de la gente que en él vive, aspectos característicos, elementos artísticos aprovechables»⁵⁴.

Si entendemos bien lo que nos dice don Federico en estas «Palabras», el trabajo del *literato nacionalista* de su época consistía, pues, para nuestro autor, en abrir los ojos para percibir la realidad social, cultural, histórica y política de los países hispanoamericanos. Por lo menos, así lo entendió José Enrique Rodó, una de sus fuentes inspiradoras en los senderos del arielismo⁵⁵.

Situada en su contexto histórico —y sin perderlo de vista ni un momento— la obra de Federico García Godoy, principalmente las tres novelas de la “Trilogía patriótica”, invitaba a sus lectores dominicanos e hispanoamericanos a entender la no-

53. *Ibidem.*

54. *Ibidem.*

55. El autor del *Ariel* le expresó a don Federico su lectura personal del proyecto literario de nuestro autor. En una carta de Rodó a don Federico fechada del 2 de enero de 1912, después de agradecerle el envío de un ejemplar de *Alma Dominicana*, inserta el siguiente comentario: «Despliega Ud. a los vientos todo un programa literario, en el que, como idea fundamental aparece la idea de nacionalidad, entendida de alta manera, y en el que se difunde su convicción de la necesidad de orientar el movimiento hispanoamericano en un sentido concordante con los caracteres y oportunidades del movimiento social y político de estos pueblos, de modo que la obra del escritor concorra, como una fuerza positiva, al gobierno de las ideas o las pasiones. Ninguna aspiración más generosa ni más justa. Yo he participado siempre de ella; yo he pensado siempre que, aunque la soberana independencia del arte y el valor substancial de la creación de la belleza son dogma (sic) inmutables de la religión artística, nada se opone a que el artista, que, además, es ciudadano, es pensador, es hombre (sic), infunda en su arte el espíritu de vida que fluye de las realidades del pensamiento y de la acción, no para que su arte haga de esclavo de otros fines, ni obre como instrumento de ellos, sino para que viva con ellos en autonómica hermandad, y con voluntaria y señorial contribución se asocie a la obra humana de la verdad y del bien» (Cf. «De José Enrique Rodó a Federico García Godoy, Montevideo, enero 2 de 1912», *RDC*, núm. 1, noviembre de 1955, p. 136). Sin duda, este reconocimiento y adhesión sin reservas de Rodó respecto al ideologema literario de García Godoy se encuentran en el origen del prestigio de la causa nacionalista de nuestro autor.

ción de *nacionalismo literario* como la puesta en práctica de una sensibilidad elevada a la categoría de método de trabajo subjetivo ante la realidad histórica, social y cultural de nuestros países por parte de nuestros escritores, de manera tal que la representación de las distintas manifestaciones de esta realidad nacional implicaran o explicitaran, en y por el proyecto de producción artística o literaria de los sujetos, una revalorización de la misma. La otra cara de este proyecto literario nacionalista implicaba, sin embargo, una oposición puramente ideológica respecto al ideal cosmopolita que recorría en aquella misma época toda Hispanoamérica.

Nacionalismo literario, como práctica de escritura ficcional, es, en el caso particular de García Godoy, el haber elegido algunos episodios de la historia dominicana como telón de fondo para sus novelas, y el haber buscado comunicar a otros dominicanos lo que él sentía acerca de esos episodios en sus ensayos. Ambos desarrollos textuales resultan, en efecto, inseparables, si se quiere tener una visión cabal de la obra del ilustre escritor vegano. El escritor, como sujeto, se apropia del recuento del pasado —que en su época era todavía, no lo olvidemos, un pasado reciente—, y lo que restituye de dicho pasado en sus obras no es una versión libresca, sino un retablo viviente en el que lo imaginario fecunda lo histórico, y viceversa.

García Godoy y la gestión del resentimiento

La lectura de la historia dominicana que nos ofrece Federico García Godoy tanto en sus novelas como en varios de sus ensayos, no puede ser leída en nuestros días sin intentar por lo menos cotejarla con un aspecto bastante paradójico de su pensamiento —sin duda alguna, huella de su personal concepción de lo social y de lo cultural antes que de la filosofía y del pensamiento sociológico de su época— el cual no es otro que el prejuicio étnico elevado a la categoría de explicación de los males históricos de la sociedad dominicana.

El riesgo principal de no tomar en cuenta este prejuicio a la hora de evaluar la reflexión de García Godoy sobre nuestra historia es sencillamente que, si se le olvida o si se desestima su im-

portancia, no sería posible conocer la *idea del sujeto histórico dominicano* con la que trabajaba don Federico. Y si no se comprende lo que un escritor como él, que se implicó hasta el día de su muerte en la reflexión sobre la historia dominicana, pensaba acerca de la sociedad en la que vivía y para la cual escribía, menos se comprenderá el sentido de la historia que lo animó a acometer semejante empresa a lo largo de toda su vida útil.

Así, la *gestión del resentimiento* que mencionamos en el subtítulo de esta parte de nuestro comentario introductorio puede ser entendida como el proceso discursivo por medio del cual, operando, según la prédica hostosiana, como «sacerdotes» de la moral nacional⁵⁶, una serie de personalidades dominicanas de

56. Me parece en extremo tentadora la idea de cotejar la lectura que García Godoy y otros intelectuales, tanto dominicanos como extranjeros, hicieron de Hostos desde el punto de vista que se desprende de esta cita de Nietzsche: «Si uno quisiera resumir en una corta fórmula el valor de la existencia del sacerdote, habría que decir: el sacerdote es el hombre que *cambia la dirección del resentimiento*. En efecto, todo ser que sufre busca instintivamente la causa de su sufrimiento; le busca particularmente una causa animada, o más exactamente incluso, una causa responsable, susceptible de sufrir, en pocas palabras, un ser vivo contra el cual, bajo cualquier pretexto, podrá, de una manera efectiva o como una efigie, descargar su pasión [...] Tal es, a mi entender, la única verdadera causa fisiológica del resentimiento, de la venganza y de todo lo que se le relaciona, quiero decir, el deseo de *aturdirse contra el dolor por medio de la pasión*» (NIETZSCHE, Friedrich: «Cuál es el sentido de todo ideal ascético», in *Genealogía de la moral*. París: Éditions Gallimard, 1964, p. 191-192. Hay numerosas ediciones en español de esta obra). Dando por sabido que el «sacerdote» del que habla Nietzsche en su contexto no es necesariamente un sacerdote real, asociado, pues, a un corpus religioso, sino una figura de pensamiento que remite, en su discurso, a la figura del «filósofo», y que los personajes de la escena fantasmática evocada por el filósofo alemán en este pasaje de su *Genealogía de la moral*, a saber el «sacerdote ascético», el «chivo expiatorio» (designado como la causa del malestar) y las «ovejas enfermas», envenenadas por el resentimiento, intervienen aquí a título emblemático, me pregunto hasta qué punto sería válido concebir, en sentido figurado, claro está, la obra de Hostos y de sus seguidores en República Dominicana como un sacerdocio en el sentido nietzscheano del término: un sacerdocio cuyo propósito de «cambiar la dirección del resentimiento» condujo a muchos dominicanos a nombrar un «chivo expiatorio»: —los negros y mulatos— para tratar de exorcizar, en y por estos últimos, sus males y desgracias atávicas. Por razones obvias, nos apartamos, provisoriamente al menos, de la caracterización hecha por el filósofo alemán del «sacerdote ascético» en equivalencia con la figura del

finales del siglo XIX y de principios del XX, entre los cuales se destacaron, entre muchos otros, Federico García Godoy, José Ramón López y Américo Lugo, asumieron la tarea de justificar argumentalmente, la necesidad de favorecer la «inmigración selectiva», desarrollando un vasto programa de figuración ideológica de la sociedad dominicana en el que la culpa de todos los males de ésta aparecía como proveniente de su composición étnico-racial⁵⁷.

Para García Godoy, por ejemplo, las causas del *malestar* de la sociedad estaban bastante claras:

«En el hibridismo de nuestro origen étnico residen los gérmenes nocivos que, fructificando con el tiempo, han determinado un estado social en gran parte refractario a un desarrollo de civilización efectiva y prolífica. De sangre indígena, de sangre quisqueyana, tenemos bien poca cosa si es que poseemos algo. Nuestra concreción étnica actual está integrada por sangre del blanco europeo de procedencia generalmente baja y maleante y del etíope

«filósofo» para sólo retener de su procedimiento especulativo los atributos principales que él mismo otorga a ese «sacerdote», es decir, la capacidad de actuar como el factor de un cambio en la «dirección del resentimiento» y de operar a la manera de un «médico» frente a sus «enfermos». En cuanto a estos últimos, sólo retendremos los atributos de «debilidad», víctima de un «estado depresivo de origen fisiológico», y el de «adolorido», atributos que Nietzsche otorga al «paciente» del «sacerdote ascético».

57. Coincido aquí con el historiador Franklin J. Franco, quien establece, en su obra *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana (contribución a su estudio)*. (Santo Domingo: Editora Nacional, s.f.d.i., p. 88), un paralelismo entre el pensamiento sociológico de José Ramón López, Federico García Godoy y Américo Lugo, estableciendo entre los tres matices diferenciadores. Según Franco, en efecto: «[...] mientras López acentúa el factor alimentación, García Godoy destaca el cruzamiento étnico como factor determinante del atraso económico, social y político de los dominicanos». En cuanto al pensamiento de Lugo, Franco observa que: «Su visión de conjunto sobre el pueblo dominicano parten (sic), como los de López y García Godoy, de un estereotipado esquema sobre nuestra sociedad, pero, a diferencia de los otros, Lugo tiende a acentuar en su enfoque la división social, para justificar para el país un gobierno tutelar, dirigido en (sic) la minoría ilustrada» (ibidem, pp. 90-91).

salvaje y pleno de las supersticiones febricitantes y fetichistas de sus selvas africanas. De esas dos ascendencias tan distintas y desafines surgió un tipo colonial de aspectos precisos y definidos, pero poco capaz de evolucionar de manera gradual y metódica hacia formas de vida social cada vez más progresivas y perfectibles»⁵⁸.

Igualmente claro estaba para él cuál era el “remedio” que debía aplicarse a ese malestar:

«Hace muchísimo tiempo que, como lo indica Peynado, debió romperse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones añejas y de mentiras convencionales, de relumbrón, que han formado la base perpetua de nuestra existencia colectiva, y preconizar, sin componendas ni pataleos, la manera de colocar el país en condiciones lo más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio de la pletórica población negra de la república vecina»⁵⁹.

Este aspecto particular del pensamiento de García Godoy es una de las contradicciones que prueban el lado pasional y subjetivo de su reflexión acerca de la historia y la sociedad dominicanas. No es la única, insistimos, de la misma manera que don Federico no fue el único de su época en pensar de esta manera, ni el que más lejos llegó en esta vía. En ese mismo orden de ideas, una lectura atenta de la adjetivación que don Federico confiere a la descripción de los oficiales del ejército español en las páginas de su novela *Alma dominicana*, por ejemplo, podría

58. GARCÍA GODOY, Federico: «Deficiencias del medio», in *El derrumbe*, op. cit., p. 55.

59. «Reformas», op. cit., p. 83.

ofrecer otro tipo de datos que, objetivamente analizados, contribuirían a la delimitación de lo que, en otro trabajo, hemos llamado el *machepismo ideológico* de los intelectuales dominicanos del período 1880-1960.

A fines del siglo XIX y principios del XX, no faltaban razones de evidencia histórica y sociocultural que sirvieran de freno a nuestros intelectuales, pensadores y políticos, imbuidos de las teorías racistas filtradas a través de las ideas de un Gobineau o de un Barrès, y repandidas como un sonoro eco tanto por el «Sumo Sacerdote» como por los demás «sacerdotes ascéticos» de la escuela hostosiana.

Sabido es que, cuando la anexión de la República Dominicana a España devino un hecho realizado a partir de 1861, la sociedad que había sido forjada en el modelo republicano desde 1822 encontró rápidamente motivos para oponerse al intento de restaurar el modelo monárquico español. El motor histórico de dicha reacción no fue otro que la constatación de las diferencias sensibles que separaban a la mentalidad peninsular de la de los habitantes de la República Dominicana. En efecto, la infatuación hispanófila de los dominicanos de 1861-1865 entró en una crisis radical durante la anexión, crisis que contribuyó a la confirmación de la identidad sociocultural dominicana dando inicio al proceso de «intelección de la idea nacional» del que hablaba Pedro Henríquez Ureña. Asimismo, el descubrimiento de la verdadera mentalidad hispánica por la población dominicana, la cual se había percibido a sí misma, hasta hacía poco tiempo, como «española», no podía conducirla más que a la reivindicación de los valores que ella se había forjado a lo largo de siglos de abandono y de olvido por la metrópoli. Por último, pero no menos importante, conviene recordar que, si bien es cierto que: «[...] en el siglo XIX no se consideraba extranjero a ningún latinoamericano en otra patria latinoamericana»⁶⁰, no me-

60. Asumiendo sin criticar, es decir, considerándolo como bueno y válido, el viejo mito de la magna patria hispanoamericana, Juan Bosch se refiere al proceso de identificación de García Godoy con la patria dominicana en los términos siguientes: «[...] durante el siglo XIX, todavía los hijos de las tierras españolas de América se sentían hermanos, miembros de una misma familia; no había ninguna diferencia entre los dominicanos y un cubano y entre los cubanos y un dominicano; por eso

del país. Sería un error, sin embargo, considerar desde una perspectiva maniquea la oposición política entre rojos y azules en el curso de este período. En realidad, la diferencia entre los dos partidos sólo se atenía a la oposición existente entre los caudillos regionales.

Buenaventura Báez asumió la presidencia de la República por tercera vez del 8 de diciembre de 1865 al 29 de mayo de 1866, cinco meses que constituyeron, en aquella época, un verdadero «récord», si se considera que, de julio a diciembre de 1865, es decir, los cinco primeros meses luego del fin de la anexión, no menos de seis presidentes desfilaron uno tras otro, lo cual deja entrever la inestabilidad política en que sucumbió el país después la Restauración.

En lo sucesivo, esta situación no hizo más que empeorarse: entre 1865 y 1879, la República Dominicana conoció más de cincuenta “pronunciamientos” y otras tantas revueltas que condujeron a la constitución de veintinueve gobiernos de corta duración.

Subsumido bajo una organización social cuya cúspide era perfectamente incapaz de distinguir —y no por falta de ejemplos históricos que los guiaran a ello— entre el interés nacional y el personal, el pueblo dominicano vivió durante el oscuro período de 1886 y 1916 de la misma manera en que pudo haber vivido cualquier pueblo en el período medieval: sumido en la agrafía y el analfabetismo, expuesto sin ningún tipo de protección a toda suerte de carencias y pandemias, como la tristemente famosa “peste española” (la epidemia de cólera que diezmó, a principios del siglo XX, a la población rural de casi todos los países tropicales), explotado y manipulado por una caterva de “políticos”, “generales”, “caudillos” y otras especies políticas de la misma ralea, los cuales no vacilaban en captar o atraer a todo joven campesino de sexo masculino en edad y condición de portar un fusil para que se sumara a la “campana” de tal o cual pronunciamiento, de tal o cual rebelión.

Históricamente, se han engañado, pues, quienes hayan sido capaces de creer que el pueblo que se forjó desde la época colonial en el olvido más abyecto de sus gobernantes podría ser capaz de improvisar otra idea de nación que no fuera la de un *token* o una mercancía que adquiere o pierde valor según el

ofrecer otro tipo de datos que, objetivamente analizados, contribuirían a la delimitación de lo que, en otro trabajo, hemos llamado el *machepismo ideológico* de los intelectuales dominicanos del período 1880-1960.

A fines del siglo XIX y principios del XX, no faltaban razones de evidencia histórica y sociocultural que sirvieran de freno a nuestros intelectuales, pensadores y políticos, imbuidos de las teorías racistas filtradas a través de las ideas de un Gobineau o de un Barrès, y repandidas como un sonoro eco tanto por el «Sumo Sacerdote» como por los demás «sacerdotes ascéticos» de la escuela hostosiana.

Sabido es que, cuando la anexión de la República Dominicana a España devino un hecho realizado a partir de 1861, la sociedad que había sido forjada en el modelo republicano desde 1822 encontró rápidamente motivos para oponerse al intento de restaurar el modelo monárquico español. El motor histórico de dicha reacción no fue otro que la constatación de las diferencias sensibles que separaban a la mentalidad peninsular de la de los habitantes de la República Dominicana. En efecto, la infatuación hispanófila de los dominicanos de 1861-1865 entró en una crisis radical durante la anexión, crisis que contribuyó a la confirmación de la identidad sociocultural dominicana dando inicio al proceso de «intelección de la idea nacional» del que hablaba Pedro Henríquez Ureña. Asimismo, el descubrimiento de la verdadera mentalidad hispánica por la población dominicana, la cual se había percibido a sí misma, hasta hacía poco tiempo, como «española», no podía conducirla más que a la reivindicación de los valores que ella se había forjado a lo largo de siglos de abandono y de olvido por la metrópoli. Por último, pero no menos importante, conviene recordar que, si bien es cierto que: «[...] en el siglo XIX no se consideraba extranjero a ningún latinoamericano en otra patria latinoamericana»⁶⁰, no me-

60. Asumiendo sin criticar, es decir, considerándolo como bueno y válido, el viejo mito de la magna patria hispanoamericana, Juan Bosch se refiere al proceso de identificación de García Godoy con la patria dominicana en los términos siguientes: «[...] durante el siglo XIX, todavía los hijos de las tierras españolas de América se sentían hermanos, miembros de una misma familia; no había ninguna diferencia entre los dominicanos y un cubano y entre los cubanos y un dominicano; por eso

del país. Sería un error, sin embargo, considerar desde una perspectiva maniquea la oposición política entre rojos y azules en el curso de este período. En realidad, la diferencia entre los dos partidos sólo se atenía a la oposición existente entre los caudillos regionales.

Buenaventura Báez asumió la presidencia de la República por tercera vez del 8 de diciembre de 1865 al 29 de mayo de 1866, cinco meses que constituyeron, en aquella época, un verdadero «récord», si se considera que, de julio a diciembre de 1865, es decir, los cinco primeros meses luego del fin de la anexión, no menos de seis presidentes desfilaron uno tras otro, lo cual deja entrever la inestabilidad política en que sucumbió el país después la Restauración.

En lo sucesivo, esta situación no hizo más que empeorarse: entre 1865 y 1879, la República Dominicana conoció más de cincuenta “pronunciamientos” y otras tantas revueltas que condujeron a la constitución de veintinueve gobiernos de corta duración.

Subsumido bajo una organización social cuya cúspide era perfectamente incapaz de distinguir —y no por falta de ejemplos históricos que los guiaran a ello— entre el interés nacional y el personal, el pueblo dominicano vivió durante el oscuro período de 1886 y 1916 de la misma manera en que pudo haber vivido cualquier pueblo en el período medieval: sumido en la agrafía y el analfabetismo, expuesto sin ningún tipo de protección a toda suerte de carencias y pandemias, como la tristemente famosa “peste española” (la epidemia de cólera que diezmo, a principios del siglo XX, a la población rural de casi todos los países tropicales), explotado y manipulado por una caterva de “políticos”, “generales”, “caudillos” y otras especies políticas de la misma ralea, los cuales no vacilaban en captar o atraer a todo joven campesino de sexo masculino en edad y condición de portar un fusil para que se sumara a la “campana” de tal o cual pronunciamiento, de tal o cual rebelión.

Históricamente, se han engañado, pues, quienes hayan sido capaces de creer que el pueblo que se forjó desde la época colonial en el olvido más abyecto de sus gobernantes podría ser capaz de improvisar otra idea de nación que no fuera la de un *token* o una mercancía que adquiere o pierde valor según el

mercado en que se ofrezcan sus partes destazadas o su conjunto devaluado.

Pocos cambios significativos con relación a este proceso desintegrador se observan durante las dos décadas que marcaron el tránsito del siglo XIX al XX en la República Dominicana (de 1896 a 1916). Así, el tortuoso periplo del país dominicano en el curso de los últimos cuarenta años del siglo XIX y los seis primeros lustros del siglo XX sólo se explica por la falta de un verdadero proyecto de nación surgido de las entrañas mismas de la sociedad y convertido en el fundamento de una praxis política digna de ese nombre. Incapaz de concebir al pueblo dominicano en su más radical realidad social, económica, étnica y cultural, y carente tanto de formación como de voluntad para hacerlo, la oligarquía extranjera-extranjerizante-extranjerizada — único verdadero agente de transformación política y económica a lo largo de todo este período y, probablemente, a lo largo de, por lo menos, la primera mitad del siglo XX y más allá— terminó demostrando públicamente su falta de imaginación nacional cuando condujo el país, después del fracaso que fue la anexión a España, a la oprobiosa situación de deuda pública que determinó la primera intervención militar de los EE.UU. en el territorio dominicano⁶⁴. Esta nueva y oprobiosa situación costaría también cientos de vidas dominicanas inmoladas ante el altar del ideal postromántico de *nación*.

Fue, pues, principalmente, esa misma oligarquía extranjera-extranjerizante-extranjerizada la que promovió y auspició los distintos proyectos destinados a importar contingentes de blancos provenientes de las zonas pobres de la Europa de entonces

64. Sobre este particular, coincidimos con Franklin J. Franco cuando afirma: «Inútil es tratar de buscar sentimientos verdaderamente patrióticos en la oposición de la oligarquía contra la intervención de 1916. Se trata, pura y sencillamente, de una reacción de clase, dirigida a garantizar su supervivencia. Pero no podemos confundir el comportamiento conjunto de este grupo con la actitud de muchos de sus intelectuales, que adoptaron posiciones distantes, que como en el caso de Lugo, alcanzaron el antiimperialismo. Por lo demás, los vínculos económicos de nuestro país con los Estados Unidos eran muy débiles. Francia, Alemania e Inglaterra monopolizaban el intercambio comercial de la época» (FRANCO, Franklin J.: *op. cit.*, 92).

con el pretexto falacioso de “frenar” la penetración masiva de nacionales haitianos, cuando en realidad, la verdadera cara de aquellos proyectos no era otra que la del desprecio, la indiferencia y el ostracismo en que había vivido confinado el pueblo que había enriquecido a dicho sector. Esta situación no cambió en nada durante la Ocupación militar norteamericana. Antes al contrario: lo que hizo fue agravarse⁶⁵.

La “Trilogía patriótica”: tres novelas de intención histórica

El *contraste* observable entre el proyecto de escritura de las tres novelas de Federico García Godoy que integran la «Trilogía patriótica» y el de *El derrumbe* muestra algo más que el tránsito del optimismo inicial al pesimismo final en la manera en que nuestro autor concebía la historia nacional dominicana.

En efecto, este desajuste marca la dolorosa culminación de un dilatado proceso de reflexión en el que García Godoy invirtió fuerzas, tiempo y rigor, sin otro aliciente que el deseo de dejar constancia escrita, antes de que sus testigos de pro desaparecieran por completo, de que en la República Dominicana hubo alguna vez hombres y mujeres cuyas vidas estuvieron impulsadas por la idea de nación. Hombres y mujeres reales, no ficti-

65. En su famoso ensayo sobre la *Composición social dominicana*, Juan Bosch nos recuerda que, hacia 1920, bajo la ocupación militar americana del territorio nacional, mientras que la pequeña burguesía se encontraba en plena formación como clase más o menos organizada, la sociedad dominicana vivió un proceso de reforzamiento de la ideología de la «pureza»: «En algunas medidas de gobierno habían síntomas elocuentes de que el país estaba organizado como sociedad pequeño burguesa. Por ejemplo, en la alta pequeña burguesía, de donde procedía el equipo gobernante, se pensaba en términos de «mejorar la raza», y todo el mundo aceptaba esa tontería como algo natural; así, se procedió a traer una emigración extranjera, a la que se dotó de casas, tierras y algunos fondos regulares para cada familia... y los inmigrantes procedían nada menos que de Finlandia, es decir, los menos apropiados de todos los de la Tierra, quizá con la única excepción de los esquimales que habitan el Polo Norte, para ir a trabajar como agricultores en pleno Trópico subdesarrollado» (BOSCH, Juan: *Composición social dominicana, historia e interpretación*. Santo Domingo: Ed. Alfa & Omega, 17ma. edición, 1991, p. 380).

cios⁶⁶, y sobre todo, más reales mientras menos relacionados aparecen en la aureola sacralizante del poder político.

Visto desde esta perspectiva, el proyecto novelesco de García Godoy aparece condicionado por una serie de presupuestos de índole sociológica, y sobre todo, por un programa de reescritura literaria de la historia nacional. Por lo menos, así lo vio Pedro Henríquez Ureña, quien, en su carta a Federico García Godoy del 15 de marzo de 1912, observa el proceso de constitución de una «literatura nacionalista» dominicana de la manera siguiente:

«Bien está, pues, el arte que sabe cumplir misiones humanas sin faltar a su esencial carácter estético, Rufinito y Alma dominicana acaso inician en nuestra litera-

66. Es el mismo Federico García Godoy quien revela que los personajes de *Rufinito* y de *Alma dominicana* son calcos hechos a partir de modelos tomados prestados a la realidad: «Como *Rufinito*, *Alma dominicana* tiene hondas raíces en la realidad. Casi todo en este libro es positivamente real, positivamente sentido, positivamente vivido. No digo esto, ni con mucho, en son de encarecimiento, cosa que estaría mal en mi pluma, sino para constatar simplemente un hecho. Quizás me haya faltado habilidad técnica para dar color y vida a esa realidad, pero eso no empece para que ella exista y haya sido inspiradora de casi todas las escenas de *Alma dominicana*. El protagonista Perico Antúñez y su primo Roque vivieron realmente, con otros nombres ya lo creo. Los traté con bastante intimidad hace muchos años y me divertía grandemente oyéndoles referir sus conquistas amorosas y sus proezas radicadas casi siempre en el propósito de desbaratar fiestas y de distinguirse como hábiles jinetes y consumados peritos en andanzas de gallos. El más joven de los dos primos murió trágicamente en condiciones parecidísimas al fin del Roque de mi cuento, en la guerra civil del 86, en los momentos en que, si mal no recuerdo, había ido V. a parar por su tesonero civismo en la campaña electoral que precedió a aquella guerra a un calaboz del Homenaje y yo, que en esa lucha legal hice lo que pude, a la Cárcel de Samaná» (cf. «De Federico García Godoy a Federico Henríquez y Carvajal, enero 10 de 1912», in: Archivo literario de Hispanoamérica (RDC, núm. 2, loc. cit., pp. 291-292). Que un crítico literario y un hombre *à la page* como Federico García Godoy le haya abierto esta puerta a la intelección de su cocina literaria a un lector de la talla de Federico Henríquez y Carvajal no debe considerarse en lo absoluto como un gesto insignificante, sino como una *declaración de principio*: Godoy *sabía* que don Fed *entendería* que, al poner en evidencia su escritura *d'après nature*, él se declaraba partidario de los postulados del Naturalismo de Émile Zola; los estéticos y, en cierta medida, los políticos. Regresaremos más adelante sobre este aspecto particular.

tura (vigorosamente nacionalista en su primer florecimiento, el Enriquillo, las Fantasías indígenas, las poesías de Salomé Ureña) un resurgimiento del papel social que ella tuvo en los años de 70 a 80. De ese resurgimiento posible son signos algunas poesías de Gastón F. Deligne, como Ololoi y Del Patíbulo; creo que también lo es la Ciudad romántica de Tulio M. Cestero, obra que por su género tiene puntos de semejanza con la de usted. Una y otra tienen forma aparente de novelas; una y otras (sic) se proponen fines distintos del novelesco»⁶⁷.

Importa retener aquí esta oposición que se establece, a juicio de nuestro filólogo, entre la obra de Tulio M. Cestero y la de García Godoy:

«Tulio, con su ardiente visión de colorista, con sus ojos educados de viajero, ha sabido ver y ha interpretado, con el brío de un maestro, con un esplendor luminoso a veces veneciano, el color de nuestras arcaicas piedras y de nuestras anárquicas costumbres. Usted con su amplio espíritu de pensador, con su hondo sentido del deber patriótico. Pone en sus obras la visión sintética de la historia nacional purificada y la perspectiva de la patria mejor»⁶⁸.

La aparición de una expresión nacional en literatura suele presentarse asociada en un proyecto explícito o implícito de representación del *dialogismo intercultural* que opera en el seno de una comunidad histórica. Este fenómeno puede observarse en el surgimiento de casi todas las literaturas que, históricamente, han sido catalogadas como nacionales. Por «dialogismo» no hay que entender necesariamente el empleo sistemático del llamado «estilo directo», pero sí la interposición de por lo

67. Cf. «De Pedro Henríquez Ureña a F. García Godoy. México, marzo 15 de 1912», in Archivo literario de Hispanoamérica (RDC, núm. 2, loc. cit., p. 298).

68. *Idem*.

menos dos tipos de hablas: la del autor, conciencia semiológica que “programa” el mundo sociocultural representado en la novela, y la de los personajes, principalmente la del “héroe” como individualidad simbólica, en la que se concretiza el sentido de dicha representación de la sociocultura por parte del autor. Tal fue el aporte principal de Balzac al desarrollo de la novela moderna, pero es evidente que esto no nace con la novela histórica francesa, pues ya en el *Quijote* de Cervantes y en las novelas de François Rabelais *Gargantúa y Pantagruel* es posible constatar este aspecto de la representación verbal.

Las novelas de Federico García Godoy adolecen de una falta evidente de rigor en la representación de las hablas dialectales dominicanas: sus personajes se expresan —en las escasísimas ocasiones en que el autor obtempera en emplear el estilo directo⁶⁹— casi todos en un mismo nivel de lengua. Para colmo, el empleo de la segunda persona del plural castellana (*vosotros*) —signo común de la mayoría de los autores, oradores y poetas de nuestro siglo XIX—, en franco divorcio respecto a lo que reflejaba la oralidad de su época en nuestro país, deja mal parado el pretendido “realismo” que algunos críticos atribuyen a García Godoy. Ahora bien, ¿es todo esto óbice para que se considere como novelas *nacionales* a *Rufinito*, *Guanuma* y *Alma dominicana*? Como se verá, la lectura de la *intención* comunicativa tiene, en el caso de las novelas de don Federico García Godoy, una preeminencia particular sobre casi todos los demás aspectos del trabajo literario.

Los prólogos programáticos que abren cada una de estas novelas operan en cierta forma como protocolos de lectura a la

69. Esto último no escapó a los ojos de Abigaíl Mejía, quien observa, en la nota que inserta en su *Historia de la literatura dominicana*: «Forzoso nos es indicar un máximo defecto de su estilo y de su manera, que nos le hace pesado: la sencillez extrema, la aridez del lenguaje. No hay casi diálogos en sus obras, reducidas a la interminable narración o descripción, cual en las medianas novelas antiguas. Apenas una metáfora, una alegoría, una figura de pensamiento. ¡Ni una flor en el desierto! Nada de pompa, ni de fuerza, nada de galas atrevidas, nada de variación, en fin. Son, no obstante, los libros de un hombre inteligente, laborioso, que procuró estudiar la obra ajena; que dedicó a una y otra labor toda su vida nobilísima» (MEJÍA, Abigaíl: *op. cit.*, p. 486).

manera de los “manifiestos” que, algunos escasos años más tarde, producirían los poetas hispanoamericanos imbuidos en las corrientes de la vanguardia estética. De hecho, tanto la intención como la forma en que están redactados estos prólogos remiten a la tipología persuasiva y encomiástica característica de los manifiestos estético-literarios.

Los títulos de esos tres prólogos («Palabras», en el caso de *Rufinito*; «Página preliminar», en *Alma dominicana*, y «Párrafos», en *Guanuma*) son, sin embargo, demasiado parcos como para que se los pueda asociar a un proyecto intencional de carácter ideológico⁷⁰.

Un juicio de García Godoy respecto al trabajo de Billini en su novela *Engracia y Antoñita* nos alerta en lo que respecta a la actitud de nuestro autor en lo relativo al tratamiento que asigna al material histórico de sus novelas. El juicio en cuestión es el siguiente:

«[...] no es posible pedir al novelista —que por incidente refiere un hecho de carácter político— la escrupulosa exactitud que debe exigirse al historiador, ya que la verdad artística no es lo mismo que la verdad histórica, y porque, además, los tales pequeños errores no destru-

70. Probablemente, la parquedad de los títulos de estos prólogos es posible de achacar a ese rasgo de la personalidad de don Federico que hemos llamado más arriba su *modestia estratégica*, actitud digna de ser emulada por muchos de nuestros geniales escritores actuales. Quienes quieran hacerse una idea de esto que llamamos la modestia estratégica de don Federico encontrarán en el prólogo de *Impresiones* (titulado «Dos palabras»), y a lo largo de toda su producción bibliográfica, elementos suficientes para edificar una opinión a ese respecto. A manera de ejemplo, insertamos el siguiente extracto del artículo titulado «La crítica» que citábamos más arriba: «En el país, por circunstancias que nadie ignora, se ha publicado muy poco, y acaso, acaso no pase de cuatro o cinco el número de obras que tenemos de positivo mérito literario. Son contados los escritores nacionales que de vez en cuando se deciden a publicar algún libro. En tales condiciones, claro está que en materia de crítica literaria sólo tenemos lo que en realidad es posible: meros aficionados que con mayor o menor conocimiento de causa, que con laudable asiduidad y sin ella, exponen sin pretensiones de ningún linaje (por mí lo aseguro) su modo de pensar respecto de ésta o aquella producción nacional ó extranjera (sic)» («La crítica», loc. cit., pp. 7-8).

yen en manera alguna la parte esencial de lo narrado, que es verdadera, como no podría negar nadie que conozca á fondo la luctuosa historia de nuestras contiendas civiles»⁷¹.

Es en virtud de esta dicotomía que nuestro autor observa entre la verdad artística y la verdad histórica que, a nuestro modo de ver, su trabajo de novelista partió del proyecto de dotar a su escritura de una autonomía auténticamente literaria. Si no lo logró del todo, debido a ciertas limitaciones técnicas más o menos excusables⁷², justo es precisar que estuvo muy cerca de lograrlo.

Como ya lo hemos sugerido con anterioridad, es en lo relativo a la *intencionalidad histórica* de las novelas *Rufinito*, *Alma dominicana* y *Guanuma* donde reside fundamentalmente el valor literario de la "Trilogía patriótica" de don Federico García Godoy. La publicación de *Rufinito* inicia, como lo han observado la mayoría de sus comentaristas a partir de la sagaz observación de Pedro Henríquez Ureña que citábamos más arriba, un nuevo campo en las letras dominicanas⁷³.

71. GARCÍA GODOY, Federico: «La novela de Billini», in *Impresiones, op. cit.*, pp. 23-24.

72. Compartimos, en lo que respecta a las limitaciones técnicas del trabajo de García Godoy como novelista, el siguiente comentario de Juan Bosch, inserto en el «Prólogo» que nuestro maestro del cuento escribió en 1963 para la reedición de *Guanuma* por la Librería Dominicana: «Don Federico García Godoy tenía las cualidades necesarias para ser novelista. Sabía relatar: el relato no se le iba de las manos ni se le obstruía en ellas. Salvo algún que otro momento en que el autor filosofa, *Guanuma* (sic) es esencialmente relato, acción, hechos. Si el novelista no logró crear caracteres definidos en Fonso Ortiz y Rosario, anduvo muy cerca de alcanzarlo; y debemos reconocer que si lo hubiera logrado, *Guanuma* sería una obra maestra, un *capo lavoro* como dicen los italianos» (BOSCH, Juan: «Prólogo» de *Guanuma, op. cit.*, p. 8).

73. Para Joaquín Balaguer, el García Godoy novelista es, nada más ni nada menos que el «creador en nuestro país de un género nuevo» (cf. *Antología*, p. 16). Obviando la confusión terminológica de Balaguer entre el género y el tipo, fuerza es reconocer, como lo hace el mismo Balaguer en la nota al pie número 6 de esa misma página de su prólogo, que antes de la publicación de *Rufinito*, el único esfuerzo literario por reconstruir una zona del imaginario histórico en nuestro país se encuentra, con el *Enriquillo* de Galván, demasiado apartado de nuestra realidad histórica auténticamente dominicana.

En lo relativo a la historia de nuestra literatura dominicana, por ejemplo, la ausencia de un texto literario que haya intentado esbozar algún plano de la historia nacional republicana era flagrante hasta la publicación de *Rufinito*. La intencionalidad histórica de don Federico en esta primera novela de la "Trilogía patriótica" se transparenta no sólo en el marco narrativo o diegético en el que suceden los acontecimientos narrados, sino también, y sobre todo, detrás de la estrategia descriptiva con la que se aplica a describir las costumbres, la arquitectura y la organización urbana de «La Vega de entonces».

La elección de un héroe correspondiente al tipo popular, José Rufino, o Rufinito, es otro de los rasgos que le garantizan un rápido acceso a la representación de la vida nacional, si bien, como lo hemos señalado más arriba, la representación de este personaje central dista de ser del todo acabada, debido, fundamentalmente, a la hegemonía que el narrador ejerce a lo largo de todo el texto, sobre el trabajo de caracterización de la *idio-sincrasia* del héroe.

Por nuestra parte, y postulando como hipótesis que lo que un narrador hace con la representación de sus personajes es un revelador de su concepción de lo social y lo político, vemos, en el narrador que García Godoy construye en sus novelas, las huellas del mismo *personalismo político* que tanto criticó en *El derrumbe* y en otros textos de índole histórico-política. Que nadie se llame a error: no es ésta una huella de la época en la mentalidad de García Godoy. Como lo postulaba Bertrand Ogilvie en un ensayo sobre Lacan: «El pensamiento de una época no es efectivamente la suma de los pensamientos de los "sujetos". La historia es un proceso sin "sujeto": pero el sujeto, en cuanto a él, no es un proceso sin sujeto»⁷⁴. En el narrador de García Godoy hay mucho de un personalismo a ultranza que, probablemente, esté relacionado con la configuración del esquema textual de sus novelas, en el que se mez-

74. «La pensée d'une époque n'est effectivement pas la somme des pensées des 'sujets'. L'histoire est bien un procès sans sujet: mais le sujet, lui, n'est pas un procès sans sujet» (OGILVIE, Bertrand: *Lacan: la formation du concept de sujet (1930-1949)*. (París: P.U.F., 1987, p. 43). Traducción libre de M.G.C.

clan tres líneas de escritura fundamentales: una expositiva, asiento de la reflexión sociológica e histórica, otra ficcional, responsable de la construcción de las escenas en las que interactúan los personajes del relato, y una tercera línea descriptiva, deudora de la conciencia semiótica del autor, responsable de describir los *escenarios históricos* en los que transcurren los hechos narrados.

En la novela decimonónica del romanticismo y del realismo europeos era frecuente esta composición tripartita del esquema textual novelesco. Stendhal y Dumas, por ejemplo, son famosos principalmente por haber puesto en práctica un tipo de narrador "imperialista" que dominaba todos los aspectos de la caracterización de sus personajes. Lo mismo puede decirse de un Balzac y de un Zola. Incluso, un autor del siglo XVIII como Diderot, presenta, en sus novelas *Le neveu de Rameau*, y sobre todo en *La religieuse*, una curiosa mezcla de narración con intervenciones directas en estilo expositivo de la conciencia del autor. No obstante, a diferencia de estos autores, los personajes de las novelas de García Godoy son víctima de un estatismo que los deforma o les impide situarse como los verdaderos protagonistas de su destino contado⁷⁵.

Paralelamente, frente al narrador *omnisciente* que construye a los personajes ficticios de García Godoy en las tres novelas de la "Trilogía patriótica", resalta, en primer lugar, la enérgica ela-

75. Sobre este particular acierta el doctor Joaquín Balaguer cuando afirma que: «Los puntos débiles de *Rufinito* (sic) es preciso buscarlos más bien en el plan y en ciertos pormenores. El héroe del relato, figura insignificante en quien en un momento se concentra el interés psicológico, esto es, toda la máquina pasional de la novela, no aparece en acción sino en el octavo capítulo, después de las largas y en gran parte inútiles disertaciones del autor sobre el ambiente histórico en que está llamada a desenvolverse la intriga, y sobre la personalidad del general Pedro Santana. García Godoy evidentemente no guardó las debidas proporciones entre la acción y los antecedentes políticos que la explican, cosa que sin duda reduce el interés de la primera y limita el conflicto interno, el verdadero choque de intereses y pasiones, base de todo drama, aún (sic) del drama histórico novelado, a una parte mínima en relación con el número de páginas que abarcan las reminiscencias y las reflexiones sobre materias que no se vinculan a la intriga en forma absolutamente necesaria» (BALAGUER, Joaquín: *Antología*, p. 18).

boración de perfiles histórico-psicológicos de figuras secundarias en el relato de *Rufinito*, pero de gran trascendencia en el plano de la historia contada, principalmente los de Ramón Mella, Juan Pablo Duarte y Pedro Santana. En *Alma dominicana*, el mismo fenómeno se observa en la atención otorgada a las figuras de los brigadieres españoles Rubalcava y Antonio Peláez de Campomames frente al trabajo de caracterización del personaje Juan Antúñez.

Sin embargo, es en *Guanuma* donde semejante procedimiento se deja sentir con mayor fuerza. En las páginas de esta novela desfila una verdadera constelación de personajes históricos, recibiendo cada uno un trabajo de caracterización psicológica particular, y contrastando con un trabajo similar en el plano de la ficción, en el cual se destaca un número considerablemente mayor de perfiles psicológicos de personajes imaginarios. Técnicamente —aunque con las mismas limitaciones anteriormente señaladas—, *Guanuma* es la novela más depurada de Federico García Godoy, y es probable que, de no haber tenido la mala idea de morir diez años después de la publicación de esta última novela, los dominicanos y las dominicanas habríamos podido contar con más y mejores novelas de este autor.

* *

*

Todas nuestras observaciones anteriores acerca del proyecto intencional de García Godoy al escribir la «Trilogía patriótica» adquieren de golpe su peso específico a la luz de lo que declaró el mismo don Federico en una carta dirigida a Horacio Blanco Fombona del 21 de agosto de 1918. El lector nos perdonará la larga cita de esa carta que a continuación insertamos, pues de seguro comprenderá la enorme importancia de esa carta para entender el trasfondo intencional de las novelas de la «Trilogía patriótica»:

«*Mi distinguido amigo:*

Últimamente le envié un trabajo sobre un libro histórico en que tontamente se maltrata a nuestro gran Bolívar. Supongo estará ya en su poder.

Como he leído en Letras algunas apreciaciones acerca de mi labor intelectual, que juzgo erróneas en parte, quiero que sepa V., que acaso no conozca en toda su integridad esa labor, que yo nunca he aspirado ni pretendido sentar plaza de novelista ni cosa parecida. Mi trilogía patriótica; Rufinito, Alma Dominicana y Guanuma, se compone pura y simplemente, como con verdadera clarividencia lo han visto Rodó, Ugarte y los hermanos García Calderón, de simples cuadros históricos en que el colorido novelesco, imaginativo, es enteramente secundario, subordinado al propósito de difusión serena de ideales de alto y luminoso nacionalismo. De Rufinito hay ya dos ediciones enteramente agotadas y se prepara una tercera. A cada paso, de muchas poblaciones del país y de América se me pide este libro. De Alma Dominicana, en trabajo publicado por Rodó, dice éste que es "un interesante cuadro histórico que tiene muy estrechas semejanzas con cosas de por acá". El episodio narrado en Rufinito en sí no vale un pito. El protagonista es en realidad, en ese libro, el hilo que enlaza los cuadros históricos en que se narra el nacimiento de la nacionalidad dominicana.

Y lo mismo sucede con Alma Dominicana y Guanuma. Ambas vinculan mi concepto histórico de la Restauración. Y la prueba evidente de todo es que a nadie en América se le ha antojado considerarme como novelista. Si he titulado novelas históricas esos libros ha sido para justificar el elemento imaginativo que he introducido en ellos para darles ciertos atractivos. El notable crítico español Andrés González Blanco relacionó a Rufinito con los Episodios nacionales de Galdós. Me parece equivocado. En Galdós hay un propósito histórico bellamente novelado; en mis humildes libros el propósito es exclusivamente nacionalista, un naciona-

lismo que no se necesita en España y sí muchísimo en nuestra América.

Suyo affo.

FED. GARCÍA GODOY
(LETRAS, S.D., N° 81, sept. 15 de 1918)⁷⁶

El lector atento habrá observado en esta carta de don Federico un aspecto enunciativo de suma importancia: el tono defensivo —como el de alguien que reacciona al sentirse atacado— con el que nuestro escritor sostiene en varias ocasiones en este texto que su intención en la «Trilogía patriótica» no fue la de hacer novelas, sino la de hacer «nacionalismo». Ahora bien, incluso si suponemos que dicha afirmación tan categórica no fue más que una estrategia discursiva de disimulación que don Federico enarboló ante Blanco Fombona para intentar capear las consecuencias que pudo haber tenido sobre su amor propio una crítica a su «labor intelectual» aparecida en la revista *Letras*, el efecto comunicativo sigue siendo el mismo: la negación, por parte del mismo autor de la «Trilogía patriótica», del hecho de que los tres textos que integran esta serie hayan sido intencionalmente concebidos por él como novelas.

* *
*

Al poner al alcance del gran público dominicano y extranjero esta edición de las *Obras escogidas* de Federico García Godoy, la Fundación Corripio, Inc. cumple, una vez más, con su vocación de contribuir a que la sociedad dominicana, y en particular las nuevas generaciones, puedan redescubrir y revalorizar por su

76. Cf. carta 66: «De Federico García Godoy a Horacio Blanco Fombona. La Vega, agosto 21 de 1918», in *RDC*, núm. 2, *loc. cit.*, pp. 310-311).

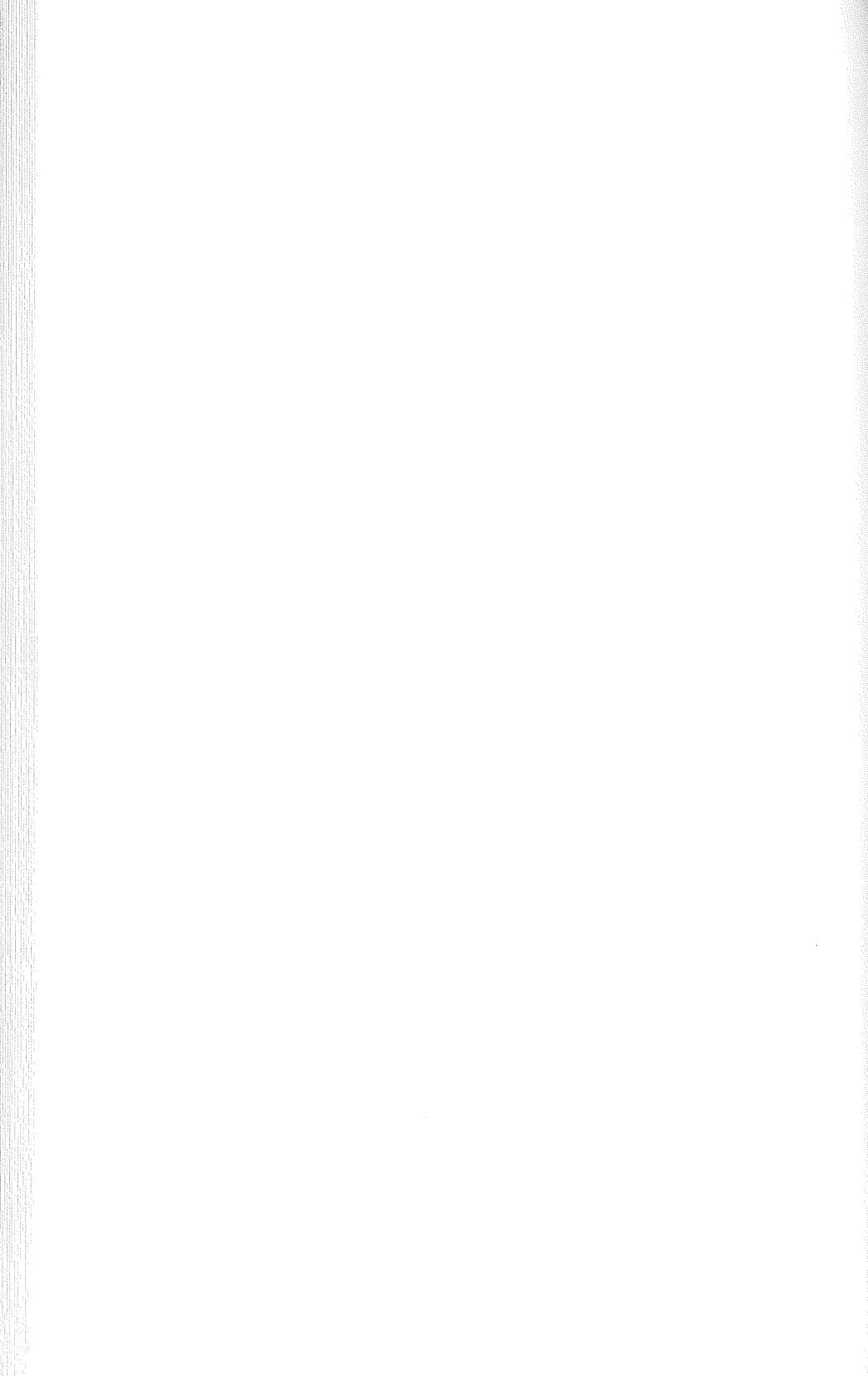
propia cuenta, es decir, por medio de la lectura directa, y no a través de terceros más o menos bien intencionados, los valores sobre los cuales se sustenta la tradición literaria dominicana.

Es, pues, nuestro más sincero deseo, el que la juventud dominicana encuentre, en la lectura de la obra de don Federico García Godoy, nuevas y más altas razones para sentirse orgullosa de compartir nuestra nacionalidad con alguien que supo amar nuestra patria hasta el punto de dedicar toda su vida al estudio de nuestras costumbres y de nuestra historia, a pesar de haber nacido en otras tierras de nuestro gran universo hispanoamericano.

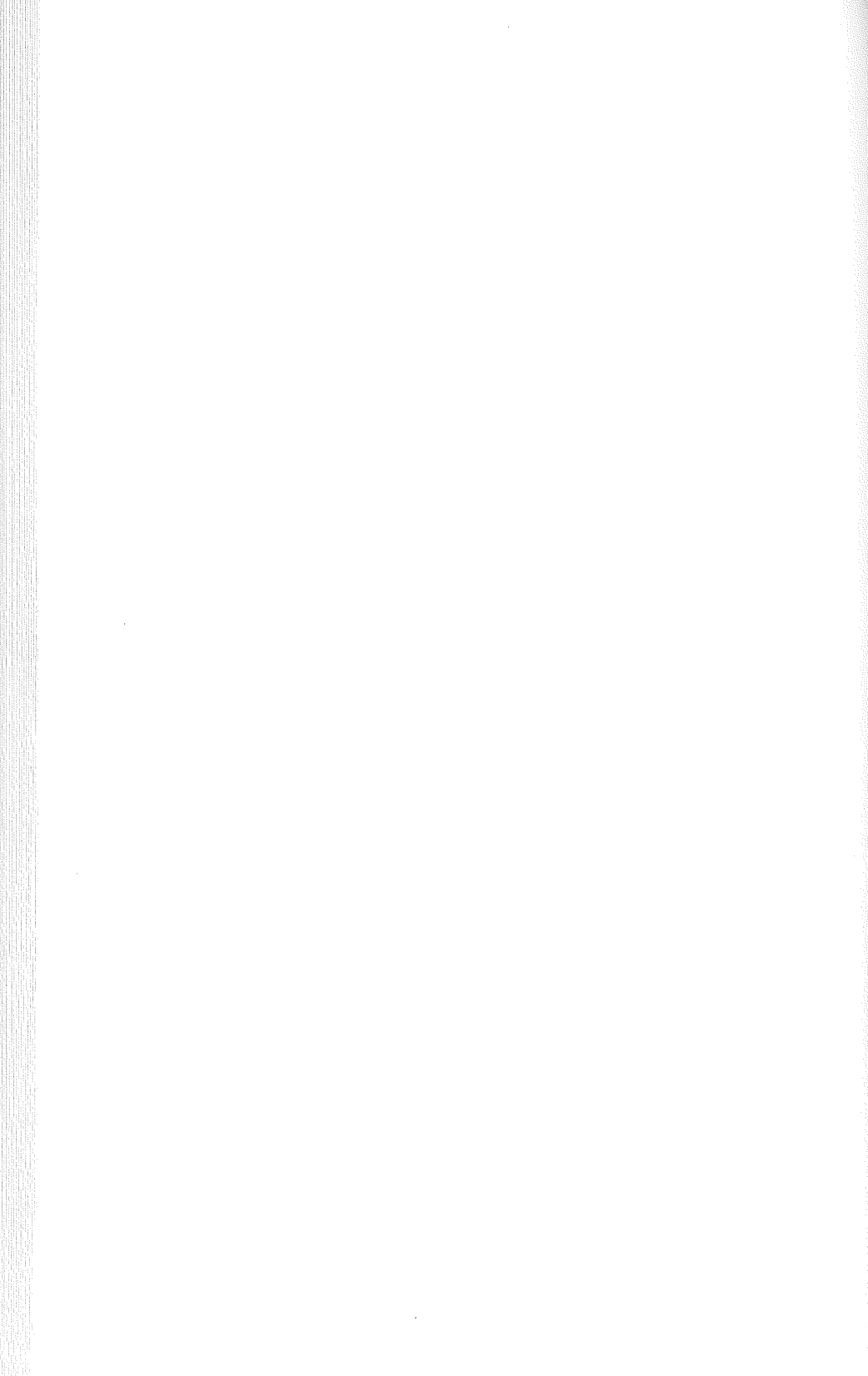
MANUEL GARCÍA-CARTAGENA
12 de julio de 2004

TRILOGÍA PATRIÓTICA

RUFINITO
ALMA DOMINICANA
GUANUMA



RUFINITO



RUFINITO

¡Bienvenido sea!

Mi primera impresión ha sido de afecto, muy cordial, por la amable dedicatoria autográfica. Con tal motivo, anoto: La amistad antigua, si sincera, es como el vino añejo. Mi segunda impresión: de complacencia. Sobria y clara, de gusto puro y simple, la edición de ese volumen es digna de la casa editorial dominicana que le dio forma. La tercera... Esa la debo, felizmente a la rápida lectura —hecha de la hora nona a la media noche— con la cual he podido gozar de una tradición, o sucedido histórico, breve episodio dramático, convertido en fácil leyenda literaria por el gallardo estilo de un escritor que es un artista.

Da Federico García Godoy, con ese nuevo libro suyo —aunque en su concepto crítico no existe todavía una literatura hispanoamericana— un hermoso fruto de su ingenio, con perfume de poesía y color de civismo, al acervo artístico de la que ya podría ser tenida por literatura neoespañola.

* *
*

El sucedido es harto verosímil y ha podido ser una realidad de poca monta, sin complicaciones, un caso psicológico de mera intuición, cuando no de instinto, en aquel medio y en el mo-

mento inicial de los dos máximos vicios que han corroído, a modo de cánceres, las entrañas de éste y otros pueblos que fueron colonias: el caudillaje y el personalismo.

Rufinito, arquetipo, poco más o menos auténtico, resulta un verdadero tipo, según la hora y el medio, nada raro en un pueblo de torpes atavismos, supersticioso e ignorante, y hasta fanático en ocasiones, el cual puso el éxito por encima del ideal; y dejó a los Restauradores para seguir a Báez; y proscribió a Duarte para hacer de Santana un caudillo, un providencial y tal vez un traidor a la patria y puesto a elegir entre Ulises, el del derecho, y Ulises, el de la fuerza, habría optado por el segundo. ¡Todavía hay multitudes ignaras, o perversas, que aclaman a Barrabás y maldicen y condenan al Justo!

El odio a los dones —los señores de la Vega semipatriarcal en la media centuria— corría parejas con el desdén que la juventud trinitaria inspiraba a la gente blasonadora de hábil y práctica. *Rufinito* era uno de tantos desdeñosos. Al amparo de su instinto servil y de su misma insignificancia, cuando no al favor de la embriaguez, pudo efectuarse el proceso zorruno de su espionaje. El desarrollo del suceso, sencilla y lógicamente presentado, es de un verismo exacto. Pero hay dos hechos —los culminantes— que suscitan la duda y se prestan a la controversia. Uno: la manera irreflexiva, o el descuido injustificable, de confiar la carta al ventero, como cosa baladí, para que el beodo y adormilado fingido pudiese interceptarla. Tampoco me parece indispensable el recurso de la misiva comprometedora; pues *Rufinito* —independientemente del valor que hubiese de atribuirle Santana a la denuncia— bien pudo creer, en su adhesión partidarista, que sería aceptada como un servicio valiosísimo. ¿Cuándo dejó de subirse a mayores el engreimiento de quienes aquilatan sus servicios a medida de sus pretensiones o deseos?

Otro: la supresión misteriosa del bellaco, caído en la trampa sin salida ni escape, cuando carta y viajero se hallaban en poder de gente, interesada en ello, que podía destruir el documento e incapacitar así a *Rufinito* para realizar su empeño.

Son meros reparos...

* *

*

No es ese, sin embargo, el contenido mejor del volumen. Lo es, a no dudarlo, la porción dedicada al otro proceso, de tendencias paralelas y contrarias: la del personalismo, que encarna en un hatero, rudo y fornido, hecho a colear toros de la Pringamosa y a domar cerriles potros en el Prado; y la del liberalismo, que se acendra en un pensador, consciente y generoso, consagrado a la labor fundadora de una república cordial y jurídica.

Con rica sustancia, medular, de pensamiento nutrido en un sereno examen de cosas y hombres, infórmanse los capítulos en los cuales se estudia y perfila a Santana, se evoca a la Vega de los Dones —la de los graves y festivos Pepes— y aparece en el Cibao, a modo de estrella errante, el más austero de los repúblicos y la más pura gloria de la Patria.

Luce otra página el interesante libro, aún más hondamente sentida por el autor, con la cual logra evocar y reproduce el cuadro emotivo, dolorosísimo, en que se ve cómo se desvanece a lo lejos, en el mar sin orillas de la ingratitud de sus conciudadanos, la visión del Apóstol y sus discípulos y compañeros: "los de los tristes destinos". De esa página, de luz y sombra, página de dolor y de vida, tomo las siguientes líneas en las cuales revive la escena de eterno duelo para el patriotismo postrero y la imparcial historia.

"A sesenta y cuatro años de distancia mi pensamiento reconstruye la patética escena y me parece contemplarlos, el día de la partida, en la cubierta de la nave anclada en el puerto, en la que van a surcar las salobres ondas en dirección de playas inhospitalarias y remotas. El mar se deshace en hirviente y blanca espuma al estrellarse, con quejumbroso estrépito, en los arrecifes y farallones de la costa... De un lado, ante sus ojos, en la limpidez del ambiente, emerge la mole de piedra del Homenaje, pesada construcción de los primeros tiempos de la conquista, en la que acaban de apurar las heces de infinitas amarguras... Los mástiles de los buques surtos en la ría se proyectan en el espacio, como si fueran lanzas de viejos caballeros que amenazasen al cielo... Frente a ellos se extiende la ciudad con sus plazas y sus calles hasta confundirse con los macizos de verdura de la

cercana campiña... Todavía repercute en esas calles y en esa plaza el eco de su patriótica propaganda. Todavía vibra en ellas su grito de guerra contra el opresor extranjero..."

"Empieza a soplar suavemente el terral... Una indefinible tristeza parece enseñorearse de todas las almas... La nave se apresta a zarpar... Ellos ven, quizá por vez última, la Ciudad Primada de América, áureo relicario que guarda el precio polvo de tantas glorias desvanecidas... Bajo la suave caricia de la brisa, henchidas las velas, el alfange de la proa corta la masa azulosa de las aguas y la nave va poco a poco alejándose... De pie, sobre una peña que salpica el oleaje, los miro irse y siento que irresistible emoción va invadiendo mi alma. Se humedecen mis pupilas y de ellas se desprende lentamente una lágrima... Me descubro en respetuoso ademán de despedida, y mis labios murmuran, variándolas a mi antojo, algunas de las conmovedoras palabras que en Ricardo III, la creación dramática del divino Shakespeare, pone éste en boca de uno de sus personajes: "Adiós, patricios infortunados, los de los tristes destinos"..."

* *

*

¡Ay! también a mí, al contemplar la fidelísima escena de dolor que esa página selecta reproduce, se me nublan los ojos y la voz se me apaga en el silencio de una meditación llena de añoranzas. Interrumpo la lectura; pero sigo viendo, con los ojos del alma, aquella desolada despedida camino del exilio perpetuo, del naufragio, de la demencia y de la muerte...! Y si aparto la mirada ansiosa de ese cuadro de tristezas, redivivo, es para ver, sobre el suelo sagrado de la patria apenas invenida, cómo se alza el patíbulo —desde el alba de la Independencia hasta la noche triste de la Anexión— para inmolarse a los próceres febreristas en larga serie de fusilamientos, que se inicia con la heroína, María Trinidad Sánchez, y culmina con el héroe Francisco del R. Sánchez y sus heroicos compañeros de la nobilísima protesta del Cercado.

* *

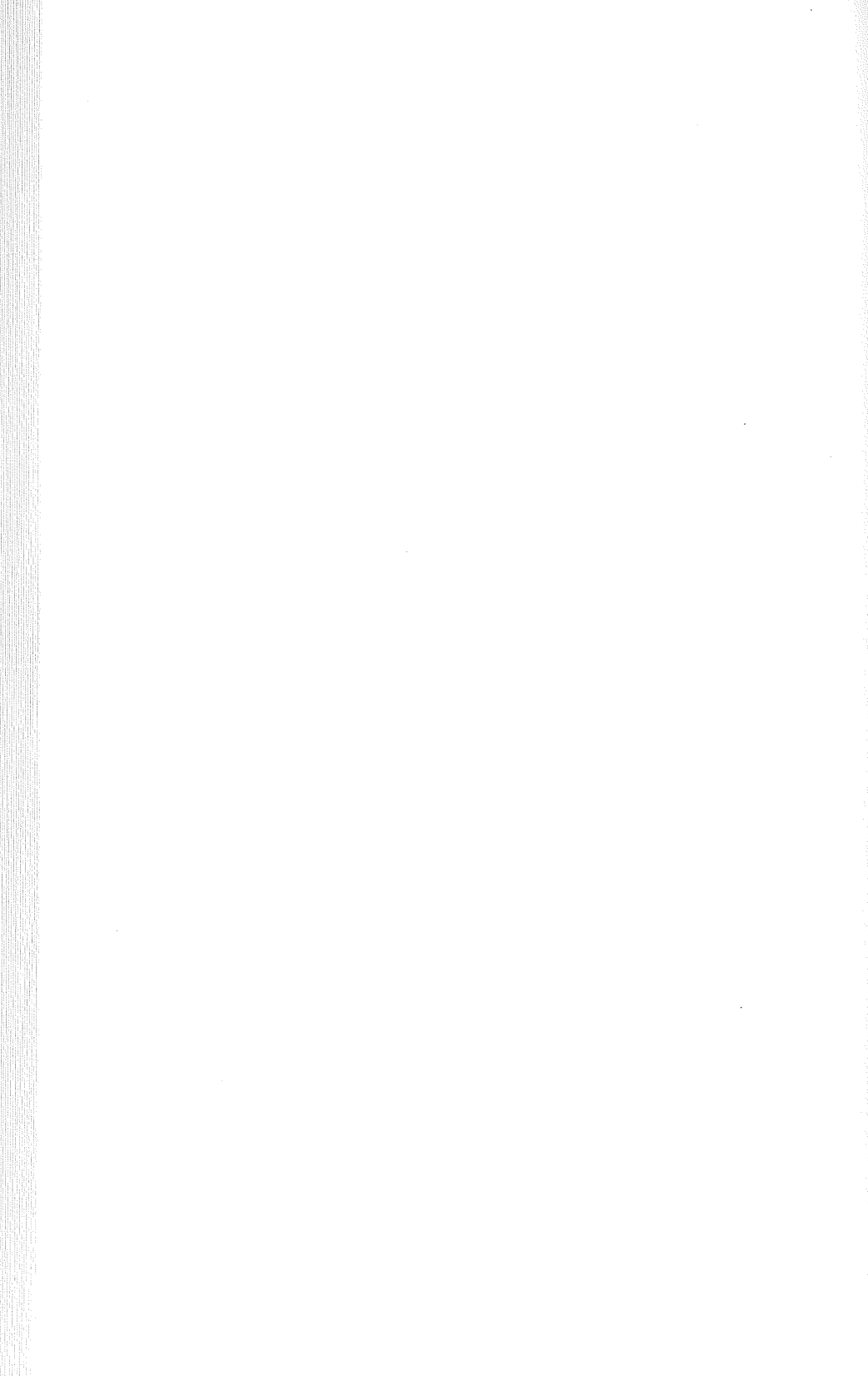
*

Rufinito, tradición o sucedido histórico, episodio dramático verosímil convertido en fácil e interesante leyenda por el donoso estilo de un escritor que es un artista, marca un nuevo éxito en la buena labor literaria de Federico García Godoy y ofrece a la bibliografía dominicana, aún en formación, no pocas bellas páginas ejemplares.

¡Bienvenido sea!

FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL
Ciudad, febrero, 1909.

(Copia del Prólogo de Federico Henríquez y Carvajal a la segunda edición de Rufinito editada en el 1912.)



PALABRAS

No he creído nunca en la posibilidad de la formación de una literatura nacional en el elevado sentido que tiene para mí semejante cosa. No existe literatura dominicana como no existe literatura peruana, ecuatoriana o argentina, a no ser que se tomen como tales literaturas las colecciones de libros publicados por escritores de esos mismos países o de los demás de la América Latina, lo que ciertamente, muy en particular en lo que toca a la producción literaria de estos últimos tiempos, vendría antes que a desmentir mi aserto a confirmarlo espléndidamente. Salvo una que otra tentativa bien encaminada, el criollismo en Venezuela, por ejemplo, y uno que otro feliz ensayo de estudios históricos, de crítica y de novela de costumbres locales, la labor literaria de Hispanoamérica actualmente, en su aspecto más resonante y conocido, se encauza por rumbos de un exotismo muy acentuado, atenta, sobre todo, en su parte francamente imitativa, a seguir con fidelidad las orientaciones artísticas, muchas veces insustanciales y efímeras, que se producen en países muy civilizados, de intenso cultivo literario; y parece de continuo solicitada por el empeño de exteriorizar un subjetivismo que expresa a menudo con vigor estados de almas muy personales, pero rarísima vez, modos de ser, emociones, aspiraciones, ideales, matices de sentimiento exclusivamente americanos. En la poesía, principalmente, por ser la modalidad literaria más socorrida, casi nunca vibra de manera intensa la nota autóctona, indígena, de característico relieve nacional o local,

de pronunciado sabor del terruño, sino la emoción más o menos diluida o quintaesenciada que pretende reflejar artísticamente complejidades psicológicas, estados anímicos complicados, por lo general, excepción hecha de tres o cuatro verdaderos poetas, productos de mera imitación, sin jugo medular, casi siempre artificiales, a veces candorosamente infantiles.

Una literatura nacional representa a mi ver cosa harto distinta. Ocho o nueve decenas de años de vida independiente, desordenada, incoherente, anárquica, no constituyen base apropiada para formarla. Tentativas aisladas u orientaciones extraviadas, no son seguramente elementos favorables para dar a tal flamante literatura la fuerza de cohesión y el espíritu de unidad que indispensablemente necesita. La literatura de un país es luminosa herencia secular que crece progresivamente formando un todo homogéneo y grandioso, susceptible, claro está, de evolucionar conforme a las señales de los tiempos y a ciertas circunstancias del momento; pero conservando siempre, aun en sus más salientes momentos de decadencia, el aroma fuerte e imperecedero del espíritu nacional que la particulariza dándole especial fisonomía. Es reflejo fiel e intenso de una colectividad social cohesionada por intereses comunes de ambiente, de raza y de idioma, que ha recorrido ya sucesivas e interesantes etapas de desenvolvimiento histórico. La suma de esfuerzos de esa misma colectividad acumulada en el acervo de su historia, es la que presta vigorosa y peculiarísima expresión a una literatura, lo que le da resaltantes rasgos fisonómicos que la impiden confundirse con ninguna otra. En ella vibra clara y armoniosamente el alma de un pueblo que ha tenido o que aún conserva el ideal o los ideales que le han señalado el permanente derrotero de su proceso evolutivo como entidad nacional ingente y respetada. A algo parecido podría, tal vez, llegarse con el tiempo en Hispanoamérica. Considero ésta como vasta agrupación social sólida y perdurablemente unida por el lazo de una misma sonora lengua y por vínculos indestructibles de idéntica herencia étnica e histórica. Acortando distancias, estrechando lazos, fomentando más íntimas relaciones, aunando esfuerzos, quizá podrían precisarse, en un porvenir no muy remoto, las líneas y formas de una literatura característica vitalizada por el alto y noble ideal de conservar como sagrado e intangible depósito los intereses

materiales y morales de nuestra raza amenazada en América a toda hora por otra más absorbente y poderosa...*

Desde cierto punto de vista, opónese también a la formación de una literatura exclusivamente nacional un factor de excepcional importancia. Como en ciertas manifestaciones artísticas, también en otras esferas de la actividad social va imperando un exotismo que se dirige a substituir, con usos y cosas de procedencia extranjera, costumbres pintorescas de nuestras ciudades que formaban su nota más original y expresiva y que constituían el encanto y el regocijo de nuestros abuelos. La civilización actual, en su tendencia expansiva, tiende a borrar linderos y a suprimir ciertas fronteras. Una fuerte racha de afición a lo extraño sopla sobre muchos de estos pueblos de incipiente civilización de personalidad aún no bien definida, de existencia reciente y amenazada. No pudiendo por muchas circunstancias imponer usos y costumbres, tienen por fuerza incontrastable que aceptar los ajenos. No, siéndoles posible determinar impulsiones, tienen forzosamente que recibirlas... Dentro de poco, menester será echarse fuera de la urbe para rastrear en el campo, en las peculiaridades de la gente que en él vive, aspectos característicos, elementos artísticos aprovechables. En Hispanoamérica, no obstante, existen fuerzas de resistencia que no pueden ser fácilmente destruidas. Los vínculos ya indicados, han creado en ella un ambiente común, libre por entero de ciertos prejuicios puramente europeos, donde pueden moverse holgadamente aspiraciones y tendencias de cierto orden diversas y aun opuestas. Si la inclinación a lo exótico y cierto ideal cosmopolita van lentamente esfumando pintorescas costumbres urbanas, no sucede ni puede suceder lo mismo con lo que constituye la resplandeciente urdimbre de la historia de algunos de estos pueblos hispanoamericanos. En ella, en su asiduo cultivo, en el exacto conocimiento de los hechos que la integran, hay asuntos propios para toda clase de exteriorizaciones artísticas; y en la fecunda enseñanza que de ella se desprende hay también los elementos necesarios para fortificar la conciencia nacional,

* Desde hace cuatro años que se publicó este juicio se ha hecho bastante en el sentido de dar carácter nacionalista y de confraternidad, hispanoamericano al movimiento literario de estas repúblicas. (Nota del autor).

creando una atmósfera fuertemente refractaria a cuanto tienda a arrebatar a estos pueblos jirones de su independencia conquistada en días trágicos pródigos en heroísmos y sacrificios...

Santo Domingo tiene una historia interesante, muy dramática y muy gloriosa. De esa cantera histórica, todavía casi inexplorada, he extraído un diminuto bloque y he formado a *Rufinito*. Harto sé que mi inhábil cincel no ha acertado a infundir vida artística a ese busto. Sus líneas escultóricas carecen indudablemente de belleza; tal vez parezcan rudas y desproporcionadas. Con todo eso no vacilo en exhibirlo, siquiera sea como demostración de un empeño intentado y muy deficientemente conseguido. Sobre el episodio de *Rufinito*, positivamente exacto en lo esencial, han circulado siempre versiones un tanto contradictorias en lo que se refiere a ciertos pormenores... Para esta narración he seguido, prefiriéndolos a otros, el relato del rico y anciano hacendado don Antonio Amézquita por su claridad y precisión y por su absoluta concordancia con los hechos históricos. Al final de la narración curándome en salud, inserto unas notas con el propósito de responder de antemano a algunas aclaraciones u objeciones que puedan formularse... Por cima del ambiente histórico no muy lejano por cierto en que ocurrió este episodio, empieza a extenderse la niebla sutil de las cosas propicias al florecimiento de la leyenda... He puesto algo de mi alma en esa melancólica peregrinación a un período interesantísimo de nuestra historia en que se produjeron sucesos de decisiva influencia en la orientación política de la República. He querido, en esas horas de angustiosa incertidumbre para los pueblos de procedencia ibérica, cuya situación geográfica los pone casi a merced del imperialismo norteamericano, reconstruir en parte, vivo y palpitante, un pasado en algo oscurecido por lamentables errores y, en todo lo demás brillantemente iluminado por culminantes actos de abnegación y por hechos de imperecedero renombre, para que, contemplándolo con amor, siquiera un instante, se afirme en nosotros más y más el irreductible propósito de mantener incólume, sin mengua y sin desdoro, la gloriosa nacionalidad dominicana.

EL MOMENTO HISTÓRICO

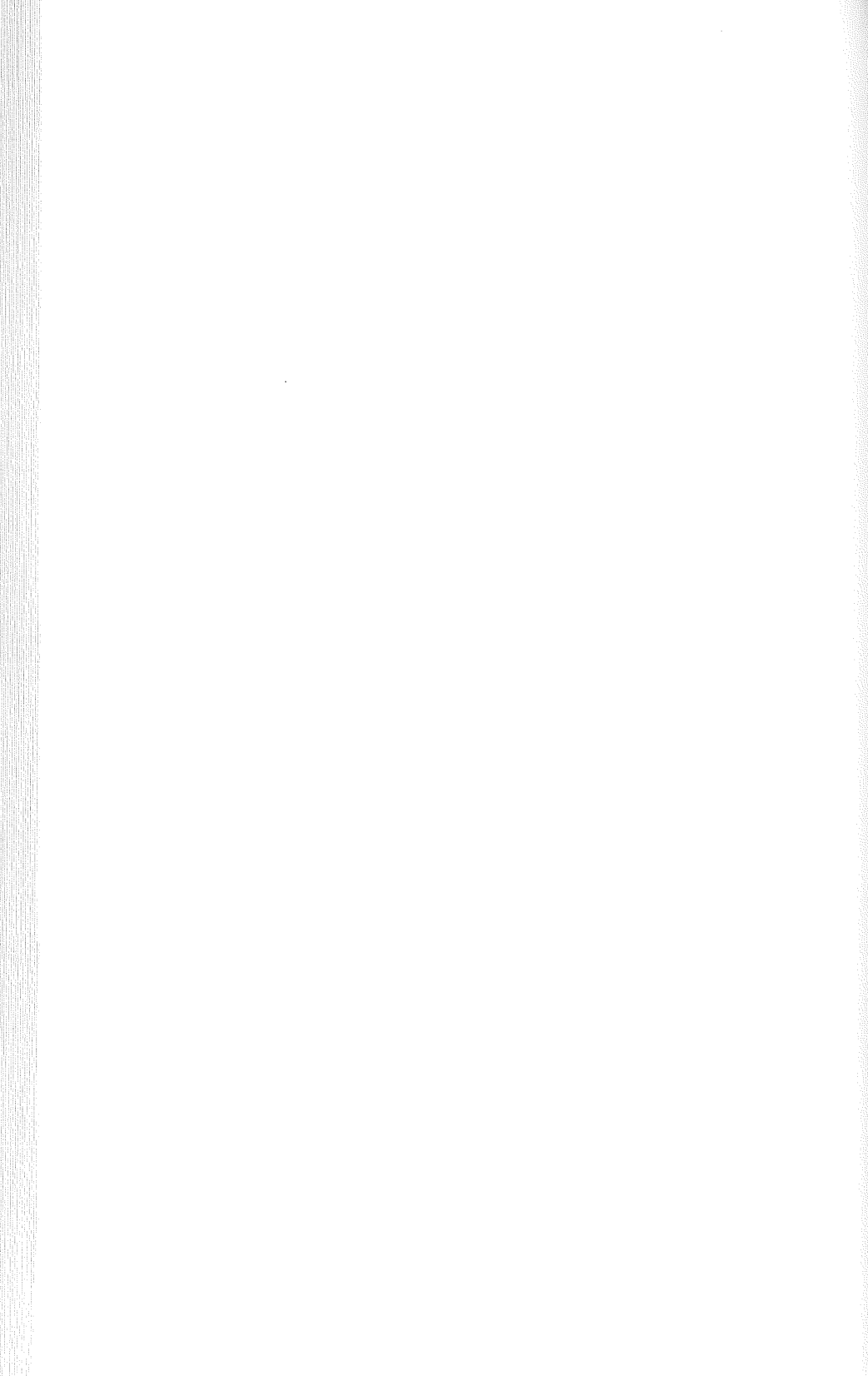
Acababa de cristalizarse en hecho resonante, de trascendencia histórica, el propósito magnificente, largo tiempo acariciado, de crear una nueva entidad nacional echando por tierra la dominación haitiana eminentemente repulsiva y vitanda. Obra de un milagro de entusiasmo juvenil, había surgido la república soñada, ansiosamente perseguida, entrevista como una fulguración de apoteosis por muchos de sus jóvenes y excelsos fundadores. Aunque de momento decisivo, el suceso del Conde no era ni podía ser sino el punto de partida de una encarnizada lucha de varios años, que, en síntesis gloriosa, compendia una inmensa suma de esfuerzos inauditos y de acrisoladas abnegaciones. Durante esos años el suelo nacional sorbió ríos de sangre y los ojos angustiados contemplaron, en medio de cuadros de desolaciones infinitas, restos de ciudades humeantes, piras gigantescas que atestiguaban con insuperable elocuencia la viril e irreductible resolución que en aquella crisis suprema animaba el alma dominicana. Desde el mismo día de su advenimiento a la vida independiente, convirtiéndose la República en inmenso campamento donde se vivía arma al brazo y se estaba perennemente apercebido para rechazar las acometidas frecuentes de los haitianos que, a pesar de sus repetidos y graves descalabros, no cejaban en su empeño de adueñarse nuevamente del territorio dominicano.

Para contrarrestar el primer empuje de la agresión que semejante a enfurecido oleaje avanza amenazante, aparece Pedro San-

tana, general improvisado surgido al mágico conjuro del ideal revolucionario, quien, con un puñado de valientes, se atrinchera en Azua y rechaza los repetidos ataques del numeroso ejército haitiano. Este, amilanado y maltrecho, se apresura a ganar la ribera opuesta del Jura, poniendo el río entre él y los flamantes vencedores... Pero algo tristemente insólito ocurre de seguido... Santana, triunfador; malogrando el éxito alcanzado, se pronuncia en retirada hacia Baní donde establecerá por largos días su campamento como para cubrir el camino de la Capital... Algunos consideran el movimiento retrógrado de Santana como una hábil operación estratégica. No lo discuto. Con los hechos no se discute, y los hechos dicen que esa retirada puso la nueva nacionalidad a dos dedos de su ruina... El estupor se estereotipa en todos los semblantes. La incertidumbre y la angustia, a modo de venenos sutiles, principian a infiltrarse en los corazones. Los pusilánimes tiemblan ante el porvenir brumoso, preñado de amenazas. Los fuertes se deciden a buscar glorioso refugio en la muerte recibida frente al enemigo. El horizonte va cargándose de negros nubarrones que amenazan convertirse en tempestad deshecha... ¿Que va a ocurrir? ¿Tocará otra vez el Atila haitiano con el pomo de su espada la puerta de baluarte del Conde, cuna sagrada de la independencia nacional?... ¿Resonará también para la nueva nacionalidad algo parecido al angustioso grito de *Finis Polonia* pronunciado por el héroe vencido en Macijowice?... Entretanto, por las llanuras del Norte, arrollándolo todo el otro ejército invasor, que manda Pierrot, prosigue su marcha triunfadora halagado por la esperanza de una victoria rápida y decisiva... Ya alcanza a ver los débiles reductos e improvisados atrincheramientos con que Santiago, la ciudad legendaria, pretende poner obstáculo infranqueable a la numerosa hueste enemiga. Imbert, valeroso y organizador, imprime unidad a la defensa. El choque es recio y prolongado. La noble ciudad se cubre de gloria en la tarde del 30 de marzo. Pierrot, derrotado, vuelve caras dejando estelado de cadáveres el camino que recorre en su retirada. Rabioso y humillado repasa el Masacre con su tropa ya convertida en horda... La victoria de Santiago cambia favorablemente la faz de las cosas y consolida en gran parte la bamboleante República.

Despejado de enemigos el Norte e iniciado meses después el movimiento de retroceso del ejército haitiano del Sur, avanza

resuelto Santana y, bien secundado por valientes y pundonorosos oficiales, lo persigue activamente hasta las fronteras... Parece como que ha conquistado nuevos lauros. Todas las miradas empiezan a fijarse en este hombre. A su alrededor comienzan a abejas los intrigantes, los forjadores de combinaciones protervas. Como las brujas de Macbeth, sus áulicos dejan caer en sus oídos palabras lisonjeras que espolean su ambición todavía en crisálida... Se desperdicia locamente en intrigas de cuartel, en forjar planes mezquinos, un tiempo que hubiera podido y debido ser empleado útilmente en dotar al nuevo organismo nacional de instituciones viables en consonancia con sus arraigadas peculiaridades sociales. En la misma Junta Central Gubernativa, elementos heterogéneos que ha permitido la inexperiencia actuar en ella, se agitan activamente, detrás de bastidores, aumentando el combustible que servirá para alimentar la voraz hoguera que ha de consumir muchos anhelos de bien y muchas generosas aspiraciones... Se urden tramas proditorias. Elementos afines se aproximan para apresurar la realización de una obra de desquiciamiento. Entre el Ejército del Sur y la Junta Central empieza a producirse un antagonismo de funestas consecuencias, que pronto se convertirá en radical división, presentando de un lado la tendencia reaccionaria cumplidamente personificada en Pedro Santana, el novel caudillo, y del otro el ideal de una república democrática, cimentada en el derecho, tal como la entienden los más caracterizados febreristas.



PEDRO SANTANA

Pedro Santana es producto directo del medio y de las circunstancias. Aunque de muy pronunciado tipo indio, en él se han fundido, han puesto su sello elementos étnicos diversos. He contemplado nuevamente su retrato. Por la convexidad de su pecho, por su sólida cabeza de rasgos rudamente expresivos en que el corte de la nariz y la ausencia completa de mostacho hacen rememorar vagamente la testa ornada de laurel de no recuerdo qué emperador de la Roma cesárea, representa un hombre de recia musculatura, de pujante fuerza física, formado como para imponerse y dominar a los demás. En su fisonomía muy poco interesante, en la expresión de sus ojos que brillan bajo la maraña espesa de sus cejas, he creído ver reflejarse la lucidez natural de su entendimiento, la energía de una voluntad indomable, la astucia ingénita del campesino, la actividad que no quiere tregua ni descanso, la carencia de ciertos escrúpulos para arribar a la realización de un propósito; todo lo que, en resumen, constituye la poco complicada psicología de este férreo mandatario, tan útil en dos o tres momentos de su carrera pública y tan funesto en todos los demás. De mayoral o dueño de un hato, se ha encontrado de improviso, sin transición, elevado en el pavés revolucionario hasta la cúspide del poder supremo, y desde ella, naturalmente, ha pensado que conducir hombres es lo mismo o poco menos que ordenar ganados, que a semejanza de éstos que hay que llevar periódicamente al pasto y al abrevaadero, también deben disciplinarse los hombres acostumbrán-

dolos a inclinarse bajo el látigo del capataz y a limitarse a obedecer sin discusión lo que se dispone de arriba, a fin de que ninguna nota desacorde, de cansancio o rebeldía, venga a turbar la monótona y necesaria uniformidad de su existencia cotidiana.

Precisa remontar algo la corriente de la historia nacional para toparse con su antecedente o por lo menos con otro de su talla que tenga con él visos de semejanza y aun puntos de contacto. Únicamente le encuentro cierto parecido con Sánchez Ramírez, el valeroso jefe de la campaña reconquistadora, en quien comienza la serie histórica de caudillos dominicanos de prepotente influjo en los destinos del país. Se aproximan por el sentimiento muy acentuado, común en ambos, de un autoritarismo recio e intolerante a que todo debe plegarse y subordinarse; pero poseen rasgos que los distancian considerablemente, quizá determinados por la diferencia de los ideales que influyeron decisivamente en la evolución de sus respectivas épocas históricas. Para establecer su verdadera filiación, desde uno que otro punto de vista únicamente, tal vez hay que subir mucho más lejos y encontrarla en alguno o algunos de aquellos renombrados capitanes españoles, valerosos, crueles, astutos, exentos de escrúpulos, creyentes a macha martillo, que sojuzgaron bravamente casi todo el Continente americano, y de los cuales el tipo más original y curioso, a mi ver, es aquel Francisco Carbajal, el octogenario y fiel teniente de Gonzalo Pizarro, de cuyos labios fluía continuamente esta frase que encierra en su laconismo sombrío toda la negrura de aquella alma implacable: "de los enemigos los menos".

Ostenta como timbre preciado su acrisolada honradez, lo que en verdad no significa gran cosa tratándose de una época en que todos o casi todos los que descollaron en ella eran probos y abnegados. En realidad sus errores, aun con ser tantos y tan graves, no se deben a él sólo, sino principalmente al medio y al tiempo en que vivió, a las extremadas deficiencias de la mentalidad de la época en que le tocó actuar; ignorante, rutinarísima, repleta de ideas añejas, y de torpes preocupaciones, entre las que culmina, como artículo de fe de indestructible arraigo, la creencia, todavía imperante en buena parte de la masa social, que el escrupuloso respeto a la ley de parte del gobernante es signo de evidente debilidad; que hay que pegar fuerte para man-

dar bien, y que toda la ciencia del buen gobierno se reduce a seguir al pie de la letra los procedimientos coercitivos, brutales en extremo, que sirvieron de norma a muchos caudillos para afianzarse en el poder... La funesta trascendencia de tal manera de pensar se ha visto claramente en gobernantes que subieron al Capitolio animados de excelentes ideas, y que, insensiblemente, por la lenta pero positiva infiltración de tales creencias, fueron deslizándose por la fácil pendiente de las arbitrariedades y de los viejos y consagrados procedimientos autoritarios. No hay, pues, que descargar toda la responsabilidad sobre Santana. Detrás de éste, sin él quizá darse aproximada cuenta, se mueve una masa de intereses tradicionales que lo empuja y precipita... En buena parte de la América hispana sucedía cosa igual o parecida en aquella misma época. Rosas, en Buenos Aires, llegaba a extremos de increíble ferocidad en su odio a sus contrarios políticos "los salvajes, asquerosos e inmundos unitarios".

Aunque de verdadero talento natural, en su cerebro inculto sólo prospera, por obra de cierto fondo de ideas ancestrales y por su propia experiencia del medio en que figura, el concepto de la fuerza, de la violencia, de la imposición, como único resorte propicio para hacer sentir y respetar la autoridad de que se halla investido y como la más apropiada forma de solución para todo género de dificultades administrativas. Ese concepto en estado de larva, vago e impreciso al comenzar su vida pública, va afirmándose y creciendo a medida que avanza en ella hasta llenar por completo su cerebro, y resulta, sin temor de equivocarse, toda la rudimentaria filosofía de que extrae la regla de conducta que ha de seguir en los diecisiete años en que como jefe revolucionario o como presidente somete a su omnímoda voluntad el pueblo dominicano. Su desdén por cierta clase de disciplinas intelectuales es grande. Los hombres de alguna capacidad mental que no van tras su carro de guerra, que no lo asesoran conforme a la manifiesta inclinación de sus deseos, son elementos perniciosos, de evidente peligro para la cosa pública, y el más leve acto por parte de ellos de inconformidad con lo existente debe ser tildado de criminal y antipatriótico. Refiérese que, a raíz de la Anexión, conversando con un empleado español, le decía: "He hecho a ustedes un gran regalo, porque les he dado un país sin periodistas ni abogados." Sólo lo que de-

muestra fuerza material, lo que se impone a la vista, lo que se traduce únicamente en acción, vincula a sus ojos un mérito o un prestigio. Cuéntase que de los febreristas sólo Mella atesoraba para él relativo valimiento, y esa excepción era debida únicamente a la resaltante bravura de esa simpática figura histórica. Irascible, violento, impetuoso, incapaz de reprimir sus súbitos accesos de cólera, todo lo que representaba disconformidad con su manera de ver las cosas, hombres, e instituciones, debía eclipsarse o desaparecer... La característica más visible de toda tiranía es el propósito de identificar el orden público con la personalidad del supremo imperante, de suerte que toda justa tendencia a destruir su poder personal, resulte un horrendo atentado contra las instituciones digno de ser castigado inexorablemente, salvo cuando este mismo mandatario, aventado del poder, lo pretende nuevamente encendiendo la guerra civil, como Santana, al frente de numerosas mesnadas revolucionarias.

Y así va, guerrero victorioso, dictador omnipotente, con el pecho cerrado a la piedad, por un camino sombrío jaloneado de patíbulo hasta caer en la anexión, abismo pavoroso en que van a hundirse para siempre su nombre y su prestigio...

¡Cuántas veces, en el nefasto campamento de Guanuma, en sus noches de insomnio, a solas con su conciencia, debió pensar en lo efímero y sangriento de su obra y sentir en su alma adolorida la atenazante angustia de tardíos remordimientos! Su doble entochado de Teniente General del Ejército Español, su silla curul de Senador del Reino, su título nobiliario de Marqués de las Carreras sólo debieron servirle, en la hora suprema, para medir, siquiera aproximadamente, toda la espantable magnitud de su caída! La muerte, misericordiosa, lo recogió en su regazo de paz eterna, precisamente en el instante en que ella tan sólo podía servir de digno refugio a su inmenso infortunio: en el momento en que, ya declarado traidor y puesto fuera de la ley por el gobierno revolucionario, tenía en la mano el pasaporte que lo alejaba del país por orden de las autoridades españolas.

LOS FEBRERISTAS

Frente a tal hombre y al grupo de notables que empieza a rodearlo, tremolan 'los febreristas la enseña que simboliza el propósito de establecer una república fundamentada en la libertad y el derecho, sin restricciones menguadas, sin personalismos aviesos, sin sombra de intervención o protectorado de ninguna potencia extranjera... Tienen de su parte el entusiasmo juvenil que hace prodigios, la fe que levanta montañas, la abnegación que, sin reservas de ningún género, lo ofrenda todo en aras del ideal excelso que los mueve e imprime dirección a sus viriles y patrióticas gestiones. Suspical e intolerante, el dominador haitiano ha aventado de los claustros de la vieja Universidad, semillero de varones ilustres por su saber y virtudes: los últimos y eximios representantes de la cultura sólida y brillante que hizo de aquella renombrada institución docente centro y foco de un adelanto intelectual tal vez no superado en ninguna de las otras colonias americanas que vegetaban bajo la dominación española. Por playas extranjeras vagan los últimos restos de aquel florecimiento intelectual que esparció su aroma bienhechor por las vecinas Antillas y por regiones más distantes... Un sacerdote benemérito, el limeño Gaspar Hernández, con sus cuatro horas diarias de clase de filosofía en la sacristía de Regina, donde muchos de los futuros febreristas acuden a ungirse con el óleo de su fecunda enseñanza, como que, por un momento, reanuda la tradición de estudios universitarios interrumpida, soldando nuevos áureos eslabones a la resplandeciente cadena rota por el

despotismo haitiano... Este, sorprendido e inquieto, cierra con mano airada el aula luminosa en que diariamente resonaban los acentos de aquella voz elocuente, y expulsa de la ciudad primada al noble e ilustrado levita.

En su propaganda redentora nada los desalienta o intimida. En "La Trinitaria" tienen apropiada base de acción. Saben plantearse a las circunstancias y sacar de ellas las mayores ventajas posibles para el triunfo de sus ideas separatistas. Y ven al fin coronados por el éxito sus esfuerzos. El 27 de febrero, por obra de ellos, se opera la radical transformación: el fundo haitiano se convierte en república independiente. Y aquí comienza su doloroso *vía crucis*. Mientras la aspiración separatista se encarna en aquellos corazones juveniles; mientras aparecen como los portaestandartes del deseo unánime del pueblo dominicano de desligarse, cueste lo que cueste, de aquella dominación vergonzosa, se les sigue con fe, con entusiasmo sin mayores dificultades ni discrepancias. Pero consumado el hecho, aún no extinguidos los vítores que saludan la aparición del nuevo Estado, empieza a perfilarse la antinomia, la radical divergencia que existe entre sus aspiraciones a un gobierno libre y democrático, y las sustentadas por algunos hombres relativamente notables sin fe ninguna en la viabilidad de la entidad nacional recién surgida, y que, muy sinceramente sin duda, desean para ella el apoyo firme y estable de una nación extranjera. Estos hombres, en su lucha contra aquellas aspiraciones, explotándola hábilmente, tendrán a su favor la deficiente y rudimentaria mentalidad de la inmensa mayoría de la sociedad dominicana en aquel entonces, mole granítica en que se estrellarán lamentablemente los esfuerzos de los febreristas. No pasa mucho tiempo sin que éstos empiecen a observar, con estupor primero, con doloroso desaliento después, que marchan por un camino resbaladizo, que la tierra amenaza hundirse bajo sus pies... Son los estremecimientos naturales de un terreno inconsistente en que, por falta del humus necesario, no germinan las semillas en él esparcidas. Sus ideas principian a ser miradas como novedades peligrosas. Sus pasos más inocentes son aviesamente interpretados. Se les sigue señalando con el mote despectivo de *filorios*, corrupción de la palabra filósofos, aludiendo a sus antiguos estudios de filosofía en el convento de Regina. Muchos los tildan de soñado-

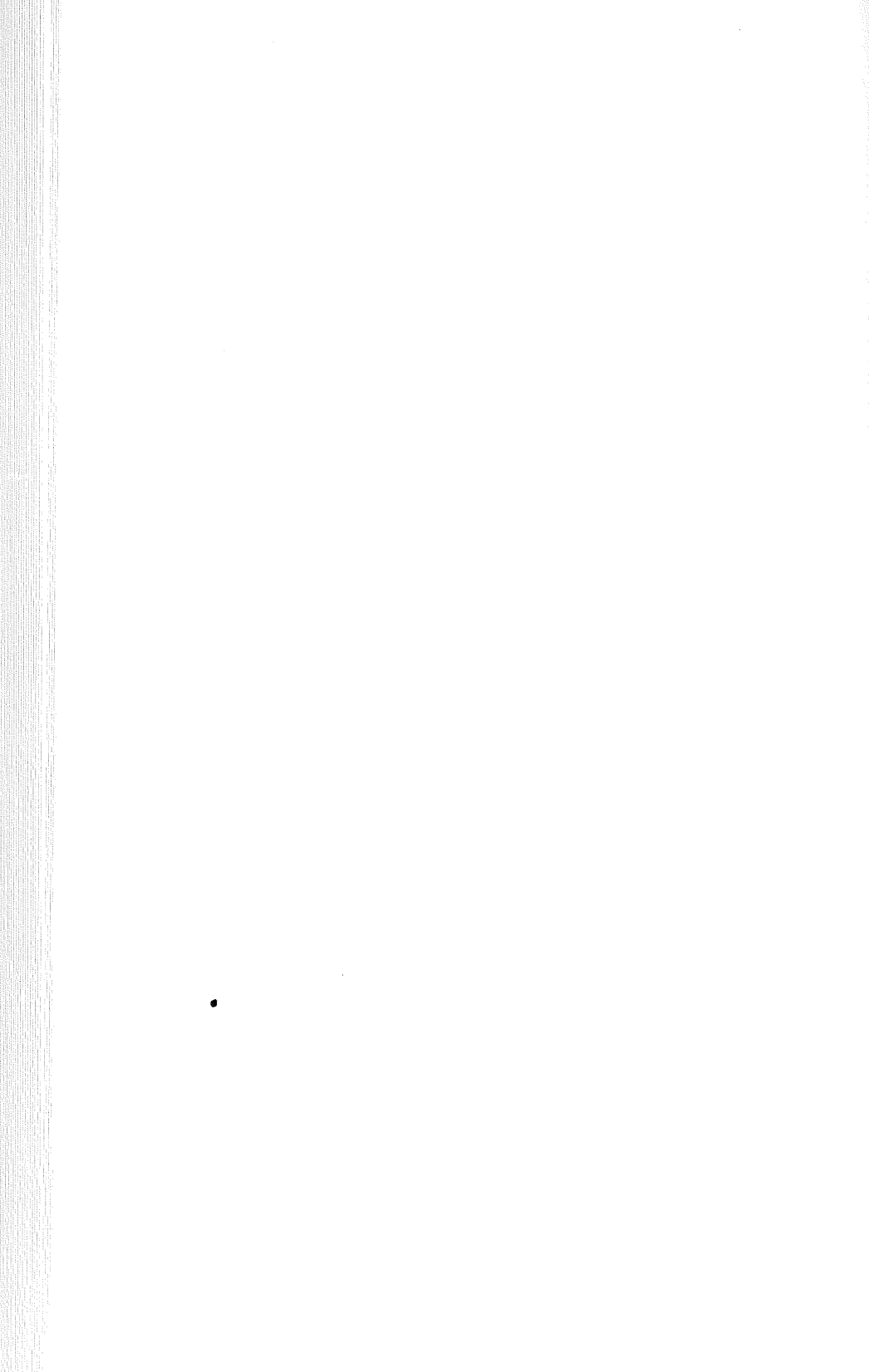
res, visionarios, locos... Y lo son efectivamente o aparentan serlo para los intelectuales que rodean a Santana y ven en su caudillo oriental el hombre adecuado para la realización de sus combinaciones ulteriores; lo son, sin duda, para muchas gentes pacíficas y acomodadas que quieren efectuar tranquilamente su digestión y tiemblan ante cualquier cambio que pueda perjudicarlos en sus intereses o hacerlos salir por un momento de sus hábitos sedentarios; lo son, en fin, para las últimas clases sociales donde florece, vigorosa y exuberante, toda una tupida vegetación de ideas añejas, de rancias preocupaciones y de convencionalismos morbosos... Muchos años después, de boca de un hombre respetable y algo culto, santanista impenitente, oí conceptos parecidos sobre los febreristas, a los que seguía llamando irónicamente filorios.

En estas colectividades incoherentes y desordenadas, por natural impulsión de las cosas, las mayorías siguen espontáneamente, con entusiasmo, a los caudillos que mejor personifican su manera de ser; que mejor se adaptan a sus hábitos mentales, que con mayor fuerza reflejan su irresistible tendencia al estacionamiento y a la rutina. Y eso que constituye un hecho evidente, se explica más, resulta más natural y lógico, a raíz de la expulsión de los haitianos, momento histórico en que se tuvo que atender con preferencia a organizar militarmente al país para ponerlo en condiciones de defenderse con eficacia de invasiones frecuentes y formidables. Eso sólo basta para explicar satisfactoriamente, sin necesidad de ahondar más por otro lado, el triunfo del personalismo representado en Santana, el caudillo más prestigioso del momento, y el rápido e irremediable fracaso de los febreristas. Faltó a éstos, por otra parte, la iniciativa en el instante oportuno, la audacia de asestar rápidamente duro golpe al adversario sin pararse en escrúpulos ni contemplaciones. Cuando se tiene delante un hombre de la talla de Santana, los titubeos, las indecisiones, las resoluciones a medias y tardías como la del 9 de junio, pierden sin remedio... Había que pegarle fuerte en la cabeza o resignarse de antemano a la inevitable derrota. A lo primero se oponía, sin duda, la ingénita nobleza de sus almas, sus ideas de moderación inficionadas de un *girondinismo* pueril e ilusorio en aquella hora de crisis suprema. Como en la lucha biológica, los más fuertes, los

mejor constituidos, los más adaptables al medio, obtuvieron prontamente la victoria. El triunfo del santanismo fue completo y ha resultado definitivo. El febrerismo, esto es, la constitución de un gobierno libre fundamentado en el derecho, sin caciquismos ni ciertas limitaciones vergonzosas de soberanía, ha reaparecido, brevemente, en dos o tres ocasiones de nuestra vida nacional; ha sido como brillante meteoro que ha cruzado ante nuestros ojos deslumbrados para hundirse presto en las insondables negruras del espacio... En cambio, el santanismo, es decir, el autoritarismo personal, rígido y asfixiante, que caracteriza toda la política absorbente de Santana, practicado después de él por casi todos nuestros gobernantes, atenuado en unos y exacerbado en otros, parece tener raigambre inextricable y profunda en nuestro organismo nacional. Ha sido la ninfa Egeria de todos nuestros caudillos de escaso caletre, fuerte brazo y larga tizona. Ayudado poderosamente por la favorable disposición del medio, el santanismo ha creado una atmósfera méfítica en la cual respiramos todavía.

La posteridad, imparcial y serena, exenta de mezquindades y rencores, ha hecho cumplida justicia a los febreristas. Sobre sus cabezas juveniles, santificadas por el martirio, refulge un nimbo de gloria inmaculada e imperecedera. Ni una gota de sangre mancha la albura de su veste de patricios austeros y abnegados, dignos de haber vivido en los mejores tiempos de la república romana. La musa de la Historia entona en su loor el canto elegíaco que evoca la doliente remembranza de sus esperanzas mutiladas, de sus ensueños gloriosos desvanecidos, de sus angustias infinitas! El ideal de una patria libre y próspera se adhiere tan estrechamente a sus almas que parece como túnica inconsútil que sólo se desprenderá de ellos en el sepulcro... Así viven... Así mueren... De sus tres más sobresalientes representantes. Duarte, el primero en la propaganda y en la organización revolucionarias, se extingue lentamente en larguísimo exilio, abrumado por indecible nostalgia, y sin que la visión de la patria ensangrentada por las luchas civiles se aparte ni un solo minuto de sus ojos; Sánchez, abnegado y resuelto, encabeza la protesta armada contra el error monstruoso del 18 de marzo, y recibe la descarga asesina envuelto en la enseña que hizo flamar victoriosa en el baluarte del Conde y Mella, el Aquiles del

grupo, en medio del estruendo de la guerra restauradora, en su lecho de enfermo, en la agonía, pide que ciñan su cuerpo exangüe con la bandera de Febrero para que le sirva también de gloriosa mortaja!



MELLA EN SANTIAGO

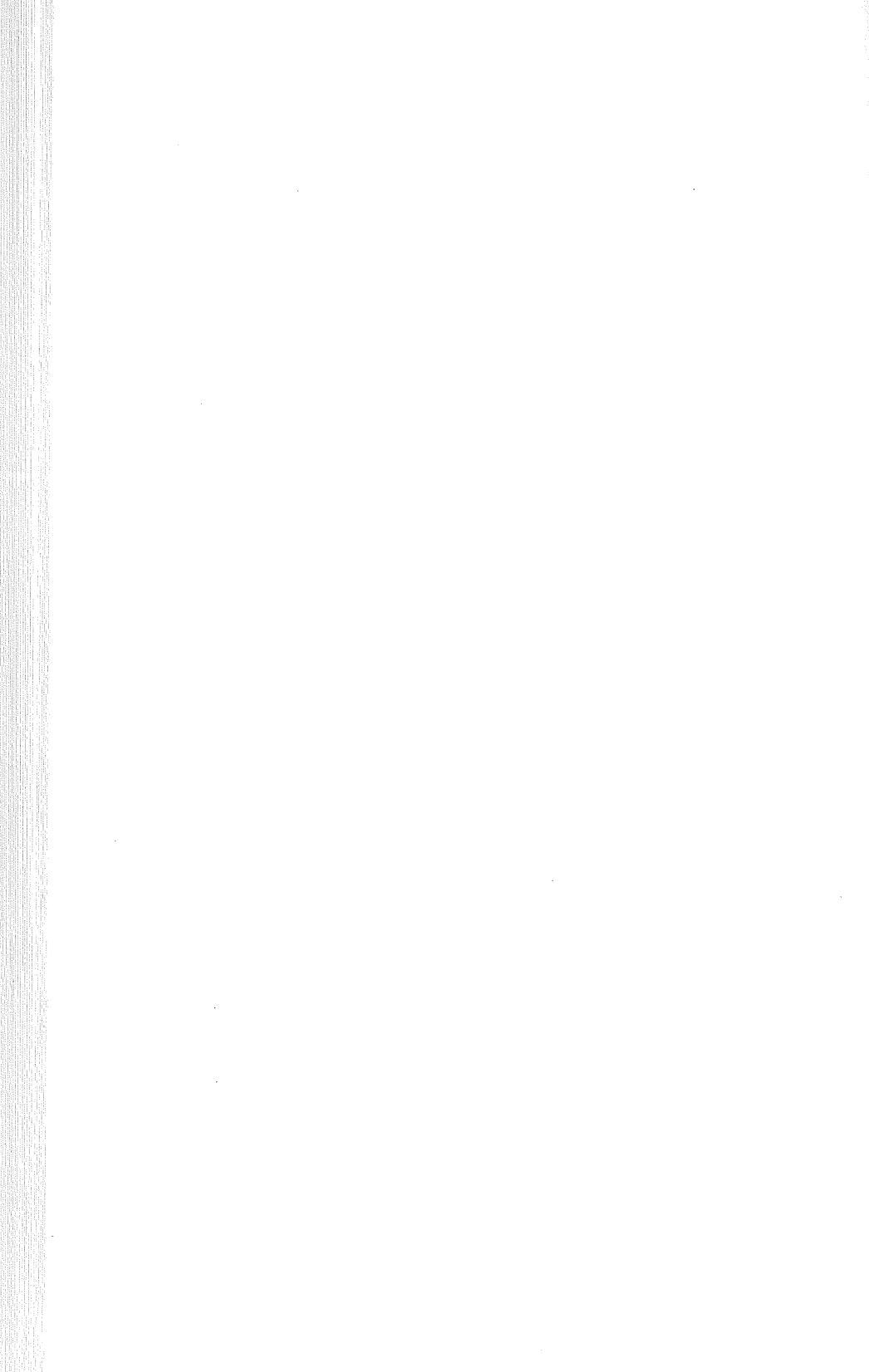
Mella tiene a su cargo la Comandancia general de los departamentos del Cibao, y desde ese elevado puesto su mirada escudriñadora empieza a advertir el peligro, contempla los densos nublados que van amontonándose en el horizonte del Sur... En su ánimo entero no abre camino el desaliento. Desde hace algunos días viene observando que la atmósfera se enrarece, que en torno suyo como que se maquina algo oscuro, que ya muchos, entre ellos algunos oficiales superiores no se recatan para expresarse acerca de la Junta Central en términos hirientes o despectivos. Principian a germinar las inquietudes y las desconfianzas... Los mismos miembros de la Delegación van resultando sospechosos, e incontinentemente pide a la Junta los releve. Se celebran reuniones clandestinas y se oyen propósitos inconvenientes. El lento y metódico trabajo del reaccionarismo gana terreno: tiene ya ocultas y extensas ramificaciones en todo el territorio cibaeco. Es a modo de tela de araña cuyos hilos van lentamente prolongándose... Desde la Capital y desde el campamento de Baní parten con frecuencia mensajeros secretos que traen y llevan la correspondencia en que se atan los cabos de la intriga que se urde en la sombra... Lo que más preocupa a Mella y en ocasiones lo indigna, es el creciente auge, el notorio ascendiente que empieza a tener el nombre de Santana en la misma tropa cibaeca y aun en buena parte del pueblo. Se pronuncia con simpatía, *resuena* como el de un guerrero invicto, único capaz, por la pujanza de su brazo y la indoblegable fortaleza de

su espíritu, de servir de insuperable valladar a las invasiones haitianas. Su energía y su valor se loan incesantemente. Se cuentan de él cosas propias de un héroe de epopeya. Ya muchos lo consideran como el hombre providencial que a veces surge en las horas críticas de la historia de un pueblo. Alrededor de su naciente gloria principia a tejerse la leyenda; leyenda áurea formada de conversaciones de cuartel, de hechos y dichos del personaje ensalzado, falsos la mayor parte, pero que la ciega credulidad popular acepta como verdaderos artículos de fe.

Contra esta errónea orientación de mucha parte de la opinión, Mella se siente desarmado. Pero el intrépido febrerista no es hombre de dejarse arrastrar sin resistencia por la corriente impetuosa que amenaza tragarse la obra que vincula tantos esfuerzos y tantas patrióticas aspiraciones. Sorteará animosamente sus remolinos para buscar asidero firme y sólido, no importa dónde. Con su golpe de vista perspicaz y certero, comprende que hay que proceder y pronto; que, en ciertos minutos, sin pararse en barras, precisa anticiparse al adversario y arrosstrar el lance, llegando sin miedo hasta las últimas consecuencias si es preciso. En la política radicalmente personalista que impera en muchas de estas sedicentes repúblicas, si se quiere triunfar hay que resolverse a tiempo, usar las mismas armas del contrario, jugar sin vacilaciones el todo por el todo, destruir si es posible al adversario antes que éste cobre la fuerza suficiente y nos aplaste. Esa es la triste enseñanza que se desprende de los hechos que a la consideración del observador suministra diariamente el régimen personalista que ha imperado y aún impera en no escasa parte de la América latina. No de otro modo, para adueñarse del poder, han procedido los aventureros políticos que a manera de aves de rapiña han hundido y aún hunden su corvo pico en el cuerpo agarrotado de estas asendeadas nacionalidades... Lo mejor es apartarse de ese juego peligroso en que se arriesgan de continuo la libertad y la vida; pero ya uno en él comprometido y obligado a permanecer, pensar de otra manera, confiar en la moderación y en la generosidad del vencedor, es casi siempre engañarse a sabiendas declararse de antemano derrotado. Y la derrota, en estos casos, es el camino que lleva a la proscripción y al patíbulo... Los partidos políticos, en su pugna por el poder, no tienen lógica ni entrañas. Tontería su-

pina sería esperar eso de ellos. El plan concebido por Mella era lo mejor, lo único que, bien secundado naturalmente, tenía en aquellos momentos angustiosos algunas probabilidades de éxito y cabía en el marco de las circunstancias.

Puesto que los contrarios quieren imponer a Santana a *au-trance*, fuerza es oponerles un hombre de talla eminente, de patriotismo intachable, de mayor prestigio moral y que mejor que el jefe del ejército del Sur encarne en su persona el sacro ideal de la independencia nacional. Ahí está Duarte para eso. Nadie con más títulos que este austero republicano para ser encumbrado a la primera magistratura del Estado. Hay, pues, que proclamarlo Presidente, y cuanto antes mejor. Duarte acaba de salir de la Capital en misión de la Junta Central, y urge aprovechar los instantes para que todo esté listo a su llegada a Santiago. Decidido ya a dar aquel paso trascendental, muévase Mella en el sentido de conciliar intereses, de acordar voluntades, de asegurar la cooperación, lo que no era difícil, de los hombres de arraigada posición social del Cibao, en primer término los de La Vega.



LA VEGA

La Vega se asienta, altiva y majestuosa, al pie de las colinas cubiertas de pinares enhiestos que forman por esa parte los primeros escalones de la hilera central, agrupación orográfica imponente en que yerguen sus cimas cubiertas de nubes los más elevados montes del núcleo antillano. A sus pies, sosegado y pintoresco, corre su río, que parece rodearla, como si quisiera mantenerla estrechada en perenne y amoroso abrazo. Y casi por todos lados, hasta perderse en los confines brumosos del horizonte lejano, se dilata ante ella la llanura ubérrima, el inmenso valle que abarca la porción más próspera y poblada de las vastas y ricas comarcas cibaenas. De sus albas radiosas y de sus espléndidas puestas de sol fluye una poesía solemne, a veces suavemente melancólica. Mensajera de salud, la brisa que con frecuencia la acaricia viene cargada de las emanaciones resinosas de los cercanos pinares, y en las tardes límpidas y serenas, a la hora en que empieza a apagarse el incendio del poniente, el apacible y eterno murmullo que sube de su río semeja el himno que rememora melancólicas tradiciones de la extinta raza aborígen, remembranzas de la ciudad tranquila e indolente de tiempos ya lejanos, y fulguraciones épicas de sus hechos gloriosos...

Su origen histórico tiene íntima conexión con el gran Almirante. Como un nuevo y temible jalón puesto en su marcha conquistadora, fundó Colón en dominios del cacique Guarionex el fuerte de la Concepción, y alrededor de éste, como buscando su egida protectora, fuéronse agrupando las viviendas hasta constituir la

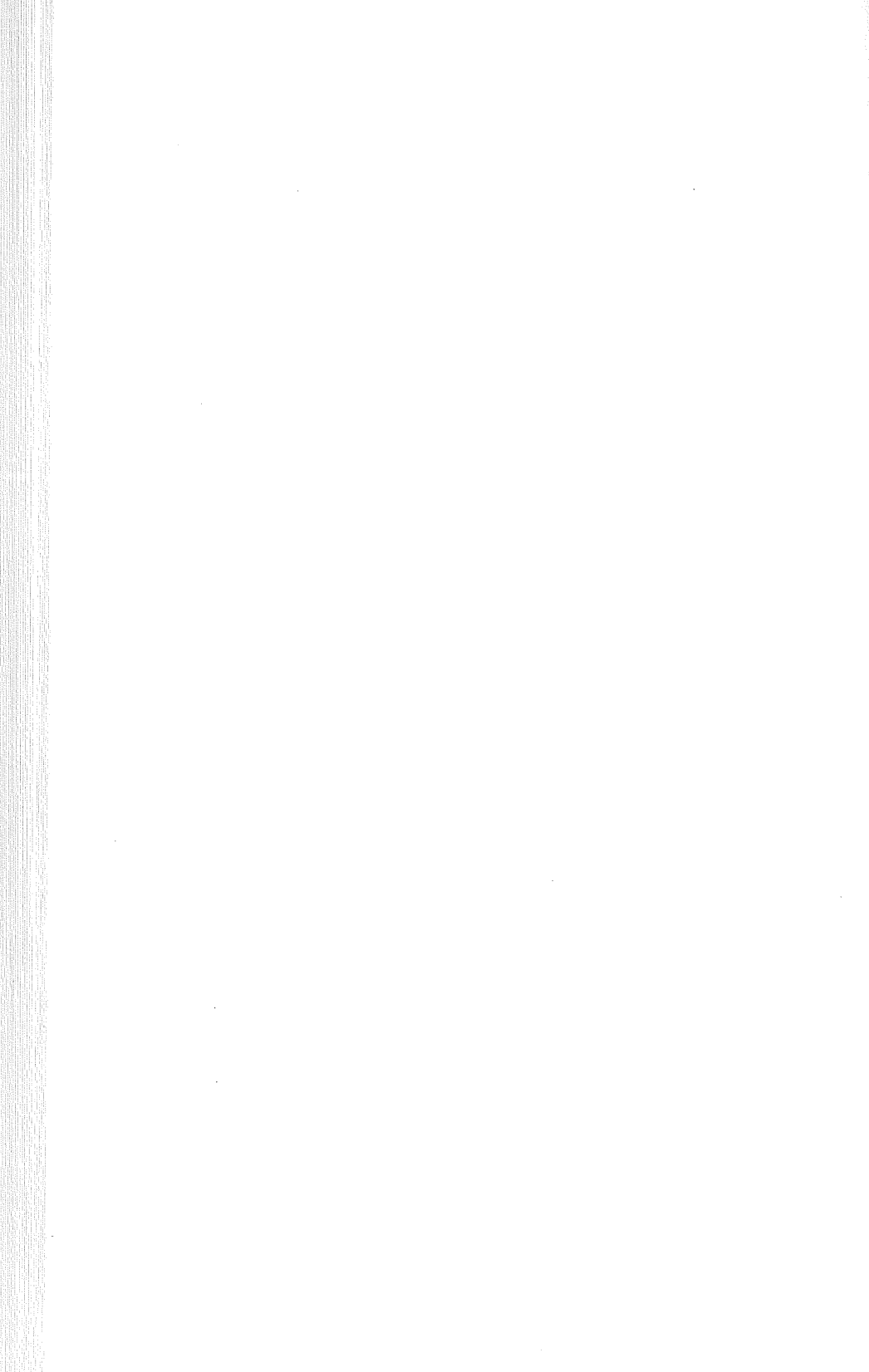
renombrada ciudad que poco después destruyó de cuajo violenta convulsión sísmica. Algunos de los sobrevivientes de la catástrofe se corrieron hacia el Sur, lugar en que estaba emplazada una ermita, y junto a ésta fue lenta y penosamente floreciendo la ciudad actual, que, durante más de dos centurias, arrastró existencia lánguida y perezosa, sumida en enervante indolencia, sin experimentar fuertes emociones, satisfecha con su vida puramente vegetativa, amenizada con frecuencia por lucidas celebraciones de fiestas religiosas y por diversiones sencillas e inocentes.

En esa agradable somnolencia la sorprendió el siglo pasado, tan fecundo en hechos resonantes y decisivos para la antigua *Española*. Su despertar fue rudo y trágico. Por sus calles pasó, huracán de sangre, ola negra y monstruosa, representación viviente y macábrica de horrores apocalípticos, la horda feroz que rota y maltrecha ante los muros de la Capital, en su vergonzosa retirada, exasperada por la derrota, se vengaba pillando e incendiando poblaciones inermes, sin medios ningunos de defensa. Casi todos sus moradores fueron arrastrados por la ola devastadora, y en horrible mezcolanza con cerdos y animales de cargas, llevados a las gemonías haitianas, o a servir de esclavos a Cristóbal, el cruel y grotesco rey de melodrama... Poco después, Sánchez Ramírez, el esforzado, cotuisano, impulsado por un sentimentalismo atávico, buscó y encontró en ella leales colaboradores para su obra reconquistadora, ingente y equivocado empeño de un alma llena de encendido amor por las viejas tradiciones españolas. El gobierno de Ferrand, fue, sin disputa, infinitamente más culto y civilizador que el de la España *boba*. Por causas que fácilmente se explican por ser el hecho de índole local peculiarísima, se contempló en esos días el curioso espectáculo de que mientras desde el antiguo imperio azteca hasta los límites extremos de este Continente se comenzaba la lucha emancipadora de España, en Santo Domingo se combatía bravamente por la reincorporación a la vieja Metrópoli, que hacía algunos años había cedido el país a Francia como se cede una cosa que ya no tiene para su dueño valor ni importancia. Obra inspirada por un sentimiento de puro tradicionalismo, la revolución reconquistadora representa, para quien serenamente la estudia, un paso hacia atrás, un salto regresivo de funestas consecuencias. La administración de la España *boba*, tocada de

asombrosa inercia, estacionaria y rutinaria hasta lo increíble, sólo sirvió para destruir los gérmenes reconstructivos y civilizadores que esparció con mano pródiga la efímera dominación francesa. En semejante terreno era imposible que se consolidase la obra noble y prematura del ilustre Núñez de Cáceres. Esta resultó ironía cruel del destino como el puente fabricado para pasar fácilmente de la España *boba*, vegetativa y nirvánica, a la férrea y ominosa dominación haitiana...

Las aclamaciones del Conde resonaron también con entusiasmo en La Vega. Los febreristas encontraron en ella un pueblo en un todo dispuesto a ayudarlos cumplidamente en su grandioso propósito. En La Vega lució, hecha por sus hijas las señoritas Villa, la primera bandera nacional que flameó en el Cibao. Comandados por su bizarro coronel Toribio Ramírez los veganos contribuyeron grandemente a la espléndida victoria del 30 de marzo. De paso para Santiago, tuvo en La Vega entusiasta acogida el egregio fundador de "La Trinitaria". Los contingentes de tropa enviados por ella se distinguieron de manera brillante en Beler y en Sabana Larga. En los comienzos de la guerra por la restauración de la República, en los días en que Santiago se preparaba a convertirse en inmensa pira para servir de holocausto propicio a la causa nacional, un grupo de veganos, en su mayoría casi desarmados, asaltó en la noche del 27 de agosto la veterana guarnición española de la plaza, siendo rudamente rechazado. El más arrojado de ellos, Basilio Gil, abalanzarse sobre un cañón, murió en el trance cosido a bayonetazos...

La guerra civil purpuró después a menudo sus calles. Ha estado siempre de parte de todas las causas nobles y justas. Defendió con tenacidad y heroísmo la administración del insigne patricio Ulises F. Espaillat y figuró en primera línea en la protesta armada por el falseamiento de las elecciones presidenciales de 1886... Desde hace tiempo sus energías se encauzan para fines de mejoramiento general, exclusivamente entregada a las luchas ennoblecedoras y fecundas del trabajo. Por medio de éste ha ensanchado y transformado ventajosamente su caserío; ha operado un sorprendente cambio en muchos de sus aspectos sociales, y va caminando, lenta pero sólidamente, a la conquista de un envidiable grado de racional y efectivo progreso.



LA VEGA DE ENTONCES

En la época en que principia este relato, hace casi exactamente sesenta y cuatro años, era muy reducida, algo menos de la mitad de la actual, la zona que ocupaba el caserío de La Vega. Esta era una extensa aldea con honores de ciudad. Con excepción de una, todas las casas estaban fabricadas con maderas criollas y techadas de yaguas. En el centro de la plaza principal, vasto cuadrilátero hoy convertido en precioso parque de recreo, se alzaba el *altar de la patria*, reducido cuadro de mampostería de poca elevación en el cual habían plantado los haitianos la palma de la libertad. La tradición asegura que debajo de ese altar había dispuesto, lo que fue cumplido, que enterrasen su corazón el general Placide Lebrum, primer gobernador haitiano de La Vega. En el lado occidental de esa plaza había una casa de mampostería con ventanas de rejas de hierro recientemente reedificada, y en la parte opuesta, frente a ella, se erguían aún, como restos salvados de un naufragio, pedazos de paredes, después aprovechados para nuevas construcciones, que eran lo único que quedaba en pie de la casa de gobierno construida en la época haitiana, el famoso palacio de sangre, completamente destruido por el terrible terremoto ocurrido hacía dos años. La iglesia era también un montón de ruinas. En la vasta y silenciosa plaza, casi toda alfombrada de verde césped, había sitios donde, a causa del desnivel del terreno, se formaban grandes charcos, parecidos a verdaderas lagunas, cada vez que llovía copiosamente...

Y hacia arriba, por la parte oriental, casi a partir de la actual calle de Colón, todo el gran espacio que va hasta más allá de la estación del ferrocarril yacía casi enteramente despoblado y lleno de tupidos guayabales donde la chiquillería se entregaba con frecuencia a toda suerte de juegos y travesuras. Dos o tres grandes árboles, bastante distanciados uno de otro, interrumpían con la frondosidad de su ramaje la monotonía de aquella sabana de perenne verdura. Por ese mismo lado, tirando al Sur, se dilataba una ancha y profunda laguna surcada a menudo por rústicas canoas, en la actualidad completamente cegada y ocupado su antiguo emplazamiento por numerosas construcciones urbanas. Algunos bohíos, aquí y allá, ponían la nota gris de su aspecto vetusto en aquel vasto espacio de terreno donde actualmente se extiende la porción de la ciudad más comercial y próspera.

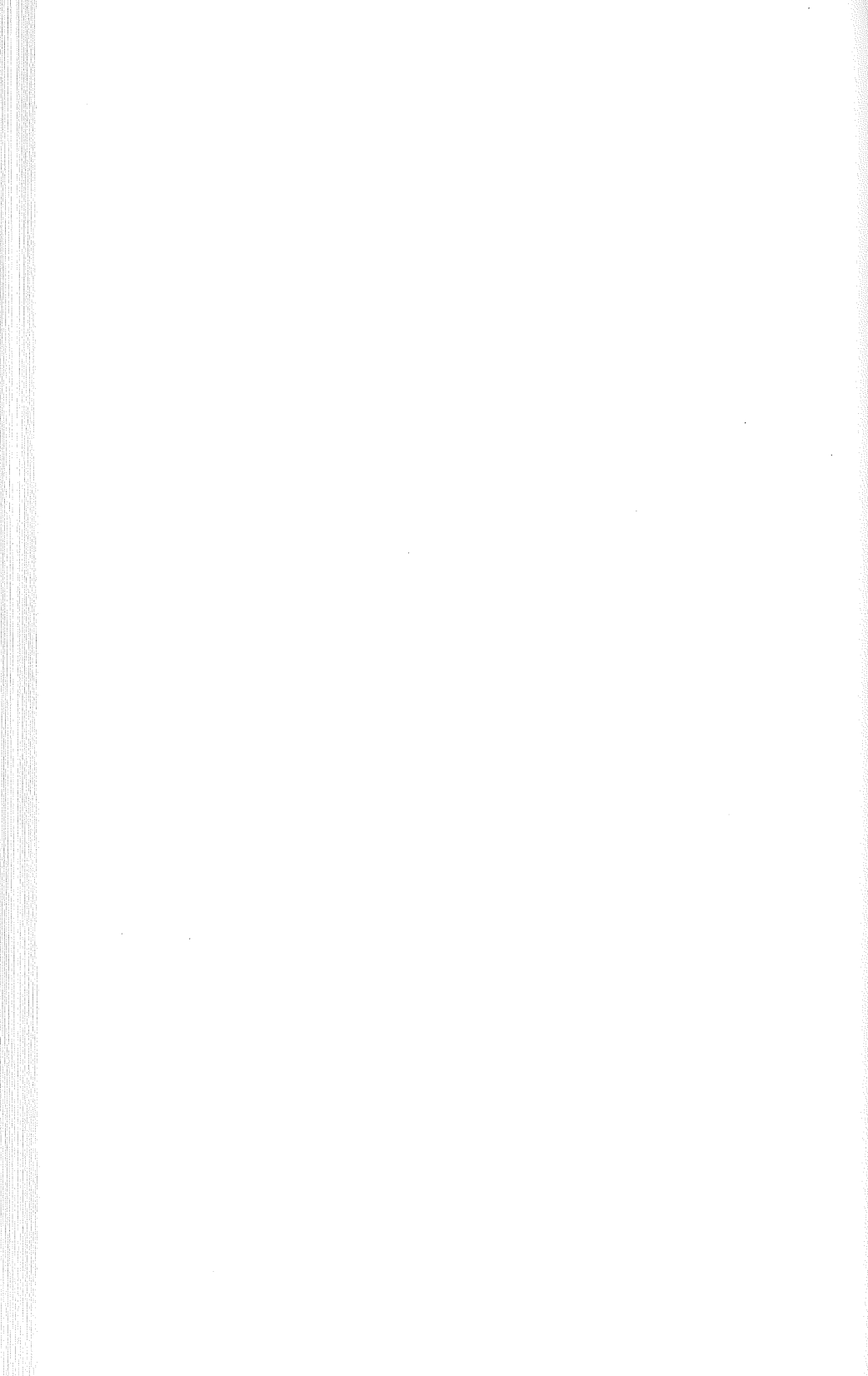
No había por aquel entonces otro alumbrado que el intermitente debido al poético satélite terrestre. Exceptuando las noches en que las calles, siempre tapizadas de menuda hierba, recibían la suave caricia de la claridad lunar, nada, a no ser la débil luz que salía del interior de las casas o la de los hachos de cuaba con que se alumbraban algunos transeúntes, interrumpía la densa oscuridad reinante, aprovechada sólo por empedernidos trasnochadores a caza de faldas o aficionados a tirar de la oreja a Jorge... Esta oscuridad hacía que la casi totalidad del vecindario, salvo en ocasiones solemnes, se acostase a las nueve o antes, la hora de ritual, algo parecido al toque de queda estilado en las plazas fuertes y de tan solemne resonancia en la vida uniforme de ciertas ciudades medievales. El capítulo de distracciones, como es de suponer, era bastante reducido. Las concurrecidas riñas de gallos entonces en todo su apogeo, las excursiones a caballo a campos cercanos casi siempre con motivo de alguna boda o a las fiestas de la Virgen de las Mercedes que se celebraban con mucha animación en el Santo Cerro, los nueve días de fiestas patronales, y uno que otro baile que de higos a brevas llevaba a cabo la juventud y aun algunos que a ella no pertenecían, con la música que se pedía oportunamente a la vecina ciudad de Santiago, formaban todo el repertorio de expansiones del vecindario. No escaseaban, tampoco, las reuniones de íntimos en que se hacían los honores a succulentos *sancochos*

de gallina, se charlaba hasta por los codos y resonaban a menudo las notas acompañadas del *cuatro* y la guitarra...

Era en todo y por todo una ciudad sencilla y tranquila, de ambiente más campesino que urbano, de costumbres sanas, de hábitos un si es no es primitivo, sin horizontes, sin vigorosos sacudimientos, en la que cualquier suceso local de tinte más o menos escandaloso, como una alcaldada o un hurto de cierta importancia, un adulterio consumado o en ciernes o el rapto de alguna garrida muchacha del campo formaban, por su rareza, el obligado tema de permanentes decires y comentarios manteniendo en tensión extremada la curiosidad del vecindario hasta que el hecho palpitante era relegado al olvido por otro igual o parecido. Imperaba por lo demás viva y sincera cordialidad en todas las relaciones de las diferentes clases sociales, cosa que felizmente puede constatarse hoy mismo. Nadie se ocupaba en sembrar la cizaña entre vecinos siempre unidos por estrecho vínculo de confraternidad, no obstante las inevitables diferencias de jerarquía social que los distanciaban hasta cierto punto. Ni aún el personalismo político, intolerantísimo de suyo, que ha privado siempre en el país, ha podido, con ser disolvente de tanta potencia, hacer prosperar gérmenes de desunión en la sociedad vegana, abriendo abismos de rencor u odio entre sus componentes como ha resultado en otras partes.

En la extremidad oriental de la población, no lejos de la laguna que existía por aquel lado y muy cerca del Mercado nuevo, estaba el bohío en que vivía José Rufino o Rufinito que es el nombre con que desde hace muchos años se designa generalmente al protagonista de este verídico relato.¹

1. Véase la nota correspondiente al final del libro.



LOS DONES

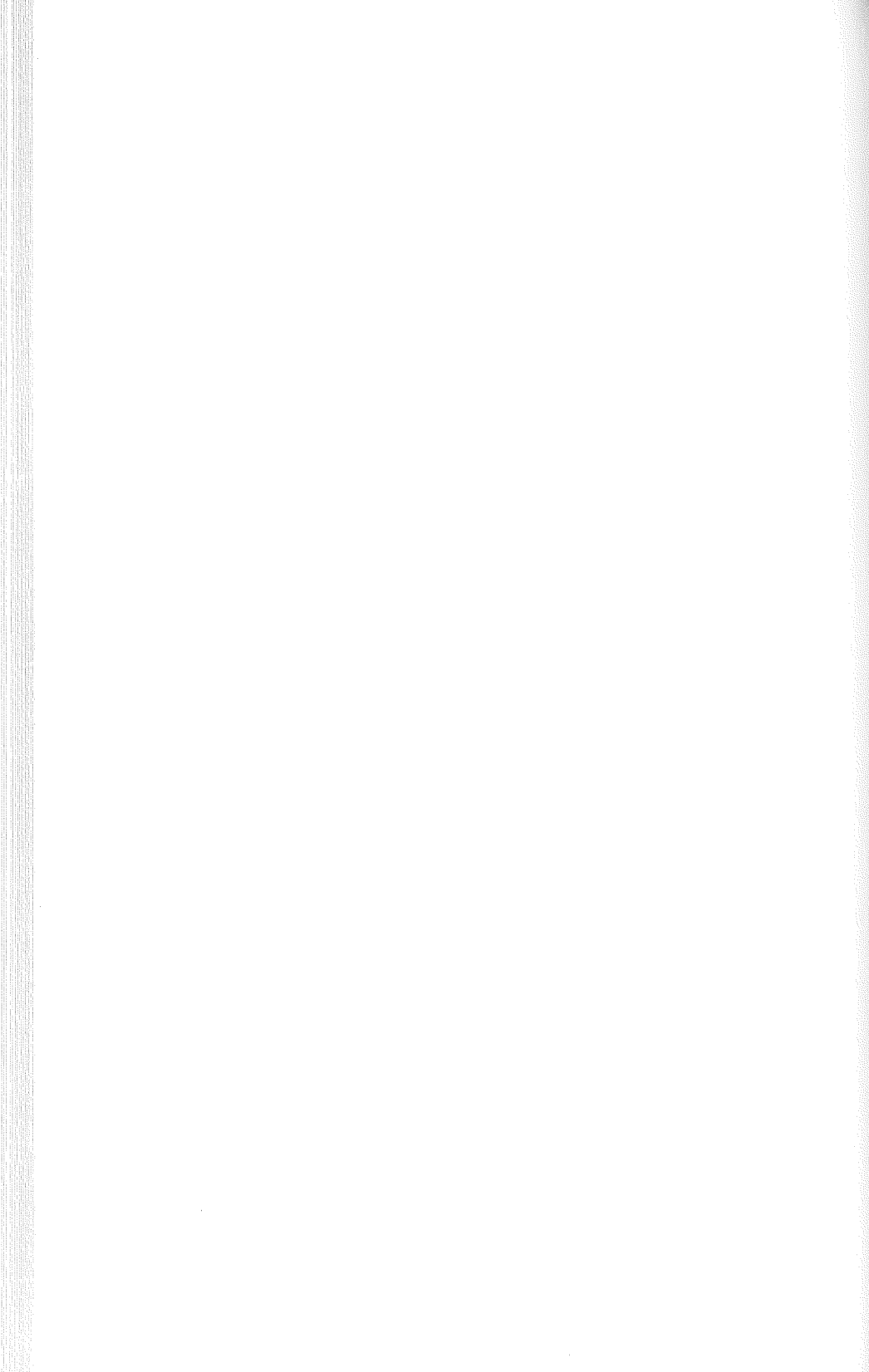
En esa ciudad de ambiente tan apacible y tan apegada a sus hábitos rutinarios, herencia secular de que ha ido lentamente desprendiéndose en tiempos recientes, se explica con facilidad que, como sucedía, un corto grupo de individuos colocado en la cumbre social, la flor y nata de la población, como quien dice, ejerciese una especie de hegemonía local, una autoridad sin base legal de ninguna especie, una suprema dirección moral, nacida del consentimiento espontáneo y unánime de todos, sancionada por la costumbre y afianzada por numerosas e influyentes relaciones de familia. Se aceptaba esa dirección de mil amores, sin reparos ni discusiones. A esos individuos se les llamaba por antonomasia los Dones y muchos del pueblo bajo les decían los *cocotuces*. Su número era bastante exiguo, siete u ocho a mucho contar. Su indiscutible influencia, beneficiosa por lo general, la debían no sólo al prestigio acumulado por los años en las honorables familias a que pertenecían y a su acomodada posición social, sino muy principalmente a la tintura de cosas de leyes y de medicina que poseían dos o tres de ellos, y que, sin hacerse de rogar, ponían las más veces desinteresadamente al servicio de sus compueblanos. En aquellos días estaban en toda la fuerza de la juventud; eran decidores y campechanos y casi todos aficionados a bromear y a divertirse de lo lindo. No faltaban a ningún baile, parranda, boda o velorio, y en las noches oscuras y lluviosas acostumbraban salir a sus cotidianas visitas bien encapotados y llevando siempre debajo del brazo el sable o la larga espa-

da de cazoleta, pues eran también muy diestros en dares y tomar de cosas de esgrima. Se les consideraba, respetaba y quería. Formaban, por todos conceptos, lo más granado y saliente de aquella rudimentaria agrupación social, en la cual no habían todavía echado raíces los egoísmos y ambiciones que genera la acción siempre perturbadora del politiquero, que ofrece continuamente fáciles peldaños para ascender a la cima no ciertamente a los más capaces y merecedores sino a los más topes, bravucones y exentos de escrúpulos...

Durante la ocupación haitiana, en que fue menester a mucha gente de valimiento para no incurrir en persecuciones y atropellos, contemporizar hasta cierto punto con los intrusos dominadores, la mayor parte de los Dones se mantuvo en prudente alejamiento, lamentando en conversaciones íntimas las desdichas que, como las plagas de la leyenda egipcia, caían sobre el infortunado país y haciendo votos fervientes y repetidos para que cuanto antes se llevase el diablo un orden de cosas tan humillantes y tiránico. La venida al Cibao de Juan Evangelista Jiménez, el ardoroso patriota, fue para ellos como la de un Mesías larga y ansiosamente esperado. El audaz y fervoroso propagador de las ideas separatistas los contagió con su hondo e impetuoso entusiasmo. Prendió en sus espíritus el fuego anunciador de próximas e inevitables redenciones. Los confortó y vigorizó para la lucha que se avecinaba. No faltó uno que otro pesimista o tímido; pero el momento no era favorable para que prosperasen augurios siniestros. En aquel ambiente de cálido patriotismo, se empequeñecía hasta esfumarse, falto de pábulo, cuanto se enderezaba a separarse de las esperanzas que, a manera de visiones luminosas, contemplaba cada cual en cercanos horizontes. Data de ahí la correspondencia mantenida por dos o tres de los Dones con los principales trinitarios, y su conocimiento de la marcha de los trabajos separatistas, circunstancia que en gran parte determinó la cariñosa adhesión de algunos de ellos a los hombres del 27 de febrero. Constituida en ese memorable día la nacionalidad dominicana, se dejaron llevar, claro está, por la corriente de sus simpatías, y, ya en el terreno de la política partidista, bien es verdad que sin exagerado alarde, hicieron causa común con los principales factores de aquel magno acontecimiento. Ellos, o la mayoría de ellos, veían en Duarte la

figura principal, el prestigio más alto, el símbolo viviente y radiante de la recién conquistada independencia. Como las comunicaciones con la Capital eran bastante escasas y sus mismos amigos políticos no les decían toda la verdad sin duda para no alarmarlos prematuramente, sólo conocían una parte insignificante, la más visible de los manejos reaccionarios que tenían su centro en la capital y sus más estrechas ramificaciones en los cantones del Sur, viviendo por eso en la cándida convicción de que todo el país o poco menos pensaba como ellos, y que nadie discutiría seriamente a los febreristas su legítimo derecho a continuar al frente del gobierno para organizar y consolidar convenientemente la hacia poco instaurada República.

No tuvo, pues, Mella que esforzarse mucho para hacer entrar a los Dones en el plan que tenía entre manos. En ellos encontró, desde el primer momento, materia dispuesta para ayudarlo con eficacia. No hubo divergencia entre los Dones respecto de lo que proyectaba Mella, y, si las hubo, éstas no salieron a la superficie ni se tradujeron en actos más o menos visibles, bien es verdad que tenían la especial recomendación de aquel caudillo de no decir ni jota del asunto a nadie mientras Duarte, que acababa de salir de la Capital, no efectuase su entrada a Santiago. El propósito de elevar al solio presidencial a Duarte tuvo en ellos excelente acogida, máxime cuando ninguno contaba con la huésped, es decir, con que aquel paso que se creía en el fondo justo y patriótico iba a producir en un porvenir que ya se tocaba con la mano inesperadas y funestas consecuencias. Ignorando muchas graves intrigas que sólo unos pocos conocían con todos sus pelos y señales, los prohombres veganos, engañados por su buena fe de políticos noveles, creían a puño cerrado que Santana y los suyos acatarían mansamente el hecho consumado, apresurándose a prestar obediencia al nuevo gobierno.



RUFINITO

Quien ciertamente no se equivocaba era Rufinito. Mulato oscuro, con algo más de cuarenta años, fornido, rechoncho, de cara vulgar como abotagado por el uso de licores fuertes y en la que lucían sus ojos sin expresión perpetuamente soñolientos, con cierto empaque de hombre de ciudad y con mucho de la rusticidad de la gente de campo, era Rufinito un tipo curioso, original hasta cierto punto, que por algunas singularidades personales había ido adquiriendo una popularidad de baja estofa que constituía su timbre máspreciado de orgullo. Con frecuencia estaba a medios pelos o cosa parecida, aunque sólo en ocasiones muy sonadas, sea dicho en homenaje a la verdad, se achispaba en toda regla atiborrándose de aguardiente hasta perder enteramente la cabeza. Vivía en un bohío situado en el límite oriental de la ciudad en compañía de su mujer, quien continuamente lo sermoneaba para que abandonase los tragos que a su juicio de ella iban a darle el día menos esperado un mal rato. Levantábase muy de madrugada para ordeñar unas vacas que tenía en una estancia cercana que estaba a su cargo, en la que, a ratos, en las primeras horas de la mañana, cultivaba algunos frutos menores con cuyo producto y el de la leche de las vacas vivían él y su costilla sin grandes privaciones. Cuando iba al campo a sus quehaceres cotidianos, lo mismo que cuando brujuleaba por las calles del pueblo, lo hacía, casi siempre descalzo, vistiendo pantalón y camisa de burdo lienzo, sin sombrero, con sólo un pañuelo de colores llamativos bien anudado

alrededor de su ancha cabeza. Concurría a todos los velorios donde era muy útil agenciando cosas que faltaban y practicando diligencias propias del caso. Era entusiasta cofrade de la hermandad del Espíritu Santo, y así tan pronto, al acercarse las Pascuas, se oían los clásicos y atronadores atabales, corría desalado al lugar de reunión en que sonaban aquellos rústicos y monótonos instrumentos, contribuyendo grandemente a aumentar el bullicio y a agotar la abundante provisión de cosas de comer y de beber acumulada para el mayor auge y esplendor de tales diversiones, de las que aún se conservan restos vergozantes que van en camino de su completa desaparición.

Pero nada de eso habría bastado a dar a Rufino el relieve personal que más lo distinguía. Este estribaba en cosa de superior importancia. Su peculiaridad más resaltante consistía en una insaciable curiosidad que lo llevaba a escudriñarle todo, a husmear cuanto tenía relación con sucesos locales, insignificantes o de algún calibre, por más que éstos nada absolutamente tuvieran que ver con su personilla y por consiguiente no debieran importarle un bledo. En la Alcaldía, en las procesiones, a las salidas de misa, en los velorios, en los juegos de gallos, en corrillos de esquina o de taberna, estaba siempre todo vuelto oídos, recogiendo frases al vuelo, atando cabos de conversación, presto a meter muchas veces la cucharada si los circunstantes eran de su clase y en ocasiones aunque no lo fueran. Y lo que oía, lo repetía más adelante, exagerado o modificado a su sabor. Al principio, es claro, incomodó muchísimo, cayó en poca gracia esta especie de permanente espionaje; pero a la larga se fue imponiendo la tenacidad a toda prueba de Rufinito, en quien hacían poca o ninguna mella las muestras de disgusto que con ese motivo se le prodigaban continuamente.

Por la misma insignificancia del personaje fueron todos acostumbrándose a no hacerle caso ni a preocuparse nada por su presencia. Cosas de borracho se decía, y todos departían delante de él como pudieran hacerlo ante una pared o ante un poste.

No era, sin embargo, tan lerdo y desprovisto de enjundia mental como aparecía o como aparentaba. Bajo su corteza de pobre diablo, de perpetuo adorador de Baco, circulaba la savia de cierto talento natural que para muchos pasaba inadvertido, pero que se revelaba en cierta facilidad de expresión, en una

verbosidad plástica, a ratos pintoresca, con que sorprendía a sus oyentes, particularmente, cuando, tras copiosas libaciones, estaba en vena, lo que sólo le ocurría en días festivos muy solemnes. Muchas palabras de su especial vocabulario eran debidas a su habitual propensión a escuchar atentamente lo que hablaban los demás, sobre todo, cuando éstos, como sucedía con harta frecuencia, eran personas de rango social muy superior al suyo. Bajo la dominación haitiana vivió siempre inconforme, echando pestes contra los malditos mañeses a quienes detestaba con todas las fuerzas de su alma. El hecho del 27 de febrero y la calurosa adhesión de La Vega al movimiento separatista lo colmaron de íntima satisfacción y de todas veras se interesó por el triunfo de la causa nacional. Más tarde, acentuada la división entre Santana y los febreristas, instintivamente, sin darse cuenta, impulsado por indomeñable fuerza de simpatía, se ladeó Rufinito hacia Santana, el hombre que su fe sencilla le hacía ver como el escogido por *la dicha Providencia*, era su frase favorita, para librar al país de los odiados enemigos de Occidente. Santana, para él, atesoraba todas las perfecciones imaginables. Era el único hombre de guerra que tenía el país, el único general de verdad; los otros eran solamente de pega... Sus contrarios, los filorios, no servían para cosas de pluma, meros *escribidores*, verdaderos *chivitos* al lado de Santana, y que, sin embargo, querían trastornarlo todo estableciendo reformas peligrosas de que él no se daba cuenta y que maldita la falta que hacían... En su imaginación sobreexcitada, como entre esplendores de un cuadro bélico, surgía siempre Santana, jinete en brioso corcel, destrozando las huestes haitianas aterrorizadas por el brillo de su flamígero espada, con la misma facilidad con que el ilustre paladín manchego alanceaba briosamente nutridos escuadrones de ovejas... Algunos recuerdos, viejos amigos de Rufinito, que venían del Sur, acrecían su entusiasmo con el relato de cosas mayúsculas sobre Santana que él creía a pie juntillas, repitiéndolas después, exageradas, con fervor y convicción de neófito, sobre todo, cuando, tras de apurar algunos tragos en compañía de tipos de su laya, sentía la imperiosa necesidad de expansionarse, de dar libertad a lo que le rumiaba por dentro, de permitir completa soltura a la lengua. Porque lo que él decía.

El general es el único que puede gobernarnos, el único, el único, sí señor... Los filorios no sirven, no van al pleito... Echaron a Santana de *caraná*, pero les salió el tiro por la culata... El general es el único que no tiene miedo a nada ni a nadie... ¿Saben ustedes lo que pasó en Baní? Me lo contó ayer mi compadre Patricio Luna, el que llevó las cargas de cazabe y durmió en casa el sábado. Dice que una noche, visitando el general los cuerpos de guardia, se topó con un gran desorden entre algunos de la tropa por una mala jugada de un tercio de allí mismo... ¿Qué hizo?... Se fue aproximando poco a poco sin que lo viesen, y de pronto, ¡zas! de un puñetazo echó a rodar uno por el suelo y agarró a otro por el pescuezo atestándolo con un seto... Eran dos negrazos de San Cristóbal, grandes como dos montañas...

¿Y los demás, Rufinito, los demás, qué hicieron?

¿Los demás? Hombre, los demás, chiquiticos, chiquiticos...

PSICOLOGÍA DE UN SANTANISTA

A medida que por un lento proceso de elaboración mental iba en la imaginación de Rufinito engrandeciéndose, hasta tomar desmesuradas proporciones, la idea que se había formado de los méritos personales de Santana, como consecuencia lógica y precisa de ese trabajo del mecanismo cerebral, disminuía progresivamente achicándose hasta casi desvanecerse el alto concepto en que siempre había tenido a los Dones, el respetuoso afecto con que constantemente había mirado a aquellos hombres que todos consideraban como superiores. Empezaba a ver en ellos, no a los cariñosos mentores a quienes era de costumbre consultar en todo, sino a enemigos temibles, adversarios peligrosos, que no se recataban para expresarse en términos hirientes y depreciativos respecto del caudillo oriental, y para testimoniar a toda hora su entusiástica admiración por los que ya fungían de contrarios encarnizados del hombre que vinculaba todas sus simpatías... El fanatismo político, intolerante y feroz, produce con frecuencia, en todas partes, estas curiosas transformaciones. Amigos íntimos de ayer, se contemplan al día siguiente, ceñudo el semblante, hosca y amenazante la mirada, como si fueran enemigos irreconciliables de largos años y como si ante ellos se interpusieran hondos abismos haciendo imposible toda cordial aproximación. Como todo sentimiento o pasión que se desborda fuera del cauce de la voluntad regida por la razón, el fanatismo político produce aún en cerebros coherentes, de regular y correcto funcionamiento, trastornos y desequili-

brios que se exteriorizan en actos extraños y sorprendentes por ser producidos, por quienes menos debía esperarse incurriesen en tales errores y aun desatinos. En cerebros escasamente cultivados, de mentalidad raquítica o embrionaria, rebosantes de preocupaciones y de modos de pensar generados por ideas tradicionales, como el de Rufinito, la pasión política prende con vigor como planta venenosa que absorbe los mejores jugos vitales; y determina, en ciertos hombres, -iguiendo las oscuras sinuosidades de una voluntad estrecha de sectario ya sin freno regulador posible, una serie de acciones de incalculable trascendencia y de que se les hubiera creído absolutamente incapaces.

Así sucedía con Rufinito. Nadie que socialmente valiera o representara algo, había hasta entonces, ni aun algún tiempo después, tomado por lo serio el idolátrico santanismo de que alardeaba a todo momento. Para casi todo el mundo era sencillamente una nota cómica, nueva y original añadida a las otras que formaban el capítulo de singularidades de este personaje. Sus dicharachos parecían perderse completamente en el vacío. No sucedía así, sin embargo. En su auditorio habitual, entre sus connilitones, gente toda de su clase con menos lastre mental que él, empezaba a influenciar voluntades, a crear una atmósfera favorable a Santana, sin consistencia ni importancia en su primera fase de desenvolvimiento; pero que más tarde, favorecida por las circunstancias, iba a ayudar poderosamente al éxito del reaccionarismo en La Vega. Como sabían todo lo que ocurría en el pueblo, no ignoraban los Dones las chácharas de Rufinito, pero lo miraban desde muy alto, se consideraban muy elevados para parar mientes en tales fruslerías... Rufinito ha sido y continúa siendo para ellos un borrachín, un infeliz pobre diablo, digno sólo de protección y a quien están habituados a oír como quien oye llover, salvo en los instantes en que los hace reír con sus salidas inesperadas. Por eso los dichos de Rufinito en apología de Santana, en vez de inquietarles, les producen frecuentes accesos de hilaridad. Cuando en la pulpería del pueblo arriba, donde todas las tardes forman su tertulia, ven llegar a Rufinito que viene como de costumbre a tomar un trago y a tenderse sobre un serón para echar un rato de siesta, lo acogen con placer y se entregan a burlas y chacotas, algunas de color subido, sobre las ideas políticas del insignificante tipo,

quien se acurruca en el serón, se hace el bobo, aguanta sin encolerizarse el aguacero de burlas, y aun aparece no prestando importancia a lo que se le dice, como si se tratara de otro o de cosas que en el fondo no le interesaran por ningún concepto. Cuando las preguntas o las bromas son demasiado insistentes, desvía la atención largando una pulla o una frase oportuna, que las carcajadas de los presentes corean con estrépito... ¡Qué cosas tiene Rufinito, dicen unos!... Con turpenes como ése ya está aviado Santana, dicen otros.

La pasión política empieza a despertar fuertemente facultades que yacían aletargadas en el alma de Rufinito. De improviso o poco menos se revela polizonte ducho, dotado de rara habilidad para una vigilancia tenaz, incesante, que se mantiene en acecho sin darse un instante de tregua ni reposo. Como sabueso de fina raza, ha olfateado una pista, y sigue, sigue incansable tras ella... Conoce ya al dedillo lo que va a pasar en Santiago y los elementos con que cuenta Mella para dar el golpe. Para eso sólo se espera la próxima llegada de Duarte, quien no sabrá una palabra de lo que proyectan sus amigos hasta después que se encuentre en Santiago... Larvas informes, indecisas, sin contornos definidos, las suspicacias y los recelos primero, los rencores después, van acentuándose, tomando cuerpo preciso en su alma hasta ayer poco agitada por el flujo y reflujo de las mentiras y mezquindades de la vida. Pronto clavará en ella el odio su oriflama roja... En esos hombres hasta ayer tan agasajados y reverenciados por él no ve, no puede ver individuos que, como él mismo, tienen una opinión o una preferencia personal, sino enemigos mortales que hay que suprimir a todo trance. Y así, sin percatarse de ello, paso a paso, por recóndito trabajo cerebral, se convierte, de impertérrito curioso que empalaga primero y que divierte a lo último, en espión político que agota todos sus artes marrulleros, toda su flexibilidad de campesino, para sorprender a sus enemigos y hundirlos en el momento oportuno.

DUARTE EN EL CIBAO...

Provisto de amplias facultades, en comisión de alta confianza de la Junta Central, Duarte acaba de emprender su anunciado viaje al Cibao. Las ciudades del tránsito se empavesan con banderas nacionales y vistosas colgaduras para recibirlo dignamente. Grupos numerosos de lucidos jinetes salen a encontrarlo. Familias distinguidas se disputan la honra de darle hospedaje. Manos delicadas de bellezas femeninas arrojan a su paso flores bellas y bien olientes. En su honor se encienden fogatas en las esquinas y se organizan diversos regocijos populares. En todo el trayecto, sólo encuentra manos cariñosas que estrechan su diestra; sólo escucha frases lisonjeras y alentadoras... En la expresión de todos los semblantes brilla el reflejo de un regocijo sincero, intensamente patriótico. Su noble corazón se ensancha. Su mirada esplende con el fulgor que delata vivas satisfacciones interiores. Trae un encargo de paz, de cordial unificación, de acercamiento de voluntades para que no se malogre el perenne objetivo de su vida, la República creada el 27 de febrero, y al contemplar tantas expresivas demostraciones de entusiasmo, al escuchar tanto patriotismo diluido en frases sonoras que aún vibran agradablemente en sus oídos, se forja la grata ilusión de que sus gestiones van a obtener el ambicionado galardón de un triunfo resonante, y se convence de que, contrario a lo que se le decía en la Capital, los trabajos de reaccionarismo tienen poca consistencia y alcance en las comarcas cibaenñas... Han cesado ya los ladridos de la jauría de ideas pesimis-

tas que lo perseguía. Como bandada de aves de negro plumaje, los pensamientos dolorosos que lo atormentaban emprenden el vuelo, se pierden en lejanos horizontes. La esperanza torna a llenar su alma de vivo y patriótico alborozo.

La casa de las Villa en donde se hospeda Duarte en La Vega, rebosa de visitas. Es un entrar y salir incesante. Rufinito no ha perdido ni un solo detalle de la recepción ni de cuanto se ha dispuesto después en agasajo del amado caudillo. Durante los días que éste ha permanecido en La Vega, mañana y tarde se le ha visto, como a todo el mundo, entrando muchas veces a la casa, o de pie en la esquina inmediata mirando con sus ojos sin expresión, como alelado, hacia la puerta principal donde Duarte se asoma con frecuencia. Este ha notado por fin la continua presencia de aquel tipo, y, señalándolo con la mano, interroga a los que le rodean... Uno de los Dones que está a su lado cuenta con mucho gracejo, interrumpido a menudo por risas y exclamaciones, la vida y milagros de Rufinito. Todos rien. Rufinito se acerca insensiblemente, y oye también. Otro de los presentes narra incidentes cómicos relacionados con el flamante santanismo de Rufinito. La hilaridad es general. Las carcajadas parecen interminables... Duarte mira con fijeza a Rufinito. Este sostiene la mirada, y en sus labios de extraña lividez se dibuja una sonrisa o más bien una mueca que pone en su rostro abotagado no sé qué enigmática expresión de ídolo indio.

Horas después de su llegada a Santiago, Mella y con él algunos interesados en salvar la obra febrerista del naufragio que la amenaza, empiezan a quitarle la venda de los ojos informándole de cómo están las cosas en realidad y no como él las ha visto al través del cristal engañoso de entusiastas recepciones. El reaccionarismo ha ganado mucho terreno en el Cibao.

Por entre las flores que han alfombrado su camino han circulado también áspides venenosos. Jefes con quienes se creía poder contar ciegamente han pactado en la sombra con los enemigos para secundar propósitos hostiles a los febreristas. La tempestad se aproxima. Mella le ha dejado entrever, con frases algo veladas, poco explícitas, que hay que irse, sin más tardanza, por el camino de los actos decisivos, de las resoluciones supremas... Cuatro días después, un grupo de oficiales superiores y de gente de viso pone en sus manos el acta en que, por medio de un

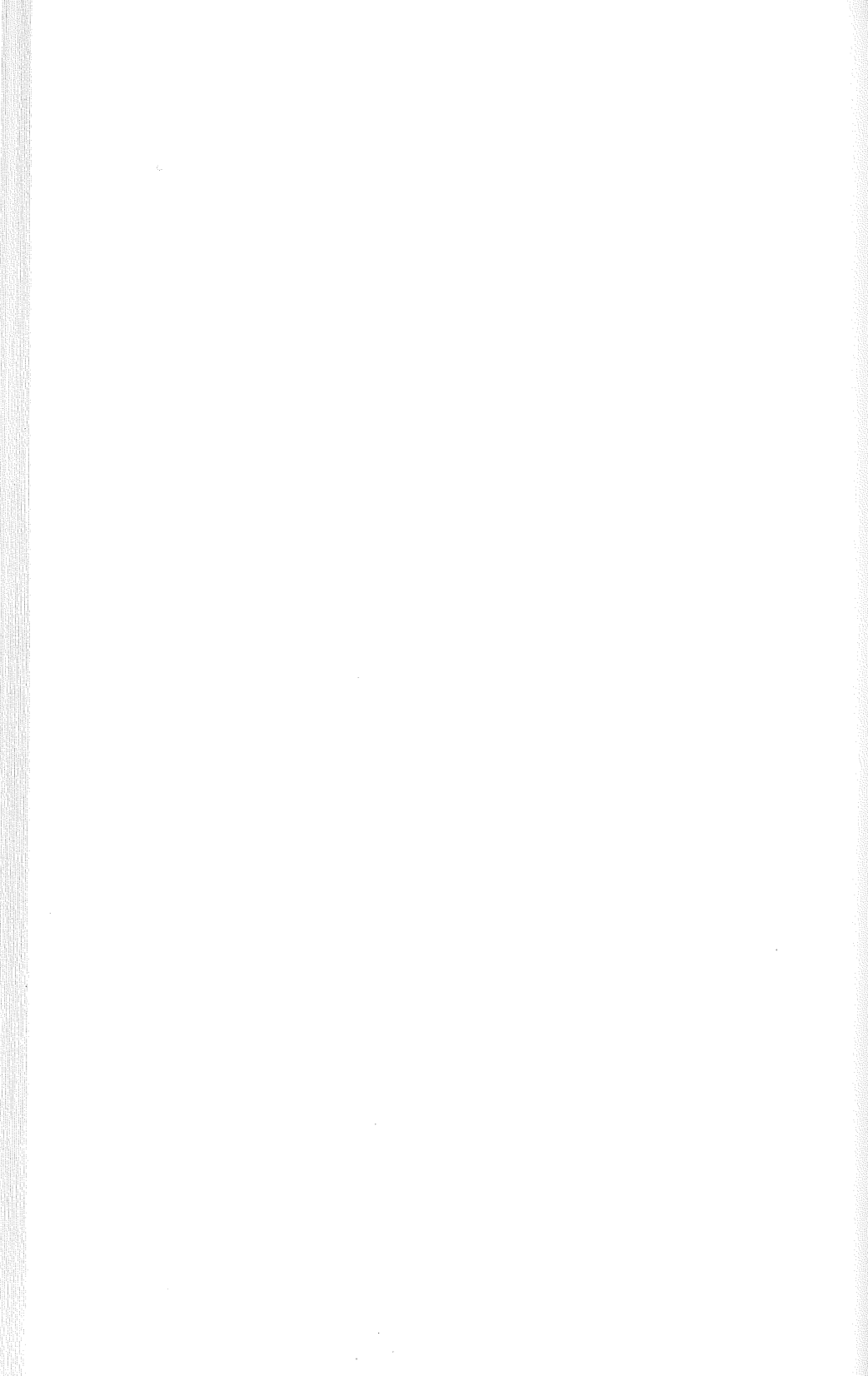
pronunciamiento, se le proclama Presidente de la República... Emoción de abrumadora intensidad embarga su ánimo. Su lealtad irreductible se indigna. Parece a punto de zozobrar en un piélagos de dudas torturantes, de penosas vacilaciones. Su conciencia, con impulsión imperiosa, le pone de manifiesto la resalante ilegalidad de aquel acto, que tal vez va a convertirlo en rebelde vulgar, en criminal faccioso... Su clara apreciación de la realidad circunstante, su conocimiento del riesgo que corre su obra, su vehemente deseo de no ver instaurado el fatal régimen personalista que por todas partes descubre su perfil siniestro, en cambio como que le indican la urgente, la incontrastable necesidad de plegarse a las circunstancias y de aceptar el nombramiento que espontáneamente se le discierne. Pero no acepta sino a medias. Sólo cuando los sufragios de la mayoría del país lo confirmen en ese alto puesto. De ahí se origina una situación indecisa, sin contornos precisos, inestable, preñada de peligros, siempre funesta en política, que seguramente beneficiará a los contrarios, más audaces y menos dispuestos a pararse en puntos de escrúpulos legales.

Duarte seguirá en breve viaje para Puerto Plata presa el ánimo de siniestros presentimientos. En lo adelante, hasta que se extinga la llama que alimenta su generoso espíritu, su mirada entristecida abarcará sólo perspectivas grises, lontananzas sombreadas por acerbos desencantos. Fulminado por implacable destino, como el infortunado protagonista de la tragedia griega, irá por la vida, en permanente duelo, llevando sobre sus hombros fatigados la ponderosa carga de sus cuitas íntimas y de los indecibles dolores de la República oprimida y desangrada... Su carrera pública tiene toda la resplandeciente brevedad de un relámpago. Todo se ennegrece para él justamente cuando toca la realidad de su ensueño... En un cuento oriental, un príncipe joven y hermoso, separado por artes maléficas de la elegida de su corazón, la cual reside allá lejos, muy lejos, detrás de montañas diademadas por nieves eternas, en un palacio de pórvido de incomparable magnificencia, despreciando amenazas, se decide a ir a buscarla para celebrar con ellas las ansiadas bodas. Nada lo arredra. A fuerza de audacia ha vencido los innumerables obstáculos de todo género adrede hacinados en el camino... Detrás de él queda ya la selva inextricable e inmensa, te-

mible guarida de tigres y leones. Sus ojos absortos contemplan ya el resplandeciente palacio. Por la fulgente escalinata desciende la novia para recibirlo en sus brazos, y en ese momento el genio de las tinieblas, conjurado por los espíritus malignos empeñados en que no se reúnan los dos amantes, por rápido y extraño maleficio, apaga la lumbre de los ojos del desdichado príncipe y lo sepulta en una noche muy negra sin estrellas y sin aurora... Así la doliente resonancia de la historia de este egregio patricio... Veinte años más tarde, surgirá, galvanizado y puesto en pie al grito de angustia de la Patria traicionada, entre el tumulto ensordecedor de la guerra restauradora, y cruzará un momento, fulgurante aparición, las ruinas todavía humeantes de Santiago, para seguidamente tornar a sumergirse en las densas sombras de su interminable destierro...

Por sus prendas naturales, por su espíritu culto, sereno y bien equilibrado, por la austeridad de su conciencia, por su civismo sin máculas, por su insuperable desinterés, hubiera brillado con fulgores de astro y ejercido grande y duradero influjo en una república ordenada, tranquila, adscrita a la ley, cimentada en verdaderas prácticas democráticas. Su obra de propaganda y organización revolucionarias, de coordinación de voluntades para la realización de un empeño alto y definido, demuestra las relevantes condiciones que para ello poseía. Pero por su peculiar idiosincrasia y por su intachable civismo, no estaba ciertamente estructurado para las iniciativas rápidas y salvadoras que deciden en un momento de la suerte de un país; para, en horas supremas, imponerse a los demás y llevarlos con soberano empuje y mal de su grado si es preciso a destruir los reductos en que se parapeta el personalismo político. En ciertos momentos, los titubeos pierden, las vacilaciones llevan sin remisión a la ruina... Inmediatamente proclamado Duarte, se imponía la necesidad de colocar a los jefes que se sabían ya comprometidos con el santanismo en situación de que les fuera imposible cumplir sus ofrecimientos hostiles, y la de darse a la carrera la mano con la Junta Central enviándole fuerzas fieles que impidiesen un golpe de mano contra ella. Compuesta la Junta en ese momento de elementos febreristas, era natural que asintiese a lo que se había hecho en Santiago por ser lo que estaba en consonancia con sus propios intereses. No podía vacilar un

instante entre Duarte y Santana. No se hizo nada de eso. Se perdió lamentablemente un tiempo precioso. Persona que podía saberlo me dijo hace bastante tiempo que las vacilaciones de Duarte habían producido en Mella pésimo efecto... En la noche tempestuosa de las revoluciones, desdichado del caudillo que por temor a la oscuridad que lo circunda se detiene a esperar que radie el alba para orientarse por la vía más recta y frecuentada... Hay que seguir, a la intermitente luz de los relámpagos que incendian el espacio, adelante, siempre hacia adelante...



SIGUIENDO LA PISTA...

Los comprometidos con Mella en La Vega siguen atentamente, con natural y viva ansiedad, las fases emocionantes del plan político que ha empezado a desarrollarse en Santiago... Están muy alarmados por la situación indecisa que se ha producido a consecuencia de las vacilaciones de Duarte, de su aceptación de la presidencia en términos tan condicionales, lo que deja en pie un malestar que aumenta de día en día y que algunos de ellos creen precursor de cosas gravísimas... En torno suyo han principiado a vislumbrar síntomas inquietantes. El más culto y astuto de ellos siente que el pesimismo va lentamente adueñándose de su espíritu... En las clases bajas se advierte una inquietud indefinible, una fermentación sorda, que para la mayor parte de los duartistas se hace de hora en hora más visible y más amenazante... Dos días después de lo ocurrido en Santiago, reunidos cuatro o cinco de los Dones en la pulpería del pueblo arriba, lugar de su acostumbrada tertulia, comentan con viveza, en que se percibe no sé qué dejo de amarga preocupación, el estado alarmante de las cosas y las propagandas diversas que corren por el pueblo. Algunas de éstas tienen carácter de verosimilitud y son graves en extremo. En vista de hechos que ya conocían, empezaban a despojarse de muchas ilusiones y a contemplar las cosas por su verdadero aspecto... Como de costumbre, Rufinito, echado en el serón que a esa hora le servía de lecho, duerme o aparenta dormir una mona monumental.

Sí, dice uno de los Dones, alto, fornido, de expresiva fisonomía y de agradable verbosidad, voy a leer la carta que vamos a enviar

a Mella con el expreso. Tiene que obrar y práctico... Si no mete a toda esa gente en chirona, esto se pierde sin remedio. Mi compadre Bartolo va haciéndose cada día más sospechoso... Sus frecuentes viajes a la Capital dicen claramente que está metido en líos con los santanistas... De lo contrario no iría siempre como a escondidas. El vale Pancho lo encontró esta mañana en Guaco secreteando con unos desconocidos que después supo venían de Santiago... Un correo que pasó el miércoles por donde estaba una guardia de la gente de Santana oyó decir como cosa segura que iban pronto a coger la Capital para castigar muy duro a los enemigos. Bien vamos a quedar si eso sucede. El hombre no juega, tiene mano fuerte. Si Mella no se decide a dar un paso que suene y que levante los ánimos, nos fregamos como hay Dios.

El que ha expresado tales conceptos se levanta, da algunos pasos en el interior de la pulpería, llama a los otros, saca de entre seis o siete cartas que tenía en el bolsillo una más abultada que las otras, extrae del sobre aún no pegado un papel y se pone a leerlo en voz baja, pero de manera que ninguno de los presentes pierde una sílaba... Se oyen distintamente los desacompañados ronquidos de Rufinito... En la carta le dicen a Mella que hay que proceder volando con mucha energía y que se debe principiar por reducir a prisión a Salcedo, Bartolo Mejía y a dos o tres jefes más que andan en malos pasos... Que prenda y castigue algunos oficiales que están sonsacando la tropa... Que parece cierto que Santana va sobre la Capital, y que lleva muy malas intenciones... Que es cosa probada que, en contubernio con algunos malos patriotas de la Capital, trabaja decididamente en el sentido de imponer al país el protectorado francés... Y muchas cosas más por el estilo... Los presentes aprueban lo leído y ponen al pie del escrito sus firmas. El que ha fungido de lector mete el papel en el sobre que pega con obleas azules, pone la carta junto con las otras que había colocado sobre el mostrador, y encarga al mozo de la pulpería que las entregue todas a Fulgencio el expreso que va esa tarde a Santiago y que de momento vendrá a buscarlas... Toman el último trago y se van.

En el silencio solemne de la tarde continúa oyéndose el ritmo irregular y fastidioso de los ronquidos de Rufinito. De pronto abre un rabillo del ojo y escruta. No hay nadie; está completamente solo... El dependiente de la pulpería está afuera, a pocos

pasos de la casa, conversando con calor con un transeúnte... Loan con entusiasmo las excelencias de un pollo giro que al día siguiente van a echar a uno muy afamado, traído expresamente de Macorís... De los cercanos guayabales viene una brisa perfumada y suave. Algunos perros ladran algo lejos. Un campesino pasa entonando el pesado y monótono *tololé, tololá...* Rufinito se incorpora en el serón, echa una mirada a todos lados, la fija en la correspondencia que está sobre el mostrador, y con presteza suma, en un movimiento rápido como el pensamiento, coge la carta cerrada con las obleas azules y se la mete precipitadamente debajo de la camisa... Llama al muchacho para que le despache la última ración de aguardiente, se restrega los ojos como quien quiere ahuyentar el sueño, y se va...

CAMINO DEL CAPITOLIO

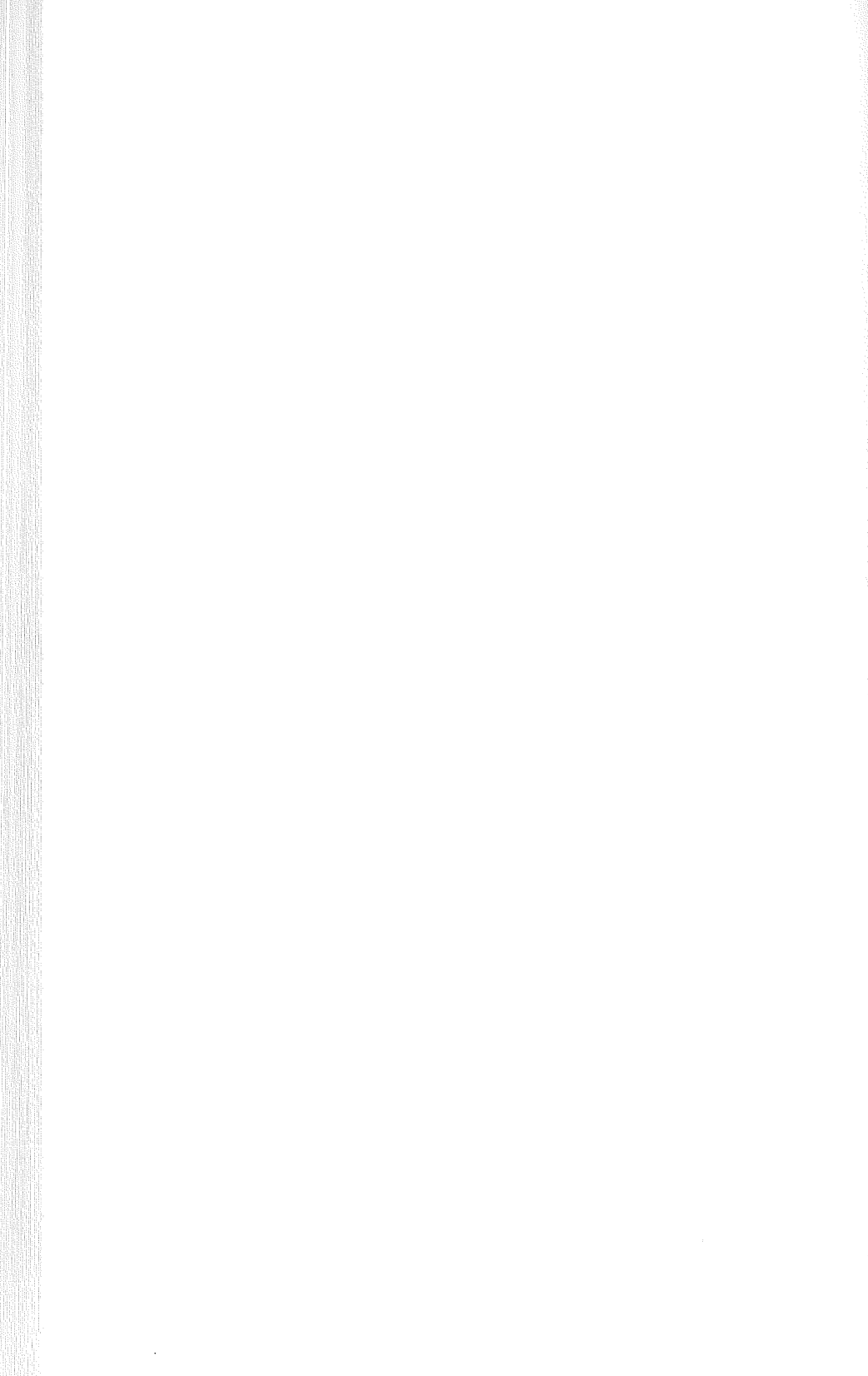
Como serpiente que va lentamente desenroscándose hasta extender en línea recta su cuerpo flexible para ponerse en persecución de la presa codiciada y cercana, el ejército del Sur, oportunamente concentrado, marcha hacia la Capital en larga hilera que ondula siguiendo las sinuosidades del camino, para derrocar el bamboleante gobierno de la Junta Central, y levantar sobre sus ruinas la Bastilla del menguado y férreo personalismo... Más de una vez las filas de ese ejército se han encrespado agitadas por el viento huracanado de las vociferaciones tumultuarias. Más de una vez, pisoteando la disciplina militar, ha desobedecido reiteradas órdenes de la Junta. Ya no va, como antes, bajo la inclemencia del cielo, por sabanas pantanosas o por montañas abruptas, ardiendo en ira santa, a defender con indomable brío el suelo nacional profanado por el invasor extranjero. Ya no va, como hasta hace poco, orientado por un ideal excelso que, a modo de visión luminosa, ve destacarse por encima de la densa humareda de los combates. Ya no sigue al símbolo augusto de la Patria redimida, a la bandera gloriosa del 27 de febrero que tantas veces acarició el aliento cálido de las proezas legendarias y que en tantas ocasiones agujereó y rompió la metralla enemiga... Ahora marchan esos soldados, hasta ayer legionarios del deber, detrás del penacho de un guerrero cuya espada victoriosa va a hundirse hasta la empuñadura en las entrañas de las instituciones republicanas. Instrumentos dóciles e inconscientes de fuerzas que se mueven en la sombra,

van a echar sobre sus hazañas un borrón indeleble; van a iniciar la serie de actos luctuosos de tan funesta trascendencia para los destinos de la República.

En la Capital impera el más espantoso desconcierto. Nadie se entiende. Hasta casi última hora, los incautos de siempre ponían en duda el avance de Santana. En la confusión del momento se esbozan planes de resistencia que seguidamente se abandonan. Escasean los medios de defensa y lo que es peor si cabe: no hay completa unidad de mando ni cabeza capaz de aunar voluntades para organizar una resistencia vigorosa que dé tiempo a que de otras partes acudan en auxilio de la Junta, del Cibao quizás... El ambiente, hay que decirlo, tampoco era propicio para empeño tan arduo. La opinión se encontraba en pleno desquiciamiento. La atmósfera política estaba llena de átomos disolventes. Los continuos y bien urdidos manejos de la reacción habían infundido pavor en muchos y sembrado recelos y desconfianzas en otros. José Joaquín Puello, militar experto, que tiene a su cargo la Comandancia de Armas titubea, y deja que se abran paso en su alma insinuaciones de la prudencia o exhortaciones de gente interesada. ¡Ah! Si el futuro héroe de Estrelleta hubiera podido en ese momento leer en el libro misterioso de lo porvenir! El *vae victis*, la insolente y soberbia exclamación del gallo vencedor en Roma humillada, resuena ya en muchos oídos como tañido funeral de campanas distantes... No hay resistencia posible. Todo está perdido. Precisa parlamentar con Santana. Hay que doblegarse ante el vencedor. Sánchez, el abnegado caudillo del Conde, se resigna ante la fatalidad y sale a verse con Santana en misión de paz y de cordial advenimiento. Este no se da todavía aires de amo... Con su marrullería de campesino se expresa en términos que no inspiren desconfianza... Ni él ni sus amigos tienen la culpa de lo que está sucediendo... Son los otros, los enemigos que tiene en la Junta y que quieren hundirlo... Él lamenta como el primero lo que pasa... Sólo quiere la unión de todos para que pueda el país defenderse de los haitianos. En cuanto llegue a la Capital su gente entregará las armas y él se irá al Prado a reponer su salud hartamente quebrantada por las fatigas y penalidades de la reciente campaña.

El ejército prosigue su marcha, ya sin temor que ningún obstáculo se le interponga en el camino. Ha vadeado ríos y cruza

ahora llanuras ardidadas por los soles estivales. La seguridad de que nada lo detendrá en su avance, pone en todos los semblantes irradiaciones de intenso regocijo. Al fin, en la lejanía, en el cielo azul y diáfano, van, cada vez más distintivamente, recortándose los altos campanarios, las líneas de los viejos edificios de una de las más históricas ciudades de este Continente. Santo Domingo de Guzmán refulge, en un confín del horizonte, como rico joyel medioeval colocado por la conquista española en el más hermoso jirón de la tierra americana... Estallan las aclamaciones. A la vista de la anhelada presa la serpiente abre sus fauces y acelera su marcha... El ejército entra tumultuosamente por la puerta del Conde, donde hacía menos de cinco meses los vencidos de hoy instauraban la nacionalidad dominicana, y poco después sus estruendosos y repetidos vítores anuncian la proclamación de Santana como Jefe Supremo de la República.



RUFINITO CONTENTO

A la noticia de la ocupación de Santo Domingo por el ejército del Sur cunde entre los duartistas cibaños el desaliento, estado de ánimo que se convertirá en verdadero pánico tan pronto se sepa que Santana se ha revestido de facultades dictatoriales y que se le atribuye el propósito de castigar severamente a sus enemigos procediendo con la energía que a su juicio demandan las circunstancias. En expectativa angustiosa transcurren las horas para los comprometidos veganos. Circulan noticias sensacionales cuya falsedad o confirmación se espera de momento. La inquietud y la zozobra son grandes en La Vega, donde a ninguno de los duartistas se le ha ocurrido armar gente para rechazar cualquier agresión que pueda producirse. Por instante se aguardan serias complicaciones. Hay en la localidad enemigos ocultos que acechan el momento oportuno para dar un golpe resonante. En Barranca se han visto algunos hombres armados en actitud sospechosa... Impera un estado de confusión extrema, de penoso desconcierto, que mantiene en tensión los espíritus y que no puede prolongarse mucho tiempo.

Uno de los Dones monta a caballo y sale inmediatamente para Santiago con el objeto de celebrar una entrevista íntima con Mella. A todos ellos les ha extrañado sobremanera que, no obstante los días transcurridos, Mella no haya contestado, la carta que se conoce y que en opinión de los firmantes ameritaba una respuesta inmediata... Atribuyen esa falta a las múltiples atenciones que ocupan al bravo febrerista en aquellos críticos mo-

mentos... Así la sorpresa de ellos es piramidal cuando de vuelta el que había ido a Santiago les refiere que Mella no ha recibido ninguna misiva de ese género, que no sabe de qué carta le hablan... Ese rudo golpe, en aquellos minutos de angustiosa incertidumbre, los anonada y los hunde en permanentes cavilaciones... ¡La carta comprometedora perdida! Alguien debía haberla cogido. Pero quién, santísima Virgen de la Antigua! Interrogan al mozo de la pulpería, verdadero badulaque que no sabe más que vender provisiones y tragos y charlar sin cesar de gallos, y éste se queda con tamaña boca abierta... Cuando se penetra bien de lo que le preguntan, contesta que hizo puntualmente lo que le ordenaron, esto es, entregar a Fulgencio el expreso, tan pronto como llegó, las cartas que había sobre el mostrador... Preguntado diestramente a su vez Fulgencio, dice que no sabe nada; que sí asegura por todos los santos del cielo que entregó a Santiago todas las cartas que le dieran en la pulpería. Y pone tal acento de sinceridad en sus palabras que es fuerza creer en la verdad de lo que dice... Ninguno de los dos, tampoco, inspira sospechas de ningún género... ¿Quién tendrá en su poder la maldita carta? En la pulpería estaban ellos solos esa tarde... Calle, y el borracho que roncaba tanto... ¿Rufinito acaso?...

En Santiago es mayor el desconcierto que en La Vega. Nadie sabe a qué carta quedarse. Se cree la guerra civil inevitable o poco menos. Algunos auguran tremendas represalias. Entra en la ciudad poca gente del campo y empiezan a paralizarse las transacciones comerciales. Mella, de ordinario tan entero, siente que flaquea su ánimo al enterarse de ciertas bajezas y felonías de personas a quienes juzgaba incapaces de tales cosas. El prócer ilustre ignoraba todavía a qué abismo de ignominia pueden conducir al hombre algunas bajas pasiones, en el personalismo político sobre todo, que cual hongos venenosos crecen abundantemente en ciertos antros tenebrosos del alma humana... Mientras tanto, transcurre el tiempo sin que se haga nada que valga la pena para conjurar el inminente peligro que a modo de alud aplastante se viene encima. Hay que evitar a toda costa el derramamiento de sangre, gritan muchos... Esa corriente de opinión se impone. Se buscan temperamentos de conciliación, fórmulas de avenimiento... Una lucida comisión presidida por Mella irá a verse con Santana para proponerle

que, tanto él como Duarte, que está de acuerdo, permanezcan tranquilos esperando el fallo de la opinión, lo que decida próximamente en los comicios la mayoría del país. ¡A Santana con esas! Recurso pueril. El caudillo oriental no entiende de arreglos ni de componendas. Va recto al blanco como la saeta. Y el blanco para él es el poder supremo, sin rivales, sin restricciones, tal como ya lo entiende, como lo entenderá toda su vida... Duarte, entre tanto, esperará en Puerto Plata el resultado de las gestiones de la comisión que sale para la Capital.

Pero los acontecimientos se suceden con vertiginosa rapidez. Sin esperar a más, los jefes comprometidos con la facción santanista empiezan a pronunciarse: Salcedo en Moca y Santiago, otros en Puerto Plata y la Línea Noroeste. Bartolo Mejía, seguido de unos pocos, se adueña de La Vega sin disparar un tiro, vitoreando a Santana. Presto la marejada hirviente de la reacción se extiende por todas las comarcas cibañas. Es grande la ansiedad de los Dones, aunque en realidad nada tengan que temer por el momento. Bartolo Mejía, el hombre de la situación en La Vega, es amigo de todos ellos, los aprecia y respeta. Además, perdida la esperanza, han dejado pasar las cosas sin pretender detenerlas o desviarlas; ninguno de ellos ha asumido ni asume una actitud de abierta hostilidad contra el orden de cosas que acaba de imponerse... Pero, ¿y la carta? ¡Maldita carta!... Rufinito ríe solo... El contento no le cabe en el pecho... Santana, su ídolo, es el hombre... Bien lo decía él a los que querían oírle... Él vio mejor que los cocotuces... Chúpense ahora ese cajuil... Los filorios no sirven; sólo Santana puede gobernarnos... Como Alah para los mahometanos, para Rufinito sólo Santana es grande, todopoderoso, omnisciente...



“LOS DE LOS TRISTES DESTINOS”

La fuerza bruta lanzada en una dirección y por completo falta de reguladores jurídicos, por ley natural, tenderá siempre a la realización de actos de verdadera iniquidad que, por más que se adornen y disfracen con nombres pomposos, dejarán ver claramente al través de los hilos de su engañosa malla los móviles mezquinos y aviesos que los produjeron. No puede suceder otra cosa. En el estudio del desenvolvimiento de algunos hechos es imposible echar a un lado ciertos factores de índole aparentemente insignificante, pero que, bien depurados, resultan en el fondo los principales determinantes de esos mismos hechos. Lo que crea exclusivamente la violencia desapoderada tiene que sostenerse por obra de esa misma violencia. La ilegalidad será siempre crimen, así se les dore y acicale primorosamente como sucede en el convencionalismo teatral que forma el aspecto más saliente del personalismo político. Precipitado en la senda de la violencia no quiso el santanismo, quizá no pudo, despeñado ya como iba, detenerse en un punto del camino, aspira, un poco del aire sano y vivificante que emana de la tolerancia bien entendida, y pactar satisfactoriamente con sus adversarios en quienes la ambición de mando no había echado aún hondas raíces, neutralizándolos, atrayéndolos o poniéndolos en la incapacidad de tramar nada durante mucho tiempo contra el orden de cosas imperante, sin necesidad de extremar contra ellos los atropellos y las persecuciones. No hubo términos medios. De un asalto se pasó al extremo opuesto.

El olvido cubre piadosamente los nombres de los que, en la excitación del momento, firmaron exposiciones pidiendo que fueran llevados al cadalso, como hornada de siniestros criminales, los austeros y abnegados fundadores de la República. En estas turbulentas democracias americanas, como excrescencias monstruosas surgen de cuando en vez los Fouquier Tinville... No se llegó felizmente, a tan espantable exceso. Todavía no había comenzado a funcionar con regularidad el terrorismo criollo. Aherrojados y sepultados en las mazmorras del Homenaje, tras horas de espantosa angustia cayó sobre ellos, dictada por sus más encarnizados enemigos, una sentencia inicua, en que se les declaraba traidores y se ordenaba que todos ellos fueran inmediatamente desterrados y extrañados a perpetuidad del país, sin que pudieran volver a poner el pie en él bajo pena de muerte, que sería justificada la identidad de su persona, a cuyo efecto se le daba poder y facultad a cualquiera autoridad civil y militar que verificara la captura... Este desenlace tan rápido y tan terrible pone en el espíritu sereno que con verdadero recogimiento de ánimo se entrega a evocar estas cosas del pasado no sé qué sombras de perdurable duelo. Se sale de esa peregrinación histórica con el alma henchida de amargo desencanto... Se siente la nostalgia de las cosas bellas y puras de la gran Naturaleza que no mancha el contacto de las mezquindades humanas. Michelet, el gran historiador artista, después de trazar con su pluma evocadora el cuadro de una época cuajada de sangre y de lágrimas, para escapar a la obsesión de tantos horrores, se ponía, por irresistible impulso, a estudiar el proceso evolutivo de la vida en los insectos y en las aves.

A sesenta y cuatro años de distancia mi pensamiento reconstruye la patética escena, y me parece contemplarlos, el día de la partida, en la cubierta de la nave anclada en el puerto en la que van a surcar las salobres ondas en dirección de playas inhospitalarias y remotas... El mar se deshace en hirviente y blanca espuma al estrellarse con quejumbroso estrépito en los arrecifes y farallones de la costa... De un lado, ante sus ojos, en la limpidez del ambiente, emerge la mole de piedra del Homenaje, pesada construcción de los primeros tiempos de la conquista, en la que acaban de apurar las heces de infinitas amarguras... Los mástiles de los buques surtos en la ría se proyectan en el espacio co-

mo si fueran lanzas de viejos caballeros que amenazan el cielo... Frente a ellos se extiende la ciudad con sus plazas y sus calles hasta confundirse con los macizos de verdura de la cercana campiña... Todavía repercute en esas calles y en esas plazas el eco de su patriótica propaganda... Todavía vibra en ellas su grito de guerra contra el opresor extranjero... Empieza a soplar suavemente el terral... Una indefinible tristeza parecé enseñorearse de todas las almas... La nave se apresta a zarpar... Ellos ven, quizá por vez última, la ciudad primada de América, áureo relicario que guarda el precioso polvo de tantas glorias desvanecidas... Bajo la suave caricia de la brisa, hinchidas las velas, el alfanje de la proa corta la masa azulosa de las aguas y la nave va poco a poco alejándose... De pie, sobre una peña que salpica el oleaje, los miro irse y siento que irresistible emoción va invadiendo mi alma. Se humedecen mis pupilas y de ellas se desprende lentamente una lágrima... Me descubro en respetuoso ademán de despedida, y mis labios murmuran, variándolas a mi antojo, algunas de las conmovedoras palabras que en Ricardo III, la creación dramática del divino Shakespeare pone éste en boca de uno de sus personajes: "Adiós, patricios infortunados, los de los tristes destinos..."

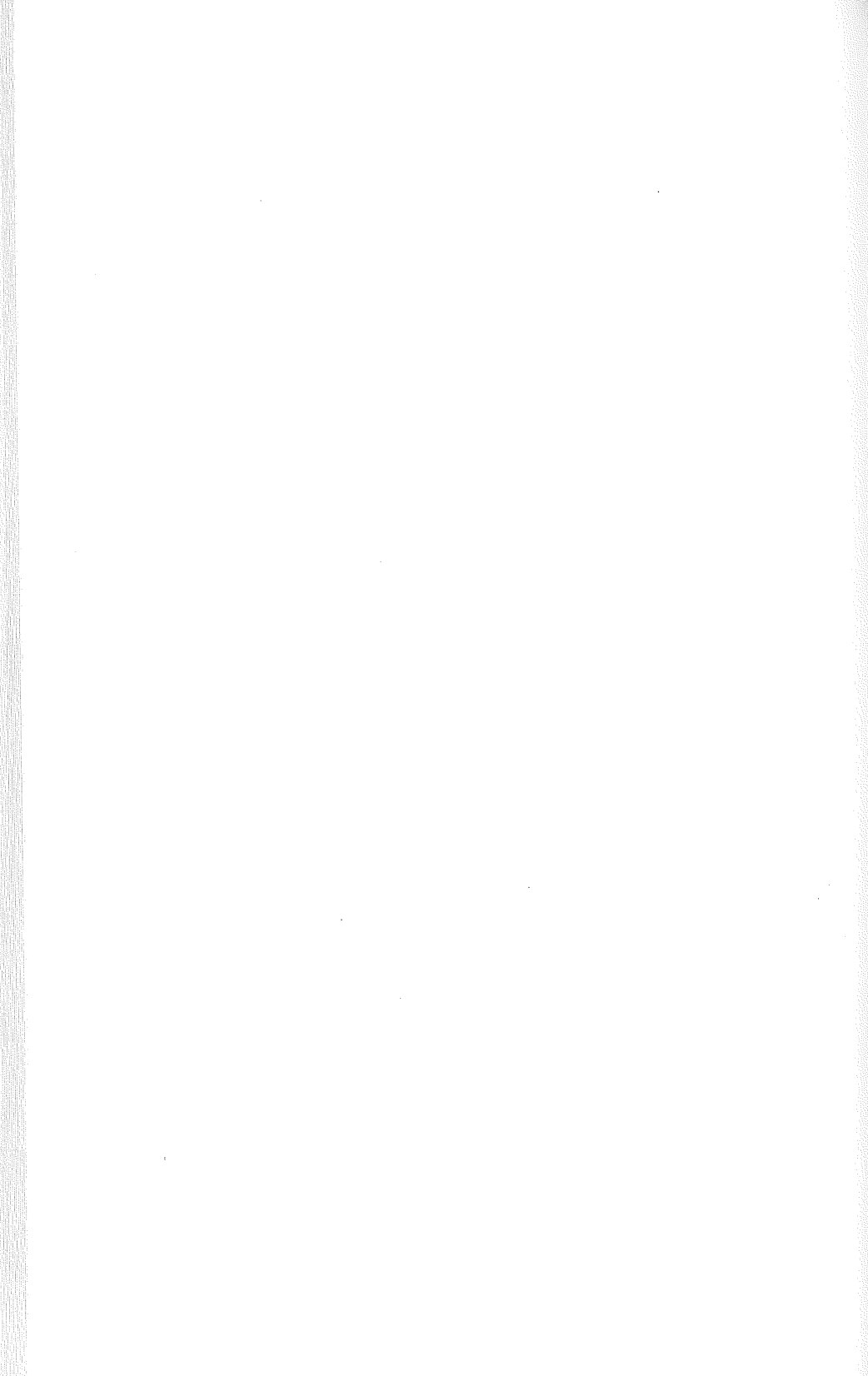
AL BORDE DEL ABISMO...

Los más connotados febreristas reducidos a prisión en la Capital; Mella insultado y preso a su llegada, y Duarte traído con lujo de precauciones desde Puerto Plata y encerrado también en el Homenaje, son las alarmantes noticias que corren en La Vega, como simples rumores primero, como hechos de absoluta certidumbre después. Se dice también con insistencia que sobre sus cabezas se cierne un fallo de muerte... Aún faltan varios días para que se dicte la sentencia que los arroja al ostracismo... Mientras tanto, como acaece en idénticas o parecidas circunstancias, se abultan las noticias, se desfiguran ciertos hechos, se reviste cuanto se propala de proporciones desmesuradas... Aunque el duartismo salió bien librado en el Cibao, pues afortunadamente no hubo persecuciones, en el primer momento todos creyeron que sí las habría y que iban a ser numerosos los atropellos de gentes sindicadas como hostiles a la situación imperante... Se creía firmemente que todos los duartistas de alguna significación social serían castigados con verdadera severidad. La menor prueba en contra de ellos bastaría para perderlos sin remedio... No habría clemencia para nadie... Propagandas de este género circulaban incesantemente. Muchos hacían examen de conciencia y se preguntaban afanosos si en su conducta anterior habría algo que atrajese sobre ellos las iras de las nuevas autoridades. Los Dones son hombres enteros, de pelo en pecho, de firme corazón, y pasada la primera sensación de estupor, vencido el miedo que los sobrecogió en los primeros

instantes, estudian serenamente la situación que atraviesan y resuelven poner en juego todos sus valiosos recursos de influencia y de energía para hacer frente con resolución al sino adverso que los amenaza...

Su obsesión de todas las horas es encontrar la carta escrita a Mella en un momento de imprevisión o de acaloramiento. Como enjambres de avispas, las sospechas van a clavar su aguijón en Rufinito... No hay palabras con qué expresar la alegría de este tipo por el triunfo ruidoso y completo de Santana. Su gozo es grande al contemplar el atortolamiento y el temor de los contrarios. Se pavonea orgulloso como si a él fuera a tocarle alguna partícula del poder supremo, o como si estuviera hecho de la madera de los hombres cuyo concurso es indispensable o poco menos para encarrilar convenientemente las cosas. Ha empinado el codo hasta emborracharse por completo dos o tres veces; pero por un milagro de prudencia, no ha soltado en sus expansiones de beodo ni media palabra que pueda denunciarlo como el poseedor de la carta comprometedora. Se le han escapado vocablos aislados, gritos de júbilo, exclamaciones vagas, frases inconexas que traducen fielmente su vehemente deseo de ver inexorablemente castigados a los enemigos de Santana... "Esto va a dar lástima"... "Ya sabrás quién es el hombre"... "Pronto se verán cosas nuevas"... Y en esas y otras frases por el estilo se comprendía todo su repertorio de amenazas. Pero se le vigila estrechamente; no se le pierde pie ni pisada.

Un mozo criado en casa de uno de los Dones, compañero de Rufinito de tragos y parrandas, lo espía sin tregua y sin que él se percate de tal vigilancia. Se ha llegado al extremo de registrar minuciosamente el bohío de Rufinito en momentos en que éste y su compañero estaban en el campo. Al fin se llega al conocimiento de la cosa de la manera más inesperada y más tonta del mundo. Una mujer del pueblo que tiene tratos íntimos y clandestinos con uno de los Dones, en charla de alcoba, sin dar ninguna importancia al asunto, le refiere que esa misma mañana una comadre suya a cuya casa va Rufinito a tomar café todas las mañanas le confió, encargándole que no lo dijera a nadie, que Rufinito se iba al otro día por la madrugada a la Capital a llevar una cosa muy importante a Santana. Le dijo, además, que Rufinito haría el viaje en compañía de un recuero de apellido Fran-



co, compadre suyo, quien lo esperaba con el caballo listo en su estancia, situada como a cosa de una legua de la ciudad, para que de allí continuasen juntos el viaje hasta Santo Domingo.

Acabáramos, milagrosa Virgen de la Antigua. Las sospechas se han convertido en certidumbre. Rufinito se lleva la carta endiablada y con ella, en plazo más o menos breve, la cárcel, el destierro o el patíbulo para los firmantes. Reunidos en casa de uno de ellos, los Dones se enteran de la estupenda noticia. Un escalofrío de pavor recorre todos sus miembros. Ven cerca, muy cerca, como una sima muy honda y muy negra donde van a desaparecer sin remedio. Se sienten perdidos por completo, como si una mano muy pesada los empujara rudamente a un abismo... Pero reaccionan presto. Son hombres enteros y no se dejarán llevar tontamente al matadero por la voluntad de un miserable palurdo. "Antes que la cruz entre en mi casa que vaya a la ajena", cuentan que dijo uno de ellos, el más culto y resuelto de todos. Hablan en voz baja y se estrechan fuertemente las manos en señal de un acuerdo decisivo. En sus ojos, que chispean, arde el fuego siniestro de una decisión sombría...



MISTERIO

Noche, noche de estío, serena y silente... Arriba, en lo infinito, resplandecen miríadas de diamantes siderales. Las constelaciones marcan con precisión deslumbradora sus trazos de fúlgidas estrellas. La paz, la inmensa paz de una noche apacible, esparce su hálito de calma y de misterio sobre los seres y las cosas. Nadie transita a esa hora por las calles oscuras y silenciosas de la ciudad dormida. Todo yace en quietud melancólica y solemne... En la parte oriental, al extremo de la población, en el lugar en que está el bohío de Rufinito, ya casi tocando el campo, nada, tampoco, turba la augusta tranquilidad de la noche. Apenas si se escucha el débil murmullo que levanta la brisa al agitar las frondas de los extensos guayabales. A largos intervalos, se oyen los estridentes ladridos de los perros de una finca cercana... Los cocuyos vuelan en todas direcciones trazando largas y confusas rayas fosforescentes. Algo lejos de donde vive Rufinito, al otro extremo de los guayabales, brilla, fantástico, un resplandor extraño, fijo, rojizo. Es la luz que sale de la puerta de una casa donde hay un velorio.

Hace bastante rato que ha pasado la media noche... Vagos rumores, estremecimientos misteriosos conmueven la campiña... ¿Qué fue lo que vio un hombre que a esa hora venía del velorio camino de la población? Fue aparición medrosa de ánimas en pena, lo que, erizándose el cabello, le hizo volver precipitadamente sobre sus pasos y tomar otro camino más largo para regresar a su casa? Tiempo después, refiriendo el espeluznante

caso, aseguraba que oyó cuchicheos y como ruido de aceros desenvainados y que le pareció ver cuatro o cinco embozados agrupados estrechamente a la sombra de un árbol frondoso que se alzaba en aquel sitio... ¿Fue esa visión terrorífica obra de una imaginación sobreexcitada por el silencio y la oscuridad de la noche? ¿Quiénes eran? Acaso las sombras de algunos de los féreos conquistadores que escapados de sus tumbas seculares venían allí a contarse sus viejas proezas? El lugar en que los vio el transeúnte es el mismo que ocupa actualmente la esquina del Mercado nuevo donde está el cuartel de la Policía municipal. El bohío de Rufinito estaba a pocos pasos de ese sitio.

Desde esa noche no se ha vuelto a saber nada de Rufinito. Desapareció como si la tierra, abriéndose bajo sus pies, se lo hubiera tragado... Su mujer refería después que a una hora ya próxima al amanecer tocaron a la puerta y una voz que desconocía llamó a Rufinito para decirle que se levantara, que su compadre Franco hacía rato que lo estaba esperando para emprender el viaje convenido. Rufinito se levantó, cogió las alforjas en que tenía la *tortilla* preparada para el camino, se despidió de ella, y salió. Lo creyó durante varios días en la Capital, pero al saber que había regresado ya el compadre, en cuya compañía creía que estaba, fue a verlo y éste le respondió que Rufinito no había hecho el viaje con él, que se cansó de esperarlo hasta bien entrada la mañana y que, viendo que no aparecía por ninguna parte, pensó que por alguna causa había desistido del viaje, y se fue solo... Y agregó también, con inmenso asombro de la atribulada mujer, que él no había enviado a nadie a llamarlo por la madrugada como ella sostenía... ¿Dónde estaba Rufinito?... No se ha sabido nunca, seguramente no se sabrá jamás. El más inextricable misterio, a manera de espeso manto, envuelve este punto... He querido rasgar ese manto y sólo he visto tinieblas. Cuentan que al ruido de esa sorprendente desaparición vino de Santiago un empleado judicial, quien hizo prolijas investigaciones sin obtener ningún resultado. Se llegó hasta registrar una letrina donde se decía habían echado el cadáver... Se buscó con ahínco en lugares donde se corría que estaba enterrado. Nada, nada. Refiérese que una vieja que vivía cerca y que se había levantado al oír un ruido extraño vio por las rendijas de la puerta de su casa unos hombres que se llevaban a otro, pero que no

acertó a conocer a ninguno... ¿Quiénes lo ejecutaron? ¿Dónde? ¿Cómo?... Estas preguntas han quedado siempre sin respuesta. Parece esto increíble tratándose de una ciudad de tan corto vecindario. Los ejecutores se llevaron su secreto a la tumba. Nunca secreto alguno ha sido mejor guardado. Las sospechas zumbaron durante mucho tiempo alrededor de algunos de los Doñes; pero éstos, con su actitud serena y altiva, las desviaron siempre, sin que en ningún tiempo dejaran traslucir ni por un gesto, ni por una palabra absolutamente nada que pudiese comprometerlos. El incidente de la carta era conocido de poquísimos y éstos relacionados íntimamente con ellos. Ningún indicio fehaciente surgió para intentar contra nadie un proceso judicial... Uno tras otro fueron durmiéndose en la muerte y con ellos el secreto del fin de Rufinito. Pulularon entonces, como hoy mismo, las aseveraciones más contradictorias y aun absurdas... Sólo Dios sabe, si es que hay un Dios que se digne fijar su mirada en estas cosas, en el rincón de qué patio, a la vera de qué umbroso camino o en la soledad de qué escarpada montaña duerme Rufinito su eterno sueño...

MORALEJA

¿Fue ese hecho crimen horrible digno de general reprobación y para el que hay que buscar sin atenuaciones de ninguna especie el castigo que le señala el código penal, o, por lo contrario, puede y debe considerarse como acto de imprescindible defensa personal, que justifican cumplidamente las graves circunstancias del momento la angustiosa situación en que se encontraban, y otros motivos de importancia que sólo ellos podían apreciar con la debida exactitud?... El que se va abogando no se detiene a escoger la rama o el madero que busca con ansiedad para escapar de la muerte inminente. Se agarra con fuerza a lo primero que topa, a lo que tiene al alcance de la mano y puede servirle de asidero más o menos sólido. Para responder con algún acierto a la interrogación que acaba de formularse, precisa primeramente remontar la corriente del tiempo, vivir un momento en el ambiente de la época en que actuaron aquellos hombres, darse cuenta clara de la evolución de los hechos, y poniéndose en lugar de ellos preguntarse uno mismo: ¿qué hubiera hecho yo colocado en igual callejón sin salida? Hasta ahora no he oído a nadie que los azote con el látigo de una reprobación decidida. Nadie, en lo íntimo de su conciencia, los condenaría. Todos, o casi todos, y yo con ellos, sin restricciones mentales, extenderían las manos en gesto de absolución completa...

Así los ha juzgado la gran masa del pueblo que en algunas ocasiones suele ver las cosas con mayor claridad que algunos empingorotados sabios... Más aún. Del suceso de Rufinito ha

formado el pueblo una especie de filosofía empírica de la que ha extraído una enseñanza que aplica constantemente. Porque la clase analfabeta, la gran mayoría, no se paga de sonoros conceptos abstractos, de palabras huecas y rimbombantes sobre la virtud, el honor, el patriotismo... Para que esas cosas hieran su imaginación fuertemente se hace menester que tomen cuerpo en actos de innegable evidencia, que asuman formas palpables de materialidad resistente... Así lo que se refiere a Rufinito. Hace pocos años, en plena y desoladora guerra civil, uno de los dos bandos que con verdadera furia se disputaban el poder en la ensangrentada arena del circo, no recuerdo ahora cual, acababa de adueñarse de La Vega a fuego y sangre. Como sucede por lo general en estos terribles pugilatos de la política personalista, el bando triunfador tenía puesto el pesado tacón de su bota sobre la cabeza de los del bando vencido, sin permitirles casi que respirasen. Las suspicacias, los recelos, las sospechas, buitres inmundos, se cernían con amenazante fiereza sobre los contrarios de la agrupación

dominante o que se suponían como tales. Se denunciaba a troche y moche con el propósito de adquirir por ese medio ejecutoras para aspirar más tarde al goce de un cachito del presupuesto, es decir, lo de siempre aquí y en muchas de estas sociedades hispanoamericanas levantiscas y desorientadas. La política personalista es indudablemente el terreno mejor preparado para la más espléndida germinación de muchas de estas mezquindades e infamias. Por no sé qué circunstancia había en uno de esos días arreciado el temporal de denuncias a las autoridades. Una tarde, tres o cuatro amigos sentados en un banco del Parque del recreo departíamos agradablemente...

En un banco muy próximo dos fieles de la situación imperante hablaban con algún calor... De pronto se levantó uno de ellos, y cuando pasaba por delante de nosotros, el compañero que no se había movido, sin cuidarse de que pudiera oírle como le oímos todos, alzó la voz y dijo al que se iba: Mira y dile también que ya se conocen sus cosas. Que se deje de tantos chismes; que se acuerde de lo que le pasó a Rufinito...

NOTAS

- A.- Algunas personas ponen en duda la existencia de la carta a Mella y sostienen que Rufinito sólo sorprendió en la pulpería una conversación relativa al plan convenido con el prócer febrerista. Creo que esta aserción, por diversas razones, carece en absoluto de fundamento. Sin una prueba de indiscutible evidencia, seguramente Rufinito no hubiera intentado ir a ver a Santana para denunciarle sus enemigos. Esta denuncia debía apoyarse en alguna prueba convincente, pues de lo contrario Santana no iba a hacer caso de los decires de un ser tan insignificante como Rufinito y éste debía estar bien penetrado de que sin algo que justificase sus denuncias, Santana le despacharía con cajas destempladas. La carta es, pues, de absoluta necesidad para explicar satisfactoriamente el episodio.
- B.- Hay quien diga que Rufinito no tenía proyectado ningún viaje a la Capital. No veo entonces la prisa en darle muerte cuando había tiempo para por medios mucho menos peligrosos sustraerle la carta. El señor Antonio Amézquita asegura, tal como aparece en la relación, que el individuo que iba a hacer el viaje con él era un recuerdo o cosa parecida de apellido Franco y muy conocido.
- C.- No falta quien sostenga que no era un velorio sino un baile lo que se verificaba en el bohío, y que no fue ningún

hombre sino una mujer quien alcanzó a ver los embozados. Los decires de esta clase son infinitos. En la narración me he atendido a lo que me ha parecido más posible y por consiguiente más aproximado a la verdad.

- D.- Afírmase que el nombre de Rufinito es el de un hijo de José Rufino, héroe de este trágico suceso, y que, andando el tiempo, el pueblo confundió los nombres adjudicándole al padre, la víctima, el diminutivo con que se llamaba al hijo. Además de algunos datos de familia, tiene este aserto en su apoyo estos versitos de aquel tiempo que todavía se oyen:

*Sábado por cierto fue;
domingo al amanecer
de perdió José Rufino
y no ha vuelto a aparecer.*

Otros, por el contrario, aseguran que a José Rufino le llamaban muchos Rufinito como después al hijo, y que, por consiguiente, no hay tal confusión de nombres. Sea lo que fuere, es lo cierto que en La Vega, de más de treinta años a esta parte, siempre se ha designado con el nombre de Rufinito al protagonista de este sucedido.

- E.- Algunos dicen que no fue por confidencia de una mujer, como se narra en el libro, sino por denuncia del recuero Franco que los Dones supieron que Rufinito iba para la Capital a denunciarlos a Santana.
- F.- Dicen algunos que el Bartolo Mejía que figura en este relato es el general Manuel Mejía, que fue después gobernador de esta provincia.

ALMA DOMINICANA

PÁGINA PRELIMINAR

Es este un libro de sincero y bien intencionado amor patrio. Es también un tributo de viva gratitud a la ciudad culta y gloriosa que aparece en estas páginas nimbada con la épica refulgencia de su magnífico pasado y que tantos títulos tiene conquistados a mi admiración y a mi afecto. No hay ciertamente en este relato conceptos de verdadera alteza mental ni la rica floración de atractivos bellezas de estilo, pero en él se siente, a cada paso, la serena e intensa vibración de un alma que, desde hace tiempo, labora con toda la savia de su escasa inteligencia y todo el caudal de sus privativas energías en el empeño de contribuir lo más eficazmente posible al cumplimiento de una obra de consciente vigorización del sentimiento nacional, de llevar fructuosamente a la encendida arena de los hechos cuanto integra y resume la bien definida aspiración a conservar incólume, en vista de las probables emergencias del mañana, la herencia de supremas abnegaciones y de pujantes heroísmo que recibimos de los excelsos fundadores de la nacionalidad dominicana... Ya sé que muchos, amedrentados por la potente y metódica expansión del imperialismo yanqui y decepcionados por las repetidas y sangrientas algaradas de nuestro personalismo político, torpe e infecundo, como que han perdido por entero la fe dejando que penetre en sus almas, inundándole todo, la formidable ola de glaciales y disolventes escepticismos... No son ya pocos, desdichadamente, los que fingiendo de augures y pretendiendo vislumbrar lo que se esconde en el seno del misterioso

porvenir, a guisa de fatídicas Casandras, repiten con acentos de convencidos que los días de nuestra independencia están contados. Para esos heraldos de un pesimismo negro y desesperante estamos perdidos irremisiblemente. Más o menos pronto la rapaz águila del Norte, siempre en acecho, nos aprisionará en sus garras... Y no sólo sucederá tan horrible cosa por el metódico e irresistible avance del yankismo, sino —lo que es muchísimo más doloroso y humillante— por nuestro levantisco carácter impenitentemente revolucionario, por el continuo fermento, de las bastardas ambiciones del personalismo político que tan profunda raigambre tiene en nuestro organismo nacional y que en más de una ocasión ha demostrado al sentir que el grupo antagónico va a quitarle al grupo imperante el poder, que mejor que a cederlo noblemente bajando resignado de las alturas, prefiere recabar la ayuda interesada del extranjero para por ese indigno medio afianzarse en la dirección de la cosa pública por más que el descontento popular asuma cada día mayores proporciones... En mis oídos más de una vez, a modo de fallo definitivo, como toque funeral, ha resonado esta frase aterradora: ¡Ya es tarde! Contra ese amargo pesimismo me rebelo indignado. Para esos pobres de espíritu que en salones y corrillos murmuran tan lúgubre afirmación sin atreverse a proclamarla en alta voz nuestra independencia, inconsistente y precaria, es algo así como cosa que se mantiene en pie disimulando con nombres sonoros su falta de característica realidad... Es algo tan frágil y quebradizo, que la primera racha revolucionaria puede dar con ella en tierra al ser causa o pretexto de una intervención en nombre de no sé qué *benéfica* curatela de pueblos inventada por la flamante y solapada diplomacia norteamericana. En abono de su creencia pesimista citan el infame bombardeo de Pajarita en 1904 por un crucero americano y diversos abusos perpetrados por buques de esa marina de guerra en puertos y en aguas dominicanas...

No y mil veces no. No es cosa tan fácil en nuestro tiempo cortar así tan bruscamente el hilo de la existencia de un pueblo... y aun teniendo base más o menos sólida ese pesimismo, lo que se impone, lo que cumple a espíritus viriles es erguirse frente a él para combatirlo noble y esforzadamente. Dudar de la eficacia del esfuerzo, es ya considerarse derrotado. Un pueblo vive, de-

be vivir, merece vivir, mientras tiene conciencia de su historia, de lo que es, de lo que puede ser. Importa poco lo reducido de su territorio, lo escaso de su población, su situación geográfica, los accidentes exteriores que le dan mayor o menor importancia, su misma vecindad con naciones más poderosas, si en la urdimbre íntima de ese pueblo, en lo que constituye su psicología, en la innegable fuerza interior que unifica y cohesiona su personalidad nacional, vive robustamente el espíritu que dio orientación permanente a sus empeños de toda especie en las diversas fases de su actuación secular. Ese espíritu, cuando como sucede en el pueblo dominicano está ya en gran parte formado, cuando ha adquirido la relativa consistencia que sólo puede darle una serie de hechos convergentes realizados en un determinado período de tiempo, se resiste enérgicamente a morir, no deja que impunemente se la arranque lo que constituye su timbre más alto de orgullo ante el mundo y ante la historia. En ciertos instantes pueden adueñarse de parte de una personalidad nacional ideas impregnadas de acerba desconfianza sobre su porvenir, puede sentir más o menos agudamente la dolorosa punzada de torpes escepticismos; pero si la ocasión aparece los hechos se encargan de demostrar prontamente, con irrefragable elocuencia, que todo eso, a pesar de su aparente gravedad, era sólo inconsistente espuma, cosa puramente superficial y externa sin alcance peligroso ni positiva trascendencia.

Lo urgente y necesario es que por ningún concepto decaiga ese espíritu que es la esencia permanente y vivificante de toda personalidad nacional. Hay que mantenerlo casi en perenne tensión reviviendo intensamente el recuerdo de los hechos de verdadero valor e importancia cumplidos durante la existencia histórica de ese organismo colectivo. A esa labor de serena previsión patriótica obedecen la fundación de la sociedad nacionalista *Patria* en La Vega, la apoteosis de Duvergé llevada a cabo últimamente en la capital de la República y otros actos de resonante culto patriótico verificados recientemente en otras importantes ciudades del país... Pero eso no basta... Se necesita cosa de más enjundia y eficacia que solemnidades patrióticas de pasajero alcance y resonancia... La enseñanza cívica netamente nacionalista arrancando de la base fundamental de la escuela primaria: he ahí el luminoso punto de partida. He ahí el indispen-

sable soporte de cuanto se intente en mira de prestigiar y conservar sin menoscabo un sentimiento de perdurable y consciente dominicanismo. El supremo ideal de nuestra enseñanza, en la hora presente, radica o debe radicar en el propósito de *hacer* dominicanos dignos de este nombre. Por el hecho de haber nacido en un país o haber adoptado su nacionalidad, no se puede decir, en toda la plenitud del concepto, que se es ciudadano de ese país... Muchos viven en su país, son desgraciadamente legión, preocupándose muy poco de la suerte de la patria, y, en ocasiones, siéndoles abiertamente hostiles por la manifestación de ideas que directa o indirectamente tienden a socavar la nacionalidad de verdadero ciudadano de una nación cuando por todos los poros de nuestro ser moral hemos absorbido intensamente los efluvios espirituales esparcidos en su ambiente; cuando hemos sabido asimilarnos potentemente la fuerza recóndita de perenne vibración que la caracteriza y reviste de especial e inconfundible fisonomía; cuando sus triunfos nos hacen palpar de noble orgullo y sentimos sus dolores como si fueran golpes rudísimos asestados a lo más íntimo y puro de nuestro espíritu... Una enseñanza que no se inspire en un alto ideal de nacionalismo, que carezca de la comprensión exacta del peligro a que estamos abocados, será todo lo pedagógica, lo científica, lo moderna que se quiera, dará de sí excelentes profesionales, pero es fácil asegurar que no formará *dominicanos*...

En nuestra historia, en toda nuestra actuación incoherente y anárquica como organismo nacional, tenemos como base principal para la obra de robustecer un radical y perdurable sentimiento patrio lo que llamé en *Rufinito* el febrerismo, doctrina que encierra en sus líneas generales un propósito preciso y definido de mejoramiento colectivo. En ese salvador derrotero lamentablemente oscurecido en todo el curso de nuestra historia por el vapor mefítico del personalismo, debe inspirarse la juventud dominicana que hoy se levanta y que influirá un día más o menos decisivamente en los destinos de la patria. En el desenvolvimiento de nuestra vida nacional, subordinada, en casi todos sus aspectos a un criterio de rancio tradicionalismo, adviértese constantemente militando, en primer término, un concepto de fuerza y de violencia que aún tiene en nuestro organismo político muy penetrantes raíces. La juventud culta, que piensa,

que espera, que cree en la virtualidad de los principios, que alimenta una noble ambición de gloria, debe continuamente para vigorizar su fe en la posible grandeza de la República volver la mirada a lo más alto, puro y luminoso que hay en toda nuestra existencia como organismo independiente. El febrerismo debe constituir el más radiante ideal de la porción de nuestra juventud que labora tesoneramente por el gradual mejoramiento del país. Nada de más excelso timbre moral que el edificante ejemplo de aquellos insignes varones que dieron vida a la República dejando como estela luminosa de su paso el magno ideal febrerista: una república de libertad, de orden, de derecho y de justicia, civilista y progresiva, sin vergonzosos protectorados ni humillantes mutilaciones de soberanía...

Y ahora una explicación que juzgo necesaria. El argumento de esta obra se desenvuelve en los momentos resonantes y trágicos que comienzan a fines de marzo de 1861 y alcanzan su punto máximo de intensidad en los primeros días de setiembre de 1863. Al juzgar más o menos rápidamente los trascendentales sucesos ocurridos en ese interesantísimo período he procurado hacerlo con la serena imparcialidad y con la rectitud de conciencia que cumple a quienes por encima de prejuicios trastornadores y de apasionamientos mezquinos han colocado como diosa únicamente digna de su culto a la Verdad austera y excelsa. Se equivocaría grandemente quien supusiese que por halagar sentimientos nacionalistas o de cualquier otro orden pueda aparecer en estas páginas algo que tienda a denigrar u oscurecer lo que se refiere a nuestros hidalgos adversarios en la campaña restauradora. Muy al contrario. Reputo indigno de mi pluma justiciera cuanto no sea emplearla en la exultación o en el juicio sincero y mesurado de cosas que no tengan permanente e innegable valor humano. Y eso sucedería si tratase en esta narración de poner de relieve rencores que en momentos supremos y conflictivos tuvieron su razón de ser, pero que ya desaparecieron arrastrados por la onda del tiempo que se lleva siempre estas mezquindades y apasionamientos propios de épocas de lides resonantes y encarnizadas... Hoy corren vientos de aproximación y de amor. Entre España y las actuales repúblicas que durante siglos fueron parte integrante de su inmenso imperio colonial existen lazos indestructibles cada vez más estrechos. Ya no hay ni puede haber

espacio para los odios. La independencia de las colonias españolas fue un hecho histórico, enteramente lógico, que estaba en el orden natural de las cosas. Fue etapa culminante de un proceso evolutivo que tiene sus más hondas raíces en el complejo y eterno dinamismo de la vida social...

En toda Hispanoamérica predominan, en esta hora de fructuosos acercamientos, ideas de solidaridad étnica, de gradual comunidad de aspiraciones y de intereses, cada vez más precisas y definidas como la manera más adecuada de realizar determinadas finalidades de común adelanto y alzar pujante valladar a la marcha invasora del imperialismo norteamericano esencialmente agresivo y absorbente. Al dominio reposado de la crítica histórica corresponde ya el estudio de lo que muchos consideran graves errores del proceso de colonización española en este Continente. Sobre esos errores ha pasado el tiempo con su influencia bienhechora atenuándolos y aun pretendiendo justificarlos desde puntos de vista críticos de más alta y amplia exégesis histórica. Evidénciase ahora, a cada instante, la tendencia a pasar la esponja del juicio benévolo sobre lo que en esa colonización hubo de equivocado y aun de temible para hacer resaltar lo que ella tuvo de beneficioso, de valor humano, como se ve en ciertas sabias prescripciones de las famosas leyes de Indias en su mayor parte incumplidas por desgracia. Hace pocos años que en los campos de Cuba, iluminados por las reverberaciones del incendio, Máximo Gómez y Maceo escribieron con la punta de sus espadas los últimos cantos de la magna epopeya emancipadora de América... Pero nuestra alma continúa íntimamente influida por la herencia espiritual que informa muchos aspectos de la vida social hispanoamericana. Olvidados los odios que suscitó la contienda nos hemos confundido en un estrecho abrazo como miembros de una familia que pasado el enojo de inevitables desavenencias tornan a estrechar los viejos lazos con mayor fuerza que antes. Y esos lazos tienen aquí mucha fuerza de anudación, pues Santo Domingo fue cuna y centro privilegiado de la civilización, española en este Continente. De aquí tomó rumbo luminoso esa civilización para esparcir su savia por las vecinas Antillas y regiones americanas más distantes...

En estas repúblicas como en la misma España manifiéstase en estos momentos un movimiento de cordial y fecunda aproxi-

mación. Cada vez tienden a ser más fuertes los vínculos entre la dueña del solar glorioso en que vieron la luz nuestros progenitores y las naciones que en este vasto Continente perpetúan su idioma majestuoso y sonoro y conservan el espíritu de la raza que ha realizado tantas cosas asombrosas en el escenario del mundo. Hay que dar toda la robustez posible a esa solidaridad espiritual que anhelan estadistas, escritores y poetas para que no se pierda o extravíe lamentablemente el conjunto de fuerzas y direcciones espirituales integradas en la civilización latina, la más ilustre de todas... Quien recorra las páginas incoloras de este relato sentirá que en ellas, sin mengua de lo que considero verdadero y justo, palpita un propósito de serena imparcialidad en el examen y en la exposición de los hechos. La campaña restauradora en todas sus partes y las interesantes circunstancias que la precedieron determinándola merecen por su excepcional importancia ser estudiadas, como tal vez lo realice algún día, en un trabajo más detenido y extenso que el presente libro. Pero, deficiente y todo, no se hallará en él nada que lleve trazas de resucitar, torpemente, extinguidos rencores. Quizá fue necesario pasar por la ruta sombría, cuajada de sangre y horrores de la guerra, para que en el actual instante de apaciguamiento encontrasen terreno abonado para prosperar, formas nuevas y progresivas de común adelanto social. A veces, en la historia, con mayor o menor precisión, atísbase un proceso de renovación de modos y maneras de comprender la vida cuyo génesis, en grandísima parte, se escapa casi de continuo a la mirada más sagaz e investigadora...

Como en la vida individual existen también en la vida social misteriosos factores subconscientes que, aun patentizándose en la realización de ciertos movimientos colectivos, son de tan íntima esencia que resisten siempre victoriosamente al análisis más penetrante y prolijo...

En Perico Antúnez, el protagonista de esta narración novelesca, he querido personificar en cuanto me ha sido dable el sentimiento de las clases populares con motivo del rápido, inesperado y radical cambio realizado por el personalismo imperante en la República en aquella hora tremenda de su historia. En este relato, positivamente histórico en el fondo, he pretendido, sin haberlo alcanzado de seguro, dar la visión más o menos artística

de una época de excepcional interés en la vida de la sociedad dominicana... Cualquier error de más o menos bulto que haya cometido en tal empeño tiene su excusa en la sana intención patriótica que resplandece en este libro desde la primera a la última página. Creo no haber vulnerado en lo más mínimo los fueros de la verdad histórica, por Más que no dudo pueda haber incurrido en algunas insignificantes inexactitudes que atenúa o justifica el carácter novelesco de la presente obra. Nuestra historia, en un amplio sentido crítico, está aún por escribirse. La inesperada vuelta al *status* colonial bajo la monarquía española y la guerra restauradora que fue su necesaria consecuencia, constituyen, quizás, el episodio más curioso y cruento de nuestra agitada y trágica existencia histórica. La restauración, particularmente en su primera fulminante etapa, desde la salida de David hasta la retirada de las tropas españolas de Santiago, presenta aspectos que la revisten de un interés creciente y de veras sugestivo. En esa primera y decisiva fase —aun precedida de trabajos serios en que intervinieron distinguidos ciudadanos—, fue obra, poco menos que exclusiva, de gente inculca salida casi en su mayoría de las últimas clases sociales, que naturalmente experimentó mucho primero que las clases más elevadas el golpe de procedimientos, ordenanzas y prácticas del régimen colonial incompatibles con algunos de sus usos y costumbres que en todo tiempo respetó la recién asesinada república. Del alma de ese pueblo, del alma de esa muchedumbre inculca y desheredada, surgió, como de oculto volcán, el torrente de hirviente lava que como mar de fuego iba a extenderse hasta los últimos rincones del territorio dominicano...

En la cima, en el asiento de la parte más culta y acomodada de la sociedad dominicana, hubo algunos que por simpatía o por interés se encontraron desde el primer momento bien hallados con la dominación española. Otros de esa misma estratificación social, mucho más numerosos, allá, en lo más recóndito de sus almas, continuaban rindiendo una especie de fervoroso culto al caro recuerdo de la recién muerta nacionalidad; pero juzgándose por su relativa cultura en posesión del verdadero sentido de las circunstancias del momento, se les figuraba vana e imprudente quimera la pretensión de derrumbar casi sin recursos el nuevo régimen colonial afianzado como suponían so-

bre bases de solidez incommovible. Es claro que la dominación española, poderosísima, podía en breve tiempo poner en las costas dominicanas el ejército relativamente numeroso y muy disciplinado que mantenía en sus posesiones de Cuba y Puerto Rico para extirpar en germen cualquier intentona revolucionaria que contribuiría indudablemente a empeorar la situación del país en muchos conceptos. Esa manera de considerar las cosas parecía en realidad, pensando dentro del marco de la más rudimentaria lógica, lo más prudente, discreto y razonable. Pero en ciertas circunstancias de la vida de los pueblos, lo que en muchísimas ocasiones aparece a flor de mirada como muy preciso y claro con todos los atributos requeridos para ser objeto de un juicio sólido y exacto, resulta muchas veces radicalmente antitético a lo que se suponía fundadamente, y ello quizás debido a la impulsión de cierto dinamismo que se desenvuelve con misterioso ritmo en la vida social casi siempre fuera del alcance de nuestras percepciones...

La restauración de la República fue un hecho, *se hizo*, y esto es lo que a primera vista resalta, porque un grupo numeroso de gente del pueblo —que teniendo poco que perder se encontraba por entero desligado de espíritus de conservación, que originan siempre el amor de los intereses materiales— se lanzó al campo sin pararse en barro invocando un ideal de patria libre que ya había echado bastantes raíces en el alma popular. Triunfaron al fin a pesar de santísimos obstáculos hacinados en su camino, se salieron con la suya, porque tuvieron fe, porque creyeron, porque a toda hora contemplaron como la inmutable estrella polar de su pensamiento la visión de la patria independiente que fulguraba como disco de fuego en el lejano horizonte. Dada ya la radical impulsión, perdiendo naturales temores, muchos de relativo valor intelectual y social fueron agrupándose alrededor de esa masa inculta que con sin igual arrojo había dado comienzo a la ingente empresa de reconstituir la República. Muchos y connotados elementos aparecieron en el momento preciso para encauzar por oportunos y bien escogidos derroteros las masas ineducadas y sin apropiada coherencia que hasta aquel instante habían marchado como al azar, sin rumbo fijo, al capricho de las dramáticas vicisitudes de la lucha armada. Entre esa clase inculta, resuelta y fiera, y el régimen colonial re-

cientemente implantado no hubo desde el principio avenencia más o menos cordial y duradera. Con rápida intuición de la realidad el sentir Popular comprendió desde muy temprano, casi por instinto, sin poder razonar sino muy confusamente su propio pensamiento, que el régimen colonial fracasaría sin remisión en plazo más o menos dilatado. Aunque sin ningún género de educación política, esa clase popular analfabeta e impulsivo, había gozado a su manera del bien supremo de una independencia alcanzada merced a un batallar porfiado y sangriento. La memoria de lo que había perdido avivaba su encono. Tenían eso presente a toda hora, y de ahí, de esa sugestión permanente de raíz muy íntima, de ese recuerdo tenaz avivado a toda hora por actos de gobernantes locales que herían sus costumbres más arraigadas, a pasar a la lucha, a la abierta rebelión, no había más que un paso. Y lo dieron en memorable día con espanto de los tímidos o irresolutos que desde luego pronosticaron a los cuatro vientos el inevitable fracaso. No se equivocaron, porque ciertos componentes sociales, en toda la extensión del país, estaban perfectamente dispuestos a contribuir en esa obra arriesgada y de relevante alteza patriótica. De esa decisión, de ese estado de alma, surgió nuevamente, revestida de bélica majestad, la República extinguida el funesto 18 de marzo... Hoy como ayer, en esa masa, en esa gente del pueblo aún no contagiada por destructores escepticismos, vibra robusto un sentimiento de que se encamine a lesionar nuestra autonomía... En esa clase, lo mismo o más que hace cincuenta años, palpita potente el sentimiento salvador y viril que ha producido y producirá los Perico Antúnez dispuestos en todo instante a correr al sacrificio heroico para conservar en toda su prístina integridad la República gloriosa del 27 de febrero y del 16 de agosto.

PRIMERA PARTE

La bandera

I

Perico Antúnez se despertó sobresaltado. Parecióle que el viejo lo llamaba con acento colérico... ¿Qué hora sería? Por las rendijas de las mal unidas tablas de palma del bohío se filtraba una claridad muy tenue que iba creciendo por grados... ¡De día ya! Restregándose los ojos para sacudir el sueño que lo dominaba se sentó en el estrecho catre prestando atento oído a los vagos rumores de fuera... En el patio cacareaban las gallinas. A ratos lanzaban los gallos las estridentes notas de su canto triunfal. Los sonidos de las campanas de la iglesia del Carmen, bastante amortiguados por la distancia, resonaban alegremente convocando a los fieles para la misa rezada... Sentía una laxitud inmensa en todos sus miembros y ganas irresistibles de poner de nuevo la cabeza en la blanda almohada para echar otro ratito de sueño... El viejo Juan, su padre, el *taita*, como cariñosamente lo llamaba, no había vuelto a abrir la boca. Se habría dormido de nuevo sin duda. Con el frío que hacía eso era lo mejor. Iba a acostarse de nuevo, bien arropado, cuando en la habitación contigua escuchó la respiración fuerte y entrecortada, interrumpida a menudo por una tosecilla, de su hermana Maruca, y de pronto se acordó que el taita le había recomendado con muchísima insistencia se levantara muy temprano para ir al pueblo con ob-

jeto de que en la botica próxima al Mercado le despachasen el medicamento que el doctor André había recetado para la enferma... Sin más titubeos se puso en pie cogiendo de una silla de paja inmediata sus prendas de vestir, si no lujosas, propias por lo menos de un campesino acomodado que tenía muy buenas relaciones en Santiago adonde iba a cada rato... Mientras se dedicaba a esta ocupación casi maquinalmente, procuraba coordinar sus ideas amortiguadas o borrosas por el sueño para evocar el recuerdo, claro y preciso, de cuanto durante las primeras horas de esa noche le había ocurrido en el fandango verificado en el bohío de Paco López, el pedáneo, a cosa de una legua de allí y al que había asistido en compañía de Roque Núñez, su primo e inseparable compañero de tragos y jolgorios...

Cuando llegaron ambos primos, a eso de las nueve de la noche la rústica fiesta rebosaba de animación y alegría. El aguardiente, tomado a pasto, empezaba a hacer de las suyas. *La orquesta*, compuesta de un tiple, cuatro, tambora y güira, desgranaba las suaves notas de un cadencioso *merengue*, uno de esos merengues que Perico bailaba con insuperable maestría coreográfica... De color algo oscuro, alto, fornido, de pujante fuerza física, especie de Hércules campesino, de muy agradables facciones, con unos ojos negros de rara expresión que parecían mirar muy adentro; diestro como pocos en manejar un caballo, en preparar gallos para la lidia, y, sobre todo, en bailar con gallardía zapateo, *carabiné*, merengue y demás cosas bailables, gozaba Perico Antúñez de merecido renombre entre la juventud masculina y femenina de esos contornos. Poco después de su llegada al fandango, excitado por algunas libaciones, sin encomendarse a Dios ni al diablo, sacó a bailar a Suna, la novia de Chago López, hijo del dueño de la fiesta, quien se mantenía celoso de Perico por las continuas atenciones que prodigaba a su novia. Y era cierto que Suna le gustaba de veras. Esbelta, robusta, bien proporcionada, de fisonomía fina y agraciada, de curvas bastante pronunciadas que al bailar se movían voluptuosamente, era una hembra de rechupete que Perico allá en sus adentros había decidido conquistar a todo trance, cueste lo que costare. Hacía días que se había propuesto desbanicar a Chago. Suna, aun manteniendo relaciones muy formales con el novio, ya como quien dice en vísperas de casorio, no podía, aunque lo

intentaba, disimular el interés que le inspiraba Perico. Esa simpatía saltaba a los ojos. Era necesario ser muy lerdo para no verlo claro, y Chago ciertamente no tenía un pelo de zoquete. Aquello no iba a parar bien...

Los tragos se le habían subido a Chago a la cabeza, y, ya sin poder contenerse, en un momento en que Perico iba más embullado bailando con Suna y estrechándole el talle más de lo que era debido, dio un fuerte empujón al entusiasmado bailaror pretendiendo quitarle la pareja de los brazos... ¡Ave María Purísima! Y qué tiberio de dos mil demonios se armó incontinente. Las velas que alumbraban la sala se apagaron como por encanto. Palabras de insulto, rugidos de cólera se oían a cada paso dominando el continuo chis chas de los machetes... Perico y su primo Roque estaban solos puede decirse, tenían contra sí toda la fiesta, pero ni un instante perdieron los estribos al verse cada vez más estrechados. No dejaron ni un segundo de demostrar la serenidad y arrojo de que habían dado ostensibles muestras en lances iguales. Sin recibir ni un rasguño, aprovechándose de la densa oscuridad, lograron abrirse paso internándose en el monte... Una hora más tarde, en la tranquera de la estancia de Perico se separaron ambos primos dándose un fuerte apretón de manos. Juntos habían acabado fandangos más de una vez y siempre les había salido bien la cosa...

Todo eso rumiaba Perico mientras se vestía con esa rapidez eléctrica con que se asocian los pensamientos en el cerebro en determinados instantes psicológicos, cuando de improviso, empujando con fuerza la puerta del cuarto, apareció el viejo Juan con un papel en la mano y diciéndole con voz irritada:

¿No acabarás de vestirme, jaraganazo?

Ve volando a que te despachen eso en la botica...

II

En Otra-Banda, monte adentro, algo retirado del Yaque, en una especie de plazoleta tapizada de perenne verdura, se alzaba el bohío, espacioso y limpio, en que moraban el comandante retirado Juan Antúnez y sus dos hijos Perico y Maruca. Recientemente enjalbegada, la rústica vivienda alegraba con su

nota de brillante blancura el monótono verde oscuro del paisaje circunstante. Cosa de ocho o nueve años hacía que vivía allí el comandante Juan Antúnez. No estaba por completo el viejo militar desprovisto de instrucción, pues en su infancia, en una escuelita de la ciudad había aprendido a leer con alguna soltura y a escribir con letra bastante regular aunque incurriendo a menudo en disparates ortográficos de a folio. Ya muchachón entró en una tabaquería donde, empezando por hacer empuños, llegó bien pronto a adquirir mucha fama por su insuperable habilidad en la confección de cigarros de forma y corte muy alabados por los consumidores. Ganó algunos reales, los suficientes para comprar una modesta casita en los Chachases, casándose poquito después con Colasina, la laboriosa y amante compañera muerta hacía diecisiete años al dar a luz a Maruca.

Juan Antúnez, que siempre se había distinguido por su furibundo anti-haitianismo, estaba en el grupo que victoreó con frenético entusiasmo a Domingo Daniel Pichardo cuando este distinguido ciudadano, en la sesión del Ayuntamiento en que se trataba de adherirse a la obra del 27 de febrero, en un vigoroso arranque tribunicio, hizo cesar los titubeos y vacilaciones de algunos arrastrando los ánimos con su verbo fulgurante por la vía de las resoluciones supremas... En aquellos días de angustiosa expectación, y no obstante de estar ya casi tocando los cuarenta años, llamó siempre la atención por su decisión y su ardor por la causa separatista. Era sargento de la primera compañía del batallón La Flor, y en los días que precedieron al 30 de marzo se le contempló trabajando de continuo personalmente, como un peón, en los reductos que se improvisaban para hacer resistencia al ejército de Pierrot que venía a marchas forzadas con el designio de adueñarse de la noble ciudad asestando con ello golpe de muerte a la flamante empresa separatista. Disipado el humo de las últimas descargas del combate reñido en aquel glorioso día, ya cayendo la tarde, el general Imbert, alma de la defensa, dirigió en el fuerte Dios ante un grupo de oficiales al sargento Antúnez calurosas frases de encomio por su serenidad y bizarría. Desde entonces no fue, no quiso ser más que un soldado. En su alma forjada por un tradicionalismo algo confuso y como estructurada para cosas grandes, florecía un sentimiento de perenne odio a los mañeses, sentimiento que, en los prime-

ros tiempos, parecía como condensar todo su ideal de patria libre. Cada vez que por la frontera asomaba el haitiano, Juan Antúnez era siempre de los primeros en volar al encuentro de la horda enemiga. En Beler recibió una herida en el brazo derecho de que sanó prontamente. En Sabana Larga, en el momento en que cumplía una orden del general Juan Luis Franco Bidó, un disparo de cañón demasiado cercano casi le quemó los ojos. Desde entonces sufría mucho de la vista, lo que, en los momentos agudos de la enfermedad, le agriaba el carácter de manera que se incomodaba con frecuencia por el más chico motivo. Años después de morir Colasina, creyendo asegurar mejor el porvenir de sus hijos, se trasladó a la Otra-Banda a un terreno que había heredado de un tío donde fomentó una especie de potrero y se dedicó al cultivo de frutos menores que cotidianamente enviaba a vender al mercado de Santiago. Con el producto de esos frutos y de la leche de algunas vacas se vivía con bastante desahogo en el bohío. Después de Sabana Larga fue ascendido a comandante, y aunque pidió y obtuvo su retiro estaba siempre dispuesto, a pesar de sus achaques, a correr como en otro tiempo adondequiera que se quemase la pólvora...

Tres amores vibraban intensamente en el alma de aquel guerrero que, no obstante su frecuente contacto con cosas de sangre y de exterminio propias del que sigue la carrera de las armas, conservaba en su organismo afectivo cierto fondo de innata bondad que lo hacía por lo general refractario a esos actos de extremada violencia, en que incurren con frecuencia cuantos se habitúan por los azares de la lucha armada al desprecio continuo de la vida. Constituían esos tres amores, siempre intensificando su espíritu, la patria, sus dos hijos, y el recuerdo siempre vivo de la muerte, de la amante y abnegada compañera que, durante breves días, le había proporcionado momentos de felicidad desvanecidos para siempre en melancólicas lejanías... ¡La patria!... En él esa palabra, lo que para él simbolizaba, no tenía ni podía tener las condiciones de un concepto reflexivo, de una creación mental bien definida, sino era algo de espontáneo y de instintivo, algo así como llamarada de un sentimiento que llenaba perpetuamente, iluminándolos y caldeándolos, los más íntimos rincones de su espíritu. El tema inagotable de sus conversaciones eran los más resonantes hechos de armas en que había

tomado parte. El 30 de marzo, Beler, Sabana Larga, estaban continuamente en sus labios... Sus narraciones, escuchadas con deleite por algunos vecinos, formaban su diaria tertulia, al caer de sus labios se teñían de cierta unción, se impregnaban de cierto calor íntimo que les daba como formas de plegarias o de himnos a alguna deidad desconocida... Seis sillas serranas, cuatro mecedoras y una mesita de pino cubierta con reluciente hule negro componían el más que modesto mobiliario de la salita del bohío. De uno de los setos, el más bañado por la luz, colgaba de un grueso clavo un cuadro o cosa que tenía pretensiones de tal. Examinado a corta distancia podían leerse en su borde inferior estas palabras: Batalla de Beler... La pintura, ordinárisima, obra de un pobre diablo de aficionado poco ducho en achaques pictóricos, carecía, casi por completo, de esa facultad de acertada y bella expresión que constituye la piedra de toque del genuino artista. El cuadro no atraía ni por la corrección del dibujo ni por la bien equilibrada sobriedad del colorido. Ni un solo toque de efecto, ni una pincelada de mediano valor pictural. Las figuras representadas carecen de verdad, de animación, de vida. Delante, jinete en un soberbio caballo blanco, se destaca el caudillo vencedor en aquella jornada, el bizarro general Salcedo. A su lado, con los carrillos inflados, toca un corneta. Todo el campo aparece como cubierto por espeso humo... Apenas se alcanza a divisar una especie de fortín de que acaban de apoderarse nuestras tropas como se ve por el pabellón cruzado que flamea en su parte más elevada. Esa bandera de colores muy encendidos, símbolo glorioso e inmortal de la patria, es lo que mejor se destaca en aquel abigarrado conjunto de líneas y de colores. En la imaginación del viejo Juan la bandera no era sólo un símbolo, un objeto representativo, sino como la patria misma, viva y palpitante, su forma más plástica y visible puede decirse. ¡La había contemplado tantas veces, tremolando orgullosa, arrullada por el silbido de las balas y por vibrantes y prolongadas aclamaciones triunfales! Se pasaba las horas frente al cuadro deleitado en la silenciosa contemplación de los vivos y alegres colores de esa bandera que para él compendia todo un poema de abnegación y de noble amor al terruño. Entre él y la bandera existían no sé qué conexiones espirituales, cierto vínculo misterioso e íntimo, que agrupaba como en apretado

ca era la antítesis viviente del mozo... Fuera de este afecto sincero y vivo, del cariño mezclado de respeto que experimentaba por el taita, y de su intimidación con su primo Roque, casi de su edad, aunque diferentes en lo físico, pues era de menor estatura y más delgado que Perico, éste no tenía ningún otro verdadero afecto no habiéndose todavía sentido envuelto en las redes de una pasión amorosa lo bastante fuerte para arrastrarlo al matrimonio, sacramento que le era realmente antipático... Sus numerosos amores habían sido siempre momentáneos caprichos, pronto satisfechos. En él persistía potente, velada con formas más o menos aceptables, la salvaje rusticidad del hombre primitivo, del antepasado remotísimo que, en la selva virgen, en el seno fecundo de la Naturaleza serena e impenetrable, acecha a la hembra y se apodera de ella, obedeciendo al deseo brutal, para gozarla un instante y luego abandonarla desdeñosamente...

Perico era puede decirse el todo de la estancia. El viejo, achacososo y en camino de perder la vista, no podía ocuparse mucho en las faenas campestres, pero el mozo vigilaba continuamente los trabajos de manera que en la finca todo marchaba viento en popa. Gastaba las horas que le quedaban libres en montar a *Lindo*, arrogante potro bayo que tenía en mucha estima por sus bríos y su paso, en sostener fugaces amoríos, en tirar algo de la oreja a Jorge, y en asistir a los fandangos procurando en ellos despertar la admiración de mozos y de mozas por su destreza coreográfica y su generosidad en brindar tragos y empanadas. La fiebre patriótica del viejo no lo había contagiado. Sólo le impresionaban los relatos del taita cuando en ellos salían a relucir actos individuales de arrojo o de fuerza personal. También ponía su miaja de atención cuando el viejo hacía referencia a la época en que Perico era chiquirrito, en los últimos años de la dominación haitiana, cuando los mañeses gobernaban el país como verdaderos señores de horca y cuchillo. El viejo se acordaba mucho de un desaire que había recibido del general Morisset una vez que fue a la gobernación a practicar no sé qué diligencia de poca importancia. El jefe haitiano ni siquiera había atendido a lo que le decía despidiéndolo con unas palabras en *patuá* que ni el diablo mismo hubiera entendido. Siempre que se refería a la época haitiana el viejo Juan empleaba esta expresión: "cuando la otra bandera" y siempre la subrayaba con un acento en que ha-

tomado parte. El 30 de marzo, Beler, Sabana Larga, estaban continuamente en sus labios... Sus narraciones, escuchadas con deleite por algunos vecinos, formaban su diaria tertulia, al caer de sus labios se teñían de cierta unción, se impregnaban de cierto calor íntimo que les daba como formas de plegarias o de himnos a alguna deidad desconocida... Seis sillas serranas, cuatro mecedoras y una mesita de pino cubierta con reluciente hule negro componían el más que modesto mobiliario de la salita del bohío. De uno de los setos, el más bañado por la luz, colgaba de un grueso clavo un cuadro o cosa que tenía pretensiones de tal. Examinado a corta distancia podían leerse en su borde inferior estas palabras: Batalla de Beler... La pintura, ordinárisima, obra de un pobre diablo de aficionado poco ducho en achaques pictóricos, carecía, casi por completo, de esa facultad de acertada y bella expresión que constituye la piedra de toque del genuino artista. El cuadro no atraía ni por la corrección del dibujo ni por la bien equilibrada sobriedad del colorido. Ni un solo toque de efecto, ni una pincelada de mediano valor pictural. Las figuras representadas carecen de verdad, de animación, de vida. Delante, jinete en un soberbio caballo blanco, se destaca el caudillo vencedor en aquella jornada, el bizarro general Salcedo. A su lado, con los carrillos inflados, toca un corneta. Todo el campo aparece como cubierto por espeso humo... Apenas se alcanza a divisar una especie de fortín de que acaban de apoderarse nuestras tropas como se ve por el pabellón cruzado que flamea en su parte más elevada. Esa bandera de colores muy encendidos, símbolo glorioso e inmortal de la patria, es lo que mejor se destaca en aquel abigarrado conjunto de líneas y de colores. En la imaginación del viejo Juan la bandera no era sólo un símbolo, un objeto representativo, sino como la patria misma, viva y palpitante, su forma más plástica y visible puede decirse. ¡La había contemplado tantas veces, tremolando orgullosa, arrullada por el silbido de las balas y por vibrantes y prolongadas aclamaciones triunfales! Se pasaba las horas frente al cuadro deleitado en la silenciosa contemplación de los vivos y alegres colores de esa bandera que para él compendia todo un poema de abnegación y de noble amor al terruño. Entre él y la bandera existían no sé qué conexiones espirituales, cierto vínculo misterioso e íntimo, que agrupaba como en apretado

ca era la antítesis viviente del mozo... Fuera de este afecto sincero y vivo, del cariño mezclado de respeto que experimentaba por el taita, y de su intimidación con su primo Roque, casi de su edad, aunque diferentes en lo físico, pues era de menor estatura y más delgado que Perico, éste no tenía ningún otro verdadero afecto no habiéndose todavía sentido envuelto en las redes de una pasión amorosa lo bastante fuerte para arrastrarlo al matrimonio, sacramento que le era realmente antipático... Sus numerosos amores habían sido siempre momentáneos caprichos, pronto satisfechos. En él persistía potente, velada con formas más o menos aceptables, la salvaje rusticidad del hombre primitivo, del antepasado remotísimo que, en la selva virgen, en el seno fecundo de la Naturaleza serena e impenetrable, acecha a la hembra y se apodera de ella, obedeciendo al deseo brutal, para gozarla un instante y luego abandonarla desdeñosamente...

Perico era puede decirse el todo de la estancia. El viejo, achacososo y en camino de perder la vista, no podía ocuparse mucho en las faenas campestres, pero el mozo vigilaba continuamente los trabajos de manera que en la finca todo marchaba viento en popa. Gastaba las horas que le quedaban libres en montar a *Lindo*, arrogante potro bayo que tenía en mucha estima por sus bríos y su paso, en sostener fugaces amoríos, en tirar algo de la oreja a Jorge, y en asistir a los fandangos procurando en ellos despertar la admiración de mozos y de mozas por su destreza coreográfica y su generosidad en brindar tragos y empanadas. La fiebre patriótica del viejo no lo había contagiado. Sólo le impresionaban los relatos del taita cuando en ellos salían a relucir actos individuales de arrojo o de fuerza personal. También ponía su miaja de atención cuando el viejo hacía referencia a la época en que Perico era chiquirrito, en los últimos años de la dominación haitiana, cuando los mañeses gobernaban el país como verdaderos señores de horca y cuchillo. El viejo se acordaba mucho de un desaire que había recibido del general Morisset una vez que fue a la gobernación a practicar no sé qué diligencia de poca importancia. El jefe haitiano ni siquiera había atendido a lo que le decía despidiéndolo con unas palabras en *patuá* que ni el diablo mismo hubiera entendido. Siempre que se refería a la época haitiana el viejo Juan empleaba esta expresión: "cuando la otra bandera" y siempre la subrayaba con un acento en que ha-

bía pronunciados matices de inveterado desprecio. Perico nunca había visto en el fuerte de San Luis otra bandera que la dominicana, la que el comandante amaba con un ardor que con la edad antes que enfriarse parecía hacerse más vivo y potente, de tal modo que decía de continuo aun a riesgo de fastidiar a los que le oían, que viejo y cegato como estaba no tendría inconveniente en dejarlo todo, hijos e intereses, para empuñar las armas si el haitiano se atrevía a cruzar otra vez la frontera...

La luz solar empezaba a esparcir la pompa de sus fulguraciones sobre el rústico paisaje, pleno de esos mil confusos rumores que anuncian el solemne despertar de la vida en el campo. Las hojas de los árboles estaban todavía cubiertas de rocío, piedras preciosas inconsistentes y efímeras que despedían irradiaciones policromas al sentir la suave caricia de la luz. Todos esos ruidos asociados en un ritmo indefinible y fuerte, toda esa creciente y soberana explosión de vida semejaba como un himno que de la tierra estremecida y fecunda se elevaba al cielo intensamente azul apenas surcado por una que otra ligera nubecilla...

Perico había ya ensillado el bayo, y con la receta escondida en el forro del sombrero para que no se le perdiese, sin esperar más saltó con ligereza suma sobre el caballo emprendiendo la marcha por una vereda que iba a terminar al pie mismo del cauce del Yaque... Antes de dar rienda al bayo gritó a Maruca que lo contemplaba desde la puerta del bohío y que no había cesado de recomendarle que se apresurara. ¡Ahoritica estoy de vuelta!

IV

Pasó un espacio de tiempo como de una hora y después otra sin que Perico estuviese de vuelta. Ese tiempo era más que suficiente dado lo corto de la distancia y lo bien montado que iba para que en la botica le despachasen la receta y estuviera ya descansado en el bohío. ¿Qué haría esa tronera?... El viejo comenzaba a impacientarse. Seguramente diciendo chicoleos de color subido a algunas mozas de buen semblante y amplias caderas, de esas color de canela que tanto le gustaban y que a esa hora solían frecuentar el Mercado. Porque en viendo faldas, ya estaba Perico fuera de quicio. Y el viejo, para sus adentros, no

se lo reprochaba demasiado. En sus mocedades había hecho lo mismo. Perico lo tenía sin duda en la sangre... Pero la pobre Maruca estaba impaciente por principiar a tomar su remedio a la hora señalada por el médico... No tenía Perico perdón de Dios con esa injustificable tardanza... Pero dónde estaría, Virgen de la Altagracia! De súbito levantóse y se dirigió a la puerta creyendo haber percibido el ruido como de alguien que llegaba... Nada, nada... Y Maruca esperando con tanta ansiedad su remedio. Esta vez sí que tenía fe en que curaría completamente. Tenía hecha la promesa si recobraba la salud, de ir a pie al Santo Cerro y subir la penosa cuesta de rodillas como hacían algunos romeros dando muestras de una devoción que para muchos pasaba de raya...

Esta vez si no se equivocaba el viejo Juan. La voz que resonaba a lo lejos era la de Perico. Entre un millón la reconocería. ¡Al fin! Efectivamente, por la estrecha faja arcillosa de la vereda que cortaba el césped como una línea ondulosa que desaparecía en un monte cercano, avanzaba Perico espoleando el caballo y dando muestras de una agitación que era en él cosa insólita. En sus ojos se pintaba el asombro. Toda su fisonomía revelaba profundo estupor... ¿Qué le ocurría? El comandante, inquieto, casi sin poder articular palabra, fijaba en él intensamente la mirada de sus ojos enfermos, una mirada en que palpitaban muchas interrogaciones... Perico se repuso pronto, miró de frente al viejo y con voz en que vibraba algo de una emoción en él extraña, pronunció estas palabras como quien hace un disparo:

¡Ya hay otra bandera!

El comandante se quedó turbado sin comprender ni pizca de lo que acababa de decir Perico, quien había ya entregado su remedio a Maruca... ¡Qué jerigonza era ésa! ¡Como si le hablaran en chino! Seguramente su hijo había empuñado el codo más de la cuenta. ¡Los tragos, los malditos tragos! Sin duda se había o le habían ajumado en el pueblo. Perico lo negaba tenazmente afirmando que sólo había tomado la *mañana*.

Y repetía con insistencia:

¡Ya hay otra bandera!

Y ya bien repuesto, completamente dueño de sí, repitiéndose a menudo, en frase cortada, pintoresca, interrumpida a trechos por exclamaciones muy expresivas, comenzó a narrar lo que ha-

bía visto y oído en Santiago... Al entrar no notó nada, pero ya cerca de la esquina en que estaba la botica a que se dirigía comenzó a ver grupitos de gente que hablaban en voz baja como comentando un suceso de alguna importancia...

¿Se había cometido algún crimen?... ¿Qué pasaba? Una mujer del pueblo, con una batea de frutas en la cabeza, al cruzar delante de Perico le dijo a una congénere suya que estaba de pie en la puerta de una casa como esperando algo, estas palabras que él oyó claramente: Ya dizque semos de España... El viejo Juan, con los ojos muy abiertos, como si de repente se hubieran curado, los clavaba como dos puñales en el narrador, quien proseguía relatando su rara odisea sin omitir el más leve detalle. Por la mente del viejo pasaba esta idea: ¡Si se habrá vuelto loco!...

Después de comprar la medicina se fue detrás de unos cuantos que iban a oír no sé qué cosa en la plaza principal. Allí, frente a la Cárcel vieja, un hombre leía lentamente un papel con voz clara y resonante... Hervía la gente en la plaza... A la distancia en que se encontraba sólo pudo recoger palabras que carecían para él de verdadero sentido: Santana, reincorporación, madre patria, Isabel segunda... Casi pegado a él un hombre bien trajeado que conversaba con otro que tenía al lado soltó esta frase: Al fin se salió Santana con la suya... Perico continuaba observando sin entender ni miaja de aquel intríngulis... Al fin, queriendo adquirir noticias positivas que traer al viejo, pues le habían asegurado que en el fuerte de San Luis habían quitado la bandera dominicana para poner otra, se fue por la calle del Sol hasta cerca de la Altagracia y desde un punto en que se veía el fuerte adquirió la dolorosa seguridad de lo que contaba la gente. En lugar de la bandera dominicana habían puesto otra exactamente igual a una que había visto en meses pasados en la tienda de unos catalanes...

Mentira, mentira, berreaba el viejo... Y no obstante tal afirmación experimentaba como un gran dolor, como si le arrancaran algo del pecho, pues bien comprendía, aun queriendo engañarse, que había algo o bastante de verdad en el fondo de lo que le relataba Perico. Pero quería continuar forjándose la ilusión de que eso no era verdad, no podía ser verdad... Así, tan de sopetón, sin que ninguno de sus viejos amigos del pueblo le hubiera dicho antes nada de esa trama pérfida... Mentira, mentira,

repetía... Al verse apostrofado como un embustero Perico no pudo contenerse, lo que más le dolía era que le llamasen mentiroso, y en su casa lo sabían bien, taita Juan principalmente... ¡Es verdad, es verdad!, aulló rabioso. Mire, taita, si quiere convencerse vamos ahora mismo al cerro de *Pedro Vera* para que vea que yo no hablo embustes... El viejo estaba como sobre ascuas... Rápido, con un movimiento instintivo, como si creyera que iba al encuentro del enemigo corrió al sitio en que tenía colgado su viejo machete y poniéndoselo debajo del brazo echó a andar diciendo con voz ronca a Perico: Pues vamos...

V

Y se pusieron en marcha, firme y erguido el viejo Juan como si sólo contara veinte años. Perico había tomado la delantera y guiaba apresurando el paso. El comandante detrás, casi tocándole, caminaba dando visibles muestras de la emoción que empezaba a enseñorearse de su pecho ante las repetidas afirmaciones de su hijo. Maruca formaba también parte del grupo lo mismo que algunos vecinos con quien habían topado a la salida de la estancia... A pesar de estar ya bastante alto el sol todavía se hacía sentir algo el frío en aquella clara y luminosa mañana de marzo. Al través del entrelazado ramaje de los árboles la luz solar semejaba un piélagos deslumbrante de oro fundido. En la arboleda, saltando, aquí y allá, gorjeaban pintorescasavecillas. Ladridos de canes, relinchos de caballo, mugidos de vacas, interrumpían a cada momento el silencio de la mañana. Por la estrecha vereda que a alguna distancia del bohío entraba bajo árboles frondosos cuyo extendido ramaje parecía formarle un fresco y amplio dosel de verdura y que a cosa de un cuarto de milla más lejos se dilataba al través de la gramínica como una línea rojiza ya cobijada solamente por el palio azulado de los cielos, caminaban aquellos pobres campesinos, en una especie de romería patriótica, aguijoneados por la curiosidad, sin percatarse bien ninguno de ellos, excepción hecha del vicio militar, de la verdadera naturaleza del sentimiento rudimentario e informe que ponía en sus almas rústicas, de espontaneidad aún no comprimida por ciertos convencionalismos sociales, el ansia de saber a cien-

cia cierta qué era lo que en la ciudad traía trastornados todos los ánimos. Y si ni los haitianos, si ninguna otra gente extranjera, se preguntaban, había invadido el territorio como en otras ocasiones, si nadie amenazaba el país, ¿por qué razón habían quitado entonces la bandera? En sus cerebros de rudimentaria mentalidad la cosa no tenía explicación satisfactoria... En aquella radiante mañana de marzo, esos pensamientos, más o menos claros y precisos, eran los que se entrechocaban en el cráneo de aquella gente incapaz de desentrañar por medio de un trabajo mental las conexiones poco visibles de las cosas...

Se iban acercando... Hacíase cada vez más fuerte y distinto el ruido de la corriente del Yaque al chocar con los anchos cascajales de ambas orillas... Confusos rumores, atravesaron el río, venían de la cercana ciudad donde bullía, incesante y estrepitoso, el hormiguero humano. De improviso, ya casi tocando el cerro de *Pedro Vera*, como si manos invisibles hubieran descorrido una cortina, surgió, cual radiante evocación de un poeta oriental, espléndido y magnífico, el amplio y deslumbrante panorama de Santiago y de los montes que rodean la gentil ciudad formándole como un anfiteatro de perenne verdura... Tal grandioso espectáculo carecía enteramente de valor para aquella gente del campo habituada desde la infancia a contemplarlo indiferentemente... Santiago fulgía como una inmensa pincelada blanca que regocijaba la uniformidad del verde oscuro de la vegetación exuberante que le servía de incomparable marco. En la lejanía, envuelta en cierto tenuísimo vapor azulado, coronada de nubes, se divisaba la cúspide enhiesta de Diego de Ocampo.

Lo mismo que el viejo Juan las miradas de todos como atraídas por misterioso imán convergían al fuerte de San Luis una parte del cual se dominaba desde aquel sitio. Claramente como si estuviera a pocos pasos, veíase la línea irregular de sus rudimentarios atrincheramientos... Observábase distintamente el ir y venir de los soldados de la guarnición... Era verdad, era verdad, bendita Virgen de las Mercedes!... Ninguno de los presentes, salvo el viejo Juan y Perico que la había visto en una tienda, conocía la bandera roja y gualda que en el tope de elevada asta flameaba suavemente agitada por la brisa... ¡Ya no había bandera dominicana!

El viejo Juan, con los ojos desencajados, miraba, miraba. De pronto, de su pecho, como fuerza potente largo tiempo compri-

mida, brotó un torrente de sollozos, de sollozos de intensa vibración que parecieron, por unos instantes, dominar el rumor del río que, bruñido por el sol, semejaba como una inmensa sierpe de luz dilatándose hasta confundirse con el manto de espeso verdor que cerraba por ese lado el horizonte...

Y el viejo Juan, muy pálido, con voz de lágrimas, con acento entrecortado por los sollozos, frente al río que indiferente al inmenso dolor del noble soldado continuaba musitando el himno de su eterno murmullo, repetía con indignación:

¡Han matado la República!... ¡Los traidores, los traidores!



SEGUNDA PARTE

La Anexión

I

La Anexión se había consumado. La República acababa de morir víctima del vitando y disolvente personalismo que dirigía casi desde su fundación tiránicamente sus destinos. Como quien recibe un rudo golpe, con excepción de los directamente interesados en la obra anexionista, nadie, en los primeros momentos, acertaba a discernir cómo había sido el pueblo dominicano lenta, solapada y traidoramente conducido al acto de resaltante retroceso que lo despojaba de la noche a la mañana de sus preesas legítimamente conquistadas de organismo nacional dueño de su suerte para colocarlo en el rango muy inferior de colonia de la monarquía española... Del cielo pavorosamente ensombrecido partió el rayo. El hecho nefando, producto principal de bastardas ambiciones personalistas en triste contubernio se consumó al fin con profundo asombro de la inmensa mayoría... Mudo, inerme, desorientado, presa de dolorosa inquietud, el pueblo dominicano escuchó sumido en prolongado estupor los ciento y un cañonazos que saludaban el descenso del pabellón nacional, glorioso sudario en que iba a envolverse la república que moría... El bronce tronaba rindiendo los últimos honores a la nacionalidad asesinada con todos los caracteres de premeditación y acechanza... ¿Y para eso, dioses inmortales,

había estado tanto tiempo ese pueblo en la empinada serranía o en el llano inmenso que parecía confundirse con el lejano horizonte, bajo el latigazo ígneo del sol tropical o recibiendo la glacial caricia de la lluvia de los días invernales, apercebido a toda hora al combate cruento, presto siempre a rechazar con nunca decaído vigor la brusca acometida de un contrario impertérrito y dispuesto con tremenda decisión a uncirnos nuevamente a su infamante yugo?

¿Qué aplanamiento general de almas fue ese que así consintió, sin que para impedirlo se alzase el puñal vengador de algún nuevo Bruto, que un soldado violento despedazase con mano airada en aquel 18 de marzo de 1861 de luctuosa recordación un pasado de épica resonancia, y desde el balcón del palacio de Justicia lanzase con voz tonante sobre la amplia plaza desbordante de gente el grito pavorosamente siniestro de ¡Viva Doña Isabel II! que quería decir pura y simplemente ¡Muera la República!...? ¿Para qué caísteis, muertos gloriosos de Azua, Beler, El Número, Las Carreras, Santomé, Sabana Larga, en el reducito improvisado a la entrada de la ciudad heroica, en las faldas de la abrupta montaña o en el pajonal incendiado, abrazados hasta rendir el último aliento a la bandera nacional, a esa bandera que manos torpes acaban de rasgar en menudos jirones? Esos actos vergonzosos son como plantas envenenadas que sólo florecen bajo la acción continua de un personalismo absorbente y sin ningún linaje de escrúpulos... El personalismo vinculado siempre en una oligarquía desapoderada y audaz sólo puede dar de sí frutos de maldición como nuestra inesperada e injustificable vuelta al deprimente estado colonial y la constitución de un imperio en México para un archiduque austríaco... Por fortuna, como detrás de esa caricatura de régimen imperial se destaca fúnebremente en el sombrío horizonte el patíbulo de Querétaro, detrás del ominoso 18 de marzo brilla, como faro de redención y de gloria, la cima iluminada de Capotillo...

La anexión se había consumado. Imperaba el silencio, un silencio de muerte que cubría el hondo duelo del alma nacional perturbada hasta en sus más recónditas fibras; un silencio sepulcral que esparcía sombras de inquietud en muchos espíritus y en otros como estremecimientos de rabia impotente y que en breve sería interrumpida por el ruido de la protesta armada —estéril

por lo prematura, pero honrosa y fecunda por la significación que entrañaba— con que unos cuantos hombres resueltos iban a demostrar de manera cruenta y resonante que la obra anexionista no era, en ningún caso, producto reflexivo y espontáneo del pueblo dominicano sino la cristalización de un propósito largamente acariciado por el caudillo y principales corifeos de un bando político entronizado en el poder por la fuerza y mantenido en él mediante procedimientos de extremada violencia...

II

Quien examine los hechos con la serenidad que cuadra a este linaje de investigaciones históricas, sin conexiones de familia o de partido con los que directa o indirectamente pusieron la mano en aquel trascendental acontecimiento, sin *parti pris* de ninguna clase, noblemente inspirado en un alto anhelo de verdad y de justicia, sin necesidad de ser muy lince, mediante un estudio sereno e imparcial del asunto, arribará sin gran esfuerzo a la conclusión de que la obra anexionista, en su esencia, en su verdadero fondo, es producto —poniendo a un lado otros motivos de muchísima menor importancia— de dos factores que, muy particularmente en los últimos años que precedieron a la Anexión se precisan claramente evolucionando en perfecta convergencia. Caracterizan con positivo relieve esas dos causas determinantes, la persistente creencia, en primer término, con matices más o menos pronunciados de sinceridad, de muchos elementos conservadores de influyente posición social de que el país por la vecindad amenazante de Haití, por su escasez de población, por su pobreza, por su falta de preparación para la vida política en forma democrática y jurídica, carece de las condiciones indispensables para su existencia sin entorpecimientos ni peligros como organismo nacional positivamente estructurado para la realización de determinados fines de derecho y de adelanto individual y colectivo. Esa creencia, aun antes de nacer la República, se manifiesta en formas más o menos precisas y definidas, y después, aun en medio de nuestros repetidos triunfos en las guerras con los haitianos, aun en medio de ciertas formas de organización que por el personalismo no pudie-

ron efectuar cumplidamente un proceso de eficaz desenvolvimiento, da a cada instante muestras de que es la más viva aspiración de la oligarquía dirigente, como lo prueban indiscutiblemente las repetidas gestiones mendigando cuando menos el protectorado de alguna potencia extranjera.

El otro factor, embrionario, vago, sin fuerte consistencia en los primeros años de vida nacional, va adquiriendo fuerzas y revisitando lineamientos más precisos a medida que, encrespándose las pasiones con el continuo pugilato de los bandos que se disputan sañudamente el poder y llegando a su máximo de intensidad los odios y rencores de que es tan pródigo el personalismo político, el caudillo de la agrupación que más largo tiempo y más implacablemente ha ejercido el mando supremo, siente la imperiosa necesidad, avivada cada día por el fundado temor de verse de la noche a la mañana despojado del poder por porfiada agresión de sus contrarios, de mantenerse en él contra viento y marea y considera para ello como único y supremo recurso la ayuda por medio de un protectorado o cosa peor todavía de alguna nación extranjera que lo haga en lo adelante invulnerable a los tiros de sus enemigos políticos. En ciertas horas, el dictador imperante y el bando que identificado con él sigue ciegamente su carro de guerra, sintiendo a cada paso el terreno temblar bajo sus pies, contemplando por momentos amontonarse las nubes en el horizonte, como que pierden la cabeza ante el pensamiento de que la suprema dirección pueda pasar a manos de sus constantes e irritados enemigos que, naturalmente, tratarían de vengarse de los atropellos y persecuciones sufridas en su triste condición de vencidos. Este empeño de *continuismo* disfrazado con nombres pomposos y con ideas tradicionales para ofuscar una gran parte del criterio público; este temor de verse de repente sin las prebendas del mando y expuestos a cada hora a oír el fúnebre *vae victis* de la vieja Roma, es el pensamiento capital de los autores de nuestra reincorporación a España. Los argumentos de orden sentimental que se aducen por ahí con la intención más o menos disimulada de justificar el insólito hecho del 18 de marzo y particularmente a su principal autor el tristemente famoso Marqués de las Carreras, aparte de no probar nada, son y tienen que ser secundarios. Un análisis imparcial y reflexivo los pulverizaría prontamente.

Son, por lo general, las razones espaciosas que, en todo tiempo, están al alcance de la mano cuando se pretende atenuar o desvirtuar hechos cuya especial naturaleza no consciente sino tales fáciles procedimientos mentales.

Esos dos factores determinantes —con acentuado predominio del primero en la primera fase de nuestra existencia nacional— comienzan a perfilarse con su verdadero aspecto después del fracaso de 1843 del plan Levasseur y de las múltiples gestiones practicadas ese mismo año ante el capitán general de la isla de Cuba don Gerónimo Valdés, gestiones que, con tales o cuales intervalos de abandono, se repetirán insistentemente en formas variadas aunque siempre en el fondo sustancialmente las mismas hasta el momento en que por la porfiada gestión de Santana y su camarilla encuentran odio propicio en el general Serrano, y el partido de la Unión Liberal que lleva la batuta en la política peninsular juzga la reincorporación como hecho capaz de prestigiar y consolidar el nombre y la influencia de España en América. Y en este momento, el segundo factor, el continuismo, ha asumido ya para quien lo observe con atención verdadero carácter determinante, constituyendo la base fundamental de la trama liberticida que se incubaba en la sombra, en el misterio, de tal manera que, el 27 de febrero de 1861, diecinueve días solamente antes de arriarse la bandera nacional, en el mensaje presentado al Congreso en ese solemne día no hace Santana referencia de ninguna especie al proyecto anexionista que desde hacía tiempo formaba la principal obsesión de su espíritu. Pero si Santana en ese documento oficial no había hecho referencia al proyecto ominoso ya en vías de realización, en cambio, como asegura nuestro acucioso historiador don José Gabriel García (*Historia de Santo Domingo*, tomo III) “las propiedades que como remanente de las que dejaron los haitianos le quedaban al Estado fueron distribuidas en pago de sueldos o de acreencias imaginarias entre los adeptos principales de la causa anexionista, tocándole a unos las casas, a otros los barcos y a muchos los más feraces terrenos; los ascensos militares fueron prodigados a manos llenas y hasta hubo distribución de grados masónicos, repartos que el vulgo apellidó *bautismos*, todo en previsión de quedar asegurados y sacar las mayores ventajas posibles del cadáver de la patria”...

La Anexión, en la mente de sus principales partidarios, tuvo por blanco principal la permanencia bajo otra forma del bando santanista en el poder, el cual se forjó la ilusión durante un tiempo que todo aquello se limitaría a un simple cambio de decoración en que Santana, el principal corifeo, se limitaría a desceñirse la banda presidencial para revestir los arreos de capitán general de la nueva colonia y continuar, bien resguardado, su habitual rudimentaria política de violencia y de exterminio... Y lo prueba que en los primeros meses de vida colonial, aunque su continuación en el poder se justifica desde uno que otro punto de vista por parte del gobierno peninsular, ese mismo gobierno en cambio no tiene justificación dejando que el baecismo o agrupación contraria a Santana continuase mirado como enemigo, cuando desde el primer momento la más rudimentaria previsión exigía que España desarrollase una política de atracción que sumase a su causa elementos de arraigo e influencia en el país, cosa que felizmente no pudo o no supo llevar al terreno de los hechos... Lo que Santana realmente quiso, lo mismo que el bando que lo reconocía como su jefe indiscutible, fue dicho lisa y llanamente la continuación en el mando supremo, apoyado en un ejército numeroso y disciplinado y en una poderosa escuadra, elementos de guerra capaces de mantener a raya a los haitianos y convertir el poder en una fortaleza inexpugnable para sus numerosos enemigos políticos... Andando el tiempo comprendieron el férreo caudillo y algunos de sus principales compañeros en la triste aventura anexionista que tan hermoso sueño iba siendo de día en día más irrealizable, y ya en momentos en que les era materialmente imposible desandar el lóbrego camino recorrido.

III

Por nuestras calles comienzan a desfilar los lucidos batallones que hacía poco tiempo habían hecho reverdecer en las serranías y arenas marroquíes los viejos laureles de Las Navas de Tolosa y del Salado... Las músicas de los regimientos pueblan los aires de marciales acordes. En las esquinas, en las plazas, en ventanas y balcones, en apretado haz, hierve la gente pa-

ra contemplar con entusiástica admiración el porte correcto, el paso acompasado, el aspecto de aquellos limpios y bien vestidos soldados y de aquellos gallardos oficiales cubiertos de deslumbrantes charreteras que hacen maniobrar acertadamente aquel conjunto con sus precisas y bien concertadas órdenes de mando. El sol primaveral, un hermoso sol de abril, arranca fugitivos y deslumbrantes resplandores de las espadas desenvainadas, del bosque de bayonetas que avanza imponente, de los dorados de los uniformes. La muchedumbre agolpada en las aceras contempla con simpatía irrefrenable esos soldados de agradable y marcial continente y esos jóvenes oficiales de cutis blanco y delicado, ungidos por la gloria de las recientes proezas de la guerra de África...

Ese sentimiento de simpatía tiene su recóndito origen en la afinidad étnica, permanente, indestructible, existente ayer como hoy entre el alma dominicana y la vieja alma española, la vieja alma hecha de heroísmo y de gloria, que aunque algo atenuada o modificada en nosotros por la injerencia o mezcla de otros elementos étnicos, aún conserva en Santo Domingo todos sus más nobles y excelsos atributos de virilidad e hidalguía y todos los fermentos nocivos que en gran parte explican sus frecuentes extravíos y sus caídas resonantes y dolorosas...

Los *blancos* recién llegados vienen con las escarcelas repletas de moneda contante y sonante. En lugar del papel moneda de la extinguida República, de la *papeleta*, depreciada, de circulación cada vez más difícil, empieza a correr con relativa abundancia la moneda de cuño español, y entre ella, atrayendo preferentemente la mirada, la faz amarilla de las peluconas de Carlos III y Carlos IV, todo lo que va engendrando el deseo de ver pronto sustituida la despreciable papeleta con la moneda recién importada de verdadero valor intrínseco y poco o nada expuesta a las fluctuaciones del cambio o de otra causa económica. En un país como el nuestro casi completamente desprovisto de desarrollo industrial y en que la agricultura —base ayer como hoy y mañana de la riqueza nacional por la relativa gran extensión de territorio sin cultivo y la excelente calidad del terreno— se encontraba en rutinario estado lo que originaba la natural escasez y pobreza de nuestras transacciones comerciales, era naturalísimo ver con buenos ojos la entrada y salida casi continua de vapores

en su gran mayoría procedentes de Cuba y Puerto Rico que traían tropas, dinero, provisiones y otros elementos, produciendo con ello un movimiento que en realidad tenían poquísimos o nada de comercial, pero que contrastaba visiblemente con el silencio de nuestros puertos en épocas anteriores en que eran sólo frecuentados por los buques de vela destinados a transportar nuestros escasos productos a lejanos mercados extranjeros. Algo artificial en el fondo ese movimiento aparentemente representaba como una mudanza favorable que hacía que muchos augurasen para lo porvenir más abundantes y sazonados beneficios...

Tal fue sin duda la impresión del mayor número cuando, pasado el primer momento de estupor y aceptada forzosamente la realidad de los hechos, los recién llegados y los nativos principiaron a contemplarse frente a frente, a ponerse en diario contacto, a codearse en casas de familia y en sitios públicos comenzando a cambiar impresiones, formándose de esa manera en los primeros momentos una atmósfera de relativa cordial intimidad en que los más perspicaces de los flamantes dueños de la nueva colonia comprendieron presto que, salvo en algunos que hicieron lealmente causa común con los dominadores, detrás de aquellas demostraciones de agrado y benevolente acogida propias de un pueblo que entre sus virtudes atesora la de ser ampliamente hospitalario, palpitaba, en la masa principalmente un sentimiento de "salvaje independencia", según frase de Gándara (*Anexión y guerra de Santo Domingo*, tomo I) y que a pesar de cuanto vociferaban los autores de la irreflexiva y festinada reincorporación, no era ésta, ni con mucho, como se había asegurado en la Península en la prensa y en las Cortes, la aspiración espontánea y tenaz del pueblo dominicano pleno de amor intenso a la vieja Metrópoli sino en realidad de verdad la obra transitoria y mezquina de un personalismo que por ese medio soñaba apuntalar sólidamente el cuarteado edificio del omnímodo poder que con cortos intervalos de alejamiento venía ejerciendo tiránicamente, sin plan ni método, con sólo el propósito de impedir que el poder pasase a manos de sus adversarios aunque para ello hubiese que recurrir a las más extremadas medidas de ilegalidad y de violencia.

IV

La divergencia entre elementos tan antagónicos como positivamente resultaban los representantes de la vieja política colonial española y la población criolla acostumbrada durante diecisiete años de vida independiente al disfrute de cierta libertad individual afincada en costumbres hondamente arraigadas, fue acentuándose gradualmente hasta culminar en un radical y cruento rompimiento. Con palpable desconocimiento del medio, sin un estudio previo y reflexivo de la realidad circunstante. España, siempre equivocada en su política colonial americana, instauró seguidamente en su nuevo dominio un régimen burocrático, por excelencia oficinesco, importando numerosos empleados para atender a servicios administrativos que antes, en la extinguida República, no necesitaban ni la tercera parte de ese personal para mediante un mecanismo mucho menos complicado y costoso ser satisfactoriamente atendidos. Era la introducción de esas formas y expedientes oficinescos que en la misma España entorpecen y retardan el pronto despacho de los más simples asuntos administrativos. Las nuevas instituciones estaban calçadas en las que en ese momento regían en Cuba y en Puerto Rico con manifiesto y creciente descontento de los habitantes de esas dos islas. Como si se pretendiera romper de golpe con un pasado de existencia autonómica, deficiente en extremo sin duda, donde no había práctica ninguna de verdadera libertad jurídica propia de una agrupación republicana, aunque sí existían como es natural formas privativas de expansión individual y colectiva, los intereses sociales vinculados en esas formas sintieron hondamente lesionados con muchas desacertadas disposiciones de la nueva administración colonial. Requeríanse procedimientos oportunos, discretos y graduales para remover o destruir costumbres de hondísima raigambre, formas y maneras de apreciar y considerar ciertas cosas, hábitos inveterados en parte quizá nocivos que procedían de un uso jamás interrumpido, todo lo que constituía un formidable amontonamiento de prejuicios, una inmensa mole de preocupaciones y de convencionalismos.

Hízose todo lo contrario. En lo civil como en lo religioso produjéronse múltiples manifestaciones por parte de las nuevas au-

toridades de escaso o ningún respeto a determinadas formas de vida social, avivando con ellos los rencores que fermentaban ya en las clases populares. No sólo en estas clases sino en muchos de los más conspicuos elementos de la sociedad dominicana empezaba a manifestarse un sordo descontento, ya que ellos por su relativa cultura podían apreciar mejor toda la trascendencia y peligros que necesariamente extrañaban medidas tan intempestivas y contraproducentes. El clero católico y la masonería habían vivido siempre en el país sin que ningún sensible rozamiento hubiera obstaculizado el correcto funcionar de ambas instituciones. La masonería dominicana, sin hostilidad de ninguna especie a determinadas sectas religiosas, no tenía, como hoy mismo, otros fines que los de beneficencia y el fomento de cierta cultura por lo que jamás había inspirado temores a nadie gozando de merecido aprecio del uno al otro extremo del país. No lo entendieron así los nuevos gobernantes. Producto indudable de la lucha de ocho siglos con la morisma en que por parte del pueblo español predominó con vivos caracteres el sentimiento religioso, una radical intolerancia en asuntos de conciencia ha vibrado siempre en la Península, intolerancia que aún conserva parte de un prístino vigor como lo demuestran las manifestaciones producidas allí últimamente en son de protesta contra la labor luminosa que con aplauso de la inmensa mayoría de la prensa universal está realizando en la patria de nuestros gloriosos antepasados el ilustre Canalejas... En muchos masones fervorosos, en numerosos protestantes que ya no podían como hasta hacía poco practicar libremente su culto, y que a no ser por medidas tan rigurosas contra instituciones tan respetables habrían quizás aceptado el nuevo orden de cosas, fue creciendo paulatinamente el descontento convirtiéndolos por último en fogosos adversarios de régimen colonial que tan torpemente los hería en sus sentimientos y en sus creencias. Disposiciones de otro orden aún más imprudentes e irreflexivas —que en el fondo vinculaban un propósito de moralidad, de mejoramiento de las costumbres— que lesionaban la masa más numerosa, más ignorante, más impulsivo, más aferrada a sus añejas costumbres y a sus preocupaciones seculares, a la gente que por su carencia de medios de fortuna, por sus hábitos algo nómadas y que en realidad no tenía nada que perder salvo la vida, fueron la causa de

que sin pensar en la magnitud del empeño tomara resueltamente las armas dando comienzo al bienio épico que iba a cerrarse con la gloriosa restauración de la república.

V

Pero antes, mucho antes de que estallara el rompimiento definitivo, había resonado la protesta. No fue menester que se pusieran en evidencia las trascendentales torpezas del nuevo régimen para que, en toda la extensión del país, muchos que no se resignaban buenamente al cambio de instituciones que acababa de efectuarse alimentasen la esperanza del establecimiento de la república sin parar mientes, ofuscados por su noble deseo, en las inmensas, casi insuperables dificultades de la gigantesca empresa. No iba tan fácilmente España a desprenderse del hermosísimo jirón de tierra americana que como valioso regalo habían puesto en sus manos algunos malos patriotas. La lucha, de emprenderse, tenía muchísimas más probabilidades de terminar en un ruidoso fracaso que de alcanzar el ambicionado laurel de la victoria. No era ciertamente lo mismo una guerra contra España que contra Haití. Acabando de vencer gloriosamente en África, no podía ni siquiera remotamente suponerse que España de buenas a primeras se resignase a una derrota que marchitaría los recientes triunfos que aureolaban nuevamente el épico prestigio del nombre español y abriría la puerta de la esperanza a los que desde hacía muchos años soñaban con la independencia de las dos grandes Antillas vecinas. Con todo, como un clarín tocando a ataque, se escuchó casi inmediatamente la protesta poniendo estremecimientos de inquietud y de zozobra en el férreo dictador y en todos los que con él compartían las tremendas responsabilidades de la empresa anexionista...

En Moca, en la noche del 2 de mayo un asalto sangrientamente rechazado por la guarnición comenzó a poner de manifiesto la fragilidad de los cimientos en que descansaba el edificio de la Anexión, demostrando que la unanimidad del pueblo en su favor que tanto se había decantado era sólo un tema explotado a maravilla en proclamas y otros documentos por Santana y sus principales cómplices. Flores gastadas de la literatu-

ra oficial y nada más... Presto, con la celeridad requerida por las circunstancias, acude Santana. El temible caudillo sabía perfectamente que, en ciertos sucesos, hay que proceder rápidamente, que el tiempo cuando se trata de casos como éste es verdaderamente oro... Su obra de tantos años de labor tenaz parecía como que iba a desmoronarse. Sus agentes del exterior le informaban de los planes revolucionarios del ilustre Francisco del Rosario Sánchez y de otros expulsos de positiva significación... Por las fronteras del Sur empieza a oscurecerse el horizonte... De paso por La Vega para Moca a la cabeza de un contingente de tropas seybanas, con su habitual astucia zorruna, da la noticia a un vecino respetable de que se está preparando una nueva y formidable invasión haitiana... En Moca, un consejo de guerra, previo un juicio sumarísimo, condena al cadalso a Contreiras y a varios de los que tomaron parte en el frustrado asalto del 2 de mayo... El dictador se pone en marcha para Azua donde le espera una agradable noticia. En la gobernación se avista con el coronel García del Rizo, quien pone en sus manos el documento que contiene la completa aceptación por parte de España de la obra cumplida el 18 de marzo... El vencedor en las Carreras rebosa de júbilo viendo por fin la radiante cristalización del anhelo que ha constituido el supremo objetivo de toda su vida... Un joven acaba de regresar del destierro* y que hace antecámara esperando el momento de presentarse al ex presidente oye clara y distintamente desde el lugar en que se encuentra estas palabras de Santana refiriéndose al documento traído por García del Rizo: "Que se imprima, que se reimprima y se vuelva a imprimir si fuere necesario"... Ha triunfado en toda la línea...

En el Sur soplan vientos de tempestad. Sánchez, el abnegado caudillo del Conde, pone una vez más sus altos prestigios al servicio de la causa nacional, de la que es, de la que ha sido siempre uno de los más preclaros y abnegados adalides. Al frente de una reducida hueste entra por la frontera proclamando el restablecimiento de la República. Pero la desgracia, su eterna compañera, lo acompaña. La traición, serpiente venenosa, lo ace-

* Mi respetable y antiguo profesor en el colegio «San Luis Gonzaga», Don Francisco X. Amiama, de cuyos propios labios he oído este incidente.

cha. El gran patriota y muchos de sus compañeros hasta el número de veintiuno caen en poder de su implacable enemigo. Todos suben al patíbulo, en San Juan, con refinamientos de salvaje crueldad. En vano un español dignísimo, el brigadier Peláez, formula enérgica protesta contra tal acto de barbarie que se ejecuta invocando el nombre de España. Todos mueren, en la flor de sus años la mayoría... Van a ofrendar sus vidas en aras de un ideal excelso que cuatro años más tarde será realidad consoladora. Van a grabar sus nombres con caracteres imperecederos en las páginas luminosas de la historia. Y Sánchez, el principal caudillo, herido, bañado en su propia generosa sangre, se cubre como glorioso sudario con la bandera escarnecida por los autores del 18 de marzo para ascender envuelto en ella a la cima serena y radiante de una gloriosa inmortalidad...

VI

Desde la amplia acera de la iglesia del Carmen, entre un amontonamiento de curiosos, Perico Antúnez y su primo Roque contemplan con espontánea admiración el correcto desfile de las dos compañías del regimiento de la Corona que acaban de efectuar su entrada a Santiago para constituir provisionalmente la guarnición de la plaza. Un sol espléndido, de radiante primavera, esparce sus ondas luminosas sobre la plaza y las esquinas adyacentes en que se agolpa una densa muchedumbre cada vez más compacta y que por instantes hace más difícil el tránsito... Desde aquella riente mañana de Marzo, justamente hacía un mes poco más o menos de ello, en que el desbordante dolor de su padre, el viejo militar, al ver una bandera extraña flotando como signo de dominación en el fuerte de San Luis había levantado también una potente ola de emoción en su pecho, en Perico habíase principiado a operar una especie de íntima transformación de que él mismo no se daba cuenta y que empezaba a llamar la atención de su propia familia y de sus más íntimos allegados. Ese cambio presentaba de día en día formas más acentuadas y precisas. Ya no se iba pareciendo al mozo de hacía poco, voluble, inquieto, jovial, locuaz, impetuoso, obseso sólo por vanas exterioridades, presto a desbaratar fandangos y

desbancar rivales, que sólo tenía placer en montar a Lindo, tomar tragos y requerir de amores a las chicas guapas, de carnes exuberantes, que moraban por esos contornos... Hasta se había descuidado en perseguir a Suna, la novia de Chago López, la que viendo tal indiferencia había sentado la cabeza y se preparaba seriamente a contraer matrimonio... La creciente pena del taita que a cada momento hablaba de salir de allí, de mudarse de la Otra-Banda, pues le era insoportable escuchar todas las mañanas los toques de corneta que en el fuerte de San Luis saludaban la subida de una bandera que no era la suya, la de sus amores y sus glorias, depositaba en el alma de Perico gérmenes que fructificando más pronto de lo que se hubiera pensado se manifestaban a cada paso en frases en que palpitaba su aversión hacia los *blancos* que se habían colado en el país con aires de dueños de la casa... En su cerebro de campesino, rudimentario, de mentalidad embrionario, bullían, entrechocándose, ideas extrañas, nuevas, sugeridas por la diaria contemplación de aquellos extranjeros que, en un santiamén, en lo que canta un gallo se habían cogido la tierra que el viejo, durante tantos años, había defendido de los mañeses con entusiasmo y decisión insuperables... El viejo, a todas horas, día y noche, insistía en el deseo, que ya iba tomando los caracteres de una idea fija, de irse con Maruca, que seguía algo mejor a vivir al Santo Cerro, en casa de su hermana Rosario, dejando a Perico la dirección y el cuidado de la estancia. Allí, en aquel retiro que tenía algo de religioso, de paz claustral, desengañado, enfermo, pasaría sus últimos años sin que viniese a turbar su espíritu el murmullo de lo que pasaba fuera, en las ciudades, donde quiera que restallase el látigo de los poderosos amos de la nueva colonia...

Por la irrupción lenta y progresiva de fuerzas ancestrales latentes en el espíritu de Perico, y que ahora, en aquel instante de crisis psicológica, encontraban ocasión propicia para adueñarse de su voluntad plasmándose en actos cotidianos, como si fueran productos directos de la fiebre que empezaba a apoderarse de él amenazando llegar pronto a su máximo de intensidad, germinaban en el mozo ideas de agresión, anhelos belicosos, disposición a trabar disputas con los recién venidos cual sucedía cuando se encontraba con los soldados que bajaban a bañar al Yaque los caballos de los oficiales... Recogía con avidez, pro-

pagándolos corregidos y aumentados, los rumores de próximos trastornos que empezaban a circular con insistencia. Conocía al dedillo las pocas armas que, en un momento dado, podían conseguirse por aquellos contornos... Y empezaba a ponerse en contacto con ciertos elementos de Santiago que siempre habían distinguido a su padre y que al ver el excelente estado de ánimo de aquel fornido mocetón lo habían utilizado para su empeño de caldear la atmósfera con ideas de revolución que iban lentamente infiltrándose en las masas... No pudiendo de momento hacer otra cosa habíase convertido Perico en un propagandista de tomo y lomo. De esa manera exhibía su aversión a los de afuera, mientras sonase el instante de hacerlo de modo más práctico y decisivo. Su primo Roque, que en esos mismos días había asistido a un matrimonio en Licey, le contó, al regresar, que se preparaba algo serio, que se estaban reuniendo armas para dar de momento un golpe en Moca...

Reinaba majestuosamente la noche, una noche de principios de mayo, perfumada y tibia. Arriba, en la inmensa cúpula del espacio, hacía ella soberbia ostentación de todo el indescriptible lujo de su magnífica pedrería sideral. Interrumpía solamente el silencio augusto, de la campiña uno que otro ladrido de canes vigilantes y el monótono estridor de los grillos... Paz inmensa, melancólica y solemne... En el bohío de la Otra-Banda impera la mayor tranquilidad... Maruca cose sosegadamente... El viejo dormita arrellanado en una mecedora... Perico, algo fatigado del trabajo del día, se columpia en una hamaca... Muy lejano, casi imperceptible, como un murmullo tenuísimo, parece oírse, en el silencio de la hora, el rumor de la corriente del río... De súbito, detrás del bohío, del lado de la cocina, escúchense pasos precipitados que corean insistentes y fuertes ladridos de canes. La figura de un hombre rechoncho, de tez muy oscura, casi negro, descalzo con signos de vivísima inquietud en el semblante, aparece, como terrorífica aparición, en la puerta del patio... Inquietos sobresaltados, los tres de la casa se habían levantado casi simultáneamente... En un abrir y cerrar de ojos, Perico había empuñado el machete dispuesto a hacer frente a cualquier agresión... El viejo Juan de pie, sereno, pregunta con voz ruda: ¿quién es?... Con la prisa que exigen las circunstancias se da a conocer el aparecido tan bruscamente... Era Rufino Pérez, hijo

de un compadre muy estimado del viejo Juan, un amigo de la infancia que vivía en Hinchita pegadito a Moca... Venía a rogar al viejo, en nombre del compadre, que lo tuviera oculto en su estancia por algunos días. Era por causa política... La curiosidad, una curiosidad devorante, que no daba a tregua ni aún a respirar se había enseñoreado de todos... El viejo Juan repitió con fuerza mirando fijamente al mozo: Pero, ¿qué ha sucedido?

Rufino no da lugar a otra interrogación. Miró a todos lados como si temiese ser oído por otras personas que no fueran las presentes y con voz ruda que tenía de doliente resonancia articuló estas dos palabras: ¡Nos fregaron!... El viejo, con viva inquietud, como quien espera algo desagradable, seguía clavando en el fugitivo la mirada amortiguada de sus ojos enfermos... Perico había ya adivinado de lo que se trataba. Rufino, en medio de un silencio sepulcral, con frase incorrecta, rápida, contó el lance... La cosa había sido en Moca... Juan Suero, el Comandante de Armas, estaba en el campo, en su finca, en los llanos de Pérez, camino de Puerto Plata. El coronel Contreras quiso aprovechar la ocasión para dar el asalto con éxito seguro... ¡Pero qué!... Un maldito sinvergüenza dio el soplo a Bernardo, el ayudante de plaza, quien volando mandó desde por la mañana, un expreso a Suero... Esperando la noche estábamos emboscadas en un montecito cercano al pueblo y cuando oscureció bien el coronel Contreras nos dijo lo que debíamos hacer al llegar a la esquina de la plaza y gritó resuelto. ¡Adelante! Con tiros primero y después a machetazo limpio casi llegamos a ponerle la mano a la Comandancia, pero allí fue la de Dios es Cristo... Suero estaba ahí vuelto un demonio... En todas partes se le veía dando gritos y tirando machetazos de a cuarta... Herido como estaba continuó peleando hasta que tuvimos que derrotarnos... Y nos buscan por todas partes para fusilar al que cojan en el mismo momento...

TERCERA PARTE

Santiago de los Caballeros

I

Espérate, hombre, espérate. Vas casi corriendo ¿Qué ocurre?... ¿Dónde es el fuego?

Miró el interpelado con temor en todas direcciones, llevóse el índice a los labios y respondió con voz que apenas se oía:

Chis... habla más bajo. Fíjate en aquel sargento español parado en la esquina que no quita la mirada de nosotros... ¿No sabes lo que hay?... ¿Es posible?

Vengo de Puñal ahora mismo llamado por Pablo Pujol con urgencia; pero acaba: ¿qué demonios sucede? Noto hoy una alarma y agitación que no me explico...

Esta noche sin falta se dará el golpe. Todos los amigos están avisados. Y los españoles parece que han sabido algo porque están muy metidos en conciliábulos... Pero les vamos a liar la soga. Con la poca tropa que tienen no podrán resistir la montaña que se les viene encima...

Quedóse con terna boca abierta el preguntón mientras su interlocutor seguía calle arriba como alma que lleva el diablo...

Eran las cinco de la tarde del 24 de febrero de 1863. El sol, en su ocaso, derramaba sus últimos y pálidos fulgores sobre las calles y plazas de la noble ciudad cibaena. El manto de púrpura que cubría una parte del horizonte iba lentamente, suavemente,

perdiendo su encendido color hasta desvanecerse en los tonos grisáceos del crepúsculo, doliente y presuroso heraldo de la noche que se avecinaba... No sé qué de misterioso e impresionante se advertía en el semblante de los que iban y venían cambiando, al pasar, miradas y gestos sospechosos. Cerrábanse apresuradamente las puertas de los almacenes, tiendas y casas de familia, siendo cada vez más raros los transeúntes... En el fuerte de San Luis se notaba agitación desusada. Acercándose a él podía verse, en la explanada, mucho movimiento de tropa. Se oían repetidos toques de cornetas; dos cañones de poco calibre guardaban como dos fieros dragones la entrada principal prestos a abrir sus fauces y soltar su carga de metralla, y de cuando en cuando pelotones de tropa salían como a cerciorarse de lo que ocurría fuera o a ocupar cercanos y determinados puntos de resistencia. En ausencia del veterano general Hungría, salido hacía dos días hacia la frontera Noroeste para ahogar en su cuna la revolución que ya debía haber estallado, desempeñaba el mando superior el general Michel. Los dos jefes españoles de mayor graduación, Zarzuelo y Campillo, veían a Michel con malos ojos no sólo por su condición de criollo sino por sus titubeos e indecisiones para afrontar con rápida y enérgica decisión un estado de cosas que de minuto en minuto se hacía más tirante y peligroso...

El golpe, según las más fundadas versiones, debía ser simultáneo o poco menos en Santiago y en las poblaciones de la Línea para de esa manera desconcertar y aislar, obligándolas a deponeer las armas, a las reducidas guarniciones españolas esparcidas en la zona que en breve debería estar completamente insurreccionada... Lucas de Peña, José Cabrera, Benito Monción, Santiago Rodríguez y otros, con armas y municiones conseguidas en Haití respondían de toda la región inmediata a la frontera. Hacía meses que mantenían frecuente correspondencia con algunos conspicuos conspiradores de Santiago. Pero el centro principal, el foco de la insurrección parecía ser el Ayuntamiento, donde gente muy fogosa y patriota creía llegado ya el momento de echar afuera a los españoles. Por lo menos, las autoridades coloniales de Santiago así lo creían. En la gente del pueblo era general la convicción de que en un abrir y cerrar de ojos se obligaría a capitular a la escasa guarnición de la plaza... A medida que cae la noche empiezan a verse grupitos de tres, cua-

tro, cinco personas, que cambian frases en voz muy baja, mirando a todos lados, misteriosamente, como dándose cita para algún punto... Afírmase que casi toda la oficialidad de las reservas estaba comprometida en el proyectado movimiento insurreccional. En el fuerte Dios un grupo bastante numeroso, de jóvenes en su mayoría, muchos desarmados o poco menos, esperan de momento la orden para ocupar la plaza de armas y la Cárcel vieja, y después intimar la rendición al fuerte de San Luis que muchos creían presentaría poca o ninguna resistencia... El Ayuntamiento, dirección suprema y más o menos oculta de aquel movimiento acababa, en vista de las circunstancias, de declararse en sesión permanente con el ostensible objeto de velar por los intereses del pueblo y la seguridad de las familias.

En el fuerte de San Luis, Zarzuelo y Campillo, sin importárseles un ardite de Michel comienzan a dar órdenes para la defensa del fuerte o para tomar la ofensiva si las circunstancias se presentaran favorables para ello. Todos los destacamentos situados en diferentes lugares de la población, incluso la guardia de la Cárcel, se habían ido paulatinamente reconcentrando en el recinto de la fortaleza... La ciudad acentuaba más y más su actitud de noble y fiera rebeldía... La suave luz de las estrellas atenúa un tanto la negrura de aquella noche en que van a ocurrir escenas de dolor y de muerte... Algo indefinible, pálido, de vibración trágica, se cierne en aquellas horas de angustiosa espera sobre la gloriosa ciudad cibaëña, presta, una vez más, a derramar la sangre de sus hijos en propicio holocausto a un magno ideal de libertad y de justicia...

II

En la orilla derecha del Yaque que la arrulla con su perenne y acompasado murmullo; circundada por montes que se destacan besados por albos jirones de nubes en el intenso azul de un cielo casi siempre limpio y sereno, y por dilatadas llanuras en que espande una vegetación exuberante, pródiga en colores y matices; con la imponente majestad y el vago y sugerente misterio de las cosas extintas en que han puesto su sello romántico resonantes hechos legendarios emporio principal de la cultura

y del comercio de las comarcas cibañas, se extiende Santiago, la ciudad rica y heroica, en dilatado e irregular espacio, exhibiendo con el legítimo orgullo de quien posee una resplandeciente aureola de histórica resonancia, sus amplias y pintorescas plazas, sus largas calles, sus elegantes edificios públicos, cuanto en su recinto, cuna de tantos héroes y teatro de tantas hazañas, representa brillante y elocuentemente los tenaces esfuerzos de sus moradores para encaminarla, en todas sus manifestaciones de vida, en lo espiritual como en lo material, por las vías más radiantes y salvadores de la civilización moderna...

Fortaleza primero emplazada en Jacagua por el Adelantado don Bartolomé Colón como para servir de útil y necesario jalón en la conquista y pacificación del territorio, alcanza presto, debido al número creciente de sus moradores, a merecer del rey Fernando como otras de la Isla el título de ciudad con la agregación *de los caballeros*, "porque en aquel lugar se habían averiguado muchos de los hidalgos de la Isabela y de los venidos con el Comendador", gente que tenía por gracia especial atribuida a los reyes católicos "comulgar con espada ceñida a usanza de los de las órdenes religiosas, y entrar a la iglesia en ciertas festividades con sombrero calado, botas, espuelas y espada"... Muchos años más tarde, trasladados sus principales moradores al sitio en que se encuentra actualmente a consecuencia del terrible sacudimiento sísmico que redujo a menudos escombros sus edificios y los de la vecina ciudad de La Vega, conservó hasta casi las postrimerías del siglo 18 las pintorescas exhibiciones que acreditaban, en determinados casos, el origen nobiliario de muchos de sus principales vecinos y a los que se daba en aquella época grandísima importancia. Aquella nobleza de provincia celosa de sus fueros y preeminencias, todos los años, la víspera y el día del patrón Santiago, desplegaba inusitado lujo y esplendor en lucidas cabalgatas y en magníficas fiestas religiosas. Por las calles de Santiago, bajo el sol estival, imponente y pintoresca, destilaba la brillante comitiva a cuyo frente marchaba con aspecto solemne el Alférez Real llevando el Pendón regio entre la admiración y el alborozo de la abigarrada muchedumbre que de muchas leguas a la redonda había concurrido a aquellas grandes fiestas patronales. A la distancia de siglos, evocación romántica de cosas desvanecidas en el

tiempo, surge a la imaginación el atractivo recuerdo de aquellas típicas solemnidades del tiempo colonial con todo su peculiar colorido y la fulgente grandiosidad que les comunicaba un sentimiento religioso, sincero y potente...

Destruída dos veces por los estremecimientos del suelo, saqueada e incendiada en varias ocasiones por piratas o invasores, escenario de acontecimientos cruentos y resonantes, vencedora unas veces y vencida otras, dispuesta de continuo a todo género de arrestos fulgurantes en defensa de la independencia nacional amenazada o del derecho conculcado, tan pronto destruida como reedificada con mayor esplendor que antes, Santiago de los Caballeros vincula un pasado histórico de tal importancia que bien merece figurar en el número de las ciudades más ilustres de América... En el período de latrocinios del filibusterismo, Delislé la hizo su presa al frente de quinientos aventureros exigiendo por su rescate 52,000 ducados. Más tarde, nuevos aventureros occidentales la saquearon e incendiaron. En Santiago nació aquel Antonio Minier, oficial experto y valeroso que con una oportuniísima y hábil maniobra decidió el éxito de la batalla en la Limonade haciendo sangriento estrago en las huestes francesas... Y ya en el pleno y tormentoso período de las *razzias* haitianas, cuando el feroz Cristóbal, Atila etíope, seguido de millares de negros desalmados le intima la rendición, uno de sus hijos digno de figurar en cantares de gesta por su caballerisca bizarría, Serapio Reinoso del Orbe, se yergue con la decisión épica de los viejos paladines pretendiendo impedir el paso al invasor, nuevo Leonidas, a la cabeza de un puñado de héroes digno de tan heroico caudillo... Una parte de su escasa tropa es arrollada en el paso del Yaque, y el mismo Serapio, en la Emboscada, cae bañado en su propia sangre haciendo estremecer el suelo, como los paladines de La Ilíada con el peso estruendoso de sus armas... La horda pasa como un huracán de sangre y de exterminio sobre el cadáver del héroe... Y un lunes de Carnaval, entran los vándalos occidentales a Santiago tocando degüello... Todo cae bajo el cuchillo de los feroces vencedores. Muchos buscan refugio en la iglesia como para imponer respeto y mover a compasión a los verdugos... Vana esperanza... Sacerdotes, mujeres, niños, son sacrificados con extremos de africana crueldad. No hay en el cielo ni en la tierra,

en aquellas horas terribles, nada que ablande el corazón de Cristóbal y de sus implacables sicarios. Como bien dice el gran Campoamor:

*Hay días muy negros
y está muy lejos Dios en esos días...*

Ha pasado ya el gobierno de Ferrand culto y progresista en muchos aspectos. Y ha desaparecido también la España *boba*, vegetativa y nirvánica. Circunstancias adversas hacen fracasar la patriótica iniciativa de Núñez de Cáceres, punto luminoso de partida de todas las tentativas posteriores para conquistar la independencia... Bajo los veintidós años de ominosa dominación haitiana, Santiago gimió inconforme escrutando de continuo el sombrío horizonte para descubrir el signo anunciador de la definitiva cesación de aquel humillante orden de cosas. Y cuando sonó el 27 de febrero, la noble ciudad experimentó la intensa fiebre patriótica que contagiaba todas las almas desde el uno al otro confín del territorio dominicano. A la voz imponente de uno de sus hijos, Domingo Daniel Pichardo, Santiago se adhirió con demostraciones de férvido entusiasmo a la causa separatista... Malgrado el éxito de la batalla de Azua por la intempestiva retirada de Santana a Baní, empezó a germinar la inquietud creyendo muchos que la República recién proclamada iba a ser sólo deslumbrante meteoro que ilumina un momento para desvanecerse prontamente en las negruras del espacio... Todas las miradas están fijas en Santiago, suprema esperanza de la patria, sobre la que marcha aceleradamente el general haitiano Pierrot comandando numerosa hueste. En la ciudad, en los primeros momentos, reina la mayor confusión. Menudean los pareceres. Se evidencia la falta de una dirección que imprima unidad a la defensa, de una cabeza organizadora. Al fin aparece. El general Imbert, modesto, hábil, práctico, toma las disposiciones indicadas por la gravedad de las circunstancias. Empieza la concentración de las tropas para salir al encuentro del enemigo. Ya es tarde. Las primeras filas del ejército haitiano hacen su aparición en la Sabana. *Aníbal ad portas*. Los haitianos son rechazados ataque tras ataque... Al morir la tarde del 30 de marzo envuelta en resplandores de gloria imperecedera, el ejército

enemigo se encuentra en completa derrota. Santiago conquista un nuevo laurel para su historia, y con su espléndido triunfo consolida la bamboleante república. En las guerras sucesivas, en Beler, en Talanquera, en Sabana Larga, los aguerridos contingentes santiaguenses, siempre en primera línea, consiguen poner en dispersión a las tropas haitianas, casi siempre superiores en número... Al transformarse la República en colonia de la monarquía española, varios santiaguenses se negaron a poner sus firmas en el acta de *pronunciamiento* con que los autores de aquel hecho querían hacer creer a España que era hijo de la espontánea voluntad de los dominicanos... En Santiago, con alternativas de esperanza o de desaliento, hubo siempre un núcleo de conspiradores que no cejaban en su empeño de preparar un movimiento revolucionario con el nobilísimo propósito de dar nueva vida a la nacionalidad traicionada por los hombres del 18 de marzo... En abril de 1863, por haber querido realizar ese ideal, algunos de sus hijos subieron al patíbulo. El poema de abnegación y de heroísmo escrito por Santiago en los días trágicos del bienio restaurador es indudablemente lo más alto y resonante de toda la historia dominicana...

Ha sido cuna de políticos, guerreros, literatos, poetas historiadores de alto renombre. Y entre esos hombres descuella en primer término, como luminar de potentes y perdurables resplandores, la figura serena y austera, que bien puede parangonarse con la de muchas grandes personalidades de la antigüedad clásica, del insigne patricio Ulises F. Espaillat, quien es, después del excelso e inmaculado Juan Pablo Duarte, el ciudadano de más alto y ejemplar civismo que ha tenido la República. En Santiago un grupo conspicuo de sus hijos inició en días memorables la Evolución, forma imperfecta pero que marca nuevos rumbos en el luminoso propósito de buscar por medio de resortes legales, de verdadero carácter jurídico, la transformación o caída de una situación política, sin necesidad de recurrir al odioso y bárbaro procedimiento de las guerras civiles... En la actualidad, olvidada por completo de su pasado de bélica resonancia, con la vista puesta en el porvenir, despliega todos los recursos de sus bien encaminadas iniciativas procurando por todos los medios sugeridos por los modernos adelantos fomentar en vasta escala el trabajo, ensanchar su esfera intelec-

tual mediante la creación de instituciones educacionales conforme con los más avanzados procedimientos pedagógicos, y realizar a cada paso notables obras de ornato público que pongan en su aspecto material primorosas formas de belleza arquitectónica; pero dispuesta en todo momento a abrazar vigorosamente el viejo escudo y a empuñar la enmohecida espada de sus grandes paladines para si el caso lo hiciere necesario verter hasta la última gota de su generosa sangre en defensa de la patria y de la libertad amenazadas.

III

Noche oscura de febrero. De las casas herméticamente cerradas no se escapa ni el más leve rayo de luz lo que contribuye a que la oscuridad sea más densa y pavorosa... La joyería sideral hace en el inmenso firmamento magnífico derroche de suaves y luminosas titilaciones... Por las calles discurren grupos armados en dirección a la plaza de armas caminando sin hacer ruido como si fueran misteriosos fantasmas evocados de un mundo lejano. De la Casa Consistorial puertas y ventanas abiertas de par en par, salen chorros de luz... Los regidores deliberan en sesión permanente. Se discurre con amplitud sobre la manera de evitar las desgracias que amenazan a la ciudad si llega a producirse un choque entre españoles y dominicanos... Fuera, con intervalos más o menos largos, escúchanse confusamente cien ruidos distintos, entre los que se percibe claramente el murmullo de conversaciones y el resonar de armas... Losa grupos que desde las últimas horas de la tarde se estaban reuniendo en el fuerte Dios hacen tumultuosa irrupción en la plaza... Rasgan el aire gritos subversivos... De pronto circula con rapidez eléctrica entre los grupos la noticia de que las autoridades españolas han dirigido un duro oficio al Ayuntamiento exigiéndole que se traslade inmediatamente al fuerte de San Luis para allí resolver las resoluciones que urge tomar en vista de la gravedad de las cosas. El Ayuntamiento, unánimemente, declara que en tales circunstancias su deber es continuar donde está para laborar más eficazmente en bien de los intereses de la comunidad que representa. El síndico Belisario Curiel se levanta revelando en

el semblante la indignación que arde en su pecho. Con su verbo vibrante y encendido pide que se rechace como humillante para la Corporación municipal la exigencia de las autoridades españolas... Transcurren minutos que parecen horas... La oscuridad se espesa cada vez más... Los oficiales de la reserva comprometidos con los conspiradores hacen esfuerzos titánicos en el sentido de imprimir alguna organización militar a aquel movimiento que no es en el fondo sino una manifestación tumultuosa dirigida por algunos hombres ardientes pero irreflexivos y equivocados... órdenes precisas, indicaciones más o menos oportunas, gritos repetidos de ¡firme! rompen el silencio solemne que a ratos impera, el silencio terrible que precede a las grandes catástrofes...

Por propio acuerdo o por delegación del Ayuntamiento, dos regidores, Pablo Pujol y Alfredo Detjeen, suben al fuerte de San Luis para gestionar la manera de impedir la ruptura de hostilidades entre el pueblo y la tropa, visto el propósito de la guarnición de resistir a todo trance. Parece cosa cierta que tanto algunos regidores como la inmensa mayoría del pueblo congregado en la plaza creían a pie juntillas que la reducida tropa española, circundada por el oleaje popular que rugía enfurecido avanzando imponente, no podría oponer sino una muy débil resistencia. Hungría estaba en Jaibón con parte de la guarnición en marcha hacia la Línea donde había ya comenzado la revuelta y había que aprovechar momento tan oportuno para dar el golpe sobre seguro. Pero en realidad aun disponiendo, como se disponía de muchísima gente, el número que se quisiera, no había con qué armar sino una pequeña parte ni el tiempo ni la oportunidad indispensables, para dar a aquellas masas incoherentes una sombra siquiera de organización militar, de modo que todo aquello que en apariencia parecía un formidable movimiento revolucionario no era en realidad, sino una manifestación tumultuosa de deseos y de rencores largo tiempo comprimidos. En tales condiciones los trescientos soldados que poco más o menos representaban el total de la guarnición española, constituían un ejército por su armamento, su férrea disciplina y el arrojo y la decisión de sus jefes. Pero esto que quizá fue observado por los más precavidos, no estaba, ni con mucho, al alcance de la inmensa mayoría ofuscada por propagandas exagera-

das y por la esperanza de un triunfo que pensaba obtener sin mayores sacrificios. Muy pocos eran sin duda los españoles, aislados casi puede decirse, sin probabilidades de inmediata o pronta ayuda; pero en ellos palpitaba fuertemente la vieja alma hispánica viril y heroica, acostumbrada a arrollar los más temibles obstáculos y en ciertos momentos imponer su voluntad de acero al mismo adverso destino...

Pasó una hora que pareció a todos muy larga. Crecía la excitación. Pueblan el espacio repetidos victores a la República. Algunos soldados rezagados ganan en rápida carrera el fuerte de San Luis perseguidos por grupitos del pueblo amotinado en la plaza. Aprovechando la confusión del momento, los presos encerrados en la Cárcel vieja matan al alcaide y toman las de Villadiego campando por sus respetos... En la fortaleza todo está preparado para rechazar una agresión o tomar la ofensiva. Este último temperamento predomina. En ciertos momentos más vale anticiparse al contrario. Es mejor atacar que ser agredido. En vano Pujol y Detjeen tratan de disuadir a Zarzuelo y a Campillo del propósito de embestir al pueblo, invocando razones de humanidad y asegurando que los grupos reunidos en la plaza no atacarán la guarnición. No se les escucha. Los jefes españoles no se dan por entendidos juzgando que tales razones son tretas para entretenerlos mientras los enemigos reunían hombres y municiones para asegurar el éxito. Una compañía de la Corona regida por el capitán Lapuente se dispone a atacar a los que Campillo llama con singular énfasis facciosos. Cien hombres de San Marcial se forman también para sostener este movimiento cubriendo la retaguardia... Óyense breves frases de mando... ¡Firme la Corona!... ¡Firme San Marcial!... Se toman las posturas disposiciones, y en marcha... ¡Adelante! ¡Viva la Reina!

En la plaza, preparados lo mejor posible, esperan los sublevados la embestida confiados principalmente en su superioridad numérica. Están ya convenientemente situados los que disponen de fusiles y de una regular provisión de cartuchos. Súbito resuena un ¡ahí vienen!... Casi inmediatamente se escucha un ¿quién vive? lanzado de la avanzada republicana... Una voz entera, que parece salir de las tinieblas, responde varonilmente ¡España!... Suena un tiro, dos, muchos Más... En correcta formación, impávidos, avanzan los españoles... Ya casi están to-

cando la plaza... De las filas revolucionarias parte una descarga cerrada que durante varios segundos como que desconcierta las primeras filas de la columna española... Repónense inmediatamente... ¡Firme la Corona!... ¡A la bayoneta! A ellos, grita con voz estentórea el capitán Lapuente... Al fulgor de los disparos parecen las bayonetas como relucientes puñales, blandidos por manos invisibles en la tétrica negrura de la noche... Ante actitud tan resuelta los amotinados comienzan a desconcertarse... Suenan tiros aislados, gritos, imprecaciones de heridos... Aquella tentativa de resistencia se trueca en retirada que bien pronto se convertirá en franca dispersión... En algunas esquinas a medida que retroceden. Inútil todo... Los españoles, acosándolos, los llevan en completa derrota hasta fuera de la población... Allí hacen alto prorrumpiendo en calurosos gritos de triunfo. ¡Viva España! ¡Viva la Reina!

IV

Perico Antúnez y su primo Roque se encontraban en la guardia más avanzada en el sitio de mayor peligro. Ambos veían por primera vez lo que era realmente la guerra. No era eso, ya lo creo, tan fácil como desbaratar bachatas por un quítame allá esas pajas... Y díganlo, repetía Perico con su habitual fraseología algún tiempo después refiriendo sus aventuras de esa noche a sus camaradas del campamento cuando la guerra estaba ya en todo su apogeo... Perico, y Roque desde hacía casi dos años no había cesado ni un instante puede decirse de vivir en una atmósfera de planes revolucionarios, de perpetuo propagandismo, prestando utilísimos servicios a los que tenían en sus manos los hilos principales de la conspiración, ya en viajes frecuentes a Haití para llevar y traer correspondencia o en excursiones a algunos lugares cercanos de la línea fronteriza donde por circunstancias especiales de lo abrupto del terreno y de su inmediato contacto con territorio extranjero existía desde hacía algún tiempo un foco de revolucionarismo de que con frecuencia partían voces de aliento para toda la región cibaëña. Perico, principalmente, por su decisión y la entera confianza que inspiraba conocía al dedillo cuanto en esos días se maquinaba. En

él, a medida que el tiempo pasaba, iban despertando con ímpetu fuerzas atávicas que dormían en el fondo de su ser y que surgían ahora lentamente bajo la influencia del ambiente y de las circunstancias en que se movía. En el trato diario con sus compañeros, sin exceptuar a su mismo primo Roque que no pensaba discutir su superioridad, empezaba a demostrar cierto carácter autoritario, cierta propensión cada vez más acentuada a dirigir, a arrastrar a los demás tras sí, a encadenarlos a su voluntad absorbente regida en aquel instante por el ideal sublime de redimir la patria; pero que más tarde, realizado ese propósito, tales repulsiones podían convertirse, como sucedió con casi todos sus compañeros, en fermentos de un caudillaje desapoderado y estulto que iba a entorpecer grande y peligrosamente el gradual desenvolvimiento de las instituciones republicanas... Mandar, ser jefe, desplegar en apropiado escenario condiciones de relevante valer personal que lo pusieran muy por encima de los demás, eran las ideas que en aquellos días bullían confusamente en su cerebro. Todas las cualidades buenas o malas que poseía debidas a la mezcla, bajo el ardiente sol tropical, de la sangre española con gotas más o menos numerosas de la sangre africana, gradualmente, por un proceso natural de expansión, iban poniendo de bulto y dando de sí las naturales consecuencias. La fe ciega, el potente individualismo y la tenacidad heroica diluidas en la primera en íntima compenetración con la característica de salvaje fiereza de la segunda iban a convertir a aquel campesino casi primitivo con sólo una que otra simiente de cultura en su mentalidad rudimentaria, según la impulsión de determinadas circunstancias, en un héroe sublime o en un caudillejo ignorantón y violento sin más freno ni ley que los ímpetus de una voluntad agresiva y desordenada...

Ímpetuoso, vehemente, mano abierta, siempre brindando tragos y prestando servicios a los compañeros, comenzaba a trillar la vía de una popularidad que lo envanecía y poco a poco, casi insensiblemente, hacía sentir cierta superioridad en el círculo en que se agitaba esperando ansioso el instante de poner en evidencia las dotes de que se juzgaba poseedor en campo más vasto y apropiado... Continuaba como antes cuidando de la estancia de la Otra-Banda. Residía en ella sólo con el peonaje ocupado en las faenas campestres, pues el viejo Juan ya casi cie-

go y Maruca siempre achacosa se habían trasladado al Santo Cerro adonde invariablemente iba a verlos Perico todos los domingos así lloviese a cántaros y se pusiera el camino realmente intransitable. El comandante lo aguardaba siempre con impaciencia por las noticias que le llevaba de la marcha de los planes revolucionarios. Pero en realidad el viejo tenía poca o ninguna confianza en tales andenes. A su experiencia de hombre ya curtido en cosas, de guerra y que conocía algo de la historia de la vieja Metrópoli no se le ocultaba lo difícilísimo que sería vencer a los españoles tan inmensamente superiores a los haitianos por todos conceptos, mientras Perico, henchido de juvenil ardimiento, sin pizca de experiencia, con la ciega confianza propia de la edad creía a macha martillo, que, llegado el momento, sería lo más fácil del mundo echar a los *blancos* del terruño haciéndoles poner pies en polvorosa.

Influido a toda hora por el ambiente de misticismo que envuelve al Santo Cerro, el viejo Juan había encontrado un eficaz consuelo para sus dolores físicos y sus penas de espíritu en cierto recrudescimiento de los sentimientos religiosos de su infancia. De Maruca no hay que hablar. Aunque de continuo doliéndole algo estaba como a sus anchas en aquella atmósfera de prácticas religiosas. Allí, muy cerca, a pocos pasos de su morada estaba la iglesia, y en ella su Virgen, la Virgen de las Mercedes, sobre un rico altar coronado de luces, objeto continuo de fervoroso culto por las muchedumbres de peregrinos que acudían de todas partes atraídos por la legendaria santidad de aquel histórico lugar... En el fondo de un antiguo baúl tenía el viejo sepultado el cuadro de la batalla de Beler en que lucía llamando victoriosa la bandera dominicana. Ya casi no la podía ver. En su retina se fijaba ya muy confusamente el aspecto de las cosas, aún las más cercanas. Pronto quedaría ciego. Mejor... Porque decía a cada rato: Aunque recobrarla la vista, ¿para qué contemplada si esa bandera sólo tenía realidad en el pensamiento de los que habían hecho de ella el símbolo radiante y hermoso de toda una vida de abnegaciones y de sacrificios?... Y con la misma reconcentrada amargura de antaño murmuraba: ¡Los traidores! ¡Los traidores! Perico procuraba llevar a su alma dolorida un rayo de esperanza apartándolo de tan negros pensamientos... Oiga, taita, le decía, no se aflija tanto; yo le ase-

guro que pronto pondremos otra vez la bandera en el fuerte. Ya todo lo tenemos listo... El vicio, escéptico, sonreía. Aunque bien mirado, ¿Quién sabe? Cosas mucho más difíciles se habían visto en el mundo... Cada vez que oía las fogosas afirmaciones de Perico sentía como que se aclaraba por grados la nube negra de su pesimismo...

Empieza a declinar la tarde, apacible, solemnemente melancólica. El viejo y Maruca sentados detrás de la iglesia aspiran con delicia el aire suave y perfumado que sube de la inmensa Vega Real extendida a sus pies como inmensa alfombra de espesa verdura: Súbito galopar cercano de un caballo y un grito de Maruca... ¡Perico! Se abrazan estrechamente formando bajo el patio de la tarde un grupo que evoca no sé qué escena de tiempos patriarcales. Presto advierten que Perico está inquieto. El mozo oculta algo. El viejo lo interroga ansiosamente... Pues bien, claro, clarito. Mañana 24 de febrero se da el golpe en Santiago. Viene a pedirle la bendición al viejo y a darle un abrazo a Maruca. Nadie sabe lo que puede suceder. Caso de no triunfar y quedar con vida Roque y él se irán para Haití hasta que Dios disponga. Lo que es a él, no le ponen los blancos la mano encima. Y *júrenlo*... El viejo, lloroso, lo abraza bendiciéndolo. Maruca, después de estrecharlo en sus brazos, entra a la iglesia a ofrecer a la Virgen de las Mercedes no sé qué promesa para que Perico salga con felicidad del peligroso empeño...

V

Al iniciarse el movimiento de retroceso de los grupos ante la línea española que, como si estuviera haciendo ejercicio, firme, sin vacilaciones avanza imponente, oyese en la oscuridad una voz clamorosa gritando: ¡Los españoles están echando manga!... Cunde el pánico... La retirada se convierte en franca derrota... Prodúcese un espantoso ¡sálvese quien pueda!... Por las calles que desembocan en la Sabana la dispersión se hace general. En vano Perico, Roque y algunos más prosiguen retirándose lentamente, fieramente, perdiendo terreno paso a paso, quemando sus últimos cartuchos... Ya van a pasar frente al Cementerio, cuando en la oscuridad siente Perico el ruido de un cuerpo que

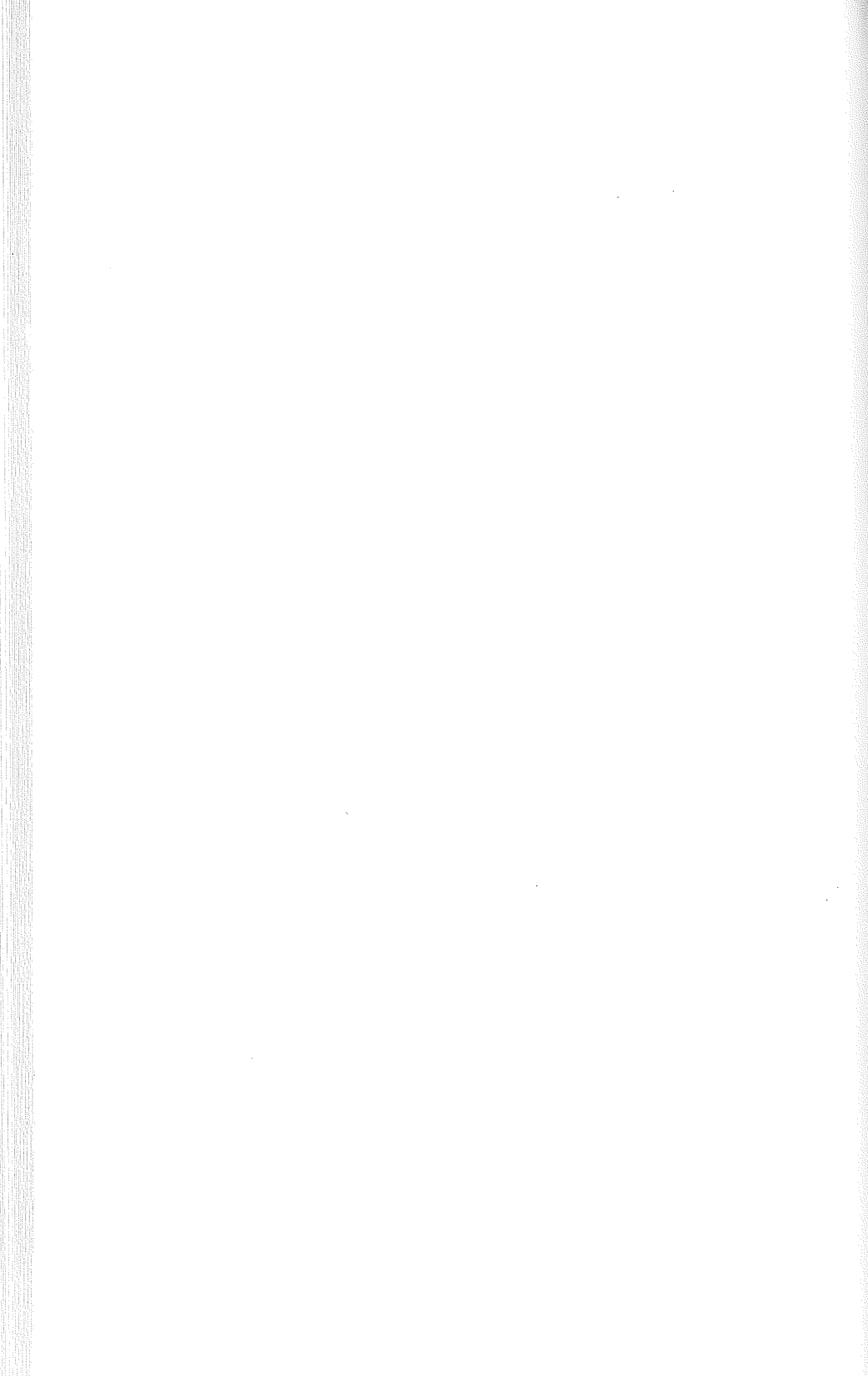
se desploma cerca de él y escucha una voz muy querida que le dice: ¡Me han cortado, no me dejes!... De un salto de tigre, con increíble rapidez, Perico se abalanza hacia Roque con formidable ímpetu y haciendo uso de sus fuerzas hercúleas, se lo echa sobre los hombros y arranca a correr... Ya llegan los españoles. Perico sigue huyendo con su preciosa carga... Está perdido sin remedio... La corneta española da el toque de alto en ese momento. La persecución cesa Perico no se detiene... ¡Roque, Roque!... Nadie le contesta Desmayado ¿Muerto acaso?... No tiene tiempo de pensar en nada. De momento puede continuar el avance de los españoles... Sigue caminando en la oscuridad con Roque a cuestas... En ocasiones, no oyendo ningún rumor sospechoso se detiene por breves minutos para tomar aliento... Sigue su doloroso via crucis... Camina, camina... ¿Adónde va? No lo sabe. En medio de la densa oscuridad ha perdido el rumbo. Tinieblas, tinieblas por todos lados... Adelante... Escudriñando bien parecele divisar el comienzo de una vereda y sigue en esa dirección sin pensar en otra cosa que en llegar pronto a un bohío donde poner en seguridad su carga. Bajo los árboles que bordean el sendero la noche se hace más negra. Está solo, extraviado, en medio del campo, sin acertar a descubrir por ninguna parte el más leve fulgor de una esperanza.

¡Al fin!... ¡Gracias, piadosa Virgen de las Mercedes!... Una lucecita brilla a lo lejos... Jamás navegante alguno en noche procelosa viendo el faro salvador sintió el júbilo de Perico al contemplar aquella luz oscilante y tenue en las profundidades de la solitaria y tenebrosa campiña... La claridad que alcanza a ver sale de la puerta de un bohío... Sus fuerzas como que se duplican. Ya está a pocos pasos de la puerta... Con algunos gritos contiene el dueño de aquella morada a dos perros que ladran con insistencia queriendo lanzarse sobre el extraño bulto que avanza y que en la noche lóbrega, a la débil claridad que se escapa del bohío, tiene espantable semejanza con no sé qué animal fantástico... Sin pronunciar ni una palabra, sin hacer ni una pregunta, reconcentrado y sombrío, Perico coloca con cuidado el cuerpo de Roque en mitad de la reducida salita, poniéndose seguidamente a examinarlo con vivísimo y creciente interés... Le desgarró la camisa llena de sangre y ve una ancha herida en el pecho. Palpa las sienes, toca las mejillas, estrecha las

manos, brega por sentir el latido de aquel corazón generoso que tanto le había amado. En él habíase extinguido ya el ritmo de la vida. Desde la cabeza hasta los pies estaba frío, muy frío, con el frío espantoso de la muerte... ¡Muerto!... ¡Muerto!... ¡Han matado a Roque!... Sus ojos se humedecen. Solloza... La bayoneta de un soldado español le había alcanzado en la refriega y había tenido la suficiente fuerza para correr hacia donde estaba Perico y pedirle que no lo abandonara... ¡Muerto!... Muerto el camarada, el pariente, el compañero más querido de travesuras de la infancia y de calaveradas juveniles!... Los moradores del bohío, un campesino todavía joven y fuerte, una mujer pálida y desgredada, una chicuela a medio vestir y dos robustos muchachos, con excepción del primero acabados de salir de la cama al ruido armado por los perros a la llegada de Perico, forman alrededor del muerto un coro doliente y plañidero contagiados por el inmenso dolor de aquel hombre joven y vigoroso que no aparta los ojos del cuerpo que yace en el suelo... Preguntas y respuestas se cruzan... El dueño, Manolo, no se había aún acostado al surgir Perico en la sombra como una aparición fantástica preocupado por los tiros que se oían del lado del pueblo. Fortuna grande fue para Perico encontrarlo levantado... Si no... Manolo opina que hay que hacer algo inmediatamente... Es casi seguro que al amanecer saldrán los españoles a explorar el campo y si llegan hasta allí y descubren que los rebeldes han estado en el rancho infaliblemente van todos sus moradores presos para el pueblo... Y sabe Dios en qué parará la cosa... Perico baja la cabeza... Sólo pide le presten un caballo para ir a la Otra-Banda, cambiarlo por *Lindo*, tomar algún dinero y largarse sobre la marcha para la Línea donde seguramente se está batiendo el cobre... Y si no basta Juana Méndez para preparar el desquite... Pero, ¿y el muerto?, interroga Manolo... Sugiere que lo mejor, vista la gravedad de las circunstancias y lo apremiante del tiempo, sería enterrarlo provisionalmente, por allí cerca, hasta que las cosas permitan dar parte a su familia y ésta disponga trasladar el cuerpo al cementerio del pueblo... Perico, lloroso, se resigna... ¡La guerra! ¡Bien está! ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Lo vengará!

El cuerpo de Roque, bien envuelto en una frazada, sostenido por Perico y Manolo, es sacado fuera de la casa, camino del

monte. La mujer y los tres muchachos los siguen llevando cada uno hachos de cuaba que les permiten con su oscilante luz orientarse con relativa facilidad y esquivar las asperezas del sendero que haciendo zigzag se prolonga ante la fúnebre comitiva... Tiene no sé qué de impresionante y de trágico esa doliente procesión de gente rústica atravesando el campo en las altas horas de una oscurísima noche de febrero para cavar en un rincón de la maleza la solitaria tumba de aquel campesino ignorado que prometía largos años de existencia y que acababa, gloriosamente, de dar su vida por la patria... En un sitio en que el ramaje se espesa, a algunas varas de distancia de la vereda, el luctuoso cortejo se detiene. Con sus machetes empiezan Perico y Manolo a cavar dificultosamente el hoyo en que va a dormir Roque el sueño de que jamás se despierta. Silencio, silencio por todas partes. Del seno de la noche brotan rumores indefinibles, ruidos misteriosos... Colocan en el fondo del hoyo el cuerpo de Roque y con los mismos machetes y con las manos empujan la tierra recién extraída hasta colmar la fosa... Y sobre ella colocan dos palos en forma de cruz... Perico fija con insistencia la mirada en la tumba y deja caer esta frase que es la única oración fúnebre de Roque: Volveré pronto para vengarte... En el bohío le facilitan un caballo sin silla, monta al pelo y parte a escape... En la augusta tranquilidad de la hora escuchase, cada vez más amortiguado, el galopar del corcel que lo lleva, al través de la noche tétrica, por la llanura silenciosa... En su alma dominicana en que vibra el anhelo de redimir la patria y de conquistar un renombre personal apacentado en el encendido ambiente de los combates, acaba de brotar pujante un nuevo sentimiento como flor intensamente purpúrea: la venganza, manjar predilecto de los dioses...



CUARTA PARTE

Camino del triunfo

I

En el campamento de Quinigua. Tres de la tarde, de una tarde de fines de agosto en que el sol semejaba en un cielo riente y despejado un inmenso brasero esparciendo átomos ígneos sobre la campiña aletargada... Del suelo intensamente caldeado, de la atmósfera encendida, sale un calor como de horno... Los pájaros se adormecen en lo más intrincado del ramaje... Los caballos se amodorrnan en los reducidos espacios de sombra que proyectan los árboles de amplia y majestuosa copa. El césped parece como calcinado, como si sobre él hubieran pasado las lenguas de fuego de un incendio reciente... En las chozas apresuradamente construidas con pencas de palma o con yaguas y esparcidas sin ninguna regularidad, aquí y allá, por el llano que no refresca la menor ráfaga de aire, bulle la gente del campamento, charlando, cocinando, apurando tragos, jugando, durmiendo en hamacas sobre el duro suelo... Barajas grasientas se deslizan en manos de jugadores empedernidos. Óyese el sonido de los dados al caer sobre la madera... Apuestas, risas, juramentos, palabras mal sonantes vibran en el espacio. En esos momentos se está operando una concentración de fuerzas para marchar sobre Santiago, último baluarte de los españoles... De momento se esperan contingentes de Guayubín, de Guayaca-

nes, de la Peñuela... En los alrededores se hacen requisiciones de caballos y de reses... A lo lejos suena un clarín anunciando el regreso de algunos generales que horas antes habían salido a practicar un reconocimiento... Algunos de los que dormían se despiertan prestando atento oído a los rumores de la campaña... En la choza principal, en la más grande, en la que suelen reunirse los jefes, un grupo de oficiales, de pintoresca indumentaria, sin signo de ningún género que indique su graduación, comentan alrededor de una rústica mesa sobre la que hay una damajuana de ron y algunos vasos, las múltiples peripecias de la reciente campaña... Un hombre montado en un soberbio bayo, grita, desde afuera, pegado a la puerta: ¿Está aquí el general Gaspar? Tórnanse las miradas hacia el que pregunta, y de todas las bocas surge este nombre: ¡El coronel Perico!... No, no está aquí... Escúchase seguido el ruido del caballo que se aleja precipitadamente...

Y como si la fugaz aparición del coronel Perico hubiera contribuido a excitarles, prosigue la charla con creciente animación... Muchos creen que mañana a más tardar se levantará el cantón para emprender el sitio de Santiago... Aquella campaña de diez o doce días ha sido felicísima para las armas restauradoras. Son muchos los hechos de armas ocurridos desde la salida de David, el 15 de agosto a medianoche de Cabrera, Santiago Rodríguez, Benito Monción y otros jefes a la cabeza de ochenta hombres, hasta ese momento en que se reúnen las últimas fuerzas de la Línea en el cantón general de Quinigua para emprender la marcha sobre Santiago, postrer refugio de los españoles en el Cibao... Con fulmínea rapidez se han sucedido los acontecimientos. En Guayubín, asaltado por segunda vez, la reducida fuerza que la guarnece se defiende con heroísmo pereciendo casi toda entre las ruinas del pueblecito incendiado. Ante la amenaza de un ataque, aislados, sin ninguna probabilidad de socorro, los españoles que custodian el fuerte de Beler se ven constreñidos a abandonarlo, y, pasando el Massacre, buscan su salvación en territorio haitiano. La guarnición de Monte Cristy, en total aislamiento, se rinde... Hungría, que está en Sabaneta, aislado también, abandona la población y con su habitual pericia y bizarría se abre paso hasta llegar a Santiago... En Guayaicanes el choque ha sido recio, porfiado, sangriento, rivalizando

ambas partes en acciones heroicas... Perico Antúnez, comandante ya, que había hecho prodigios de valor en el combate, fue ascendido a coronel por su excelente comportamiento... Ya, en el ataque de Guayubín, había recibido felicitaciones de los jefes por el acierto y el arrojo con que dirigía una guerrilla. Siempre se le vio en los puntos de mayor peligro, sereno, resuelto, apostando su gente donde pudiera inferir mucho daño y recibir el menos posible...

Perico Antúnez se ha convertido en el hombre de más confianza de los generales. En la guerra se encuentra en su verdadero elemento, como si en ella se hubiera educado. Activo, vigilante, siempre con la mano extendida, dándolo todo, lo estiman los jefes y lo quieren y respetan sus subordinados no obstante sus frecuentes rasgos autoritarios. Pero a su lado, eso sí, hay que pelear rudo, de firme. En Guayacanes echó hacia adelante, a planazo limpio, a varios guapetones que le cogieron asco al nutrido fuego de los españoles... Verdad es que allí llovían las balas... En el cantón de Quinigua, por designación expresa de Gaspar Polanco, tiene bajo su mando el puesto de más importancia: La extrema vanguardia, la principal avanzada situada convenientemente en una ceja de monte vigilando el camino real por donde cuando menos se piense puede aparecer una columna española... Pero con Perico no hay temor de sorpresa... Va muriendo la tarde y lentamente atenuándose el calor del día. Un riachuelo inmediato, reducido a verdadero hilo de agua por la sequía, pone como una nota de frescura en el ambiente tibio... Por el camino real sólo transita una que otra mujer que lleva algo al cantón... En el cuerpo de guardia de Perico se charla y se juega como en el mismo campamento sin que por eso disminuya ni un ápice la vigilancia. El coronel mantiene una intrincada conversación con su segundo el capitán Donato Pérez, buen soldado que sólo tiene el defecto de enamorarse de cuanta mujer le cae bajo los ojos así sea un palo de escoba vestido de faldas... Y la conversación recae, naturalmente, en el plato del día, en Buceta, en el terrible Buceta, que acaba de escapar como por milagro a la persecución más rabiosa y tenaz que haya sufrido hombre alguno...

Se metió en un avispero, dice Perico, y cuando vino a abrir los ojos estaba cercado por todos lados como una fiera... De Da-

jabón tiró a Guayubín, pero al saber que habíamos cogido el pueblo buscó un práctico, siguió por un lado del Yaque, y atravesando el río y tomando por caminos extraviados desechó a Guayubín entrando horas después en el camino real... En *Doña Antonia* nos topamos con él derrotándolo y siguiéndole sin darle un momento de tregua... En Guayacanes, cerca del cementerio, casi estuvo cogido. Llegó a ese punto destrozado, con poca gente a caballo. A los de a pie les dijo que si querían escapar de la quema se metiesen al monte a lo que Dios dispusiese... En la casa de Juan Chaves se detuvo un momento para cambiar de caballo. Detrás de él, corre que corre, nosotros, aunque estábamos muertos de hambre y de cansancio... En el cementerio fue el gran topetón. Pimentel derribó de un machetazo a un oficial español que se le figuró era Buceta y Benito Monción mató de un tiro al peón que llevaba la carga. Pero el caballo del general no pudo seguir y el de Benito tropezó con un tocón y lo sacó de la silla... Un español que lo vio en el suelo le asestó un sablazo en la cabeza y allí lo hubieran rematado si Pimentel no acude en su ayuda derribando al soldado de un solo golpe de su machete... Yo iba de los primeros acechando la ocasión de echarle mano al maldito. Seguro que me hacen general. Pero aprovechando el incidente, Buceta había ganado bastante delantera de modo que aunque seguimos a su alcance hasta *Pontón* allí desistimos de continuar persiguiéndolo, pues nuestros caballos se caían de puro cansados. ¡Se salvó el maldito!... Pito Gómez, que servía de recuero a los españoles en la columna que estaba en Navarrete, me ha contado que él vio cuando Buceta salió del monte y se presentó a sus compañeros. Estaba pálido, sin sombrero, en mangas de camisa, faltándole media pierna de pantalón... Parecía como atontado. Tomó unos sorbos de agua y comió un pedazo de pan, reponiéndose un poco... Dice Pito que daba lástima verlo. Hacía cuatro días que estaba perdido en el monte sin haber tomado en ese tiempo otro alimento que una taza de leche, un plátano asado que le dieron en una casa, tres guayabas recogidas en el bosque y dos cañas que tomó en un conuco".* ¡Ave María Purísima!... Y que facha dice que tenía aquel

* Diario de Campana del brigadier Buceta.

blanco que trataba a los dominicanos como si fueran presidiarios... Casi no podía hablar... Y no por miedo, díganlo, por que más valiente que ese endiablado brigadier no lo pare mujer ninguna. ¡Lo que le esperaba!... Bellaco y arbitrario como él solo, pero como guapo no hay quien le tosa...

II

En marcha sobre Santiago. Las fuerzas reunidas en Quinigua han levantado ya sus reales con el objeto de dar comienzo al sitio de la rica capital del Cibao. Alfau, Hungría y Buceta con ochocientos soldados, resto de los destacamentos de toda la provincia, alimentan la firme resolución de resistir a todo trance en Santiago el formidable empuje de las victoriosas huestes revolucionarias... En las últimas horas de la tarde del 30 de agosto la vanguardia de las fuerzas restauradoras principia a divisar como velados por sutilísima neblina las torres de las iglesias y parte del caserío de la ciudad que se destaca todavía sin verdadera precisión en el lejano confín del horizonte. Perico Antúnez, jinete en *Lindo* que se encabrita a cada paso tascando con impaciencia el freno, tiene bajo su dirección la guerrilla de gente decidida y probada que abre la marcha de la columna insurrecta. Como para dar un momento de descanso a su tropa a esperar órdenes hace tocar alto y reparte la guerrilla en sitios bien escogidos por si el enemigo saliera a atacarlo... Detiene su caballo y clava tenazmente la vista en la lejanía, en el lugar del horizonte en que confusamente se diseñan los edificios de la ciudad en que había nacido, y que fulgía, como deslumbrante aparición, en la serenidad de aquella tarde apacible, pletórica de suaves y hermosos colores... Hacía seis meses, ¡cómo pasa el tiempo!, pensaba Perico, que había salido de ella derrotado, fugitivo, con el doloroso recuerdo de la trágica muerte de Roque sobre su alma, hacia lo desconocido, y ahora tornaba victorioso, con el grado de coronel honrosamente ganado con la punta de su machete, al frente de una tropa aguerrida dispuesta como él a quitar del fuerte de San Luis la bandera española que allí flameaba en señal de señorío para poner en su lugar la dominicana, la que traían victoriosa desde la frontera, por la que tanto había luchado su pa-

dre, el viejo Juan... Qué inmensa alegría la del comandante cuando lo viese así, triunfador, respetado, lleno de gloria, oyendo decir a los que le rodeaban: coronel por aquí, coronel por allá... Y llegaría a general, ya lo creo, y sería gobernador y sabe Dios si todavía algo más, porque tenía valor y ambición y sólo necesitaba que le soplase un poquito la suerte... ¿En qué lo superaban si no es en edad! ¿Los cuatro o cinco generales que tenían en sus manos la madeja revolucionaria? Entre ellos había quien no sabía leer y escribir, y él sí leía de corrido y hasta escribía de cuando en vez cartitas de amores repletas de palabras melosas... Tomarían a Santiago. Claro está que la tomarían aunque para ello fuese necesario destruirla. Era su pueblo... Pero no había otro camino: libres o muertos...

Todo eso más o menos preciso y definido rumiaba Perico en su cerebro cuando un oficial enviado por el general Gaspar Polanco le comunicó que retrocediera para recibir órdenes en el sitio que se había designado para campamento provisional. Había que descansar bien esa noche, porque el nuevo día prometía ser rudo. Seguramente que muy temprano comenzaría el pleito. Y esos blanquitos eran duros de pelar; se batían como demonios. Se dejaban amachetear sin retroceder ni un paso... Desde la salida de Quinigua las fuerzas restauradoras se habían aumentado considerablemente. Numerosos contingentes afluían de todas partes, pero mal armados, sólo una pequeña parte con fusiles más o menos viejos o averiados, y con escasa provisión de cartuchos. No faltaban trabucos y algunos portaban lanzas solamente. Pero la mayoría llevaban el correspondiente machete al cinto... El coronel Perico recibe instrucciones. La guerrilla que manda tendrá a su cargo durante la noche el servicio de vigilancia del lado más próximo al pueblo... Transcurren las horas... Nueve de la noche... Las cornetas tocan silencio... Escúchanse únicamente el galopar de secciones de la caballería que van a cumplir un servicio de exploración, y los lejanos gritos de los centinelas que resuenan lúgubrementemente en la noche negra y silenciosa que arroja el dormido campamento...

Amanece. Las fuerzas restauradoras están ya desplegadas en línea de batalla en la Sabana... La línea española se extiende al frente cubriendo algunos puntos avanzados de la ciudad. El choque es vigoroso en el primer momento... Pero la caballería

española, en un instante de pánico, encargada de proteger una pieza de artillería emplazada en la entrada más importante, vuelve grupas decidiendo este movimiento inesperado el éxito del combate... El sargento que sirve el cañón y que no quiere abandonarlo es amacheteado y la pieza cae en poder de los patriotas... Finis... Cuéntase que Buceta quiso fusilar al capitán Albert que mandaba la caballería, pero que desistió de ello por las insistentes súplicas de muchas personas connotadas. Mohíno y maltrecho vuelve Buceta al fuerte de San Luis donde reconcentra toda la tropa, con excepción de un corto número de soldados que deja en el Castillo, importante posición estratégica... Las fuerzas restauradoras, como irresistible avenida, se esparcen por todas partes tocando casi las casas inmediatas a la fortaleza. Benito Monción ocupa la Cárcel vieja y Polanco y Pimentel se acantonan en los Chachases... Desde la Otra-Banda, donde ya Perico con otros jefes había puesto a todo el mundo en movimiento, tirotean al fuerte sin descanso. Buceta y la guarnición española están en el centro de un círculo de fuego que se va paulatinamente estrechando...

III

Aislados, enteramente aislados. El embravecido oleaje revolucionario los rodea por completo. En el sombrío horizonte ni el más tenue resplandor de esperanza... Pero en los defensores de España allí acorralados late con permanente intensidad la fuerza espiritual que hizo que sus gloriosos antepasados, llenaran de refulgente gloria las páginas de su larga y resonante historia... El fuerte de San Luis semeja algo así como un abrupto peñón que se alza en medio del inmenso océano expuesto a continuo a los furores de los vientos desencadenados y de las olas encrespadas y rugientes. Desde la cúspide en que la brisa agita el pabellón rojo y amarillo no se logra descubrir por entre el oleaje que lo circunda la blanca vela, visión anhelada, que acude en socorro de los náufragos refugiados en aquella solitaria roca perdida en la inmensidad de los mares... En vano Buceta, con su característica tenacidad, hace esfuerzos de toda especie en mira de comunicarse con las autoridades españolas de la

costa para darles cuenta de, la crítica situación en que se encuentra aquel puñado de esforzados sostenedores de la causa de España... En un solo día ha despachado cinco expresos ofreciendo a cada uno veinte onzas de oro si se presentan con la ansiada respuesta de los despachos que llevan ocultos en las suelas de los zapatos. Ni uno solo de los enviados ha regresado a recoger la valiosa recompensa ofrecida. Incomunicados, completamente incomunicados...

Y la situación va haciéndose cada vez más insostenible. La loma del Castillo, excelente posición estratégica que domina el fuerte, ha sido asaltada y tomada por Pepillo Salcedo después de un reñido combate. En ella han emplazado los revolucionarios una pieza de artillería traída de Moca con la que hacen continuos disparos sobre el fuerte. Las guerrillas que comanda Luperón tienen en perpetua alarma la guarnición con su perenne tiroteo y sus continuos amagos de asalto. De la Otra-Banda, del cerro de Pedro Vega, son también incesantes los disparos. Fuego por todos lados. La situación, en ese momento, parece alcanzar su punto máximo de gravedad. Sin embargo, los jefes españoles aguardan confiados un pronto socorro. Mientras tanto se defienden con viril entereza sin percatarse que de momento pueden ser aniquilados por una imprevista subida de la marejada que ruge a sus pies. Combátense todos los días. Como en las luchas homéricas los combatientes se insultan recíprocamente. Llueven de parte y parte los denuestos. Las injurias zumban como si fueran proyectiles... Cuando no están peleando de campo a campo se arrojan a la faz frases palpitantes de rencor, palabras groseras, expresiones mal sonantes... La gritería, en ciertos momentos, tiene tal fuerza de diapasón que se escucha a la distancia dominando el ruido de los mismos disparos... Parece el alarido salvaje de dos formidables gigantes desafiándose desde dos enhiestas montañas...

Arriba, en el campo atrincherado de San Luis, en el fuerte circundado por líneas de fuego, cobijados por la bandera española que el viento mueve, bandera que simboliza la más alta herencia de bélica resonancia que haya podido conquistar pueblo alguno en el campo ensangrentado de la historia, impertérritos, resueltos y heroicos, están los descendientes de los arrojados conquistadores que en épocas de resonancia épica engarzarán

con sus victoriosas espadas, como perla de riquísimo valor, esta tierra hermosa, la riente Española, en la refulgente corona de los poderosos monarcas ibéricos... Abajo, en las improvisadas barricadas, en la ciudad tumultuosa, resonante de gritos de guerra, bajo la bandera dominicana ya ilustrada por hechos de alto timbre alcanzados en, las titánicas lides mantenidas para consolidar la personalidad nacional de que es esa bandera el más alto y precioso símbolo, se yerguen también, firmes y dispuestos a los más arduos empeños para recuperar la perdida autonomía, gentes procedentes de esos mismos conquistadores, que conservan en sus venas gotas de su misma generosa sangre, que mantienen, en parte, su herencia espiritual, que hablan la misma sonora y majestuosa lengua, y que, quieras o no, con mayor o menor intensidad, sienten allá en lo más recóndito de sus almas la afinidad étnica que los une con indestructible lazo... En esos días trágicos se está representando en Santiago una de las más culminantes escenas del drama, aún inconcluso, de la independencia de América... Todavía luchará Cuba, bravamente, por la completa realización de ese necesario y magnífico ideal. La grande e inmortal epopeya se cerrará al fin con las fulguraciones épicas de Máximo Gómez y de Antonio Maceo... Pero pasará la ola de sangre, pasará la explosión de los rencores suscitados por la lucha cruenta, pasará la tempestad de los odios, y sobre el sepulcro, ya bien cerrado, de todos esos rencores, de esas ociosidades, de esas venganzas que ya no tienen razón de ser desde ningún punto de vista, florará en lo adelante como lábaro magnífico de común progreso, de paz perdurable y fecunda, de regeneración progresiva, el magno y salvador ideal de la unión cada vez más estrecha de los pueblos de raza española ligados ya por tantos vínculos seculares de indestructible raigambre... Por encima de las revueltas olas del Atlántico nos estrecharemos las manos identificándonos en una comunidad de aspiraciones y de intereses capaz de vigorizar intensamente un sentimiento de positiva solidaridad espiritual refractario en todo tiempo al avance de los audaces argonautas modernos...

IV

¡Seis de setiembre!... Día de terrible grandiosidad, día cuya intensa vibración trágica aún repercute en el alma viril de Santiago apacentada de continuo en los heroísmos fulgurantes... En el cuartel general de los restauradores se sabe ya de buena tinta que una fuerte columna española de las tres armas ha salido de Puerto Plata, bien provista de municiones, con el decidido propósito de obligar a las fuerzas revolucionarias a levantar el cerco del fuerte de San Luis... El general Gregorio de Lora, llamado por el general Gaspar Polanco, jefe superior de la revolución, ha venido para ponerse al frente de la columna preparada con el objeto de salir al encuentro de las tropas españolas que vienen a marchas forzadas en auxilio de los sitiados. Pero Lora, ya listo, recibe contra orden... Gaspar Polanco, en consejo de generales, ha hecho triunfar su opinión de dar un supremo asalto a la fortaleza a fin de posesionarse de ella antes que hagan su aparición Cappa y Suero... Al rayar el día 6 empezó a notar Buceta desusado movimiento en los puestos avanzados de los rebeldes como si estuvieran ultimando los preparativos para dar una embestida decisiva. Con mucha inteligencia distribuye las fuerzas que cubren los parapetos de la fortaleza. Tienen encargo, debido a la escasez de municiones, de no romper el fuego hasta que el enemigo no empiece a subir los muros... Avanza el día... Nueve de una mañana resplandeciente y cálida... Por las calles asoleadas vienen ya los restauradores con terrible ímpetu, con espantosa gritería... Llegan tan cerca que casi ponen la mano en los parapetos. Truenan el cañón. El fuego de la fusilería es incesante... Como volcán en plena erupción vomitan las murallas chorros de metralla y granizadas de balas Y la gritería no cesa: ronca, insistente, concitando a la pelea... Se combate casi a quemarropa... El general Lora cae con la pierna destrozada por una bala... Al general Luperón le matan el caballo... Nuevamente son rechazados los restauradores quienes no se amilanan por tales reveses... Pero circula en ese momento la noticia de que la columna española de auxilio está ya en Gurabito... ¡A encontrarla!, grita Gaspar Polanco y mueve apresuradamente el grueso de sus fuerzas en dirección a la Sabana para atrincherarse en los tres reductos que constituyen los únicos

puntos defendibles por aquel lado de la población. Mientras tanto, sin desalentarse, corajudo, rabioso, dispuesto a todo, Lu-perón continúa amenazando el fuerte de San Luis...

Cumpliendo una orden del general Polanco, el coronel Perico ha puesto fuego "a una casa situada en la parte de arriba del fuerte para que las llamas y el humo perjudiquen a los españoles allí atrincherados"... Estalla formidable el incendio. Favorecido por una fuerte brisa empieza a propasarse con rapidez espantosa... Las casas de por ese lado, en gran parte techadas de yaguas, son fáciles presas del voraz elemento... Pronto formaran todas ellas una inmensa hoguera. Como si fuera adrede la brisa sopla con más pujanza... Las llamas, gigantescas lenguas de fuego, se elevan a grande altura en determinados parajes... Una humareda densa y negra llena totalmente algunas calles... Y las llamas, macabro ejército de fuego a que nada resiste, prosiguen su tarea destructora amenazando no dejar en pie ningún edificio. El calor es espantoso. En el fuerte de San Luis se incendia el hospital provisionalmente formado para los heridos. Las ropas de algunos soldados de servicio en los parapetos de la fortaleza más cercanos a la inmensa hoguera cogen fuego espontáneamente. Desde los muros escuchase distintamente el siniestro crepitar de las casas que arden... Pero en el fuerte todos alientan la resolución de morir antes que rendirse. Hasta algunas mujeres allí asiladas, esposas o queridas de dominicanos que siguen la causa de España, dan muestras de decisión y varonil denuedo. A una de ellas, por repetidos rasgos de valor, en un momento de entusiasmo los soldados le colocan los galones de cabo... Afuera, monstruo insaciable, ruge el incendio pavoroso y trágico. Las llamas cumplen a maravilla su tarea de desolación y de muerte. Ganan ya los barrios más ricos y poblados... ¡Arde Santiago!... También ardieron Sagunto y Numancia en tiempos lejanos de inmortal resonancia histórica... También ardió Moscú como purificación suprema del alma rusa cuando el corso trágico profanó con su planta invasora el inviolado recinto de la ciudad sagrada... Así arden y arderán los pueblos que saben poner sobre los efímeros intereses del momento los supremos intereses de la libertad, el derecho y la justicia!... En algunos sitios el humo amontonado es tan espeso y negro que parece como que se está ya en plena noche. En ocasiones cuando un viento fuerte

barre grandes porciones de la densa humareda, alcanzase a ver trechos de calles en que se mueven hombres armados vociferando, a pie y a caballo, que van y vienen, pálidas figuras surgidas de no sé qué cuadro de horrible desolación del infierno dantesco... Mujeres y niños corren precipitadamente. Algunas llevan grandes líos de ropa en la cabeza. Uno que otro perro aúlla lúgubramente, fatídicamente. Mucha parte de esa gente marcha hacia abajo, hacia el río que impasible ante tanta desolación deja oír el acompasado y eterno susurro de sus ondas resbalando apaciblemente... Sobre todo ese abigarrado conjunto se cierne una claridad dudosa que imprime no sé qué aspectos fantásticos a las personas y a las cosas... Arde, arde la noble Santiago... La heroica ciudad se ha convertido en una inmensa pira que se alza a los cielos atestiguando su invariable decisión de independencia o muerte... Arde Santiago, pero de sus escombros, de sus casas humeantes, de sus ruinas gloriosas, purificada, potente y libre, surgirá nuevamente el alma de la patria!...

Cappa y Suero entretanto continúan su avance. Las primeras filas españolas aparecen ya en la Sabana. Desde antes de llegar a Quinigua habían comenzado a oír el continuado cañoneo indicador del terrible combate que se está riñendo en Santiago... Poco después, en la lejanía, divisan una ancha faja rojiza que ilumina siniestramente todo ese confín del horizonte... ¡Santiago ardiendo!... Adelante. La jornada ha sido ruda... Al cruzar un desfiladero cuatro soldados han caído asfixiados por el intenso calor y la rapidez de la marcha... Han repelido insignificantes agresiones... Un estremecimiento recorre las filas de los batallones al cerciorarse, todavía desde lejos, de la espantosa magnitud del incendio... Adelante... La una de la tarde... Al fin... Los restauradores esperan a pie firme a la columna española obsesionados de los reductos. Dios, Patria y Libertad... Cappa lanza sobre ellos sus batallones... con el machete en la mano, sobre un soberbio caballo, sereno, gallardo, sonriente, como si estuviera en una parada, irguiendo sobre la silla su atlético busto, un militar dominicano, de tez oscura, servidor leal de España por cuya causa morirá más tarde, avanza en primera línea, en el punto de mayor exposición, animando con su voz y con su ejemplo a las tropas que asaltan los reductos. Gándara, en su historia, lo llama el Cid de la Española... De cuando en cuando,

en medio del fragor de la batalla, entre el horrible tumulto de la lucha alzándose sobre los estribos y levantando el machete, grita en voz que oyen perfectamente españoles y dominicanos: ¡Aquí va Juan Suero! ¡Aquí va Juan Suero!...

En vano Polanco y los demás jefes se multiplican haciendo inauditos esfuerzos para prolongar la resistencia. En vano Luperón, abandonando el ataque del fuerte, acude a reforzarlos con sus terribles guerrilleros... Los españoles lo arrollan todo... Uno tras otro caen en su poder los tres reductos... Las fuerzas restauradoras maltrechas, fatigadas, sin municiones, se pronuncian en retirada, una parte en franca derrota, otra batiéndose denodadamente, defendiendo el terreno palmo a palmo... Un grupo numeroso es desalojado del cementerio donde intenta hacer un último esfuerzo. Santiago es otra vez española... Atroñadores vivas a España y a la Reina resuenan en el fuerte de San Luis en las calles llenas todavía con la humareda del incendio... Son las tres de la tarde de aquel día terrible, de insuperable intensidad trágica...

V

En el cantón de la Otra-Banda. Mañana apacible de estío. Caprichosas nubecillas, albos y alados esquifes, cruzan el diáfano azul del firmamento... Desde hace rato se está oyendo un ligero tiroteo del lado de Mari-López. Alguna guerrilla exploradora del cantón del general Luperón sin duda... Después de la entrada de Cappa a Santiago y de la consiguiente retirada de los cantones, sólo el d la Otra-Banda había permanecido en su mismo sitio. Suero lo había atacado recientemente sin éxito... En el centro del cantón, debajo de una amplia enramada de pencas de palma conversan con suma animación algunos oficiales... El coronel Perico, alma de aquel cantón, no da descanso a la lengua... Se comenta con encendidos colores, la crítica situación de los españoles en Santiago... Están nuevamente acorralados. Los cantones se han ido acercando progresivamente. La columna española que venía por Palo Quemado, hostilizada incesantemente, ha tenido que retroceder a Puerto Plata... Están otra vez incomunicados. De nada les ha valido el triunfo de Cappa y de Suero. A la

carrera están agotando sus depósitos de víveres. Tienen que rendirse. De un momento a otro se firmará la capitulación. El padre Charboneau, enviado por los españoles, ha estado dos veces en el cantón de Gurabito... Todo el mundo censura a Polanco y a Salcedo por estarse dejando embaucar por los españoles que sólo quieren irse sin entregar las armas... Nada. No tienen salvación. Que capitulen. Y son cerca de tres mil. ¡Qué triunfo para las fuerzas restauradoras! Oficiales y soldados se expresan del mismo modo... la opinión es unánime en ese sentido...

Perico Antúnez no acepta solución que no sea la rendición de armas pura y simplemente. Dejarlos irse así con el aire como de vencedores sería malograr tantos esfuerzos y sacrificios... ¡Que capitulen!... Entra y sale excitado, nervioso, violento. No puede disimular la inquietud que se enseñorea de su ánimo... Cuántas, cuántas cosas han dejado honda huella en su espíritu en los dos años y medio transcurridos desde el día, en la misma Otra-Banda, en que dio a su acongojado padre la noticia estupenda de que en el fuerte de San Luis habían quitado la bandera dominicana para poner la española. En ese tiempo se había hecho un jefe de nombradía, que tiene ya su séquito de aduladores. Muchos le siguen porque creen que hará pronto fortuna. Es valiente, arrojado, dadivoso, y no se para en pelillos de escrúpulos. En él hay, todavía casi en germen, los elementos principales que integran la psicología del caudillo férreo y absorbente que todavía florece en algunas de estas asendeadas repúblicas hispanoamericanas... Lo que hay que hacer se hace sea lo que fuere es su máxima favorita. El viejo Juan, a quien había visto ya varias veces, rebosa de júbilo contemplando a su hijo convertido en un jefe de tantas campanillas. Va ya creyendo que la bandera nacional, su bandera, flotará de nuevo en las almenas del fuerte de San Luis. Maruca goza también viendo a su hermano sano y contento... Perico sigue requebrando a Suna, siempre apetitosa, viuda ya de Chago López, muerto hacía poco menos de un año... Suna al fin, parte por inclinación y parte por miedo a las fanfarronerías del coronel, cae en sus brazos. Tan infatuado se encuentra ya con su cacho de batuta que piensa que las mujeres deben acatar sumisamente sus deseos...

La ha hecho su querida. Porque lo que él decía al capitán Pérez... Cuando se está continuamente expuesto a que en el momento me-

nos pensado una bala española deje a uno frío, lo mejor es divertirse, sí señor, divertirse cuanto se pueda... ¿Verdad, capitán?...

Las pisadas de un caballo lanzado a la carrera suenan cercanas... Coronel Perico... Coronel Perico... Corre adonde oye la voz. Un expreso que ha venido a revienta cinchas, le dice de parte del general Polanco que reúna volando la gente que pueda y corra a reunirse con él para perseguir a los españoles que se van... Se van... Se van...

¿Y el cantón de Gurabo?, interroga ansioso el coronel Perico.

El general ordenó que lo retirasen desde ayer. Los españoles lo tenían bajado...

Maldita sea su... Perico salta sobre su caballo y sin averiguar el número que lo sigue parte como un rayo desapareciendo presto detrás de un recodo del camino...

Y así era. Los españoles divididos en dos fuertes columnas marchaban ya fuera de la población camino de Puerto Plata sin haber sido hostilizados... Algunos curiosos que veían desfilar la tropa preguntaban a los soldados que *dónde era que iban a entregar las armas*... Los interpelados sonreían ante tanta candidez... Luperón, montado en cólera, ha hecho traer una pieza de artillería y con ella marcha en alcance de la columna española... La persecución se organiza... Un poco más allá de Gurabito empiezan a sufrir los españoles ligeros tiroteos... Sus filas se prolongan por el ancho camino como flexible serpiente que va progresivamente desenroscándose... Más allá de Vanegas la retaguardia española se posesiona de una aspereza del terreno, excelente posición, para entretener la fuerza perseguidora mientras la vanguardia y el centro de la columna en retirada ganan el mayor terreno posible...

La tarde desciende de los cielos serena y majestuosa... Cerca susurra tenuemente un arroyuelo de cristalinas aguas... En el horizonte, en el confín occiduo, un ancho jirón de púrpura, pincelada gigantesca, sirve de regio lecho al sol que agoniza... En la naturaleza impera una paz inmensa, melancólica y solemne...

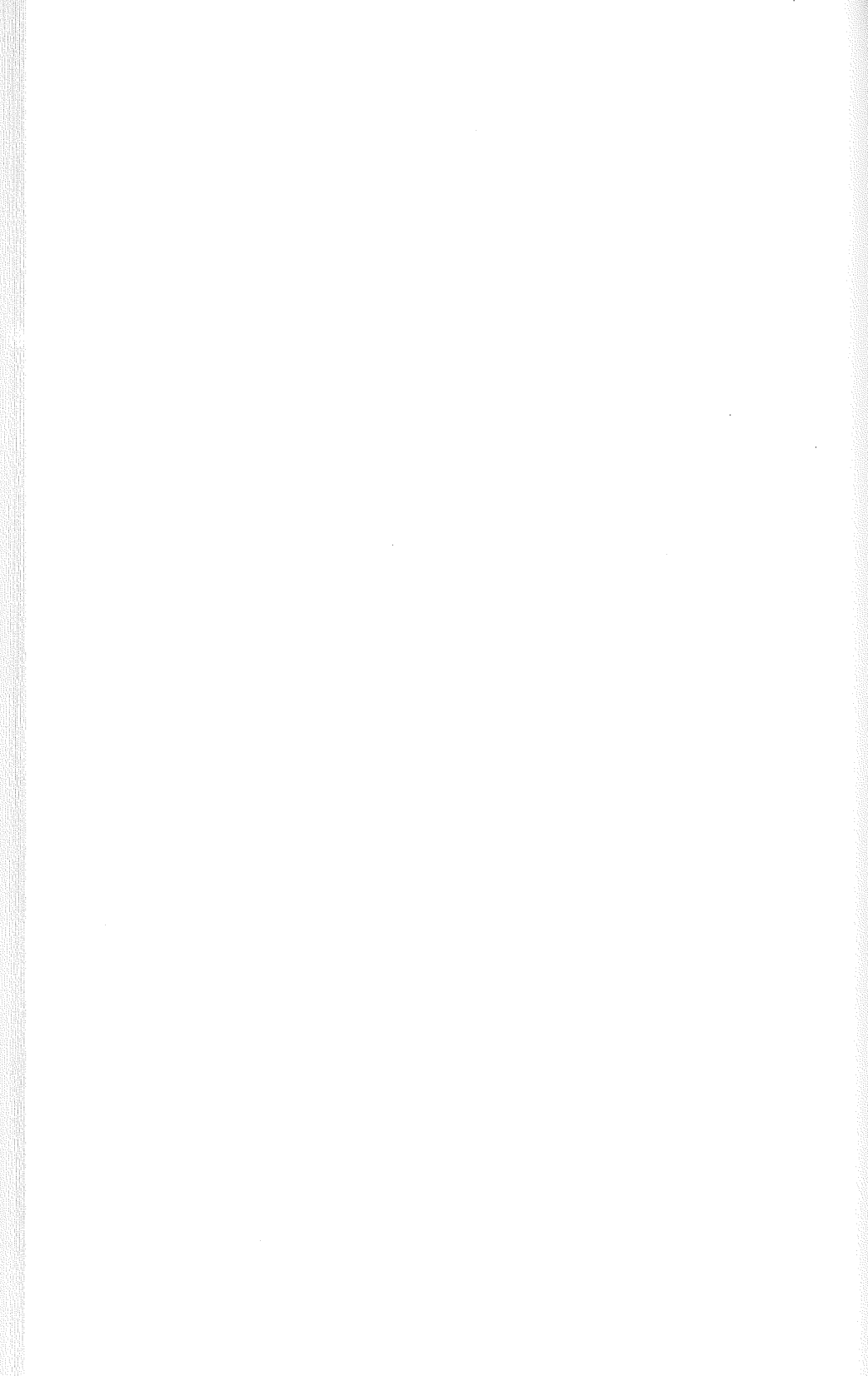
Perico a todo el correr de su caballo surge de improviso en mitad del camino seguido de una tropa de infantería poco numerosa... Los españoles están cubiertos por la maleza, bien apostados... Perico descubre algunos, y, frenético, blandiendo el machete, se abalanza sobre ellos... Suena una descarga. Una ba-

la certera mata el caballo de Perico... Pero al momento el desplomarse el noble animal, el coronel, con suma agilidad, se desembaraza de los estribos y se incorpora dando órdenes y remolineando fieramente el machete... Arriba, a ellos, grita con voz estentórea... Otra descarga... Al lado de Perico caen dos o tres... Su gente se desconcierta... Perico, rabioso, la increpa... En ese momento una bala le atraviesa el pecho. Cae... Los españoles aprovechando ese instante de pánico prosiguen su retirada lanzando una estrepitoso, ¡Viva la Reina!

Bajo la paz inmensa de la tarde que se extingue, el coronel Perico, herido mortalmente, en las ansias de la agonía, reúne en un supremo esfuerzo el resto de vida que le queda, medio se incorpora para ver a los españoles que se alejan, y envuelto en un chorro de sangre que mana de su boca lanza en el instante de expirar este grito supremo:

¡Viva la República!

GUANUMA



PÁRRAFOS

No entiendo la vida sino iluminada e intensificada por el resplandor de un ideal. No se vive realmente cuando no se tiene continuamente ante sí la visión llameante de una convicción muy arraigada o de un idealismo de suprema excelstitud moral. Ese estado de alma nos hace siempre erguirnos por encima de muchas tristes y decepcionantes realidades del momento para intentar ascender, cayendo aquí, levantándonos más allá, por el espinoso y abrupto sendero que conduce a la encendida cúspide en que irradia de continuo el magnificente ideal que determina todas las fulguraciones de nuestra inteligencia y todos los arrestos de nuestra voluntad exultada y engrandecido por la fiebre permanente de la lucha. La inmensa mayoría, el rebaño, no *vive* en cierto sentido. Vivir fecundamente, vivir de verdad, es llevar al punto máximo de intensidad nuestras energías espirituales. La vida intensificada se manifiesta en un continuo don de sí. No debemos economizar, ahorrar fuerzas mentales y volitivas que pueden ser de alguna utilidad para el mejoramiento individual y colectivo. Si hay egoísmo verdaderamente repugnante es ese egoísmo intelectual que no se traduce en continuas manifestaciones de lo que cada cual posee en ese sentido con el propósito de iluminar más o menos brillantemente el ambiente moral de la sociedad en que se vive. Lazos muy íntimos, de perdurable fuerza, unen nuestra vida individual a la vida colectiva. Todo lo que tienda dar a ésta, fuerza, cohesión, ideales, debe siempre merecer nuestro aplauso. En buen número de estos

pueblos hispanoamericanos, la existencia colectiva se desliza lánguida, monótona, *abúlica*, sin horizontes, encerrada en un círculo más o menos estrecho de resaltantes prejuicios mentales y de seculares preocupaciones. Último eslabón de una cadena de generaciones educadas en una limitación asfixiante de pensamiento y en una acción individual y social de permanente uniformidad, el actual hispanoamericano, producto en su inmensa mayoría de la integración de unidades étnicas harto diferentes, no puede sino muy difícilmente reaccionar contra la formidable herencia moral que vincula su pasado para modificar muchos de sus aspectos actuales visiblemente contrarios a principios y procedimientos de la civilización contemporánea. Bajo la acción de su mezcla con sangre indígena o africana y de la continua influencia de las condiciones físicas del territorio, la raza conquistadora ha sufrido notables modificaciones en muchas de sus principales cualidades; pero no es posible negar que sus descendientes conservan actualmente algo de ella que imprime sello característico a nuestra psicología personal y social. La facultad de evolución en el hispanoamericano que no ha perdido del todo esas primitivas cualidades determinantes de una manera especial de ver e interpretar la vida, se desarrolla muy lenta e irregularmente, necesitando de continuo de bien encaminadas y fecundas iniciativas, de ideales precisos y definidos que den finalidades prácticas a la vida colectiva y le sirvan de apropiada norma de conducta para la gradual asimilación de formas del progreso moderno sin perjudicar ni menoscabar en lo más mínimo lo que hay en estos organismos nacionales de propio y de castizo...

Cerrado el ciclo heroico, enmudecido el resonante clarín de las viejas epopeyas, tienen algunas repúblicas latinoamericanas, incoherentes, levantiscas, de muy deficiente estructura social, la ineludible necesidad de encararse resueltamente con los dos trascendentales y correlativos problemas de cuya acertada orientación depende su porvenir; su misma vida autonómica. Toda la actividad social de algunos pueblos de Hispanoamérica debe en estos momentos encaminarse de modo principal al afianzamiento del sentimiento nacional y a un acentuado movimiento de avance en su manera de ser económica que dé vigoroso impulso a la explotación de las mil riquezas que poseen, lo

que influiría decisivamente en la creación de un orden de cosas estable refractario cada vez más al caciquismo, al personalismo humillante, a la política de campanario, a los pugilatos sangrientos ocasionados generalmente por mezquinas ambiciones individuales, a cuanto en todo sentido ha contribuido a malograr muchas esperanzas de mejoramiento y muchas altas y prolíficas iniciativas. Nacionalismo vigoroso y consciente y activa y bien encauzada existencia económica se compenetran, tienen entre sí, nexos muy estrechos y muy íntimos. No es posible vivir en el desdeñoso aislamiento del Paraguay en la época sombría de los Francia y los Solano López. Todos los demás factores de la vida social se subordinan actualmente al factor económico. No quiere decir esto que hayamos parado, como forma exclusiva del adelanto social, en el materialismo histórico de Marx, sino que las condiciones de la época presente convergen a producir un orden de cosas en que lo económico aparece en primer término como base de un desenvolvimiento colectivo coherente y definido. No hay en realidad positiva vida independiente si no tiene por fuerte sustentáculo un gradual y oportuno desarrollo de la riqueza pública. Necesitamos presentarnos con decencia ante el mundo. Un pueblo de mendigos no puede realizar los múltiples fines que vincula un organismo nacional. Corre inminente riesgo de ser presa fácil de otra más civilizada y próspera toda colectividad que no sepa o no pueda enderezar su actuación al fomento científico de lo que forma las fuentes de su riqueza agrícola e industrial. No hay otra vía de salvación. Dependier económicamente de otro pueblo cuando se cuenta con elementos propios que bien explotados bastarían para libertarse de tal sujeción, es casi tan vergonzoso como estar directamente bajo su dominio político...

A la oportuna realización de un ideal de nacionalismo sereno, amplio, comprensivo, exento por entero de esa estrechez de miras que para por lo general en un exclusivismo siempre deprimente, vengo consagrando desde hace tiempo casi todas las modestas actividades de mi pensamiento y de mi pluma. El sentimiento nacional, fraccionario e incompleto todavía en ciertos aspectos, ha florecido muy dificultosamente en estas asende-readas democracias hispanoamericanas. Embrionaria y confusa, la conciencia de una personalidad nacional despierta en

ellas en los albores de la pasada centuria, y va, al través de miles de dificultades, cobrando fuerza, afirmándose en los campos de batalla y en actuaciones de asambleas políticas hasta alcanzar las formas de relativa estabilidad que presenta actualmente. Pero aun en medio de los azares de la epopeya emancipadora salta a la vista que sólo una parte de la población dirigida por una *élite* simpatiza con el magno ideal de la independencia y le presta su ardoroso concurso. Concluida la gran obra, la conciencia de una personalidad nacional capaz de realizar determinados fines jurídicos va desenvolviéndose lentamente hasta arribar a cierta, satisfactoria urdimbre por la convergencia de resaltantes factores de diversa índole. De una unidad étnica, algo compleja, de la misma lengua, de idénticas peculiaridades sociales, va saliendo un sentimiento nacional determinado en ciertas porciones de territorio por accidentes geográficos e históricos hasta constituir sólidamente el ambiente moral de las veinte repúblicas de civilización latina esparcidas desde México hasta las extremidades patagónicas. La mayor fuerza intensiva de ese sentimiento vibra y palpita de continuo en la historia de cada una de ellas. El movimiento literario en estas nacionalidades de reciente formación y de vida precaria, debe encauzarse, de modo principal, en el estudio de lo que históricamente las particulariza y distingue. Material fecundo de semejante movimiento literario --estancado casi siempre en propósitos de servil imitación o de imposible asimilación de modalidades de vida extranjera que en nuestra embrionario mentalidad resultan pueriles o ridículos-- existe en la observación de resaltantes peculiaridades de nuestra vida social, en el colorido local de algunas de nuestras ciudades, en lo típico de ciertas costumbres urbanas y rurales, y sobre todo en nuestra historia desde los tiempos relativamente lejanos del descubrimiento y de la conquista hasta la grandiosa epopeya de la independencia. Lo nuestro, lo que nos rodea, la tierra que pisamos y en la que duermen el eterno sueño nuestros progenitores, el ambiente moral en que vivimos, deben constituir para nosotros en primer término la síntesis luminosa de toda bien comprendida finalidad estética. Eso no significa en manera alguna --sólo los miopes de espíritu pueden pensarlo-- la exclusión sistemática de motivos de creación artística que no sean de nuestro ambiente nacional. No tiro en modo al-

guno a encerrar nuestra vida literaria en un cauce único que a la larga la haría monótona y cansada. Lo que quiero es que consagremos parte, la mayor posible, de nuestra actividad creadora a vigorizar y prestigiar el sentimiento nacional hoy tan decaído y maltrecho que cualquiera a primera vista lo creería en vías de próxima y dolorosa extinción... lo que deseo es que frente a la amenaza del imperialismo yanqui unamos nuestros esfuerzos para crear una atmósfera de radical nacionalismo en absoluto refractaria a cuanto se dirija a lesionar o extinguir lo que integra y precisa nuestra autonomía política. Venga de donde viniera, recibamos con los brazos abiertos al progreso moderno en todas sus formas y manifestaciones culturales, pero sin consentir jamás que de ello se derive nada que pueda mermar o herir de muerte la herencia gloriosa que recibimos de los excelsos fundadores de la nacionalidad dominicana...

* *
*

Con *Guanuma*, con este libro de deficiente evocación histórica, se termina la trilogía patriótica que comienza en *Rufinito* y continúa en *Alma dominicana*. Esos tres libros se inspiran en el ideal de fecundo nacionalismo que sustento con fe de convencido sin desalentarme concediendo exagerada importancia a aspectos en extremo desconsoladores de la realidad circunstante. Una ola de negro pesimismo, arrollándolo todo, amenaza cubrir las cimas mismas en que se han refugiado los idealismos más ingentes y luminosos de la vida. El culto de un utilitarismo burdo y grosero tiende a ahuyentar de muchas almas el amor mismo de la patria. Sólo hay simpatías y genuflexiones para el becerro de oro. Va siendo cada vez más reducido el número de los que sin mira de interés mezquino laboran tesoneramente por la realización de un propósito de verdadera grandeza nacional. El instinto del rebaño, cada vez más acentuado, tiende a justificar al superhombre nietzscheano. Como serpiente que va lentamente comprimiendo su presa, un criterio de refinado escepticismo, de acerba y cruel negación, priva en casi todas las esferas redu-

ciendo el espacio en que aún se yerguen excelsos principios de libertad, de derecho y de justicia. Como si hubiésemos perdido el rumbo, parece que vagamos al azar, completamente extraviados, como el personaje de una leyenda fantástica, por una selva sombría, pisando indiferentes los cadáveres de las cosas que más ennoblecen y justifican la vida... No importa. Ante el indiferentismo y el pesimismo imperantes, que amenazan no dejar en pie ninguna creencia, alzo mi voz serena apacentada constantemente en un ideal de encendido amor patrio. En esta obra, defectuosa sin duda como mía, prosigo en forma novelesca, sin pretensiones, para que así pueda llegar más fácilmente al alma del pueblo, la narración de los hechos de inmarcesible heroísmo que contiene nuestra última epopeya libertadora. Un espíritu de serena y amplia mirada crítica, el cultísimo escritor Pedro Henríquez Ureña, dice refiriéndose a mi anterior volumen de propaganda nacionalista: "Obras como *Alma dominicana*, en que el interés narrativo y episódico sirve para difundir un concepto sintético y superior de la historia nacional, son los más útiles en nuestros países..." Bajo formas más o menos acentuadas de ficción novelesca, he querido evocar aspectos interesantes de nuestra historia con el fin de revivir lo más intensamente posible cuanto en los trágicos períodos de formación y de consolidación de nuestra nacionalidad fulguró como suprema condensación de puro patriotismo en el alma indómita de nuestros antecesores. Es necesario, hoy más que nunca, vigorizar y exultar el sentimiento nacional. Si no lo consigo por ningún lado, me quedará en mi retiro por lo menos la honra y la satisfacción íntima de haberlo intentado...

Para cierto retoricismo que aún colea quizás haga mal en llamar novela a este libro. Si lo califico de tal es por la parte de ficción que he juzgado conveniente introducir en él, sin pretender por ello sentar plaza de novelista en el sentido estrecho y retórico que para muchos tiene esta palabra. Ha llovido bastante desde que Emilio Zola en sus *Nuevos estudios literarios* exponía a ese respecto lo siguiente: La novela no tiene ya marco especial, puede tocar todos los géneros. Lo aborda todo, escribe la historia, trata de filosofía y fisiología, se remonta a la poesía, estudia las cuestiones más diversas, la política, la economía social, la religión, las costumbres. La naturaleza entera es su dominio. En-

tra en ella libremente adoptando la forma que mejor le place sin reconocer ni detenerse ante ningún límite. Estamos muy lejos de la novela tal como la entendían nuestros padres, como una obra de pura imaginación, de pura distracción. Esta opinión sigue todavía en provincia y en ciertas esferas académicas.

El elemento imaginativo tiene en *Guanuma* más importancia que en mis anteriores libros nacionalistas, sin que por eso, en lo esencial, salga menoscabada la realidad histórica. El conjunto de ciertos hechos de alta resonancia constituye en sus páginas una especie de visión sintética de un pasado no muy remoto, pero por la generalidad bastante mal conocido y apreciado. Sin conseguirlo seguramente, he intentado reconstruir esos momentos álgidos de nuestra existencia histórica con su propio y peculiar colorido. Claro está que esa verdad no se contrae a puntos insignificantes de detalle, a pormenores de mayor o menor cuantía, sino a la realidad integral, a la visión sintética del conjunto que es lo que debe avalorar y abrillantar toda serena y fructuosa investigación histórica. Al estudiar atentamente las fases principales de la campaña restauradora, échase de ver, sin ningún esfuerzo mental, la importancia que en ella tiene el célebre campamento de Guanuma. En ese nefasto sitio, mucho mejor que en ninguna otra parte, se patentiza con vivos colores el rápido desgaste del inmenso prestigio del principal autor de la Anexión. Allí se consumieron estérilmente las cualidades del heroico valor y de tremenda energía que dan peculiarísimo relieve a la personalidad histórica del Marqués de las Carreras. Allí principia la fase definitiva del descenso del reciente poderío colonial. El campamento de Guanuma no tiene el esplendor y el atractivo de una leyenda épica, sino una resonancia que evoca la visión fúnebre de un campo desolado y frío, poblado de sombras dolientes, en que a toda hora escúchense imprecaciones y gemidos... Ante el historiador aparece como un vasto cementerio en que reposan para siempre los tremendos errores las concupiscencias, las ambiciones la hora más crítica de nuestra actuación histórica. Tengo para mí que la guerra restauradora hubiera tomado diferente sesgo desde un punto de vista exclusivamente militar, si Santana, en lugar de emprender su marcha al Cibao el 15 de setiembre justamente al principiar las lluvias torrenciales que iban a convertir las vías de comunica-

ción en verdaderos lodazales, hubiera iniciado su movimiento de avance diez o quince días antes, secos por completo los caminos y en momentos en que podía cruzar sin el más leve impedimento los peligrosos desfiladeros de la cordillera Central y darse fácilmente la mano con las fuerzas españolas que aún permanecían en Santiago y con los refuerzos que indefectiblemente recibiría por vía de Puerto Plata. Así se hubiera podido formar un núcleo muy respetable, cinco o seis mil hombres por lo menos, que, bajo la experta dirección del general Santana aún dueño de un gran prestigio militar, habría sido capaz de arrollar hasta las mismas fronteras las colecticias y mal armadas fuerzas dominicanas que sólo dos días antes de salir Santana de la Capital, adueñábanse con formidable empuje de la incendiada capital del Cibao. Felizmente para nosotros perdieron los contrarios un tiempo preciosísimo, y en la guerra, como en todas las cosas, el tiempo bien aprovechado es quizás el principal de los factores que determinan el éxito. No quiere esto decir que, a la larga, el resultado definitivo hubiera sido distinto. El triunfo hubiera al fin coronado los esfuerzos de los patriotas vista su indomable decisión de sacrificarlo todo antes que seguir en el rango humillante de colonos; pero la guerra hubiera sido seguramente más larga, costosa y sangrienta...

En el primer momento tiene cierta justificación el acantonamiento de Santana en la llanura de Juan Álvarez. Desde allí podía conservar su línea de comunicaciones con Santo Domingo, centro principal de los recursos militares de la colonia, oponerse con éxito a la invasión de las huestes cibaenas y resguardar del contagio revolucionario las comarcas orientales donde principalmente radicaban sus bienes personales. Con su conocimiento del país, comprendió a tiempo que perdida Santiago e insurreccionada toda la gente belicosa de aquel extenso territorio, su expedición al centro del Cibao sería un solemne fracaso. Las circunstancias eran demasiado adversas para tal propósito. Nadie tenía tanto interés como él en apresurar la pacificación de la flamante colonia, pero discernía claramente que aún forzados los desfiladeros de la hilera central el resultado definitivo le sería hartamente funesto. No merece a mi juicio censura por haber desistido de tal idea; aunque si es acreedor a justas acusaciones por su larga permanencia en Guanuma cuando ya las

chispas de la hoguera revolucionaria habían principiado a incendiar el Este y sólo a duras penas podía con sus huestes horriblemente mermadas por las enfermedades mantener seguras sus comunicaciones con la capital de la colonia. Las causas de todo género que aniquilaban a aquellos sufridos soldados españoles sólo empleados en intermitentes y sangrientas expediciones a los cantones vecinos sin ningún resultado que diese indicio de próxima pacificación, iban en los sostenedores de la causa peninsular labrando un sentimiento de desconfianza respecto del desenlace definitivo, pesimismo que se traducía en múltiples hechos; mientras que producía en los que en montañas y en llanuras tremolaban la bandera dominicana la creencia de que tal estacionamiento y continua merma de fuerzas, contribuiría de modo poderoso, moral y materialmente, al triunfo definitivo de la causa restauradora. El campamento de Guanuma contiene los gérmenes que fructificando copiosamente más tarde inician el descenso que luego circunstancias de diversa índole precipitaran rápidamente. Tal nombre cuadra, pues, bien a este libro como título, por más que sólo una parte de su argumento se desenvuelve en aquel lugar tan desastroso para la causa española. Visto de cierta manera, Guanuma es un nombre sintético que comprende y resume la segunda parte de la campaña que puso fin a la obra anexionista con la retirada de las tropas españolas del territorio dominicano independiente otra vez por la tenacidad y el heroísmo de sus hijos.

* *

*

He escrito estas páginas de acendrado amor patrio en horas de dolor y de espanto, en los momentos en que la guerra civil, una de las más prolongadas que registra nuestra historia, pasea su negro estandarte por las ciudades y campos de la República. Un soplo de violencia y de locura parece haberse infiltrado en todas las almas. Hasta mi cuarto de estudio, ensordecedores, llegan los ecos de la lucha sangrienta en que se consumen las últimas energías de un pueblo noble y perpetuamente extraviado.

Vivimos, desde hace meses, sumergidos en una atmósfera enraizada de celos, de suspicacias, de rencores y de odios. Ciudades, montañas y llanuras se cubren de muertos y de heridos, sangrientos despojos que arrancan de las almas angustiadas exclamaciones de dolor y vibrantes anatemas. Y horrendo, incesante, macábrico, prosigue el tumulto de la feral contienda, sin que por ningún lado del horizonte ensombrecido despunten los signos precursores de próxima bonanza. Por causas de complejidad étnica y de probada incapacidad dirigente, nuestra vida política, ayer como hoy, se ha desenvuelto en un ambiente donde, salvo contados momentos de respiro, se ha oído solamente el estridor de las armas, el vocerío del combate, el ruido de fratricidas contiendas en que rarísimas veces ha asomado la bienhechora fulguración de un ideal. En el hibridismo de nuestra sangre, principalmente, reside el veneno cuya persistente acción, aún no modificada o extinguida por la irrupción de otros factores étnicos, nos impulsa a tales barbaridades y demencias. Nuestro característico fondo de insubordinación, nuestro temperamento levantisco, rebelde a todo bien encaminado control, a toda necesaria sujeción jurídica, herencia acumulada de siglos y aún no corregida por una dirección capaz de encauzar por rumbos más civilizadores tales formas de nuestra manera de ser, explican nuestras frecuentes guerras civiles, los caudillos engrdeidos y soberbios, los dictadores que durante períodos más o menos prolongados han contenido con mano de hierro los desbordamientos anárquicos de una democracia incoherente e ignorante para erigirse en verdaderos señores feudales de horca y cuchillo y dueños absolutos de vidas y haciendas...

La conquista de un justo medio en que pudieran armonizarse jurídicamente formas en apariencia antagónicas para el afianzamiento en el orden de una libertad cada vez más progresiva y fecunda, parece cosa superior a nuestros esfuerzos, concepción de vida política incapaz de aclimatarse en nuestro ambiente anárquico confuso, mientras éste no se modifique por la fusión con otros elementos étnicos de allende el mar y por un paralelo y eficaz desarrollo de la riqueza pública... Antaño *azules y rojos* se disputaban sañudamente el poder incurriendo en extremos aterradores de violencias y de odios. Pero en esas banderías políticas existía siempre un fondo de fanatismo personal

en que la pasión, encendida y desbordada, prestaba al sangriento pugilato formas de cierto colorido romántico en que no había asomos de lucro individual, y que, desde cierto punto de vista, atenuaban las crudezas del tremendo choque partidarista. Ya no se ve nada de eso. Hoy no se lucha sino por el mendrugo, por la ración, por el empleo. No se cree en nada ni en nadie. Las palabras resonantes de paz, patria, libertad, progreso, organización y tantas otras, son términos convencionales, especie de epitafios puestos sobre cosas ya muertas en el ánimo de muchos, etiquetas o rótulos con que caudillos de segundo o tercer orden y escritores de cierta laya encubren vanidades pueriles, bastardas ambiciones y menguados apetitos. Quien, en estas horas de tristeza, explorase serenamente ciertos rincones de nuestra psicología política retrocedería espantado viendo en ella sólo fructificar los gérmenes morbosos precursores de un fatal y completo desquiciamiento. En la vesania colectiva que en estos momentos dolorosos pone acerbo duelo en las almas que tenazmente aspiran a la implantación gradual de un régimen de urdimbre civilista, cabe una gran responsabilidad tanto a los de arriba como a los de abajo. Parécenme tan culpables los que siempre se han aferrado al poder como si lo gozasen por juro de heredad como los que sin pararse en barras tratan de arrojarlos de las alturas para ponerse en su lugar. En la injustificable lucha actual que unos y otros en patriótico acuerdo pudieran haber evitado; frente a las pasiones políticas exacerbadas y corriendo atropelladas por cauces de inaudita violencia, lo que más duele es que se dé ese vergonzoso espectáculo en momentos de amarga incertidumbre, de dolorosa expectación para los pueblos latinos de América y muy particularmente para los que en el riente archipiélago antillano conservan una independencia más o menos vacilante y precaria. Parecemos como un pueblo prematuramente envejecido que, indiferente, en plena inconsciencia, espera su extinción entregándose con fruición bizantina a algaradas sangrientas que apresuren el inevitable resultado. La sombra inmensa que proyecta el coloso del Norte va lentamente avanzando...

Aún es tiempo de salvarnos. Hagamos un alto estable en la luz. Detengámonos al borde del abismo, del negro abismo en que vamos a precipitar impíamente la patria de nuestras glorias

y de nuestros amores. Que cada cual sacrifique algo de sus particulares ambiciones para llegar a una situación de relativa estabilidad de todos y para todos a fin de restañar heridas y hacer reinar una paz moral, una paz espontánea a cuya sombra puedan tener vida efectiva las instituciones republicanas y desarrollarse todos los inmensos veneros de riqueza que oculta nuestra tierra en sus fecundas entrañas... Aún podemos, si lo deseamos sinceramente, alcanzar un próximo mejoramiento en todos los aspectos de la vida nacional... Levantemos un altar a la diosa esperanza. No nos dejemos vencer por un torpe y disolvente pesimismo... Bajo el cielo incendiado por la ira desatada de la tempestad, la tierra, hondamente conmovida, se estremece como si sobre ella pasara el soplo del dios sañudo e iracundo de las leyendas bíblicas... El viento desencadenado amenaza desarraigar los árboles centenarios de la selva en que en días de trágica desolación encontró momentáneo refugio el perseguido indio quisqueyano. El rayo fragoroso abate las cimas de las palmeras que se alzan, como mástiles de verdura, en la sabana pintoresca... El río, el viejo río, se desborda rugiente cubriendo con el raudal impetuoso de sus aguas los arbustos que festonean sus orillas y los terrenos circunstantes en que el labrador levantó su choza y cultivó su predio. La tempestad, ave de negro e inmenso plumaje, extiende sus alas gigantescas llenando de sombras el cielo y la tierra... Pero, aún en medio de la borrasca, las fuerzas en apariencia interrumpidas que actúan en el laboratorio inmenso de la naturaleza continúan su obra de perpetua renovación... La selva antigua recobrará su prístina lozanía; el río tornará a correr majestuoso y sosegado por su viejo cauce, y sobre las almas y las cosas perturbadas flotará nuevamente la divina serenidad de una vida luminosa y perdurable...

16 de agosto de 1912.

AL CIBAO

Toques repetidos de cornetas, relinchos de caballos, frecuentes y vibrantes voces de mando, escúchanse desde el amanecer en el amplio patio de la Fuerza. En correcta formación, las tropas se extienden en líneas paralelas a todo lo largo del extenso recinto. Diáfana y riente despunta la mañana. Los primeros lampos solares encienden las vetustas piedras del histórico homenaje en cuya cima acaba de izarse, saludada por cornetas y tambores, la gloriosa bandera española. Es incesante el trajinar en el extenso patio. Mil rumores distintos se confunden en un ruido ensordecedor que se amortigua o crece por momentos. En los raros instantes de silencio, óyese, distintamente, el monótono murmullo de la corriente del Ozama que va a confundir sus turbias aguas con el mar cercano, con el azul Caribe que muge airado convirtiendo sus ondas en caprichosos arabescos de nivea espuma al chocar con los arenales y arrecifes del sinuoso contorno de la costa...

Era una hermosa mañana estival de mediados de setiembre de 1863. A medida que alzaba el día íbase desvaneciendo el suave frescor matinal, presagio seguro de que seguiría reinando el mismo intenso calor de hacía muchas semanas. Aunque ya no podían tardar las lluvias, ninguna ráfaga refrescante de agua había venido, desde hacía algunos meses, a atenuar el intenso bochorno de aquella estación canicular. En la comba sidérea, apenas manchada por una que otra caprichosa nubecilla, resplandecía un azul intenso, magnífica pincelada de cobalto... Los corceles

de los escuadrones españoles piafan impacientes. De un lado, reprochablemente alineadas, aparecen las tropas peninsulares listas para emprender la marcha. Son batallones de veteranos, cuerpos ungidos por la gloria, que llevan nombres de inmortal resonancia épica. ¡San Quintín! ¡Bailén! ¡San Marcial!... Esos nombres resuenan como los cantos de un poema de insuperable heroísmo. Evocan leyendas de fúlgido ardimiento bélico... Como trofeos de victoria llevan los recientes laureles de la guerra de África y abrigan la esperanza de reverdecerlos con nuevos resonantes triunfos en la brava tierra quisqueyana... Detrás, en el fondo, cerrando el pintoresco cuadro, las reservas de San Cristóbal, infantería y caballería, cubren una ancha porción de terreno...

Aún se espera la orden de romper la marcha. Aguárdase por instantes al general Santana, quien se encuentra en ese momento en íntima conferencia con Rivero, el Capitán General. Bajo, bajo se susurra que ambos tutumpotes están en desacuerdo. La columna puesta bajo la experta dirección del Marqués de las Carreras consta de más de dos mil hombres de las tres armas, gente toda avezada al combate, curtida ya en recias andanzas bélicas. En la oficialidad española, que desconocía por completo la gravedad de los sucesos ocurridos en el Cibao, circulaban los rumores más optimistas, predominando una ciega confianza en el rápido éxito de las operaciones. Aquélla resultaría indudablemente un paseo militar. Qué fuerza tendrían aquellos desarropados mambises para enfrentársela a una columna de tal número y calidad mandada por el mismísimo general Santana, el invencible caudillo, azote y espanto de sus enemigos! Mal año para los facciosos cibaños. Ya sabrán cuántas son cinco. Bastará presentarse Santana para que echen a correr como galgos los despavoridos insurrectos.

Y esta vez el castigo va a ser rudo. Quedarán escarmentados para mucho tiempo. Firme, firme... Las cornetas esparcen con insistencia sus bélicas vibraciones. Resuena cercano un clarín anunciando la llegada del general en jefe. Jinete en un soberbio caballo negro, como deslumbrante aparición, surge el general Pedro Santana acompañado de un lucido grupo de generales y oficiales. Antes que se inicie el desfile quiere revistar las tropas que bajo su mando van resueltas a ahogar en su sangre la nueva rebelión del levantisco Cibao. El Marqués de las Carreras pa-

sa rápidamente por delante de los batallones que presentan armas. De las filas de las milicias criollas parten algunas aclamaciones. Y comienza la salida. Lentamente, marcando el paso, de cuatro en fondo, desfilan las compañías con gesto marcial por el amplio y monumental portón que forma la principal entrada del vastísimo cuartel de La Fuerza, uno de los más grandes de América... Afuera, en las calles vecinas, bulle, se agita impaciente la muchedumbre congregada desde muy temprano para presenciar la marcha de la columna. Por la larga calle del Conde hormiguea la gente estacionada en esquinas, calzadas, puertas, ventanas, balcones. En la acera del Vivac y en la esquina de Plateros, algunos curiosos, en rápida charla, echan afuera sus impresiones. Se ven caras sombrías reveladoras de hondo sufrimiento; caras de gente patriota que, impresionada por el alarde militar, se deja ganar por el desaliento juzgando perdida toda esperanza. Como curioso contraste, resplandece en algunos semblantes una gran alegría. En su mayor número son de dominicanos españolizados. En el gentío, salvo contadas excepciones, parece imperar la creencia de que nadie podrá contener el formidable empuje de la columna que manda el caudillo vencedor en Azua y las Carreras...

Locura y locura, exclama un viejecito de tez algo oscura, de ojos saltones, vestido con cierta elegancia, que no deja un solo instante de la mano el dije de una gruesa cadena de oro... Obra de locos y no otra cosa, dice con acento de convencido, es sublevarse contra los blancos. Ya se sabe que son unos vagabundos, cuatro gatos que no tienen nada que perder...

El comandante Arroyo le dijo a mi comadre Mercedes que el bochinche no tenía ninguna importancia; que a esta hora ya Buceta le habría sentado duramente la mano a los revoltosos... Es necesario acabar de una vez con esa gente que lo que quiere es vivir sin bajar el lomo...

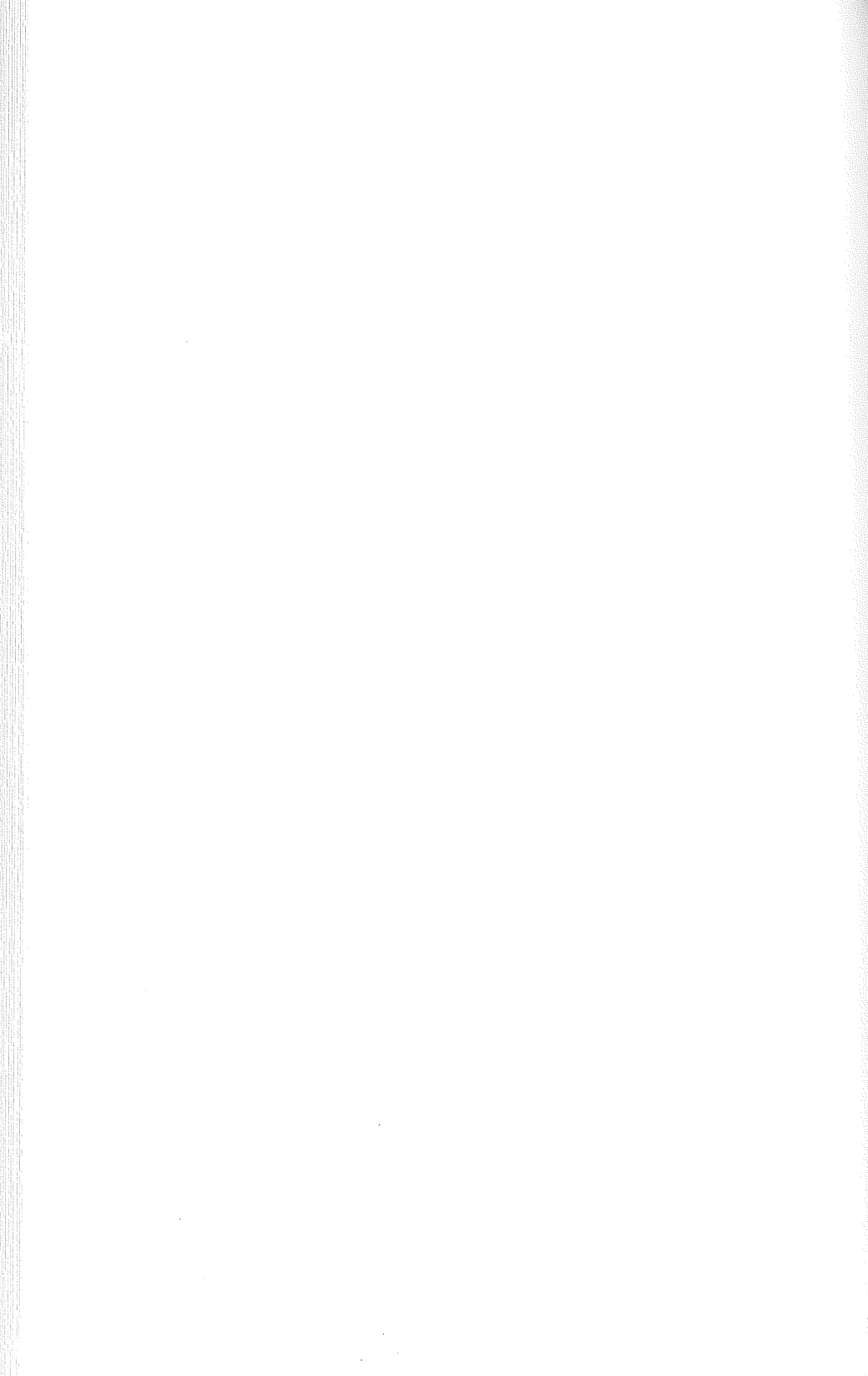
Batimos a los haitianos porque sus fuerzas eran poco más o menos como las nuestras; pero a los blancos, ¡quíá!... ¡Cuándo! Si son millones y con muchos cuartos. Pensarlo solamente parece cosa de chiflados. Y con un turpén como el viejo. Santana tiene la mano pesada; no se anda con chiquitas. Ya oiremos pronto el trueno. ¡A quien le caiga encima el general, Jesucristo lo favorezca!...

Al escuchar tales pronósticos, los simpatizadores de la revolución fruncen el ceño, sin atreverse a decir ni una jota en contra. Si tal hicieran seguramente irían a parar, a algún oscuro calabozo del Homenaje, a Colón o al *pañuelo*... Tales pronósticos sólo pueden salir de bocas de impenitentes santanistas. Y lo peor del caso es que surgen con tal fuerza de lógica y de exactitud que aun los más fervorosos sienten el frío del desaliento hasta en lo más íntimo de sus almas...

Pasan, pasan los batallones... El sol, un sol abrasador de estío, arranca chispas, pone deslumbrantes reflejos en los sables desenvainados, en los centenares de bayonetas que pasan como una fulmínea visión guerrera... De pronto, con rapidez eléctrica, cunde entre el gentío el rumor de que se aproxima el general Santana. Mil miradas convergen al punto por donde aparece el temible caudillo... Sereno, adusto, deja de cuando en vez caer una mirada como distraída sobre el compacto gentío. Viste pantalones de dril oscuro que comprimen unas botas altas y lustrosas, chaquetilla azul cerrada con botones dorados y cubre su basta cabeza un fino sombrero panameño en cuyo lado izquierdo luce una vistosa escarpela española. Pasa altivo, desdeñoso, con el mismo ademán displicente que en los días ya lejanos de sus grandes ovaciones triunfales... De pronto parece su rostro haberse tornado más adusto, más sombrío. En la mirada que, al cruzar, clava en él la muchedumbre, el gentío que le contempla ávidamente, ¿habrá atisbado irradiaciones de cólera, de temor, de odio? ¿Habrán, acaso, avizorado algo que por natural asociación de ideas le rememore el luctuoso pasado de su vida histórica, ese pasado tormentoso, trágico, en que yacen confundidamente amontonadas las infelices víctimas de su implacable rencor de mandatario engreído? ¿Habrán conocido en aquel hormigueo humano algún pariente de los que, segados en flor, cayeron bajo la hoz de su implacable dictadura?...

La visión va lentamente desvaneciéndose... En aquel instante nadie parece tener fe en el movimiento insurreccional que hacía un mes había estallado en la frontera Noroeste. Casi todos suponían, y muy fundadamente por cierto, que era imposible, de toda imposibilidad, soñar en vencer a la poderosa España. La vuelta definitiva al estado colonial, era ya, según la frase vulgar, clavo pasado. ¿Para qué obstinarse en luchar contra el destino?

La columna ha pasado ya por la sacra puerta del Conde donde aún retumban las entusiastas aclamaciones de los próceres febreristas y tomado la dirección del Norte. En el cielo empiezan a agolparse negros nubarrones. Una espesa nube de polvo oculta ya la columna a la mirada de los últimos curiosos. Los grupos estacionados en plazas y calles han ido lentamente dispersándose. Bajo el incendio solar, Santo Domingo de Guzmán yace nuevamente en la cotidiana paz, en la uniforme tranquilidad de una vida de vieja urbe medioeval, de una vida sin perturbaciones que tiene mucho de conventual y de solemne...



EN SANTIAGO

En Santiago se sabe ya que las tropas españolas se encuentran al amparo de las fortificaciones de Puerto Plata después de haber sufrido grandísimas pérdidas en su desastrosa retirada.* En aquel momento la revolución impera con absoluto señorío en las comarcas cibaenas. Pero carece de unidad de dirección, de un centro que imprima la posible organización a todos los ramos administrativos y dé vigoroso impulso a la guerra acabada de principiar puede decirse y que hay que continuar a todo trance y por todos los medios hasta vencer o morir... Como testigos elocuentísimos de su heroísmo legendario, la gloriosa ciudad cibaena, bajo la pompa de un sol ardientísimo que pone en las cosas como reverberaciones de incendio, exhibe con patriótico orgullo sus numerosas casas calcinadas, sus ruinas todavía humeantes... A trechos, aquí y allá, en irregularidad pintoresca, paredes ennegrecidas por el humo, edificios en parte destruidos, sin techo, que por los huecos de sus puertas y ventanas dejan ver los departamentos interiores que ofrecen el aspecto de la sombría desolación y en los que de continuo penetra afanosa la chiquillería rastreando joyas o monedas perdidas; conjunto de cosas que hablan intensamente, con soberana elocuencia, de los días tremendos y trágicos que acaban de transcurrir, de los días en que Santiago, en sublime holocausto lo ofrendó todo en aras

* Ver *Alma dominicana*.

del ideal grandioso de la restauración de la República. Escasísimos son los edificios que quedan en pie, que han logrado salvarse de las llamas. En uno de ellos, una casa alta de bastante apariencia ubicada en la calle de las Rosas se ha congregado, el 14 de setiembre, el pueblo santiagués para, por medio de un solemne documento, manifestar al mundo su irrevocable decisión de recobrar la perdida autonomía. Y ese mismo día, por indicación unánime del pueblo, se nombra, en medio de ruidosas manifestaciones de entusiasmo patriótico, el gobierno provisional que regirá los destinos del país mientras duren las presentes azarasas circunstancias. Ciudadanos de acrisolado amor patrio, de relevante probidad, de acentuado mérito intelectual, son los escogidos para constituir el gobierno que en aquella hora de suprema expectación va a consagrar todas sus iniciativas y energías, todo el caudal de su abnegación, toda su incontrastable decisión a la obra de restaurar la nacionalidad dominicana torpe y alevosamente destruida por los liberticidas del 18 de Marzo.

José Antonio Salcedo, el general Pepillo como cariñosamente le llamaban sus amigos, figura con unánime aquiescencia como presidente del recién instaurado gobierno provisional. Visto serenamente, a cierta distancia, sin sombras de pasión o de rencor como conviene mirar estas cosas el general Pepillo resulta, como lo fue en su vida, una figura eminentemente simpática, ennoblecida por el martirio, que evoca el recuerdo de muchos viejos paladines ungidos por inmarcesibles glorias de resonantes proezas legendarias. Noble, sencillo, tolerante, generoso, humano, débil en sus afectos, sus errores, que no fueron pocos, sus intermitentes explosiones de violencia, su misma intemperancia en la bebida, no alcanzan a menoscabar sus sobresalientes cualidades de caudillo estructurado para ejercer influencia casi decisiva aunque poco durable en el instante álgido de un tormentoso período histórico. De un valor rayano en la temeridad, brilló notablemente en las penosas campañas contra los haitianos hasta ganar con sus no interrumpidos servicios el grado de coronel. De él se cuentan hechos prodigiosos. Especie de Páez dominicano, magnífico jinete, cabalga días y días sin que sus músculos de acero sientan por un momento la natural impresión del cansancio. Por su debilidad con ciertos amigos, toleró, inconscientemente, que a su alrededor se urdieran intrigas

protervas que atisbaban los ojos escrutadores de sus enemigos para explotarlas como armas mezquinas contra el incauto mandatario. "De corta estatura, dice en sus *Memorias* Manuel R. Objío, su fuerza física no estaba en relación con su tamaño; de un tajo de su sable rendía muerto a un hombre, derribaba un toro sin dificultad o la paraba en su carrera teniéndole por el rabo". Víctima inocente, sacrificada a destiempo por implacables rencores partidaristas, cruzó como rauda aparición por el ensangrentado horizonte de nuestra dramática historia dejando tras sí fulguraciones de perdurable memoria. Cayó cobardemente atravesado por el plomo de sus mismos compañeros de armas, en un triste día de noviembre, en una playa solitaria, pegado a unos uveros, de cara al mar, confundiendo el ruido de la descarga asesina con el rumor del oleaje del Atlántico que se estrellaba impetuoso y mugidor en los arenales y acantilados de la costa bravía...

La primera atención del nuevo gobierno concretóse naturalmente a establecer por el Norte y por el Sur las correspondientes líneas de defensa a fin de estar en situación de rechazar ventajosamente posibles agresiones españolas y de llevar el espíritu revolucionario, por todos los medios a ello conducentes, a las regiones del país aún libres del contagio insurreccional. Las operaciones marchaban viento en popa por el lado de Puerto Plata. El sitio de la ciudad será cada vez más estrecho. Se conoce con relativa exactitud el número de hombres que la guarnecen y los preparativos que hacen los españoles para la defensa tenaz de aquella plaza dueña de un fuerte poco menos que inexpugnable por su excelente situación topográfica. Pero no se pretenderá, cosa punto menos que imposible, tomarlo a viva fuerza. Los españoles tienen a Puerto Plata como base de operaciones para invadir nuevamente el interior secundando vigorosamente un posible avance de los suyos por el lado del Norte... En Santiago, en aquel momento, se ignora todo, o casi todo, lo que está acaeciendo en el Sur y en el Este. De Santo Domingo, particularmente, no se sabe absolutamente nada. Con la premura que exige el caso, se han expedido ya las órdenes oportunas para establecer fuertes cantones en determinados puntos estratégicos a fin de impedir decididamente y hasta donde sea dable que el ejército español, salvando con un movimiento vigoroso

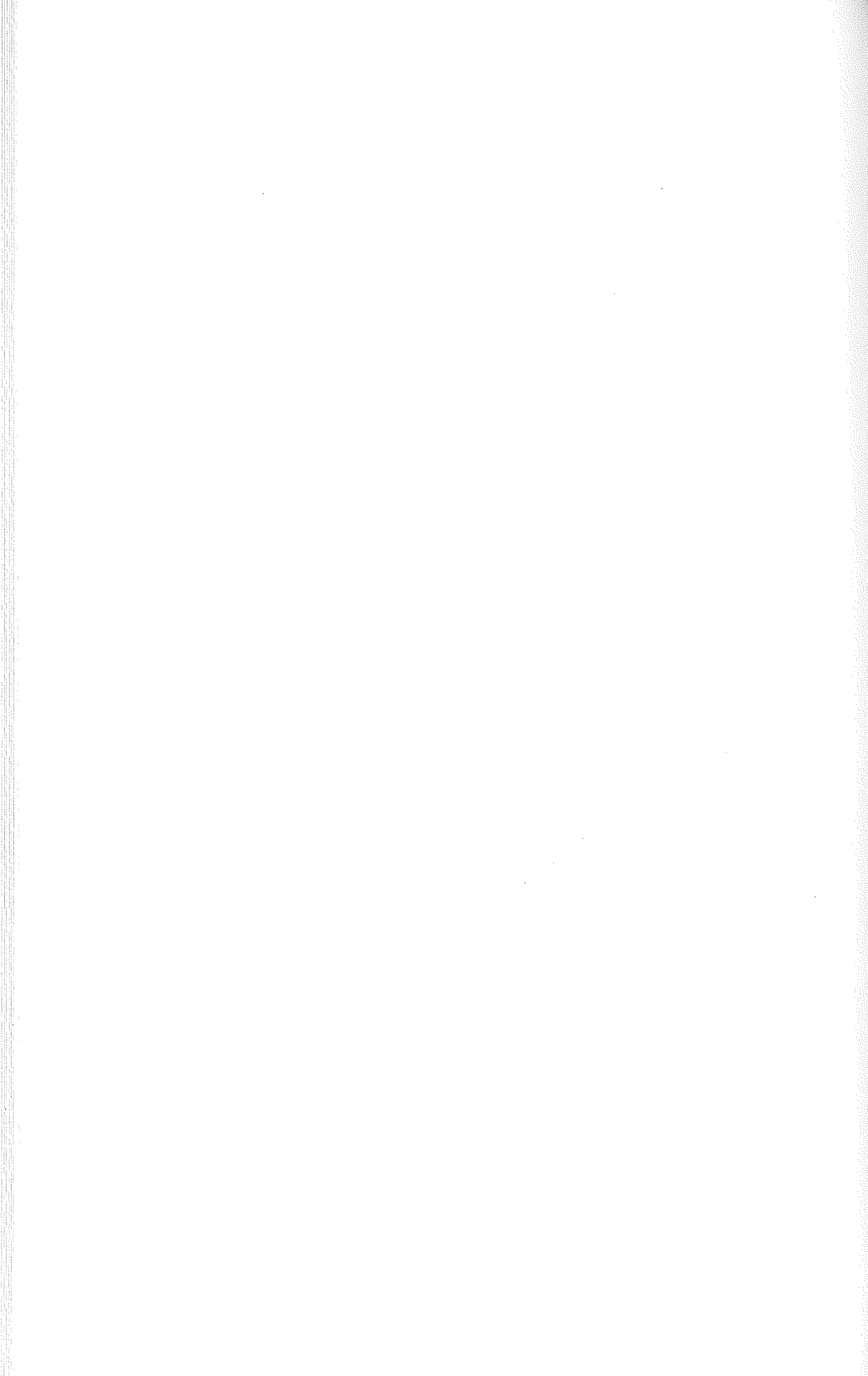
de avance los pasos más difíciles de la cordillera, haga irrupción en el Cibao poniendo en inminente peligro la flamante República. Han pasado algunos días. De pronto, vagamente, sin conocerse la procedencia, como traída por el aire, empieza a esparcirse la noticia, poniendo espanto en algunos espíritus pusilánimes, de que el temido y temible Santana al frente de numerosa y aguerrida tropa española y de un fuerte contingente de milicias del país viene a marchas forzadas resuelto cueste lo que cueste a apoderarse de Santiago y a asestar con ello golpe de muerte a la causa restauradora. ¿Será cierto? ¿Cómo se ha sabido? Aún pudiendo ser una propaganda echada a volar por los simpatizadores del régimen colonial que no escaseaban, el rumor aquel nada tenía de extraño o sorprendente, pues parecía lo más natural que las autoridades españoles con el decidido propósito de quebrantar seriamente la revolución por medio de un golpe fulmíneo y resonante proyectasen una gran operación militar combinando para un ataque a Santiago las fuerzas estacionadas en Puerto Plata con las numerosas que podrían salir de Santo Domingo con el objetivo de forzar resueltamente los desfiladeros de la cordillera y con un impetuoso movimiento descender a las fértiles comarcas cibaenas. El gobierno provincial, insuficiente y aún contradictoriamente informado, sin saber a qué carta quedarse, deseaba vivamente poseer datos fidedignos y completos para tomar con seguridad las medidas que se creyesen necesarias para rechazar la brusca acometida.

Era intenso el bochorno en aquel día estival. Arriba, en la extensión infinita, escalonábanse negras nubes semejando amenazador ejército que iba presto a Descargar torrentes de copiosa lluvia. Cárdenos, de vivísima fulguración, los relámpagos se suceden intermitentemente. El tableteo del trueno semeja a ratos como lejanos disparos de formidable artillería. En la sala de la casa de gobierno, en la semioscuridad reinante por el fuerte viento y la lluvia que trae ha habido que cerrar casi todas las puertas que dan al balcón alrededor de una amplia mesa en que se ven confusamente esparcidos numerosos papeles, los directores de la cosa pública deliberan desde hace más de dos horas... Benigno Filomeno de Rojas, uno de los más conspicuos miembros de aquel gobierno, con voz clara, sonora, distinta, precisa, encarece la urgencia de conocer cuanto antes y con la mayor

exactitud posible los planes del enemigo. El Presidente Salcedo lo escucha atentamente sin apartar de él la mirada serena de sus ojos azules...

Desengañémonos, dice pausadamente don Benigno, la agresión más fuerte tiene que venir del Sur, de la Capital, pues Rivero querrá utilizar el prestigio de Santana todavía intacto en lo militar dígase lo que se quiera. Si como político lo ha perdido todo, como hombre de guerra, preciso es confesarlo, no ha perdido ni pizca. Hay mucha gente que cree que el Marqués es el mismo diablo en persona, y que su estrella brilla todavía vivamente. No faltan majaderos que creen que bastará baje con mucha tropa para que todo se lo lleve pateta. Yo pienso distinto; los tiempos han cambiado mucho. No es lo mismo ahora que cuando atemorizaba a los mañeses y ponía espanto en los enemigos de su batuta. Pero eso que veo yo y que ven sin duda ustedes, no lo ve ciertamente una gran mayoría. Lo importante, repito, es saber dónde está Santana, lo que hace en este momento para que podamos prevenirnos y buscar la manera de darle en la cabeza un golpe contundente. Hay que buscar un hombre resuelto, inteligente, astuto, capaz de meterse donde esté el Marqués, llegar hasta el mismo Santo Domingo si es posible y comunicarnos noticias positivas. Pero no veo ese hombre; ninguno de los que tenemos a la mano me parece bueno para el caso...

Reinó un instante de silencio. Afuera, monótono, continuábase oyendo el ruido de la lluvia que caía. De pronto, insinuante, escuchóse la voz del general Pepillo. ¿Qué piensan ustedes de Fonso Ortiz?... Por un movimiento rápido, espontáneo, todos parecieron manifestar su asentimiento. Dos o tres felicitan por su acierto al general Salcedo, asombrándose de no haber pensado en la persona indicada. Ni mandado hacer expresamente, dice Detjeen. Y sin perder momento el presidente despacha un oficial en busca de Fonso Ortiz.



FONSO ORTIZ

Fonso Ortiz era un mozo alto, apuesto, bien proporcionado, de un blanco algo oscuro como quemado por el sol, de facciones bastantes correctas y expresivas aunque algo deslucidas por una nariz ciranesca, con ojos negros de intenso brillo y un vistoso mostacho que a cada rato se retorció cuidadosamente. Poseía en alto grado ese don de agradar desde el primer momento, de insinuarse fácilmente inspirando viva simpatía, cosa que es privilegio de muy pocos y que explicaba sin mayor esfuerzo el ambiente de general estimación en que se movía y sus éxitos resonantes en asuntos de conquista amorosa. Era indudablemente un tipo de verdadera prestancia varonil, pleno de natural seducción que, acaso sin que él mismo pareciese percatarse de ello, ejercía una especie de tiranía personal en el círculo de sus amigos íntimos a quienes en todas las materias imponía su criterio casi sin que ellos se diesen cuenta de semejante cosa. En los días en que comienza este relato estaba próximo a cumplir veintiocho años. Hijo único de un ricacho, comerciante de profesión, que en todo le complacía, parecía cifrar los principales objetivos de su existencia en vestir conforme a los cánones más exigentes de la moda imperante, en montar excelentes caballos y en inscribir una nueva conquista en el ya extenso catálogo de sus proezas amorosas. Algunos, envidiosos, o rivales por él derrotados, decían poco piadosamente que de tales hazañas había que rebajar algo y aun algos, pues tenía el pecado de ser un tanto alabancioso. Había estado muy joven en Alemania,

de pensión en un colegio de Hamburgo. Contaba horrores de lo que había sufrido en la larguísima travesía zampado en el estrechísimo camarote de un buque de vela que llevaba la bodega atirrobada de serones de tabaco. Pasó dos o tres años de incompleta inconformidad oyendo hablar sin entenderlo jamás un idioma que le parecía algo así como una jerga diabólica, y sintiendo intensamente la nostalgia de los días en que hacía novillos bañándose a sus anchas en el Yaque y correteando por Nibaje, los Chachases, Gurabito y demás sitios en que la chiquillería campaba por sus respetos a veces dividida en bandos que se apedreaban incompasivamente resultando alguno o algunos de los valerosos contendientes con golpes y descalabraduras...

Su saber era bastante escaso. Desconocía lo que hoy sabe con perfección cualquier mocoso de catorce años; pero estaba dotado de mucha disposición natural, de clara inteligencia, Y, en muchos casos, por rápida intuición acertaba a discernir con la necesaria exactitud lo que algunos de sus camaradas reputaban como oscuro o embrollado. En todo lo que se proponía, su imaginación, fértil en ardidés, le proporcionaba siempre los medios de salir avante. En sus conversaciones íntimas se jactaba, con mal disimulado orgullo y quizás exageradamente, de no haber perdido nunca en ningún negocio ni de haber experimentado una derrota en su vida de Tenorio provinciano. Su infancia corrió suavemente entre halagos y caricias de una madre, muerta hacía seis años, que lo idolatraba, y de un padre que creía a pie juntillas que su único retoño era un pozo de ciencia capaz con el tiempo de dar lustre y brillo a su nombre. El padre, don Alfonso, era hijo de un matrimonio de catalanes establecido en Santiago desde los tiempos de la España boba, y con su actividad había realizado una pingüe fortuna en especulaciones de tabaco, negocio que conocía a maravilla. Era muy religioso, y de acuerdo con doña Petra, que lo era más, decidieron desde muy temprano enrolar el muchacho en la milicia sacerdotal. Pero el chico pensaba de muy distinta manera. Fue monaguillo de la iglesia del Carmen durante varios meses como eficaz preparación para la vida eclesiástica; pero tales travesuras hizo que el cura de la parroquia excelente hombre, no pudiendo soportar más comunicó de sopetón a don Alfonso que su hijo era el mismo diablo en persona y que ni en sueños abrigase la esperanza

de que Fonsito vistiera el traje talar. Con gran escándalo de los otros monaguillos se comía las hostias y empinaba el codo con el vino de consagrar, y sin ningún escrúpulo largaba chicoleos a las chiquillas de buen ver que con frecuencia entraban al templo. El pobre don Alfonso se quedó horrorizado al enterarse de tan estupendos sacrilegios y sólo con grandes atenuaciones se lo contó a su buena mujer, pues bien sabía que era capaz de quedarse muerta en el sitio si le decía la verdad desnuda. Cuando le regañaban por tales barbaridades se quedaba fresco y sonriente como si tal cosa. En el fondo del carácter del mozuelo no había nada de maldad, sino un espíritu muy acentuado de travesura, de bellaquería, que lo impulsaba de continuo a jugarretas que él creía desprovistas de importancia, pero que para sus padres resultaban hechos monstruosos. Bien es verdad que en muchas ocasiones se conducía con tal disimulo que no pocas de sus picardihuelas pasaban inadvertidas para los autores de sus días. A pesar de las súplicas de doña Petra, que por nada del mundo quería separarse de él, el viejo que era hombre de carácter, como supremo remedio, decidió enviarlo a un colegio de Hamburgo, ciudad donde tenía muy buenas relaciones; pero tuvo que retirarlo antes del tiempo que se proponía por las súplicas insistentes y enternecedoras del chico que le decía que aquel clima dañaba su salud y que no quería morir lejos de ellos, en tierra extraña. Era evidentemente falsa tal afirmación, pues regresó colorado como un camarón y muy robusto.

Ya era un mocetón hecho y derecho, fuerte como un roble, cuando estalló la gran revolución del 57 contra Báez motivada por ciertos abusos o cosas reputadas como tales de aquella administración, como la exagerada emisión de papel moneda con la mira según afirmaban muchos inteligentes y según creía el pueblo de arruinar el comercio cibaño. Fonso se había distinguido ya por su serenidad y bizarría en dos lances personales, uno en defensa de su padre insultado por un bellaco y otro por cierto delicado asunto de amoríos. Allá, en lo íntimo de su ser, bullía un fondo de romanticismo que lo impulsaba con frecuencia a ciertas nobles resoluciones. Creyó que la gente de su pueblo tenía razón y como muchos jóvenes cogió el fusil para tomar parte activa en la lucha; pero al ir a incorporarse a las fuerzas que asediaban la Capital al mando del general Juan Luis

Franco Bidó, el gobierno provisional lo retuvo para emplearlo en una comisión de confianza que cumplió satisfactoriamente. Formaba parte del lucido grupo de jinetes que salió de Santiago para encontrar a Santana que venía por el camino de Puerto Plata. Se corría que en esta ciudad, al regresar de la expulsión, se le había recibido bajo palio. En Santiago fue también muy entusiasta la recepción del gran caudillo.

Fonso, que odiaba de todo corazón a los mañeses, era un gran admirador de Santana por más que al conocerlo de cerca le chocaron la fisonomía vulgar e inexpresiva y los modales bruscos y a veces agresivos del soberbio caudillo. Con la ayuda de Santana ya no era posible dudar del próximo triunfo del gobierno del presidente Valverde. ¡El mismo libertador al frente del ejército! Nadie tenía en aquel momento tan gran prestigio militar. Su entusiasmo por Santana se trocó en odio cuando después de la capitulación de Santo Domingo traicionó al gobierno que le había abierto las puertas del país y puesto en él torpemente su confianza, alzándose con el santo y la limosna, es decir, con el mando supremo, sin titubeos ni escrúpulos de ningún género. No obstante sus veleidades y ligerezas, Fonso Ortiz poseía sentimientos muy arraigados de rectitud y probidad y desde entonces le asqueó el personalismo político en que pasaban impunes y aún arduosamente aplaudidas tales infamias...

En acaloradas discusiones sobre cosas políticas sostenidas principalmente en un café muy concurrido de la calle del Sol, comprendió presto que carecía del lastre de historia necesario para salir airoso de tales escarceos mentales. En sus ratos de ocio púsose a estudiar cuanto se refería a nuestro pasado tormentoso. Poco a poco fue viendo las cosas desde apropiados puntos de observación desapasionada y serena. La pugna entre el febrerismo, el más noble ideal de nuestra vida histórica, y la reacción santanista, desapoderada y violenta, se presentó ante él con su vivo y peculiar colorido. El alma romántica de Fonso se fue detrás de aquellos mancebos generosos que lo sacrificaron todo por la patria cosechando en cambio persecuciones y patíbulos... No quiso volverse a ocupar en asuntos del politiquero de campanario que tanto seducía a algunos de sus amigos. Tenía a su cargo la correspondencia en el escritorio de la casa de comercio de su padre, puesto que desempeñaba perfecta-

mente, pues poseía una letra muy clara y cursiva y sabía expresar con verdadera y notable exactitud su pensamiento. A troche y moche siguió realizando las calaveradas que habían aureolado su nombre de cierto prestigio donjuanesco. La Anexión, a la larga, lo sacó de quicio. Y eso cuando los dos campos estaban ya bien deslindados, como quien dice. En los dos años que siguieron al 18 de marzo demostró una actitud rayana en la indiferencia como quien acata un fallo inflexible del destino. Mas que eso: simpatizó con algunos oficiales españoles de su edad acompañándolos en cenas y francachela y persiguiendo juntos las buenas mozas en los bailes de Carnaval siempre tan lucidos y bulliciosos en Santiago. Pero empezó a alejarse paulatinamente de ellos, a variar de conducta cuando Buceta comenzó a gobernar su pueblo como si la sociedad santiaguera fuera un ható de empedernidos criminales. Entre el elemento peninsular y el criollo principiaron los choques. Estuvo comprometido en el levantamiento del 24 de febrero, y, fracasado el golpe, tuvo la suficiente habilidad para desviar de su persona las sospechas de los recelosos dominadores. Su indignación no tuvo límites cuando contempló con el alma destrozada subir al cadalso a algunos muy estimados compueblanos suyos víctimas de su devoción por la noble causa separatista. Trabajó activa y eficazmente en el sentido de secundar el levantamiento que se preparaba en el Noroeste. Vilmente denunciado por un mal dominicano que debía muchos favores a don Alfonso y con quien creía poder contar ciegamente, fue, cuando menos lo esperaba, hecho preso y conducido entre soldados a un oscuro calabozo del fuerte de San Luis, resultando completamente inútiles las insistentes gestiones de su padre para que se le devolviera la libertad. Su fuga de la prisión, efectuada dos meses después en circunstancias de cierto colorido romántico y con riesgo inminente de su vida, le dio mucha notoriedad como hombre de valor y perfecta sangre fría. Ayudado por un preso, compañero de calabozo, un campesino de la Otra-Banda que estaba en chirona desde la trágica noche del 24 de febrero, horadó una pared del calabozo que caía del lado más empinado de la barranca, y ambos, expuestos mil veces a romperse la crisma, aprovechando la profunda oscuridad de una noche de viento y de lluvia, agarrándose a las raíces y a los troncos de los arbustos, pies y manos

ensangrentados, descendieron por aquellas asperezas únicamente frecuentadas por cabras hasta llegar a Nibaje teniendo la felicidad de no encontrarse con ninguna de las rondas que recorrían aquellos alrededores. Ocultóse en una estancia de la Otra-Banda hasta que pudo incorporarse a las fuerzas restauradoras que acampaban en Quinigua. Al principio creyó Gaspar Polanco que no podría sacar ningún partido de aquel filorio del pueblo, de cutis y manos delicadas, pero presto los hechos le convencieron que Fonso Ortiz servía lo mismo para un fregado que para un barrido. Nombróle su secretario y no tuvo ciertamente motivos de arrepentimiento por elección tan acertada.

Con el incendio su padre había quedado arruinado o poco menos. De sus diez o doce casas, sólo le quedaba una en buen estado donde vivía con una hermana suya muy entrada en años. Fonso Ortiz aceptó de lleno, con estoica resignación, las imposiciones de hado adverso. Había que abrirse paso por el camino de la vida, sembrado siempre de obstáculos, y se lo abriría. Estaba resuelto a entregarse en cuerpo y alma a la obra de ayudar al viejo a recuperar la fortuna perdida, cuando el general Salcedo le llamó para exigirle en nombre de la patria, todavía en parte esclavizada, un nuevo y valioso servicio. No vaciló ni un instante. En aquel momento, después de su culto a la patria, sólo dos grandes afectos se albergaban en el alma de Fonso Ortiz: el acendrado cariño que profesaba a su padre, y su amor sincero, entrañable, a Rosario Ordóñez.

ROSARIO ORDÓÑEZ

Las Ordóñez gozaban en Santiago merecida reputación de bellas y de bastante ligeras de cascos. En esa familia se conservaba como por juro de heredad la belleza física. En ella todas las mujeres eran muy hermosas. Aunque la familia Ordóñez no pertenecía ciertamente a la alta sociedad, a la primera, como se decía, bien puede afirmarse que tenía relaciones con ella por medio de algunas amistades de valer que le prestaban cierto prestigio social, que, sin embargo, no le daba acceso a bailes y reuniones de la *high life* santiaguesa. Las familias de puro mantuanismo miraban a las Ordóñez muy despectivamente. El jefe de la familia, don Matías Ordóñez, un español que había venido niño al país y conquistado detrás de un mostrador una regular fortuna, disfrutaba de una muy justificada nombradía de hombre laborioso y probo, aunque como bruto bien podía dar quince y raya al mismo gallego de un chistoso cuento de Eusebio Blasco. Había sido y era bastante malaventurado en su vida doméstica, pues doña Luisa su consorte, jamona todavía de buen ver, le daba una vida de perros con su trato brusco y sus continuas exigencias, y, sobre todo, con la manera despectiva con que solía públicamente exagerar la notoria escasez de meollo de su desdichado marido. En la ciudad se aseguraba que don Matías, tan diestro en acumular dinero vendiendo en su bien surtida tienda cosas de vestir y de comer, jamás había llegado a percatarse de los cuernos con que sucesivamente había adornado su testa su hermosa y voluble compañera. Tenían tres hijas:

Julia, Toña y Rosario. Las dos primeras prometían imitar, si no imitaban ya, a su madre en lo que se refiere a devaneos y ligerezas, lo cual era causa de que la casa fuera muy frecuentada por jóvenes y gente algo machucha que acudían a formar tertulia con la esperanza más o menos fundada de una presa en extremo apetitosa. Don Matías no se encontraba nunca en tales tertulias, pues desde el anochecer se largaba a casa de unos paisanos donde pasaban el rato jugando al dominó. Malas lenguas contaban que Julia mantenía no sé qué trapicheos con un hombre casado que no faltaba jamás a la tertulia así lloviese a cántaros y que los amores de Toña con Paco Silva, un mozalbeta muy peripuesto y ducho en lances amorosos, no pararían ciertamente en la iglesia. Verdad es que, como sucede, en parecidos casos, quizás había un tanto de exageración en lo que a ese respecto propalaban los murmuradores. De Rosario, la menor, garrida moza de diecinueve años, nadie había hablado nunca nada. Había desairado ya como a media docena de gomosos que la pretendían. La maledicencia no habla podido clavar en ella todavía su diente envenenado.

Era Rosario realmente hermosa. Blanca, alta, esbelta, de semblante agraciado de natural elegancia, inspiraba desde el primer momento simpatía vivísima. Vista en conjunto poseía su belleza más subidos quilates. Por su busto irreprochable, por la proporción armoniosa de sus líneas, debía parecerse a una de esas estatuas admirables entalladas en níveo mármol por el cincel helénico. Su hermosa cabeza era digna de aquel cuerpo de flexible talle, de suaves y voluptuosos contornos. Su rostro era ovalado; sus cabellos negros, luengos y sedosos. Bajo el arco de sus pestañas dos ojos negros despedían torrentes de viva claridad. Dos hileras de dientes de nítida blancura se descubrían cuando la risa retozaba en sus labios húmedos y rojos. Poseía gracia y seducción irresistibles; atesoraba, en fin, todos los encantos que necesita una mujer para ser amada hasta el delirio. Parecía algo frívola y ligera; pero todo eso era pura apariencia. En su carácter, formando curioso contraste con su madre y hermanas, había un fondo permanente de rectitud, de amor a lo que suponía verdadero y justo, de tal modo arraigado en ella que a menudo, sus opiniones altivamente sostenidas chocaban por completo, promoviendo continuas disputas, con el modo de

pensar de la familia. Creeríase que en ella solamente se había refugiado todo el caudal de acrisolada probidad que distinguía a su padre... ¡Qué cosas, qué cosas tan extrañas tiene esta Rosario, decía con frecuencia doña Luisa... Esta muchacha se va a quedar para vestir santos. Es incorregible. Cree que ella sola tiene razón. Como si seis ojos no vieses más que dos agregaba su madre, siempre dispuesta a emperifollarse y a dar muestras de no haber aún sentado por completo la cabeza. En medio del creciente desamor de su mujer y del poco apego de sus dos hijas mayores, sólo encontraba don Matías afección honda y verdadera en Rosario. En sus horas de desaliento y de tristeza, brillaba solamente en sus ojos un relámpago de dicha y en sus labios como el resplandor de una sonrisa cuando le hablaba o le acariciaba Rosario, única nota de amor que vibraba melodioso en sus oídos, único rayo de sol que bajaba hasta el fondo de aquella alma apacentada en un ímprobo trabajo cotidiano y que en el seno de su propia familia se sentía como desconocido o menospreciado.

De la educación de los tres pimpollos se cuidaron poquísimos sus padres. Don Matías, engolfado en su comercio, sabía con perfección cuanto con su tienda se relacionaba y cuanto se refería al juego del dominó; pero en otras materias no conocía ni lo más rudimentario. En su establecimiento casi no se llevaban libros, pues no puede darse tal nombre a algunas libretas gra-sientas cuajadas de apuntes. Su único procedimiento comercial, excelente por demás, era comprar y vender al contado. Fiar, así fuera un centavo, le parecía imprudencia imperdonable. Doña Luisa hubiera podido remediar el mal, pero era ésta mujer que sólo se cuidaba de peinados y de cintas, de seguir en todo las exigencias de la moda, de agradar, de pasar la vida lo más alegremente posible. Tenía la creencia de que con leer medianamente, escribir tal cual y dar algunas puntadas estaba agotado el programa de enseñanza de las mujeres. Julia y Toña pensaban exactamente lo mismo. Rosario por fortuna era bastante despierta, de manera que aprendió con relativa perfección algo de lo poco que se enseñaba entonces. De la escuelita en que estuvo salió leyendo con alguna soltura, escribiendo no del todo mal y rumiando nociones muy vagas de gramática y geografía. En labores era muy diestra. Devota sin afectación procura-

ba cumplir lo que llamaba sus deberes religiosos, esto es, asistir a misa todos los domingos y a novenas y procesiones. Mujercita ya, leyó algunas novelas que le prestó una amiga, y de tal manera le gustaron que no hay para que decir que desde entonces la lectura de ellas constituyó su distracción más preferida. Impresionáronla extremadamente los hechos de subido color dramático narrados en ciertos novelones por aquel entonces muy en boga y su imaginación sobreexcitada llegó a considerarlos como si al pie de la letra hubieran acaecido. Deleitóse en forjar seres ideales en cuya posibilidad de existencia creía ella a pie juntillas, y los cuales, sin embargo, andaban a millones de leguas de la fría realidad.

En ese momento psicológico de su existencia empezó Fonso Ortiz a frecuentar la casa y a dispararle encendidos piropos. Ambos se sintieron como mutuamente atraídos. Ambos se habían encontrado casualmente muchas veces, pero sin que ninguno de los dos, como sucede en tantas ocasiones, se hubiera sentido irresistiblemente atraído por el otro. Fonso, que conocía el pie de que cojeaba la familia y que en estas andanzas se pasaba de listo, creyó, desde las primeras palabras cambiadas, segurísimo alcanzar en breve término la completa posesión de aquella joya de tan subidos quilates. La haría su querida por algunos meses y hasta otra... Pero se encontró, como quien dice, con la horma de su zapato. La criada le salió respondona. A tierra vino presto su suposición de que la niña sería fácil presa, de que se rendiría a las primeras de cambio sin grandes amagos de resistencia. Se equivocó de lo lindo. Su despecho fue grande en el primer momento. No quería resignarse a una derrota que menoscabaría grandemente su renombre donjuanesco. Fue el primer amor de Rosario, ardiente, hondo, entrañable; pero tal pasión no nubló ni por un momento la serena clarividencia del espíritu de la muchacha. Por las mal veladas insinuaciones y por los avances del novio entendió presto, pues no tenía un pelo de tonta, a donde éste quería venir a parar, y sin perder tiempo le cerró resueltamente el camino manifestándole con acento que no dejaba lugar a dudas que sería completamente inútil prometerle mundos de felicidad si no era entrando en ellos por la puerta del matrimonio. Fonso pensó que tales decires eran hijos de pudorosos escrúpulos y que su tenacidad y sus ardides

vencerían en plazo más o menos corto tan inesperada resistencia; pero a medida que iba conociendo el temple del carácter de Rosario y que los sentimientos de honradez de ella no eran como creyó al principio vana palabrería sino algo muy hondo y resistente, tuvo que llegar a la desalentadora conclusión de que jamás podría hacerla su querida. Su amor propio sufrió muchísimo con esto. Y lo peor del caso era que cada vez la amaba más, se sentía más fascinado por las gracias y hechizos de la gentil doncella. Uno que otro apretón de manos, uno que otro ligero beso a hurtadillas, lo único que había podido conseguir de ella, encendían en él más el deseo de poseer aquella mujer en que cada hora descubría nuevas seducciones y que era la única a quien había rendido por completo su albedrío...

La idea del matrimonio empezó a germinar en su pensamiento viéndola, a medida que transcurría el tiempo, menos espantosa que otras veces. Poco a poco íbase familiarizando con el pensamiento de llevarla a la iglesia, único camino por el que podría llegar a ser dueño y señor de Rosario, Habría que vencer la resistencia del viejo, pero estaba seguro de triunfar en el empeño. No temía al qué dirán. Seguramente que lo criticarían viéndolo casarse con una mujer de rango inferior a él y perteneciendo a una familia que daba lugar a murmuraciones y habladías de mal género... Pero cuando pensaba hablar a don Alfonso de su resolución de casarse, prodújose el trágico suceso del 24 de febrero con todas sus naturales y dolorosas consecuencias. Sagaz, astuta y resuelta, ya Fonso encerrado en la fortaleza de San Luis, siempre encontraba Rosario medios de que llegasen a manos del preso bien ocultos en las frutas y cigarros que le enviaba con frecuencia papelitos en que le expresaba su invariable amor y le daba cuenta de cuanto se propalaba en la población sobre un movimiento insurreccional que se estaba fraguando. Aunque hija de español, se sentía dominicana por los cuatro costados. Pasó largos días de incertidumbre y de zozobras con motivo de la fuga de Fonso y de su posterior enrolamiento en las fuerzas revolucionarias que avanzaban sobre Santiago. Por estar interrumpidas las comunicaciones, no tuvo noticias de él durante más de un mes, lo que hacía que estuviese continuamente informándose de los pocos que llegaban del lado de Quinigua sin que nadie pudiera darle noticia de lo que

le ocurría al fugitivo novio. A veces experimentaba un sentimiento de tristeza que en uno que otro momento rayaba en la desesperación. Al fin consiguió Fonso que llegase a su poder una carta en que le detallaba todas las peripecias de su larga odisea. Durante algunos días respiró con libertad satisfecha y contenta en lo posible. Cuando el incendio tuvo la familia que retirarse al campo mientras se reparaba la casa en que vivía y que había quedado casi en ruinas... Allí, en Canca, la vio Fonso dos o tres veces después de haberse adueñado la revolución de Santiago. Allí fue a despedirse de ella la víspera de emprender su peligroso viaje hasta la zona ocupada por el enemigo a fin de cumplir el delicado encargo que le había confiado el gobierno provisional. Un beso ardiente y prolongado fundió en una aquellas dos almas en el instante supremo de la despedida. Fue en la tranquera de la estancia, a las primeras luces del alba... Fonso marchaba hacia lo ignoto obedeciendo al llamamiento de la patria. Se separaron sin preguntarse, como los clásicos amantes de Verona, cual era el ave que en aquel momento trinaba armoniosamente en el naranjo frontero...

EN MARCHA

Caía a plomo un sol que achicharraba cuando Fonso Ortiz, jinete en una fornida mula de suave y acompasado andar, cruzaba en dirección al Bonaio por una dilatada llanura donde a trechos, a uno y a otro lado, solas o pintorescamente agrupadas, un sinnúmero de reses pastaba con desgano la hierba medio calcinada o reposaba voluptuosamente sobre el césped gozando de la escasa sombra que proyectaban algunos arbolillos de ralo follaje. A esa hora del mediodía, bajo el incendio solar, vistas a cierta distancia, semejaban manchas de colores particularmente grises y blancas destacándose sobre el verde oscuro que aparecía en el paisaje como la nota pictórica más acentuada. Ante Fonso se dilataba culebreando al través del césped la amplia vereda que usurpaba el nombre de camino real, muy ancha en algunos sitios en que se veía bordeada por árboles de espeso follaje y por enhiestas palmeras, a veces en tal número que la vista se perdía sin poder precisar el punto exacto en que terminaban... Holgada chaqueta y pantalón de un dril azul oscuro, zapatos gruesos de becerro con relucientes espuelas y un fresco sombrero de cana de anchas alas componían la indumentaria de Fonso, quien con tal facha tenía todas las trazas de un burdo campesino de algunos teneres. Llevaba en la cintura un afilado cuchillo de monte y guindando del pecho un machete de sólida apariencia. En las bien repletas alforjas se amontonaban otras prendas de vestir y entre ellas un lápiz y un rollo de papel para escribir lo que juzgase digno de ser comunicado al general Sal-

cedo, pues quería seguir al pie de la letra las instrucciones que de él había recibido... Tenía prisa de llegar al pueblecito para ventear lo que ocurría, lo que pasaba al otro lado de la cordillera, de los montes empinados que empezaba a descubrir en las grises lejanías del horizonte. En La Vega, donde había pasado la noche anterior, no había logrado husmear nada que valiese la pena. Notó sí como alguna inquietud por los persistentes rumores de que Santana se aproximaba acaudillando numerosa hueste. Y en el Bonao se encontró con los mismos decires aunque mucho más abultados. Que el temido ex presidente iba a forzar con algunos miles de hombres los desfiladeros de la cordillera central dispuesto a ahogar en un mar de sangre el movimiento revolucionario cibaño, y lo que quizás era bastante más grave, que había que abrir mucho los ojos porque en el centro del mismo Cibao no faltaban dominicanos españolizados de cierta influencia que maquillaban una reacción en pro de la causa colonial. Por lo que notaba y venía oyendo desde que salió de Santiago pudo convencerse de que el mayor obstáculo de la obra revolucionaria era la carencia casi completa de recursos. Las dificultades empezaban a amontonarse. La ocupación de Santiago no era sino el primer acto del drama. La guerra en realidad iba a principiar ahora y los medios positivos para sostenerla eran mucho menos de lo que se pensó al principio irreflexivamente ofuscados los espíritus por los resplandores del magno ideal que se perseguía. No se contaba, puede afirmarse, ni aun, con lo más rudimentario: ni armas, ni municiones, ni vestuario, y lo que era peor, carencia acentuada de metálico para proveerse de tales cosas. Había que conformarse con lo que con recursos intermitentemente suministrados por algunos patriotas pudiera de esas cosas comprarse en el territorio haitiano.

Cuando al otro día, ya bien entrada la mañana, hizo Fonso su aparición en el cantón de Piedra Blanca ya rumiaba en el magín un plan para penetrar con éxito seguro en las líneas enemigas. Aquel cantón se acababa puede decirse de formar cumpliendo órdenes terminantes del gobierno provisional y hay que confesar que la organización que en él imperaba no tenía ciertamente nada de recomendable. Había ya un número regular de hombres y continuaban afluyendo de muchas partes. Andaban harto escasas las armas de fuego y los cartuchos. Como es costum-

bre por estos maizales sobraban los jefes. Todos querían mandar y ninguno obedecer. De los generales presentes en el cantón ninguno parecía tener el ascendiente y las condiciones necesarias para imponer algo de disciplina en aquel hervidero de opuestas ambiciones. Fonso empuñó su lápiz para dar minuciosa cuenta al general Pepillo de las grandes deficiencias que veía en aquel cantón, uno de los más importantes por su situación estratégica y por su proximidad al enemigo, y para encarecerle la necesidad de que cuanto antes enviase el gobierno, para hacerse cargo del mando, a un general de verdadero prestigio y con los recursos que fuera dable conseguir. En el cantón empezó seguidamente a orientarse, a tomar lenguas de lo que ocurría del otro lado de los montes. Por gente llegada de San Cristóbal supo con circunstanciados datos que Santana acampaba en la llanura de Juan Álvarez al frente de una numerosa columna de españoles y criollos con el propósito de continuar su movimiento de avance tan pronto recibiese de la Capital algunos refuerzos y el convoy de provisiones de boca y de guerra que había pedido con urgencia a la Capitanía General. Casualmente, uno de los jefes que más tono se daba en el cantón, el comandante Juancito Pérez, antiguo verificador de tabaco en el almacén de don Alfonso, al enterarle Fonso de la misión que traía y de su deseo de cumplir lo más satisfactoriamente posible informóle seguidamente que a menos de una hora de camino de la sabana de Juan Álvarez tenía un viejo compadre, Gregorio Ruiz, el vale Goyo como le decían por aquellos contornos, quien seguramente podría ayudarle muy eficazmente en sus gestiones. Fonso vio el cielo abierto con tal noticia. Ya podría irse aproximando con más confianza al antro pavoroso...

Del lado acá de la sabana mencionada, sobre una colina pintoresca estaba situado el bohío, amplio y nuevo, de Goyo Ruiz, campesino nada lerdo, algo leído y propietario de muchos terrenos y de numerosas cabezas de ganado. Bastó la calurosa recomendación de su compadre muy estimado, el comandante Juancito, para que dispensara a Fonso una hospitalidad franca y cordialísima. Fonso y él, bien arrellanados en amplias sillas serranas, a la sombra de un viejo y copudo tamarindo, departían amigablemente después de apurar sendas tazas de aromático café. Apenas si fijaban una mirada distraída en la llanura

extensa poblada de rica gramínea que oscilaba suavemente al impulso de la brisa y que se dilataba como un mar a que parecía servir de alto dique, por la parte frontera, la masa oscura de una tupida y prolongada arboleda... Fonso, en aquel momento, parecía interrogar con viva curiosidad al viejo Goyo.

Sí, sí, respondió el campesino. De aquel lado, como a una hora de camino de aquí. En menos me planto en el campamento cuando voy en mi bayo. Tienen artillería y mucha gente del Seybo y de San Cristóbal, aunque de éstos se han desertado muchos. Ya hay muchos blancos tumbados con calenturas. Santa-na dice que bastará que él se presente en el Cibao para que suceda lo mismo que cuando la revolución de 7 de julio...

¿Y sabe usted si el coronel Virico García está en el campamento?

Ya sé quién es. Uno alto, fuerte, con tamaños molleros. Ayer lo vi hablando con el general citando fui al campamento a tratar unas reses. Por cierto que las pagan bien. El general no quiere que se quite nada a nadie. ¡Guay de quien robe!...

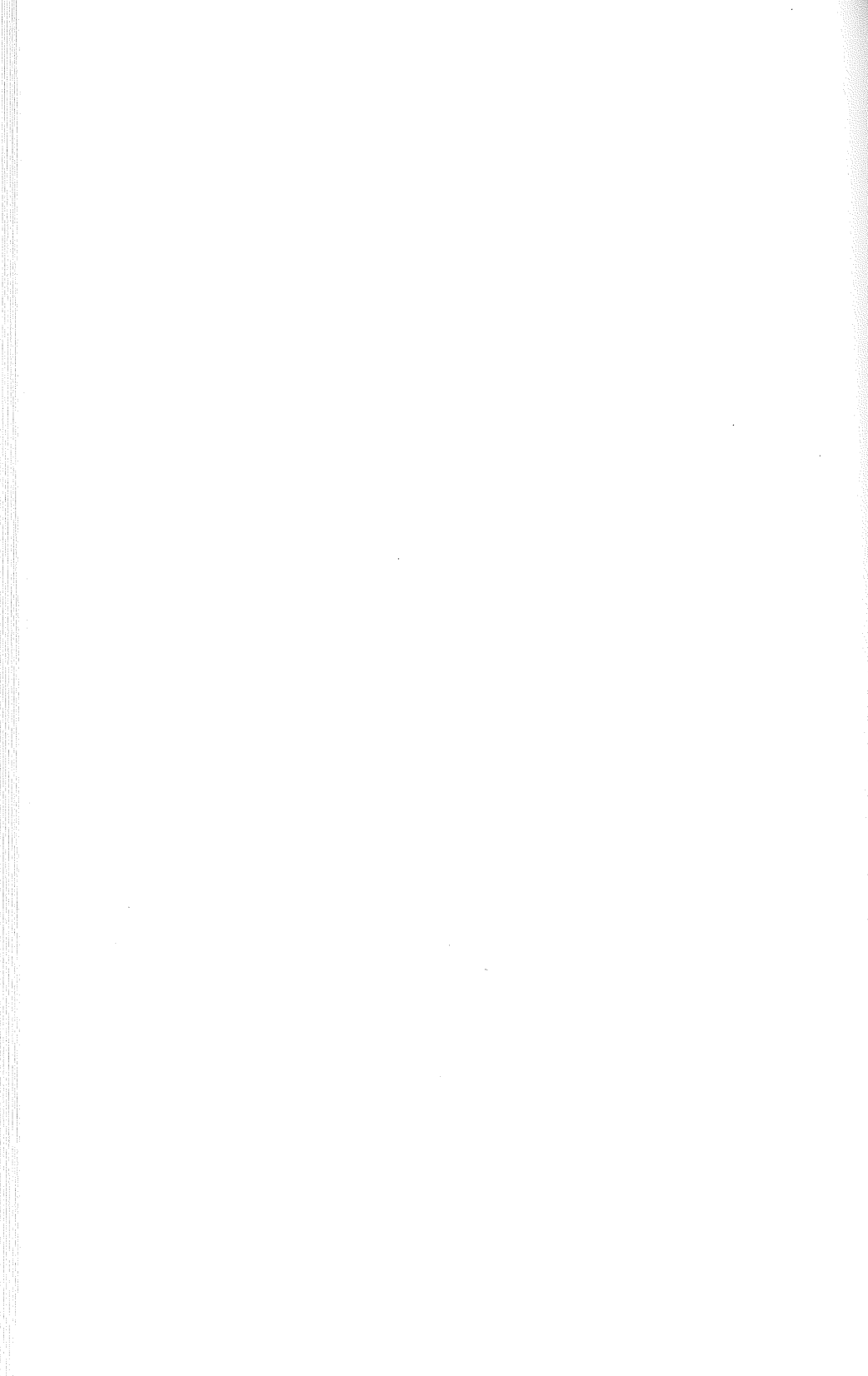
Tengo empeño en enviarle un papelito al coronel Virico. Es gran amigo mío, y aunque santanista hasta la cepa, lo creo un buen dominicano. Quiero hablar con él por estos alrededores, en un lugar bien retirado. Segurísimo estoy que vendrá tan pronto lea mi papelito.

Yo mismo iré al campamento para entregárselo con el pretexto de ofrecer más reses...

Gracias, gracias, vale Goyo, en nombre mío y en nombre del gobierno. El coronel Virico es hombre agradecido. Yo le presté una vez un gran servicio que sé no ha caído en saco roto. El año pasado, en Santiago, durante el Carnaval, la corrimos juntos. Virico se había metido incautamente en un asunto de faldas; el querido de la mujer, hombre de pocas migas, la acechaba y la cogió en el lío. Armóse tamaño zipizape. Y sin mi oportuna intervención allí quedaba para siempre el coronel Virico. Pero no nos conviene que nos vean juntos en esta casa. Porque si se me descubriese, podría causarle a usted un flaco servicio. Lo mejor sería que él viniese a caballo y nos metiésemos en aquel bosque para charlar con entera libertad...

El coronel Virico, oficial del estado mayor del Marqués de las Carreras, pertenecía a una familia incondicionalmente santa-

nista. Él, personalmente, estaba muy ligado con el vicio general a quien siempre había servido con decisión y lealtad irreprochables; pero en sus conversaciones íntimas con Fonso, aun tratando siempre de justificar a Santana, te había dejado traslucir su inconformidad con la obra anexionista, que día por día iba apareciendo como lo que realmente era, un monstruoso error político. Con ese motivo su incondicional santanismo se había enfriado bastante. Este era el hombre que Fonso necesitaba...



LA CITA

En las vastas profundidades del bosque tropical, a medida que avanzaban cautelosamente al través del ramaje entrelazado en busca de un paraje bien retirado del camino real donde pudiesen conversar a sus anchas sin el más leve temor de ser oídos, empezaba la tarde a revestirse de tonos grises, a esparcir jirones de tenue sombra sumergiendo los objetos en una semioscuridad que se espesaba lentamente... Afuera, en el llano todavía reinaba bastante claridad. En el fondo de la llanura, en la lejanía, los picos de las primeras estribaciones de la cordillera central se recortaban con perfecta limpidez en el horizonte todavía iluminado por los resplandores de la tarde que caía. Sobre la llanura vasta y silenciosa, corría un vientecillo sutil haciendo oscilar el tostado pajonal en que, aquí y allá, como hundidos en un mar de extraño verdor pastaban sosegadamente algunos animales... Fonso Ortiz y el coronel Virico, uno detrás del otro, continuaban abriéndose paso por entre la maleza cada vez más inextricable. Ante ellos, a sus lados lo mismo que por detrás, surgían con profusión robustos troncos de árboles en cuyas copas frondosas, por entre las ramas estremecidas, penetraban los dardos solares a manera de largas rayas de luz, y a cada paso tropezaban con las raíces desparramadas sobre el suelo como formidables tentáculos de animales pertenecientes a no sé qué misteriosa fauna desconocida... Suponiendo ya el lugar bastante resguardado, Fonso Ortiz se detuvo algo cansado de aquella fatigosa caminata. Virico lo estaba también. El

coronel era un mulato muy claro, casi blanco, de treinta y cinco a cuarenta años, corpulento, de fisonomía expresiva siempre iluminada por una sonrisa, verdadero tipo militar que a todo el mundo resultaba extremadamente simpático... Nadie hubiera podido percatarse de la presencia de ambos en aquel oculto rincón del bosque visitado sólo por algunos animales. Era ya hora de que pusiesen en movimiento la lengua...

¿Y bien, interrogó Fonso, qué ha sido de ti desde que nos separamos en Santiago, te acuerdas, aquella noche de Carnaval en que corrimos juntos tamaña juerga? Estabas alegre, lo que se dice muy alegre... Créelo, chico, con algunos tragos más eras hombre al agua...

Nunca he olvidado esa noche en que me salvaste el pellejo. Después de Dios, a ti te debo el estarlo contando. La culpa la tuvo aquella mascarita del baile a que fuimos en los Chachases. Coqueteó conmigo cuanto le dio la gana, pero no pude conseguir nada de ella; nada, créelo, ni pizca... Era una gran hembra... Pero qué hombre aquel tan celoso, Virgen Santísima! Desde que principié a bailar con ella estaba acechándome... Y si tú no le desvías el brazo y lo sujetas en el momento en que me fue encima con un puñal, adiós coronel Virico... Dos días después, sin despedirme de ti, pues me dijeron que estabas en el campo, regresé a Santo Domingo muy satisfecho de mi paseo a Santiago...

Se dijo poco después que te habías retirado del servicio...

Estaba disgustado con lo de la Anexión. Me había dedicado al comercio y empezaba a prosperar lo más quitado de bulla cuando al estallar la revolución me llamó el general para que lo acompañase al Cibao. No podía negarme, pues ya sabes que cuanto valgo se lo debo al general. Pero soy dominicano, y cuando ayer en el campamento recibí el papel que me enviaste con el vale Goyo me dio el corazón un vuelco. Inmediatamente resolví acudir a tu llamada y aquí me tienes...

No esperaba menos de ti. Allá todos te consideramos como un buen dominicano. Don Benigno me dijo que conocía mucho tu familia. En ella todos son santanistas, pero eso no quita que quieran la libertad de su país. En nombre de él te hablo. No pretendo que traiciones a Santana, pues ya sé que no lo harías. Lo que quiero es que me prestes tu ayuda para salir con bien de una empresa que me han confiado. Cumple con lo que crees tu

deber no abandonando a Santana. No te lo censuro. La gratitud es el primer deber en todo hombre bien nacido. Pero eso no impide que puedas hacer algo por tu patria. La revolución avanza triunfante. En Santiago está ya instalado el gobierno provisional. Los españoles sólo tienen en el Cibao el fuerte de Puerto Plata. Dime con franqueza... ¿Viene o no Santana al Cibao?

Creo que ni aún él mismo lo sabe, amigo Fonso... ¡Pobre general! Él creía otra cosa. Él esperaba que los blancos gobernasen mejor. Si hizo la Anexión, júralo, puedes jurarlo, fue para salvarnos de los haitianos para siempre.

Y quedarse él y su gente con la batuta por los siglos de los siglos...

Entonces no hubiera renunciado el mando como lo hizo de su espontánea voluntad... Pero lo cierto es que el general está enfermo, aburrido, llevándose el diablo con las dificultades que para que fracase le pone día por día el Capitán General...

En el Bonao cuentan que los oficiales españoles le faltan a cada momento el respeto...

Embuste, embuste, replicó presuroso el coronel Virico. Bueno es el viejo para soportar que nadie le tosa en la cara. El sá-bado lo probó retebién. Había prohibido que los oficiales llevaran impermeables por no ser prenda de vestuario'... Llovía que era un diluvio, Virgen de la Altagracia... El general en su rancho se mecía en una hamaca mirando hacia fuera. Estaba ese día de pésimo genio. De pronto ve un teniente que pasaba muy bien arrebujado en su impermeable... Rápido, de un salto, se tiró de la hamaca, y sin decir palabra, corrió tras el oficial, lo agarró por el cuello, y después de quitarle la capa, lo metió a empujones en el calabozo...

Pero, ¿qué se propone actualmente?

No creo que piense ir al Cibao, por lo menos tan pronto como se dice. El general tiene muy buen olfato y no quiere moverse sin dejar muy bien cubierta su espalda. Hay malos síntomas. Las deserciones y las enfermedades aumentan. En la Capital se asegura que de España viene una escuadra con mucha tropa. El general tiene el alma en un hilo temiendo que el Seybo se descomponga. Empieza ya a sospechar de algunos en quienes tenía alguna confianza. Los jefes españoles dicen que con excepción de Suero, Contreras, los Puello y algunos otros, muy pocos, to-

dos los dominicanos que sirven a España están jugando a dos manos...

Y es natural. Cada uno debe estar con los suyos. Si los nuestros llegan a ponerle la mano encima a Santana lo fusilan en lo que canta un gallo. El gobierno ha dado un decreto autorizando al jefe que lo aprese a romperle inmediatamente el pescuezo...

¡Pobre general! Créelo, Fonso, no es tan malo como dicen sus enemigos. Nunca supuso que al quitar la bandera iban a pasar tantas barbaridades. No creyó jamás que al hacernos españoles lloverían sobre su país mayores desgracias que las producidas por las guerras con los haitianos...

Mientras conversaban, Fonso Ortiz se había levantado tomando ambos amigos la dirección del sitio en que habían dejado las monturas. Virico le seguía dando noticias pormenorizadas respecto del número y clase de tropa acampada en Guanuma. El general decía públicamente que tan pronto llegasen los refuerzos que había pedido a la Capital para reponer las bajas sufridas por las deserciones y las enfermedades y pudiera dejar bien cubierta su retaguardia, continuaría su movimiento de avance; pero Virico creía, por muchísimas razones, que tal avance no sería posible por ahora...

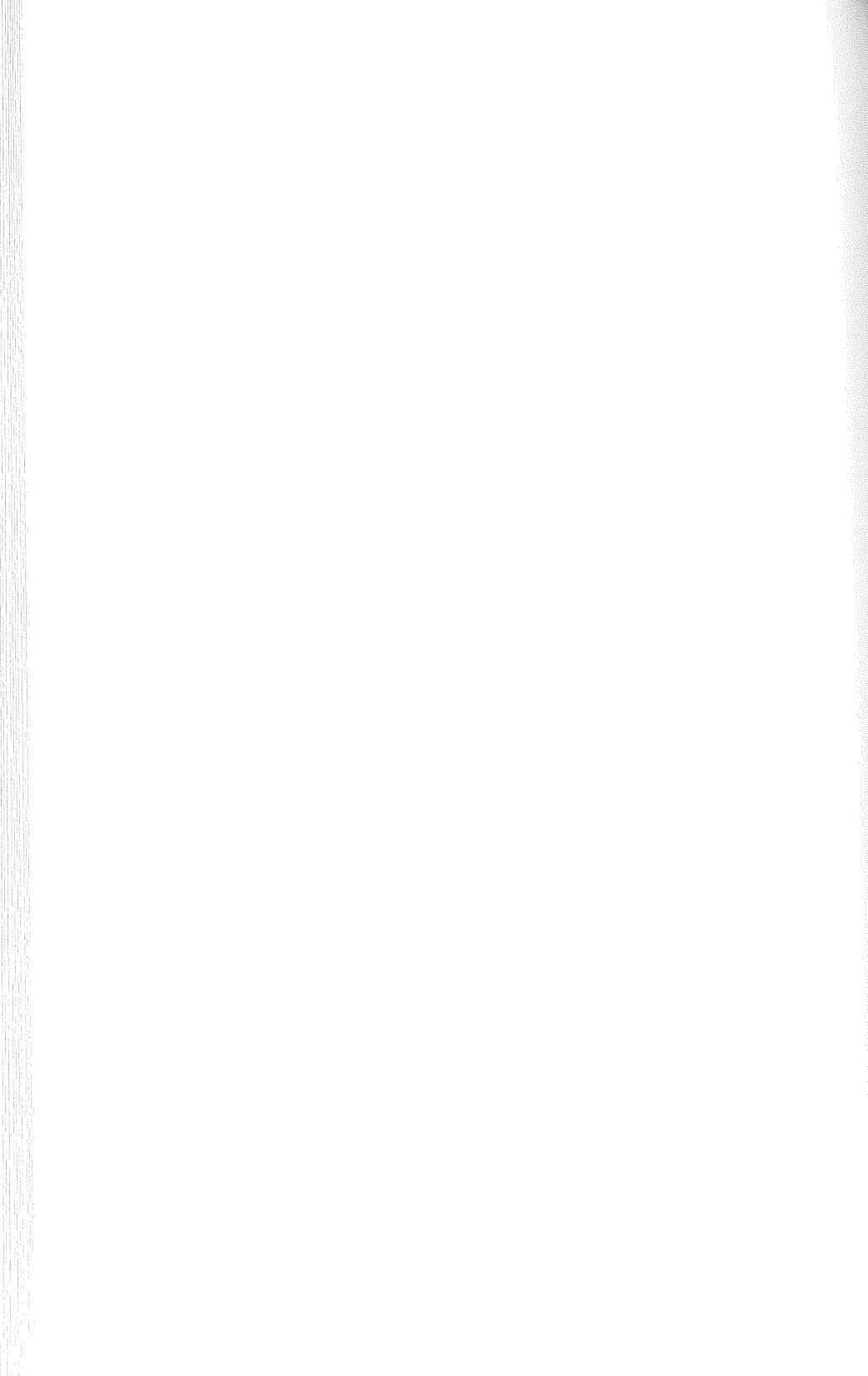
Con esa celeridad con que acostumbraba tomar sus resoluciones, decidió Fonso, acto continuo, trasladarse en persona al campamento de Guanuma, y de ahí, siempre trajeado como un campesino, seguir viaje hasta la misma Capital y comunicar algunas instrucciones a la Junta secreta que dirigía allí el cotarro revolucionario. El coronel Virico procuró disuadirlo de tan peligroso empeño. Si por cualquier casualidad se descubría quien era, cuatro tiros lo despacharían incontinentemente al otro mundo como espía. Y con los pésimos antecedentes que tenía...

Tengo que ir y lo haré aunque pierda la vida. Esta noche escribiré al general Salcedo informándole de todo lo que he podido saber y mañana me presento en el campamento fingiendo ser un peón de la finca del vale Goyo que quiere colocarse en él servicio de convoyes que se mantiene con Santo Domingo. Lo único que exijo de ti es que pongas lo que puedas de tu parte para que me acepten... No creo eso cosa difícil...

El coronel Virico no opuso a esto ninguna objeción sería. Le recomendó únicamente que no llevara sobre sí ningún papel

que pudiera comprometerle. Había que prever cualquier endiablado percance...

Avanzaban con trabajo por en medio del bosque espeso. Hilos de tenue claridad, de una claridad muy vaga, que iba atenuándose rápidamente, se filtraban aun al través del espeso ramaje. Al salir del bosque se dieron un fuerte apretón de manos. Momentos después ambos se alejaban por distinto rumbo espolcando sus respectivas cabalgaduras. Comenzaban a oírse vagos rumores. La naturaleza se aletargaba en una paz infinita, en un silencio solemne interrumpido solamente por el monótono estridor de los grillos y lejanos relinchos de caballos. Anochecía...



GUANUMA

Dormía voluptuosamente la siesta en una hamaca el coronel Virico García cuando un ruido de voces en la puerta del rancho en que se alojaba en compañía de dos oficiales de las reservas lo despertó de una manera algo brusca...

Coronel, aquí hay un hombre que quiere verle ahora mismo, le dijo un fornido negro, especie de Hércules de ébano que le servía de asistente.

Que pase, que pase...

La figura de un campesino vestido paupérrimamente, lleno de manchas de Iodo, interceptando la luz, destacóse en el estrecho espacio de la puerta de la rudimentaria barraca... Un instante bastó para que el coronel Virico lo reconociese, a pesar de haberse por completo afeitado el bigote y llevar por todo calzado unas rústicas soletas. Caía en aquel momento una lluvia muy tenue...

¡Fonso! Acabas de llegar seguramente. Siéntate, siéntate, y le señalaba dos sillas serranas desvencijadas que había en el cuarto. Por dicha estamos solos... No te esperaba tan pronto, a pesar de lo que me dijiste ayer...

Como una especie de incesante zumbido de colmena, los mil rumores confusos de un campamento en plena actividad venían de afuera, a veces como tenues susurros, a veces como encrespamiento de oleada rugiente. Cerca de dos mil hombres allí acampados ponían sobre aquel trozo de llanura como una nota de vida continua e intensa. Empezaba a declinar la tarde, una

tarde de cielo plomizo, fría, lluviosa, que esparcía no se qué tonos de lúgubre opacidad, no sé qué tintes de cadavérica palidez sobre el paisaje circunstante. Cosas y personas parecían como sumergidas en un ambiente gris, de suprema melancolía...

En la sabana de Juan Álvarez, conquistada a fuego y sangre al enemigo, hacía ya días qué Santana había establecido el campamento de las tropas con que salió de Santo Domingo para aplastar la revolución estallada en el Cibao. Extensa y pintoresca, la sabana se dilataba hasta confundirse con los bosques que como espesa faja de un verde muy oscuro parecían por todas partes servirle de infranqueable límite. El río, el Guanuma, muy encajonado, corría sobre un lecho fangoso, a veces creciendo de manera rápida e imprevista hasta hacer muy difícil el paso. Diversas avanzadas, colocadas en puntos bien escogidos, mantenían a toda hora una cuidadosa vigilancia. El enemigo solía acercarse para desde el borde del bosque largar a mansalva algunos tiritos... En la Bomba, bien resguardados se situaron el hospital y los almacenes. En desordenada profusión, desparramadas irregularmente, tiendas de campaña, chozas apresuradamente construidas, chicas y grandes, ocupan una vasta porción de la amplia sabana. Cobertizos muy prolongados sirven de alojamiento a la tropa. Aquí y allá, minúsculas cañadas, charcos de agua cenagosa cubiertos de oscura lama contrastan con el verde tierno del césped que se extiende hasta perderse de vista. En la larga y rústica casa que sirve de hospital se amontonan en catres y hamacas los numerosísimos enfermos de la tropa española. Por falta de catres o hamacas, algunos yacen tendidos en lechos de serones o de yaguas. Las fiebres palúdicas, las perniciosas, la disentería se ceban en aquellos soldados peninsulares no acostumbrados al enervante clima de estos países intertropicales. Las deserciones frecuentísimas de las milicias del país y las numerosas enfermedades, han reducido considerablemente el número de hombres de aquella fuerte columna...

Hacía rato que había escampado, aunque el tiempo no presentaba trazas de serenarse. El crepúsculo, de un gris intenso, se diluía lentamente en las primeras sombras de una triste noche de octubre. Muy salteadas, en escaso número, principiaban a brillar tenues luces en algunas chozas. El coronel Virico y Fonso, el primero con un farolillo en la mano, tan pronto cerró la noche,

a guisa de paseo, empezaron a recorrer en todos sentidos el campamento. Con las nuevas explicaciones de su compañero y con lo que había podido observar aquella tarde, creíase ya Fonso en capacidad de poder suministrar al gobierno provisional datos positivos que suponía de bastante importancia... Ambos avanzaban lentamente, desechando los pantanos, salvando las cortaduras del terreno, abriéndose camino al través de obstáculos en realidad insignificantes, pero que la creciente oscuridad revestía de temerosos aspectos. El coronel, acostumbrado a inspecciones de vigilancia nocturna y gran conocedor del terreno, guiaba expertamente. Reinaba sepulcral silencio en algunas chozas, que semejaban como tumbas de una vasta necrópolis. En una de las chozas, la mejor alumbrada, algunos oficiales jugaban al dominó. Agrupados en torno familiarmente algunos camaradas siguen con interés las jugadas comentándolas en alta voz... Noche, noche intensamente negra. El cielo oscurísimo, lleno de nubes, descubre, a raros intervalos, el resplandor de una que otra lejana estrella. Ambos, como movidos por la misma fuerza, se detienen repentinamente. De un bohío inmediato, quejumbrosas, sollozantes, se escapan las dolientes notas de una guitarra. Un sargento de Bailén mueve con hábil mano las cuerdas. En la silente noche, en aquel augusto recogimiento de las cosas, bajo el cielo sombrío, esos sonidos impregnados de hondas nostalgias parecen como la evocación plañidera de cosas amadas perdidas en melancólicas lejanías... Tal vez en esos arpeggios palpita el recuerdo de la madrecita que reza por él en la iglesia de su aldea; tal vez en ellos flota la imagen de la mujer querida que lo aguarda; acaso palpita en esos sonos la visión de alguna casa de Cádiz o de Sevilla donde en tiempos desvanecidos en tristes realidades apuró sendas copas de manzanilla en compañía de fácil y garrida moza tocada con vistosa mantilla...

Siguen, siguen... Ante los dos exploradores nocturnos, álzase ahora una choza más grande y mejor construida que las otras en cuya puerta hace centinela un soldado con bayoneta calada. Cerca del bohío, en un tosco banco, bostezan o dormitan sus compañeros de guardia. En el interior, un hombre corpulento de rudo aspecto, de imperativo gesto, desde la hamaca en que está sentado dicta algo a un joven que sin levantar cabeza escribe apresuradamente. El viento hace a cada momento oscilar las

luces de las dos velas de un candelabro de metal colocado en la mesa que sirve de escritorio... El coronel Virico toca en un brazo a Fonso, y le dice en voz baja: el general... Como fascinado Fonso se detiene clavado en el suelo por una fuerza superior. A la distancia, lejanos, óyense los ¡quién vive! de los vigilantes centinelas. Dos tiros lejanos interrumpen el silencio de la noche sin que parezcan llamar la atención del general y del secretario que llena con letra cursiva hoja tras hoja de papel. Fonso Ortiz continúa con la vista fija en el Marqués de las Carreras...

OCASO DE UN ASTRO

Fonso no había vuelto a ver al general Santana desde los días ya lejanos de la revolución del 7 de julio. Recordaba con todos sus detalles la recepción entusiasta que le había hecho Santiago al tornar de su destierro de Santhomas para poco después asumir la dirección suprema de las operaciones militares contra el gobierno de Báez... También se acordaba, pero ya con dejos de pronunciada amargura, de su visita a la gloriosa urbe cibaëña, meses después, cuando, desconociendo traidoramente al gobierno que incautamente le había confiado el poder, volvía contra él sus armas vencedoras, arrollaba triunfalmente las escasas fuerzas reunidas a la carrera para salirle al encuentro y se ponía al frente de la situación política que, cuatro años más tarde, terminaría con la muerte de la República y la vuelta del país a la torpe condición de colonia española. Sin llamar la atención de la guardia, Fonso se había acercado lo bastante para poder contemplar a su sabor al férreo ex presidente... La luz de las velas, que el viento movía cada vez que se colaba en la estancia, hundía a veces su rostro vulgar, adusto, sin expresión, en una especie de confusa penumbra, mientras en otras lo iluminaba por entero permitiendo ver sus ojos brilladores que, bajo el arco espeso de sus pestañas, delataban su intensa vida interior. Parecía muy decaído física y moralmente. Los acerbos desencantos que desde hacía algún tiempo se enseñoreaban de su espíritu de acorado temple, lentamente, como corriente subterránea que carcome el fondo de un terreno de aparente solidez, iban desgastan-

do aquella robusta naturaleza de campesino que una fiebre leve, juzgada por los facultativos sin importancia, pero pertinaz, que parecía no ceder a ningún agente terapéutico, minaba sin descanso, amenazando convertirse, en un momento dado de crisis fisiológica, de llamarada apenas visible en intensa hoguera en que iba a reducirse a pavesas su potente vitalidad.

Había cesado de dictar. El secretario, respetuoso, aguardaba sin dejar traslucir la más leve muestra de impaciencia. En ocasiones, con un pericón que tenía al alcance de la mano, sacudía las moscas tan pródigas en aquel terreno y que le zumbaban demasiado cerca, lo que hacía oscilar más fuertemente las llamas de las dos bujías... Moviendo la hamaca de casi imperceptible manera y con la mirada fija en el seto que le quedaba frontero como siguiendo el rostro de algo perdido en las lejanías de su memoria, el viejo guerrero parecía meditar... ¿En qué pensaba?... ¿Qué turbión de recuerdos pasaba en ese momento por su cerebro?... ¿Había podido ahuyentar por un momento sus grandes preocupaciones actuales para hundirse en las profundidades de su pasado tormentoso?... ¿Echaba acaso de menos, con escozor de recóndita nostalgia, los días lejanos en que, en compañía de su hermano Ramón, fomentando un hato, recorrían, jinetes en briosos corceles, la vasta extensión de sus potreros de El Prado inspeccionando las vacadas numerosas que en ellos pastaban? La semana anterior había dicho a uno de sus íntimos con reconcentrado expresión de amargura: ¡Ojalá no haber salido nunca de El Prado!... ¿Acaso, acaso tomaban vida en su pensamiento las víctimas ilustres caídas en la muerte por su implacable saña partidarista? ¿Veía, quizá desfilar ante su espíritu atormentado como luctuosa procesión de sombras, los manes dolientes de María Trinidad Sánchez, de los Puello, de Duvergé, de Francisco del Rosario Sánchez, de tantos otros victimados por él para consolidar el tétrico edificio de su omnipotente dictadura? ¿Evocaba, quizás, a alguno de sus rivales vencidos, aventados del suelo patrio, errantes por playas extranjeras, pero que, más felices que él, no llevaban sobre su conciencia la torturante responsabilidad, el terrible remordimiento de haber clavado el puñal asesino en el corazón de la patria, desencadenando sobre ella la guerra, el incendio, el saqueo, la devastación, toda una legión de furias monstruosas escapada de no sé qué pavorosos abismos infernales?...

De pronto levantó la cabeza como atraído por un rumor lejano. Su mirada penetrante pareció durante algunos segundos como que escudriñaba las densas sombras que arropaban las cosas, la oscuridad en que Fonso delante y el coronel Virico pocos pasos atrás permanecían como invisibles. Como flechas diestramente lanzadas, sus ojos parecían dirigidos en línea recta al sitio en que ambos amigos habían detenido sus pasos. Fonso Ortiz no fue dueño de reprimir un estremecimiento nervioso. Un escalofrío recorrió todos sus miembros. Sintió como un choque, como un latigazo en todo su cuerpo, no obstante el absoluto convencimiento de que el general no podía verlo hundido como estaba en la inmensa negrura de la noche... Por precaución hacía rato que el coronel había apagado el farolillo que naturalmente hubiera despertado las sospechas de la guardia viendo la inmovilidad de aquella luz frente a la habitación del general en jefe. Cada vez que pasaba una patrulla de inspección, y el servicio de ellas era frecuente, los dos amigos procuraban desviarse de la mancha luminosa proyectada por el farol que un cabo llevaba colgado de una especie de lanza. Por más que Virico lo tiraba fuertemente de la manga para apartarlo de aquel sitio, Fonso se resistía como si una corriente magnética lo hubiera allí clavado. El centinela, aburrido de estar parado, había empezado a dar interminables paseos delante de la choza, tomaba su cuerpo, visto a cierta distancia, un vago aspecto fantástico. En ocasiones, al pasar, resplandecía la bayoneta con un fulgor extraño que semejaba como un minúsculo relámpago...

Santana permanecía mudo, como sumergido en la niebla de una idea, de un propósito a que no acertaba a dar expresión exacta... De pronto, como si una súbita iluminación de su cerebro hubiera ahuyentado esa niebla, empezó a exponer circunstanciadamente al secretario para que le diese forma adecuada al contenido de un importantísimo oficio que quería dirigir al general Vargas. Quejas y recriminaciones parecían ser lo más importante de aquella comunicación. Hacía tiempo que Rivero, el anterior Capitán General, y él estaban en desacuerdo sobre los planes de campaña que debían adaptarse, por más que el primero, dúctil y sagaz, creyendo que en tan graves circunstancias era indispensable utilizar el inmenso prestigio de Santana en el país, esquivaba todo razonamiento, cuanto pudiese dis-

tanciarlos y disgustar al temible caudillo que los había puesto en aquel aprieto, y disimulaba bajo formas de exquisita cortesía las brusquedades de carácter y los continuos actos de indisciplina de su inquieto y quisquilloso subordinado... Con su fácil intuición de la realidad con la clara y perspicaz mirada de su espíritu que en muchísimas ocasiones suplía su falta de instrucción, su completa carencia de ciertos conocimientos, Santana comprendió, poco después de realizada su nefasta obra anexionista, con acerba pena, que se había por completo equivocado y que su tremendo yerro iba a tener, andando el tiempo, desastrosas consecuencias... Palpó prontamente, procurando engañarse en los primeros momentos, que había incompatibilidad manifiesta, imposibilidad evidente de compenetración entre las formas de organización burocrática del coloniaje español, estrechas, rutinarias, impregnadas de un acentuado espíritu coercitivo y las modalidades de vida social del pueblo dominicano, de incoherente y primitiva organización sin duda, pero en que tenían predominante señorío ideas y procedimientos de existencia colectiva enteramente diferentes...

Pero ya era tarde. Imposible retroceder. De ningún modo podía ya, al darse cuenta de la casi segura fragilidad de su aventura anexionista, sin mengua de su honor y de los más rudimentarios deberes de moralidad individual, pretender desandar el lóbrego camino recorrido. Vio, casi de golpe, toda la inmensa magnitud de su monstruosa equivocación, y sin amilanarse, como gladiador herido en la arena, soportó gallardamente, con viril firmeza, guardando su arrepentimiento en lo más íntimo de su alma, las tristes consecuencias que a su país y a él principalmente iba a acarrearle su obra liberticida. Hay que confesar en honra suya y como homenaje justiciero a su memoria, que en sus labios y en sus comunicaciones vibró siempre su desacuerdo con ciertos torpes procedimientos coloniales que con un infantil desconocimiento de la realidad se pretendían aclimatar en el país, y, que, continuamente, en ocasiones quizás con sobra de violencia y exagerado espíritu de oposición, defendió a los suyos, a muchos de sus compatriotas menospreciados o postergados para satisfacer aspiraciones de elementos peninsulares de escaso o ningún conocimiento de la manera de ser del pueblo dominicano. Y siempre, en plena guerra sobre todo, lo que

en más de una ocasión le produjo la acerba censura de oficiales españoles, procuró que los nuevos amos, respetasen lo que juzgaba principal fuente de la riqueza pública, como el ganado vacuno, el caballar, y otras cosas... Se incurriría en un juicio parcial, y no sereno y justiciero como debe ser el de la historia, si no se afirmase, al estudiar la personalidad del malaventurado Marqués de las Carreras, que, no obstante la obra que, sea cual fuere el porvenir, marca y marcará su nombre con un sello de perdurable reprobación, que fue siempre dominicano hasta la médula, hasta el último, instante de su asendereado existencia... Eso se siente, eso se evidencia, cuando sin apasionamientos ¡Fecundos, sin mezquina parcialidad, se lee con atención su correspondencia con ministros y capitanes generales en que señala orientaciones oportunas y expresa virilmente en todos los tonos su discordancia completa con los errores y trascendentales torpezas que día por día se cometían en la dirección de los asuntos públicos.

Unas veces por la sugestión continua de gente interesada que lo rodeaba y se movía aguijoneada por aspiraciones bastardas y proditorias y otras por propia y natural impulsión, pues en su mente flotaba desde niño y siempre con vivos colores la visión de una España tradicional, uniforme, poderosa, fue a la Anexión teniendo ante sí dos objetivos en que se encontraban todas sus aspiraciones: el deseo de continuar ejerciendo, ya sin posibles rivales, el mando supremo y el propósito de alzar insuperable y definitivo valladar a las invasiones haitianas... Pero no contó con lo imprevisto, con ciertas circunstancias de régimen administrativo que iban a impedirle moverse con la libertad de antaño en el ejercicio de las funciones gubernativas. Investido del cargo altísimo de Capitán General, de primera autoridad de la nueva colonia española, se convenció en breve que tal poder, aun siendo como era muy considerable, le mermaba su antigua e ilimitada libertad de acción, le acortaba el viejo poder discrecional que sobre hombres y sobre cosas ejercía cuando ocupaba la primera magistratura de la extinta República. De ahí su primer doloroso desencanto, de ahí sus perennes lamentaciones. Hombre de rudimentaria violencia, hecho a procedimientos expeditivos, sin trastienda jurídica de ningún linaje, sin el más rudimentario conocimiento de las principales formas y

maneras de la legislación peninsular, encontróse a las primeras de cambio, como cohibido, como desorientado en aquel engranaje de procedimientos administrativos que le eran desconocidos, que herían sus arraigadas maneras de resolver ciertos problemas de la vida política, y que, sin disimularlo, le resultaban extremadamente antipáticos... Esa diferencia, ese desacuerdo, esa dificultad por su parte, hiciéronse más profundos a medida que corrían los días poniendo de relieve lo mucho que había de improcedente en las nuevas instituciones. El mismo fue la principal víctima de la obra en que empeñó sus mayores energías. Puede decirse que él mismo cavó su propia sepultura. A pesar de sus errores, a pesar de sus crueldades, hay algo en este hombre que mueve a inmensa piedad. En momentos de honda expectación salva a la patria casi expirante en Azua y las Carreras para, algunos años después, entregarla al extranjero... Expresión eterna de la justicia social, la historia absuelve o condena. En su caso tiene que ser inflexible. Y ante el juicio sereno de la posteridad, sin apelación posible, el Marqués de las Carreras está irremisiblemente condenado.

Hacía ya rato que Fonso Ortiz y su compañero se habían retirado... Afuera continuaban oyéndose, monótonos, cansados, los repetidos gritos de alerta de los vigilantes centinelas. Santana se había levantado, y de pie en la puerta de la barraca clavaba su mirada en el cielo, ya despejado, en que parpadeaban innumerables estrellas... Raudos, dibujando arabescos luminosos, pasaban y repasaban los cocuyos. Un vientecillo sutil, impregnado de olores de bosque, oreaba su abrasada frente... Siempre de pie en la puerta hundía ahora su vista en el horizonte negro que ante él se extendía pidiéndole la revelación del secreto de su destino... acaso.

A MONTE PLATA

Bajo un cielo de melancólica opacidad del que caen, de rato en rato, menudas gotas de lluvia, y por un camino convertido en inmenso cenagal en que, en ciertos sitios, parece que van a hundirse hombres y cabalgaduras, marcha penosamente el convoy de heridos y enfermos que desde Guanuma se dirige a Monte Plata...

Gritos, blasfemias, palabrotas groseras, frases mal sonantes, escápanse a cada instante de los que cargan los heridos y enfermos de cierto cuidado en hamacas colgadas de largos palos al entrar en los charcos o al resbalar por las trillas lodosas del interminable camino. Algunos enfermos, ya como en principios de convalecencia, van jinetes en ruines caballeros sobre aparejos muy usados exhibiendo a la claridad tétrica que se cierne sobre el paisaje rostros de acentuada lividez en que la fiebre marcó intensamente su huella... Pasan, tristes y displicentes, agarrándose fuertemente a las crines de sus escuálidas monturas en los pasos de mayor peligro, como si fueran doliente procesión de sombras caminando en pos de no sé qué oscuro destino...

Una compañía escasa de San Marcial y poco más de cien hombres de las reservas seybanas forman la escolta del fúnebre convoy a fin de imponer respeto a las guerrillas revolucionarias que infestan esos contornos interceptando correos y haciendo cada vez más difíciles las comunicaciones con la Capital...

El coronel Virico García comanda con su habitual pericia la reducida columna. Detrás de él, a pocos pasos, cubierto de lo-

do, oprime Fonso Ortiz, convertido en un vulgar campesino, los lomos de un flacucho rocín, habiendo obtenido de su amigo que lo llevase con él prestando servicios en el convoy hasta Monte Plata donde debía por algunos días acantonarse aquella tropa, pues pensaba que en el pueblecito encontraría más fácilmente los medios de trasladarse a la Capital para ponerse en relación con la Junta revolucionaria que actuaba en la histórica ciudad y comunicarle las noticias y las recomendaciones que debía darle de parte del gobierno provisional...

El coronel Virico, en realidad, experimentaba algunas inquietudes con motivo de alguna posible agresión de las partidas que pululaban por aquellos alrededores. Tenía empeñado su amor propio en que aquellos enfermos y heridos llegasen sin novedad a su destino. El general Santana le había encargado con gran insistencia que tratase de rehuir todo encuentro procurando solamente rendir con celeridad la jornada. Pero en la guerra, en la guerra de manigua sobre todo, siempre hay que estar prevenido para cualquier evento. Nunca se sabe con certeza por donde habrá de venir el golpe. El veterano jefe, que conocía a fondo la manera de guerrear de sus compatriotas, no se descuidaba examinando a cada paso con ojo receloso los puntos en que la accidentada configuración del terreno podía prestarse a una emboscada.

Un incidente en apariencia insignificante, pero para él de cierta importancia, hace que su inquietud vaya en aumento. Un campesino que divisaron desde lejos había puesto pies en polvorosa metiéndose en el monte al divisar la cabeza de la columna. Sin duda era un espía que corría a dar el soplo para que el enemigo pudiera apostarse en alguna aspereza desde donde pudiera hacer mucho daño recibiendo el menos posible... Quizá podría ser algún hombre medroso que había huido asustado al ver aquel tropel de gente armada. Sea lo que fuere, el coronel Virico dispuso su tropa lo más convenientemente posible... De momento no había nada que temer. El convoy cruzaba ahora por una especie de llanura donde la tropa podía maniobrar fácilmente haciéndose respetar de manera muy dura, y el coronel estaba seguro que en tales sitios no se atreverían a molestarlo... El peligro, si lo había, sería seguramente al salir del llano, en lugares en que el camino se estrechaba bordeado por una espesa manigua hasta descender siguiendo la línea abrupta de una ladera que

terminaba en un riachuelo de apacible y rumorosa corriente... Entraban ya en el trecho del camino considerado como peligroso, sin que la más leve agresión pareciese justificar alas exquisitas precauciones tomadas por el jefe de aquella tropa.

La mañana continuaba neblinoso y fría. De casi imperceptible manera señalaba el sol su presencia detrás de la barrera de plumizas nubes que en vano pretendía romper con sus rayos. Una niebla sutilísima envolvía todas las cosas esfumando contornos y dando al paisaje aspectos y tonos extraños como si perteneciese a un país desconocido, a un mundo desolado y yerto. Aquella tristeza esparcida en el espacio parecía infiltrarse lentamente en el alma de aquella gente cansada, mohína, desfigurada por el lodo que la cubría, y eso a pesar de las bromas, las burlas, las chanzonetas con que habían amenizado la primera parte de la ruda jornada. Contrastaban con las groserías e indecencias que todavía se dejaban oír; los ayes y lamentos que salían de las hamacas demostrando la inconformidad o los sufrimientos de los que iban en ellas... Las hamacas estaban materialmente cubiertas de lodo. Hombres y cabalgaduras chapoteaban en aquel lodo blando y pegajoso...

Vivo, vivo, muchachos, grita el coronel Virico corriendo de un lado a otro y alzándose sobre los estribos. Ya vamos a pasar lo más malo. Pronto descansaremos en el pueblo. Echen otro traguito, y adelante...

Por un rato, confortados por aquellas voces y por el aguardiente, todos parecen multiplicar sus esfuerzos... Escúchase ya, claro, distinto, el rumor del cercano riachuelo que a poca distancia, en el fondo de la bajada serpentea acariciando los arbustos de sus orillas...

Chis, chis, chis...

Resuenan gritos de mando seguidos de un silencio interrumpido sólo por tiros lejanos. Las filas apresuran la marcha. La columna no contesta los disparos que parten de lo más inextricable del monte. ¿Para qué? Tiempo y cartuchos perdidos. ¿Adónde dirigir la puntería si por ninguna parte se ve al invisible enemigo cubierto como por formidable coraza por la impenetrable maleza que cierra el horizonte por la delantera y los flancos...

Firme, firme, grita el coronel Virico. No hay cuidado. Tienen miedo. Tiran de muy lejos...

Chis, chis, chis...

Conductores y soldados apresuran el paso para salir pronto de aquel sitio peligroso. Intermitente, sigue escuchándose el peculiar silbido de las balas. De cuando en vez, los proyectiles rompen ramas de árboles que, al caer, haciendo un ruido especial, esparcen sobre el suelo la verde carga de sus hojas...

Fonso Ortiz marcha sin el más leve temor, alentando a un enfermo que pregunta angustiado a sus conductores cuando saldrán de aquel peligroso paraje... Por su mente acaba de cruzar un fúnebre pensamiento. ¡Qué triste, piensa, sería que una bala de esas me tocase, morir a manos de los míos en el instante en que estoy en cuerpo y alma consagrado a la causa que defienden los que tiran desde la manigua!

Súbito resuena un grito. Una bala toca en el brazo de uno de los conductores. La sangre brota copiosa convirtiendo la manga de la camisa en un largo jirón de púrpura. Rápidamente se le envuelve la herida en un paño, y uno de los de a caballo, a una indicación del coronel Virico, lo sube y lo sienta por delante...

Vivo, vivo, muchachos. Ya estamos pasando. Ahoritica llegamos a la sabana.

Chis, chis, chis...

Las balas tocan dos hombres más... Ya se está cruzando el arroyo. Ya se va a entrar en el llano donde cesará todo peligro. En la extrema retaguardia, en mitad de la bajada un proyectil penetra en el vientre de un caballo. El pobre animal se desploma, empieza a rodar por la pendiente hasta tropezar con una piedra que lo detiene en el descenso, a pocos pasos del arroyo... El infeliz solípedo se revuelve, con los ojos muy abiertos, en convulsiones de agonía. Sus miembros se estremecen dolorosamente. Del orificio abierto por el plomo, mana, mana la sangre... Primero es un hilo, después un chorro cada vez más espeso, que se desliza tiñendo de rojo las piedrezuelas, la tierra, el césped, hasta caer en el riachuelo que empieza a cambiar de color sin interrumpir por eso la apacible canción de su eterno murmullo...

POR ENTRE SOMBRAS

Por la calleja principal del destartalado villorio soldados y conductores van y vienen mercando en ventorrillos y tenduchos cosas de comer y de beber, de lo último principalmente... Después de tan fatigosa jornada, de tan ruda caminata, por entre cenagales, aguantando frecuentes chaparrones, nada de más singular eficacia para reponer el cuerpo y entrar en calor que unos buenos tragos del excelente ron que se expendía en la pulpería de señor Bartolo Díaz, la más concurrida del poblado... El tiempo, tan inclemente y monótono desde hacía varias semanas, parecía como que iba a cambiar... Hoy no lloverá, seguro, segurito, dice un asistente de pálida tez que va de bohío en bohío, inquiriendo si hay de venta gallinas o pollos para su capitán a quien hace daño la carne de vaca... El firmamento empieza a despejarse, y el sol a lucir a ratos devolviendo el buen humor a aquella gente maleante, que durante largas horas ha estado chapoteando en el lodo, mojándose hasta los huesos y de cuando en cuando soportando los tiritos de los facciosos como en sus rimbombantes proclamas llama el Capitán General a los que luchan tenaz y heroicamente por recobrar la perdida independencia. En dos espaciosos bohíos, los dos más grandes del pueblecito, convertidos en hospitales, han sido colocados de la mejor manera los heridos y enfermos que acaban de llegar de Guanuma. También abunda esta fruta en Monte Plata... ¡Vaya si abunda! Con mucha dificultad se han podido conseguir los dos bohíos en que están los recién venidos. Pero en fin, como dice

filosóficamente el general Contreras, jefe superior de las fuerzas allí acampadas, se hace lo que se puede... y que Dios todopoderoso ayude... El propósito es trasladar todos los enfermos a Santo Domingo, pero sabe Dios cuantos días tardará en llegar la orden y los medios necesarios para cumplirla... ¡Cuántos enfermos! Compañías hay que sólo tienen en pie, prestando servicio, el quinto de su efectivo. Los otros, los que no acuden a la llamada cotidiana, los míseros, yacen tumbados en catres desvencijados y sucios, en lechos rudimentarios de tablas de palma, sudorosos unos, tiritando de frío otros, algunos pronunciando frases incoherentes, sin ilación, sin sentido, presas de intenso delirio, mientras dos médicos militares secundados por algunas buenas mujeres se multiplican para atender a tantos infelices, para llevarles los consuelos de la ciencia, de una ciencia que en muchos casos resulta desgraciadamente impotente... El veterano general Contreras conferencia desde hace rato con el coronel Virico. Por un oficio del general Santana en que le encarece la urgencia y por las explicaciones verbales del coronel, comprende la imperiosa necesidad de remitir inmediatamente a la Capitanía General los pliegos que santísimo le recomienda el viejo, como familiarmente llama a su amigo el ex presidente. Pero Contreras, sagaz, malicioso, piensa, y lo mismo dos o tres jefes de confianza allí presentes, que sería insigne imprudencia sacar un destacamento con ese objeto, pues justamente la tarde anterior por un conducto que no le dejaba la menor duda pudo enterarse de que de los lados de Yamasá habían salido dos guerrillas revolucionarias de cierta importancia, mandadas por jefes muy prácticos del terreno, para operar por los alrededores de Monte Plata con el principalísimo propósito de aislar por completo el pueblo impidiendo sus comunicaciones con Guanuma y la Capitanía General. Y más se lo hacía creer la hostilidad de que había sido objeto la columna que acababa de llegar. No se habían atrevido con ella a mayores, porque sin duda les había impuesto su número... Quizá lo más oportuno, aunque no dejaba también de ser peligroso, sería poner esos pliegos de tan gran importancia para el general Santana en manos de un expresado de entera confianza, quien, por el camino más largo pero más seguro, rompiendo montes si era preciso, caminando de noche, aun haciendo el viaje más dilatado, pudiera con relativa

seguridad esquivar todo peligroso encuentro y entregar los con-sabidos oficios en las propias manos de la primera autoridad de la colonia...

Fonso Ortiz que, de pie en la puerta del patio, sin abrir la boca, como si todo aquello no le importara un bledo, no había perdido ni jota de la conversación, se adelantó osadamente ofreciendo encargarse de tan arriesgada comisión... Si, él se comprometía a ir y a salir con felicidad del empeño siempre que le proporcionase un buen práctico...

Todos los circunstantes se sorprendieron al oír la proposición de aquel vale a quien nadie conocía en el lugar. El general Contreras miró con insistencia a Fonso durante algunos segundos, como queriendo penetrar hasta el fondo de aquel hombre que había visto hacía pocas horas al lado del coronel Virico de quien suponía era plantón o cosa parecida... Después se fijó en el coronel como interrogándolo...

Este había tenido tiempo de reponerse de la sorpresa que le había causado la inesperada proposición de Fonso. Vaciló un momento, pero no quiso dejar que quedara mal...

Se lo recomiendo, general. Ahí donde lo ve, es hombre de sacar a cualquiera de un apuro. No se lo mete nunca el hombrecito en el cuerpo y no se desalienta por nada...

Pues, amigo, prepárese para esta noche. Se le pagará bien. Tengo a la mano lo que se necesita. El viejo Pancho Ruiz conoce todos estos caminos como su propia mano; pero es bruto, muy bruto. Tenga cuidado que no se ajume, pues lo echaría todo a perder. Desde muchacho da viajes a la Capital y está de buena fe con nosotros...

El coronel Virico, allá en lo íntimo de su conciencia, sentía cierto escozor que lo traía desazonado, como inconforme consigo mismo. Tenía interés en que los pliegos llegasen a su destino. Su honor militar y su adhesión personal al general Santana estaban empeñados en ella. Era dominicano, simpatizaba con la causa revolucionaria; pero mientras viviese Santana, su protector, el viejo y consecuente amigo de su familia, no lo abandonaría... Se había trazado esa línea de conducta en que creía poder conciliar sus deberes de dominicano con sus sentimientos de hombre agradecido, y de ella no pensaba apartarse ni un ápice. Dejaba hacer a Fonso y aun lo ayudaba indirectamente, pe-

ro no quería que por su causa una nueva decepción personal amargase el ánimo del general Santana...

Interrogado por él, Fonso Ortiz se apresuró a desvanecer sus vacilaciones con palabras francas y precisas:

No tengas cuidado. Entregaré los pliegos intactos. Sé lo que poco más o menos pueden contener esas comunicaciones. Ya estoy en el hilo de las cosas... La constante letanía de quejas y la eterna petición de refuerzos. Lo que me interesa es llegar a la Capital y que allí a nadie pueda inspirar sospechas mi humilde persona. Quiero penetrar en el mismo palacio de la Capitanía General y puedo hacerlo fácilmente siendo el portador de los pliegos. Regresaré en uno de los próximos convoyes... Sé que estoy jugando la cabeza. Si llegan a ver los papeles que llevo en el forro de la chaqueta, seguro, seguro que cuatro tiros como estas que son cruces me largan al otro barrio. Ni el Santo Cristo de Bayaguana me escapa...

Tiempo después, terminada la campaña, procuraba Fonso Ortiz, sin conseguirlo del todo, revivir íntegramente los recuerdos de aquella noche oscurísima, glacial, lluviosa, en que, en compañía del viejo Pancho Ruiz, hombre de color oscuro, de aspecto fornido, cruzó llanuras, vadeó ríos, atravesó montes espesos, expuesto más de una vez a ahogarse o romperse la crisma en algún invisible tocón del camino... En su imaginación flotaba, sin contornos precisos, como las formas sucesivas de un sueño, la visión de aquel viaje ya cabalgando desesperadamente, ya teniendo que apearse y llevar del diestro su montura para atravesar alguna lóbrega ceja de monte hirsuto alumbrado por un hacho de cuaba que llevaba el práctico. Y eso duró toda la noche. Se caía materialmente de sueño... En algunos puntos, en pleno camino real, los árboles alineados en los bordes del camino le producían la sensación de una carrera fantástica por entre fillos de negros y amenazadores gigantes... Sólo volvía en sí, tornaba a la realidad, cuando, alzando los ojos, veía en el espacio infinito, pálidas flores de luz, las estrellas derramando su tenue claridad sobre la campiña negra y dormida...

EN SANTO DOMINGO DE GUZMÁN

Cuando Fonso Ortiz y el viejo Pancho, al galope de sus cansados rocines, pasaban bajo el arco de la histórica puerta del Conde, era ya muy entrada la mañana, una mañana de principios de noviembre, luminosa, fresca, que ponía en las cosas algo de serena y expansivo alegría. Ambos apuraban sus jamelgos a fin de llegar pronto a un hospedaje cualquiera donde poder tenderse a la bartola para dormir... ¡Dormir!... En esta sola palabra se compendiaban en aquel momento los más vehementes deseos de ambos viajeros... Había ya alguna gente transitando camino del mercado... Fonso y su compañero siguieron la calle del Conde en toda su longitud hasta caer en la de las Damas por donde continuaron hasta el palacio de la Capitanía General, vasto edificio situado al comienzo del declive que termina en el río, el histórico Ozama que, ancho y turbio, corre majestuoso lamiendo los abruptos peñascos y los manglares de esa parte de sus pintorescas riberas... Desde los balcones del viejo palacio se domina completamente toda la margen oriental del río, la mancha blanquizca del caserío de Pajarito, nota atractiva que se destaca en la espesa cortina de verdor que forma el fondo del riente paisaje, y más lejos, la ancha cenefa de seda azul del mar Caribe rumoroso e inmenso... El general Vargas, nuevo Capitán General, algo indispuerto, estaba aún acostado, y Fonso, prometiendo volver al día siguiente para recibir órdenes, entregó los despachos al oficial superior que estaba de servicio esa mañana en la Secretaría... Cumplida su misión, y guiado siempre

por el viejo Pancho, orientóse hacia Santa Bárbara en busca de una casa de hospedaje para cuya dueña traía recomendaciones muy especiales del coronel Virico.

Cuando se despertó eran cerca de las cuatro de la tarde... Por la ventana, entreabierta, se colaba un rayo de sol que arrancaba chispas de un Crucifijo de metal que pendía de la pared frontera y que avivaba el amortiguado brillo del marco dorado de un espejo cercano al lecho... En una jaula rústica arpegiaba un canario de un color amarillo pajizo. Un olor penetrante de jazmines y de azucenas venía del patio, en uno de cuyos ángulos, Regina, la hija de la patrona, una feúcha y desgarbado muchacha de diecisiete abriles cultivaba dos pequeños arriates consagrando a sus flores todo el cariño que hasta entonces no le había demandado ningún almibarado mozalbete... Regina era despierta de imaginación, de cierto roce social, y reconoció presto en el modo de hablar y los modales de Fonso, que ciertamente no se las había con ningún vale, que aquel hombre no era un *campuño*, a pesar de lo rústico y paupérrimo de su vestido. Bajo aquella tosquísima indumentaria, bajo aquella camisa y aquel pantalón de listado, bajo aquel sombrero de yarey, Regina, que no tenía ni un pelo de tonta, comprendió, sin tener necesidad de aguzar mucho el caletre, que aquel hombre sólo tenía de campesino la ropa que llevaba. Además, a ser un pobre diablo del campo no se los hubiera recomendado tanto el coronel Virico, padrino de la muchacha. Este, así como así, no iba a espetarles como huésped de alguna consideración a un infeliz recuero. Demasiado sabía él que en la casa sólo se alojaba gente de alguna distinción. Doña Tomasa, la dueña de la casa, era una vieja muy gruesa, algo sorda, de escaso meollo que, desde la muerte de su marido, sólo pensaba en cosas de devoción, y sólo veía por los ojos de Regina. Esta era, puede decirse, el alma, la suprema dirección de la posada. Hacía y deshacía sin que la madre dijese oxe ni moxte. Tenía carta blanca para todo. Su único hermano Víctor, robusto mocetón, algo ligero de cascos, se había ido, hacía quince o veinte días, junto con dos o tres amigotes de su laya, al campo revolucionario. En la casa no se había vuelto a saber de él. Ella creía, pero no era más que una suposición, que andaba por San Cristóbal. La posada era muy frecuentada por gente que procedía del Este, comerciantes en su mayor parte, y

en la actualidad tenían en ella hospedaje fijo dos empleados españoles de alguna edad que sólo venían a las horas de comer y de dormir... En lo que se reza un credo, habíase enterado Fonso de todos estos pormenores. Había caído en buen terreno. Estaba, pues, en una casa de confianza. Tímidamente, como quien recela algo, pues Fonso venía del campamento de Guanuma y recomendado por un jefe santanista hasta la médula, empezó la muchacha a pedirle noticias del Cibao. Regina experimentó gran regocijo cuando Fonso, ya sin temer nada, le contó cuanto había ocurrido hasta la ocupación de Santiago, algo de lo cual se sabía ya en la casa y eso sólo fragmentariamente y temiendo que tales sensacionales noticias fueran especies falsas echadas a volar por los impenitentes propagandistas que pululaban en calles y plazas...

Caía la tarde cuando Fonso, después de vestirse con la muda que traía de repuesto, echóse a vagar por las calles silenciosas de la tranquila urbe capitalina. En el confín occiduo, ponía el sol, en derroche de encendidos celajes, fajas de vivo color, dibujos caprichosos de nácar y de oro, extraños y luminosos trazos de una fantástica arquitectura... Era una magnífica puesta de sol, la regia agonía de una melancólica tarde autumnal... Fonso caminaba al azar, deteniéndose aquí o más allá para contemplar alguna ruina histórica o algún edificio de sugerente aspecto. Las postreras llamaradas del poniente iban amortiguando su brillo hasta diluirse en tonalidades de un gris muy uniforme. Fonso caminaba muy lentamente, haciendo altos muy prolongados en cada esquina sin pensar que la noche se le venía encima... Andando, andando, vio de pronto erguirse ante él, visión imponente de edades extintas, la sólida mole de un templo vetusto. En sus macizas paredes, que en aquella hora parecían más altas y oscuras, el tiempo había impreso su pátina de siglos. El viejo templo de las Mercedes alzaba en la sombra su torre cuadrangular, empinada y sólida, como gigantesca atalaya destinada a velar por la seguridad de la urbe famosa que empezaba ya a sumergirse en la negrura de la noche. Abierta estaba una puerta y por ella se coló Fonso de rondón. Los contornos de las cosas parecían esfumarse en una especie de misteriosa penumbra. Sólo en el fondo, ante el altar mayor, una lámpara colgante de metal esparcía muy tenues reflejos. Dos o tres mujeres

embozadas en negros mantos mascullaban fervorosamente sus oraciones. Al salir, al pisar de nuevo la calle solitaria, ya era enteramente de noche...

En la esquina inmediata torció hacia abajo hasta encontrarse en la calle del Conde, iluminada por algunos faroles muy distanciados uno de otro, y por las anchas fajas luminosas que salían de las casas y de las tiendas a esa hora bastante concurridas. Uno que otro coche pasaba raudo dejando en la retina la fugitiva impresión de la luminosidad de sus dos faroles delanteros. La calle parecía muy animada. La gente rebosaba en cafetines y barberías. Cierta curiosidad pueril, provinciana, le hacía detenerse con frecuencia ante algunas tiendas muy vistosas y bien iluminadas. Recordaba perfectamente esa calle por haberla recorrido en toda su extensión esa misma mañana, pero ahora la visión de ella era hartamente distinta... Siguió, siguió, parándose un rato en la acera del Vivac. Por la calle de Plateros transitaban bastantes personas. Después siguió hasta el mismo centro de la plaza de la Catedral deteniéndose para contemplar la palma de la libertad, recuerdo de la época haitiana, y que meses después sería derribada por manos ignoradas. El viento movía suavemente el abanico de verdes ramas de la enhiesta palma... Fonso continuó hacia la mole extensa de la Catedral, y, fatigado, de su larga correría, se sentó en un pretil del histórico edificio desde donde dominaba completamente el perímetro de la plaza...

A la tenue claridad que fluía del firmamento estrellado algo aumentada por el mortecino fulgor de los ocho o diez faroles que había en la plaza, los edificios que la encuadran aparecían como revestidos de cierta majestad melancólica y solemne, evocadora de viejas y pavorosas leyendas... Soñador a ratos en el fondo del carácter de Fonso Ortiz dormitaba cierto romanticismo que le hacía amar muchas cosas del pasado y que sólo despertaba con cierto ímpetu en determinados minutos psicológicos. Conocía la historia de su país, aunque de cierto modo deficiente, a retazos como quien dice, sin la intensa visión de conjunto que es el alma de todo genuino conocimiento histórico. Sabía con relativa perfección los principales sucesos ocurridos en el país, los hechos resonantes que forman la deslumbrante actuación histórica de este calumniado pedazo de la tierra antillana. En ese momento se sentía Fonso inclinado al ensueño, como

si de ese mundo del pasado hundido en el tiempo se escaparan efluvios que iban directamente a remover la levadura romántica que se ocultaba en su espíritu... Sin árboles, sin bancos, desnuda de adorno, imperfectamente nivelada, se extendía ante él la plaza casi solitaria, silenciosa, plena de misterioso encanto. A su frente, la línea irregular de las casas del lado de la calle del Conde bastante iluminadas y en medio de esa línea un edificio muy alumbrado, repleto de gente, en su mayoría de oficiales españoles, el café o restaurante más frecuentado de Santo Domingo... A su derecha, el palacio de Justicia desde cuyo balcón principal, dos años antes, proclamó Pedro Santana la anexión a España, y seguido la Cárcel vieja; a su izquierda el Vivac, en cuya planta baja se oía, intermitente, el cuchicheo de los agentes de un puesto de Policía... A su espalda, las almenas y las construcciones irregulares de la parte exterior de la magnífica Catedral, en cuyas naves, en cuyas capillas, prelados, guerreros, próceres, forman con la alfombra de sus huesos el soberbio pedestal de una grandiosa leyenda de infortunios y heroísmos... Ahí, en esa plaza, en ese oscuro rectángulo, en esos contados metros de terreno, pensaba Fonso, han pasado tantas, tantas cosas de imperecedero renombre!... Era la primera vez que Fonso visitaba a Santo Domingo, la ciudad más antigua y más histórica de América... Y sentía ya muy adentro, la sugestión, la intensa poesía que para ciertas almas de selección emana de aquella urbe medieval, de aquellas calles, de aquellos edificios en que floreció la leyenda, de aquellas ruinas festoneadas por plantas trepadoras, de aquellas vetustas murallas, de aquel recinto, austero y solemne, en que ha vivido siempre intensamente la epopeya y que parece a veces muy estrecho para contener en tan reducido espacio tanta desgracia y tan deslumbrante grandeza.

Uno tras otro, agolpábanse los recuerdos en la mente de Fonso. Con la imaginación sobreexcitada seguía el hilo, ya radiante, ya oscuro, de los sucesos... En su ría pintoresca abrigó sus bajeles el nauta insigne que ha marcado una época en la historia del mundo, y al frente, en la destruida ciudad de la margen oriental, saboreó el gran marino las voluptuosidades del poder supremo y de la gloria para casi sin transición caer en el abismo del más negro e inmerecido infortunio... Aquí, viril y elocuente, en uno de sus templos, resonó la voz acusadora de aquel

varón magnánimo, de aquel fraile dominico, Antonio Montesino, en defensa de los pobres indios víctimas de torturantes sufrimientos... Por aquí pasó, dejando radiante estela, aquel sublime apóstol, aquel espíritu evangélico que se llamó Bartolomé de las Casas, ungido por lo alto para enfrentarse a los errores y concupiscencias de una época de sangre y exterminio y cuyo nombre persiste en la memoria humana como símbolo luminoso y austero de vibrante protesta, como conciencia que se yergue, serena y resuelta, en medio de un ambiente enrarecido en que sólo florecen con lozanía las plantas envenenadas de la explicación, de la rapiña, del lucro bastardo, para probar con la insuperable elocuencia de los hechos que la virtud, el desinterés, la abnegación, la honda piedad, no son meras palabras!... De aquí, de esta ancha roca que soporta la urbe famosa y que el oleaje desgasta con su beso salobre, nido de águilas, salieron, en días de resonancia épica, para conmover el mundo con el ruido de sus proezas, Velázquez, Ojeda, Cortés, Pizarro, Ponce de León, Soto, Vasco Núñez de Balboa, los fieros halcones que dilataron su vuelo potente en una atmósfera de guerra y de gloria, llevando como oriflama triunfal el nombre de España por el hirviente raudal del Missisipí, por las Antillas vecinas, por los campos de la altiva Tenochtitlán, por el mar del Sur, por las altiplanicies andinas, por la impetuosa corriente del estupendo Amazonas!... ¡Cuántas, cuántas cosas, en secular desfile, han pasado por este altivo jirón de la tierra dominicana! Más de una vez el huracán desató sus furias para desolaría e impedir su creciente adelanto, y más de una vez los estremecimientos del suelo derribaron con pavoroso estruendo sus edificios sembrando de ruinas su histórico recinto... Durante cerca de dos siglos vivió en la perenne angustia de las agresiones filibusteras que, como tempestades de sangre y de rapiña, asolaban las ciudades costeñas de las colonias hispanas... Drake, el genial pirata, posó aquí su planta invasora, incendiando, saqueando, terminando por llevarse, como lo más sustancioso de su rico botín, los miles de ducados que como rescate de sus casas le entregaron los atemorizados vecinos... En sus inmediaciones, el formidable ejército enviado por la potente Albión para someter la Hispaniola fue obligado a reembarcarse vencido en toda la línea por el arrojo y decisión de las milicias criollas...

Pero ya despunta la centuria en que su desenvolvimiento histórico va a asumir proporciones de magnífica epopeya. Tous-saint L'Ouverture, "el primero de los negros", profanó con aires de conquistador el ámbito de la urbe arcaica... Contra sus muros se estrellaron, imperando la dominación francesa, los formidables empujes de las hordas feroces del terrible Dessalines. El dominicano don Juan Barón, en una salida contra, esas hordas, cayó exánime en el campo de batalla después de lidiar con la gallarda arrogancia y el indomable coraje de los viejos paladines... Bajo la égida gloriosa de las vencedoras águilas napoleónicas, los soldados franceses sostuvieron en ella un sitio de ocho meses contra los reconquistadores que, victoriosos en Palo Hincado, venían a paso de triunfadores desde las llanuras orientales para enhestar nuevamente en la cima del Homenaje el pabellón amado de Castilla... Transcurrieron algunos años de infecunda dominación española hasta que al fin aquel espíritu culto y noble, de mentalidad superior a su época, que fue don José Núñez de Cáceres, arrió esa bandera colocando en su lugar la de la gran Colombia, que, en esos mismos días, el héroe caraqueño paseaba triunfante desde la vieja Angostura hasta los Andes peruanos. Núñez de Cáceres fue el primero que hizo resonar la mágica palabra independencia en el ambiente de nuestras ciudades de vida tradicional, de apacible y triste monotonía. No vio la traición, la infame traición, que acechaba a su lado; no se percató de los trabajos proditorios de algunos de sus compatriotas lamentablemente extraviados. No pudo, como esperaba, contar con la salvadora cooperación del Libertador eximio. Su obra, noble y trascendente, duró lo que un sueño. Se desvaneció rápidamente en horizontes sombríos... Sobre nuestras fortalezas flameó durante veintidós años, ¡veintidós siglos! la odiada enseña de los invasores occidentales... Aquí, seguía pensando Fonso, nació el dominicano más ilustre, el excelso Juan Pablo Duarte, quien aunando voluntades y dando a esfuerzos y gestiones dispersas efectiva convergencia, echó las sólidas bases de la ingente obra que ciñe con un nimbo de inmortal renombre su personalidad egregia. El 27 de febrero surgió la República por la decisión de sus dos grandes compañeros, capitales como él, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella, y como él ungidos por la gloria y por la desdicha. Y vinieron las

luchas épicas, doce años de heroísmos y de abnegaciones, para consolidar la flamante nacionalidad. Y con su cortejo de sombras vinieron también los días nefastos de desoladoras luchas civiles. Y vino por fin el día más fatídico de todos: aquel 18 de marzo de 1861 en que Pedro Santana, en una mañana de eterno duelo para todo dominicano digno de este nombre, asesinó de un solo tajo de su machete dictatorial la república de Febrero para alzar sobre el cadáver de la patria el frágil edificio de una colonia española.

Nueve campanadas que resonaron estruendosamente en el silencio augusto de la noche sacaron a Fonso de su ensueño. Levantóse con cierta prontitud pensando que era ya hora de ir a recogerse a la posada. Hasta él llegaban ecos de carcajadas, rasgueos de guitarras, palabras amortiguadas por la distancia, que salían del Café fronterero donde reinaba todavía mucha animación... Cruzaban todavía algunas personas, especie de sombras que se deslizaban con sus pasos precipitados. Los grillos continuaban sin descanso su monótona y estridente serenata. En el Vivac donde hasta hacía poco resonaba el murmullo de las conversaciones del cuerpo de guardia, imperaba ahora sepulcral silencio. Fonso se puso en marcha tomando la calle del Comercio en dirección a Santa Bárbara. Algunos vecinos cerraban las puertas de sus casas produciendo cierto momentáneo estrépito. Por las calles silenciosas y oscuras que evocaban viejas leyendas, cosas fantásticas, apenas se veía ya uno que otro transeúnte rezagado. Parecía haberse extinguido toda vida. Silencio, soledad. Apresuró el paso sintiendo como un vago temor de encontrarse solo, sumergido en las sombras nocturnas, por las calles de una ciudad que hasta ayer le era desconocida por completo. Solamente arriba, en la comba sidérea, reconocía sus amigas de la noche anterior, las estrellas, que, como desde el principio del mundo, continuaban esparciendo el milagro de su luz suave y melancólica sobre las almas y las cosas.

ENTRE ENEMIGOS

Por los intersticios de la ventana se filtraba tenuemente la claridad del día de manera que empezaban a hacerse visibles las formas de los objetos que había en el cuarto, cuando Fonso Ortiz despertó restregándose los ojos soñolientos y desperezándose en la mullida cama en que como un lirón había dormido toda la noche... Afuera, en la calle, resonaban gritos de vendedores ambulantes, oíanse ruidos de vehículos que pasaban, todos los variados y confusos rumores de una ciudad que despierta para entregarse al movimiento de su existencia cotidiana... En su imaginación flotaban todavía a modo de imágenes de indecisos contornos todas las sucesivas visiones de su ensueño romántico de la noche pasada. En ese ensueño había vivido, en íntima comunión con el pasado, minutos de intenso relieve que aún persistían en su memoria... Tenía que ir a palacio, a la Capitanía General, pero le era forzoso esperar hasta las ocho y media o las nueve, hora en que, salvo casos extraordinarios se abría el despacho de la Secretaría del gobierno colonial. Desayunóse frugalmente como acostumbraba y dio comienzo a su paseo matinal bajando al río por la Atarazana. Siguió por la orilla un buen trecho deteniéndose antes de volver atrás un largo rato ante la ceiba histórica, todavía vigorosa y pintoresca en su lozana vejez y en la que según se cuenta se amarraron las primeras carabelas que surcaron la ría del Ozama. Frontero a él, en la margen opuesta, empezaba a dorar el sol la cortina verde oscura de la arboleda que cubría casi todo el terreno que abarcaba la vista.

Por el río rumoroso, ancho y sucio, evocando cosas de edades pretéritas se deslizaban numerosas y rústicas canoas atestadas de frutos menores y de petacas de carbón que desembarcaban en un mercado rudimentario, colocando los primeros en filas de irregular aspecto y las segundas en largas hileras superpuestas que a veces parecían sostenerse por un verdadero milagro de equilibrio. Con el propósito de revenderlos a buen precio, muchos compradores se disputaban tales objetos... Amarradas al muelle, dos o tres goletas de fina arboladura echaban a tierra su carga de provisiones y mercancías que eran seguidamente llevadas a la Aduana situada a pocos pasos de allí.

El sol empezaba a picar de lo lindo en el momento en que Fonso subía la cuesta encaminando sus pasos a la Capitanía General. Se notaba ya bastante movimiento en palacio aún cuando no eran todavía las nueve. Al principio un portero colocado al pie de la escalera puso obstáculos a la entrada de Fonso que quería subir a los departamentos de la Secretaría; pero tales negativas se desvanecieron cuando le dijo que era el hombre que el día anterior había traído unos pliegos urgentes del general Santana. En el despacho sólo se veían dos o tres empleados ocupados en ordenar los numerosos papeles esparcidos en las anchas mesas que servían de escritorios. Uno de ellos secamente, con gesto autoritario, sin invitarlo a sentarse como si aquel palurdo no mereciese la más leve atención, le dijo al enterarle Fonso de quien era, que volviera dentro de una hora o que esperarse allí hasta que el general se levantase. Prefirió quedarse. En aquel salón, lleno de mesas y sillas, sólo atrajo por unos minutos su atención un gran cuadro de marcos dorados colocado en el testero en que aparecía sonriente y bonachona la vulgar fisonomía de Doña Isabel II. No sabiendo cómo matar el tiempo se asomó a un balcón. La luz solar continuaba derramando sobre las cosas la pompa magnífica de sus fulguraciones. Cerca, sobre una especie de meseta imponentes, se alzaban, revelando elocuentemente su extinta grandeza, las ruinas del histórico palacio de don Diego Colón. Las palomas anidaban en los sitios que antes ocupaba el artístico cornisamento. Las plantas trepadoras, apoyándose en algunas Tajaduras de las paredes, subían, subían, hasta formar en algunos lugares festones de espesa verdura. En sus hondas y oscuras grietas se multiplicaban prodi-

giosamente los murciélagos. En la parte baja, en una especie de explanada, algunas mujeres del vecindario ponían a secar ropas de abigarrados colores... Por los huecos de las ventanas penetraban los flamígeros dardos del sol, iluminando los salones ruinosos poblados de toda especie de sabandijas, donde en tiempos lejanos pasearon, charlaron, rieron, danzaron tantas damas y tantos caballeros de estirpe linajuda. La sombra de la noble virreina Doña María de Toledo parece aún errar, doliente y decepcionada, por los ámbitos de aquel magnífico palacio donde resonaron tantas músicas, donde tantas mujeres hermosas despertaron volcánicas pasiones, donde durante un tiempo, ¡cuán corto! todo fue expansión y alegría, y que hoy, fantasma sollozante de un pasado desvanecido, levanta su mole oscura cada día más agrietada, más ruinoso, testimonio elocuentísimo de lo deleznable y frágil de las grandezas humanas...

En el despacho, lleno ya de escribientes y de oficiales de toda graduación, principiaban a oírse murmullos de conversaciones rápidas, preguntas y respuestas que se cruzaban, chirridos de plumas al correr sobre el papel. Nadie hacía caso de aquel campesino perdido en un rincón de la anchurosa sala, que aparecía como atontado y cohibido en aquel ambiente tan distinto del que respiraba todos los días. De repente los cuchicheos cesaron y todos se pusieron en pie. Entraba el general Vargas. Pronunciado por él resonó vibrante un, ¡buenos días, señores!, contestado por todos con extremos de apresuramiento y de respeto. En su semblante pálido, como de un convalesciente, se veía la huella de sufrimientos físicos y morales. Parecía de pésimo humor. Vestía pantalón y chaqueta de rayadillo azul y tenía cubierta la cabeza con un gorro de terciopelo galoneado de oro. Echóse en una cómoda butaca y llamando a un oficial que acababa de entrar se puso a hacerle algunas preguntas... Ya hacía un rato que estaba allí cuando su mirada cayó sobre Fonso que, en un ángulo de la sala, como sumido en una especie de atolondramiento, daba vueltas en las manos a su sombrero de yarey de anchas alas...

Al decirle que era el expreso que había traído las comunicaciones del general Santana, no pudo reprimir un gesto muy visible de desagrado. No hacía un mes que se había encargado de la Capitanía General, y como a su antecesor, Santana empezaba

a ser su pesadilla, la permanente y dolorosa obsesión de sus días y de sus noches. Aquel diablo de hombre violento y testarudo, siempre con la queja en los labios, queriendo en todo hacer su santa voluntad como cuando ejercía la dictadura en la República que en realidad era su feudo, se creía que estaba dispensado de toda obediencia y que sólo debía hacerse lo que a él le diese la gana. Al general Rivero, discreto y prudente, le había costado esfuerzos titánicos reprimirse no castigando severamente, como lo exigía la disciplina, los desplantes e insubordinaciones del engreído ex presidente. Vargas, ya bastante contrariado, se contenía tan sólo para no dar lugar a que se le echase en cara que por un acto de energía que disgustase profundamente al Marqués habíase perdido o poco menos la causa española. Había formulado un plan de seguros resultados para acabar con la rebelión; pero Santana le había dicho, casi sin atenuaciones que no, que así no, que ese plan no valía a una guayaba, que ni Rivero ni él conocían al país, que lo que se debía ejecutar era esto o lo otro, en plata, que sólo debía hacerse lo que, él, Santana, indicase... Pidió los pliegos de éste y se puso a leerlos nuevamente deteniéndose en algunos párrafos en que el caudillo dominicano había dejado correr con mayor virulencia todo el espeso fondo de amargura que hervía en su alma...

Mientras los recorría, aquí y allí, en grupitos de dos o tres, cruzábanse palabras y frases que Fonso oía clara y distintamente. Cerca de él, algunos oficiales mantenían una animada conversación sin hacer el más mínimo caso de Fonso...

Refuerzos y más refuerzos... Dinero y más dinero Esto lleva trazos de durar hasta el mismo día de juicio final...

Sí, sí... Hay que desengañarse. Santana no saldrá de este infierno de Guanuma. Allí enterrará hasta el último de nuestros pobres soldados...

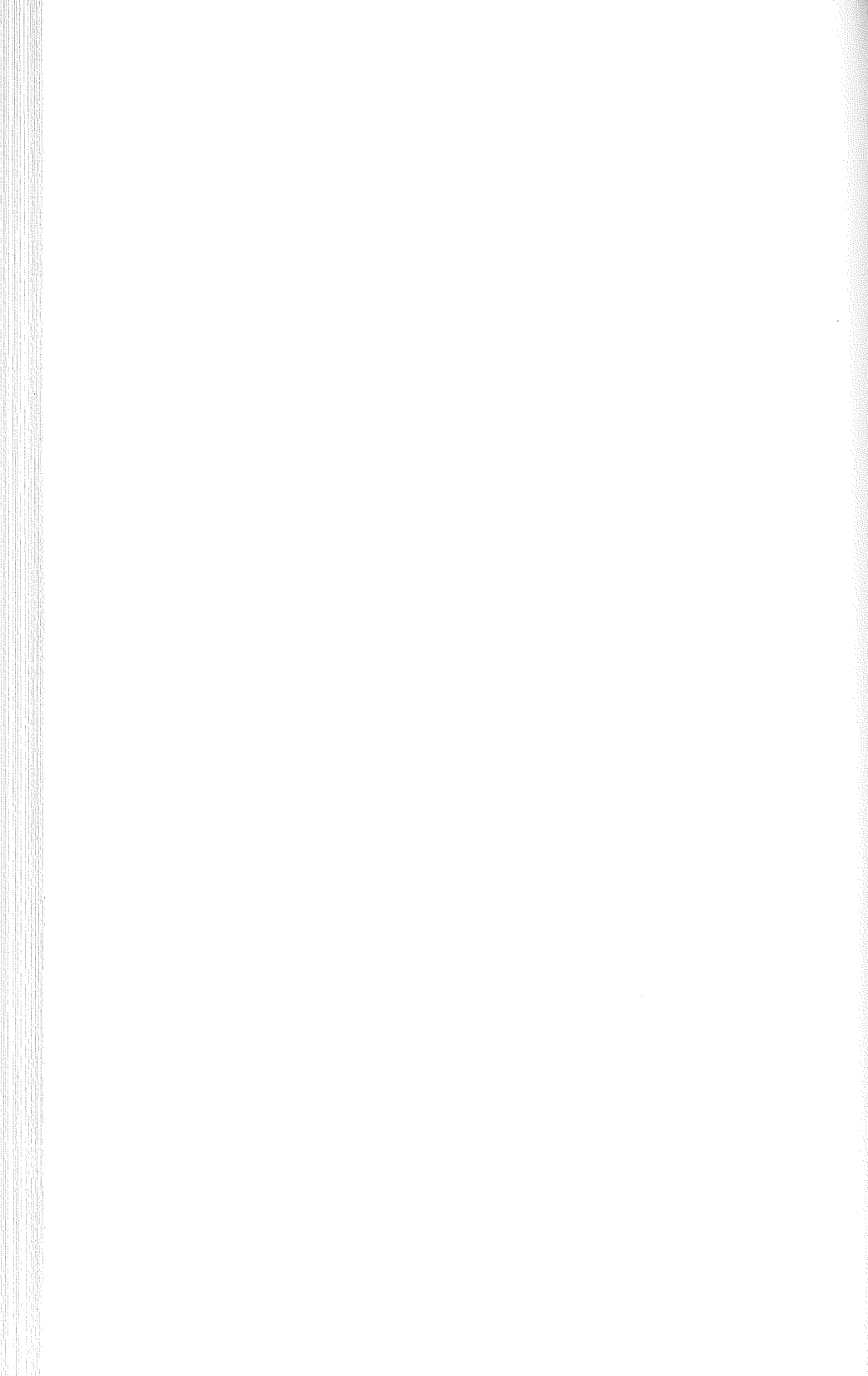
Lo que hay, dijo su interlocutor bajando la voz, es que el general, y señaló a Vargas que continuaba leyendo, tiene miedo de ponerle la mano encima. Si se hubiera procedido desde el principio, como le aconsejó Gándara a Rivero, otro gallo nos cantara. Todas estas contemplaciones nos van a ser fatales...

El maldito indio no bajará al Cibao así le manden diez mil soldados y cien cañones. Lo que él quiere es impedir que los facciosos se metan al Seybo y le coman sus miles de cabezas de ganado...

Verdaz, verdaz, interrumpió el teniente Bermúdez hasta entonces silencioso. Mire osté, camaráda, eze hombre es mayor enemigo nuestro que ezos mismos que están en la manigua.

Echáronse a reír los dos que hablaban antes. El teniente Bermúdez hacía poco que había llegado al país y la misma noche del su desembarco había salido escoltando con su compañía un convoy de cinco mil raciones que se enviaba a Guanuma. Contaba horrores de aquella expedición... Esta es una tierra maldita, decía; ojalá se la trague el mar con todos sus negrillos, y esta última palabra sonaba en sus labios con muy pronunciado acento despectivo... Salieron de la Fuerza lloviendo a torrentes y llegaron lo mismo a Guanuma. Ya cerca del campamento, en un arroyo que las lluvias habían engrosado hasta convertir en río, su montura dio un resbalón, y, cataplum, el teniente Bermúdez al fondo del río. La zambullida fue de padre y muy señor mío. Lo sacaron hecho una sopa. Al llegar a Guanuma hasta el adusto semblante del general Santana asomó una sonrisa cuando le contaron el percance con todos sus pormenores. Seguramente a consecuencia del chapuzón se le metieron en el cuerpo unas fiebres que en pocos días lo pusieron a dos dedos del otro barrio. Estaba ahora en franca convalecencia... El teniente Bermúdez echaba al país la culpa de tales desventuradas andanzas... Maldito, maldito país, repetía, aquí vamos todos a largar el cuero. Su enojo resultaba a veces tan cómico que hacía reír a mandíbula batiente a sus camaradas. Al principio no le gustaban tales muestras de hilaridad, pero al fin se acostumbró a ellas terminando él mismo por asociarse al general regocijo...

Breve, imperiosa, en contestación a una tímida petición de Fonso, resonó la voz del general Vargas ordenando a un secretario apuntase la dirección del hospedaje del expreso de Santana para avisarle el día, ya próximo, en que, accediendo a lo que solicitaba, debía incorporarse a la columna que como refuerzo y escoltando un fuerte convoy saldría a fines de semana quizás para Guanuma. Aunque se trataba de un palurdo, quería tener esa atención con él por haber traído con grandes peligros las comunicaciones del general Santana.



LABORANDO

El cuadrante solar colocado frente al palacio de la Capitanía General marcaba las once cuando Fonso salió a la calle con el propósito de dirigirse seguidamente a la casa del principal de los individuos que en Santo Domingo tenían en sus manos la madeja revolucionaria y para quien traía recomendaciones muy especiales de parte de algunos miembros del gobierno provisional... Bajaban produciendo un infernal estrépito carretas vacías camino de la Aduana y subían otras repletas de fardos y de cajas levantando a su paso espesas nubes de polvo que constreñían a los transeúntes a taparse bocas y narices. El polvo, sutil y continuo, penetraba por las puertas y ventanas de las casas cubriendo el piso y adhiriéndose a los muebles... En el Placer de los Estudios un gran vapor de ruedas con la bandera española, cargado de tropas, pitaba estruendosamente anunciando su próxima salida para Azua. De su alta chimenea se escapaban borbotones de espeso humo que ascendían en caprichosas espirales manchando de negro el cielo. El mar de un azul oscuro, algo picado, dejaba con dificultad acercarse al costado de la escalera de subida las lanchas llenas de soldados... En la Capitanía del puerto se veía un continuo movimiento de botes que iban y venían... Fonso Ortiz marchaba con lento paso pensando que en realidad, salvo observaciones hechas al paso y datos inconexos recogidos en las conversaciones mantenidas en la posada, aún no había realizado lo más sustancial del encargo que debía cumplir en Santo Domingo. Tenía, sin embargo, tiempo

suficiente, pues la salida para Guanuma podía todavía retardarse hasta la próxima semana. Aún no habían llegado algunos refuerzos que de momento se esperaban de Cuba y con los cuales contaba Vargas para atender en lo posible las continuas exigencias de Santana... Esa misma mañana le había dicho Fonso a Regina el nombre del individuo que quería ver inmediatamente y la muchacha se apresuró a proporcionarle las indicaciones que le pedía respecto del sitio en que moraba. Era un personaje muy conocido. En los círculos revolucionarios se le mentaba con frecuencia. Vivía en una casa de mampostería de la calle del Arquillo muy cerca de la plazuela del Carmen. Recibió a Fonso con cierta displicencia creyendo en el primer momento que la visita de aquel campesino sería para importunarle con algún pedimento o cosa parecida. Parecía ser hombre como de cuarenta años, alto, fuerte, de tez blanca muy quemada por el sol, de barba y bigotes negrísimos, de atractiva fisonomía. Soltó la pluma con que escribía cuando Fonso entró y casi sin fijarse en el visitante le lanzó a la cara un brusco: ¿qué se le ofrece, amigo? Pero así que Fonso, después de cerciorarse que estaban solos en la sala, empezó con frase correcta impropia de un campesino a darle cuenta del objeto que motivaba su visita, don Mariano, que así se llamaba nuestro hombre, principió a abrir tamaños ojos revelando en toda su noble fisonomía una impresión de intenso asombro. Miraba a todos lados como si temiera que oídos indiscretos escucharan lo que le espetaba aquel *vale* que se expresaba tan clara y correctamente. Nadie, nadie que pudiera oír. Una criadita barría en el comedor. En el patio escuchábase el trajinar de dos o tres mujeres...

De súbito un pensamiento temeroso se enseñoreó por breves instantes del cerebro de don Mariano. ¡Si aquel vale sería un camarón! Él estaba bien enterado de que los sabuesos de la policía colonial lo vigilaban estrechamente no perdiéndole pies ni pisada. Salía poquísimos de casa para inspirar menos sospechas; pero era hombre habilísimo, muy ducho en andanzas de conspiraciones, y sólo muy contados amigos, gente toda de probada discreción, conocía a ciencia cierta la importancia y alcance de sus gestiones revolucionarias. Las autoridades españolas sospechaban de él, pero hasta entonces no habían podido conseguir la más pequeña prueba que justificase su ingreso en algún oscu-

ro calabozo del Homenaje... Su desconfianza fue menguando a medida que Fonso iba entrando en detalles de cierto género que era imposible conociese un espía al servicio de la causa española. Pero sus temores recibieron el golpe de gracia, disipándose como el humo, cuando Fonso sacó de un bolsillo de su chaqueta una comunicación en que vio la firma de su antiguo amigo Benigno Filomeno de Rojas. Fonso le enseñó también una carta del general Pepillo, fechada en Piedra Blanca y que había recibido en Guanuma entregada personalmente por Goyo Ruiz, en la cual la carta le recomendaba al presidente del gobierno provisional no dejara de ir a Santo Domingo siempre que no le fuera totalmente imposible... Roto el hilo de la desconfianza, abrumó el mozo a preguntas respecto de los asuntos que se habían desarrollado con tan asombrosa rapidez en el Cibao y le expuso lo que el gobierno a su juicio debía hacer en las comarcas del Sur en gran parte adheridas ya a la causa revolucionaria. Lo esencial, a su opinar, consistía en que hubiese mucho tino en la elección de los jefes militares que el gobierno debía enviar o había enviado ya a los puntos en que flameaba la bandera dominicana. Y para robustecer su idea contó a Fonso muy interesantes pormenores de cosas que habían acaecido ya con notorio desprestigio de la causa nacional.

Yo sé, dijo, que de momento hay que aceptar muchas cosas a fin de no disgustar a gente bellaca que está siendo útil; pero es necesario, cueste lo que costare, eliminar ciertos vagabundos que parece que sólo aspiran a deshonar la obra restauradora. Florentino nos está haciendo más daño con sus barbaridades que diez regimientos españoles en campaña...

Fonso le prometió transmitir al pie de la letra sus indicaciones al general Salcedo, quien debía a esas horas encontrarse en Arroyo Bermejo o en San Pedro para activar las operaciones y avanzar lo más que permitieran las circunstancias.

Y para que Fonso pudiera irse bien empapado del satisfactorio estado de los trabajos revolucionarios en la Capital le prometió mandarle un aviso a la posada para que, dentro de dos o tres días a más tardar, concurriese a una sesión de la Junta revolucionaria, indicándole a la vez circunstancialmente el lugar en que debía verificarse la reunión y lo que tenía que hacer para que en ella le franqueasen la entrada.

ENTRE CONSPIRADORES

Con persistente monotonía, una lluvia fría, tenue, cae melancólicamente suscitando no sé qué vago sentimiento de inexplicable tristeza. Se despiertan con ímpetu sensaciones de cosas lejanas que duermen en limbos abismales de olvido... El vientecillo frío y penetrante que silba en aquella triste noche de noviembre levanta misteriosos rumores al chocar con las tapias de las viejas casas, de la imponente Catedral, en la cual, en una capilla, al través de los vidrios de una ventana de corte ojival, alcánzase a ver el trémulo resplandor de una lámpara que a veces oscila y disminuye como si fuera a apagarse... En la plaza desierta, casi oscura, la sombra parece más densa y tenebrosa, y por la larga calle que extiende sus líneas paralelas de casas hasta el histórico baluarte sumergido en la negrura de la noche, las luces de los faroles de anticuado corte, parpadean bajo la caricia pertinaz de la menuda lluvia, proyectando reducidas fajas de luz y reflejándose en los charcos que llenan la vía como haces luminosos que se pierden en las entrañas de la tierra. Con estridor molesto pasa un coche muy cerrado, luciente por la lluvia, chorreando agua, estelando con el fulgor de sus dos faroles los charcos que abundan en la calle solitaria... Todo el día había llovido intermitentemente, pero nada había hecho cejar a Fonso en su resolución de concurrir a la reunión que debía efectuarse esa noche a las ocho conforme aviso de don Mariano. Minutos después de las siete cuando ya la oscuridad era completa, bien arrebuñado en su capa, salió Fonso de la posada en un momento en que la

lluvia había cesado dirigiéndose a la plaza de la Catedral con el fin de comprar unos cigarros y matar el tiempo que faltaba para la hora de la cita. Sorprendido de nuevo por la pertinaz llovizna refugióse un rato en el abierto portón de una casa de alto, pero como el tiempo no daba trazas de serenarse, se echó resueltamente a la calle sin dársele un ardite de la lluvia que caía, enderezando sus pasos hasta la esquina en que había que doblar para subir por la cuesta que conduce a la iglesia de San Miguel, edificada por aquel Pasamonte que dio tantos malos ratos a la familia Colón con su irascibilidad y con su envidia...

La reunión debía efectuarse en el patio de un bohío de miserable apariencia situado a pocos pasos del vetusto templo. Desde antes de dar las ocho habían empezado a llegar los miembros de la Junta, uno a uno, sin llamar la atención, especie de sombras deslizándose por entre la oscuridad que envolvía aquel silencioso y apartado barrio. Guiado por las indicaciones de don Mariano, Fonso, sin mayores dificultades, acertó con la casucha herméticamente cerrada que se le había señalado como lugar de la reunión. Siete golpecitos dados en la puerta con el nudillo del dedo hicieron que ésta se abriera pausadamente; sin producir el más leve ruido. Oscuridad completa. En la negrura que lo circundaba sintió que una mano se agarraba a su diestra y le iba suavemente llevando hasta el patio. Algunos árboles de extenso ramaje hacían la noche más densa. En el fondo del patio, en un cuartucho de mala muerte estaban reunidos cinco o seis individuos, los cuales se levantaron a la llega a de Fonso estrechándole efusivamente las manos como si fueran viejos camaradas. Parecían ser todos de importancia social. Algunas sillas de uso, dos o tres desvencijadas, y una mesa manchada, mugrienta, sobre la que ardía un velón de aceite, componían todo el rudimentario mobiliario. Sin más preámbulos, comenzó la charla, amena y rápida, interrumpida con frecuencia por exclamaciones y muestras de aprobación o de duda. Fonso naturalmente hizo el gasto. Narró con muchos detalles ignorados de los presentes lo ocurrido en el Cibao desde el 16 de agosto y todos los pormenores de su atrevida odisea. Pronto, dijo terminando su relato, regreso a Guanuma con el convoy que sale ese día y desde allí pasaré al más próximo o al que mejor me convenga de los cantones revolucionarios... ¿Y después?...

Después será lo que Dios quiera. Pienso pedir una licencia para ir a Santiago por dos o tres semanas. Después volveré a la lucha, pues quiero ser de los que entren triunfantes a esta ciudad, salvo que una bala lo disponga de otro modo...

Languideció la charla hasta que uno de los presentes a quien llamaban Don Pancho, un vejete, alto, seco, anguloso, empezó a hablar premiosamente, como si le costara un ímprobo trabajo echar fuera las palabras.

Anoche se despachó la cosa. Algunos fusiles y como dos mil cartuchos van en la balandra. También envié algunas medicinas. La gente de San Cristóbal debe estar esperando en la playa, en el sitio convenido. Mandarlos por tierra con la vigilancia que hay era imposible. No sale ninguna carga por la puerta del Conde sin que la registren minuciosamente...

Frutos, dice otro que hasta entonces no había abierto la boca, logró sacar anoche de la Fuerza como cincuenta cartuchos. La cosa se va haciendo más difícil. El arsenal está muy bien vigilado, y lo que me da más rabia es que ese sirvergüenza, ese canalla de Santos se mantiene llevando chismes a palacio de lo que ve y de lo que no ve. Y todo por unas miserables pesetas para que ese cuero de Concha no lo bote para Coger a otro.

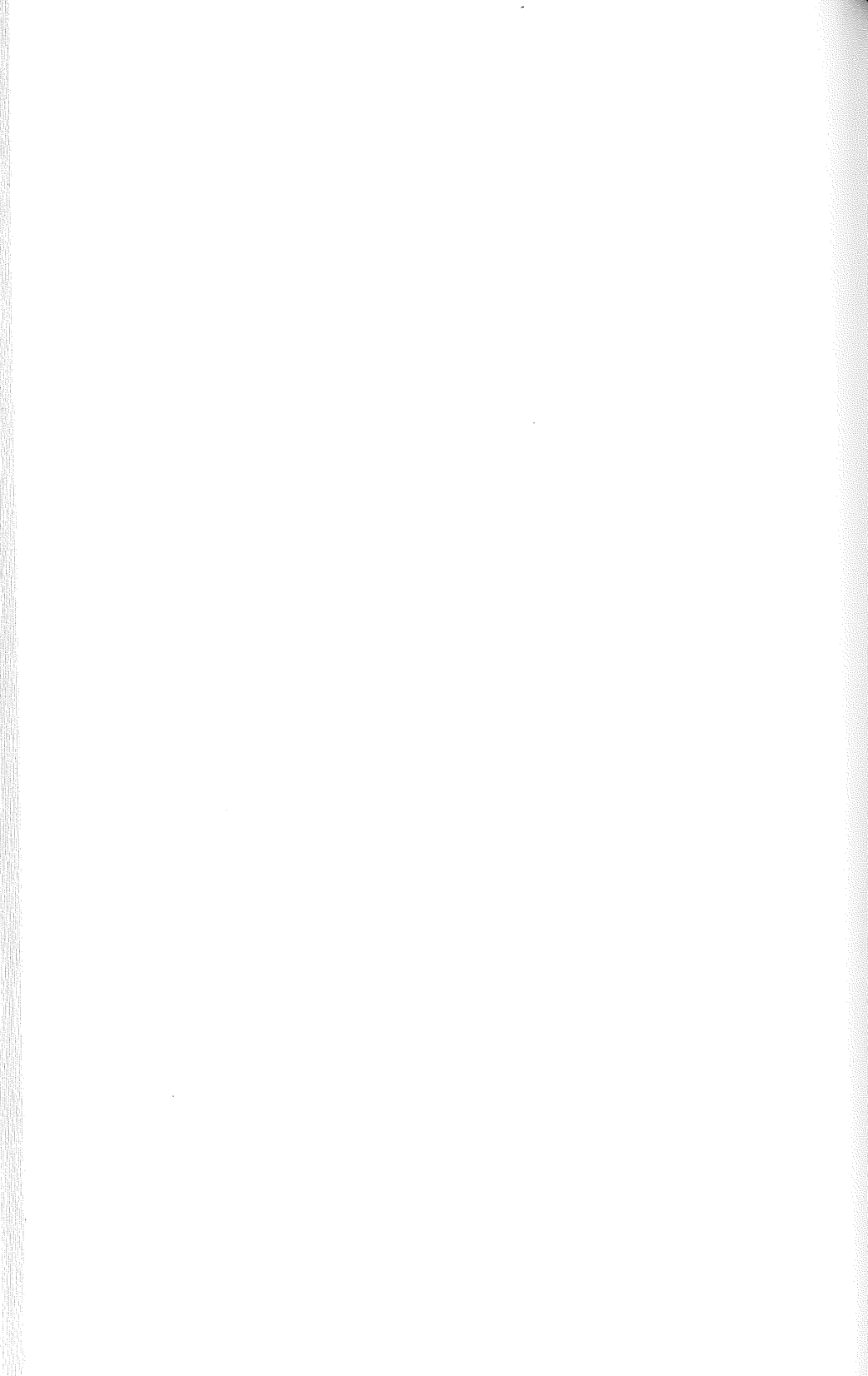
Santos le aseguró a Medina que lo que él estaba era barajando; que él quería el triunfo de sus compatriotas.

Embuste, embuste, berreó el otro. Es un grandísimo vagabundo que ya empieza a poner tablitas para cuando venga la nuestra...

Señores, señores, exclamó Don Pancho, dejemos eso; a cada puerco le llegará su San Martín... Vamos a ver, Gómez, ¿sabe usted algo del Este?

En cuanto vea al general Pepillo le daré cuenta de todo. Tiene gente que le sobra, aunque las municiones andan escasas. Ya el presidente sabrá muchas cosas que ahora conoce muy superficialmente...

Uno a uno fueron saliendo sin hacer ruido. El barrio estaba sumergido en tinieblas. Resonaban lejanos aullidos de canes. Todas las casas estaban cerradas. Ni un alma deambulaba a esa hora por las calles. Regina no se había acostado esperándole con la inquietud de que le hubiera sucedido algún desagradable percance.



CAMINO DE GUANUMA

Con el propósito de satisfacer en lo posible las reiteradas exigencias del general Santana, la primera autoridad de la colonia, haciendo un supremo esfuerzo, había logrado reunir apresuradamente con una compañía de la Corona, con una muy mermada de San Marcial y con fracciones más o menos numerosas tomadas de aquí y de allá una columna de cerca de cuatrocientos hombres para reforzar el campamento de Guanuma reemplazando así las bajas causadas por muertes, heridas y enfermedades. Esa columna, mandada por el teniente coronel Villalta, conocedor del terreno por haber ido ya dos veces a Guanuma, formaba la escolta de un convoy bastante considerable de provisiones de boca y de guerra. Aquella tropa iba de malísima gana soltando a cada paso ternos y blasfemias por el más chico motivo y echando continuas maldiciones sobre esta tierra del demonio que ya se había tragado tantos camaradas cazados como fieras desde los bosques o víctimas de terribles enfermedades. Algunos de esos soldados habían estado ya en Guanuma y contaban horrores de las penalidades que habían sufrido en aquel desdichado campamento.

Como sucede en tales casos, aunque la realidad era bien triste, exageraban a su sabor los tales sufrimientos... ¡Guanuma!... Este nombre sonaba en los oídos de aquellos hombres como plañideras y lejanas esquilas que tocasen a muerto... ¡Cuántos de ellos seguramente no volverían, cuántos no dejarían sus restos en aquel endiablado lugar que hasta entonces sólo había

servido de sepulcro a centenares de infelices soldados! Algo como una impresión de tristeza parecía haberse adueñado de aquella tropa que marchaba, marchaba, bajo un cielo a veces de deslumbrante claridad y en otras velado por negros nubarrones que de momento amenazaban deshacerse en torrentes de lluvia. Pero nada. El oscuro nublado amagaba un momento disipándose presto, dejando caer solamente gotitas de agua muy fría que la tierra sorbía rápidamente.

Rato hacía que la columna había dejado muy atrás últimas casas de San Carlos, y seguía ahora por un camino seco, arcilloso, lleno de desniveles, y bordeado por largas hileras de mayas que por ambos lados servían de lindero a tierras de labranza y a extensos potreros... A uno y al otro lado, silvestres, las guáyigas dejaban ver sus finos tallos y de cuando en vez cundeamores de encendido color aparecían como puntos amarillos en la mancha oscura de la vegetación que crecía al pie de las líneas de las espinosas mayas. La columna proseguía su marcha sin gran lujo de precauciones, convencido el teniente coronel, Villalta que por aquellos parajes no era de temer ningún acto de hostilidad del enemigo. Era ya cerca de mediodía cuando se hizo alto, a la vera de un arroyuelo asombrado por árboles de frondoso ramaje, para preparar los españoles el rancho y un sancocho los criollos que como conductores de la numerosa recua que traía el convoy venían de servicio en la columna. Fonso Ortiz parecía ser el más diligente de ellos. A él era a quien en todas ocasiones se dirigía el teniente coronel Villalta para hacerle observaciones sobre el orden en que debían marchar las acémilas.

Pasado el arroyo Yuca organizóse la columna de manera de proteger eficazmente el convoy y de repeler con éxito cualquier ataque de los mambises. Se pisaba ya un terreno por donde el enemigo hacía frecuentes incursiones... La tropa desfilaba en dos líneas paralelas y en el centro las acémilas cargadas de municiones y de comestibles. La extrema vanguardia estaba compuesta de gente práctica, avezada a estos lances y concedora del terreno... Monótono, incesante, oíase el esquileo de las campanillas de los dos o tres mulos que abrían la marcha... Pasaban ahora por la sabana de Maricao, vasta extensión de verdura que parecía confundirse con las indecisas lejanías del horizonte iluminado. Sin percibir apenas el ruido de los disparos silbaron al-

gunas balas por encima de la tropa. Algunos soldados recobraban su buen humor al oír ese ruido que tan bien conocían... ¡Habrà fiesta! Nadie, nadie tire, gritaba Villalta recorriendo las filas de punto a punto. Sería tiempo perdido. Tiran de muy lejos... De un cayo de la sabana cubierto de tupida arboleda habían salido los disparos. Una mancha blancuzca que el viento esparcía en jirones, flotaba cubriendo una reducida porción del cayo... Atravesaban en aquel momento una vasta porción del terreno que lluvias recientes habían convertido en inmenso lodazal. Lo impermeable de aquellas tierras hacía estancar el agua de modo que el piso permanecía durante buena parte del año extremadamente fangoso. Hombres y cabalgaduras se hundían a cada paso saliendo con una espesa capa de lodo fuertemente adherida a vestidos y a cuerpos. Menudeaban las blasfemias. Todo el copioso vocabulario maleante del soldado español resonaba desparramándose en juramentos, maldiciones, tremendas indecencias...

Seguía oyéndose el ruido peculiar de las balas al rasgar el aire. Pólvora en salvas, gritaban los soldados... Todos se reían de la inutilidad de los disparos de los mambises. Los tiros se hicieron más frecuentes al entrar en la sabana de Sanguineo. La cosa parecía que iba a enseriarse. Seguramente que al pasar una especie de desfiladero que había a cosa de media milla habría fiesta de verdad... Algunas acémilas se habían atacado en un hondo fangal. Sin visibles resultados hacían titánicos esfuerzos aquellos pobres animales para salir del tremendo atolladero. Fue menester que algunos recueros duchos en estos lances pusieran con todas sus fuerzas mano a la obra de libertar a los jadeantes solípedos de angustioso trance. Al fin hubo que sacarlos casi en vilo. Un rato interrumpida continué apresuradamente la marcha. Pasaban ya por el temido desfiladero. Y siempre el mismo ritmo desapacible de las balas zumbando sobre las cabezas de los soldados.

No se escondan, salgan al frente, pendejos, gritaba con voz estentóreo el sargento Torres, un andaluz muy decidor y campechano y en materias de valor capaz de habérselas con el mismísimo demonio. Con la voz ya enronquecida continuaba gritando: pendejos, pendejos. Súbito enmudeció. Una bala dispararla desde un cerrito le rozó la cara llenándosela de sangre. Un sol-

dado cayó muerto en ese momento. Un mulo herido en el pecho se desplomó con estrépito. La fila izquierda de la columna contestaba con descargas cerradas a los tiros que llovían del manigual cercano. En dos acémilas, apresuradamente, como se pudo, colocáronse dos hombres que acababan de ser heridos de cuidado. Y a la carrera también departióse entre las otras acémilas la carga del mulo que habían matado. Fonso, como los otros recueros, contribuía a organizar la numerosa recua que a cada rato parecía iba a desordenarse por completo. El estridor de los foetazos que caían sobre los pobres animales se confundía con el ruido de los frecuentes disparos. Algunos caballos, espantados, se negaban a seguir. Sólo a fuerza de gritos y latigazos se podía vencer esa resistencia. Los tiros fueron haciéndose cada vez más raros. Al caer al llano cesaron por completo. La columna, ya en seguridad, se detuvo para descansar algunos minutos. Empezaba a deo linar el día. En el firmamento no se divisaba ni la más tenue nubecilla...

Firme, firme... A lo lejos parecía escucharse una cometa. Todos prestan atento oído. Sí, sí, eran los sonidos de una corneta... Reinó un instante, un solo instante de confusión. Presto reconocieron que era una corneta española. Inmediatamente se le contesta. Semejan dos voces que se llaman en el silencio augusto de la tarde. Conforme avanzan ambas fuerzas el cornetín va haciéndose más vibrante y agudo. Era una fuerza de doscientos hombres destacada del campamento de Guanuma para practicar un reconocimiento por esos alrededores. Atraída por el ruido de los disparos y pensando que podía ser el convoy que el general Santana esperaba impaciente había acudido a prestar su ayuda por si la escolta se encontraba en peligro. Mandaba la columna el coronel Perdomo, de las reservas, uno de los jefes dominicanos que todavía permanecían fieles al ex presidente. Ambos jefes cambiaron breves impresiones sobre los últimos sucesos y se separaron dándose un fuerte apretón de manos. El teniente coronel Villalta tenía prisa en llegar a Guanuma. Sobre los montes que limitaban el confín occidental, el sol, ya declinando, teñía el espacio de un rojo que iba lentamente atenuándose en el suave gris de un hermoso crepúsculo de otoño...

EN EL CAMPAMENTO

El general Santana no había podido pegar los ojos en toda la noche. El insomnio, pertinaz y doloroso, mantenía en tensión sus nervios. Sólo pronunciaba frases breves, entrecortadas, que traducían con relativa exactitud el profundo disgusto, el acerbo desencanto que abrían la brecha cada vez más grande en la resistente dureza de su alma hecha para imponerse a todo género de vacilaciones y temores. Por la irreductible firmeza de sus propósitos semejava desconocer por entero ciertos toques de suavidad diplomática muy convenientes para conquistar el éxito en muchas ocasiones. En su carácter de acerado temple no cabían las atenuaciones, no prosperaba si acaso en muy contadas ocasiones, la tendencia, tan común en ciertos hombres de singular valía, de contornear o ir estrechando paulatinamente y sin violencias las dificultades que se yerguen en el camino para de esa manera rendirlas victoriosamente. En él, en casi todas sus decisiones, se ponía en evidencia algo de la inflexibilidad de la línea recta. No obstante, su ingénita astucia, su peculiar marrullería en ciertos casos, cuando se llenaba la copa de las contrariedades, el disimulo era imposible y el desbordamiento se producía en gritos y frases coléricas, en tremendas amenazas, en brutales agresiones. En él resurgía, en esas horas, el campesino, el dueño del hato, el hombre de la naturaleza acostumbrado desde la infancia a luchar cotidianamente con el ganado cerril de las pampas orientales. Sus áulicos, los que de continuo le rodeaban y estaban familiarizados con las brusquedades de

su carácter impetuoso, temían siempre esos súbitos arrebatos. Siempre veían con miedo condensarse la tempestad, como quien dice. En esos estados de violenta excitación era capaz de todo: lo mismo de irle arriba a un hombre para golpearlo, que de mandarlo a un calabozo, expulsarlo y aun pegarle cuatro tiros... Pasada la borrasca se serenaba por completo, se le podía creer otro hombre. Como en los caracteres de extremada violencia la reacción venía presto. Y entonces era muy accesible. Los que le trataban íntimamente sabían bien que eran esos los momentos oportunos para recabar de él dádivas o empleos.

Estaba en pie desde el toque de diana dándose interminables paseos frente al toSCO bohío que le servía de vivienda. A pocos pasos de él, cinco o seis oficiales, todos criollos, después de apurar sendas tazas de café, seguían el hilo de una conversación en voz bastante baja y que descendía más, se convertía en tenue murmullo cada vez que el general en sus continuas ¡das y venidas, pasaba casi rozándoles y aparentemente sin fijarse en ellos... De improviso, en uno de esos paseos, deteniéndose ante el grupo y como si reanudaran una conversación interrumpida, con la familiaridad con que a veces trataba a los subordinados que sabían le eran enteramente leales, empezó a soltar palabras en que vibraba todo el inmenso disgusto que en aquel instante se enseñoreaba de su espíritu...

Díganme, díganme, ¿tengo o no tengo razón? Cuando esperaba que Vargas me enviase los batallones que le pido para operar con éxito, después de algunas eternas semanas de espera se sale ahora con la miseria de poco más de trescientos hombres... Díganme, díganme, si con esa milaña se puede hacer algo... Serán generales de Academia, pero lo que es esta guerra no la entienden, no saben donde les aprieta el zapato. Si se hubiera hecho todo lo que indiqué al principio otro sería el resultado. Con las pocas fuerzas que me han dado he batido a los facciosos en Arroyo Bermejo, en Antón Sánchez, en Yamasá, donde quiera que me he topado con ellos... Vargas cree que está haciendo la guerra en Europa... Planes y más planes de campaña... Así no acabaremos nunca, nunca... Están matando el tiempo para cobrar tranquilamente sus sueldos. Y después, aquí soltó tamaña palabrota, me echan a mí toda la culpa. Como si yo fuera el burro de carga de todos estos generales ineptos. Toda, toda la res-

ponsabilidad para el general Santana que enfermo y envejecido se está sacrificando para que ellos gocen. ¡Ojalá morirme!...

Silenciosos, asintiendo con inclinaciones de cabeza a lo que decía Santana, escuchaban los oficiales. El general, un momento callado, dirigióse de pronto a uno que justamente tenía enfrente preguntándole:

¿Qué era lo que tenía que comunicarme usted, comandante Ramírez?

Anoche, a prima, desertaron cinco más de la gente de San Cristóbal. Creo que si pronto no se pone remedio no quedará ni uno en el campamento...

Brilló un resplandor de cólera en los ojos del ex presidente... Y qué diablos quiere usted que haga, gritó encarándose con el oficial que retrocedió, pálido y turbado, a medida que el irascible caudillo avanzaba como dispuesto a desfogar en él toda su furia... Sería menester encerrar a todos en un calabozo o fusilarlos... Eso es lo que quiere darme usted a entender, ¿no es verdad?... Pues bien, no, no, ni los tranco, no los ejecuto. Que se vayan todos si les da la gana.

Se había detenido como domeñando el impulso que lo arrastraba a un acto de violencia... Si ustedes mismos quieren pasarse al enemigo, lárquense cuando quieran. No deseo a mi lado más que gente decidida. Cuando me quede solo ya sabrá el mundo como muere un hombre de honor. Juré fidelidad a España y fiel he de serle hasta que me entierren. Los sinvergüenzas que no tienen palabra que se vayan cuando, se les antoje...

Bruscamente, tal como había principiado su perorata cerró la boca entrando de sopetón en el bohío para echarse en la hamaca colgada en la reducida sala...

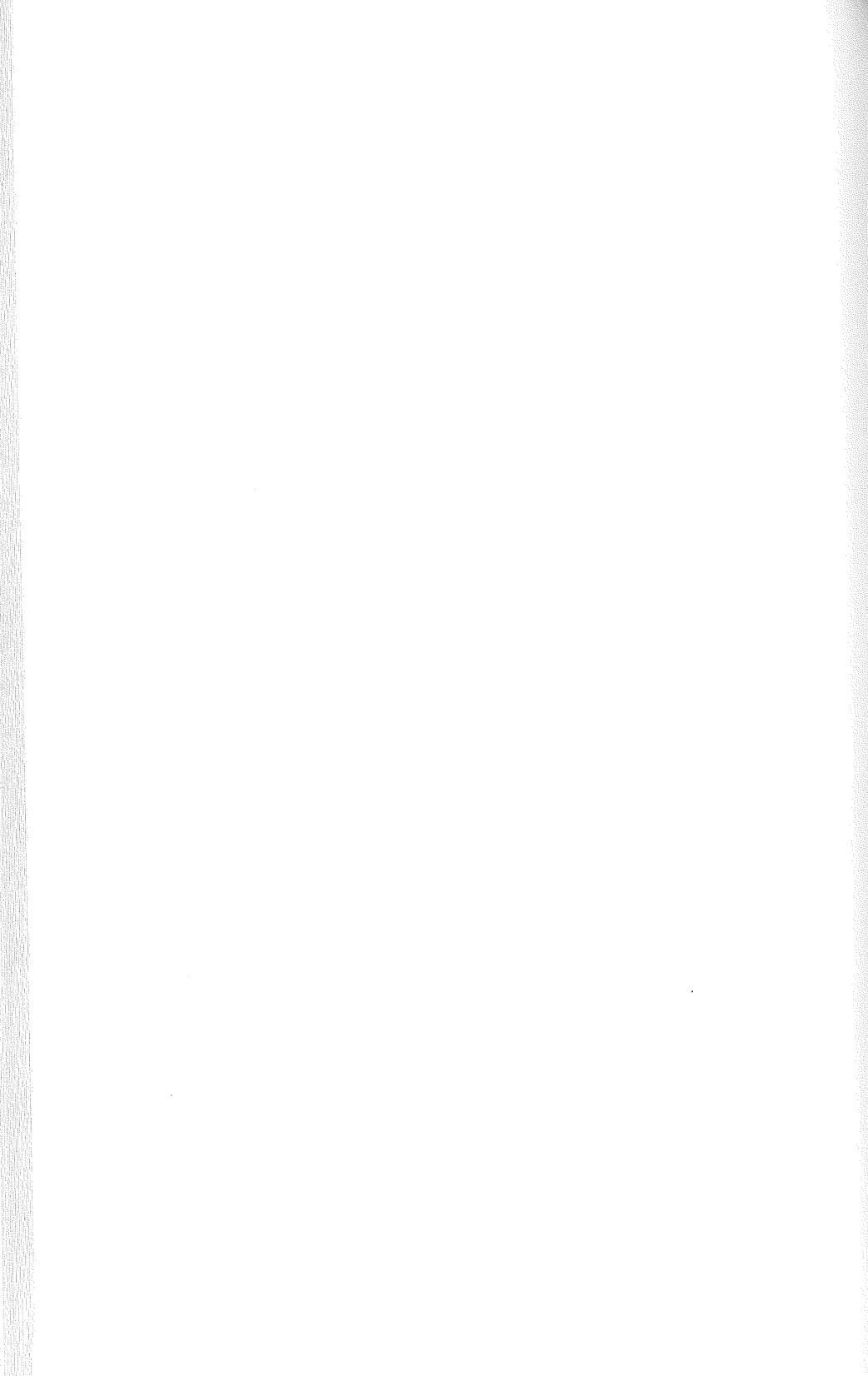
Todos a una, como tocados por el mismo resorte, rodearon, increpándole, al comandante Ramírez, un mulato muy simpático de Hato Mayor, que era fiel como un perro al general Santana y que confiado en su adhesión personal se atrevía a hablarle sin reticencias ni temores. El comandante daba gracias en el fondo de su corazón a la Virgen de la Altagracia, de que era muy devoto, por haberle sacado bien del peligroso trance... Había sido tamaña imprudencia la suya, le decían en coro sus compañeros admirados de que el general no le hubiera impuesto una prisión o un cepazo de algunos días. Sin duda lo había salvado una interven-

ción sobrenatural... Porque la observación del comandante pecaba de exageradamente importuna... ¡En aquellos momentos! Ellos pensaban sin decirlo en alta voz y Santana también allá muy en sus adentros, que lo que se imponía viendo el aumento de desertiones en las fuerzas del país era desarmarlos y seguidamente despacharlos para sus casas... De los quinientos hombres de San Cristóbal ya no quedaba sino la mitad o menos y aun en los mismos seybanos habíanse registrado ya algunos casos... Pero Santana se enfurecía, no podía contenerse cuando le hablaban de estas cosas. Todos lo sabían. Él quería ocultar a las miradas perspicaces de algunos jefes españoles que su influencia y su prestigio iban mermándose espantosamente, pues hasta los suyos que se le creían más fieles empezaban a abandonarlo...

Un cielo ceniciento, entoldado de nubes, cubría el paisaje en aquella fría y melancólica mañana de un día de fines de noviembre. En el horizonte, los montes lejanos surgían como envueltos en una bruma tenuísima. No llovía, pero en el suelo húmedo, con charquitos aquí y allá, se veía que había caído mucha agua la noche anterior. Iban y venían soldados y oficiales, a pie y a caballo en todas direcciones. Bajo aquel firmamento ensombrecido parecía haberse ahuyentado la comunicativa alegría que distingue al soldado español, siempre dispuesto a bromas y chanzonetas... Aquel fatídico campamento de Guanuma, como guasonamente decía un teniente de San Marcial, debía Isabel II declararlo por una real orden cementerio oficial de España y sus Indias... Los improvisados hospitales estaban atestados de heridos y sobre todo de enfermos; ya no había materialmente donde colocar tantos infelices que, día por día, caían víctimas de crueles dolencias... ¡Cuántos, cuántos ya dormían, allá abajo, a la vera de aquella ceja de monte, donde, en los días serenos, cabrilleaba el sol dándole las formas y contornos de una magnífica y vasta cortina de luz...! ¡Cruces toscas de madera señalaban el lugar de cada sepultura...! ¡Y cuántos otros no irían presto a pudrirse en aquel mismo sitio, bajo aquella tierra cubierta de yerbas y arbustos entre las que asomaban silvestres y gayas florecillas!...

Han pasado algunos días. Penetrantes sonidos de cornetas perdíanse en el ambiente. Se alineaba en ese momento una fuerte guerrilla que iba a salir para una exploración por los la-

dos de Yamasá... Fonso Ortiz, jinete en un escuálido jamelgo, contemplaba, como algunos más, la tropa que, en correcta formación, bajo la mirada vigilante del general Santana, se apres-
taba a romper la marcha. Fonso era ya un viejo conocido, que por su carácter afable y servicial se había hecho querer de muchos en el campamento. Al tardo paso de su penco, así que vio desfilar la tropa, fue alejándose, alejándose por una vereda que se perdía en el monte cercano...



EN SAN PEDRO

En el horizonte, hacia el norte, algunos cerros desnudos, de raquílica vegetación, de ásperas laderas, de ricas vertientes, estribaciones, primeros peldaños de la gran cordillera central y muy cerca, casi al pie de esos contrafuertes, la llanura extensísima alfombrada de espesa gramínea que se dilata, se dilata hacia el sur hasta perderse de vista... En el declive de las abruptas lomas desparrámense numerosas chozas de primitivo aspecto, rudimentariamente construidas, techadas todas de cana o de yaguas, formando un conjunto de vigorosa y pintoresca rusticidad... De noche, cuando el campamento se iluminaba con fogatas, quien viniendo del sur acierta a contemplarlo a alguna distancia, cree ver como una nueva y extraña constelación dibujándose en la comba celeste... En lo alto de una de esas chozas, la más amplia y mejor situada, ondea, estremecida por la brisa de la tarde, la bandera gloriosa del 27 de febrero... En ese bohío reside con algunos de los oficiales de su estado mayor el general Salcedo, presidente en campaña del gobierno provisional... En Arroyo Bermejo sólo ha quedado una guardia habiendo avanzado el cantón hasta San Pedro para iniciar un acentuado movimiento de avance. El sitio parece bastante estratégico. Es incesante el bullicio. Un ir y venir continuo de gentes a pie y montadas. Vense todas clases de armas: desde fusiles muy usados, algunos con la culata asegurada con sogas, hasta viejos y formidables trabucos; desde vulgos puñales hasta largas espadas de cazoleta. El arma más común es el machete de fuerte y resis-

tente hoja. Y la indumentaria de aquella abigarrada tropa, por lo varia y pintoresca, guarda íntima relación con su múltiple y curioso armamento... Tanta animación, tanto traguiar, tanto bullicio, contrastan notablemente con la atmósfera de monotonía, de tristeza que, salvo en una que otra ocasión, envuelve el campamento de Guanuma. Aquí, en el cantón de los restauradores, como que la vida se expande a oleadas; no hay enfermos o si los hay es en tan escaso número que nadie se preocupa por semejante cosa... En Guanuma, constantemente, a cada paso que se dé, colúmbranse rostros enflaquecidos, de espectral lividez, en que la fiebre dejó impresos sus fatídicos rastros. Aquí un desbordamiento de vitalidad que se patentiza en múltiples formas de expansión personal; allá, el presentimiento continuo, tenaz, de que la muerte, con su guadaña levantada, se mantiene en permanente acecho.

Sonidos de cuatros y de tiples salen de algunas barracas acompañando coplas y canciones de rústico sabor. En otros se juega de continuo, desenfrenadamente, de día y de noche. Al aire libre, en amplios calderos sostenidos por piedras, se prepara el sancocho o el locrio de puerco... Abundan 4as mujeres en el cantón. Algunas son de las inmediaciones; otras han venido del Cibao acompañando sus queridos, sus *hombres*, como dicen expresivamente. Allí están para cocinarles, para lavarles la ropa, para amarlos, para si hay *melao* y resultan heridos cuidarlos abnegadamente. En el cantón revolucionario no existe, ni por asomo, la severa disciplina que rige en Guanuma y en Monte Plata. El general Salcedo hace lo que puede en ese sentido. Desnudos los negros bustos chorreantes de sudor, dos fornidos morenos con los pies aprisionados en un estrecho cepo sufren justo castigo por sus continuos *maroteos* en las viviendas cercanas. Se cuenta que una vez Santana, inflexible en estas materias, mandó un soldado a dar el gran viaje sólo por haberse cogido un racimo de plátanos. El soldado dominicano es indisciplinado por temperamento. Repúgnale instintivamente todo control, toda sujeción que tienda a cohibir su expansión individual, así entienda que en ello estriba su propio bien, la seguridad de su persona. Persiste en él la huella de lejanos atavismos. En él han puesto su marca imborrable los distintos elementos étnicos que forman su cohesión íntima. Inconsciente, por lo general, va a la

guerra, a la matanza, como si fuera a una bachata, lo mismo asalta una trinchera con insuperable heroísmo, se bate cuerpo a cuerpo con un adversario cualquiera por un quitame allá esas pajas, que, sin darse cuenta, en ciertos momentos, hace botín de guerra de cuando está al alcance de su mano. En su psicología rudimentaria, informe, vibra formidablemente, como su nota más alta, el culto a cuanto signifique, fuerza brutal, extrema violencia. Formado en un ambiente de mezquinas banderías personalistas, en momentos de exaltación, bajo la crisis parcial de la lucha, es capaz de las mayores crueldades y latrocinios, aunque pasado el momento álgido se torna por lo general inofensivo, dispuesto a prestar los mayores servicios al mismo contrario que momentos antes quería sacrificar inexorablemente. Es como una masa capaz de ser modelada tanto para el supremo bien como para la más repulsiva maldad. Depende de la fuerza que lo empuje. Sigue siempre la impresión de sus caudillos sin percatarse de lo que va a hacer o a donde se le lleva: al negro abismo de la maldad o a la cima fulgurante de la gloria...

Tiempo hacía que Fonso Ortiz se había incorporado al cantón de Arroyo Bermejo. De Guanuma se había trasladado a casa de Goyo Ruiz donde tenía la mula en que había venido de Santiago, y desde allí por veredas y atajos al punto donde sabía se encontraba el general Salcedo. Conforme las circunstancias se lo habían permitido, por medio de expresos de confianza puso en conocimiento de los jefes de cantones vecinos, como a Mansueta en Yamasá, algo de lo que traslucía de los movimientos de las columnas españolas. Al gobierno provisional, valiéndose de Goyo Ruíz, que tenía un hermano en el Cotuí, habíale dado algunos informes; pero éstos tenían que ser muy parcos y deficientes como recogidos al azar, a salto de mata, expresión muchas veces de exagerados decires. Pero ahora ya era diferente. Encontrábase en posesión de datos fidedignos y de observaciones personales que podrían ser de bastante utilidad a la causa restauradora. El general Salcedo se hizo pronto cargo de la importancia de lo que le comunicaba Fonso, y al transmitir a Santiago aquellos informes expresaba su satisfacción por la manera hábil y discreta con que había cumplido su peligroso encargo. Desde sus primeras conversaciones comprendió Fonso que el presidente no se había penetrado, por deficiencia mental

o por exagerado optimismo, del verdadero sentido de las realidades del momento. Exageraba desmesuradamente en sus predicciones sobre el porvenir, pues creía a pie juntillas que antes de cuatro meses pondrían los españoles pies en polvorosa aventados del territorio. Y al calor de una sincera convicción, obseso por una visión falsa de la realidad circunstante, creía que tan pronto arrollase al general Santana, y lo daba por un hecho, concentraría todos los cantones del sur en San Cristóbal para marchar de allí a adueñarse de la Capital... Fonso, escéptico, sonreía al escuchar tales cosas... ¡Tomar la Capital!... Respetuoso, pero franco, sin ambages, Fonso pretendía demostrarle la imposibilidad material de semejante proyecto... El general hacía con la cabeza movimientos de inconformidad. Le insinuó a Fonso que así como habían tomado a Santiago lo mismo podrían hacer con Santo Domingo...

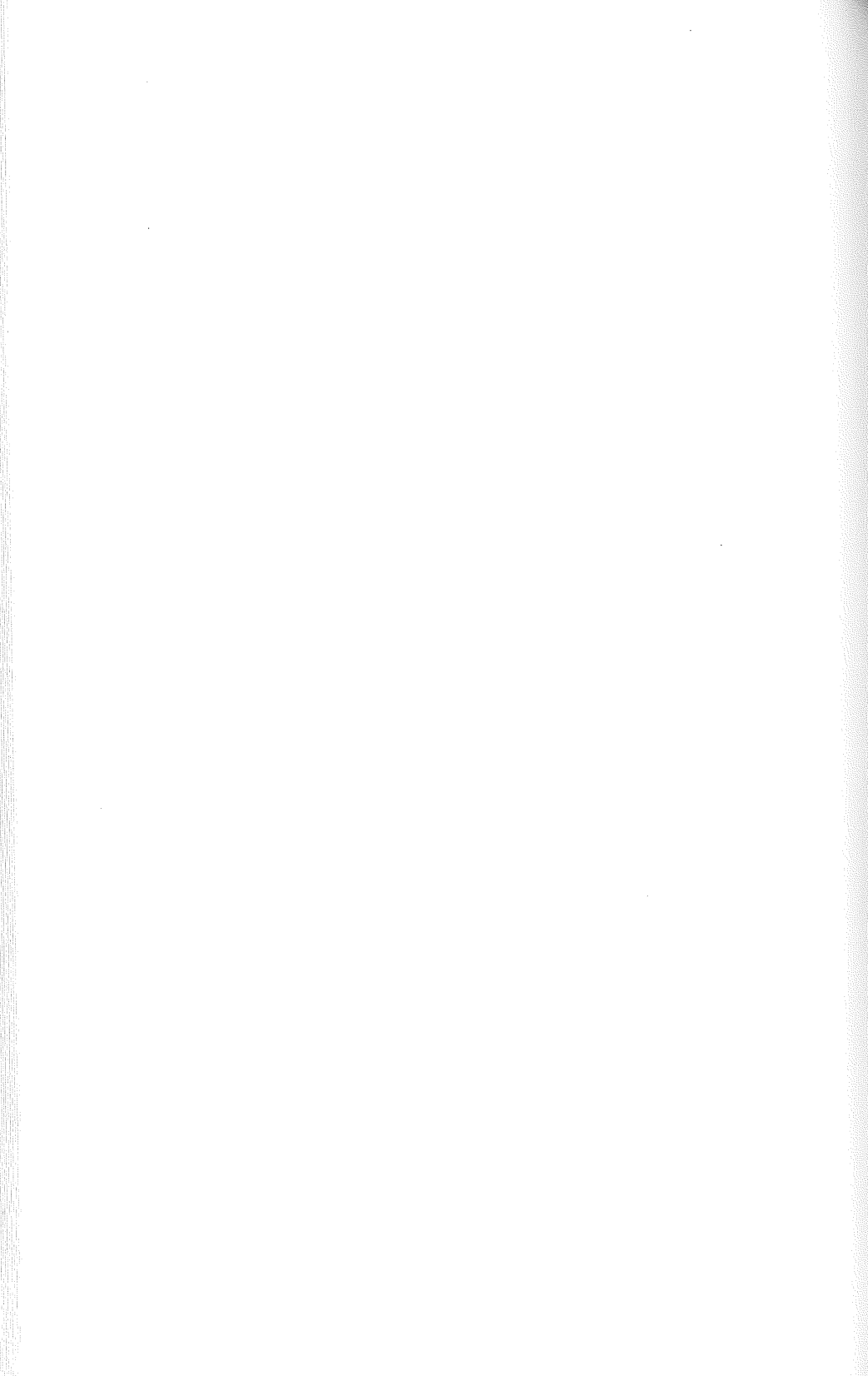
No, no, no era lo mismo, argüía Fonso. El empeño era muy superior. Ya lo creo. La Capital estaba resguardada por sólidas murallas. Una línea de fuertes coronados de poderosa artillería rechazaría fácilmente cualquier acometida del colectivo ejército dominicano. ¡Reducirla por hambre! Los españoles eran dueños del mar y siempre la tendrían bien abastecida... No, no, los blancos no se irán tan fácilmente...

El general Salcedo no podía ya pasarse sin Fonso. Era su secretario predilecto. Con sólo dos palabras que le dijera ya tenía bastante Fonso para hilvanar un oficio en que veía fielmente interpretado su pensamiento. En ese cantón general no se daba paz a la pluma. Correspondencia nutrida con el gobierno de Santiago, correspondencia con los jefes de cantón, con autoridades, con amigos importantes... Oficios para aquí, oficios para allá. Fonso estaba en todo. Cuando solicitó una licencia de algunas semanas el general Salcedo le puso mala cara...

¡Ahora! Dejarlo ir. Ni por un pienso. Cuando más lo necesito. Imposible, imposible. Más tarde veremos... Y ese más tarde no llegaba nunca... Pasó diciembre e iba pasando enero, lluvioso y frío. Casi no se peleaba. En breve llegaría el general Luperón con sus *muchachos*. Para entonces habría gresca y fuerte. En esos días experimentó Fonso el contratiempo de habersele inflamado un pie a consecuencia de un golpe con un tocón. Tenía que permanecer sentado, pues cada vez que intentaba caminar sentía en

el pie lesionado horribles retortijones. ¡Qué fastidio! Y aquellos días, fríos, sin sol, sucediéndose tristes y monótonos, esparciendo sobre su espíritu sombras de tedio y de disgusto...

Tenía en su poder varias cartas de Rosario. Las leía y releía con avidez. Fonso seguía amándola con el ardor de los primeros días y la novia le pagaba con la misma moneda. Enredos momentáneos con mujeres fáciles y vulgares no habían disminuido en lo más mínimo su pasión por Rosario. Cuando pensaba en la novia ausente sentía como que su vida se iluminaba, que en ella penetraba como un rayo de sol que ponía ante su vista floridos cármes de ensueño. En los primeros días de enero recibió una carta de Rosario en que le dejaba traslucir que un gran disgusto embargaba su ánimo con motivo de algo grave ocurrido en la familia.



EL COMBATE

Uno de los espías encargados de vigilar los movimientos del enemigo acaba de llegar al cantón con la noticia de que una formidable columna española de las tres armas avanza con el ostensible propósito de dar un ataque decisivo al campamento revolucionario. Durante las primeras horas de la mañana continuaron recibiendo informes idénticos. Reunidos en la vivienda del general Salcedo los jefes principales predomina en los primeros momentos la idea de retirarse sin combatir a Bermejo para hacerse allí más fuertes por ser la porción más estratégica y aguardar las municiones que se esperan de Santiago, pues juzgan los más precavidos de los generales en consejo que la cantidad de pertrechos existente en el cantón no es ni con mucho suficiente para sostener durante largo tiempo un recio combate. Al fin son desechadas tales prudentes indicaciones. Luperón impone su criterio de batirse a todo trance. Impetuoso, como siempre, su entusiasmo contagia a casi todos. ¡Retroceder! ¡Ni por un pienso! ¡Creerían que huimos! ¡Qué vergüenza! Para cuando se acaben los cartuchos ahí están los machetes, grita con voz de trueno... En vano Salcedo deja oír prudentes advertencias. La opinión del general Luperón triunfa en toda la línea... Fonso Ortiz, sereno y reflexivo, comprende que se va a cometer una gran tontería, pero no dice ni jota viendo que en aquella gente inflamable la idea de dar la batalla gana terreno considerablemente. No quiere aventurar una opinión contraria porque la suya nada significaría comparada con la de tantos

guapetones y porque tal vez parecería como hija de la pusilanimidad o del miedo. Aunque en varias andanzas bélicas ha demostrado serenidad y sangre fría, en realidad él no es lo que se llama un hombre de guerra ni quiere ni pretende serlo. Cojeando, casi arrastrándose pues aún tiene la pierna inflamada, ha ensillado su mula. Los jefes principales van a ocupar sus respectivos puestos. El presidente Salcedo ha confiado la dirección del combate a la voluntad imperiosa del general Luperón. Este, oprimiendo los lomos de un fogoso corcel, sube y baja los cerros dando disposiciones para la inminente refriega. Bajo el sombrero de anchas alas, su rostro expresivo revela entusiasmo, confianza en el éxito. Incansable, vigilándolo todo, va de un lado a otro, entusiasmado a los que ve como flojos o reacios...

Las guerrillas se despliegan desde arriba hasta el firme de las peladas laderas. Algunos tiradores se emboscan detrás de gruesos troncos de árboles. Se improvisa apresuradamente algo parecido a una trinchera. Dos cañones servidos por artilleros inexpertos enfilan el centro de la llanura. De los soldados, aquí y allá, parten voces, frases rápidas y aisladas...

Lo que es hoy sí va a haber mucho *melao*.

El compai Ruperto que los estaba espiando dice que son muchos y que traen cuatro cañones. Esto va a *jeder*.

Lo que es a mí no me cortan, porque tengo un *capulario* de la Vilgen de la Altagracia...

Lo que quiero es matal un jefe pa quearme con el caballo...

Esos chacharros son duros de pelar, pero le tienen asco al machete...

Ahí vienen, ahí vienen... Por allí, por allí, poi donde se asunta aquel jumito.

Un sol de invierno derrama sus lampos sobre la amplia llanura. Es una mañana triste y húmeda de fines de enero. Abajo, en la sabana, impera el silencio, un silencio imponente que, de tarde en tarde, permite oír misteriosos rumores... Todas las miradas convergen al extremo de la llanura por donde el enemigo puede asomar de un momento a otro. Ha habido ya dos o tres falsas alarmas. Nada. Nada aún. Los jefes se multiplican dando las últimas disposiciones. Fonso Ortiz, jinete en su mula, se destaca entre el grupo de oficiales que rodea al general Salcedo. Con un anteojo puédesse al fin divisar, en el confín lejano, una

manchita negra que aumenta, aumenta. Las dos piezas están listas para romper el fuego. Pero el enemigo está aún muy lejos para poder precisar la puntería. La mancha negra sigue extendiéndose... Son muchos, muchos, le dice un jefe al general Luperón que pasa a su lado en aquel momento. Ajo, ajo, mejor, mejor, le contesta aquel remolineando su machete... Todavía lejos, la artillería española comienza a cañonear las posiciones de los restauradores. Las balas rasas pasan sin hacer daño. La mancha negra sigue extendiéndose. Súbito, una bala de cañón da en una barraca haciendo añicos el techo. Empiezan a silbar las balas de fusil. Los cañones revolucionarios contestan vigorosamente. La mancha negra va dilatándose, dilatándose... Una parte de la sabana y de los cerros comienzan a cubrirse de una oscura humareda. Los cañones del cantón siguen disparando. Una, dos, tres, cuatro veces... Antes de la quinta, la artillería española, rectificando la puntería, los reduce al silencio. Los artilleros que han quedado vivos, huyen. Siguen silbando las balas. Pero con asombro general la mancha negra no sigue avanzando. Parece haberse detenido por algún percance serio. Los atacados se reaniman. Miedo, miedo, los cachorros se afligen, gritase en las filas... La vocería es espantosa. Resuenan vivas estruendosos, exclamaciones de victoria...

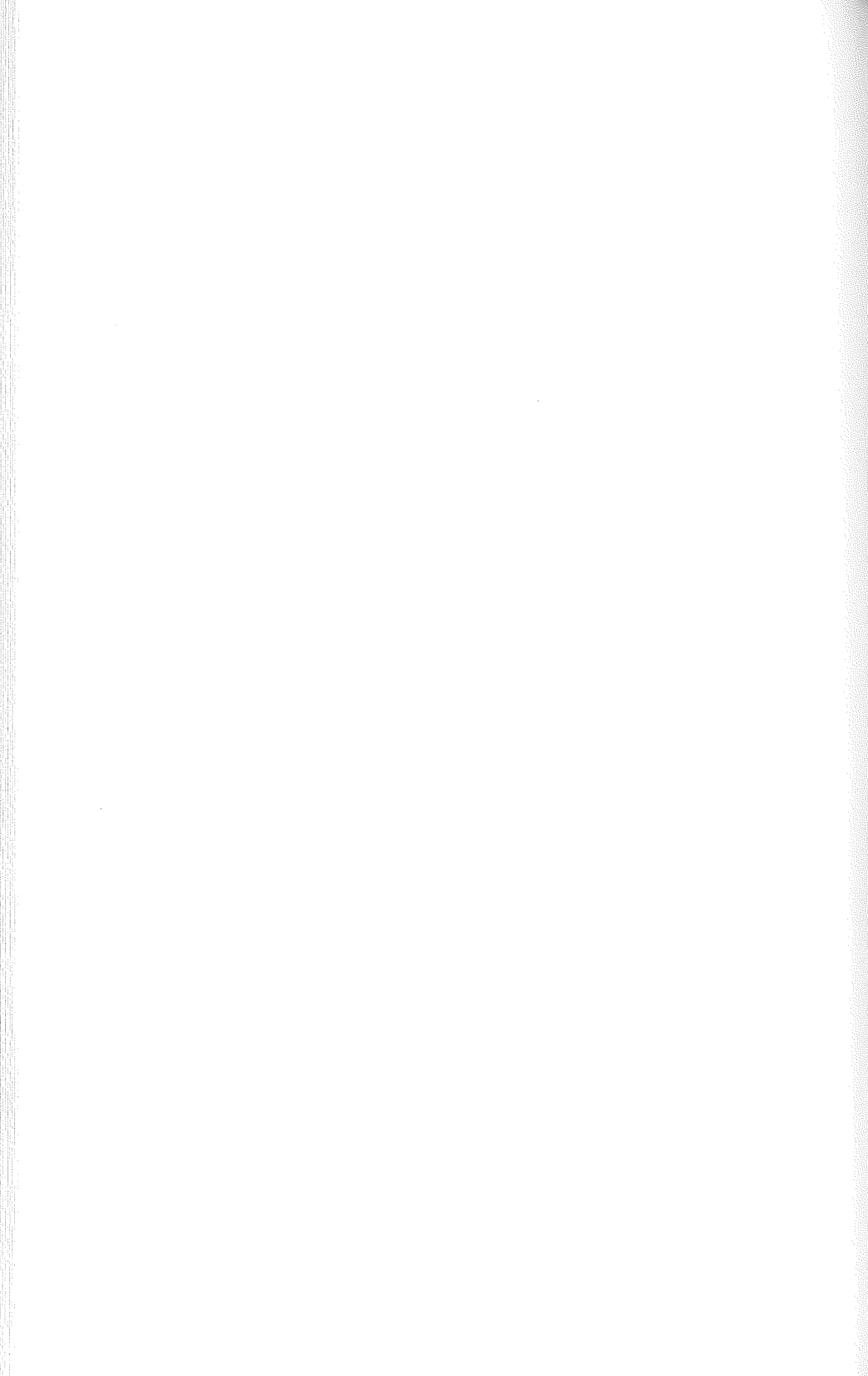
Aquella detención inexplicable, después de iniciado tan vigorosamente el ataque, hace creer que algo muy grave le pasa a la columna española. Quizá la muerte de su jefe principal, el bizarro general Alfau, tal vez... Hay que aprovechar el momento, piensan algunos jefes, Luperón principalmente... Un estremecimiento recorre las filas al escuchar a Luperón que, en medio del tumulto, grita hasta desgañitarse: ¡Abajo, abajo todo el mundo! ¡A formar abajo! Confundidos, en grupos, descienden los hombres para alinearse en el llano, al pie de los cerros, sobre los que continua cayendo como granizo, la metralla española. El enemigo aún no se ha percatado del movimiento de los patriotas. Pero en el preciso instante en que éstos, a la voz de Luperón, marchan a embestir a los españoles en mitad de la sabana, la línea enemiga, inmovilizado un rato para rectificar la formación, extiende sus alas y avanza semejando un semicírculo de fuego. Las cornetas españolas tocan marcha de frente. Los restauradores adelantan con horrible gritería. El choque es espantoso. La van-

guardia revolucionaria es recibida por las bayonetas de la cabeza de la columna española, que avanza, avanza con firmeza incontestable. En vano el general Luperón hace titánicos esfuerzos, repartiendo machetazos a diestra y siniestra, para contener el empuje de los españoles. Inútil empeño. Una bala le tumba el caballo. Un grupo de cuarenta o cincuenta, Luperón entre ellos, se ve en ese instante envuelto por la infantería española. Luperón va ya a caer prisionero cuando un oficial azuano lo trepa a su montura. El héroe se salva y continua animando a los suyos con la voz y con el ejemplo, pero todo inútil. Retroceden, retroceden, cediendo paso a paso el terreno. El suelo está lleno de muertos y heridos. Algunos de éstos lanzan horribles alaridos. Uno de los heridos, un moreno de gigantesca estatura, con las tripas fuera, se revuelve en convulsiones de horrible agonía. Sobre los muertos, sobre los heridos, pateándolos, triturándolos, como tempestad horrisona, pasa fulgurante la caballería española. Gritos estruendosos de viva la Reina y viva la República resuenan repetidos, casi confundándose. Ya no hay orden ninguno en la tropa dominicana. Se combate cuerpo a cuerpo. Algunos jefes lidian en singular combate. Pero las colecticias milicias restauradoras inferiores en número y en armamento, resultan incapaces para medirse en campo raso con las disciplinadas tropas españolas. El avance de éstas es irresistible.

Muerta la esperanza, grupos de patriotas, como último recurso para la defensa, procuran rehacerse en las asperezas de los cerros en que hacía poco estaban atrincherados. Sólo será por breves minutos. La columna española asciende, sube barriéndolo todo. Algunos, jadeantes, rabiosos, no quieren retroceder. Quieren morir matando. Escúchanse, en horrible confusión, en espantoso tumulto, denotaciones, chasquidos de armas blancas, vivas, imprecaciones, juramentos, blasfemias, lamentos de heridos, todo envuelto en una atmósfera casi irrespirable de un humo cada vez más denso y más negro. La sangre chorrea por las laderas formando minúsculos riachuelos de deslumbrante púrpura. Un soldado, cegado por la humareda, no ve la bayoneta española que le entra por la tetilla izquierda dejándole exánime. Se pelea durante un rato más a tiros, a machetazos, a puñaladas... La derrota va convirtiéndose en desordenada fuga. En vano el presidente Salcedo, el general Luperón, otros más, tratan

de contener la dispersión, de impedir el pánico. Más fácil sería encauzar un río desbordado... Fonso Ortiz, siempre al lado del general Salcedo, ha sido tocado ligeramente en una mano. Como todos, se ve arrastrado hacia atrás, en el impulso de toda aquella gente desesperada que se desbanda... El enemigo se adueña del campamento y por un largo trecho prosigue la persecución. El desbande es completo. Muchos no se detienen hasta el Sillón de la Viuda. Algunos, salvando la cordillera, van a llevar a algunos pueblos del Cibao la nueva del desastre. Los prisioneros hechos por los españoles, cruzando el Atlántico, irán a parar al mismísimo presidio de Ceuta...

No obstante lo desastroso de aquel combate, pocos días después, rehechos y organizados, ocupaban los patriotas las mismas posiciones prestas a reanudar las hostilidades con el mismo vigor y entusiasmo que antes...



CALLE DE AMARGURA

Tres meses después, en uso de una licencia de un mes penosamente conseguida, regresaba Fonso Ortiz a Santiago. Aún no había acabado de desmontarse cuando sintió una mano que se posaba familiarmente sobre sus hombros... ¡Rodolfo!... Los dos viejos camaradas, compañeros de travesuras de la infancia y de calaveradas juveniles, se abrazaron con viva efusión de sincero afecto... Y la charla, cordial y animada, comenzó a desparramarse en palabras sueltas, en exclamaciones aisladas, en frases rápidas y concretas... Fonso Ortiz, quejándose aún del estropeo del larguísimo camino, le daba pormenores de los últimos sucesos ocurridos en la campaña del Sur... Si, era verdad que el fanfarrón de Gándara acababa de encargarse de la Capitanía General... Vociferaba hasta desgañitarse, que ahora si se iba a acabar la revolución, parece que sin acordarse de lo que hacía pocos meses le había ocurrido en San Cristóbal... Tomó el pueblo metiendo mucho ruido con tal efímera victoria para pocos días después tener que salir de él, casi huido, en las sombras de una madrugada, procurando esquivar todo encuentro... Fracasaría indudablemente como Rivero y como Vargas... El Sur estaba casi compacto. No se podía ocultar, sin embargo, que las barbaridades de Florentino habían perjudicado mucho a la causa... ¿Y por aquí nada nuevo?

Desde hace días tenemos a Duarte en Santiago...

¡A Duarte! Recuerdo ahora que entre la correspondencia recibida en el campamento había una comunicación en que se decía algo de esa venida.

En una carta muy hermosa anunció desde Guayubín su llegada al gobierno. Pero se va muy pronto. Dizque a solicitar armas y municiones del gobierno de Venezuela. Parece que tiene allí muy buenas relaciones. Pero en el fondo, ese es un pretexto para que se largue cuanto antes... Ya algunos intrigantes empezaban a hacer uso de su nombre despertando recelos y envidias en algunos tutumpotes... ¡Triste destino!

Fonso Ortiz se había quedado un momento silencioso como rumiando las palabras que acababa de oír ¡Duarte!... Lejanos, muy lejanos recuerdos, rompiendo la espesa capa de olvido que los amortajaba, se alzaban en su mente para como aves que han permanecido largo tiempo en duro cautiverio, sacudir sus alas entumecidas y errar libremente por los espacios de su imaginación. ¡Duarte! ¡Cuántos, cuántos años hacía de eso, Dios mío!... Fonso tenía en aquel entonces ocho; pero con esa prodigiosa facultad de memoria en él característica reconstruía mentalmente hasta en sus más nimios detalles la inolvidable escena. La chiquillería, regocijada, tumultuosa, se agolpaba frente a la vieja casa, ahora en ruinas, en que se había hospedado Duarte a su llegada a Santiago... Hacía pocos meses de la proclamación de la independencia, de la obra magna en que había puesto todas sus energías espirituales, todos los contados bienes de fortuna de su mermado patrimonio. Se le acababa de nombrar, por medio de un pronunciamiento, presidente de la República, y con ese motivo la heroica urbe cibaëña ardía en explosiones de férvido entusiasmo patriótico. Mella, con la completa aquiescencia de todos los más distinguidos ciudadanos previamente convocados, había expuesto con la sabia elocuencia de los hechos la necesidad de elevar a Duarte a la primera magistratura no sólo como merecido galardón por sus inmensos servicios a la patria, sino como un eficaz llamamiento a la concordia, como una invitación, como un medio de lograr que ante aquel ciudadano integérrimo, de excelsa virtud republicana, que no nutría odios, que no alimentaba venganzas, que era por entero incapaz de mal, depusiesen sus rencores los ambiciosos vulgares y la paz definitiva fuera un hecho para que bajo su salvadora égida pudiera encaminarse el país por vías amplias y descampadas de necesario adelanto... Sueños, sueños... Todo aquello se desvaneció rápidamente en la tétrica noche del más acerbo infortunio.

Fue como la visión, rápida y deslumbrante de algo de momentánea y edificante grandeza cívica.

Fonso ardía en deseos de conocer personalmente al insigne patricio. Tan pronto se cambió el enlodado traje del camino, después de pasar un largo rato en casa de Rosario, su primera visita fue a casa de Espaillat donde Rodolfo le había asegurado que iba Duarte todas las tardes. Allí estaba efectivamente... Arrellanado en una cómoda mecedora púsose de pie al serle presentado el visitante. Fonso tuvo entonces la ocasión de contemplarlo a sus anchas. Contaba en aquel momento solamente cincuenta y un años escasos; pero una vejez prematura había convertido sus negros cabellos en escasos mechones grises en que asomaban algunos hilos argénteos e impreso en el conjunto de sus nobles facciones el sello de una acentuada decadencia física. Parecía encorvado como si se viese constreñido a vivir soportando un mundo de desencantos y dolores. Amortiguado el brillo de sus ojos de rara expresión; pálidas y hundidas las mejillas; lacios y caídos los mostachos, todo en su rostro denunciaba como una inmensa expresión de cansancio, de intenso desaliento... Hablaba con lentitud como si las palabras se desprendieran lentamente de sus labios, fijándose poco en su interlocutor, como si su pensamiento vagase por mundos lejanos conversando con seres invisibles o buscando en un punto del espacio cosas ajenas al momento presente... Parecía como un alma amenazada de inminente extinción que, por un momento, se rejuvenecía, cobraba vida y calor al contacto de las cosas exteriores... Fonso no apartaba de él la vista, contemplándole con no sé qué dejos de acentuada devoción, cual si se encontrara ante uno de esos santos de mística y resplandeciente aureola, que, en las viejas iglesias, en el fondo de silenciosas capillas, a la mortecina luz filtrada por los vidrios de colores, reciben de continuo las encendidas oblaciones espirituales de fervidos creyentes...

¿Para qué viniste, pensaba Fonso, sombra doliente, sombra escapada de las agrestes soledades del Río Negro, en la hora triste en que, aún no terminada la lucha cruenta, aún dueño el enemigo de gran parte del territorio nacional empezaban a perfilarse en el horizonte iluminado por el resplandor del incendio, las fisonomías siniestras, los gestos simiescos, las groseras con-

cupiscencias, de los ambiciosos vulgares, de los macheteros estultos que iban a malograr la aún no restaurada república convirtiéndola en palenque de torpes y mezquinas banderías personalistas? Disimulada bajo las apariencias de una comisión honrosa y patriótica, una nueva decepción, un cruelísimo desencanto, iba a obligarte a empuñar otra vez el báculo del peregrino para continuar errando por tu interminable calle de amargura. Eras demasiado grande para vivir en una patria en la que sólo parece pueden vivir y prosperar los pigmeos, los ambiciosos del montón. Cumplidos veinte años de ininterrumpido destierro, de nuevo --para prestarle tu ayuda-- en el seno de la patria que forcejeaba por romper las cadenas del coloniaje, el hado adverso que parece guiar perennemente tus pasos, te echa otra vez del amado terruño para llevarte por playas lejanas, a la orilla de extranjero río, huérfano de tu última esperanza, del supremo consuelo de cerrar para siempre tus ojos en medio de los tuyos, en la distante tierra de tus amores y tus glorias... Hay mucho de doloroso y de sombrío en todo lo que se refiere a tu noble existencia. Tu infortunio excede en mucho a las comunes desdichas de la vida. El dolor, el desencanto, la desesperación fueron tu sino perdurable. De siervos inclinados sobre la gleba y desesperanzados de ser hombres un día, hiciste ciudadanos, formaste un pueblo libre, y eso fue para tu mal, para que te vejaran los mismos que habías sacado de la ergástula, para que cubrieran de espinas tu camino, para que la ingratitud más odiosa clavase en tu alma noble y sencilla su diente envenenado. Rien tus veintiún años cuando, de regreso de Europa, la indignación hierve en tu pecho al contemplar la patria aherrojada, envilecida, convertida en vergonzoso latifundio de extranjeros señores. A despertarla de su pesadísimo sueño, de su esclavitud de algunos lustros, se encaminan sin desviarse ni un solo instante de la ruta erizada de peligros todas las ¡repulsiones de tu voluntad! todas las fulguraciones de tu inteligencia, todas las ardorosas manifestaciones del fuego sacro que, como en recóndito santuario, arde inextinguible en el fondo de tu alma generosa... Y cuando el sueño de toda tu vida se trueca en deslumbrante realidad, en la hora ansiada de las supremas satisfacciones, la copa que ponen en tus manos no contiene el filtro suave y dulce del reconocimiento popular, de la recompensa merecida, sino el

tósigo del dolor que enfermará para siempre tu espíritu. El golpe del más horrible e inesperado desencanto te hiere alevosamente en mitad del pecho... ¡La prisión en infecto calabozo, el horrible, el interminable exilio, una sentencia de muerte gravitando sobre tu cabeza, he ahí lo que recoges como recompensa de tus salvadoras actividades patrióticas! ¡Y esto aún no transcurridos seis meses de libertada la patria principalmente por obra de tu inteligente y tesonero esfuerzo!...

En la inmensa desolación de tu vida fueron contadísimos los minutos de desbordantes satisfacciones... ¿Recordaste, acaso, al emprender por obra de desapoderada violencia la ruta de tu interminable ostracismo, que el 15 de marzo, aquel día grande, glorioso, magnífico, el único para ti de completo e inefable alborozo, en que, acabada de redimir la patria, al regresar de Curazao, encontraste un pueblo inmenso, agrupado en las orillas de tu río que, entusiasmado, delirante, te saludaba con exclamaciones triunfales llamándote *Padre de la Patria*?... Tronaba el cañón; a tu paso las tropas te presentaban armas, y de los balcones, desbordantes de damas, caía sobre ti lluvia de flores... Por las calles asoleadas, en gran profusión, las banderas nacionales agitadas por la brisa, esparcían la pompa de sus tres simbólicos colores... ¡Qué inmensa satisfacción no inundaría tu gran alma cuando, gallardo, triunfante, hondamente emocionado, al cruzar el dintel del viejo hogar paterno, caíste en brazos de la noble viejecita, de la madre amantísima que te esperaba inquieta, desolada, contando las horas!... Tales alardes del entusiasmo popular son precisa y desgraciadamente pasajeros. Son como exhibiciones pirotécnicas que sólo por un instante nos deslumbran con sus vistosas irradiaciones policromas. Todo eso pasa presto, como la onda arrullante, como la ligera y caprichosa nubecilla, como las flores, como tantas cosas bellas y efímeras de la vida. Sobre el mar continuamente estremecido de la existencia individual escasas son las cosas que dejan luminosa y duradera huella. Después de disfrutar de muchas cosas que pródiga nos brindó la naturaleza terminamos por desvanecernos como ellas para por obra de misteriosa alquimia crear nuevas formas, nuevos aspectos de la realidad exterior en virtud del eterno dinamismo que caracteriza la vida. En nuestro pueril orgullo humano creemos que esas cosas tienen por obligado des-

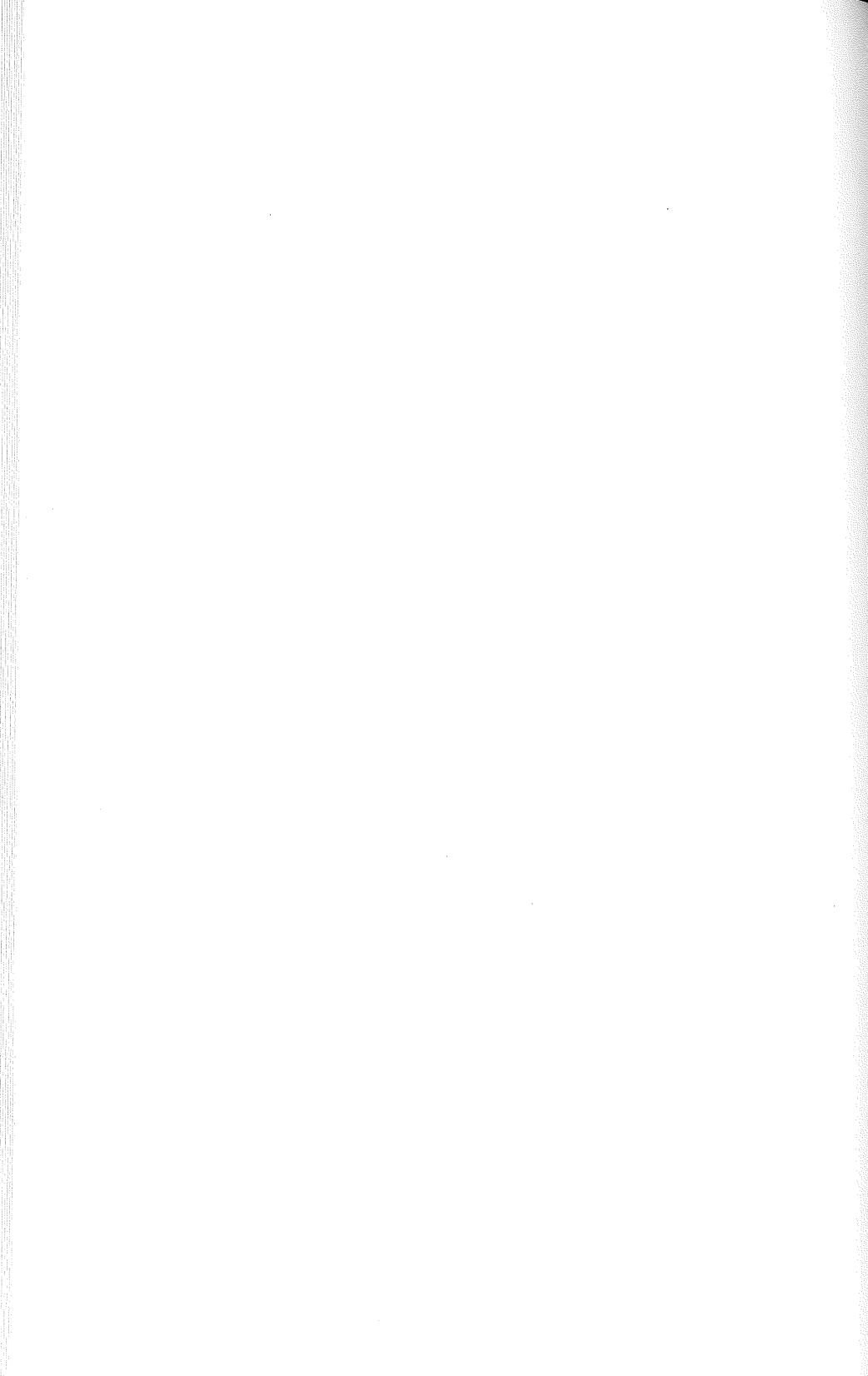
tino, por suprema finalidad, alumbrar y amenizar la ruta de nuestra árida peregrinación al través del tiempo y del espacio. Pero somos tan fugaces como ellos. Apenas nuestro pensamiento se objetiva, toma forma precisa, concreta, cuando ya vemos que eso que suponemos durable se diluye en la inestabilidad necesaria que forma, bajo apariencias más o menos estables, el ritmo de toda existencia. En ese ritmo, cuando se le observa sin prejuicios, palpita un continuo proceso de acción y de reacción, de flujo y de reflujo, de incesante movilidad que, muchas veces, en la vida social, no alcanza a descubrir nuestra percepción por más que lo desee tenazmente. En medio de ese vaivén, de esa inestabilidad que caracteriza el permanente devenir del ser, hay espíritus que parecen como la excepción, que, por no sé qué fuerza arcana muy íntima que predomina en ellos, atesoran un caudal de resistencia psíquica que imprime a ciertas modalidades de su pensamiento como algo de permanente o de inmutable. Duarte parece contarse en ese número. Nada absolutamente de lo que deslumbra o seduce a la generalidad de los hombres, logró ni por un segundo borrar de su espíritu la visión de la patria más infortunada y más ingrata.

Acaba de saborear las voluptuosidades del triunfo cuando el destino se le torna hosco y sombrío. Para él ya no habrá más verdaderas alegrías. Parecerá en lo adelante como el juguete de implacables hados encarnizados en amargarle la existencia. Su pensamiento y su sensibilidad no vibrarán ya de acuerdo con las placenteras realidades de la vida exterior. Mustio, entristecido, se le antojará el mundo. Lo verá todo al través de la melancolía que nubla su espíritu, de la decepción continua, implacable, que lo mantiene insomne mordiéndole las sienes, atena-ceándole el alma. En medio de la calma augusta de las cosas, en el seno de la noche silente, bajo la claridad deslumbrante del sol o bajo el encanto del plenilunio, sólo él no experimentará un momento de sosiego imposibilitado por la obsesión que tiraniza su espíritu de compenetrarse con la serenidad divina que lo circunda. El mar, el bosque, el valle, el río, la ciudad, todo lo que bulle, todo lo que fulgura resbalará sobre su alma dolorida sin poder depositar en ella el almo goce que se desprende de una completa compenetración de nuestro espíritu con ciertas hermosas formas de la vida exterior. En él únicamente vivirá su

pensamiento, dilatándose, derramando sobre la realidad circundante efluvios del incurable desencanto que sin rival se enseñorea de su espíritu y que le será fiel hasta la muerte. Es cierto que casi siempre sentimos la influencia de aspectos muy acentuados y constantes de la realidad objetiva; pero cuando, en cierto modo, podemos resistir esa influencia, cuando bajo el dominio torturante de una idea llegamos a adquirir una visión unilateral de la vida, esa visión, resumiendo, todo nuestro pensamiento, sintetizando toda nuestra potencia visual, hace muchísimas veces que veamos las cosas no como son realmente, no como están positivamente estructuradas, sino como las determina y colorea nuestro mundo introspectivo. En eso quizá, en esa manera peculiarísima que poseen algunos de ver y asimilar-se las cosas, radica probablemente lo que caracteriza la austera

grandeza de algunos de ellos, como Duarte; su desprecio continuo de lo que juzgan accesorio o superfluo aunque para muchos sea lo mejor de la existencia, para, encerrados en el reducho de una idea, luchar sin descanso por ella aun a riesgo de ser considerados por la mayoría como visionarios o como locos...

Duarte se ausentaba de momento de Santiago... ¿Cuándo y cómo volvería?, se preguntaba afanoso Fonso Ortiz... Cuando como un gladiador rendido por el pertinaz esfuerzo reposase en la lobreguez infinita de la muerte... Ya sólo volverían a la tierra dominicana, sus yertos despojos... Otra vez surcará las azules ondas del Caribe, pero ya será encerrado en una urna, sobre las crujientes tablas de un barco, arrullado por el viento y por la quejumbroso sinfonía del oleaje... Y otra vez, como hacía cuarenta años, cuando envuelto en un resplandor de apoteosis pisaba el suelo de su ciudad natal orgullosa de ovacionarle como al más grande de sus hijos, otra vez la muchedumbre saldrá a recibirlo, pero ya no será a él, vivo, con la arrogancia de sus treinta y un años, sino a sus restos gloriosos que cubre amorosamente el pabellón nacional para llevarlos presa de sublime emoción, en procesión solemne, a la histórica Catedral, a la capilla de los Próceres, para que en ella, por fin, pueda para siempre dormir en la tierra de su amor, ungido por el cariño de su pueblo, libre ya de las mezquindades e infamias que le hicieran cruzar por la vida con una corona de espinas en la frente y con una pesada cruz de dolores sobre sus hombros.



DE NUEVO EN CAMPAÑA

Algo y aun algo había ocurrido en la familia de Rosario durante los meses de ausencia de Fonso Ortiz. En sus cartas había dejado traslucir la novia que enfermedades y censurables proceder de algunos de sus familiares la traían sumida en sufrimientos morales que mantenían en continua excitación su delicado sistema nervioso. Pero en ninguna de sus cariñosas epístolas había contado el punto con todos sus pelos y señales, de modo que Fonso, aún barruntando algo serio, limitóse a conjeturas más o menos razonables aplazando para su regreso a Santiago ponerse en autos de lo que sucedía. No quería forzar a Rosario a darle por escrito pormenores que quizá lastimarían su pudor o su amor propio. Tan pronto llegó a Santiago varios de sus amigos le informaron circunstanciadamente de cuanto había ocurrido en la familia Ordóñez. Sólo un mes había permanecido en Canca, pues el bueno de don Matías con gran regocijo de su costilla y de las muchachas las había enviado a buscar tan pronto pudo llevar a cabo las reparaciones que necesitaba su casa en parte destruida por el incendio. Pero el buen catalán luchaba ahora con un cúmulo de dificultades económicas y domésticas. La porción mayor de su fortuna había volado. Quemados o robados habían desaparecido en aquel trágico 6 de setiembre todos los efectos que contenía su tienda, una de las más acreditadas de Santiago. No había podido salvar casi nada. Sin lanzar una queja, estoicamente, como quien sólo ha nacido para trabajar como un buey, entregóse de lleno, con

la tenacidad que lo distinguía, a rehacer su fortuna echando manos a un regular número de peluconas que en los buenos tiempos llamaba expresivamente su reserva. Las cosas, sin embargo, habían variado muchísimo. La esperanza del lucro era escasa. La gente que batuteaba la cogía fiado como a otros comerciantes para vestir y sustentar la tropa dándole en cambio unos vales que sólo Dios sabía cuándo podrían convertirse en moneda contante y sonante si es que ese milagro llegaba a verificarse. El consumo, por otra parte, había disminuido considerablemente. Con Puerto Plata estaban completamente interrumpidas las relaciones comerciales. Sólo por Montecristy, amenazado de caer de momento en manos del enemigo, se traía algo, muy poca cosa. Por la frontera entraban con relativa frecuencia mercancías y provisiones; pero eso no bastaba para animar el negocio. Las transacciones languidecían. Don Matías miraba con espanto el porvenir. Aquella maldita guerra no llevaba trazas de acabarse nunca. Aunque español no estaba mal visto, pues jamás se había enredado en la política y su larguísima permanencia en Santiago donde se había casado y formado familia le había permitido granjearse muchos amigos y relacionados. Ni aun en los momentos más aflictivos pasó por su magín la idea de que se quisiera molestarle o causarle daño.

En el hogar pasaba también las de Caín el pobre Don Matías. Su consorte y sus dos hijas mayores le daban una vida de perros abrumándose con su permanente letanía de quejas y recriminaciones. Querían vivir con el boato y holganza de antes y le echaban al pobre hombre la culpa de la estrechez en que se encontraban por obra de las circunstancias. La única entrada de la casa era lo que se vendía diariamente en la tienda, ingreso que en días malos no bastaba para subvenir a las necesidades de la familia. Ni doña Luisa, ni Julia, ni Toña querían bajar el lomo. Echaban pestes cada vez que el viejo, siempre tímidamente, les hacía la más leve insinuación en el sentido de reducir los gastos. Hablarles de barrer, cocinar, lavar, era como insultarlas. Rosario, resignada y resuelta, era la única que sin chistar aceptaba las imposiciones del hado adverso. Meses hacía que se había hecho cargo de la limpieza de la casa y vivía muy atareada cosiendo por paga, lo que motivaba que Julia y Toña la mirasen por encima del hombro, con gesto de menosprecio... Aquella ca-

sa se iba pareciendo cada vez más a un infierno. La situación hacíase día por día más insostenible. Don Matías se había resignado filosóficamente a aquella vida encontrando sólo leal y sincero cariño en Rosario. Al fin tiró el diablo de la manta. El presupuesto doméstico, cada vez más reducido, no daba para lujos, y Julia y Toña, cortando por lo sano, con sólo dos o tres semanas de intervalo, pájaros ansiosos de libertad, se escaparon de la jaula del hogar para correr el mundo y dar satisfacción cumplida a sus inclinaciones pasionales. Julia se fue con un hombre casado, un comerciante de muchos mónises, que la cortejaba hacía tiempo y que para decidirla le regaló una casita coquetamente amueblada. Toña, sin encomendarse a nadie, se largó con el calavera de Paco Silva, ya en estado interesante, según afirmaban las comadres del barrio.

Doña Luisa, la madre, no tuvo la más leve palabra de reproche para las dos tórtolas escapadas. Muy al contrario. Eso era mejor; decía a su afligido consorte, que seguir llevando esta vida de perros. Y tímidamente al principio, y después con cierta desfachatez esbozaba la amenaza de dejar también la casa para irse a vivir con Julia. Ponía de continuo en las nubes los teneres de ésta y el lujo en que vivía. Animososa y firme no temía Rosario las privaciones y los trabajos; pero la fuga de sus dos hermanas la acongojó» bastante no sólo por lo que la avergonzaban sino principalmente por si tales cosas contribuirían a amenguar el amor que Fonso le profesaba. Esta idea era su mayor tormento. Cuando el novio, ya de regreso, adivinó en su primera entrevista el estado de ánimo de Rosario, apresuróse a devolverle la tranquilidad afirmándole que en nada ella había desmerecido de su cariño y que seguía abrigando el firme deseo de casarse con ella inmediatamente cesara la guerra. Y si no lo hacía antes era porque no se pertenecía mientras no triunfase la causa restauradora.

Tenía sólo un mes de licencia; un solo, un solo mes, le había dicho el presidente Salcedo al concedérsela recalcando mucho sus palabras. El mozo se le había hecho indispensable. La simpatía que irradiaba de Fonso avasallaba a todos los que se ponían en contacto con él... Después de tantos peligros, de lo que había sufrido en la vida azarosa de los campamentos sentía como un anhelo vivísimo de vivir tranquilo en un lugar apacible sin apartarse un instante de la mujer amada. Pasaba largas ho-

ras charlando con Rosario, forjando juntos planes de felicidad para el oscuro porvenir... Y cuidado que estaba hermosa e interesante Rosario. Sonreían sus diecinueve primaveras. Todo un poema de amor parecía irradiar en la intensidad luminosa de sus ojos negros. Tenía atenciones y consuelos aun para su misma madre que tan mal la seguía tratando. Sólo ella amaba a Don Matías procurando por todos los medios hacerle la vida más dulce y llevadera.

Conversaban plácidamente los dos amantes en la puerta de la casa una hermosa tarde de primavera cuando un soldado interrumpió la amorosa plática poniendo en manos de Fonso un oficio que tenía en el sobre la palabra urgente. Era una comunicación en que el general Salcedo le ordenaba ponerse inmediatamente en camino para una misión que debía desempeñar en San Cristóbal... Adiós, adiós hermoso y suave idilio... A la guerra otra vez. Pero no tuvo una sola palabra de protesta. Rosario misma lo estimula a cumplir su deber de dominicano. Volverás, pronto, le dice... Hay algo aquí, en el corazón, que me lo asegura. La milagrosa Virgen de las Mercedes velará por ti, agregó finalmente convencida...

DE LA GUERRA

Amanece. Vago, trémulo, indeciso, un resplandor blanquecino comienza a despuntar en las oscuras lejanías del horizonte oriental luchando paso a paso, victoriosamente, con las posturas sombras de la noche que retroceden con lentitud avergonzadas y vencidas. Escúchanse intermitentemente relinchos de caballos y ladridos de canes. Los gallos entonan su cántico triunfal a la mañana que asoma alborozada. En el cielo parpadean todavía luminosamente algunas estrellas... Casi en mitad del camino de San Cristóbal a Santo Domingo en el linde de una sabana, en un bohío de tosca apariencia se encuentra Fonso Ortiz acompañado de algunos hombres armados. Detrás del bohío, en una especie de amplio corral, dos o tres peones de la finca ordeñan afanosamente algunas vacas. Bajo la hábil presión de las manos el blanco e hirviente líquido cae en toscos recipientes de barro... La luz empieza a iluminar la vasta llanura. Hacía ya algún tiempo que Fonso residía en San Cristóbal en virtud de instrucciones muy detalladas y precisas del presidente Salcedo. Había ya en más de una ocasión congregado a los jefes revolucionarios en la Comandancia de Armas para excitarlos a la unión en nombre de la patria, pues a su ver no tenían razón de ser en esos momentos conflictivos las diferencias, los antagonismos existentes entre algunos de ellos, lo que obstaculizaba el propósito de dar a las operaciones militares la unidad de miras que constituía la base de una campaña rápida y decisiva. Tales continuos rozamientos perjudicaban mucho a la

causa. Todo el tiempo lo pasaban algunos de esos jefes en dimes y diretes en intrigas mezquinas para perjudicarse mutuamente. Dos o tres veces habían estado a punto de irse a las manos. Cada cual quería campar por sus respetos. Con el don de simpatía que emanaba de su persona, con su exquisito tacto, con el prestigio que le daban su carácter de comisionado especial y la gran amistad que sabían todos le profesaba el presidente Salcedo, con su innegable habilidad para suavizar asperezas, logrado había Fonso Ortiz en tiempo relativamente corto mejorar en mucho aquella situación incoherente y anárquica viéndose ya con viva satisfacción de los verdaderos patriotas que donde antes imperaba el desorden se acentuaba ahora un estado de cosas regular y estable. Diestramente tocó Fonso todos los resortes, halagando el amor propio de cada uno con frases encomiásticas y con el ofrecimiento de eficaces recomendaciones para el general Salcedo a fin de que cada cual viese pronto atendidas sus aspiraciones de ascensos y de puestos. Y también, desde hacía algunas semanas, había conseguido relacionarse con dos o tres de sus antiguos conocidos de la Capital que cada vez que se podía le comunicaban valiosos pormenores que trasmitía seguidamente al gobierno provisional.

Justamente su presencia esa mañana en aquel sitio obedecía al propósito de encontrarse con un enviado de la Junta revolucionaria que debía comunicarle algo importante y que por no poder dilatar su regreso ala Capital no le era posible llegar hasta el mismo San Cristóbal. El enviado tenía todas las apariencias de un burdo campesino; pero bajo aquel rústico aspecto reconoció Fonso prontamente al más locuaz de los conspiradores que, hacía meses, había encontrado en la reunión efectuada en la casita cercana a la iglesia de San Miguel.

Había venido desechando el camino real, por sendas extraviadas, para no toparse con algunas de las guerrillas españolas que lo frecuentaban, pues si era conocido nadie lo salvaría de recibir el pasaporte para el otro mundo. A las primeras preguntas de Fonso rompió a hablar sin dar un solo momento de paz a la lengua.

Aunque ya tenían a Santana encima de la cabeza y muchos se alegraron de su muerte repentina, el caso es que todos dicen que muerto el perro se acabó la rabia. El edificio de la Anexión,

que él levantó le ha caído encima aplastándolo. En la Capitanía General, en las oficinas, en donde quiera que se reúnen empleados y militares, el tema de cuanto hablan es que la guerra se hace interminable, que este pedazo maldito de tierra le está costando a España mucha sangre y muchos cuartos sin ninguna perspectiva de compensación para tantos sacrificios... El quijotismo de Gándara ya no engaña a nadie. La ocupación de Montecristy ha venido a la larga a convertirse en un solemne fracaso. Lo que quieren todos es largarse de aquí cuanto antes. Se mantienen diciendo perrerías del país... En el Seybo se está batiendo bien el cobre. Algunos santanistas de pura cepa se han pasado a los nuestros, entre ellos el coronel Virico García...

¡Virico García! Varias veces me dijo que mientras viviera Santana estaría a su lado. Y ha cumplido su palabra. Muerto su jefe y protector se ha ido donde lo llamaban su deber y sus sentimientos de dominicano...

Y las desercciones de generales y oficiales continuarán tal como van las cosas...

Al grano, al grano, dijo Fonso interrumpiendo el flujo de palabras que se le venía encima. Todas esas cosas aunque muy buenas, salvo lo del coronel Virico, son puras apreciaciones, generalidades... Creí que se trataba de algo más sensacional y concreto...

Pues vaya si lo es. La noticia no puede ser más morrocotuda. Un espía que tenemos en el mismo despacho de la Capitanía General, escondido detrás de una puerta, oyó una carta de Madrid que el general Villar leía a Gándara y en la que un amigo comunicaba oficialmente al primero que era ya cosa resuelta que el Ministerio pidiera a las Cortes una ley disponiendo el abandono de Santo Domingo. Gándara estaba muy asombrado, pues no sabía ni jota de tal asunto... ¿Qué tal? No hay nada oficialmente todavía, pero todo parece indicar que la noticia es cierta... Lo que urge de momento es que nuestras guerrillas se acerquen lo más posible manteniendo la alarma en la ciudad con continuos tiroteos por Pajarito, Güibia y el mismo San Carlos si se pudiere. Hay que estrecharlos más y más, a fin de que gane terreno la idea de abandono en el más breve plazo posible...

La conversación languideció un momento. De pronto, uno de los acompañantes de Fonso entró precipitadamente diciendo

que se oían tiros, algo lejos, por el camino real, en dirección a Santo Domingo. En un decir Jesús todos estuvieron fuera del bohío. En el silencio de la mañana oíanse ruidos lejanos que parecían como martillazos. Aquella gente, acostumbrada a ese ruido, no tuvo un segundo de vacilación. Eran tiros. Se peleaba seguramente por ese lado. Sin duda alguna tropa salida por la madrugada de la Capital se había tropezado con alguna de las guerrillas revolucionarias que hacían frecuentes irrupciones por esos contornos... A caballo, a caballo, gritó Fonso. En un santiamén estuvieron todos montados dirigiéndose a escape hacía el sitio de donde procedían las detonaciones.

Ya al rebasar la llanura, el camino a poco andar se encajona entre bosques espesos. El terreno en algunas partes aparece bastante quebrado. Algunos zanjones y frecuentes cañadas cortan la línea sinuosa del camino... Engañada por falsos informes se habían aventurado hasta allí una columna como de doscientos hombres destacada de San Carlos con el propósito de verificar un reconocimiento. Cuando el jefe, el comandante Ansurez, que desconocía completamente el terreno, llamó al práctico para pedirle informes nadie supo darle razón de él. Había desaparecido como por encanto en un momento de descuido. El comandante comprendió pronto que había caído en una especie de emboscada. Tiroteaba vigorosa e incesantemente en sus flancos y en su retaguardia la reducida columna había principiado a cejar iniciando un movimiento de retirada en que por medio de un rápido cambio la extrema vanguardia se había convertido en retaguardia. De los tupidos maniguales salía un fuego constante y mortífero. Los españoles seguían su movimiento de retroceso hacia la Capital con bastante orden contestando como podía el incesante tiroteo que salía de todas partes, que los tenía como encerrados en un círculo de fuego. Bien que mal abandonando los heridos más graves, la retirada proseguía en regulares condiciones y evidentemente parecía que iban a salir de aquella ratonera menos mal de lo que se habían figurado al principio. Pero un movimiento rápido y desconcertante de un grupo de insurrectos que, de improviso, saliéndose del monte y colocándose en mitad del camino, había cortado en dos partes la columna española, fue causa de que un grupo de la retaguardia quedase aislado, sin contacto con el grueso de la fuerza que

con inauditos trabajos continuaba lentamente su retirada sin percatarse de lo que acaba de pasar a una parte de ella. Por esa hábil maniobra un teniente y veinte o veinticinco soldados habían quedado en completo aislamiento, reducidos a rendirse o a morir combatiendo. Estaban, puede decirse, acorralados. Sólo tenían ante sí aparentemente sin contrarios, el camino que conducía a San Cristóbal, es decir, al enemigo, a la muerte infalible. Pero no se amilanaron. Sin titubeos aceptaron la sentencia del destino. Rendirse para que los mataran como habían hecho con otros, no, no valía la pena. Mejor era morir combatiendo. En ellos vibraba, en ese momento supremo, el indomable coraje de la raza...

Reinó un momento de silencio solemne. Eran ya como las ocho de la mañana. Ríndanse, ríndanse, chacharros, les gritaban de todas partes. Ni uno va a quedar para contarlos... ¡Muevan los chacharros!... El teniente, un joven alto, espigado, muy blanco, gallardo, de agradable fisonomía, de ojos azules, de finos bigotes rubios, sin perder la serenidad continuaba dando órdenes, animando su gente... El grupo de insurrectos se había aumentado y avanzaba lentamente sobre los españoles que parecían dispuestos a vender caras sus vidas. El teniente no titubeó un momento para tomar su partido. Abrirse paso hasta reunirse a los suyos... Adelante, adelante, muchachos. ¡Viva España, viva la Reina!... Bajo una lluvia de machetazos iban cayendo uno a uno. Ya no tenían municiones. No eran más que diez o doce los que aún estaban en pie. Con los cañones de los fusiles procuraban parar los tremendos golpes. El teniente, herido ya, chorreando sangre, hacía frente con su revólver a dos o tres, cuando un fuerte machetazo casi le cercenó a cabeza... Cayó cuán largo era a la vera de una cañada. En pie ya no quedaba ninguno. Muertos, muertos todos... Algunos se abalanzaron sobre el cuerpo del teniente para despojarlo de lo que llevaba encima: un reloj con su leontina, unas monedas, un cortaplumas de nácar. Parecían fieras salidas de no sé qué antro pavoroso... En ese momento aparecía Fonso con su gente. De una mirada lo comprendió todo... Encarnizados en su obra, los despojadores seguían, manchadas de sangre las manos, esculcando en los bolsillos de la chaqueta del teniente. En uno muy oculto encontraron una cartera. Fonso estaba ya casi encima de ellos... A ver,

a ver, ajo, déme eso, gritó impetuoso. Debe tener papeles importantes que interesan al gobierno... Los que habían cogido los otros objetos, temiendo se los hicieran devolver, habíanse alejado internándose en el monte. El soldado a quien se dirigía Fonso titubeó un momento, pero viendo el gesto resuelto de aquel hombre y de los que le acompañaban le alargó la cartera con expresión de marcado disgusto... Sobre los cadáveres esparcidos a ambos bordes de la cañada, sobre los charcos de sangre, sobre las armas destrozadas y esparcidas por el césped, el sol, indiferente a tantos horrores, derramaba la pompa magnífica de sus fulguraciones...

Esa noche, en su cuarto de San Cristóbal, a la luz de una vela, púsose Fonso Ortiz a examinar la cartera que había arrebatado esa mañana de manos del soldado. Sobre el fino tafilete lucía una R. y una S. de plata artísticamente enlazadas. Contenía varias tarjetas y dos o tres cartas. En una de las tarjetas leyó lo siguiente: Remigio Solís - Teniente de la compañía de Bailén... Abrió una de las cartas echando sobre lo escrito una mirada distraída. Poco a poco, sin embargo, pareció interesarle la lectura. Estaban escritas con una letra menudita que a la legua se adivinaba que era de mujer. Fonso continuaba absorto en la lectura... Afuera, en la calle negra y desierta, proseguían los grillos su estridente serenata. Una inmensa paz descendía del estrellado firmamento... Las cartas eran de María Torres, la novia del teniente, y venían de muy lejos de Granada, la histórica urbe cuya contemplación arrancó a Boabdil, el rey moro vencido; hondos sollozos al despedirse de ella para siempre... A medida que leía, un sentimiento de inmensa piedad iba adueñándose de Fonso... Pobre, pobre María, pensaba. Y no sé qué conexiones íntimas creía encontrar entre ella y Rosario. En esas amantes epístolas palpitaba un corazón sensible de mujer henchido de inmensa pasión. ¡Cuánta ternura diluida en ellas! ¡Cuántos hermosos proyectos para el porvenir! Evocaba recuerdos que debieron traer al pobre teniente, envueltos en aquellas frases de amor, rumores del Darro y del Genil, auras suaves de la Sierra Nevada, perfumes y músicas de los rientes cármenes granadinos... El, Remigio, su Remigio, regresaría pronto, terminada aquella maldita guerra, triunfante, ya con las tres estrellas de capitán, y entonces, ya no esperarían más, se casarían, realiza-

rían por fin la esperanza de toda su vida, verían por último cumplido el anhelo que alimentaban, desde niños cuando, jugando juntos, él le decía mi mujercita y ella mi maridito!... Y ahora, en ese momento, estaba él a poca distancia de allí, deshecho a machetazos, pudriéndose al aire libre, masa informe de materia, de algo que fue un día cuerpo gentil en que llameó intensamente la vida, en que se albergó un noble espíritu que nutrió esperanzas y alimentó ideales; y ella, María, a miles de leguas, al otro lado del mar, soñando con él quizá, insomne, escribiéndole en ese mismo momento para condensar en frases de viva ternura toda la desbordante pasión de su alma... ¡Oh la guerra, la guerra cruel e implacable!



EN SAN CRISTÓBAL

San Cristóbal era en aquella época una especie de destartalado villorio que sólo tenía alguna importancia por su proximidad a Santo Domingo. Todos los domingos, días de mercado, una gran concurrencia procedente de los campos vecinos daba inusitada animación al pueblo. Dos prolongadas hileras de rústicos bohíos alineados con pintoresca irregularidad formaban la calle principal del poblado. En la parte opuesta del río, del rumoroso Nigua, que mansamente la acaricia, tupidos bosques dilataban la extensa cortina de su vegetación exuberante. La iglesia, como dominando el caserío, exhibía las formas de su sencilla arquitectura... Pobre, de muy relativa importancia, este pueblo cuenta en su historia páginas de gloriosa resonancia patriótica. En él se reunió el primer Congreso Constituyente de la recién proclamada República; de allí salieron repetidamente contingentes numerosos de bizarros guerreros que, en muchas ocasiones, cosecharon copiosos laureles lidiando con singular denuedo con las huestes haitianas en las llanuras y serranías occidentales. Quinientos aguerridos soldados sacó Santana de esa laboriosa común para engrosar las filas de la columna con que pensaba dar el golpe de gracia al movimiento restaurador del Cibao; pero a los pocos días de estacionamiento en Guanuma, uno a uno primeramente y después por grupos, fueron los de San Cristóbal desertando para incorporarse a los núcleos de patriotas que empezaban a formarse en el Sur contra la dominación española... Dos veces, durante el bienio restaurador,

adueñáronse de él las tropas peninsulares teniendo que abrirse paso a fuego y sangre para sólo permanecer en su recinto breves días, combatidos a todas horas por las guerrillas compuestas por todos los hombres que en la población y en sus campos estaban en estado de tomar las armas. En las dos ocasiones en que fue San Cristóbal ocupado, las tropas españolas lo encontraron desierto, abandonado, sin un alma en sus calles ni en sus casas herméticamente cerradas, especie de impresionantes tumbas de una lejana y fantástica necrópolis...

A dos pasos de la Comandancia de Armas en un bohío amplio, de cierta apariencia, recién enjalbegado tenía Fonso Ortiz su alojamiento. Estaba allí puede decirse a sus anchas. Las dueñas de la vivienda, las Rosales, una viuda muy entrada en años y su hermana una fea solterona que desde que se levantaba hasta que se acostaba vivía rezando y comiéndose los santos, manteníanse del producto de la venta de dulces que confeccionaban cotidianamente y que tenían mucha demanda. Fonso era allí atendido a cuerpo de rey por un pequeño estipendio mensual. Entre el huésped y Doña Paula y Doña Francisca existía ya tanta confianza que Fonso podía creerse como si estuviera en su propia casa. Su menor indicación era como una orden para aquellas dos buenas mujeres. La solterona, Doña Francisca, ardiente patriota, hacía frecuentes novenas a no sé qué santos milagrosos para que triunfaran presto los restauradores. Fonso bromeaba mucho con ellas. Fue para él una grandísima fortuna haber tropezado con gente tan servicial y buena. Cuando semanas después de su llegada a San Cristóbal cayó enfermo de suma gravedad, sin el cuidado esmeradísimo, sin la abnegación de aquellas dos nobles mujeres que se consagraron en cuerpo y alma a atenderlo, a cualquier hora del día y de la noche en la cabecera del enfermo con el remedio en la mano, quizá se hubiera quedado Fonso allí para siempre en la melancólica paz del camposanto del pueblo. Su dolencia fue larga y hasta peligrosa. Vago malestar al principio caracterizado por frecuentes dolores de cabeza y por un molesto escalofrío que culebreaba a ratos por todos sus miembros, la enfermedad fue creciendo a ojos vistas, ganando terreno hasta asumir aspectos inquietantes que alarmaron grandemente a las dueñas de la casa y a mucha gente buena del vecindario. El Comandante de Armas envió volan-

do un expreso a Santiago con la noticia de la gravedad del comisionado del gobierno provisional. Interrumpida la comunicación con Santo Domingo los recursos facultativos eran poco menos que imposibles. Un poco de quinina pudo conseguirse y eso a costa de grandes sacrificios...

¿Cómo supo Rosario, en Santiago, que su novio, presa de cruel dolencia, estaba muriéndose en San Cristóbal? Sin duda por algún amigo de Fonso que estaba de servicio en el gobierno y que oiría hablar del expreso llegado de aquella población. La noticia de la gravedad del bien quisto mozo se propagó pronto alarmando extraordinariamente a sus familiares y a sus numerosos amigos. Con esa rapidez de resolución que la distinguía, resolvió Rosario en el acto, sin titubear ni un segundo, cueste lo que costare, dijera lo que se dijera, trasladarse inmediatamente a San Cristóbal. Nadie pudo disuadirlo de tan temerario empeño. Ante advertencias y consejos permaneció firme como una roca. Dijo que iría, que iría, así supiera que iban a matarla en el camino. No hubo manera de contrariar tal propósito. Se fue acompañada de una mujer de Gurabo que tenía un hijo de servicio en San Cristóbal y que se corría que estaba herido y de un peón de la entera confianza de Don Matías... Trepó por los abruptos repechos de la gigante cordillera, vadeó ríos caudalosos, cruzó dilatadas llanuras, sin pensar en riesgos, sin sentir cansancio, sin fijarse casi en los sitios por donde pasaba, impulsada y sostenida por la fiebre de llegar pronto, sospechando a cada vuelta del camino que quizás arribaría tarde, que tal vez encontraría agonizante o enterrado ya al amante que idolatraba. Al tercer o cuarto día de viaje, cayendo la tarde, alcanzó a divisar los primeros bohíos del pueblo... ¿Cómo estaría Fonso? ¿Si lo encontraría sin vida? En vano al desmontarse en casa de las Rosales le aseguraran ambas hermanas que Fonso seguía lo mismo, que dormía en ese momento con un sueño muy agitado y que el curandero que lo asistía había recomendado muchísimo se hiciese el menor ruido posible. Fue inútil tratar de impedir que Rosario entrase al aposento. En puntillas, deslizándose sin ruido, penetró en el cuarto sumergido en una especie de semioscuridad que no permitía distinguir bien los objetos. En una mesita ardía una lamparilla de aceite ante una imagen de la Virgen de la Altagracia. Ese lado de la pared estaba material-

mente lleno de estampas de santos. Poco a poco fue Rosario distinguiendo con precisión los objetos... Fonso yacía en un catre muy limpio hundido en los limbos de un sueño sobresaltado, murmurando retazos de frases, palabras sin conexión, ideas incoherentes. Bajo el ala ardiente de la fiebre vagaba su imaginación, negro corcel desbocado, por mundos quiméricos creados por su desbordante delirio...

Rosario, conmovida hasta lo más hondo de su ser, de pie ante el catre, lo contemplaba ansiosa con los ojos anegados en lágrimas. La enfermedad había hecho en Fonso visibles estragos. Por su tez lívida, por sus hundidas mejillas, por sus miembros enflaquecidos, parecía estar ya pisando los dinteles del sepulcro. Doña Paula y su hermana, consolándola, la hablaban casi al oído con voz tenuísima que semejaba suave murmullo de blando céfiro. Rosario salió de la estancia sollozando. Las dos hermanas y algunas vecinas caritativas procuraban darle ánimo. El médico, un curandero de mucha práctica y muchos aciertos, abrigaba esperanza. A otros peores había levantado. No había para qué desesperarse. La Virgen de la Altagracia lo salvaría, aseguraba con firme convicción Doña Francisca. Rosario, en el camino, había hecho ya la promesa de ir a Higüey, a pie, al venerado santuario, si Fonso no se moría. Sólo dedicaba breves horas al sueño. Pasaba todo su tiempo a la cabecera del lecho en que Fonso luchaba entre la vida y la muerte. Ya hacía días que había perdido el conocimiento. Deliraba de continuo y en las explosiones de su extravío nombraba con frecuencia a Rosario... Y ella allí, tan cerca, pegada a él, pasando con frecuencia su pañuelo sobre la frente sudorosa del enfermo... ¡Cuántas, cuántas horas pasó así, velándolo, esperando ansiosa el menor asomo de mejoría, mientras tenaz, espantable, revoloteaba sobre Fonso la mariposa negra de la muerte!...

Al fin lentamente fueron presentándose y acentuándose de que la intensidad del mal decrecía. Una mañana al despertar, notaron todos, con inmenso júbilo, que el enfermo recobraba el conocimiento. Cuando vio a Rosario ante él una mirada y una sonrisa iluminaron su rostro enflaquecido, exangüe, macilento, parecido al de un Cristo moribundo...

POLITIQUEO DE CAMPANARIO

Con suma lentitud iba Fonso Ortiz recobrando la salud, volviendo a su anterior estado de vigor y lozanía. En su rostro expresivo llameaba nuevamente la vida. En sus negros ojos comenzaba a lucir el acostumbrado brillo. Por consejos del curandero que en el caso de Fonso demostró tener el acierto que cualquier sapiente facultativo, habíase ido el mozo a pasar la convalecencia en el campo, a una estancia muy cerca de La Toma, propiedad de un pariente muy cercano de las Rosales. Ejercicio moderado y metódico y leche en abundancia acabada de ordeñar fue cuanto le recetó el curandero quien sabía bien lo que traía entre manos. Pocos meses de aquella existencia metódica, al aire libre, sin mayores preocupaciones, completaron muy satisfactoriamente el restablecimiento de Fonso. Era ya el mismo mozo alegre y robusto de antes. Tan pronto como estuvo fuera de peligro, regresó Rosario a Santiago comprendiendo que estaba allí de más, que su presencia podía dar lugar a habladas que quería evitar, que su deber la llamaba ya al lado de sus padres. Espíritu de cierta superioridad, en ella el deber, lo que entendía por tal, no era el concepto de acatamiento a tales o cuales convencionalismos de la vida social, sino producto de algo muy íntimo que en el fondo de su conciencia aparecía siempre como revestido de caracteres luminosos que le marcaban un rumbo seguro y fijo. No era buena porque así se lo ordenasen normas de conducta generalmente acatadas. Lo era porque en su espíritu vibraba con fuerza un sentimiento muy personal que

la hacía odiar casi instintivamente, sin mayor fuerza de raciocinio, lo que a primera vista se le antojaba mezquino o repugnante. A pesar de tal instintivo conocimiento de las cosas raras veces incurría en error. Tenía una lucidez admirable para discernir lo benéfico o nocivo de las cosas... Era ya cosa decidida su matrimonio. Se casaría con Fonso tan pronto regresase éste a Santiago. Asunto de pocos meses más.

La guerra había virtualmente cesado. Ya no se daban combates mortíferos. Ligeras escaramuzas era cuanto en materia de guerra habíase registrado en los últimos meses. Había sido una excepción el combate de La Canela tan favorable para los restauradores. Después de cruentas peleas, las tropas peninsulares habían abandonado el Seybo convencidas de su impotencia para pacificar aquella extensa provincia. Y se afirmaba ya que harían lo mismo con Baní y el Maniel y los tres o cuatro puntos fortificados que aún poseían en las costas. Todo el mundo, chicos y grandes, estaba bien enterado de que a esas horas debía haberse presentado a las Cortes españolas una ley ordenando el desalojo de la colonia cuya reciente reincorporación había resultado tan desastroso para la vieja Metrópoli... El hórrido choque de las armas no resonaba ya en montañas y llanuras. El país continuaba en pie de guerra, anémica la agricultura, paralizado el comercio, extinta o poco menos la actividad dignificadora del trabajo. Se deseaba ardientemente salir de aquel triste estado de cosas. Una solución definitiva se imponía. Y primero con pretexto del canje de prisioneros y después por solicitaciones directas, buscábase por medios diplomáticos llegar a un acuerdo que permitiese a España retirarse en las mejores y más honrosas condiciones para ella.

Cuando Fonso Ortiz, rebotante de salud, efectuó su regreso del campo donde tan buenas horas había pasado para hospedarse nuevamente en casa de sus excelentes amigas las Rosales, sucesos que desconocía completamente ocurridos durante su enfermedad y su permanencia en la finca impresionaron honda y dolorosamente su espíritu. Había estado mucho tiempo materialmente imposibilitado de ocuparse de nada que oliese a política. Al volver del campo no sabía nada de acontecimientos recientes. Fue como si ante sus ojos se descorriese una cortina de imprevisto permitiéndole ver muchas cosas de distintas formas

revueltas confusamente... Se quedó turulato, asombrado, creyó soñar, cuando le contaron con muchos pormenores el trágico fin de su gran amigo el general Salcedo, derribado del poder y asesinado después impiamente, en una playa desierta, en una tarde sollozante de noviembre... Se resistía a dar crédito a tal estupenda noticia... ¿Eso, eso, eso era cierto?, repetía. ¿Era verdad que habían fusilado así, sin más ni más, al más gallardo y arrojado de los paladines restauradores? Una turbación extraña invadió su ánimo pasadas las primeras impresiones de su inmenso dolor. ¿Era posible que aun profanado el territorio nacional, ambiciosos vulgares, a los ojos mismos de los españoles, levantasen su fatídica cabeza para desencadenar sobre el país los horrores de sangrientas luchas intestinas?

El también empezaba a sufrir, las consecuencias de esos sucesos. Durante su ausencia, las nuevas autoridades, los polanquistas, haciendo gala de su exagerado celo personalista, habían registrado su cuarto llevándose sus armas y todos sus papeles... Se le consideraba como salcedista neto, como desafecto al nuevo orden de cosas y se procedía en consecuencia acatando cánones nunca envejecidos del politiquero partidarista. A él, que siempre había sentido asco por esa política nauseabunda de campanario. Pronto comenzó a notar que a su lado se hacía el vacío, que gentes que antes le rodeaban haciéndole la corte por suponerle gran influencia con el general Salcedo, ahora, juzgándole como caído, le pasaban por el lado como si tal cosa, saludándole apenas, como si hablando con él temieran comprometerse ante los flamantes y engréidos caciquillos conductores del hato. Sí, estaba abajo, como se dice en la jerga partidarista. Se le suponían ambiciones políticas y él en realidad no tenía ninguna. Su sueño dorado era ver terminada la guerra con el abandono por los españoles del territorio, para que ya libre la patria, cumplido lo que juzgó su deber, pudiera él tornar a su ciudad natal, casarse con Rosario y dedicar toda su inteligencia y todas sus actividades a rehacer la mermada fortuna de su padre... Pero cada vez que delante de él, en las conversaciones, se traía a colación el nombre del general Salcedo, no podía Fonso contenerse. Sin miedo a nada ni a nadie echaba afuera su indignación apostrofando sin contemplaciones a los autores de la muerte del generoso guerrero. Su indignación subía de punto

cuando algunos pretendían atenuar aquel hecho considerándolo como exigencia ineludible de las circunstancias del momento. Fonso no entendía de tales componendas. Eso no era más, decía, que un asesinato, un infame asesinato. A las cosas había que llamarlas por su nombre. Lo demás era cobardía o cosa peor. No se mordía la lengua para decir cuatro claridades al mismo lucero del alba. Tales imprudencias lo hacían naturalmente más sospechoso. En el Correo abrían su correspondencia para ver si contenía algo subversivo. Al fin comprendió que debía recoger velas. Tales conversaciones transmitidas, comentadas y exageradas, al gobierno de Santiago por algunos chismosos empecatados, fueron causa de que se diera la orden de meterlo en chirona y remitirlo a Santiago para darle seguro hospedaje en un calabozo del fuerte de San Luis. A tiempo lo supo por un empleado de la Comandancia que le debía un gran servicio, y con muy buen acuerdo prefirió ocultarse mientras pasase la racha, pensando como dice la gente del pueblo que "el monte es más grande que la iglesia".

DESDE SAN CARLOS

Fonso Ortiz ocultóse en la misma estancia en que hacía poco había pasado una temporada con el objeto de restablecer su salud. Monte adentro, en las fragosidades del bosque, entre breñales, moraba en una rústica choza en que un peón de confianza que dormía allí le llevaba cotidianamente el alimento. Como por lo general sucede, en los primeros días se le persiguió con ardor, pero poco a poco fue enfriándose el celo del caciquismo comunal al extremo de que dos semanas después nadie se acordaba ya del fugitivo. Bien es verdad que dos o tres que bien le apreciaban en San Cristóbal habían hecho correr la voz de que le habían visto pasar por un campo de Baní, rumbo a la frontera... Pero la reacción vino más presto de lo que se creía. La tortilla se había vuelto. El movimiento encabezado por el general Pimentel para derribar el gobierno de Polanco encontró propicia atmósfera en la opinión de la mayoría. Engrosado por las mismas fuerzas destinadas a combatirla, el triunfo más completo había coronado, sin efusión de sangre, los pasos de aquella insurrección. Una de las primeras medidas de la nueva situación fue dictar un decreto ordenando la persecución por las vías judiciales de los causantes del fusilamiento injustificable del general Salcedo. Los salcedistas estaban, pues, ya en el candelero. A vuelta de poco más de tres meses los salcedistas, los de *abajo*, se habían convertido en los de *arriba*, cosas por demás muy frecuentes en estas flamantes y levantiscas democracias. Fonso Ortiz salió de su escondite regresando a San Cristóbal

con aires de vencedor. Todas las manos, aún las de los mismos que hacía poco temían su contacto, se tendieron placenteramente al encuentro de las suyas. Todos los rostros le sonrieron... Todos, en gemebundo coro, lamentaron y censuraron las persecuciones de que había sido objeto. Triunfe usted y échese a dormir, que lo demás viene solo, le decía con cierta filosofía barata la dueña de la casa, que por lo que le había pasado a su difunto esposo sabía algo de las andanzas y altibajos de la política partidarista... La casa se le llenó de gente. Fonso sonreía con gesto de mal disimulado desprecio. Aquellas manifestaciones del rebaño en lugar de regocijarlo o envanecerle le causaban en el fondo profundo disgusto. Escribió a Santiago anunciando su regreso para principios del próximo mes.

Pero iba a tener forzosamente que demorar ese viaje. De hacía algún tiempo habíanse entablado negociaciones entre la Capitanía General y el gobierno de Santiago para estipular los términos de un convenio que fuera, según se decía, honroso y satisfactorio para ambas partes. El gobierno creyó que Fonso podía ser de alguna utilidad en aquellas negociaciones y decidióse que acompañara a la Comisión ya nombrada para tratar en nombre del país con el carácter de secretario de ella o cosa por el estilo. Recibió varias cartas de personas más importantes encargándole mucho su aceptación. El mismo general Pimentel le escribió una carta llena de expresiones lisonjeras para Fonso. No tuvo más remedio que acceder. Se le hablaba en nombre de la patria y no podía negarse a prestarle este último servicio. La Comisión había salido ya de Santiago para Santo Domingo y las instrucciones de Fonso le prescribían unirse a ella tan pronto se designare el sitio para celebrar las conferencias. La quinta del Carmelo, en las afueras de la ciudad, fue el sitio escogido para las negociaciones. Oportunamente advertido por dos de sus viejos amigos capitaleños, siempre bien enterados, conocía Fonso con todos sus pelos y señales lo que Gándara se proponía pedir como bases principales del proyectado convenio. Esas bases eran en extremo desdorasas para el país. Así se lo dijo a los comisionados tan pronto pudo entrevistarse con ellos; pero, desde las primeras palabras, comprendió con dolor que en ellos predominaba la idea de acabar pronto, aún por medio de los mayores sacrificios, de terminar inmediatamente aquella guerra rui-

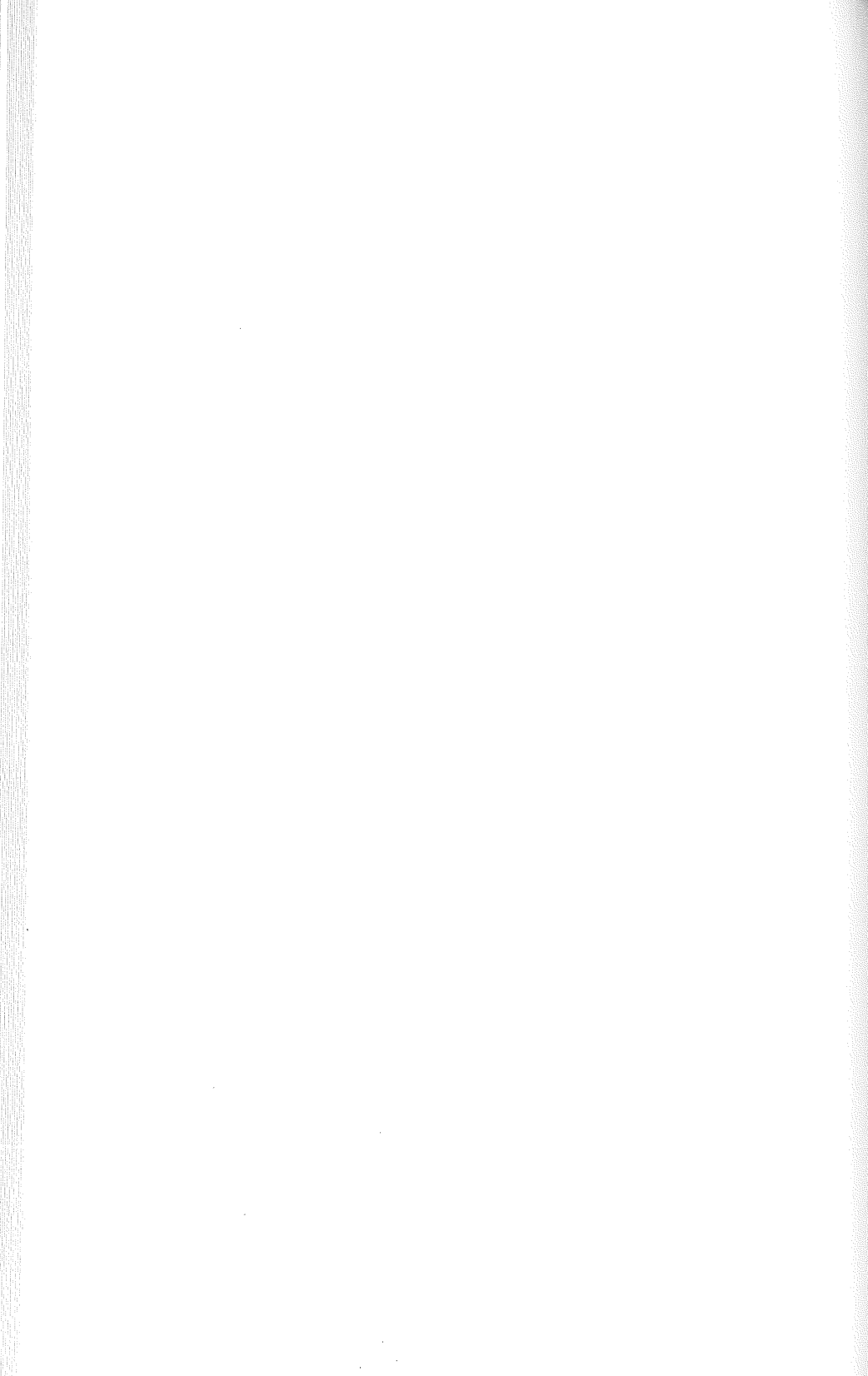
nosa, cueste lo que costare... No podía Gándara encontrar terreno más abonado para sus exigencias desmesuradas. Después de más o menos discutidos, los comisionados dominicanos aceptaron todos los puntos en que Gándara hacía principalmente hincapié, firmando un convenio que satisfizo por completo al irascible Capitán General... Con frases destempladas, rebosantes de amargura, Fonso Ortiz se pronunció abiertamente contra aquel pacto que calificaba de ominoso. Las cosas, repetía, habría que llamarlas por su nombre. Aquello era pura y simplemente una capitulación. ¡Qué cosa más peregrina, argüía Fonso excitado hasta el colmo, los vencedores capitulando!... Fue acaso más que imprudente en el desahogo de Id indignación que hervía en su pecho. Ciertamente que por lo subalterno de su cargo él no asumía en aquel asunto la menor responsabilidad, pero como dominicano sentía aquel desenlace como algo bochornoso que en mucha parte malograba los sacrificios y abnegaciones de un bienio de lucha sangrienta y porfiada. Sin decir nada a nadie montó en su mula picando hacia San Cristóbal desde donde, por medio de un expreso despachado a la carrera, escribió a sus amigos del gobierno dándoles circunstanciados pormenores de lo que se había hecho y manifestando sin ambages su completa inconformidad con aquel pacto humillante.

Su indignación encontró eco prolongado en la heroica urbe en que tenía su asiento el gobierno. Una ola de hirviente desaprobación corrió por calles y plazas, penetró en los hogares y rugiente e impetuosa alcanzó las alturas en que actuaban los supremos directores de la cosa pública. No había quien no considerase inconvenientes y denigrantes para el país las estipulaciones del convenio del Carmelo. El gobierno, sin vacilar ni un segundo, dio la más rotunda desaprobación a aquel pacto fundándose principalmente en que los comisionados se habían por completo excedido de las instrucciones precisas y completas que llevaban. Y con el fin de probar que quería sinceramente llegar a un acuerdo equitativo que conciliase satisfactoriamente las dificultades que se presentaban, nombró otra Comisión compuesta de dos altas personalidades políticas para alcanzar lo más brevemente posible ese anhelado desenlace... Pero Gándara, violento y rabioso, rompió con toda negociación declarando colérico que no aceptaría nada que no fuese llana y simple-

mente la completa aceptación del convenio firmado. Se desfogaba en amenazas que sonaban a hueco, en alarde de desesperada impotencia. Era para él como el triste despertar de un sueño agradable. Había abrigado la fundada esperanza de retirarse de la perdida colonia con humos de triunfador, como quien ha impuesto su voluntad cual ley suprema, y se marchaba ahora, constreñido por el hado representando el papel de un vencido, lo que realmente era, acibarado intensamente su altivo y orgulloso espíritu por los desencantos y tristezas de su ruidoso fracaso. En el desbordamiento de su despecho, inutilizó piezas de artillería, arrojó al mar armamentos, y decidió llevarse como rehenes grupo numeroso de personas distinguidas de 1,ª sociedad capitala... Furor inútil... El destino había ya hablado. Las guarniciones de diversos puntos del país habían sido ya concentradas en el amplio recinto de La Fuerza. El 10 de julio las fuerzas acantonadas en San Carlos desocuparon el pueblo. Quedaba sólo en poder de los españoles la gloriosa Santo Domingo de Guzmán. El 11 de julio, en las primeras horas de la mañana, en perfecto orden militar, transportáronse a los buques surtos en la ría y en el Placer de los Estudios todas las fuerzas que componían la guarnición de la plaza...

En San Cristóbal supo Fonso la desocupación de San Carlos y que se había fijado el día siguiente 11, para el embarque definitivo de las tropas. No quiso dejar de presenciar ese acto de tanta trascendencia para el país. Era la ardiente coronación de la magna obra a que hacía más de dos años había consagrado todos los esfuerzos de su inteligencia y de su voluntad resuelta y tesonera. Algunos amigos se brindaron a acompañarlo. La noche anterior se acostó Fonso tarde, durmiendo con un sueño agitado, frecuentemente interrumpido, devorado por la impaciencia presa de la espera... Desde muy temprano, un ruidoso grupo de varios amigos galopaba en dirección de San Carlos... Era una mañana estival, cálida y luminosa. Los caballos, lanzados a escape, dejaban tras sí nubes espesas de polvo. En el verde oscuro de la vegetación ponían los flamboyanes la intensa coloración roja de sus flores. Al encontrarse en San Carlos buscó cuidadosamente el punto desde donde se pudiese contemplar mejor la escena emocionante de la partida. Pintiparado para observatorio le pareció el campanario de la iglesia. Desde allí

podía contemplar el espectáculo a sus anchas. Subió a la torre nervioso, excitado, impaciente. No pudo contener un grito de admiración ante el vasto paisaje que se desarrollaba ante sus ojos. Desde el sitio en que se había colocado dominaba una vastísima extensión de terreno. Una gran porción de la ciudad, los mástiles que emergían de la ría, parte de Pajarito, la rada entera, la torre del Homenaje, masas oscuras de vegetación, el mar, el mar inmenso dilatándose hasta confundirse en el firmamento azulado todas estas cosas veíanse clara y distintamente formando un conjunto de bellezas; un maravilloso espectáculo que surgía pleno de vida en aquella espléndida mañana de Julio, serena, apacible, plétórica de sol... Fonso, absorto, deslumbrado, hundía sus miradas en la porción del horizonte que formaba el maravilloso fondo del cuadro, en la ancha faja azul del mar Caribe encrespado y rugiente que extendía la cinta blanquecina de la espuma de sus olas a todo lo largo de la línea sinuosa de la costa... Vistas a esa distancia, semejabán manchitas albas las velas latinas de los balandros que rasgando velozmente la sabana cerúlea buscaban la entrada de la ría. De las chimeneas de los grandes vapores de ruedas que empezaban a alejarse lentamente salían espesas nubes de un humo muy negro. Fonso seguía con ansiedad los vapores que iban alejándose... Uno tras otro fueron poco a poco perdiéndose de vista, ocultándose en las lejanías del horizonte iluminado. Pronto, manchitas de humo cada vez menos perceptibles, eran lo único que se columbraba de ellos... Fonso respiró con fuerza como si hasta ese momento hubiera dudado... ¡Se fueron!... Somos ya los dueños absolutos del amado terruño, pensaba Fonso... ¿Serían ellos, los que se acababan de ir, los últimos dominadores extranjeros?... ¿Vendrían otros, en el misterioso porvenir, quizás menos hidalgos, tal vez más rapaces, a posar su planta invasora en esta tierra quisqueyana, noble y rica, que en medio del riente archipiélago antillano recibe los besos ardorosos del sol que la fecunda e inflama la sangre de sus hijos prestos siempre a defender hasta morir el nativo territorio? ¿De qué paraje, cercano o remoto, vendrían los nuevos argonautas?...



AL REGRESAR

Símbolo hermoso de restaurado señorío la bandera dominicana, prestigiada por el reciente y resonante triunfo, flameaba orgullosamente sobre los muros almenados del histórico torreón del Homenaje. La patria era otra vez independiente y libre. La obra liberticida del 18 de Marzo, de efímera duración, había servido principalmente para de manera cruenta y ruidosa patentizar a la faz del mundo la indomable decisión del pueblo dominicano de sepultarse entre ruinas antes que continuar soportando vida torpe o ignominiosa de esclavo. Lo acababa de poner brillantemente de relieve una lucha porfiada y sangrienta en que ambas partes habían rivalizado en milagros de constancia y de heroísmo. Ciudades y aldeas reducidas a cenizas, grandes charcos de sangre, ruinas y desolación por todas partes, evidenciaban de modo inconcuso hasta dónde es capaz un pueblo, así poco numeroso y pobre como el dominicano, cuando se revuelve airado en defensa de sus derechos autonómicos conculcados... Fonso Ortiz deambulaba por las vetustas calles de la Primada de América con el ánimo exento de inquietudes y con la íntima satisfacción de quien cree haber rendido incondicional acatamiento a un deber de serena y consciente excelsitud patriótica. En ese momento veía ya cristalizada en deslumbrante concreción la obra en que desde hacía tiempo tenía empeñadas todas sus energías volitivas. Con muy distintos pensamientos que los que le preocupaban cuando vino por vez primera a Santo Domingo recorría ahora las calles de la vieja urbe ya ele-

gantemente trajeado como correspondía a su distinguida posición social. En nada se parecía al insignificante vale, al pobre campesino huraño y como atortolado que había sido portador de unos pliegos del general Santana... Cumplido su deber de patriota daba ya por terminada su vida política. Rendida la jornada, dando la espalda a solicitudes y halagos, iba ahora a crear su hogar y a consagrarse definitivamente al trabajo... Sentía profundo despego por el personalismo político tan pródigo en bajezas e infamias. En ese instante encontrábase en situación favorabilísima por su mérito intrínseco y por sus valiosos servicios a la causa restauradora de conseguir lo que hubiera querido; pero era muy meditada, de incontrastable firmeza su decisión de apartarse para siempre del politiquero partidarista amamantado de continuo en un ambiente de chismes, de suspicacias y recelos con que la noble rectitud de su carácter no podía avenirse de ninguna manera. Ya había, en más de una ocasión, paladeado algo de las amarguras que hace apurar de continuo ese malhadado aferramiento al poder que constituye, en estas repúblicas sobre todo, la síntesis culminante de toda política personalista. Atropellar arriba y ser atropellado abajo es el obligado destino del politiquero de campanario, de escaleras abajo, que predomina en casi todos estos países levantiscos e incoherentes de rudimentaria o nula educación cívica. Le repugnaba instintivamente, eso de llegar a la cumbre por una vía oscura y sangrienta para convertirse en supremo dispensador de cargos y prebendas como así todos nuestros estultos caudillos. Estaba firmemente resuelto a que el personalismo político, corruptor y disolvente, no lo agarrase de nuevo con sus formidables tentáculos...

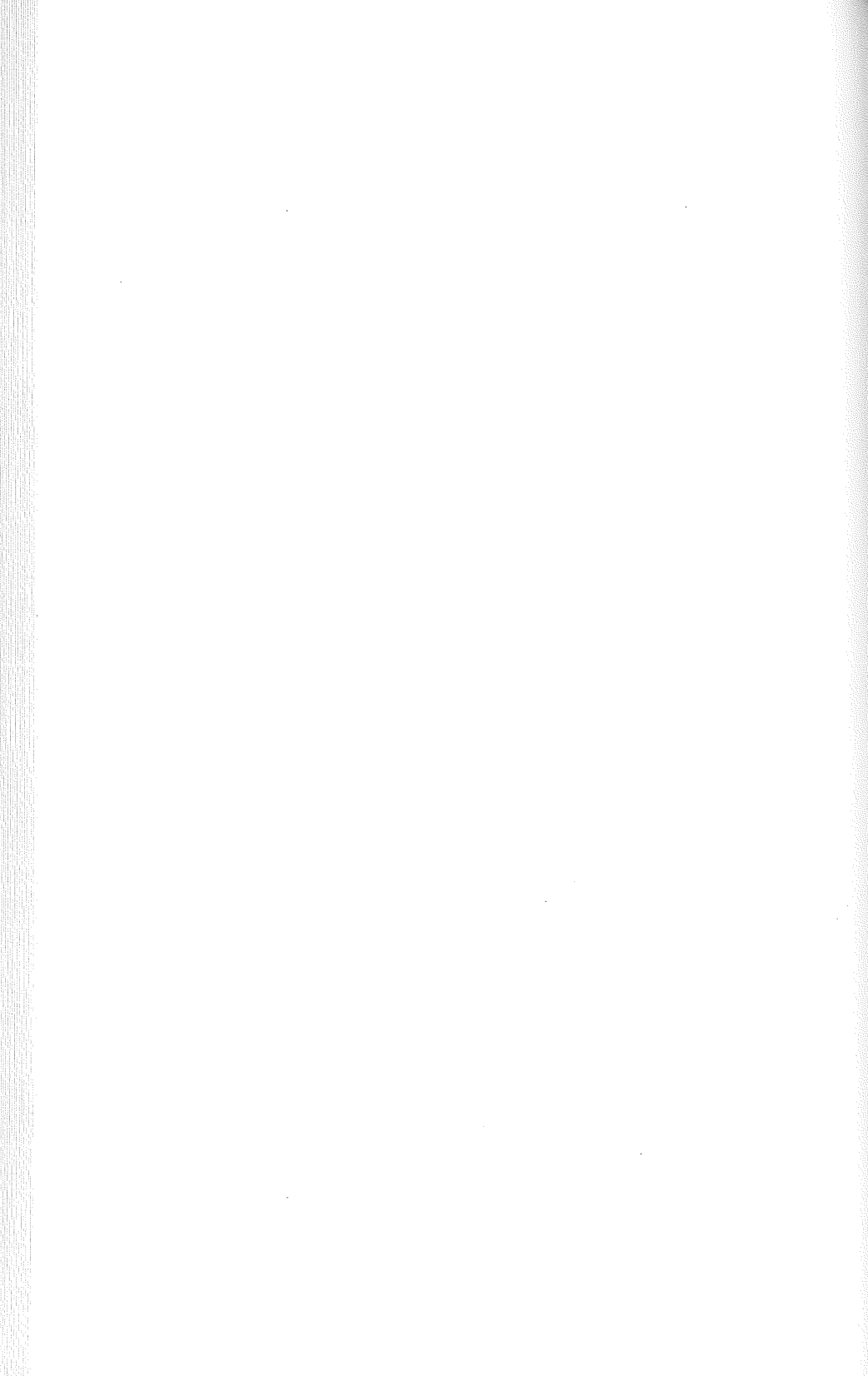
Su permanencia en la Capital obedecía al propósito de comprar en sus tiendas ciertos objetos para su próxima boda con Rosario que pensaba que en Santiago no podrían conseguirse por la larga incomunicación comercial de aquella ciudad con el extranjero. Consecuente con sus viejas amistades residía en su antiguo alojamiento de Santa Bárbara, muy bien tratado por Doña Petra y Regina, que siempre hablaban de él con efusiones de sincero y vivo cariño. Víctor, el atolondrado hermano de Regina, había hecho con gloria toda la campaña y vuelto a la casa pavoneándose de lo lindo con su grado de capitán honrosamen-

te conquistado. Por más que querían disimularlo, la madre y la hermana estaban más orondas y orgullosas que el mismo señor capitán que tenían en casa. Fonso y él hablaban mucho de cosas de la guerra pasada. Víctor parecía una ardilla. No estaba quieto ni un segundo. Su incesante trajinar pareciera como la realización del movimiento continuo... Estaba ya listo Fonso para emprender su viaje de regreso cuando de improviso le hizo Víctor el ofrecimiento de acompañarlo. Quería conocer el Cibao donde no había estado nunca. Estaba seguro de que incontinentemente le concederían la licencia que necesitaba para realizar ese proyecto... En una mañana cálida de julio, caballero Fonso en su mula y Víctor espoleando un caballejo de regular apariencia, salieron ambos por la gloriosa Puerta del Conde, rumbo a las distantes comarcas cibaenas. Mientras subían por la calle principal de San Carlos vino a Fonso a las mentes un singular capricho que comunicó seguidamente a su compañero. Este, con una explosión de juvenil entusiasmo, aplaudió con calor la idea por más que allá en el fondo de su magín le pareciese la cosa una simpleza o algo por el estilo. Pero en fin no había ningún mal con ello. Algunas horas perdidas de camino y nada más... Comprimido durante algunos meses por las realidades diarias e inflexibles de su vida azarosa, sintió Fonso Ortiz que el fondo de soñador romántico que había en su espíritu y que sólo en contados momentos subía a la superficie, se agitaba de nuevo, vibraba con fuerzas impulsándole a una idea que necesitaba satisfacer a todo trance. Antes de alejarse definitivamente de los lugares donde había estado durante los días angustiosos de la pasada guerra quiso contemplar de nuevo el más importante de ellos: el sitio en que estuvo el nefando campamento de Guanuma...

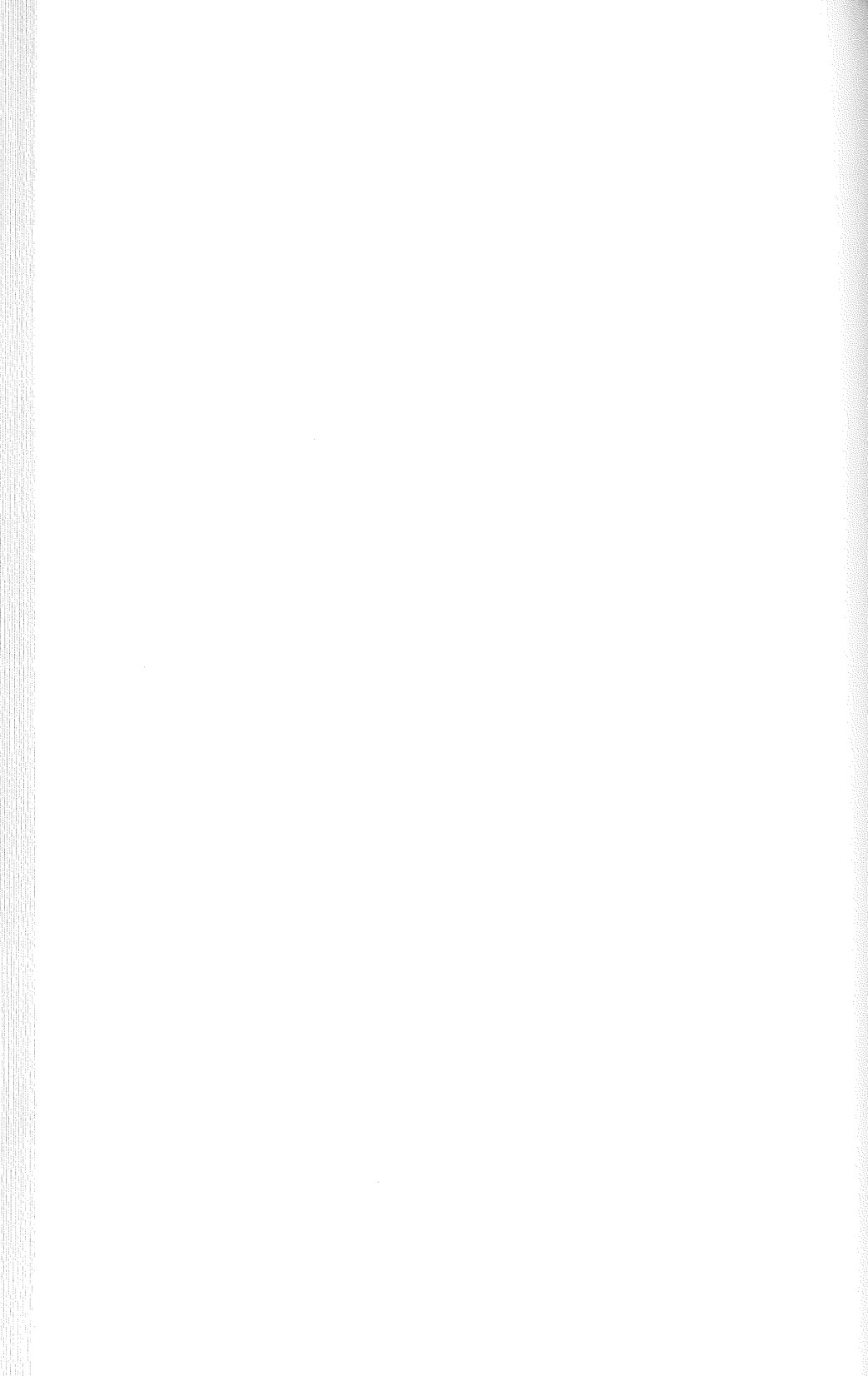
Era ya pasado mediodía. Picaba el sol como si derramara por todas partes chorros de fuego... Bajo una javilla de largas y pobladas ramas echaron pie a tierra para satisfacer el apetito comiendo algo de lo que llevaban en las alforjas. Víctor apuraba con frecuencia tragos de un ron añejo de sabor exquisito. En el silencio de la hora, escuchábase, algo distante, el sordo murmullo de las aguas, del Guanuma corriendo impetuosas... Poco después cruzaban ambos amigos la histórica sabana de Juan Álvarez. Agobiados por el achicharrante calor detuviéronse bajo

un arbolillo anémico, de ralo follaje, que a duras penas se mantenía en pie, parecido a un enfermo agonizante... Como colocado en el centro de un círculo, [Fonso dirigía sus miradas a todos lados cual si buscara cosas conocidas que se admiraba de no encontrar ahora. El sitio le parecía como cambiado, como si fuera otro. El tiempo no había transcurrido en vano. Los trillos, los innumerables trillos que cruzaban la sabana en todas direcciones abiertos por el incesante ir y venir de los miles de hombres y cabalgaduras que durante largos meses llenaron de ruido aquellos sitios, habían desaparecido por completo cubiertos enteramente por una vegetación exuberante. Los horcones que sostenían las barracas, derrumbados unos, medio cayéndose otros, entrecruzados en formas extrañas, aparecían vestidos con enredaderas y parientarias que les daban apariencias de enjambres de una flora rezagada perteneciente a épocas prehistóricas. La vegetación, cubriéndolo todo, semejava un manto de verdura que se extendía con suaves ondulaciones y sobre el cual como bordados por la mano de una hada primorosa florecillas silvestres esparcían el encanto de sus variadas formas y colores. Una brisa juguetona, a ratos, hacía oscilar con frecuencia los tallos flexibles de los arbustos, el abanico de las hojas, la yerba en que pacían algunas vacas extenuadas por el hálito abrasador de aquella atmósfera enervante... En un confín de la sabana, en el rústico y olvidado cementerio, los montículos de tierra coronados de toscas cruces que señalaban las tumbas de tantos soldados olvidados habían casi perdido sus formas cubiertas de hierbas, de flexibles plantas trepadoras que servían de florida vestidura a las cruces desvencijadas o caídas... ¡Ah, los miserandos, las infelices víctimas de la guerra cruel y asoladora!... Allí dormían, allí dormían para siempre, por toda una eternidad, aquellos pobres soldados venidos desde tan lejos, caídos a destiempo en una tierra que no conocían, que no les devolvería ya más a la suya! En el laboratorio de la naturaleza siempre en proceso de elaboración sus cuerpos iban a servir para nutrir y fertilizar la tierra que avara los guardaba en su seno. Con sus músculos, con sus huesos contribuirían a la renovación incesante de las cosas... Fonso Ortiz parecía sumergido en una especie de reverie, como soñando despierto. El sol, incompasivo, continuaba derramando torrentes de calor sobre la tierra ale-

targada... Y en su ensueño, queriendo penetrar hasta el alma de las cosas, pensaba Fonso Ortiz, como quien tropieza con un muro infranqueable, en esa fuerza íntima, incoercible, eterna, que en múltiples formas, en infinita variedad de aspectos, hace florecer incesantemente sobre el arcano insondable de la muerte el divino misterio de la vida!



EL DERRUMBE



PRIMERA PARTE
HISTORIA DE UN LIBRO

I

Jamás pensé, en mi humildad literaria, que un libro mío pudiera tener historia, mereciendo los honores de una persecución en realidad de verdad inmerecida e injusta. Cuando un amigo mío me comunicó de la Capital que mi libro *El Derrumbe* había sido secuestrado por las autoridades militares norteamericanas impuestas coercitivamente al país, declaro con entera sinceridad que me quedé profundamente asombrado. Los delitos de imprenta o que, en determinadas circunstancias se consideran como tales, tienen o deben tener por indispensable fundamento su publicidad, el hecho de circular ocasionando efectivos o supuestos daños. El caso de mi libro era harto distinto. Ni un solo ejemplar de *El Derrumbe* había circulado y no iba tontamente a ponerlo a la venta después de la proclama del Capitán Knapp estableciendo una censura rígida y amenazante para la libre emisión de la palabra hablada o escrita. La censura aquí establecida, como lo probaré algún día, ha sido más arbitraria, dura y humillante que la misma impuesta por el lápiz rojo de los censores españoles en las épocas más negras de la vida colonial de Cuba y Puerto Rico.

Como es natural, formulé inmediatamente la reclamación que correspondía en caso tan injustificable. El impresor, según supe más tarde, fue, por pocas horas, reducido a prisión y obligado a entregar el manuscrito del libro. Se le hizo un largo interrogato-

rio respecto del número exacto de ejemplares a que alcanzaba la edición de la obra y de otros particulares relacionados con la misma. Se daba indudablemente mayor importancia al libro embargado de la que realmente tenía. En esos días dirigí al Capitán Knapp, Jefe del Gobierno Militar, la siguiente reclamación:

"Señor:

Por un aviso de esa ciudad me he enterado, con profunda sorpresa, que en ese puerto se ha impedido el embarque para Sánchez de una caja de libros de mi exclusiva propiedad. Con esa disposición se comete una gran injusticia, pues no he violado en nada absolutamente ninguna orden del gobierno militar que Ud. dirige.

Mi libro, como puede probarse fácilmente, fue escrito e impreso antes de instalarse el gobierno militar, y tengo el propósito de que no circule en el país mientras no se levante la censura que desdichadamente pesa sobre el más noble y excelso atributo de la personalidad humana: la libre emisión del pensamiento por medio de la palabra hablada o escrita.

Espero, pues, de su ilustración y rectitud, se digne disponer la devolución de la mencionada caja de libros por ser tal cosa un acto de estricta justicia".

Hasta ahí mi carta, el Jefe de la ocupación militar contestó de la siguiente manera:

"Señor:

He investigado las circunstancias referentes al libro a que alude en su carta de 30 de diciembre. El Censor me ha informado que su libro contiene tales términos que juzga imposible pueda permitirse su venta actualmente. He leído extractos del libro y mi juicio confirma la opinión del Censor. Los esfuerzos de Ud. para que se embarcase el libro, como previniendo que su contenido fuese conocido, me manifiestan que en vuestro propio juicio el libro era susceptible de detención del Censor.

Como Ud. Declara que no comenzará la venta de su libro mientras no será suprimida la Censura, pareceme que en nada se lesionan sus intereses con la detención de ésta en manos del Gobierno Militar.

Respetuosamente

(Firmado) H. S. Knapp".

Como se ve no puede ser más endeble la justificación del acto arbitrario de confiscar un libro que nadie había leído, y que, no pudiendo circular en el país, me proponía enviarlo al extranjero donde tenía la seguridad de colocarlo fácilmente. Por lo que va a seguir se verá que ya no sólo en lo intelectual sino en lo material fui grave e injustamente perjudicado.

II

Ante todo debo y quiero expresar con cierta latitud el pensamiento fundamental del modestísimo libro tan duramente perseguido. Escrito con gran precipitación y bajo el imperio de circunstancias dolorosas, *El Derrumbe* se resiente gradualmente de tales cosas casi siempre adversas para un juicio sereno y lo más satisfactoriamente posible. Ese volumen tiene dos aspectos principales: mi completa e irreductible rebeldía a toda abusiva injerencia extranjera en nuestra vida nacional, y mi acerba y fustigadora censura a nuestros pasados y vitandos personalismos, causa principal de nuestras tremendas y numerosas caídas. Respecto a mi oposición a todo humillante control extranjero en cualquier forma que sea, puedo orgullosamente repetir con el poeta cubano:

El mismo soy que al emprender la marcha

En esa materia pienso exactamente igual a como pensaba en mi primera juventud. No he variado ni en un ápice. Todo protectorado o anexión o cosa que tienda al desgaste o mutilación de la soberanía nacional, me es profundamente repulsivo u

odioso. Lo he combatido y combatiré siempre. Algunos años antes de efectuarse la Intervención que pesa actualmente como losa de plomo sobre nuestras almas acongojadas, para prevenir o conjurar aquí el peligro que se avecinaba, fundé en unión de varios amigos la sociedad nacionalista Patria a la cual presidí durante los tres años que contó de existencia. Por no haberse comprendido bien el pensamiento capital que determinó la instalación de dicha sociedad patriótica, por nuestra indiferencia o cosa semejante, por estar la mayoría entregada en cuerpo y alma a las luchas de nuestro estulto y disolvente personalismo, o por todo ello a la vez, es el caso que la idea de cohesión, de condensación de voluntades en el alto propósito de robustecer el sentimiento nacional haciéndole cada vez más refractario a toda injerencia extranjera, no tuvo eco, se perdió dolorosamente en el vacío en que aquí han ido casi siempre a parar las más plausibles y levantadas iniciativas.

Más de dos años antes de esta funesta Intervención, en marzo de 1914, en Carta Abierta dirigida al poeta Ricardo Pérez Alfonseca y publicada en el *Listín Diario*, me expresaba así:

“Creo firmemente que en la vida social, el pensamiento, la idea, la creencia, son puras abstracciones, palabras huecas, frases sin enjundia, si no se aquilatan en el esfuerzo sensible, en la acción bien intencionada, en la energía viril. La evolución social de nuestro tiempo pide a cada momento y con insistencia, hechos de cierta proyección prolífica. Consecuente con esas convicciones, quise últimamente llevar a nuestro envenenado ambiente político, sin resultado, efluvios de sano y vigorizador patriotismo y de efectiva organización jurídica. Lo he dicho en todas partes y lo repito nuevamente: sea cual fuere el cúmulo de beneficios que pueda aportar a nuestra desquiciada existencia política una Intervención extranjera, rechazo altivamente cualquier injerencia de esa clase prefiriendo a tal ignominia nuestra misma extraviada política tan incoherente y tumultuosa y tan torturada por luchas intestinas. Pero en realidad, mi distinguido amigo, contemplando el estado de desconcierto en que vivimos, no son muy pocos, por desgracia, los que con-

sideran esa injerencia humillante como nuestro mejor medio de salvación. ¡No, mil veces no!

Yo sigo y seguiré sosteniendo mi criterio de irreductible dominicanismo, como flámula purpúrea de deber altísimo en el hogar, en la escuela, en el periódico, en la conferencia, en el libro. De la densa sombra en que vamos sumergiéndonos, salen a cada paso voces de anticipada y prudente resignación, de cobarde conformidad. Sea lo que fuere, venga lo que viniere, seguiré preconizando, bajo la noche sin estrellas, ante la tempestad desencadenada de pasiones vitandas, las excelencias virtuales de una existencia nacional sin injerencias desdorosas de afuera Y sin torpes caciquismos de adentro..."

Eso dije entonces y eso sigo repitiendo hoy. Me regocija altamente que dominicanos distinguidos que en vísperas de la ocupación y aun a raíz de ella sostuvieron un criterio intervencionista, piensen hoy de manera enteramente contraria, convencidos de que el remedio que anhelaban esté resultando peor que la misma dolorosa enfermedad.

III

El otro aspecto fundamental de mi secuestrado libro reside en un análisis severo y lamentablemente verdadero de las desfavorables circunstancias de política eminentemente personalista dentro de las cuales se ha efectuado la deficiente actuación histórica del pueblo dominicano. Son diversas las causas nocivas de semejante estado. Escasez de población; carencia de relativa cultura; orientaciones casi siempre extraviadas; imperio absorbente de gente de cierta rusticidad por lo general incapaz de imprimir acertada y fructuosa dirección a los asuntos públicos; carencia de vías de comunicación y de otras cosas determinantes de provechosa vida económica son, dentro del cuadro sombrío y dramático de nuestra existencia histórica, factores principales que durante cierto espacio de tiempo han impedido dar resueltamente al país un vigoroso paso hacia delante. Nada han valido los esfuerzos de una minoría inteligente empeñada en modificar o transformar semejante estado de cosas en un to-

do refractario a sanas y fecundas iniciativas de organización jurídica en un todo de acuerdo con modalidades muy características de la mentalidad dominicana e inspiradas en muy luminosas finalidades de la civilización moderna.

En el capítulo *Deficiencias del Medio*, del libro incinerado, pongo de bulto las causas de nuestra actuación política, incoherente y caótica, en estos últimos años. Circula por ahí la idea, para muchos conveniente, de echar un tupido velo de silencio sobre nuestros pasados tremendos errores, figurándose que por esa vía, tapando el sol con un dedo y se quitan protestas de justificación más o menos atendibles a la actual ocupación norteamericana. No lo entiendo así. Mi criterio es distinto. Aparte de que nuestros interventores conocen al dedillo tan bien o mejor que nosotros las deficiencias de nuestro modo de ser político, nada se ganaría con pretender obscurecer o borrar la verdad. Esta se abre siempre paso. No es posible curar una enfermedad que se quiere que permanezca oculta pretendiendo negar su intrínseca gravedad. Hay que poner la llaga al descubierto antes que el mal se extienda o contagie otras partes del cuerpo. Hay que restaurar a todo trance la república, pero en condiciones de un gobierno propio, absolutamente independiente, que responda a imperiosas necesidades y exigencias que hasta ayer hemos descuidado o menospreciado, sin conocer y olvidando que, en la actualidad no es posible para ningún pueblo, grande o chico, vivir de una manera desacorde con determinadas finalidades de orden interior y de administración pública de reconocida probidad y positivo adelanto.

Culpa no escasa de nuestras últimas turbulencias cabe a lo desacertado de la injerencia abusiva de la diplomacia yanqui, en nuestros asuntos interiores. Patente está el ejemplo de James O. Sullivan, uno de los últimos ministros representantes aquí de los Estados Unidos. Este hombre como dije hace tiempo, mejor que el tipo de *politician* sin escrúpulos, resulta el del verdadero *boucanier*. Sin haber aún presentado sus credenciales, desde Montecristi, ese nuevo Representante norteamericano, empezó a fungir, lo que fue realmente más tarde, como árbitro supremo de la política dominicana.

Reveló, desde el primer momento, un completo desconocimiento de prácticas y procedimientos diplomáticos. Su gestión no pudo ser más torpe y nociva... Y poco después, el festinado

e irreflexivo procedimiento que se conoce con el nombre de Plan Wilson, en lugar de ser elemento de eficaz acercamiento entre las banderías disidentes, contribuyó principalmente a falsear las instituciones republicanas, convirtiéndolo en letra muerta sus más elementales y necesarias prescripciones... Y para hacer rebosar la copa, la instauración del Gobierno Militar se produce, con general asombro, en los momentos en que impera la paz y ocupa la presidencia de la república un ciudadano benemérito, austero y sabio, muy capaz de enfrentarse y solucionar de manera satisfactoria y definitiva los asuntos interiores y exteriores que más preocupaban la atención pública. He creído siempre que nuestros errores y torpezas, por más graves que aparentemente parezcan, son muy capaces de mortificarse y desaparecer del todo, si para ello se ponen a contribución, hábil y tesoneramente, ciertos medios y resortes de conocido y probado valor sociológico.

No es difícil, ni con mucho, por obra de nosotros mismos, mediante nuestros propios esfuerzos bien encaminados, no obstante ciertas cosas nocivas en realidad superficiales, reaccionar en un sentido claro y preciso de orden estable y de práctica regular y consciente de las instituciones democráticas que forman el fondo de nuestra existencia nacional. Detrás de cosas nocivas de muy exterior realidad, se han movido, desordenadamente sin duda, fuerzas sociales que, bien conducidas, bajo la acción inteligente y patriótica de hombres públicos —de que no carecemos afortunadamente— bien penetrados del sentido de las realidades inflexibles de la hora actual de la civilización, podrían transformar en factores determinantes de una evolución salvadora en la manera de ser política de la colectividad dominicana. Esa obra, claro está, no puede ser de momento. Pero creo firmemente que, al restaurarse la república, poniendo cada uno de nosotros algo de su parte en ese alto y bienhechor empeño, pronto nos sería dable tocar los anhelados resultados. La república del porvenir, estructurado jurídicamente, sin personalismos aviesos y Perturbadores, sin humillantes intervenciones extranjeras, con partidos de principios bien definidos, ha de ser, y así hay que esperarlo, muy capaz de hombrearse con otras americanas de cultura ibérica que se enorgullecen de su existencia libérrima y floreciente.

IV

Así las cosas dejé pasar algunos meses y cuando juzgué el momento oportuno me dirigí al señor Ramsay, Jefe del Departamento de Censura, pidiéndole la devolución de mi confiscado libro. Me respondió así:

"Señor:

En respuesta de su atenta carta de 1º de los corrientes, la que ha tenido mi mejor atención, siento no poder acceder a lo que en ella solicita. Todavía no es la oportunidad para devolver a U. su libro El Derrumbe.

De U. atto., S. S."

El volumen secuestrado representaba para mí no sólo algo de interés intelectual sino de interés positivamente material. No soy rico ni mucho menos, y esa edición, primorosa y artísticamente hecha, me representaba el desembolso de algunos centenares de pesos que necesitaba con urgencia reintegrar. La venta de la edición la tenía asegurada en el extranjero. Pasaron dos años más de incertidumbres y de angustias. Se me dijo y me pareció ver que la censura aflojaba un tanto, y, creyendo la coyuntura propicia, escribí al señor Thomas Snowden, Gobernador Militar, solicitando de nuevo el libro y manifestándole que mi propósito no era que circulase aquí sino que se expandiese en algunas de estas repúblicas hispano-americanas. La contestación no se hizo esperar. Hela aquí:

"Estimado señor:

He recibido su cortés comunicación la que me ha sido entregada por su eminencia el Arzobispo de Santo Domingo, y su contenido ha sido cuidadosamente considerado.

Como U. bien sabe, la Censura sigue existiendo en Santo Domingo sobre artículos y publicaciones tendientes a estimular agitaciones políticas u obreras.

Tengo esperanzas que el tiempo para que no exista una Censura de esa naturaleza, llegará muy pronto, pero por el presente yo no puedo ver qué bien se puede deducir de la publicación de un libro de esa naturaleza ya sea aquí o en el extranjero.

Le saluda con sentimientos de alta consideración,

*Thomas Snowden,
Contra-Almirante de la Armada de los E. U.
Gobernador Militar de Sto. Domingo".*

Por el contexto de las anteriores comunicaciones, muy particularmente de la última, adviértese bien que, en la mente de las más altas autoridades de la Intervención, estaba subordinada la entrega de *El Derrumbe* a la supresión de la tantas veces mencionada Censura. Júzguese, pues, de mi indignación y de mi asombro, cuando suprimida ésta por una Orden Ejecutiva Publicada en la Gaceta Oficial, al exigir nuevamente la devolución de mi libro, se me respondió de esta manera:

"Muy señor mío:

Se me hace imposible devolverle la edición de su obra intitulada El Derrumbe, debido a que todos los ejemplares de dicha obra que fueron confiscados en 1916 han sido quemados en cumplimiento de las leyes en vigor. El espíritu de la obra es de una índole tal que puede dar lugar a desórdenes dentro del país, y por ende, su publicación y circulación resultarían contrarias a las disposiciones de las leyes.

Dado el alto valor literario de la obra, siento infinitamente el que los motivos antedichos no permitan que se conceda autorización para que ella sea distribuida ni dentro ni fuera de la República Dominicana en la forma en que se encuentra redactada.

Con la mayor consideración me suscribo de U.

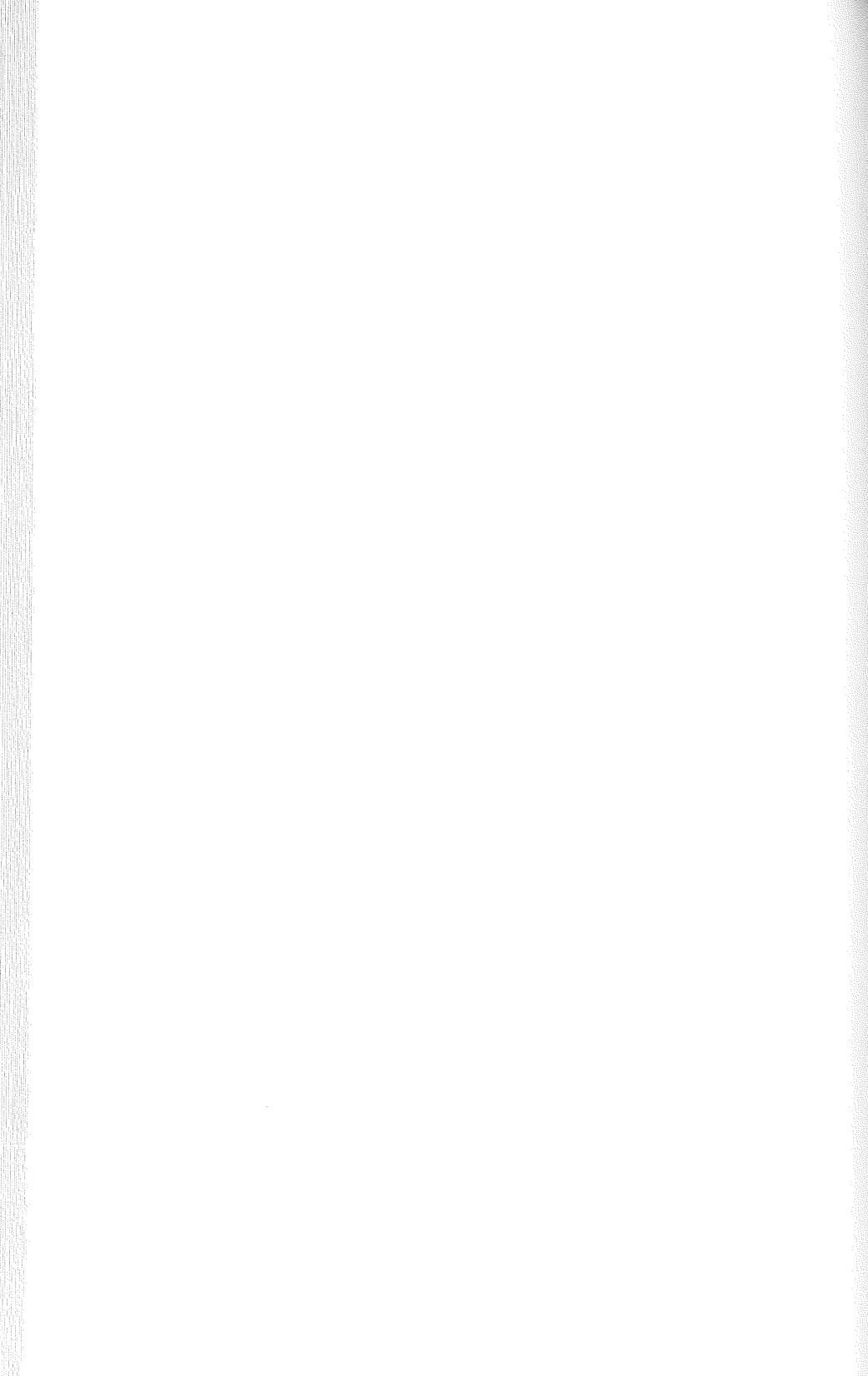
*Por el Gobernador Militar de Santo Domingo,
F. U. Lake, Teniente Comandante de la Armada de los
Estados Unidos".*

Calcúlese mi sorpresa al leer la anterior misiva, cuando por las cartas y por informes fidedignos tenía la creencia de que la edición confiscada se encontraba en depósito en la oficina de la Censura de Santo Domingo. ¡Un libro de asunto patriótico quemado en pleno siglo veinte por representantes de la patria de Washington y de Lincoln! Revivieron de golpe en mi memoria los viejos tiempos inquisitoriales. Me pareció, por un momento, encontrarme en plena época medioeval. Lo más extraño del caso es que desconozco “las leyes en vigor” que condenan un libro al fuego y de que se habla en la carta anterior. No las he visto publicadas en ninguna parte. La misma Censura que se dice suprimida lo ha sido sólo nominalmente. Los Prebostes continúan persiguiendo los llamados delitos de imprenta. Ahora mismo, por un artículo que se juzgó punible, sin mayor importancia, publicado en *Ecos del Norte*, de Puerto Plata, su autor, el joven periodista Rafael Morel, fue paseado por las calles de Santiago vestido de presidiario y constreñido a pagar trescientos pesos de multa. La juventud intelectual de aquella ciudad formuló con tal motivo viril y enérgica protesta...

Con los días que pasan va ganando terreno el desaliento. La bien intencionada moción del honorable Representante William E. Masson iluminó por breves instantes el ensombrecido horizonte de nuestras esperanzas de próximas reivindicaciones nacionales. Después ha vuelto a imperar, más negra si cabe la noche de nuestros acerbos dolores patrióticos. Mientras de afuera nos vienen brisas consoladoras de optimismo, recientes actos del Gobierno Militar parecen indicar que la actual injustificable ocupación continuará indefinidamente. Si hay algo de raíz netamente popular son los municipios. La historia está ahí para confirmar tal aserto. Por una reciente Orden Ejecutiva se reduce a la mitad y aún a menos en algunas partes el personal de los ayuntamientos y los miembros de éstos serán nombrados directamente por el Gobierno Militar. Es decir, no habrá ya, en realidad, representaciones genuinas de la vida comunal...

En medio de todos estos desencantos y amarguras, consuela y regocija la idea de que el pueblo dominicano ni se ha humillado ni se ha envilecido. Ha mantenido altiva y enhiesta su dignidad colectiva. Han existido excepciones, ya lo creo, pero lo raro es que nos las hubiese habido. Las hubo cuando Haití y la Anexión

española. Pero las excepciones no hacen más que confirmar la regla. Y la consoladora verdad es que el pueblo dominicano, en estas horas de incertidumbre y con viril firmeza unido y cohesionado, mantiene irreducible y con viril firmeza el propósito de no cejar ni un ápice en su empeño de restaurar la suprimida república sin mutilaciones ningunas de la soberanía nacional.



SEGUNDA PARTE EL DERRUMBE

FRONTIS

I

Es este un libro de honda sinceridad y desbordante dolor. Lo he escrito rápidamente, a saltos como quien dice, con el corazón destrozado ante el espectáculo patético y desesperante de un pueblo de ingentes ejecutorias históricas que presencia sin gestos de viril indignación el pronto desmoronamiento de cuanto constituye su personalidad y le da títulos para figurar honrosamente en el número de las repúblicas hispano-americanas que supieron conquistar su respectiva independencia en días pretéritos de permanente resonancia épica. Perdida la fe en sí mismo, relajada su voluntad, inertes los brazos que en días no muy lejanos esgrimieron impetuosamente el machete de las campañas libertadoras, sin vislumbrar por ninguna parte la fulguración de salvadores ideales, carente del hombre o de los hombres de intrínseca virtualidad dinámica que suelen aparecer como conductores de agrupaciones sociales en las horas supremas de la historia, ese pueblo no encuentra en sí la fuerza íntima capaz de alzarlo frente al hado adverso para morir honrosamente, con la muerte de los pueblos que han sabido esculpir con gloria su nombre en los frisos marmóreos consagrados por la inmortalidad histórica. La hora no puede ser más luctuosa y por consiguiente menos propicia para apocamientos serviles o atenuacio-

nes cobardes. Es hora de decir altiva y resueltamente, quien se respeta y respeta la pluma que maneja, lo que se piensa y se siente no sólo como un deber y como un homenaje rendido a la verdad austera y serena, sino para que se sepa fuera de aquí principalmente que en este pavoroso naufragio de una colectividad nacional desventurada y por muchos respectos digna de mejor suerte, ha habido algunos que, sin apostatar de sus convicciones de toda la vida, desde el escollo de su aislamiento, sin intimidarse ante la tormenta que amenaza destruir lo poco de nuestra precaria soberanía que queda en pié, mantienen enhiesta la insignia simbolizadora de su inquebrantable adhesión al ideal de los próceres eximios de la redención febrerista.

Horas de extremada acerbidad, de angustiada expectación, de torturante incertidumbre, han sido las transcurridas en estos días sin sol en que el pueblo dominicano, febricitante y atónito, sufría el más duro e injustificable ultraje en ocasión en que menos se merecía ser tratado de semejante manera. Esas horas han marcado profundamente su huella en la desolación de mi espíritu produciendo en él estremecimientos de incurable desesperanza. En esos momentos de tribulaciones inenarrables, de extrema tensión espiritual, parece como que la vida, por no sé qué misteriosa vibración recóndita, se reconcentra y cohesiona firmemente, cobra rigidez de acero, y desprovista momentáneamente de su variedad inmensa y prolífica, asume un solo y exclusivo aspecto, condena y totaliza el conjunto de sus facultades en una absorbente visión unilateral pertinaz y monótona que nos roba toda legítima satisfacción y pone de continuo ante nosotros horizontes poblados de negruras insondables. Ese replegamiento, esa concentración de las fuerzas íntimas que forman nuestro ser espiritual, se opera siempre por la incontenible influencia de un dolor, de un gran dolor. En estos días últimos, de incomunicación telegráfica y postal con todas partes, de rumores confusos y contradictorios, de dudas zozobrantas, de lancinantes tristezas, he experimentado, sufriendolo, ese agobiador estado de reconcentración anímica en que el temor indefinible de algo grave que se espera, de un inexplicable peligro que nos amenaza, de alguna cosa que puede herimos mortalmente en nuestros más caros ensueños, pone en tensión hiperestética nuestros nervios y nos hace sombría y miserable la misma existencia...

Y el golpe esperado y temido vibra aún con resonancia espantable en lo más profundo y sensible de mi alma. No resulta ya una expresión retórica aseverar que estamos presenciando los funerales de la República. La dilatación metódica, procaz y absorbente, de lo que se ha dado en llamar el imperialismo yanqui, en contubernio con algunos políticos dominicanos sin conciencia y sin escrúpulos, capaces de comerse a sus propios hijos muertos como el Ugolino del poema italiano con tal de conservar unas horas más un poder propicio a todo linaje de violencias y rapiñas, ha determinado el rápido desmoronamiento de la nacionalidad dominicana en lo que posee de más peculiar como entidad soberana y árbitra en todo de sus destinos. Hemos caído miserablemente, como el vecino pueblo haitiano, sin pensar que las naciones como los individuos tienen momentos supremos en que abofeteada y herida su dignidad sólo les resta defenderse bravamente hasta agotar cuantos medios de resistencia se encuentren a su alcance. Los pocos que desde hace años preconizamos aquí como fórmula de salvación un nacionalismo de médula científica inspirado en un concepto de inaplazables necesidades y exigencias de la sociedad dominicana aun en rudimentaria organización, hubiéramos aceptado con relativa conformidad que nuestro desmoronamiento nacional revistiera siquiera aspectos decorosos de una defensa resuelta y heroica que por más que a la postre resultara infructuosa, por lo menos demostrara al mundo que nuestra devoción a un ideal de patria independiente y libre no fue sentimiento artificial y postizo, y que hasta la última hora hemos mantenido, como rojo penacho de gloria, nuestra merecida reputación de pueblo valeroso e irreducible...

En ninguna parte se ha esbozado un gesto de vigorosa y porfiada resistencia a la invasión extranjera. A meras escaramuzas se ha reducido cuanto hemos hecho en defensa de la patria escarnecida y pisoteada. Uno de nuestros bandos personalistas quiso cerrar el paso al invasor; y presto vio que se encontraba solo, aislado, en vergonzoso desamparo... En el épico bienio restaurador, La Gándara, después de ocupar a sangre y fuego a Montecristi, no pudo dar un paso hacia Santiago, capital del país insurreccionado. Y eso que comandaba seis mil aguerridos soldados españoles y contaba con un poderoso tren de artillería.

No pudo con tan imponente fuerza militar romper el arco de fuego formado por los cantones revolucionarios que le impedían el avance a la ciudad gloriosa del 30 de Marzo... Hoy con mil hombres de tropas norteamericanas, gente bisoña en su inmensa mayoría, el coronel Pendleton acaba de adueñarse de Santiago riñendo ligeros combates en el largo y peligroso trayecto. Sólo tuvo en ellos tres muertos y once heridos... Y esa insignificante resistencia no se debe, como superficialmente sostienen algunos, a que el valor dominicano haya degenerado —nuestras recientes luchas civiles están ahí para atestiguar lo contrario— sino que lo que entonces existía no existe hoy: la convergencia de voluntades, la unidad de opiniones identificadas en un mismo y exclusivo propósito de redención o de muerte. El personalismo imperante, fraccionado, subordinado a mezquinos intereses del momento, asumen toda la responsabilidad de la terrible catástrofe...

Claro está que la extinción de la República no será total. Los métodos de conquista y colonización actualmente empleados difieren naturalmente de los usados hace algunas centurias. En eso se ha progresado como en todo. Ya nunca el despojo es completo. En lo porvenir seremos quizás una pálida y melancólica sombra de república que por lo menos servirá para poner en exhibición ante el mundo, ante los pueblos de la América de civilización latina, los procedimientos coercitivamente humillantes, lo que vale y significa positivamente el decantado, flamante y *cordial* panamericanismo que como fórmula de acercamiento continental exulta y proclama en sus discursos el presidente Wilson. Se nos moldeará al capricho de gente extranjera por tantos conceptos diferente a nosotros. Por obra de su incontrastable influencia se atenuarán hasta desaparecer nuestras más salientes modalidades espirituales. Habiéndolo sido todo en el país que libertaron nuestros antecesores, ya no seremos sino masa amorfa de despreciable inferioridad étnica que el conquistador, aun respetándole ciertos derechos, tratará con mal disimulado menosprecio...

No dudo ni por un instante que a vuelta de pocos años el progreso material será asombroso. Se convertirá el país, aun en grandísima parte inexplorado, en una tacita de oro como quien dice. Tendremos magníficas carreteras, espléndidos paseos, po-

tentes acueductos, construcciones urbanas monumentales... Acaso hasta rascacielos. Pero ¡ay! todo ese adelanto será la obra y propiedad de los dominadores. La tierra, sin leyes oportunas que restrinjan convenientemente su posesión, será fácil y prontamente acaparada por el capital norteamericano. Los escasos núcleos de población nativa, como los pobres indios del *lejano Oeste*, desaparecerán lentamente, por emigración u otras cosas, incapacitados de fundirse con una raza cuyo orgullo étnico repugna todo contacto con gentes en que circulan gotas de sangre africana... Hacienda, Obras Públicas, Ejército, quién sabe qué otra cosa, en manos de nuestros flamantes amos, nos convertirán en un humillante protectorado a cuya sombra lanzará sus últimos ayes la desventurada república de Febrero. No hay que forjarse ilusiones. Nuestro *status* será el mismo de Túnez, de Egipto y de Marruecos. Ni más ni menos. Ya sé que se transformará el país en sentido material; pero en las sucesivas etapas de ese cambio desaparecerán también las últimas partículas del alma dominicana tal como la forjaron las razas, la historia y las costumbres. Por el juego incesante de influencias exóticas nuestra despersonalización será completa. Una civilización más potente, absorbente y agresiva arrollará cuanto hay en nosotros del alto idealismo característico de la cultura latina. Desvanecido en la negrura de una extinción prematura el ensueño de la república ideal que vislumbraran Duarte, Sánchez y Mella, sobre las ruinas de esa república incipiente, ave herida mortalmente cuando apenas descogía sus alas, florecerá, recia y uniforme, plena de robusta vida material, la sedicente república que modelan actualmente esos aventajados artífices del imperialismo yanqui que se llaman Russell, Caperton y Wilson...

Paréceme esta hora sombría propicia para evocar la memoria de aquel paladín representativo de la juventud dominicana incontaminada y devota de los grandes ideales que se llamó Santiago Guzmán Espaillat. Cuando por todas partes no se ven más que homúnculos desprovistos de escrúpulos y prestos a plegarse a todos los servilismos y a todas las abyecciones; cuando por ningún confín del horizonte obscurecido despunta la silueta del hombre superiormente cohesionado de que ha carecido la sociedad dominicana en este momento supremamente doloroso de su historia, hay precisamente que volver la mirada al pasado para buscar en

él algo que nos consuele del espectáculo actual de increíbles claudicaciones y bajezas que pone espanto en las almas que aun no han perdido la fe en los idealismos nobles y generosos que iluminan e intensifican la vida. Nuestros caudillos, traidores unos, reacios o impotentes otros, han estado muy distantes de lo que de manera imperiosa demandaba de ellos el momento histórico. Por eso echo de menos a Santiago Guzmán Espaillat. Su patriotismo hirsuto y bravío estuvo siempre por encima de desmayos y recepciones. Aprisionado desde muy temprano en las férreas redes del personalismo político fue lentamente desprendiéndose de ella y evolucionando hacia un concepto de organización jurídica de virtualidades capaces de determinar un efectivo mejoramiento público. En el fondo de su espíritu flotaba con contornos cada vez más precisos la concepción de un organismo nacional capaz en un todo de armonizar la libertad con el orden y de realizar fines de civilización duradera y progresiva...

Han pasado ya cinco años y aun alienta en mi memoria, con primaveral frescura, el recuerdo luminoso de aquella noche inolvidable de mi conferencia en la benemérita sociedad *Amantes de la Luz*, en la histórica ciudad de Santiago de los Caballeros. Afuera imperaba la noche, una serena noche otoñal, apacible, rumorosa, en que el cielo hacía espléndido derroche de su magnífica y deslumbrante pedrería. Dentro, en el amplio salón profusamente iluminado, enjambres de flores vistosas y policromas y mujeres de singular y seductora belleza... A medida que hablaba, a medida que con frase pálida y torpe exponía mis ideas acerca del movimiento filosófico moderno, llamóme la atención, en un ángulo de la sala, un joven de hermosa y expresiva fisonomía que sin apartar de mí sus ojos intensamente luminosos seguía con profundo interés el curso de mis palabras. Era Santiago Guzmán Espaillat. Yo no le conocía personalmente puede decirse. Terminada la conferencia me fue presentado, y en rápida *causerie*, en fugaz conversación, la única que con él tuve, me enseñó los tesoros de su alma apacentada en el culto de las cosas de ingente eficacia espiritual de tan permanente actuación en el desarrollo colectivo... Dos meses después, en el parque de La Vega, en círculo de amigos íntimos, bajo la embriagante caricia de una noche de perfumes, de músicas y de estrellas, como si hubiera caído sobre mí, anonadándome no sé qué cosa espantable-

mente siniestra, supe la horrible noticia de su eterna desaparición en las sombras de obscura y misteriosa tragedia...

Supo poner siempre de acuerdo su pensamiento con su vida. Era austero y probo, de probidad extremada. De inteligencia clara y lúcida y de una sensibilidad siempre excitable y desbordante, Su valor personal rayaba en lo heroico. Puede decirse de él lo que Tácito de Julio Agrícola: "Ninguna señal de miedo se le conocía en el semblante"... Su cultura intelectual se iba progresivamente ensanchando. Lo atraían los estudios sociales. Él era a mi ver el *caudillo*, el caudillo supremamente nacionalista, que se formaba lentamente, que hubiera sido capaz, en un momento dado, de aunar reciamente voluntades dispersas para impedir que la traición y el peculado continuasen prosperando en las alturas y para dotar al país de instituciones capaces de transformarlo ventajosamente. Se me figuraba que era el único que encarnaba entre nosotros las condiciones esenciales para ejercer a la larga una bienhechora influencia en nuestro bastardeado y corrompido organismo político...

Sobre él han caído ya espesas paletadas de olvido. Sobre su sepulcro se han marchitado desde hace tiempo las guirnaldas funerarias que la admiración y el afecto colocaron allí en horas fugaces de acerbo desconsuelo. Nadie ya lo recuerda. Nadie lo nombra. De haber vivido en estos últimos días, de seguro que hubiera abrazado el escudo del combatiente para hacerse matar junto con los pocos que cayeron gloriosamente en Puerto Plata, en la Piedra, en la Barranquita, cerrándole el paso a los invasores de Yanquilandia; los únicos que, en pavoroso abandono, cumplieron con su deber en la hora luctuosa del derrumbe esbozando un gesto de imposible resistencia que salvara siquiera en parte nuestro decoro como pueblo independiente y libre gesto glorioso que aplaudirá toda conciencia sana y honrada y que unos cuantos pobres diablos de levita, asalariados o inconscientes, calificaron imbécil y cínicamente de *patriotería*...

III

En estas páginas digo la verdad a todos; por lo menos lo que creo sinceramente que lo es. Por eso quizás no guste a muchos

este libro. No importa. Lo he escrito para dar expansión a mi alma acongojada ante el sombrío espectáculo de bajezas e ignominias que presenciamos en esta hora de hondo duelo para los buenos dominicanos. Desde que, hace ya muchos años, pude romper las ligaduras que me ataban al personalismo político en que actué mal de mi agrado bajo el imperio de dolorosas circunstancias, mi vida ha sido de absoluta consagración a nobles y fecundos ideales de mejoramiento patrio. No he escrito una sola página, no he publicado un libro o un folleto, no he pronunciado un discurso o una conferencia, que no haya sido pensando en el bien del país. En torno mío, como perfume de flor delicada, he sentido, en ocasiones, el rumor confortante del aplauso de algunas almas buenas y generosas. Pero las más de las veces han zumbado en mis oídos ecos bien claros de la sorda hostilidad del medio. En mi estéril labor nacionalista he gastado tiempo, salud y aun algo de mis más que modestos medios de subsistencia. Por mi impenitente liberalismo he sido varias veces recluido en un calabozo y más de una vez extorsionado. Pero me satisface y enorgullece estar solo, aislado, encerrado en el reducto de mi conciencia, fuera de la atmósfera disociadora y nauseabunda del personalismo militante. Para mi obra intelectual, relativamente considerable para lo poquísimo que en ese sentido se produce en el país, no he contado jamás con la ayuda material de nadie. Ningún gobierno me ha alargado jamás su mano en ademán de positiva distinción y ayuda. Tampoco he solicitado nunca tal cosa. Si algún valor y alguna autoridad tiene mi pluma, débela principalmente a que en lo que escribo no se trasluce ninguna influencia partidista ni se vislumbra, impulsando mi mano, la silueta de ningún torpe y engreído caudillo...

DEFICIENCIAS DEL MEDIO

I

En el hibridismo de nuestro origen étnico residen los gérmenes nocivos que, fructificando con el tiempo, han determinado un estado social en gran parte refractario a un desarrollo de civilización efectiva y prolífica. De sangre indígena, de sangre quisqueyana, tenemos bien poca cosa si es que poseemos algo. Nuestra concreción étnica actual está integrada por sangre del blanco europeo de procedencia generalmente baja y maleante y del etíope salvaje y pleno de las supersticiones febricitantes y fetichistas de sus selvas africanas. De esas dos ascendencias tan distintas y desafines surgió un tipo colonial de aspectos precisos y definidos, pero poco capaz de evolucionar de manera gradual y metódica hacia formas de vida social cada vez más progresivas y perfectibles. Como dije en un estudio reciente, la colonización de esta Antilla jamás tuvo un proceso regular y coherente de adaptación a formas nuevas de existencia colectiva ventajosa y permanente. Se procedió, por regla general, con completa irregularidad, como al azar, evidenciando la clase conquistadora o la inmediatamente sucesora de ella, sólo propósito de rapiña como el más fácil sendero para un rápido enriquecimiento. El *carpe diem* horaciano, fue norma de conducta en esos tiempos. Aunque las leyes de Indias estaban generalmente inspiradas en principios de relevante justicia, jamás se cumplieron ni aun en parte puede decirse, pues no obstante las incesantes y encendidas recomendaciones de algunos monarcas españoles, sus representantes, los encargados aquí de aplicarlas, uno que otro de ellos con manifiesta buena intención, tropezaron siempre como contra una innoble muralla de granito con los potentes intereses creados, resueltos a impedir de cualquier modo la completa implantación de las benéficas medidas reformadoras. Durante cierto tiempo mantúvose la pugna, encarnizada y vehemente, entre una minoría culta y humanitaria interesada noblemente en favor de los infelices indios ya en vías de completa extinción y una mayoría absorbente y ávida de monopolios e irritantes privilegios dispuesta a sostener de cualquier modo y en toda su vergonzosa integridad la vitanda y antihumana institución de las céle-

bres *encomiendas*. Crueldad, violencias y rapiñas son los factores integrantes y determinantes de la ética que norma la actuación social de aquella época histórica.

Naturalmente, no modificada o corregida por una permanente dirección docente bien encaminada la actuación nociva de tales factores, estructuróse bajo su influencia un organismo social lleno de acentuadas deficiencias en sus modos y maneras de entender y practicar la vida. No se desconocen impunemente determinados principios sociológicos. La impulsión primitiva caracterizada por el culto a la violencia persiste aún sin mayores atenuaciones en el fondo obscuro de nuestra psicología. Ciertos de sus más desventajosos aspectos permanecen en pie aunque algo disimulados por nuestro frecuente roce con civilizaciones superiores. Durante nuestra primera época, la fundamental de nuestra historia, levántase, sobre un plano de resaltante inferioridad mental, el edificio de la vida colectiva dominicana. Ese edificio, agrietado y ruinoso, se mantiene aún erecto sin las modificaciones que reclama imperiosamente su peligroso estado. Cerrado el período de extremada violencia con que se abre nuestro desenvolvimiento histórico, sucédele en una dilatación de tiempo tres veces secular la vegetación de una vida monótona, de ejercicios piadosos, de rezos, de procesiones, que absorbe casi toda la actividad mental, lo mismo en lo individual que en lo colectivo, y a cuya sombra, ya casi sin empleo esa violencia que ahora dormita en un rincón del organismo colonial presta a despertarse con ímpetu al primer toque de llamada, florece un sentimiento de incondicional obediencia a la autoridad, de sumisión limitada a lo que viene de arriba, al monarca o a quien lo represente, al obispo o al cura, que en un principio se explica y justifica, pero que a la larga se convierte en servilismo más o menos acentuado de pésima influencia en la evolución fructuosa de las colectividades sociales...

De ahí, en gran parte, cierta extremada pasividad en la obediencia, carencia de iniciativas fecundas, falta completa de valor moral, relajamientos e inercias de la voluntad incapaz de cristalizar en empeños de saludable trascendencia. Por entre los resquicios de semejante estado de crónico rutinarismo no penetraron en ningún momento salvadores hálitos innovadores. Un proceso de petrificación mental es lo que únicamente se consta-

ta en sociedades de organización tan primitiva y deficiente. Es para mí punto menos que realidad axiomático la creencia de que aún las cosas de íntima urdimbre natural, radicadas en la misma naturaleza humana, sin poder ser suprimidas de raíz, son en todo momento capaces de mortificarse, atenuarse y transformarse mediante la acción ininterrumpida de procedimientos de una pedagogía social penetrada de puntos de vista de genuina proyección científica aplicada sin titubeos ni indecisiones al cuerpo colectivo con la misma asiduidad y competencia con que el facultativo que conoce todos los adelantos de su profesión procura curar radicalmente la enfermedad del paciente que tiene a su cuidado. Un proceso educacional, coherente, consciente en todos conceptos de su misión trascendental, inspirado en luminosas realidades de la vida moderna, acaso hubiera podido operar en nuestro medio social las modificaciones necesarias para realizar con ciertos métodos de gradación las reformas que reclama con inexcusable urgencia nuestro deficientísimo organismo colectivo. La frase del insigne Hostos aplicada a nosotros: "*Reformar la razón común*", tiene positiva importancia interpretada en el sentido de romper con hábitos seculares de pensar y de sentir amamantados en un tenaz e infecundo tradicionalismo y de la tendencia a barrer seculares preocupaciones y convencionalismos, cuanto, en fin, obstaculiza con fuerza formidable nuestro ingreso a una existencia más en consonancia con muy pronunciadas peculiaridades de la civilización de nuestra época considerada en sus más altas y fecundas manifestaciones.

Bien poca cosa se ha realizado hasta la hora presente en el sentido de hacer cada vez más estrecho y restringido el dominio de la crasa ignorancia en que vegeta a sus anchas la inmensa mayoría del pueblo dominicano. En cierto aspecto no somos un pueblo, un verdadero pueblo capaz de evolucionar consciente y progresivamente. En realidad no somos más que una masa sin precisos contornos, hondamente trabajada por la acción disolvente de personalismos aviesos, cada vez más fraccionada, sin rumbos fijos, sin ideales, de una inferioridad mental que la incapacita para elevarse a un concepto de Nación aún en una acepción la menos compleja posible. Todo eso, en grandísima parte, podría desaparecer o atenuarse considerablemente me-

diante un propósito de difusión de enseñanza común cada vez más racional y amplia. No es de ahora que se ha preconizado la conveniencia de provocar un movimiento de reacción, loable e imprescindible, contra las formas de enseñanza vetustas y anacrónicas que aun privan en buena parte de nuestra actuación escolar. La reforma radical intentada conscientemente por Hostos es buena muestra de ello. En síntesis satisfactoria, en un sentido netamente integral, la educación vincula la convergencia de principios y procedimientos necesarios para dar al individuo, célula social, la suficiente capacidad para afrontar con resolución y éxito las vicisitudes y peligros que hay que vencer a cada paso en la vida circunstante. Esa enseñanza, en todas sus partes, debe tender a la conquista de una cultura lo más propia y peculiar posible que responda en todo tiempo a un efectivo desarrollo de civilización autónoma y definida.

Esa educación individual, como quería Augusto Comte, para que sea fructuosa, debe, sociológicamente considerada, subordinarse a exigencias y necesidades de la evolución superorgánica.

En muchos de estos países se ha considerado siempre el problema educativo desde puntos de vista exclusivamente intelectuales. Se ha descuidado cuanto se relaciona con lo fundamental en el individuo: el carácter, la voluntad briosa y tesonera, lo que únicamente determina en el ser individual una verdadera personalidad propia para el *struggle for life*, la lucha por la vida. De ahí, en parte, la superioridad de la pedagogía sajona sobre ciertos deficientes aspectos de la de algunos de estos pueblos de cultura latina. No se trata, no debe tratarse de formar una *élite* de intelectuales, de enciclopédicos, de *sabios* en una palabra, sino de *crear*, este es el vocablo, hombres capaces de personales iniciativas y de erguirse en todo tiempo y circunstancias contra lo que reputen atentatorio a la verdad y a la justicia. Y si eso es tratándose de la enseñanza en los más altos estratos sociales, la educación común, la de las masas, sin descuidar la parte referente a dar consistencia y solidez al carácter, debe circunscribirse a un *mínimum* de conocimientos y ser gratuita y eficaz y positivamente obligatoria...

Ha sido por desdicha poquísimo, casi nada, lo que en esa vía se ha cumplido en el país. Espanta ver la exigüidad de la suma consignada en el presupuesto nacional para atenciones de la en-

señanza pública. Las rentas fiscales en parte se malgastan miserablemente en cosas innecesarias creadas por el personalismo político, para satisfacer exigencias provocadas por el ansia de lucro o la vanidad pueril de inconformes sectarios. Se ha hablado mucho de enseñanza, hasta se ha declarado obligatoria, pero sin los medios ni recursos necesarios para hacer efectiva tal disposición. Nuestra población analfabeta es enorme en comparación de los pocos que saben leer y escribir. Nuestras escuelas, en su mayoría, funcionan mal, sin competente personal técnico, sin modernos útiles pedagógicos, sin locales adecuados. Los Ayuntamientos son los únicos que en realidad han hecho algo por la más amplia difusión de la enseñanza popular no obstante lo escaso de los ingresos comunales y la obligación de llenar las otras numerosas atenciones que tienen a su cargo.

II

De esa general ignorancia se desprenden deficiencias muy acentuadas de psicología colectiva. Uno de los defectos más notables y resaltantes de ella es la falta casi completa de sanción, de sanción social. No hemos acertado a comprender todavía el inmenso valor, la fuerza imponderable de esta vulgar y sencilla frase: la unión hace la fuerza. No hemos alcanzado, si acaso en uno que otro momento de nuestra historia, esa homogeneidad aplastante que, sin anular las iniciativas individuales ni mucho menos, sin mutilar nada característicamente individual, resulta el único infalible medio de llevar a cabo las más radicales transformaciones y de crear una opinión consistente y duradera que sirva de poderoso dique de contención a actuaciones malsanas y deprimentes para nuestra visión ética de las cosas. Entre nosotros no existe ni ha existido nunca verdadera solidaridad. En esa falta resaltante de cohesión social, estrecha y sólida, consiste en primer término la causa del tremendo desbarajuste que se revela en todas las actuaciones desordenadas de nuestra existencia colectiva.

Un individualismo, rabioso, torpe y disolvente, aun no atenuado en lo más mínimo, parece como que marca un ritmo de permanente impulsión en la vida incoherente y tumultuoso del

pueblo dominicano. Determina de continuo una especie de anarquía en que naufragan irremisiblemente los más nobles esfuerzos y las más altas aspiraciones. No nos hacemos cargo de la imposibilidad de realizar nada estable y fecundo sin una aproximada o completa unidad de miras, sin una concatenación estrecha de esfuerzos, sin un engranaje de propósitos, de sentimientos y de ideas. Sin eso se dificulta hasta imposibilitarse la conquista metódica de finalidades de indispensable organización jurídica. Por esa carencia de solidaridad se han aquí malogrado, en agraz esfuerzos individuales o de asociaciones encaminadas a la realización de cosas eminentemente beneficiosas para el país. De esfuerzos aislados, que surgen de aquí y de allá, sin conexiones, sin nexos, sin una verdadera base de estrechamiento adecuado de voluntades, inútil resultará siempre la pretensión de dár fácil acceso en nuestro restringido y rutinario movimiento social a formas y procedimientos de la democracia moderna con los que parece estamos perpetuamente reñidos...

Para que cualquier propósito de organización que lesiona con mayor o menor fuerza intereses creados y que tienen en su abono la duración y cierto prestigio, pueda adquirir contornos más o menos fijos y precisos de cosa real, requiere fecundarse en un ambiente social en que sus determinaciones encuentren si no en todo el mundo por lo menos en un grupo de gente culta y decidida eficaz apoyo y entusiasta aprobación. Carecemos casi por entero de ese ambiente. Poseemos una minoría inteligente e ilustrada, pero aquejada también de un muy perturbador espíritu de individualismo. Todos quieren ser por sí, particularmente, personalmente, pero sólo a regañadientes solicitan la indispensable atención de sus congéneres. ¡Cuando no en medio de una anarquía armada, de guerras civiles casi siempre desprovistas de sanos y bien intencionados anhelos, nos agitamos en el seno de una actuación incoherente, repleta de chismes, de enredos, de intrigas, de calumnias, de injustificables negaciones. En esa atmósfera resuena continuamente el ruido estrepitoso de torpes y agresivos apasionamientos. Nada se discute con templanza y caudal de adecuada reflexión. El *porque sí*, el aplastante porque sí, concluye por imponerse. Lo que principió por una discusión degenera pronto en disputa de plaza en que triunfa siempre el que más grita y vocifera.

La falta vergonzosa de sanción se revela en no pocos aspectos de nuestra manera de ser social. En lo malo, en lo reproachable sí no nos falta solidaridad por más que ésta sólo sea artificial y pública, reservándose después cada cual rectificar en privado la opinión aprobatoria que externó públicamente respecto de actos merecedores de reprobación y de anatema. Con frecuencia lamentable vemos que los que ayer no más insultaron el decoro público, el prestigio cultural a que aspira toda sociedad digna de este nombre; los que se ensañaron con gentes por todos conceptos honorables arrebatándoles sin ninguna justificación su libertad y su dinero, no contentos con tales actos, no satisfechos con esta obra abominable, se pasean erguidos y como ufanos de sus maldades por todas partes, con procaz cinismo, recibiendo el saludo afectuoso, de gente que se juzga decente y aspira a que como a tal se le siga considerando. Nunca hemos puesto como era nuestro deber cordones sanitarios de desprecio a la multitud de criminales que cínicamente se codea y quiere alzarse hasta la altura de la gente buena y honrada que abunda aquí más de lo que se cree, pero que permanece en actitud de indolente retraimiento como medio de evitarse desconsideraciones y atropellos.

Encarcelar, engrillar, expulsar, robar, matar, si es en *política*, en lo que aquí llamamos política, no son crímenes para los defensores de la situación imperante. La mayoría, influida por ideas ancestrales y por una educación extraviada y rutinaria, tiende cómo atenuar, y aun a justificar tales barbaridades. Admira siempre, aun pretendiendo en veces disimularlo, al que pega más fuerte. Salvo excepciones, son más respetados entre nuestros macheteros los que han puesto más cruces en el cementerio. La frase es a la vez gráfica y verdadera. Sólo hay una porción de gente que reprueba tales hechos, pero esa minoría se contenta con indignarse en el hogar o en reuniones íntimas, sin decidirse jamás a protestar públicamente ni a ir al periódico, a la asociación, al tribunal para perseguir y hacer condenar a los autores de ellos en nombre del decoro social escarnecido y ultrajado. Claro está que tales cosas sólo se explican por esa falta de solidaridad ya mencionada que, tendiendo de continuo a la división, al fraccionamiento, a la indisciplina, al falseamiento de todo sano e indispensable control jurídico, no permite la for-

mación de potentes núcleos de opinión capaces por su propia virtualidad de ejercer saludable influencia imponiendo respeto a cierta gente que sólo bulle y obra por la indiferencia o la cobardía del mayor número de los componentes sociales. El secreto del éxito en cualquier obra de carácter social de importancia consiste y consistirá siempre en agrupar inteligencias y voluntades en el sentido de coadyuvar decididamente a su realización penetradas ampliamente de las ventajas y excelencias que entraña y representa dicha obra. Esfuerzos fraccionados, dispersos, serán sin cesar importantes para traducirse en hechos de edificante mérito colectivo.

III

De ese rutinarismo mental, producto directo del estado de desconsoladora ignorancia en que vegeta la inmensa mayoría, despréndase, de modo principal, inficionándolo todo, una lógica política o cosa parecida de efectos prolíficamente nocivos. Lógica estática, lógica de conceptos fundamentada en una visión torpe y permanente del pasado. Como argumento soberano e irrefutable de justificación para muchos actos reprobables buscamos siempre el *precedente*, el funesto precedente. De esa manera creemos explicar y aún justificar todo lo malo. Por carencia de sanción social, el precedente, lo irregular, lo criminal que se hizo, se alza de continuo ante nosotros como demostración irrefutable de que fatalmente, por imposiciones de no sé qué hado adverso, no podemos desviarnos de las sirtes del pasado y buscar nuevos y más provechosos derroteros. El caudillo que por impulsiones íntimamente atávicas conculca un derecho, pilla y fusila a su antojo, cree encontrar completa justificación para tales; barbaridades, y para muchísimos la encuentra, en la tonta consideración de que otros tipos similares hicieron lo mismo sin ser reprobados ni mucho menos, antes al contrario, recibiendo a manos llenas el aplauso de muchas gentes interesadas en la conservación de la situación política representada por el caudillo que imperturbable y firme ejecuta tales horrores. Como si la maldad pudiera sentar jurisprudencia. Funesto, funestísimo error...

He oído muchísimas veces, en conversaciones o discusiones, a personas de relativa cultura, expresar en tono de profunda convicción, como razón contundente, aplastante, sin réplica posible, para justificar actos por todos respectos merecedores de amargas censuras, la consideración funestísima de que tales barbaridades se explican necesariamente por circunstancias del momento que pueden repetirse determinando los mismos pavorosos efectos. Se forma así, por esa vía tortuosa, un encadenamiento de maldades que tiende a prolongarse necesaria y fatalmente en el tiempo. Semejante lógica estática no merece refutarse. Se derrumba por su propio peso. Considerada así, la historia no sería más que una repetición monótona y desesperante de persecuciones y de horrores. No fulguraría nunca en ella el rayo de sol de repulsiones de benéfica trascendencia social. Ese constante aspecto gris, esa eterna repetición de maldades, bien considerados, resultan de completa inconformidad con la realidad cuando el observador sagaz la estudia serena y desapasionadamente. En la trama cambiante del proceso histórico evidéncianse a cada instante reacciones bien acentuadas contra esas modalidades sombrías y desconsoladoras. Conservando del pasado lo que merece y necesita guardarse, debe ser siempre nuestro empeño contribuir ardorosamente a combatir lo que en él hay de lesionante y de morboso para reemplazarlo con las innovaciones que la vida va produciendo en su incesante dinamismo. No, no hay que volver la vista hacia atrás. Las circunstancias que dieron vida y carácter a un suceso histórico no son ni pueden ser las mismas incubadoras de hechos actuales. ¡Como si porque Santana, Báez, Heureaux, incurrieran, en determinadas épocas, en actos de salvaje represión debieran seguirse esos mismos bárbaros procedimientos en parecidas o análogas circunstancias, sin pensar que esgrimiendo tal argumento lo que se hace torpe irreflexiblemente es justificar toda tiranía pasada, presente y venidera! ¡Como si porque la maldad imperó ayer debiera continuar imperando hasta la consumación de los siglos! ¡Cómo si toda nuestra vida política debiera desenvolverse en una sucesión horripilante de hechos que consideraciones de tiempo y de psicología individual y colectiva explican más o menos satisfactoriamente!

Con mi palabra y mi pluma vengo desde hace años combatiendo decididamente ese funestísimo error de tan honda reper-

cusión en los más visibles aspectos de nuestra mentalidad nacional. El mal, así se le engalane y acicale, es y será siempre el mal. Una barbaridad del pasado jamás justificará una barbaridad del presente. El adelanto humano evolucionará siempre, por ley de su peculiar desenvolvimiento, en una serie de cambios y rectificaciones más o menos radicales y duraderos. La natural tendencia de toda evolución consiste en la adaptación del organismo social, en toda la integridad de su complejo funcionar, a las formas diversas en que se encarnan y condensan ideales de transformación cada vez más radiantes y perfectibles. En el cementerio de lo que fue hay enterradas muchas cosas buenas y malas. Dejemos a estas últimas dormir en paz, y evoquemos, resucitemos las primeras, no para seguir sus enseñanzas en lo que tuvieron de accidentales y pasajeras sino en lo que haya en ellas positivamente adaptable a determinadas e impretermitibles exigencias de la civilización contemporánea. Hay que abominar siempre a la maldad venga de donde viniere. Ateñarla o intentar defenderla con tales o cuales alegatos es hacerse a sabiendas cómplice de ella. En el país sólo debería haber en la triste hora actual dos únicos partidos: el de los hombres de bien y el de los malvados.

IV

El pesimismo, un pesimismo incoherente, hecho de impresiones del primer momento, producto de una visión muy incompleta y deficiente de las cosas, fermenta con emanaciones pútridas en el fondo de la mayoría de nuestros juicios y apreciaciones acerca de personas y de cosas. Es el mismo pesimismo a que se refiere el notable escritor brasileño Sylvio Romero en un magistral estudio sociológico sobre su patria. No parecemos un pueblo joven, en pleno desarrollo, dotado de vigor y lozanía, que comienza ahora a desenvolver sus energías, sino una sociedad caduca, desesperada, sin alientos, sin anhelos de mejoramiento, en proceso de irremediable decadencia, que ve sólo por todas partes presagios de inevitable ruina. Por eso hemos recibido con tanta indiferencia la injustificable agresión del imperialismo de los hombres rubios del Norte. En nuestro ambiente

enrarecido flotan de continuo átomos de infecunda desesperanza. Antes de luchar ya lo consideramos todo perdido. En ocasiones se creería que contamos largos siglos de existencia, y por obra de arraigado escepticismo, sólo nos quedara ya la caduca consideración de lo vano y efímero de las cosas humanas...

El impresionismo en que de ordinario se condensa lo escéptico y pesimista de nuestro pensar y sentir parece tener su raigambre en obscuras profundidades de nuestro fondo étnico. Siempre o casi siempre la primitiva sensación nos domina y avasalla, y de ahí lo superficial e incompleto de la mayor parte de nuestras maneras de apreciar las cosas. En más de una ocasión hemos constatado el pésimo efecto experimentado por muchos al ver que sus planes y aspiraciones de mejoramiento nacional no cristalizaban en hechos resaltantes: con la rapidez con que ellos hubieran querido que acaeciese. No, no es obra de romanos, no es obra imposible, pero sí difícilísima la de transformar de la noche a la mañana nuestros deficientísimos métodos de vida política y ponernos en condiciones de hombearnos con otros pueblos de este Continente afines al nuestro por más de un concepto. Difícilísima y todo, esa empresa de reconstrucción hubiera podido llevarse a cabo, con ciertas lagunas, incompleta acaso, con medios y formas peculiares del terruño de modo que resultase lo más nacional posible y lo más en consonancia con muy acentuadas modalidades espirituales nuestras. El extranjero, por desdicha, va acaso a realizar lo que no hemos querido o podido hacer nosotros. Y si lo hace lo hará a su antojo, a su capricho, sin dársele un ardite si vulnera o hiere aspectos privativos de nuestro ser colectivo.

En lo físico como en lo social no es posible falsear impune y perdurablemente la naturaleza íntima de las cosas. La evolución se desenvuelve siempre en virtud de un determinado ritmo que no consiente ciertas desviaciones trastornadoras. Es absurdo pretender hacer en un día lo que necesita un año. Porque intereses, preocupaciones y convencionalismos se confabulan momentáneamente para cerrar el paso a ciertas reformas ardientemente deseadas, los iniciadores de ellas, sin profundizar ni poco ni mucho en la complejidad de los motivos determinantes del aparente fracaso, lo juzgan todo perdido *para siempre* y se echan en brazos del más negro y desesperante desencanto. En tales casos

el magno error de apreciación es evidente. Tan malo es contemplar las cosas desde la cima de un optimismo riente y deslumbrante que todo se le antoja bueno y excelente como verlas con un criterio pesimista en que aparece siempre parcialmente abultada la realidad intrínseca de los hechos. Y, en último caso, sería mejor, muchísimo mejor, aceptar lo primero, es decir, una visión optimista más o menos discreta y mesurada.

V

Tal estado de alma saturado de átomos de violencia, de irrefrenable inclinación a los procedimientos coercitivos, a cuanto responda a abusivos empleos de la fuerza bruta, explica en grandísima parte el entronizamiento de menguadas y largas tiranías. Estas parece como que tienen la facultad, en más de un sentido, de cohesionar y eslabonar fuerzas sociales fragmentarias y dispersas. Nuestro radical individualismo encuentra en el tirano, durante prolongados períodos, por más que parezca antitético o paradójico, un aspecto de férrea y peligrosa unidad.

Salvo contadísimas excepciones, salta a la vista el hecho de que en la América Latina sólo ha florecido y florece la paz bajo la acción prolongada de despotismos omnipotentes. Parece ley histórica de estas democracias en formación, inconsistentes, sin arraigo, que a períodos de despotismos sucedan inevitablemente períodos de pavorosa y destructora anarquía en que no podemos entendernos tirando cada cual fuertemente a su lado. El tirano de estas latitudes es siempre en el fondo una gran fuerza sintética. Resulta como el instrumento fiel y adecuado en que el pensar y el sentir de la mayoría encuentran su forma de expresión más fiel y definitiva.

Quien serenamente estudia los hechos enteramente despojado de prejuicios partidaristas o de otro género, atisbará siempre, detrás de esos hombres que durante años gobiernan dictatorialmente modelando superficialmente o en la apariencia determinados factores sociales, como empujándolos y sin menoscabo de la privativa individualidad de cada uno de ellos, la acción constante, preponderante, incontrastable, decisiva, de los convencionalismos, supersticiones, costumbres y demás modalidades inte-

lectuales y afectivas que constituyen el ambiente moral de sus respectivas demarcaciones nacionales. Más que en parte alguna, revélase en algunas sedicentes repúblicas de nuestra América la estrecha relación existente entre la mentalidad ambiente y el caudillaje desapoderado y estulto. Y eso siempre a despecho de una minoría culta, de muy acentuado y simpático liberalismo, empeñada infructuosamente en el laudable propósito de aclimatar sus ideas de innovación y mejoramiento. Bufos y trágicos a la vez, esos tiranuelos americanos son, por lo general, concreción personalísima de estados sociales groseramente refractarios a impulsiones de fecundo y civilizador dinamismo...

Incorre, pues, en flagrante equivocación, yerra de medio a medio, quien crea que el tirano es producto aislado, condensación individual que se exterioriza por sí propia, en un determinado instante, sin conexiones íntimas y estrechísimas con la realidad que lo circunda y penetra. Muy lejos de eso. Es y ha sido siempre manifestación individual, personificación mejor dicho de resaltantes morbosidades del medio en que se desenvuelve y subordina a su talante. A tal pueblo tal hombre. Fue Tácito, el gran historiador romano, si no me equivoco, quien dijo hace la friolera de dieciocho siglos más o menos que todo pueblo tiene el gobierno que merece. Ha caído mucha agua desde entonces sin alcanzar a borrar lo veraz y justo del concepto. Todo ese enjambre de tradicionalismos y de otros ismos nocivos y anacrónicos que constituyen lo más visible y característico de ésta o aquella mentalidad nacional, a su sazón y a su tiempo, se vincula y estereotipa tomando forma corpórea, personal, en un hombre, en un caudillo bien estructurado para el caso, con todas sus naturales y funestas consecuencias.

En los Estados Unidos y en Suiza, pongo por caso, es punto menos que imposible que haya tiranos. El medio acciona condicionado al tirano y éste reacciona después sobre él lo que produce relaciones de engranaje, de causa a efecto, que sólo pueden sorprender a observadores superficiales o inconscientes. Y ambos llegan, en esa serie más o menos enmarañada y compleja de acciones y reacciones, a un punto determinado de actuación y ascensión relativamente propicio para un juicio imparcial y sereno de necesaria virtualidad sintética. Tal Ulises Heu-reaux, aún no juzgado fielmente en todos los aspectos de su

personalidad recia y musculosa apacentada desde los comienzos de su carrera en un ambiente de desenfrenos y de violencias. Fue indiscutiblemente un hombre de cierta superioridad capaz de altos empeños, pero echado a perder desde el principio por la perniciosa influencia de las circunstancias que lo rodearon despertando con crecientes fuerzas repulsiones que dormitaban en el fondo de su férreo y peculiar organismo. En su proceso ascensional sólo contempló ante sí muchedumbres temerosas y sumisas. Muy pocas, habas contadas, fueron las voluntades que se irguieron ante él. Poseía cierta peculiar cultura. Hablaba varios idiomas. Lo poco que supo lo adquirió por sí propio, al azar de las circunstancias tormentosas de su vida de indomable guerrero. Y por condiciones de ambiente, por falta de gente de carácter, no tuvo casi nunca a su lado influencias decisivas que pudiesen encaminarlo por más amplios y honrosos derroteros desviándolo de los escollos a que lo condujeron las ideas de violencia hondamente arraigadas en su cerebro. De ahí su larga actuación dictatorial nociva por entero para el libre funcionar de las instituciones, plena de hechos de bárbara represión, de inmoralidades administrativas; pero que por lo menos dio durante años paz material al país, a la sombra de la cual florecieron la agricultura y ciertas industrias y hubo garantías para el trabajo siendo el campesino respetado en sus intereses, bien diferente a estos últimos tiempos, en que tirios y troyanos, gobernantes y revolucionarios, cada cual a su antojo, lo saquean y esquilman con odioso y cínico desparpajo. El culpable de esa tiranía, fue el pueblo. Fue el país entero en todas sus clases y categorías. Fueron todos, absolutamente todos, unos por indiferencia, otros por miedo, otros por servilismo otros por ambiciones bastardas de batuta y de lucro.

Fueron, fuimos todos. Y la prueba evidente de que el tirano no es la tiranía la tenemos en la magnitud de Ulisitos de paco-tilla que para escarnio y vergüenza nuestra han florecido después como plantas de una vegetación monstruosa que sólo crece en determinados medios sociales; verdaderos salteadores de la Hacienda pública, victimarios crueles y empedernidos de los hombres de bien, que sólo han dejado tras sí, por todas partes, huellas de desolación, de rapiñas, de incontables y estupendos, atropellos y violencias...

VI

Desde hace poco tiempo mi característico optimismo tenaz, impenitente, comenzó a resquebrajarse permitiendo que penetrasen en él ráfagas de dudas y efluvios de penosos desencantos. Mi fe robusta empezó a tener momentos de vacilación. No puede ser más peligroso el estado de alma de un pueblo inerte, desorientado, escéptico, en que por ninguna parte se vislumbra la fulguración de ningún ideal. Se veía venir el naufragio sin encontrar la tabla salvadora que pudiera sostenernos sobre el lomo de olas del piélago encrespado. Y la catástrofe ha llegado más pronto y con más horrisono fragor de lo que se hubiera creído. Después de todo no ha debido sorprendernos ni mucho menos. Camino del desquiciamiento íbamos desde hacía rato. Cada día se patentizaba más en nuestra actuación levantisca y perpetuamente desordenada la completa falta de convergencia de ideas y de voluntades de absoluta necesidad para cimentar formas de organización jurídica que imprimiesen rumbo más o menos estable a nuestra existencia nacional.

Más que de un pueblo, que de una estrecha agrupación de hombres relativamente conscientes de su destino histórico y de lo que es el concepto de Estado, nuestra actuación nacional, en bastantes de sus aspectos, se parece a la de una tribu semi-bárbara que sólo tiene ante sí una visión de incesante guerrear como medio exclusivo de satisfacer bajos apetitos de lucro y de batuta. Por imposiciones de personalismo perturbador y torpe en que se vincula nuestra dramática historia ha sido imposible reaccionar en el anhelado sentido de una evolución metódica y fructuosa que por serie de necesarias gradaciones redujese a sus debidos límites nuestra preponderante inclinación a procedimientos de fuerza y de violencia y nos llevase discreta y oportunamente a una asimilación lo más completa posible de modalidades de genuina fuerza civilizadora. Bien es verdad que para realizar tales cosas se requieren estadistas de cierta talla y nosotros no hemos tenido ninguno. El estadista, a mi ver, se descubre en su visión ideal, completa, en toda su cabal integridad, de las necesidades de un pueblo en una hora dada unida al sentido práctico de los medios, recursos y procedimientos para alcanzar gradual y efectivamente la satisfacción de esas necesida-

des generales. El progreso, el relativo progreso que en ciertas cosas hemos alcanzado, es producto más de la fuerza misma de la evolución natural de las cosas, de la natural tendencia a mejorar; que de una dirección gubernativa traducida en iniciativas constantes y eficaces.

La complejidad de nuestras más características deficiencias se ha alzado siempre en el camino de llevar a buen puerto ciertos salvadores y trascendentales empeños. Solidaridad y tenacidad han sido las condiciones que han faltado de continuo a nuestra clase dirigente. No hemos podido, ni en pequeña parte, destruir la fuerte levadura de indisciplina, de nociva rebeldía, de descarriado individualismo, de indiferencia, de resignación apática, de tendencia a cruzarnos de brazos para esperar que caiga el maná del cielo, que imposibilita nuestro acceso a nuevos modos de ver e interpretar las exigencias imperativas de la evolución, a una revisión amplia y acertada de los valores morales e intelectuales que rigen y gobiernan la mentalidad dominicana.

Esa obra eminentemente necesaria parece en mucho superior a nuestros pobres esfuerzos. En los más recónditos pliegues de nuestro organismo espiritual, aparte de otras ya mencionadas deficiencias, una especie de abulia absorbe, atrofiándolas o inutilizándolas, facultades volitivas de singular mérito y eficacia. Lejanos atavismos han determinado en nuestra inteligencia y en nuestra sensibilidad, la propensión a la pereza física y mental, a cierta quietud, de ambiente monástico, que nos hace permanecer esperando la catástrofe sin poner nada de nuestra parte para impedirla o aminorar sus efectos. En nosotros, en buena parte de nosotros, se consta sobra de palabrería, de verbosidad, de charlatanismo, de cierta exaltación de un falso lirismo siempre encaminado a falsear el verdadero concepto de las cosas. Y así hemos vivido fatalmente resignados con nuestro sino adverso, derribando un tirano para endiosar mañana a otro o resbalar en la más aterradora anarquía, despreciando lo que realmente sabe y vale por lo mediocre y charlatán, para caer al fin, presa fácil y apetitosa, sin honra y sin gloria, en las férreas manos de los audaces y agresivos cartagineses del Norte...

VII

Y como corona de tales deficiencias, flor negra y pestífera, la corrupción más envilecedora y disolvente. En las postrimerías del régimen despótico del general Ulises Heureaux se exhibió esa corrupción con vivos colores, pero reducida a un grupo o a grupos más o menos caracterizados de la situación imperante. La gran mayoría del cuerpo social permaneció alejada de tales formas de medro administrativo. Pero muerto en Moca aquel férreo caudillo, el movimiento armado que siguió a esa muerte y posteriores motines y revoluciones fueron causa de que se aumentara en proporciones cada vez más alarmantes el número de los que querían vivir de la política en un *dolce far niente* sin arrimar otra vez el hombro al trabajo. Profesionales, artesanos, agricultores, impulsados acaso en el primer momento por un sano y noble propósito de bien público, dejaron sus respectivos honrosos medios de vida para en puestos diversos contribuir a la pacificación del país; pero poco a poco, insensiblemente, se fueron aficionando a una vida que les permitía el disfrute de goces de cierto género, la voluptuosidad del mando, los halagos de la vanidad, y ya por ningún concepto quisieron volver a las asperezas de sus antiguas respectivas faenas. Se convirtieron en políticos profesionales prestos a todas las humillaciones, a todos los servilismos, a cometer todas las crueldades que se les indicase de lo alto, con tal de no abandonar una vía en que fácilmente podían alcanzar la satisfacción de menos apetitos personales.

Y como el mal ejemplo consagrado por el éxito es siempre contagioso, el número de políticos que pretendía sostenerse holgazanamente del presupuesto fue siendo cada vez mayor. Creáronse, para satisfacer tales demandas, nuevos innecesarios puestos públicos. Al final de cada una de estas últimas revoluciones, muchedumbres espesas de pretendientes a empleos y a asignaciones acudían a la Capital de todas las poblaciones del país llenando los hoteles y casas de hospedaje y agobiando con sus exigencias intempestivas y a veces absurdas a los flamantes directores de los asuntos públicos. Comerciantes quebrados o en camino de la bancarrota que en momentos de apuro de los gobernantes prestaron sumas de dine-

ro o facilitaron mercancías y provisiones eran de los primeros en acudir al gobierno recién constituido para exigirles el pago o por lo menos el reconocimiento de sus respectivas deudas siempre aumentadas en proporciones quince o veinte veces mayores que las sumas prestadas o los efectos suministrados. Y siempre encontraban altos funcionarios complacientes que por debilidad de carácter, o por interés, o por no desairar a gente influyente y adicta, se prestaban a tales escandalosos chanchullos.

Y el ansia desbordante de lucro y de rapiñas, la oleada de la corrupción fueron creciendo, creciendo como gigantesca inundación que amenaza cubrirlo todo con el empuje desordenado e incontrastable de sus aguas. Los que derrochaban una fortuna ganada en la política, no se resignaban a volver a su bufete profesional o al taller hacía tiempo abandonados, sino que tomaban con nuevos mal empleados bríos a reponer lo perdido buscándolo siempre con relativo éxito en el fondo de las esquilmas arcas públicas.

Ciertas Comandancias de Armas y ciertos empleos, en el ramo de Alcoholes muy particularmente, han dado orígenes a fortunas relativamente cuantiosas cuya procedencia todo el mundo conoce. La mayor parte iba a la Capital *a pescar una hincotea*, frase que traducida a la jerga política del momento quiere decir buscar una asignación o un empleo. Después se puso en moda y aún lo está todavía la palabra *majaretear*. Se *majaretea*, algunos no se rebozan para decir públicamente: estoy *majareteando*, cuando se busca ese mismo empleo o asignación, o una dádiva monetaria, o una protección de cierta especie, halagando, adulando, arrastrándose a los pies de los que por su posición oficial pueden satisfacer o ayudar a satisfacer esas prioridades. A tales *majareteadores*, con tal de lograr sus deseos, no les importa un bledo, salir cubiertos de nauseabundo lodo del fondo cenagoso en que se debate nuestra putrefacta política personalista. Y esos *majareteadores* no son, ni con mucho del montón como quien dice, sino gente relativamente culta, capaz de más dignos y honrosos empeños... Observando con toda la posible serenidad el cuadro intensamente sombrío de las deficiencias enumeradas y del grado de insuperable corrupción alcanzado convertida la política en arte de grangerías

y rapiñas, hay que asombrarse de que hayamos podido sostenernos en pie sin haber antes caído bajo el formidable peso de nuestros propios estupendos errores y dolorosos y desquiciadores extravíos...

REFORMAS

I

En estos últimos tiempos muy particularmente se ha hablado mucho de la necesidad de laborar intensamente en el empeño de buscar, por medio de ciertas radicales reformas oportunas y discretas, la paulatina desaparición de las morbosidades imperantes en nuestro depauperado organismo político. Piensan muchos que nada se confía con tales reformas si previamente no se modifica convenientemente al hombre, a los componentes de la agrupación social que va a ser objeto de ellas. El hombre fabrica, crea leyes, instituciones excelentes, óptimas, pero vemos con cierta frecuencia que las cosas permanecen en el mismo o peor estado, que los mejoramientos esperados no llegan nunca o si llegan es falseados o transformados. Aparentemente verdaderas estas apreciaciones contienen una gran cantidad de error. La vida es demasiado multiforme para que se la pueda vaciar en un solo molde. Si se estudia serenamente la historia, sin *parti pris*, sin espíritu de sectarismo, observará siempre que los grandes hechos que han transformado en determinado sentido colectividades sociales extraviadas o estacionarias no han sido producto de la totalidad y ni aun siquiera de la mayoría de sus componentes, sino de un hombre de superioridad incontestable o de grupos de hombres de cierta superioridad, de una *élite* que ha dispuesto de la suma de poder necesario y ha puesto en la empresa de reformación una tenacidad a toda prueba y todo el caudal de sus privadas energías...

Si no hay ese hombre o ese grupo de hombres, inútil es esperar nada de la implantación de tales reformas. Resultarían letra muerta en el fondo como muchas leyes excelentes nuestras dictadas en diferentes ocasiones. Poseemos varios voluminosos tomos de ellas. Nuestro repertorio en esa materia es abundantísimo. Creo que los pueblos siempre están *preparados* para adelantar y avanzar en un sentido de cada vez más efectiva conciencia democrática siempre que a su cabeza esté el hombre o los hombres de buena voluntad interesados leal y patrióticamente en tal empeño. El progreso jamás ha sido la obra de las multitudes, sino la de uno o más individuos *inconformes* con el estado de ignorancia o atraso del medio en que se dilata su existencia. En la *inconformidad* de que habla Emerson está vinculada la base fundamental de todo movimiento progresivo. Las sociedades más atrasadas, más rutinarias, más estacionarias han sido y son aquellas en que por circunstancias exteriores y por deficiencias de mentalidad no se ha podido efectuar un lozano florecimiento de ideas en completa discrepancia con modos de pensar y de sentir del mayor número de los que las forman.

La Argentina semi-bárbara de Facundo Quiroga y de Rosas va gradualmente saliendo de ese estado y transformándose ventajosamente bajo la impulsión de ciertos hombres hondamente penetrados de las necesidades de la época en que actuaron y provistos del conocimiento necesario de los medios y resortes indispensables para satisfacerlas lo más completamente posible. Sobre los escombros de esa época: de atraso, de rutinarrismo, se yergue majestuosa, aureolada de barbarie, con un resplandor de gloria imperecedera, la gran figura de Domingo F. Sarmiento. Países en formación como algunos de estos americanos de civilización latina necesitan poseer un núcleo de hombres representativos dispuestos, cueste lo que costare, a acometer la magna obra de mejorar su deficientísima condición social en un sentido de gradual y entera adaptación a modalidades de la civilización peculiares de la hora presente. Pero esos hombres representativos son como diamantes de a libra por su escaso número. No sólo necesitan poseer relevantes condiciones de inteligencia, de mentalidad, sino, mucho más que eso, cualidades de carácter firme y recio, de una voluntad tesonera exenta de flaquezas y desmayos e incapaz de amilanarse ante los tre-

mendos obstáculos que ponen de continuo en la vía salvadora los intereses creados. Y hay que declarar que de esta última clase de hombres andamos harto menesterosos.

Bajo la presión de la mano de esos hombres estructurados para realizar innovaciones trascendentes, la Revolución de desesperante lentitud privativa de sociedades irregularmente integradas se traduce en movimientos aceleratorios que en ciertos momentos son o aparecen ser verdaderas revoluciones. Eso constituye una ley biológica lo mismo en los mundos de la naturaleza que en los del espíritu, en lo físico que en lo superorgánico. En lo físico, la teoría de las *mutaciones discontinuas* del gran naturalista holandés Vries parece comprobarlo satisfactoriamente por el considerable número de hechos observados en que se apoya. En lo que respecta a lo social, el insigne Gabriel Tarde ha analizado con verdadera profundidad esa faz del interesante problema. Por no sé qué oculto dinamismo ese poder aceleratorio que se desprende de ciertos hombres de alta inteligencia y robusta voluntad se exterioriza en ciertos momentos con fuerza suficiente para arrollar cosas añejas que se creía por completo irremovibles. Pero si un pueblo por carencia de esos hombres representativos, por falta de impulsión interior, de virtualidades intrínsecas, no puede por sí propio determinar la impulsión necesaria para esos movimientos aceleratorios. Como no es posible permanecer indefinidamente estacionarios estando en contacto íntimo con países de un floreciente estado cultural, la impulsión viene de afuera y se cumple siempre con menoscabo de las modalidades espirituales que particularizan la fisonomía moral del pueblo que la motiva.

II

El tópico importantísimo, acaso vital de las reformas, ha sido objeto de muy preferente atención por parte de dominicanos distinguidos por su clara inteligencia y su constante devoción a ideales luminosos de bien público, como Mariano A. Cestero, Francisco J. Peynado, Américo Lugo, Rafael Justino Castillo, Moisés García Mella y otros que en este momento no me vienen a la memoria. Bajo la bandera de las reformas constitucionales

se han agrupado desde hace tres años muchos de los elementos de más altos prestigios con que cuenta el país. Ha sido el grito de combate de tres revoluciones puede decirse. Ha encontrado eco, puedo afirmarlo, hasta en las últimas, clases sociales que las han entendido a su manera, pero que al fin se han dado, en cierto sentido, más o menos aproximada cuenta de la trascendencia de ellas. Si al principio esa aspiración pudo considerarse y aun se considera por gobernantes suspicaces como eficiente pretexto de levantamientos armados, luego, consagrada y depurada en tres sucesivas etapas revolucionarias, formó ambiente y constituye el punto cardinal adonde afluyeron, impetuosos y desbordantes, los más radicales anhelos de mejoramiento político del pueblo dominicano. Fue obra, pues, de soberana previsión, no sólo abrir paso a ese cada vez más potente deseo, sino estimularlo y robustecerlo no dándole en ningún caso ni en ningún sentido carácter partidarista sino neta y exclusivamente nacional. Desgraciadamente nada positivo se hizo en el camino de dar cumplida satisfacción a tan justificadas aspiraciones.

La tendencia general de todos los escritores reformistas ha sido combatir el centralismo asfixiante que forma el núcleo principal de nuestras instituciones falsamente democráticas, y del cual, como de charca cenagosa, ha brotado nuestro triste y disolvente personalismo nuestras veinte constituciones, todas sin excepción, de tipo centralista, monárquico pudiera decirse, no han servido sino para consagrar la dictadura, robustecer la acción ejecutiva hasta un punto apenas creíble. Toda nuestra estructura constitucional tiende al entronizamiento de la tiranía de un hombre o de una oligarquía. En el fondo, nuestras instituciones son supervivencias medioevales disfrazadas con apariencias de modernidad. En ninguna de ellas resplandece un concepto científico de fundamentales realidades del espíritu de nuestro tiempo. En ellas vive el pasado. El famoso artículo 210 de la primera Constitución de la República que imprimió carácter abusivamente legal a la dictadura de Pedro Santana, aunque suprimido en las subsiguientes, continuó en ellas si no en la letra por lo menos en su espíritu centralizador y terriblemente absorbente. Nuestra organización jurídica ha sido esencialmente favorable a la acción perturbadora del Ejecutivo. Nuestras instituciones han estado siempre calcadas en un espíritu de tra-

dicionalismo de fuerza, de agresividad, de violencia, en que todo personalismo político, suspicaz y tiránico, tiene amplia y sólida base. Nuestro concepto de gobierno ha tenido siempre su raíz en una idea de absorción completa de funciones de poder que se dirige sin cesar a anular los gérmenes de innovación y de mejoramientos que por ley natural surgen con más o menos relativa frecuencia en el desenvolvimiento colectivo.

III

En su serio y bien pensado folleto *Descentralización y personalismo* buscó el ilustre ciudadano Mariano A. Cestero, una de las figuras de más alta probidad que ha tenido el país, base de positiva consistencia para echar los cimientos de una organización nacional ampliamente descentralizadora y refractaria en un todo a los factores determinantes del personalismo de tan nociva influencia en nuestra tormentosa existencia histórica. Ese torpe y menguado régimen personalista ha convertido algunas de estas repúblicas de origen ibérico en verdaderas satrias donde sólo ha prosperado y prospera el culto de la fuerza, y donde el derecho, consignado en constituciones ilusorias, ha resultado perennemente un verdadero mito. La mirada del observador sereno puede seguir fácilmente, en esos ambientes tan propicios para ello, las evoluciones progresivas y aun regresivas que, con desesperante realidad, nos presenta a cada instante ese monstruo multiforme que se llama el personalismo. Sus metamorfosis son a veces en extremo sorprendentes. Lo cómico y lo trágico, éste casi siempre en mayor cantidad, alternan en su obra nefasta, obra que en ocasiones parece inspirada por no sé qué terrible dramaturgo, obseso por visiones macábricas de sangre y de exterminio. A veces en la obra del personalismo véanse soluciones de continuidad. Son paréntesis luminosos abiertos por algún gobernante que implanta con mano casi siempre irresoluta, sin método y sin subordinación a un proceso serial, reformas o fragmentos de reformas. Pero esos mandatarios son rarísimos. De ahí y de otras circunstancias el creciente desencanto, la opinión de muchos escépticos de que somos incapaces de salvarnos por nosotros mismos, por el bien enca-

minado empleo de nuestras propias energías dormidas o extrañadas, y que la organización de nuestro organismo nacional tiene que venir de fuera, de donde menos nos conviene.

En otro folleto muy interesante y jugoso del ilustrado juriconsulto Francisco J. Peynado se aboga principalmente por la atracción de una buena corriente inmigratoria en condiciones de contribuir poderosamente al mejoramiento patrio. Todas las resaltantes deficiencias y defectos que con severo índice señala Peynado y que a su juicio hay previamente que modificar o suprimir, si es que de veras consideramos conveniente para el país la llegada de gente nueva lo más afín posible a la nuestra, están ciertamente al alcance de cualquier espíritu perspicaz que se proponga calar hondo en nuestro fondo social con el fin de estudiar concienzudamente los resortes y procedimientos necesarios para introducir en él modificaciones sustanciales que nos capaciten para la pronta realización de altos propósitos de adelanto y de civismo. Hace muchísimo tiempo que, como lo indica Peynado, debió romperse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones añejas y de mentiras convencionales, de relumbrón, que han formado la base perpetua de nuestra existencia colectiva, y preconizar, sin componendas ni pasteos, la manera de colocar el país en condiciones lo más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio de la pletórica población negra de la república vecina.

El opúsculo de Moisés García Mella, *Libertad civil*, trata con elevado espíritu asuntos de trascendental importancia para la sociedad dominicana. Centralización completa en lo militar circunscrita rígidamente a su esfera, y amplísima y completa descentralización en lo civil forman la síntesis de los puntos acertadamente tratados en el jugoso folleto de García Mella. Común, provincia, nación, deben, en el más alto grado posible, descentralizar sus respectivas formas de expansión jurídica para poder dar libre vuelo, armónico y efectivo desarrollo, a sus peculiares energías, a sus actividades políticas, económicas, sociales, en el más radical concepto de la palabra. Esa es la verdadera fórmula

de toda agrupación nacional que aspire a una organización de derecho verdaderamente democrática. A la primera ojeada pálpase que nuestra vida nacional, en sus principales aspectos, es mucho más artificiosa que real, y se desenvuelve en un ambiente de resaltantes mentiras convencionales. Durante más de setenta años hemos estado jugando a república sin haberlo sido nunca realmente. Nuestra idea de función gubernativa, siempre coercitiva y absorbente, tiene su raigambre efectiva en la herencia acumulada de tres centurias de infecundo coloniaje. Muchos esfuerzos serían necesarios para desprendernos de concepto tan añejo y tan funesto. Bueno o malo, todo lo esperamos de arriba. Para la inmensa mayoría, el gobierno —que tiene funciones muy precisas y concretas— debe hacerlo todo, abarcarlo todo, poner su mano, muchas veces estranguladora, en todas las manifestaciones de la existencia nacional. Hay que dejar a los gobiernos, a los Ejecutivos —ojalá no fueran necesarios— que llenen sus legítimas funciones, y laborar cada cual viril y conscientemente, sin titubeos ni desfallecimientos, en todo noble y generoso empeño de mejoramiento colectivo.

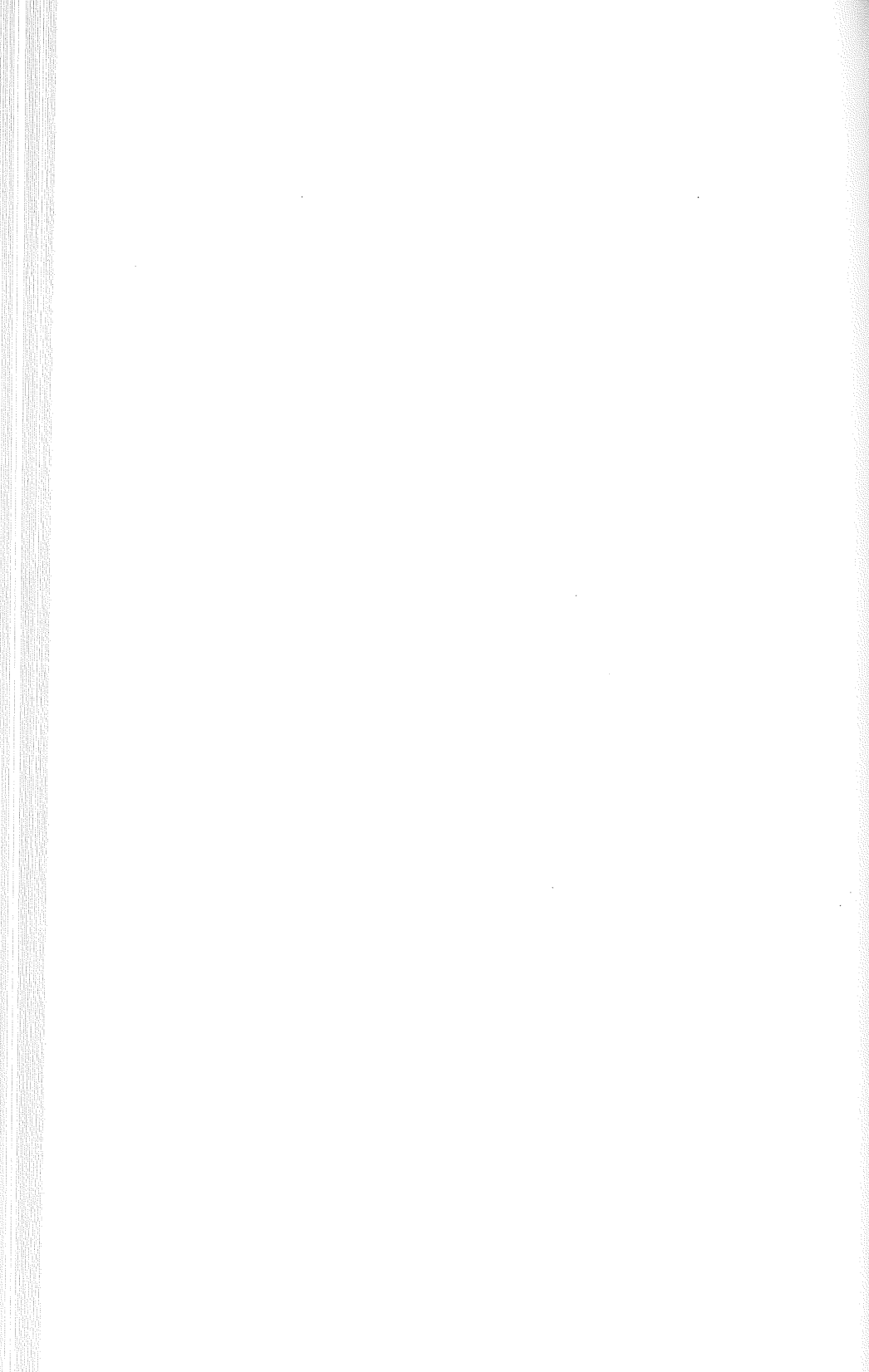
Américo Lugo y Rafael J. Castillo en diversas ocasiones han apuntado en la prensa nacional ideas muy juiciosas y oportunas acerca de estos asuntos de tan vital interés para el porvenir del país. Pero sus voces como todas las demás se han perdido estérilmente en el más pavoroso vacío. Aquí no se lee puede decirse. Todas esas prédicas giran en torno de una minoría ilustrada que tiene ya sus convicciones hechas a ese respecto y a la que no hay necesidad de convertir. Hasta la masa, sumida en crasa ignorancia, no llegan casi nunca. Y así seguimos vegetando a la sombra letal de instituciones caducas y por completo insuficientes para prácticas y procedimientos de la democracia representativa entendida en su más radical y benéfica acepción... Cada vez que he oído hablar acerca de reformas, he pensado que la más eficaz y positiva garantía de ellas, sería comenzar por la descentralización completa de la administración de Justicia libertándola por entero de toda influencia oficial por medio de rentas propias que manejasen empleados directamente nombrados por ella a fin de que no estuviese nunca expuesta a claudicar o a no funcionar por suspensión de sueldos o amenazas partidaristas perturbadoras de su vida económica.

IV

En la vida, en lo individual como en lo colectivo, es suprema virtud la previsión. Su valor más efectivo y trascendente se aquilata, en grado máximo, en las funciones gubernativas. Desde arriba, desde las alturas, lo mismo en lo físico que en lo moral, se puede precisar con sus principales detalles característicos una exacta o aproximadamente exacta visión de conjunto. El político verdadero, el estadista sagaz, el hombre de gobierno, frente al conjunto de aspiraciones, anhelos y exigencias más o menos apremiantes que por virtud de cierto dinamismo social se producen en un momento dado, está en el deber imperioso, por previsión prudente y discreta, de escuchar a tiempo, oportunamente, sin indecisiones ni titubeos, esas voces que vienen de abajo traduciendo un estado de alma más o menos pronunciado del ser colectivo; murmullo tenue y suave al principio, más fuerte y resonante después, hasta trocarse en concierto de amenazas como en ciertos coros de 1a tragedia griega. En estas democracias de aluvión, inconsistentes, irreflexivas, impresionables, tales voces, inescuchadas o desatendidas, suelen llegar con frecuencia a extremos deplorables que hay que evitar a todo trance. Imperdonable es en un gobierno bien intencionado pretender con amenazas o subterfugios contener o desviar esa corriente de opinión que persigue ansiosamente un objetivo determinado. Lo prudente en el hombre de gobierno es ponerse a la cabeza de ese movimiento o cuando menos encauzarlo hábil y provechosamente...

Así creí yo firmemente que lo haría el gobierno surgido de las últimas elecciones. Timbre de honor hubiera sido para Don Juan Isidro Jimenes, el candidato triunfante, haber puesto todos los medios gubernativos, de santísima eficacia entre nosotros, al servicio de la justa causa de las reformas. No sucedió nada de eso por desgracia. Pronto se vio que ni él ni los que lo rodeaban parecían tener mayor interés en la implantación de ellas. Parecía esquivarse abordar de frente al problema. Acaso intereses partidaristas se movían en la sombra para impedir se intentase nada seriamente con ese propósito. No hubo la abnegación necesaria para encimarse a mezquindades de intereses personalistas efímeros y llevar a cabo una obra de reconstruc-

ción nacional. Y sin haberse nada intentado nos ha sorprendido la intervención militar norteamericana. Las reformas se harán porque es imposible desatenderlas por más tiempo, pero ya serán tal vez bajo la influencia desdolorosa, o lo que es quizás peor, bajo el control ominoso de un abusivo poder extranjero.



ACTUACIÓN HISTÓRICA

I

Una rápida ojeada a nuestra tempestuosa y dramática historia resulta necesaria para poner de relieve la constante influencia de los factores morbosos que en todo tiempo y circunstancias han obstaculizado el desenvolvimiento de iniciativas de organización y de mejoramiento. Condensación radiante de la idea redentora que culminó en el grito emancipador del Conde, el febrerismo, integrado por jóvenes patriotas de innegable cultura para su época, propendió siempre durante su rápido paso por el escenario político, en sus más patentes tendencias y en la nobleza de sus procedimientos, a que la república creada por ese entusiasta grupo juvenil respondiese a una organización democrática compatible con poderosas circunstancias de la hora presente. Mientras esa agrupación encarnó la aspiración unánime o poco menos de desligarnos de la dominación haitiana sólo columbró horizontes rientes y despejados. Usufructuó amplia y exclusivamente la popularidad, y en su empeño de hábil y prolífica propaganda separatista cosechó abundantemente aplausos y adhesiones. Realizado el anhelo de emanciparnos del vergonzoso yugo haitiano, la situación a ese respecto varió enteramente. La escisión se produjo con rapidez eléctrica. Febreristas amantes de una libertad bien entendida y fecunda y reaccionarios de tipo colonial se encontraron de pronto frente a frente. Revelóse casi al momento que en realidad los febreris-

tas, en su utópico ideal de un régimen de libertad y derecho, sustentaban anhelos inmensamente superiores a la estrecha comprensión de las masas, de la inmensa mayoría...

Ante ellos, ante sus más caras aspiraciones, rugiente y formidable, se alzaba el medio con todos sus tradicionalismos, supersticiones, formas convencionales de existencia rutinaria enteramente apegada a estrecheces habituales de pensamiento y de acción. Estaban puede decirse solos, enteramente aislados con sus relativamente avanzadas ideas de un gobierno liberal, de finalidades cívicas, sin máculas de personalismos ni de irritantes protectorados extranjeros. Aquellas masas atrasadas, ignorantes, las mismas poco más o menos de hoy, no podían en modo alguno, alcanzar por sus propios medios mentales la aproximada apreciación de tales innovaciones que herían en gran parte sus ideas de obediencia y de viejo y recio autoritarismo. Obra efímera, generosa y excelsa, de un grupo reducidísimo que, desde el primer momento, sintió que la tierra temblaba bajo sus pies y que en ningún caso podía contar con la adhesión de los principales elementos de fuerza dueños de la situación, el febrerismo fue sólo como una rápida fulguración bienhechora en el alba de nuestra vida nacional. Aquellos mancebos de ingente y generoso espíritu resultaron en absoluto inadaptables al ambiente. Sólo alcanzaron como recompensa de sus magnas labores el tétrico calabozo, el exilio interminable, el torturante patíbulo. Sobre sus frentes juveniles, aureoladas por el martirio, la musa de la historia entona de continuo las dohientes estrofas de una larga y sollozante elegía...

Frente a esos propósitos inasequibles, utópicos por condiciones de ambiente y de hora, el santanismo conservador, audaz, impetuoso, agresivo, arrollador, sin escrúpulos, sin pararse en barras demostró con su éxito resonante y fulmíneo que vinculaba en sí la manera de pensar y de sentir de la inmensa mayoría del pueblo dominicana. Observado atentamente, el representante más conspicuo de ese movimiento reaccionario, Pedro Santana, hombre basto, zorruno, de mucha trastienda, valeroso en sumo grado, resulta en muchos de los aspectos de su personalidad recia y musculoso típica e insuperable concreción del caudillo de estas latitudes. Durante largo tiempo, el santanismo se impuso por sus condiciones de fuerza y de violencia hasta pro-

ducir como fruto podrido el monstruoso error de nuestra nueva conversión en colonia de la Monarquía española.

II

Toda nuestra actuación nacional revela con indiscutible evidencia nuestra permanente flaqueza espiritual, la acentuada desconfianza en nuestras propias fuerzas para afianzar y robustecer un organismo independiente de positivas finalidades jurídicas. Un concepto de Estado estructurado a la moderna, organizado jurídicamente, soberana expresión de una colectividad nacional de caracteres de cierta fijeza y estabilidad, nos ha faltado constantemente. Aún antes de la Separación de Haití, los elementos conservadores en que aún vibra intensamente el espíritu colonial alientan la creencia más o menos sincera de que por lo pequeño de nuestro territorio, lo escaso de nuestra población, lo paupérrimo de nuestro estado económico, la siempre amenazante vecindad, de los negros haitianos, el país carece de condiciones para constituir una verdadera nacionalidad si no es bajo el amparo y dirección de una poderosa potencia extranjera. Antes y después del movimiento separatista de 1844 se produjeron numerosas tentativas en ese sentido. Sería larga y enojosa tarea enumerarlas ahora...

Ese estado de espíritu de la clase dirigente constituye a mi ver el factor predominante en el caso de nuestra anexión a España en 1861. Cuando se acentúa la desconfianza en sí mismo, cuando un pueblo carece de fe en sus propias energías, cuando el apocamiento de voluntades salta a la vista revelándose de continuo en actos de cierto género, justo es esperar en una u otra forma la pérdida de la personalidad de esa agrupación nacional. En el hecho de nuestra vuelta al dominio de la antigua y siempre amada Metrópoli entran en proceso de convergencia algunos factores a cual más importante. Uno de ellos, el más visible y sin disputa el más influyente en la postrera etapa de la elaboración de aquel trascendental error político, fue el *continuismo*. Nuestra devoción a la España vieja, a la España tradicional, al viejo solar de nuestros abuelos, contribuyó indudablemente a ese suceso como fuerza moral, pero sin carácter deter-

minante ni decisivo. Otros motivos, por su carácter relativamente secundarios, permanecen en zonas de sombra. Como en muchos cuadros de Rembrandt las porciones intensamente iluminadas, sólo lo bañado en el cuadro de la Anexión por la luz de una observación serena y reposada atrae y fija la mirada investigadora de una crítica histórica sagaz y diligente.

En estas enormes e inconsistentes democracias de reciente formación, el continuismo se singulariza y manifiesta en una acentuada tendencia a la acaparación indefinida de las funciones del poder supremo por un tirano o por una oligarquía. La figura central, representativa de esa oligarquía durante casi todo el período de la primera República, fue Pedro Santana, el tristemente célebre Marqués de las Carreras. Desde el primer momento arrolló cruel e implacablemente cuantas tendencias a discutir y a combatir su férrea y omnímoda tiranía se alzaron con cierta frecuencia en su camino de persecuciones y de patíbulo. Su mérito indiscutible estriba en haber sido el principal hombre de armas en nuestras frecuentes luchas con los haitianos. De todas las facciones, la santanista, por la popularidad incontestable de su jefe, fue la que alcanzó a imponer por más tiempo su terrible y desenfrenado absolutismo. Pero se mantenía intranquila, en la permanente zozobra de los amagos y asechanzas del bando contrario que, aunque vencido y pisoteado, acariciaba la esperanza de la recuperación en plazo más o menos breve del mando perdido para gozar de las ventajas y satisfacciones del poder y tomar con fruición las acostumbradas represalias de sus enemigos políticos. Ojo por ojo, diente por diente. Ningún personalismo político adueñado del poder lo suelta fácilmente. Lo cree suyo, de su absoluta propiedad, y contra esa arraigada convicción resulta por completo inútil cuanto se haga legalmente para llamarlo a la verdadera vía. Casi siempre hay que cortarles las manos para que suelte la presa. De ahí, de la combinación de ambos factores, del pesimismo tenaz de los elementos que se mantienen aferrados a un criterio conservador de acentuada desconfianza en nuestra capacidad material y moral para la vida independiente y de un continuismo gubernativo cada vez más agresivo y carente de escrúpulos, surgió la desdichada aventura de nuestra inconsulta anexión a la siempre recordada madre patria.

La reacción contra esa obra irreflexiva, inoportuna, sin previo estudio de ciertas formas de vida dominicana por parte de España, vino presto, arrolladora y trágica. Y vino más que por un amor patrio sintetizado en la restauración de la perdida autonomía por obra de la falta de tacto y de oportunismos en los flamantes dominadores. Revelaron, desde su llegada, un completo desconocimiento de nuestras peculiares formas de existencia social. Deficiente y todo, nuestra actuación como entidad nacional había creado ciertos hábitos de una libertad sin apropiada consistencia legal, pero que era fiel expresión de costumbres muy arraigadas en todas las clases de la sociedad dominicana. Esas costumbres tan caras al sentimiento popular no recibieron la más leve muestra de respeto de parte de los nuevos señores. El choque sangriento y decisivo, que vino después, pudo ser quizás evitado indefinidamente...

III

Esa anexión fue obra de un partido exclusivamente. En medio de la consternación y el estupor de muchos dominicanos dignos consumóse el inicuo asesinato de una nacionalidad. Dos años de lucha reñida y sangrienta se necesitaron para recobrar gloriosamente la perdida independencia... Y cosa estupendamente increíble: cinco años después de terminada la cruenta pugna, fresca aun la sangre vertida copiosamente en ella, retoña de nuevo con mayor vigor la venenosa planta anexionista que podía y debía considerarse como extirpada hasta en sus más profundas raíces. Una facción adueñada del poder ya maquina, primero arteramente, en la sombra; después con franco y desmedido cinismo, convertir la aun convalesciente República en colonia o dependencia de una Nación con la cual nada nos aproximaba puede decirse. Ya no se trata de España —y esto resulta lo más asombroso— con la que teníamos y tenemos tantos vínculos de afinidad, origen, idioma, religión, costumbres... Ahora las vergonzosas tentativas de los vendepatria se dirigen en línea recta a los Estados Unidos, Nación cuyo espíritu, lenguaje, religión, y otras cosas parecen marcar ante nosotros una línea divisoria difícilmente insalvable. Pero el continuismo gubernativo es ciego.

Nada se le importa de tales diferencias esenciales con tal de lograr satisfacer sus inmoderados y vitandos apetitos.

Secundados por los principales corifeos de la agrupación política que le presta incondicional devoción, inicia febril y tesorosamente el Presidente Báez un nuevo proceso anexionista. Cansa y aún indigna seguir la marcha ascendente de tan escandalosas negociaciones en que con imprudente cinismo se traficaba con la honra y el porvenir de un pueblo. Ese proceso comienza con insinuaciones al cónsul norteamericano Smith respecto del deseo del gobierno de ponerse bajo la protección de los Estados Unidos. Ya más tarde, avanzando con más resolución por la tenebrosa vía, propone sin ambages la incorporación de la República a aquella gran Nación comprometiéndose para ello a que el pueblo dominicano expresase de su *libre y espontánea voluntad* ese deseo "por medio de una votación general, por aclamación, o de la manera que aquel gobierno lo juzgase necesario". Más tarde, siempre avanzando con más bríos por el vergonzoso sendero, dice el citado mandatario en su mensaje de 1870:

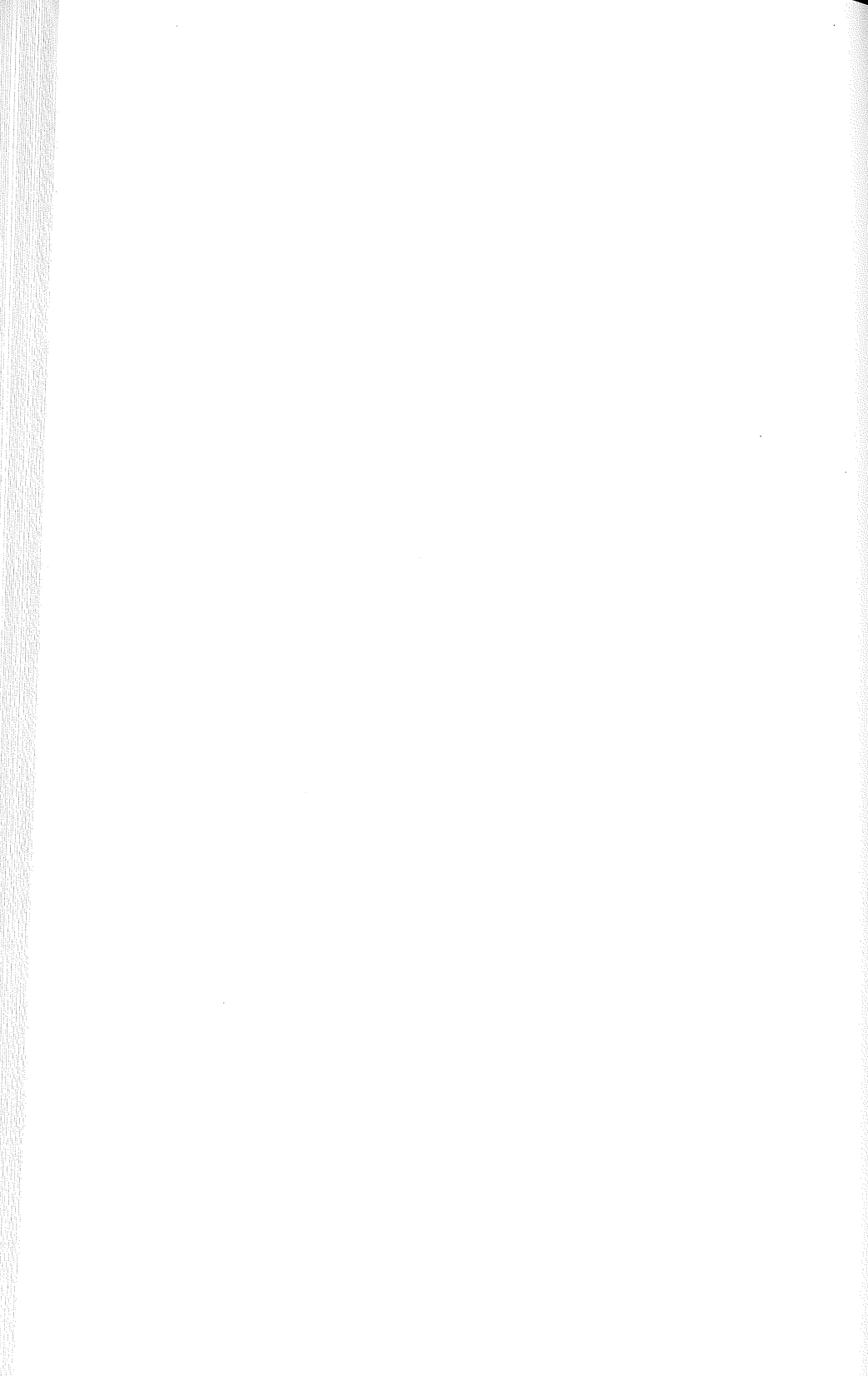
"Que la República Dominicana no podía en el porvenir resolver el problema político-social de su existencia, sin el poderoso apoyo de una nación libre y experta que, regenerándola, la diese útiles y prácticas lecciones sobre el secreto de la vida de los pueblos".

En síntesis, ahí estaba y está el sentir de mucha gente dominicana impenitentemente anexionista...

Los manejos anexionistas de aquella situación política fracasaron ruidosamente. No sólo contribuyó a ello la protesta armada de algunos patriotas, sino, principalmente, la circunstancia de que, aparte la acción personal del Presidente Grant, la política americana no había asumido ni con mucho, su actual carácter de expansión imperialista. El Congreso norteamericano rechazó de plano el vergonzoso mamotreto anexionista. Comprendió fácilmente que los dieciséis mil votantes a favor del proyecto lo hicieron, como cuando España, constreñidos por la imposición o por el miedo. En la vía de la imposición el partidismo político hizo milagros. Uno de los servidores más in-

condicionales y devotos de aquella situación política, el general Caminero, enhestó en El Seibo la bandera americana atribuyendo el hecho a las masas populares inflamadas de indescriptible entusiasmo. La comedia habría resultado divertida si no se hubiera estado jugando a mansalva e infamemente con los destinos de un pueblo. Pero aquellos manejos proditorios no dejaron de producir algo para consuelo del personalismo despechado por el sensible e inesperado fracaso. Como productivo gaje quedó de aquellos manejos el arrendamiento de la gran bahía de Samaná a una compañía norteamericana.

Después de eso ninguna nota de vibrante y noble idealismo ha resonado en nuestro concierto político. Las mismas causas produciendo los mismos monótonos efectos. Continuamos como hoy marchando a tientas, por entre sombras, y contemplando con espanto como siguen asaltando, en ruidoso tropel, el alcázar del poder, los ignaros, los mediocres, los aventureros del montón, mientras se quedan rezagados, muy atrás, los verdaderamente capaces de hacer algo por el mejoramiento del país... Y cuarenticinco años después de aquella abortada tentativa cuando parecía definitivamente consolidado el sentimiento nacional, resuenan en algunas hojas periódicas voces tristemente vergonzantes aduciendo razones espaciosas para justificar la actual ominosa intervención yanqui, y se arman dominicanos con el objeto de ayudar al invasor en la obra nefasta de destruir la soberanía de un pueblo digno de ser estimado y respetado por su resistencia a soportar vejaminosos yugos extranjeros.



IMPERIALISMO NORTEAMERICANO

I

En proceso de incubación, el imperialismo yanqui comienza a exteriorizarse desembozadamente con sus formas y procedimientos, más o menos bien disimulados, más o menos agresivos y brutales, inmediatamente después de terminada la guerra que puso fin al dominio español en las Antillas. Yo no sé si un determinismo rígido estructura y cohesionan los hechos históricos con independencia más o menos absoluta de nuestra voluntad o si esta misma voluntad, en determinados casos, asume una proyección consciente y clara en el proceso de evolución de esos mismos hechos. El tema es arduo, y aun no ha podido ser, quizás no lo sea única, definitivamente dilucidado. ¿Los hechos parecen muchas veces eslabonarse al azar, extenderse en la línea ondulosa de lo accidental y fortuito para, en ciertos períodos, fecundados por condiciones de ambiente y de hora, producir determinadas concreciones de carácter histórico de influencia más o menos beneficiosa y nociva en el permanente devenir de la especie humana? ¿Somos obreros conscientes, verdaderamente conscientes, de la trascendencia y alcance de la concreción histórica que en ciertos instantes contribuimos a realizar? ¿Sentimos sólo el movimiento inmediato, el roce suave o áspero de la onda de impulsión que nos empuja? ¿Nuestra intervención personal, rápida o duradera, alcanza siempre o con frecuencia a percibir toda la magnitud del tejido que elaboramos

o solamente registramos en el teclado de nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad formas muy limitadas y precisas de ese proceso histórico? La concatenación de causa y de efectos que, en sí, dentro de un criterio de infranqueable relatividad, regula y presta cierta pronunciada base de estabilidad al desenvolvimiento científico, parece, en ocasiones, no tener en la historia una fuerza idéntica, pues, en veces, causas determinantes, más o menos iguales o parecidas presentan gran variedad de efectos en sus cristalizaciones históricas.

No es posible, sin embargo, revocar a duda que más de una vez el fondo determinante de una evolución histórica se patentiza con aspectos de indiscutible evidencia. Un innegable fatalismo histórico preside ciertas épocas del desenvolvimiento humano. Lo que hoy bautizamos con el nombre de imperialismo, es decir, la expansión absorbente, en forma política o económica, de un pueblo que ha llegado al ápice de su poderío sobre pueblos limítrofes o cercanos de manifiesta debilidad orgánica, no es fenómeno histórico característico de nuestro tiempo. El imperio romano, en el mundo antiguo, es prueba elocuentísima de ello. En su dilatación territorial basada en su incontrastable empuje militar absorbió no ya pedazos o porciones de territorio sino lo que es más: civilizaciones superiores a la suya como la luminosa e inmortal del pueblo helénico. Bien es verdad que pronto el amo tuvo que rendir vasallaje espiritual a la colectividad conquistada...

Como el individuo que atesora y por ambición, por avaricia, por hábito o por lo que sea, propende a continuar enriqueciéndose sin regla ni medida, una Nación colocada en ciertas y determinadas circunstancias, en el colmo de su grandeza material, los Estados Unidos pongo por caso, vecina de pueblos que aun no han podido refrenar sus turbulencias anteriores y elevarse a lo que es o se supone que sea su destino histórico, no limita nunca su desbordamiento, su proyección ambiciosa, sino en el punto o los puntos en que dificultades más o menos insuperables la hacen precisamente detenerse. En efectiva posesión de una potencia colosal de acción exteriorizada constantemente en resortes y medios de influencia mundial, esa Nación, así engrandecida y consciente de su poderío, se hace conquistadora, monopoliza mercados para asegurar su producción y adquirir la ajena en la porción que le interesa, lo que a la larga engendra celos y

rivalidades con naciones también de formidable grandeza política y económica. Para su defensa nacional, los Estados Unidos necesitan poseer en el archipiélago antillano ciertos muy conocidos puntos estratégicos. Dentro de su zona de expansión y de defensa estamos estos países antillanos fatalmente situados.

La tan traída y llevada doctrina de Monroe es a mi juicio el punto básico de iniciación del actual imperialismo yanqui. Aca-so, como sucede siempre aun al estadista más sagaz y clarividente, el presidente Monroe, autor de aquella doctrina, no pudo sospechar ni siquiera remotamente que ella, interpretada erróneamente o acomodada elásticamente a condiciones de ambiente y de hora, serviría con el tiempo para señalar derroteros enteramente antitéticos a los preconizados en aquella época y aun tiempo después por la gran democracia norteamericana. Las trece colonias cuna de esa nacionalidad, faja estrecha de tierra bañada por el Atlántico, fueron lentamente creciendo hasta adquirir su actual colosal engrandecimiento, pasmo y asombro del mundo. La prohibición que entraña la doctrina monroísta de impedir a las monarquías europeas la posesión de nuevas tierras en este continente trocose en libertad ilimitada de hacerlo a los mismos Estados Unidos en formas más o menos agresivas y capaces de cierta justificación. El magisterio, la especie de curatela de pueblos que pretenden ejercer, no es, en el fondo, sino una derivación sutil y alambicada de aquella doctrina. Para que esos pueblos levantiscos y turbulentos no sirvan de pretexto a la codicia europea para adueñarse de ellos o aprovecharse de sus debilidades crónicas, el imperialismo de los hombres del Norte se apresura a impedirlo estableciendo en los más cercanos su formidable hegemonía...

La aspiración a establecer un protectorado más o menos susceptible de ampliarse sobre estos pueblos antillanos no ha sido nunca cosa nueva en estadistas y escritores norteamericanos. Ha germinado durante cierto tiempo sin causar mayor escándalo por la creencia de ciertas dificultades que obstaculizaban su realización y que se reputaban como insuperables. Después de perder España sus colonias antillanas quedó franco y expedito el camino. Principió con la conquista de Puerto Rico y con la Enmienda Platt en Cuba, especie de espada de Damocles pendiente de continuo sobre la cabeza de la heroica y rica repúbli-

ca que a costa de los sacrificios y heroísmos de tres sangrientas guerras pudo alcanzar su independencia. Para muestra de lo que para esa gente del Norte significa la posesión de las principales islas del archipiélago antillano reproduzco aquí las palabras pronunciadas hace algún tiempo por el senador Heyburn con motivo de una discusión acerca del canal de Panamá.

"Si puedo hacer una digresión, dijo, respecto de esta cuestión hasta relacionarla con la resolución que he tenido la honra de presentar al Senado proponiendo que por el departamento correspondiente se inicien proposiciones para la adquisición de la isla de Santo Domingo se verá que está en completo acuerdo con mis sugerencias del momento presente.

La situación de Santo Domingo en el Océano Atlántico hace que sea la tierra más vecina del canal de Panamá pudiendo ser esa isla actualmente obtenida bajo ciertas condiciones por el gobierno de los Estados Unidos. Ella se encuentra directamente en la vía que conduce a la entrada del canal. Hemos perdido a Cuba que a mi juicio podíamos y debíamos conservar. ¿Pero al fin la hemos perdido? ¿Qué podremos esperar de ella en el porvenir? Lo ignoro; pero a nuestra mano, a nuestro alcance, se extiende la gran isla de Santo Domingo.

Yo no tengo la intención, al presentar esta proposición, como tal vez pueda creerse que la motiva un propósito de expansión, de imperialismo, de extendernos más adquiriendo nuevos territorios y nuevas poblaciones... Es simplemente para que el país pueda asegurarse, en mitad del camino, entre nuestros puertos y el canal, una base terrestre que en tiempo de guerra nos ponga en condiciones no solamente de proteger el canal sino la Isla de Puerto Rico.

Además de sus ventajas comerciales, que no enumero aquí por ser sobrado conocidas, además de esas ventajas, repito, la soberanía y el gobierno de la isla de Santo Domingo son necesarios para la seguridad de los cuantiosos fondos que representa la construcción del canal de Panamá".

No vale la pena seguir copiando más. Sólo los tontos de capirote, los que no ven más allá de sus narices, pueden figurarse que la abusiva injerencia yanqui en nuestros asuntos interiores obedece sólo a móviles nobles y desinteresados.

III

¿Hasta dónde llegará el movimiento de imperialismo absorbente del coloso del Norte? Por ahora parece tener por límite el canal de Panamá. Ya sabemos los hechos de injustificable agresividad consumados en México, Nicaragua, Panamá. La ocupación militar de la República de Haití aduciendo razones humanitarias de evidente falsedad es un negro borrón para aquella democracia... Desde comienzos de la actual centuria, cuando aún no regía la Convención, ya los yanquis, so pretexto de mediación amistosa o cosa parecida, principian a tomar parte, fungiendo de pacificadores, en nuestras desquiciadoras luchas civiles... En Puerto Plata, sitiada la ciudad por los revolucionarios, la oficialidad de un buque de guerra de aquella nación surto en el puerto bajó a tierra y actuando a su guisa de árbitro irrecusable señaló una zona de combate de la cual no podía salirse ninguno de los bandos contendientes.

Cosa peor ocurrió en Villa Duarte, pintoresco pueblecito situado en la margen del Ozama frente a la ciudad de Santo Domingo. El suceso allí pasado puso espanto y consternación en los ánimos. Servía el pueblecito o parte a él inmediata de punto de apoyo a una guardia revolucionaria que desde allí cambiaba frecuentes disparos con la plaza sitiada. En un momento en que arreciaban los tiros cruzó la ría un bote de un crucero norteamericano fondeado en el Placer de los Estudios alcanzando una bala y dejando muerto a uno de los marinos que tripulaban la pequeña embarcación. Poco después el buque americano abrió sus fuegos sobre el cantón revolucionario poniéndolo en desordenada fuga. También desembarcó en el lugar, aunque momentáneamente, un destacamento, de marinos. Fue grande la indignación en la ciudad de Santo Domingo, aunque sólo once protestaron. Acaso como el abuso de fuerza de los yanquis favorecía al gobierno sitiado hubo el temor de comprometerse y de ir a chirona...

Ese es el anverso de la medalla. En él los yanquis parecen asumir toda la responsabilidad de la injustificable agresión. Pero el reverso, la verdad histórica parece ser otra, y justo es confesarlo en homenaje a esa verdad así perjudique al buen nombre de un político dominicano. He ahí lo que en esos días escribí desde New York, un distinguido compatriota digno por todos conceptos de entero crédito:

“La prensa de esta ciudad anuncia que el periódico Tidendes, de Saint Thomas, censuró el bombardeo hecho por los cruceros de guerra americanos, Columbia y Newark, el día 11 de los corrientes, sobre las fuerzas revolucionarias de Villa Duarte, como obra espontánea de los comandantes de dichos cruceros. Esto dio motivo a que el comandante Muller, del crucero Columbia, que a la sazón se encontraba en Saint Thomas, dirigiera una carta al director de Tidendes, la que éste publicó y en la que el comandante dice:

“Aseguro a V. que consulté al presidente provisional, señor Carlos F. Morales y obtuve su sanción para disparar sobre los insurrectos y desembarcar tropas en Villa Duarte. Ni un solo disparo fue hecho y ni un solo hombre desembarcado antes de obtener el permiso”.

RAMÓN CÁCERES

I

Hacía poco más de una semana que, pasando por Moca, en excursión de recreo, había evocado, frente a la guásima histórica a cuya sombra cayó Ulises Heureaux en la tarde del 26 de julio, el cuadro de intensidad trágica en que, en un instante, se decidieron los destinos del país... Varios días después, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, puso en mi espíritu estremecimientos de tristeza y espanto la noticia del trágico fin del Presidente Cáceres, en la amplia carretera, bajo el palio esplendoroso de una tarde autumnal, herido mortalmente por certeros disparos de sus amigos de ayer... Como no serví ni combatí su gobierno, mis apreciaciones respecto a su personalidad no pueden resentirse de apasionamientos ni de rencores. Particularmente me era extremadamente simpático. Surgió en un momento conflictivo, aureolado por la tragedia, y cayó en todo el vigor de su vida, en toda la plenitud del poder supremo, bañado en la púrpura de su propia sangre... Por una de esas improvisaciones tan frecuentes en estas levantiscas y desordenadas democracias, se alzó desde la existencia apacible del hombre del campo laborioso y probó a las alturas del mando absoluto, y es rendir tributo a la verdad confesar que no fue un tirano ni sintió los deslumbramientos propios de quienes desde las cumbres del poder se han acostumbrado a ver a los hombres arrastrándose a sus pies como viles rebaños...

En las alturas del mando fue el mismo que en la vida privada: jovial, probo, dechado de moralidad austera... Amigos y adversarios reconocieron siempre en el general Cáceres dotes relevantes de hidalga franqueza y otras muy salientes virtudes personales que lo hacían en mucho refractario a las intriguillas, falsedades y cobardías de que se muestra tan pródigo nuestro criollismo político. Su última sensacional declaración de que no aceptaría, en ningún caso, que se postulase su candidatura para un nuevo período presidencial, aun puesto en duda por algunos, representó para mí como un rasgo de alta y luminosa sinceridad propio de un alma apacentada de continuo en un ideal de sano y vigoroso patriotismo. Su error trascendental, el error que decidió toda su vida, consistió en haberse dejado llevar, consumado el hecho de Julio, por la onda de los sucesos, sin percatarse ni poco ni mucho de la realidad circundante, de lo que positivamente representaba su personalidad por algunos conceptos inadecuada para el papel que desempeñó posteriormente. Al empuñar el arma mortífera creyó leal y noblemente que cumplía un deber patriótico y la pureza de esa intención justifica plenamente el hecho que lo llevó a la cumbre; pero se equivocó al no dar la espalda, altiva y bellamente, como un héroe antiguo, a las solicitudes y halagos de los que, en rápida carrera, lo llevaron a cargos públicos para los que no estaba suficientemente preparado. ¡Qué excelsa gloria coronaría su figura histórica de ciudadano austero y probo, si, cumplido lo que juzgó su deber, hubiera rechazado desdeñosamente, como lo esbozó al principio, los honores que en horas de exaltación se le ofrecían a manos llenas para volverse, austero y sereno, a continuar en íntima comunión con la tierra regada por el sudor de su frente, y contemplar desde su honroso retiro de Estancia Nueva, con serena conciencia y unguido por las simpatías de todos sus conciudadanos, la transformación producida en nuestra vida política por su acto de decisión en la trágica tarde del 26 de Julio!

El torbellino de los sucesos lo llevó por rumbos para él desconocidos, y ya en cargos públicos elevadísimos tuvo que aceptar responsabilidades tremendas, esas responsabilidades que impone inflexiblemente a sus caudillos el personalismo político. Su muerte produjo una honda conmoción en todos los ámbitos del país. Por su recio autoritarismo y por su mano de hie-

rró, Ramón Cáceres, en nuestra historia, es como el último eslabón de la cadena de caudillos que comienza en Pedro Santana, acaso, remontando más lejos en Sánchez Ramírez el brioso paladín de la *Reconquista*, es decir, de nuestra primera reincorporación a la monarquía española. En cierto sentido, en un sentido de criollismo político dominicano, es quizás el último Presidente de verdad que ha tenido la República.

II

En la administración del general Cáceres si hubo bastante de malo puede constatarse que hubo también mucho de bueno. El defecto capital de su política, que en sus últimos meses de gobierno pareció rectificar el rumbo, estribó a mi juicio en su carencia de interno dinamismo, de caracterizada evolución en un sentido discreto y oportuno de renovación del alto personal dirigente que diera acceso a elementos políticos de reconocido valer señalados por la opinión como muy capaces de colaborar eficazmente en la obra emprendida de mejoramiento general. Al juzgar la obra de esa administración conviene huir de los extremos en que respectivamente se sitúan amigos y adversarios para buscar el justo medio único que puede dar una visión clara y aproximadamente de los hechos. Detalles que en ciertos momentos asumieron exagerada importancia, vistos desde cierta altura, pierden su falsa apariencia de gravedad, desvaneciéndose o fundiéndose en la armonía y amplitud del conjunto...

Es cierto que durante el gobierno de Cáceres no se disfrutó de libertad política y que para afianzar la paz no vaciló en echar mano de medidas extremas como las tremendas empleadas en el distrito de Montecristi y en otras parecidas circunstancias.

Pero alimentó un propósito constante de organización en todos los ramos de la administración pública y dio vigoroso impulso a obras de adelanto material de indiscutible importancia. En esa amplia labor de mejoramiento es de estricta justicia reconocer que uno de sus ministros, Federico Velázquez y Hernández, fue el principal factor y que puso constantemente de relieve, como director de la Hacienda Pública, verdaderas condiciones de laboriosidad, de carácter y otras no menos impor-

tantes. Su bien caracterizada gestión financiera puede, como todo, ser objeto de juicios más o menos discrepantes. Era y aun es un trabajador infatigable, acaso exagerado. Podría, en cierto sentido, aplicársela la frase famosa de Talleyrand: *pas trop de zèle*. Con errores y todo, su gestión fue relativamente fecunda, salvadora desde cierto punto de vista. Sus propósitos de rigorista moralidad administrativa, el rescate de concesiones onerosas y un empeño de sólida organización en todos los ramos de la administración fiscal avaloran grandemente su gestión en aquella época revistiéndola de particularísimo relieve. Acaso sus contrarios hayan exagerado en cierta manera la censura, acusándole de un propósito de tribulación excesiva, de fiscalización exagerada y en veces poco equitativa, que si es verdad que aumentó considerablemente las rentas del Estado, también es cierto a juicio de muchos que a tal resultado no correspondió un efectivo desarrollo de riqueza pública. Pero lo positivo, lo indiscutible es que Cáceres contuvo con férrea mano los amagos del revolucionarismo impenitente y aseguró el imperio de la paz durante varios años en que se constataron manifestaciones muy acentuadas de material adelanto. De su gobierno data la Convención económica celebrada con los Estados Unidos.

LA CONVENCIÓN

I

Una larga serie de errores económicos, cada vez mayores agravados y exacerbados por nuestros frecuentes motines y revoluciones, produjo como punto terminal impuesto en parte por las circunstancias la Convención, instrumento internacional de objetivo exclusivamente financiero destinado a regularizar nuestras deudas con el extranjero y a hacer el orden en nuestro servicio administrativo interior. Aunque hasta cierto punto ese convenio contribuyó en gran manera a dar más estabilidad y apropiada base científica a nuestro deficiente servicio arancelario y aseguró en condiciones hasta cierto punto ventajosas y de manera formal y segura el pago de intereses y aun la amortización gradual de nuestros compromisos exteriores, no ha realizado, ni con mucho, las esperanzas que en él se abrigan. Aunque nuestra deuda se redujo considerablemente en virtud de ese convenio no compensa ciertamente esa ventaja la mutilación sufrida en nuestra soberanía económica. Se nos redujo a una condición de tutelaje, de permanente minoridad. Como medio indirecto de asegurar el orden, su fracaso no puede ser más completo. Nuestro estado de anarquía ha empeorado después. Han arreciado los bochinches. Nuestras guerras civiles han sido después más largas, sangrientas y destructoras.

El aspecto más grave que a mi modo de ver entraña ese ya célebre arreglo estriba en la elasticidad con que, en ocasiones, ha

pretendido interpretarlo el gobierno norteamericano prevalido de su fuerza formidable ante un deudor muy inferior en condiciones de defensa para entablar una lucha con medianas probabilidades de sacar airoso y triunfante su derecho.

Desde esa Convención, como desde una base granítica, ha ido aquel gobierno extendiendo, cada vez más numerosos y enmarañados, los hilos de la tela de araña de sus maquinaciones absorbentes siempre encubiertas con pretendidos anhelos de ayuda y protección al pueblo dominicano. Ese instrumento internacional, como el famoso clavo del jesuita, le ha servido de punto de apoyo para ensanchar cada vez más su esfera de influencia entre nosotros dándole falsos visos de equidad y de legítimo derecho. Ese avance más o menos cauteloso, más o menos agresivo, siempre pretextando obedecer a la impulsión de la generosa idea de contribuir a nuestro mejoramiento, ha sido, más de una vez, en gran manera, facilitado por profesionales dominicanos de nuestro politiquero estulto y disolvente capaces de los mayores extremos de servilismo y de abyección, trueque de unas horas y más de poder para seguir saqueando su antojo y sin el menor escrúpulo las arcas nacionales.

Lo cierto del caso, lo positivo en lo que a la Convención se refiere, es que en los nueve años que cuenta de existencia todas sus cláusulas han sido religiosamente cumplidas por esta República. Esta ha llenado con estricta fidelidad los compromisos contraídos por virtud de ese instrumento, y eso a pesar de no establecerse en él procedimiento coercitivo o de otro género para el pago en caso de quedar incumplida la cláusula principal que determina la cuantía de lo que hay que satisfacer mensualmente. En ningún tiempo, ni aun en medio de nuestras contiendas desoladoras, faltó el Estado a sus deberes contractuales. No se nos puede acusar de morosos ni de pícaros. Y, sin embargo, se nos ha tratado peor que si lo fuéramos.

II

Según los términos de esa negociación financiera basta un plazo de diez años para ser redimibles, en determinadas condiciones, los valores aprontados para efectuar la conversión de

nuestras deudas y dejar un remanente destinado a la ejecución de obras públicas de urgente necesidad. Ese plazo se cumple en el próximo año 1917. Si estuviéramos en condiciones de efectuar en el término fijado la redención de ese empréstito, ¿el gobierno americano lo aceptaría buenamente sin oponer ningún género de dificultades? Supongamos que apareciese por ahí —y eso parece difícilísimo, pero no es, ni con mucho, imposible— una poderosa casa bancaria presta a hacerse cargo de ese empréstito en condiciones más ventajosas para nosotros, ¿convendrían los Estados Unidos en que tal traspaso se efectuase fácilmente como si se tratara de una simple operación bancaria como cualquiera de las que diariamente se efectúan en Wall Street?

Me pronuncio desde luego y sin reticencias por la más rotunda negativa. Esa negociación ha representado, representa y representará hasta la consumación de los siglos para nosotros un control de permanente sujeción que en todo tiempo, bajo apariencias halagadoras de libertad, nos tendrá estrechamente sometidos a su dominio. Sin conceder a lo económico la exclusiva preponderancia sociológica, el carácter fundamental que en la secular evolución humana le da Karl Marx, no es posible negar que en nuestro tiempo el factor económico prepondera y tiende a absorber otros de igual o parecida importancia. Pueblo que pierde su independencia económica sufre o tendrá que sufrir el lento desgaste de su autonomía política. Ambas se corresponden y aun, compenetran más estrecha e íntimamente de lo que a primera vista se cree. En un Estado organizado jurídicamente de manera de responder fructuosamente a necesidades y exigencia nacionales es punto menos que indispensable la administración autónoma de sus rentas y su distribución conforme lo juzgue más conveniente para atender a fines de regular cumplimiento de obligaciones de orden externo y de servicio interior.

La misma Convención pone trabas al aumento de la deuda pública, y, no obstante eso, el gobierno americano ha contribuido al acrecentamiento de ella permitiendo la contratación de nuevos empréstitos para cancelar compromisos ficticios o exagerados contraídos por los gobiernitos de estos últimos años para sofocar o *fomentar* revoluciones. Revela eso claramente sin un jerónimo de duda que el imperialismo yanqui no ha sido, ni es, como lo pretende, un mediador generoso inspirado en

el altruista empeño de prestarnos ayuda eficaz y desinteresada en la labor de una reconstrucción nacional de paz jurídica y de libertad estable, sino un acreedor meloso que acecha las debilidades y tropiezos de su deudor para comprometerlo más, envolviéndolo en una red cada vez más espesa de compromisos monetarios y de obligaciones ineludibles. Así se han pagado deudas fraudulentas que nadie desconoce. Así se han saqueado los fondos de obras públicas y se han hecho mangas y capirotos de las rentas internas. El gobierno norteamericano toleró y aun en cierto sentido autorizó muchos fraudes. Es imposible negar que, con revoluciones y todo, nuestra capacidad de producción ha aumentado en lugar de haber disminuido. No somos un deudor o un cliente despreciable ni mucho menos. Por eso se nos aprieta más y más el grillete de nuestras obligaciones. Nuestra cadena se nos ha hecho cada vez más pesada...

PREVISIONES PATRIÓTICAS
(LA SOCIEDAD NACIONALISTA "PATRIA")

I

Recuerdo la sociedad *Patria* con la misma intensa fruición, con el mismo sentimiento nostálgico con que suelen, en ciertas horas, mariposas de ensueño, revolotear en la memoria cosas perdidas en lejanías melancólicas de olvido. La recuerdo con el mismo íntimo afecto con que rememoramos aquellos sitios de permanente atracción en que hemos vivido largo tiempo, en que hemos sufrido, en que hemos soñado, en que hemos amado... En esa sociedad patriótica, por el espacio de más de tres años, puse toda la savia de mi espíritu, toda mi escasa inteligencia y el corto caudal de las proyecciones de mi voluntad tesonera. He creído siempre que el pensamiento, por genial y elevado que sea, que no se troquela en la acción, que no se traduce en actos bien visibles, sólo tiene muy secundaria y efímera trascendencia. Aun discrepando, desde un alto punto de vista filosófico, del concepto que para el pragmatismo asume la verdad, lo que dentro de lo relativo de nuestros conocimientos entendemos como tal, convengo en que sin la acción que se desprende de ese concepto, cristalizada de continuo en hechos de cierto valor social, no es posible la consecución de nada de prolíficos resultados, en el desenvolvimiento más o menos armónico y progresivo, de la especie humana. Escribir para el público, propagar verdades, ya es algo, ya es alguna cosa; pero es cosa mejor todavía, laborar por todos los medios posibles para que

lo de teórico que hay en lo escrito y lo propagado se transforme de cosa en potencia en cosa objeto de actuaciones vivificantes y trascendentes...

Tal fue el propósito del grupo de bien intencionados ciudadanos que fundó en La Vega la sociedad nacionalista *Patria*. Estuve, como Presidente, dirigiéndola, el período de tres años que contó de existencia. La Convención, sancionada hacía poco tiempo, era ya para muchos fuente de permanentes inquietudes. Creyeron algunos que se imponía como obra de loable previsión buscar los medios y maneras conducentes a despertar el sentimiento nacional dormido o aletargado provocando una reacción discreta y firme que nos pusiera en situación de hacer frente con probabilidades de éxito a posibles y ulteriores contingencias desagradables. No podía ser más cuerdo y plausible el propósito. Este no entrañaba exageraciones inconducentes ni intempestivas. De él estaba desterrada toda forma de un *chauvinismo* apacentado en actitudes violentas siempre de carácter momentáneo y por consiguiente antinómicas al objetivo propuesto. Se necesitaba una acción continua, ininterrumpida, metódica, que fuera insensiblemente, sin alarmar ciertos intereses creados de tenaz arraigo, allanando obstáculos, poco menos que seculares y venciendo dificultades que de momento parecían absolutamente refractarias al magno ideal acariciado.

En el primer año de existencia de esa benemérita sociedad nacionalista se meció mi pensamiento en la ilusión consoladora y deslumbrante de la posibilidad de operar un movimiento de concentración de voluntades afines y conscientes de capacidad eficiente para llevar a cabo con éxito seguro la restauración de valores patrióticos en vías de extinción o visiblemente desprovistos de virtualidades necesarias. Pensaba yo que realizar ese propósito no era obra imposible o cosa semejante. Un núcleo central radicado en la ciudad de Santo Domingo con ramificaciones en todas las ciudades y aun en las más alejadas aldeas y villorios podía a la larga, tenazmente sostenido y propagado, dar de sí, corriendo el tiempo, el estado de alma necesario para impedir resueltamente la americanización del país y hacer reales las reformas que éste pedía con inexcusable urgencia para su más apropiada y científica organización colectiva. Sueños, sueños... Mis ilusiones se fueron poco a poco desvaneciendo.

En los periódicos se elogió calurosamente la idea. Pero en la acción nada. Nadie o casi nadie correspondió al llamamiento. So- la, falta de calor externo, disminuidas sus filas, la sociedad *Pa- tria* fue lentamente extinguiéndose...

II

El momento de su aparición no era propicio, en el orden po- lítico, para tales dilataciones de un propósito de vitalización del sentimiento nacional sin que el personalismo imperante dejase de dar torcida interpretación a lo que realmente significaba la recién instalada sociedad nacionalista. Por eso en su programa de principios que se copia íntegro a continuación no pudo dar entera latitud a su pensamiento, confiando en que, con el tiem- po, afianzándose la tranquilidad pública, podría ir más y más ensanchando su programa hasta que respondiese en un todo a la formación del estado de alma que constituía su principal y más alto objetivo. He aquí el manifiesto:

“Acabamos de cumplir sesenta y seis años de existen- cia como organismo nacional capaz de realizar progresi- vamente determinados fines de libertad y de derecho por más que lo intente negar cierto pesimismo apacentado en resaltantes y dolorosas exterioridades de nuestra vida histórica, tumultuosa y desordenada; y todavía, en toda la extensión del territorio nacional libertado en dos oca- siones de eterna recordación por próceres eximios, nin- guno de ellos tiene perpetuada su figura en el mármol, “carne de los dioses”; ninguno tiene el monumento es- cultórico que, como concreción elocuente de nuestra gratitud y de nuestro amor, erguido en pleno sol, sirva de suprema lección objetiva a cuantos quieran conocer el patriotismo ingente y sin máculas... Sólo tres de ellos, los más excelsos, reciben todos los años, en días solem- nes, en la capilla de la histórica Catedral que guarda or- gullosamente sus cenizas, envuelto en el aroma de las coronas funerarias que se marchitan sobre sus losas se- pulcrales, el testimonio de que viven, con la perennidad

de un reconocimiento entrañable, en el alma doliente de su pueblo. . Nuestras dos grandes fiestas nacionales, ceñidas casi siempre a un marco oficial muy estrecho, se particularizan por su convencionalismo y su monotonía. No son casi nunca fecundadas por la iniciativa individual y colectiva estereotipada en actos culturales de verdadera importancia, que son los que pueden imprimirle genuina y noble significación patriótica.

Y mientras tanto, año tras año, en un ambiente de frialdad refinada, en puerilidades efímeras, se derrochan estérilmente poderosas energías morales y materiales que, bien aplicadas, sin obstaculizar ni mucho menos el cultivo de regocijos propios del ser humano sediento siempre de expansiones, podrían y deberían servir en mucha parte para llevar a la realidad social cosas trascendentales y edificantes... El instante es solemne, de reflexión honda y concienzuda. El momento actual de la política continental americana merece considerarse con particular detenimiento. Frente al cada vez más caracterizado movimiento de expansión del imperialismo yanqui; unidos a la gran República del Norte por lazos económicos muy estrechos; colocado nuestro país en una situación geográfica que cae de lleno dentro del radio de inmediata influencia de aquel expansionismo y que hará más apetecible y codiciada la próxima apertura del canal de Panamá; desangrándonos, hasta ayer, con desconsoladora frecuencia, en luchas mezquinas de partidarismos, no es posible, en tales graves circunstancias, avizorar el porvenir sin experimentar vivas y dolorosas incertidumbres. Pero, si en ciertos instantes, el alma individual se encoge y apoca, el alma nacional no debe sentir jamás tales desfallecimientos cobardes. Por encima de todos los deberes, está el santo deber de conservar lo más incólume posible la herencia que recibimos de los abnegados fundadores de la República. Y ese empeño no debe reducirse a un verbalismo hueco, a flores retóricas ya gastadas de efímero perfume, sino plasmarse en concreciones de esfuerzo viril, en actos de cívica y fecunda resonancia. Sí debemos mantener —porque muchos inte-

reses convergentes así lo ordenan— lazos de cordial amistad con los Estados Unidos, rehuyendo con exquisito tacto, previsión y práctica sabiduría, cuanto directa o indirectamente pueda comprometer esas relaciones que nuestra relativa debilidad, múltiples intereses creados, exigencias ineludibles de la política mundial y el creciente desarrollo de la civilización hacen cada vez más necesarias, no es menos cierto —y ello constituye nuestro primer deber como dominicanos— que es ya hora inaplazable de trabajar resuelta e incesantemente, por todos los medios posibles y sin alharacas intempestivas y contraproducentes, en el sentido de dar creciente fuerza y consistencia a una atmósfera netamente nacional en que por ningún concepto puedan infiltrarse ideas liberticidas, torpes y disolventes escepticismos...

La creación de sociedades de pura cepa nacionalista, que, integradas por elementos procedentes de todas las agrupaciones políticas, se mueven briosamente alejadas de aviesos partidarismos, responde a necesidades vitales del momento. Para ello deben funcionar con el noble anhelo de cohesionar esfuerzos hoy dispersos en un haz luminoso de objetivos comunes, y el bien pronunciado propósito de llevar su acción bienhechora a la escuela, templo de la vida, incubadora del porvenir, cosas que constituyen el paso más eficaz que puede darse en la vía de formar una gran corriente de opinión consciente, de fuerza inmensa, de permanente vitalidad, que, sean cuales fueren las contingencias del mañana, represente como un formidable muro de acero en que se estrellen, sin derribarlo, cuanto embozado o desembozadamente se encamine a la mutilación o a la muerte de la nacionalidad dominicana”.

Los fundadores de *Patria* concluían declarando:

“1° Que establecían una sociedad exclusivamente nacional que, con el nombre de referencia, gestiona celosamente, en primer término, porque la celebración anual de nuestras dos grandes fiestas naciona-

- les tengan carácter esencialmente popular y educativo, propendiendo, en lo posible, a la realización de actos culturales que prestigien su levantado ideal de bien y de grandeza nacional.*
- 2° *Que entre esos propósitos figura, en preferente lugar, el de coadyuvar, por cuantas formas de cooperación estén a su alcance, a todo lo que se refiera a honrar la memoria de los fundadores de la República y de sus heroicos restauradores por medio de estatuas, lápidas conmemorativas, institutos de enseñanza y de beneficencia, etc.*
 - 3° *Que toda esa gestión resultaría ineficaz de todo punto si paralelamente a ella no se desarrollase en la escuela un propósito definido, de verdadero alcance pedagógico, enderezado a inculcar en el espíritu del niño, desde los primeros grados de la enseñanza, nociones de viril sentimiento patriótico, y que penetrado de esa imprescindible necesidad, este Centro nacionalista no desperdiciará ocasión para que metódica y progresivamente pueda ese ideal irse convirtiendo en consoladora realidad.*
 - 4° *Que laborará con ahínco por la formación, aun en las más reducidas poblaciones del país, de asociaciones de idéntica naturaleza que Patria, a fin de que, mancomunando esfuerzos, fusionando ideales, concertando voluntades, despertando y sumando energías hoy indiferentes o dormidas, se alcance el cumplimiento gradual del objetivo de salvadora eficacia patriótica que se propone”.*

III

Ese programa de principios se cumplió en todas sus partes conforme las circunstancias lo permitieron. *Patria* fundó una revista quincenal del mismo nombre que circuló no sólo en el país sino también en varias repúblicas de la América Latina mereciendo una muy entusiasta y halagadora acogida. Tengo multitud de recortes de periódicos y numerosas cartas que dan de

ello elocuente testimonio. En esa revista se trataron puntos de alta importancia como el asunto de límites fronterizos y la apropiación por extranjeros de parcelas de terreno del Estado o de particulares. Este asunto reviste a mis ojos en el momento actual caracteres de positiva gravedad. En principio estuvo *Patria* por la conservación de la tierra, de la porción de ella que aun posee el Estado, el que sólo debería arrendarla para fines probados de mejoramiento agrícola-industrial; y en lo que toca a terrenos particulares preconizó una forma restringida de enajenación, conforme fuera posible jurídicamente, a fin de alejar la posibilidad de que la *totalidad* del territorio llegase a ser propiedad de compañías o de súbditos extranjeros. En un país como el nuestro menesteroso de capitales, de escasa vida agrícola y de embrionario desarrollo industrial, sería insigne error impedir del todo que el capital extranjero echase en él hondas raíces mediante la adquisición de terrenos fértiles hoy improductivos por carecer sus dueños de recursos para cultivarlos debidamente... Pero podemos y debemos impedir, en forma de leyes restrictivas o como se juzgue más apropiado, que la propiedad en lo que se refiere al suelo pase toda a manos de terratenientes extranjeros. Si por falta de oportuna previsión, dije entonces, sucediera tal cosa, nuestra soberanía sobre el territorio resultaría ilusoria, sólo en el nombre, mera sombra de dominio que se evaporaría en plazo más o menos breve...

Durante los tres años de su actuación, *Patria* puso su mano en cuantas obras se iniciaron o llevaron a cabo en el país enderezadas a levantar y prestigiar el sentimiento nacional. Gozó por breve tiempo de una merecida popularidad. Trabajó con fe y entusiasmo en ese corto período sin rendirse al desaliento ni amilanarse ante las decepciones. Pero sintió que el vacío se iba haciendo a su alrededor. Pasadas o amortiguadas las primeras impresiones, fue gastándose el entusiasmo primitivo. Los claros en las filas se hacían cada vez mayores. De fuera, de las demás ciudades del país, no le venía nada absolutamente que le sirviese de eficaz estímulo. La mató principalmente su aislamiento. Entusiasmo no compartido se enfría y desvanece. Pero le queda la gloria de haber intentado lo único acaso que hubiera impedido o detenido nuestra caída. Un dominicano culto y distinguido, de probadas ejecutorias cívicas

cas, Víctor M. de Castro, me decía en esos días en una epístola hermosa y expresiva lo siguiente:

“¡Qué edificante y qué hermosa y qué amplia es la labor de los que con V. comparten la de ese bello movimiento cívico tan feliz y oportunamente iniciado! Patria no se parece en nada a ese montón de asociaciones o cofradías simbólicas o especulativas que nada han determinado ni resuelto en la vida de la humanidad. Patria es algo más que una sociedad. Patria es la previsión o cristalización de un altísimo ideal. Patria es la resurrección o la prolongación de La Trinitaria. O un centinela avanzado, con el índice en alto, señalando derroteros de honor al patriotismo angustiado...”

LOS VICTORIA

I

El trágico fin del presidente Cáceres abrió de nuevo con horripante estrépito las puertas del templo de Jano de las luchas intestinas. Hacía algunos años que se disfrutaba de una paz relativa a cuyo amparo florecía la agricultura y se llevaban a feliz término determinadas obras de utilidad pública. La administración del general Cáceres, aunque de recio autoritarismo en lo político, revelaba en sus principales actos ostensibles tendencias organizadoras y bien acentuados propósitos de mejoramiento general. Y afirmo aquí lo que a mi ver es un hecho de innegable evidencia. A pesar de la inclinación a algaradas revolucionarias que se supone al pueblo dominicano, del levantisco carácter que se le atribuye, tengo para mí que, en la mayoría de los casos, nuestras guerras civiles tienen su origen, su punto de partida, su génesis, por decirlo así, en la misma clase gobernante, en los mismos que proclamando de continuo la necesidad de la paz pública tienden con sus desaciertos, arbitrariedades y desafueros a que resulte lo más efímera posible. No se necesita ser muy lince para en muchas ocasiones demostrarlo por entero. Salvo en un Ulises F. Espaillat, en un Francisco Gregorio Billini, todos nuestros gobernantes han tendido sin escrúpulos a perpetuarse en el poder implantando un *continuismo* de muy desquiciadoras consecuencias.

En la dirección de la cosa pública pueden imperar dos clases de *continuismo*: el de las ideas y el de las personas. En la Amé-

rica Latina, siempre o casi siempre, ha predominado el último con manifiesto perjuicio de los intereses colectivos. Por la raíz de evolución y de renovación que hay necesariamente en ellas, el continuismo de las ideas, aun a veces de aspecto estático, concluye siempre por adaptarse a formas nuevas y progresivas del perpetuo dinamismo de la vida. El otro continuismo, el de las personas, cuando éstas, lo que sucede por lo general, no encarnan una finalidad social benéfica y bien definida, es necesariamente funesto por tender de continuo al menoscabo y falseamiento de las instituciones republicanas. No impunemente ascienden los hombres, en estas levantiscas democracias, a las cimas radiantes del poder supremo. Parece doloroso bajar de las alturas para confundirse de nuevo con la muchedumbre. Saborear cuanto el poder atesora de halagos, goces y lisonjas, y pudiendo conservarlo, pudiendo mantenerse en él así sea por medio de la fuerza, cederlo a otros, acaso enemigos o rivales, parece en quien lo hace que se encuentra en posesión de subidos quilates de nobleza psíquica. El continuismo personal es siempre absorbente y tiránico. Para librarse de él es necesario cortar la cabeza con la espada de las insurrecciones libertadoras.

A la muerte del general Cáceres necesitábase un hombre que sin nexos acentuados con ninguna bandería política, y dotado de relevantes prendas de carácter, de mentalidad y de probidad, pudiese inspirar a todos plena confianza y proseguir con mayor libertad y más amplio sentido de las realidades circunstantes la obra de reconstrucción nacional ya en buena hora deficientemente comenzada. Sucedió todo lo contrario. Los numerosos elementos militares con que contaba Cáceres irguiéronse en gesto de acaparamiento del poder público. Su jefe militar de más confianza, el general Alfredo Victoria, Comandante de Armas de Santo Domingo, fue el árbitro omnipotente de la situación. El mismo Velázquez, elemento civil, tuvo que tomar precipitadamente el camino del exilio. El poder pasó, con disfraces de legalidad, a una especie de oligarquía de familia apoyada incondicionalmente por el ejército entonces numeroso y bien disciplinado. El militarismo se impuso de momento. Con un poco de desprendimiento en los que se incautaron del poder a la muerte de Cáceres hubiera podido evitarse la pugna sangrienta. Era y es necesario para encauzar el país el concurso de todos, y

no sólo no se solicitó, sino torpemente se rechazó el que espontáneamente ofrecían los opositores de Cáceres que erraban por playas extranjeras. Se fue en línea recta al más desalentado continuismo, un continuismo militar y oligárquico...

II

Se ha hecho costumbre denostar acerbamente los movimientos revolucionarios que con tan desconsoladora frecuencia se suceden en Hispanoamérica. Se los ha juzgado siempre desde el punto de vista de sus efectos destructores. Se los ha tomado siempre como excrescencias morbosas de organismos sociales fatalmente condenados a moverse en un ambiente tan sólo propicio a dilataciones tan nocivas y desquiciadoras. No se ha querido ver, por el prurito de echarles la responsabilidad de nuestras incontables caídas, que el mal no estaba ni está en ellas sino en el régimen de desenfrenado personalismo, de caudillaje desapoderado y estulto que ha imperado normalmente en algunas de estas sedicentes repúblicas. En estas democracias de centralización férrea y demoleadora sólo prosperan lozanamente oligarquías tiránicas y absorbentes que tienen su más fiel y acabada expresión en ciertos caciques o caudillos típicamente representativos. Sin poder, en manera alguna, funcionar regularmente en ellas ningún control legal, ningún organismo de oposición que constriña al poder central a no salirse del marco de la ley, a respetar el espíritu y la letra de las instituciones, las revoluciones se imponen como, necesidad suprema, son y serán necesarias mientras no varíen sustancialmente las condiciones de régimen político inadecuado y anacrónico que existe en muchas de las entidades nacionales, esparcidas en este vasto continente.

Meros estallidos de poca importancia al principio, aquí y allá, fueron a la larga convirtiéndose en lucha feroz y sangrienta. El país, en su inmensa mayoría y en sus elementos más conspicuos, protestó a mano armada aceptando el reto que se le lanzaba. No obstante la fidelidad del ejército y de sus jefes, pues durante esa larga y sangrienta lucha de doce meses no se registró un solo caso de traición, aquella situación fue derrumbándose lentamente ante el empuje de la opinión pública cada

vez más numerosa, resuelta y compacta. Recuerdo todavía con no sé qué perturbadora tensión de ánimo el desfile de aquellos días sombríos y trágicos en que a cada instante se registraban hechos de prolongada y luctuosa resonancia.

Tal el formidable ataque dado a La Vega por las fuerzas revolucionarias que la asediaban en los días 5 y 6 de septiembre de aquel año funesto, el *año terrible* como se le llamó y se le sigue llamando. Durante esos dos días de pavor y de espanto muchas familias, refugiadas en hoyos o debajo de los pisos de sus respectivas casas, los pasaron en ayunas, sin llevar bocado a la boca, imposibilitadas de agenciar la adquisición de alimentos, pues salir en esos momentos a la calle, en medio del incesante tiroteo, era exponer inútilmente la existencia. Las fuerzas revolucionarias dominaron prontamente todos los ámbitos de la ciudad, pero se estrellaron en los muros del edificio de la gobernación donde el resto de los defensores de la plaza hizo una victoriosa resistencia. La fuerza atacadora tuvo que retirarse maltrecha, con bajas de mucha consideración. Los lugares en que más recio había sido el combate quedaron sembrados de cadáveres. Algunos, caídos desde el día anterior, empezaban a presentar señales de descomposición. Se empezó a recogerlos para efectuar su pronto transporte al cementerio. Se buscaban carretas que no aparecían en aquellos momentos de confusión y de entorpecimientos. Contemplando aquella macábrica escena, presencié un hecho que aún no ha podido borrarse de mi memoria...

Como no venían las carretas que se había ordenado requisar, se echó mano por parte de las autoridades de la gente que pasaba para que cargasen los cadáveres y los condujesen en hombros a la inmensa fosa ya preparada. Pasaba a la sazón por allí un joven italiano, risueño, simpático, acabado de llegar al país. Miraba con infantil asombro aquel cuadro soberanamente pavoroso. Se detuvo ante el espectáculo con la natural inconsciencia de quien, pasada la vibración de los tiros, no podía temer ni remotamente ningún contratiempo ni ningún peligro... De súbito, con gesto imperativo, uno de los jefecillos que allí disponían le indicó el cadáver de un negro aún chorreando sangre, de abrumadora corpulencia. El italianito no entendió o fingió no entender. El jefecillo acentuó su gesto imperativo de manera más amenazante. No hubo negativa que valiese. El italianito, en

unión de un jayán que estaba cerca, arrambló con el cadáver, camino del campo santo. Los brazos del muerto parecían anudarse en sus hombros. La cabeza del italianito emergía pegada a la del difunto. Jamás olvidaré la impresión de estupor que reflejaba aquel rostro juvenil, que se pintaba en aquellos ojos desorbitados, plenos de reverberaciones de miedo y de espanto. Acaso en medio de su pavor sentía la nostalgia de sus lares, recordaba su aldea nativa, blanca y riente, suspendida en una aspereza de las costas bañadas por las azules ondas del Tirreno...

III

La guerra sangrienta tuvo término con la mediación del gobierno americano, un término que en realidad sólo representó una tregua o a algo a ello semejante. Unos y otros quedaron armados hasta los dientes ocupando lo que gráficamente se ha llamado *posesiones adquiridas* y que ha sido después, y aún parece serlo todavía, la verdadera manzana de la discordia. Quedó en pie la anarquía, una anarquía mansa y disolvente, preñada de peligros para lo porvenir. Cada caudillo, como señor feudal, quedó dueño de la región que fue teatro de sus proezas bélicas, manteniendo con el gobierno central relaciones de aparente obediencia.

Y aquí empieza a revelarse la inutilidad, mejor dicho, lo malo o inconveniente, de las intervenciones yanquis. Preferible a la intervención amistosa extranjera que puso fin a esa guerra hubiera sido la continuación de ella hasta el vencimiento definitivo de uno de los bandos, para así constituir una situación sólida y durable que pudiera dar de sí benéficos resultados. Así ha resultado siempre en el país. Santana triunfa sobre las facciones disidentes y levanta el edificio de su poder durante largo tiempo. Báez, vencidos sus contrarios, durante seis años gobierna en paz la mayor parte del territorio nacional. Ulises Heureaux gobierna dictatorialmente por espacio de diecisiete años y Ramón Cáceres por cinco o seis tras haber arrollado a sus enemigos. Únicamente por el triunfo de una bandería sobre otra se ha conseguido dar paz a la República. En casi todas estas repúblicas de América ha pasado lo mismo. Siguiendo esa

táctica de mediar o intervenir después de haber corrido ríos de sangre y haber alcanzado las pasiones su punto máximo de intensidad, sólo se ha logrado una pacificación momentánea, de efectos pasajeros, a cuya sombra se ha continuado preparando las armas para reanudar al poco tiempo con mayor ímpetu las suspendidas hostilidades. Cualquiera creería que bajo apariencias de un interés noblemente humanitario, el positivo fin del gobierno americano al impedir el triunfo de uno u otro contendiente dejando subsistentes los motivos que originaron el conflicto y que podían renovarlo más tarde, consistía en un plan de debilitarnos gradualmente para a su hora hacernos más fácilmente su presa...

MONSEÑOR NOUEL

I

Hace ya muchos años, en el *banco* del Parque de Recreo de La Vega, en las noches apacibles en que el cielo exhibía con mayor derroche de esplendidez su deslumbrante pedrería, solíamos reunirnos seis o siete amigos íntimos para en amena charla discurrir cordialmente sobre temas de palpitante actualidad, y recuerdo que más de una vez se le predijo en aquella tertulia al aire libre y de la cual era él uno de los más asiduos abonados, cuando no era más que un simple cura de almas, el Padre Adolfo, sin haber vislumbrado en él nada que remotamente demostrase una aspiración o un deseo en ese sentido, que el porvenir le reservaba como merecido premio a su talento y a sus virtudes, la cruz pectoral de supremo Pastor de la grey dominicana. Él nos decía, con acentos de viva sinceridad, que no quería tal puesto, que su más íntimo anhelo era continuar siendo simple cura de La Vega. Pero más que nuestros deseos, son las circunstancias, en ciertas horas, especie de motivos de impulsión coercitiva que rigen y encadenan nuestra voluntad desviándola de la ruta ambicionada y haciéndonos sacrificar en el ara de lo que se nos presenta como imperioso deber el ardiente anhelo de continuar viviendo tranquilos, lejos de una existencia inquieta, agitada, llena de apremiantes cuidados y exigencias. Obligados estamos, en horas supremas, a rasgar con dolor la tela de oro de nuestras esperanzas de una vida apacible y sosega-

da. Corrieron los años, y sus amigos vimos con gusto su merecida ascensión pensando firmemente que el báculo pastoral no podía estar en mejores manos...

Pero lo que ninguno de nosotros sospechó ni lejanamente ni entonces ni mucho después, lo que ni en sueños podía columbrarse, era que, corriendo el tiempo, en un instante de inmenso dolor para la patria, iba su personalidad a surgir casi de improviso, sin que nadie lo esperase como iris de paz, como símbolo expresivo de concordia, presidiendo un gobierno provisional, de transición puede decirse, encargado de preparar el terreno para la instauración de otro civil apacentado en un radical y práctico concepto de descentralización democrática, benéfica y civilizadora... Fue su elección caso excepcional en nuestra política personalista aviesa y torpe, porque en él no podía advertirse nada que lo aproximase, que le diese vislumbres de semejanza, con los típicos representantes del macheterismo, con los políticos de cartón, con los caudillos de ambición desenfrenada que han convertido el campo de la vida nacional en inmundo abrevadero de torpezas, de concupiscencias, de mezquindades, de rencores y de odios...

En aquellas horas de incertidumbre y de angustiosa espera me hacía a mí mismo incesantemente estas preguntas: ¿Podrá él, en medio de este piélagos de intrigas y de rastreras ambiciones, erguido majestuoso, de pie sobre el oleaje encrespado como el taumaturgo galileo, como el dulce Jesús en el lago de Tiberiades, aplacar el viento impetuoso de las desapoderadas ansias, de las concupiscencias, de los bastardos apetitos que van lentamente despojando nuestra asendereado política de sus últimas partículas de sano y redentor idealismo?... ¿Fracasará prematuramente, como piensan muchos, y tendrá, casi al comenzar la peligrosa jornada, que sentarse fatigado, impotente, descorazonado, con la suprema melancolía del vencido combatiendo por una noble causa, al borde del camino, herido en lo más íntimo de su corazón, para que ante él pase en tropel, desbordada, la turba híbrida de los ignaros, de los fracasados, de los eternos vendimiadores?

II

En las difíciles condiciones en que empuñó las riendas del mando supremo era casi inevitable el fracaso. A las primeras de cambio comprendió que estaba como aprisionado en un círculo de fieras prestas a devorarlo. Mansa oveja de albo e immaculado vellón estuvo durante varios meses amenazado de las dentelladas de los lobos que convirtieron el palacio arzobispal en su cotidiana guarida. Cuéntase que a la semana de su ascensión al solio presidencial quería ya renunciar y que sólo a duras penas y a fuerza de súplicas y de ruegos se impidió que así lo hiciese. ¡Cuántas veces quizás, en sus raros minutos de tregua en medio de la brega afanosa y estéril, no convirtió su pensamiento y volvió sus ojos empañados por las angustias y las decepciones hacia este rincón de La Vega, hacia la ciudad de provincia, de ambiente apacible, en que transcurrieron los años quizás más radiantes y felices de su existencia de levita, amante de las cosas que más ennoblecen y exultan el ininterrumpido curso de las horas que forman la urdimbre de nuestra vida! Por su ingénita y acaso excesiva bondad de carácter, por su inexperiencia honrosa en cosas del politiqueo personalista, no pudo, asido al timón de la zozobrante nave, imprimir rumbo seguro a sus es-tiones gubernativas. Fue, por la fuerza incontrastable de los hechos que lo llevaron a remolque, adonde no debía ir, adonde no quería ir. Las circunstancias que no pudo dirigir ni dominar lo estrellaron en los arrecifes y farallones de la costa bravía...

Los que aquí seguíamos con creciente ansiedad la marcha de los sucesos pensábamos que, frente a exigencias abrumadoras, a los ladridos de la jauría que lo acosaba a todo momento, a las peticiones reiteradas de empleos y prebendas, debía sólo contestar con la frase famosa de Pío IX: *Non possumus* No se puede. No es posible. Y si por esas sostenidas negativas, los jayanes del personalismo y del caudillaje le hubieran amenazado con la asonada y el motín, mejor, mucho mejor para él. Hubiera descendido aureolando su concepto histórico con un resplandor de ingente nobleza cívica. En esos turbulentos meses en que se expedía un nombramiento por la mañana y se anulaba por la tarde o al otro día, se puso de moda, refiriéndose a alguno que se encontraba en este caso: le han dado máquina atrás... Al fin, de-

esperado, abrumado de decepciones, asqueado de ver tantas bajezas, abandonó bruscamente el poder, se fue al extranjero como diciendo con ademán de altivo desprecio: ahí queda eso... En esos días pude ver su retrato. Él, tan fuerte, tan robusto pocos meses antes, aparecía ahora espantosamente enflaquecido, encorvado, como si fuera un anciano de setenta años, como si en él hubieran hecho presa graves y prolongadas dolencias...

I

En mi imaginación revive de nuevo la escena con su peculiar colorido. En el salón amplio, austero, de severa ornamentación, bajo la deslumbrante claridad de las bombillas eléctricas, solos, Bordas Valdés y yo departíamos sosegadamente sobre cosas interesantes de nuestra asendereada actualidad política... Afuera, a intervalos, se oía como el abejeo de un cuerpo de guardia cercano y el suave y perenne murmullo del Ozama... Frente a mí, arrellanado en mullido sillón, pulcramente trajeado de blanco, afable, sencillo, sin pizca de afectación, se destacaba la figura simpática de este joven militar que, habiendo vivido largo tiempo en la atmósfera envenenada de la lucha cruenta, supo ser siempre, como el héroe de Osián, generoso y humano. A la primera insinuación mía de lo que se propalaba respecto de su probable candidatura a la presidencia definitiva de la República, se irguió altivamente con gesto de noble reprobación... Eso no; eso era imposible. Él no quería, el no debía ser uno de tantos. Y su mirada luminosa se clavaba en mí al decirme estas cosas. Su voz, reposada y serena, tenía pronunciados dejos de honda sinceridad. Conozco bien, me decía, toda la gravedad de las inflexibles realidades de la hora. Comprende bien que él no es, en este supremo instante, sino un gobernante de transición precisamente encargado de abonar el terreno para preparar unas elecciones libres. Yo aplaudía. Por ahí había que princi-

piar. De lo embrionario e irregular hay precisamente que partir para alcanzar finalidades más o menos luminosas de perfectibilidad siempre relativa. Toda evolución se determina precisamente en ese sentido. No hay, pues, que sumergirse en la onda negra del pesimismo. No hay que desesperar. Eso es propio de impotentes...

Habían ya sonado las diez en el viejo reloj de la histórica Catedral. Al despedirme de él afectuosamente experimenté la sensación de que durante un tiempo había estado en contacto con un alma selecta. Y al salir a la calle, sentí bajo el palio suavemente luminoso de la noche estrellada, que en mi pecho se abría como una flor encendida de esperanza. En aquellos días, julio de 1913, eran muy escasos, bien puede afirmarse, los espíritus escépticos que dudaban de la buena fe del Presidente Bordas en lo que se decía de sus propósitos de presentarse, mejor dicho, de imponerse como candidato en las próximas elecciones presidenciales. Para cuantos, después del doloroso fracaso de Monseñor Nouel, estudiaban desapasionadamente la situación sin espíritu estrecho de banderías, era claro por completo que Bordas Valdés, como encargado interinamente y por tiempo limitado del poder o función Ejecutiva, vinculaba sólo la delicada misión de mantener la paz y la armonía entre los grupos a fin de llevar a cabo en condiciones propicias la reforma constitucional ansiadamente perseguida y realizar unas elecciones en que privase la más amplia libertad posible. Ese era también el criterio del mismo Bordas Valdés. Así lo expresaba rotundamente en conversaciones privadas y en cartas que se publicaron en esos mismos días. Por mi creencia en la lealtad de Bordas Valdés, muchos me tildaron de cándido. En nuestra actuación política, cada vez más pesimista y corrompida, se confunden lastimosamente todas las reputaciones. No se tiene fe en nada ni en nadie. Porque fulano cometió tal desliz, todos harán seguramente lo mismo. Se barajan desconsideradamente las reputaciones más altas y honorables con las desacreditadas de tipos maleantes dignos de pasar en un presidio el resto de sus días. Raros, como diamantes de a libra, son los que inspirados en un sereno espíritu de amor a la verdad, buscan desapasionadamente la realidad de los hechos. Y esa realidad nos dice, con deslumbrante elocuencia, que todavía existen en el país hombres

de carácter, de irreprochable lealtad, muy capaces de llenar a conciencia sus deberes públicos, irguiéndose, como símbolos de seguro amor patrio, en medio de las crisis y exaltaciones de nuestras terribles contiendas fratricidas.

II

En el poder, función conservadora por excelencia, mantenedor natural de la paz pública, reside entre nosotros, por raro contraste, la causa principal de nuestras luchas armadas. Con ausencia de verdaderas finalidades gubernativas, con diarias violencias, coacciones, atropellos, favoritismos odiosos y otras cosas de idéntico jaez, llegan casi siempre los directores de la cosa pública, constantemente desorientados, a crear una atmósfera de reprobación, de desconfianza, terreno abonado para que en él puedan germinar fácilmente ideas levantiscas de ambiciosos vulgares de largo machete. Todo eso lo revela con irrefragable elocuencia nuestra actuación histórica. En realidad hemos carecido constantemente de gobernantes idóneos, de relativa capacidad, de cierta previsión, dotados, sobre todo, del conocimiento más o menos exacto de hombres y de cosas y del sentido seguro y pleno de las realidades de la hora presente.

El arrendamiento inconsulto e irreflexivo del ferrocarril de Puerto Plata originó la malhadada insurrección de setiembre. Aquel arrendamiento era cosa propia de un gobierno definitivo y no de una interinidad cuyos días estaban ya contados. Desde el primer momento nadie vio un propósito de bien público en tal proyecto, sino algo enderezado a encender rivalidades del personalismo cibaeno. Hechos posteriores probaron de modo decisivo que tal arrendamiento, en lugar de favorecer a aquella utilísima obra ferroviaria, iba a serle perjudicial en su organización administrativa y en sus resultados prácticos. El Ejecutivo promulgó sin ninguna dilación el decreto de arrendamiento del ferrocarril votado festinadamente por el Congreso Nacional. En las cimas donde se elaboran los destinos de los pueblos, debe campear el juicio sereno, imparcial, de estricto valor jurídico, frente a las continuas exigencias de fricciones influyentes. Aquello fue como un guante que se arrojaba. Herido en lo que

suponía su derecho y juzgándose amenazado en la sombra, el horacismo puertoplateño lo recogió altivamente. Fue un error, un grave error. Fue un error, porque ese asunto, baladí en su esencia, no justificaba, en ningún sentido, un nuevo copioso derramamiento de sangre, y fue un error desde el mismo punto de vista partidarista, porque el horacismo no estaba preparado para la lucha. Bien pronto se constató que carecía de los necesarios elementos de ella. El horacismo, vencido o poco menos, celebró antes de terminar la lucha un pacto o convenio en que se aseguraba la libertad de la próxima campaña eleccionaria *bajo la garantía del gobierno norteamericano* o cosa semejante. Hacía pocos días que había aparecido en la escena el ya *célebre* James O. Sullivan...

Este hombre, mejor que del tipo del *politician* sin escrúpulos, es el del verdadero *buccaneer*. Sin haber aún presentado sus credenciales, desde Montecristi, ese nuevo representante norteamericano, comenzó a fungir, lo que fue realmente más tarde, como árbitro supremo de la política dominicana. Reveló, desde el primer instante, un completo desconocimiento de prácticas y procedimientos diplomáticos. Halagos y amenazas brotaron copiosa y alternativamente de sus labios. Así se expresaba en una comunicación dirigida a los jefes del movimiento revolucionario:

“Yo no cumpliría todo mi deber si dejara de advertirles a ustedes las medidas que serán tomadas en caso de que una siniestra y obstinada actitud fuera asumida por aquellos que ahora están tratando de derrocar la autoridad establecida. Por otro lado, si los jefes de la actual revolución aceptan la actitud asumida por el gobierno de los Estados Unidos, pueden contar con la ayuda y apoyo de ese gobierno para secundarles en el esfuerzo de traer al país a una situación en que la voluntad del pueblo pueda ser registrada por una honrada votación tomada en una elección debidamente regulada.”

En otra comunicación, abundando en el mismo sentido, dice así:

“Mientras el gobierno de los Estados Unidos no alterará su firme propósito de poner fin a la presente revolu-

ción y prevenir otras nuevas, él está igualmente decidido a que una libre y honesta elección hecha próximamente removerá toda causa o excusa para revolucionar."

La paz vino indudablemente más por la falta de éxito de los revolucionarios y por su carencia de elementos de guerra que por las amenazas y abusivas injerencias de Sullivan. El hecho es que entre las partes contendientes y bajo la garantía más o menos explícita del ministro norteamericano, celebróse un convenio en que se aseguraba el libre ejercicio del sufragio para las próximas elecciones, tal como era el vehemente deseo de la inmensa mayoría del pueblo dominicano.

III

Poco después, como principio de desconocimiento de lo pactado, tímidamente en los comienzos, empieza a ganar con apresuramiento terreno en las esferas oficiales el propósito de retener el poder por el mayor tiempo posible. Me atrevo a afirmar que, en los primeros momentos, Bordas Valdés no escuchó con agrado tales lisonjeras insinuaciones. Desde hacía tiempo —tuve ocasión de constatarlo en mi viaje a la Capital— sus más íntimos allegados, los más interesados, se movían activamente dando calor al propósito reeleccionista, sin que de parte de él pareciesen encontrar acceso franco y ostensible. Ante sus promesas formales de no reelección, de presidir unas elecciones enteramente libres, de entregar la banda presidencial al elegido de las mayorías, su conciencia, al principio, quizás rechazó indignada, me complazco en pensarlo, torpes e interesados consejos. Pero al fin, tales insinuaciones que en el fondo lo halagaban naturalmente, repetidas diariamente, a toda hora, con cualquier motivo, a veces en forma de halago a su amor propio, a su vanidad personal, fueron inclinando su espíritu a la desdichada resolución de quedarse con el mando supremo, de no abandonar la poltrona presidencial donde empieza a encontrarse a sus anchas. Aunque a intervalos no falta quien le hable el lenguaje de la verdad serena y austera, el murmullo de adulación que resuena continuamente a su paso, la voluntuosidad del poder su-

premo que va a escapársele de las manos, los informes falsos, pero dorados con un miraje de verdad que continuamente zumban en sus oídos; las almas genuflexas que lo sahúman con el incienso de manifestaciones serviles, concluyen por hacerle creer que él es el hombre necesario, el capaz de salvar la República, el *providencial*; y ya desde ese momento echa a un lado titubeos e indecisiones y entra de lleno por el tortuoso camino de las ilegalidades y las violencias. Podría escribirse un libro, bien nutrido de datos curiosos de nuestra actuación histórica, titulado: *Cómo se forma un tirano*.

En él se vería cómo poco a poco, lentamente por obra de un conjunto de ciertas circunstancias, un hombre cualquiera, noventa y nueve entre ciento, pundonoroso, leal, sincero, va transformándose, sufriendo un visible desgaste de tales relevantes cualidades, hasta venirse a convertir en lo que Bordas Valdés no quería ser: en uno de tantos. Tales casos de transformación individual son frecuentes en estas levantiscas e incoherentes democracias hispanoamericanas. El personalismo político lo explica fácilmente. Sin verdaderas condiciones intrínsecas, con una buena dosis de audacia, con cierto oportunismo, despreciando escrúpulos, asalta la presidencia cualquier individuo que nadie, conociéndolo bien, hubiera juzgado, ni por un instante, capaz de enseñorearse de tales alturas y de dirigir, desde ellas, los destinos de un pueblo. El fenómeno es curioso. Cuando más necesitados estamos de estadistas de verdad, sagaces y previsores, con el sentido más o menos acentuado de las efectivas realidades del instante, surgen a granel, productos del medio y de las circunstancias, los ignaros, los mediocres, los perfectamente incapaces de atisbar la complejidad de relaciones y procedimientos que supone la administración de un Estado. De ahí principalmente, de esa falta de competencia, los resultados desastrosos que palpamos a cada paso. No es posible la dirección firme y fructuosa de un Estado, tal como lo determina y regula la ciencia moderna, sin el conocimiento previo de sus variados medios de actuación y de las finalidades que lo integran. Ni pueden ni deben considerarse la libertad y el orden como términos antitéticos, sino como formas que se integran en una síntesis luminosa y satisfactoria. Claro está que la democracia en sí, en sus más característicos medios y procedimientos, en

sus fines esenciales de organización jurídica y de civilización coherente y progresiva, supone colectividades de cierta cultura y de cierto adiestramiento en el cumplimiento de deberes y en el ejercicio de derechos.

Ya en esa vía tortuosa y sombría, empezaron a presentarse los signos precursores de la catástrofe que se avecinaba. *Abyssus abyssum invocat*. Si una idea fija es condición característica de la locura, puede asegurarse que desde ese momento el propósito reeleccionario absorbió todas las iniciativas y gestiones gubernativas, convirtiéndose en algo parecido a una forma curiosa de demencia oficial. Cartas íntimas de personas muy allegadas al primer mandatario, conozco algunas, expresaban la irrevocable determinación de éste de conservar el poder indefinidamente y la seguridad de arrollar, apoyado en la fuerza armada, cualquier manifestación de la opinión pública encaminada a cerrarle el paso. Otra vez iba a ser el gobierno el determinante de una nueva guerra civil. Bien pronto —contrario a la formal garantía del famoso Sullivan, quien arrimado al gobierno utilizaba su influencia con fines personales— las elecciones municipales y las de diputados a la Asamblea Constituyente, pusieron de manifiesto, en varios puntos del país, que el Ejecutivo no se paraba en escrúpulos para realizar lo que juzgaba que podía contribuir a su decisión de alzarse con el santo y la limosna por los siglos de los siglos. ¿Y Sullivan? ¿Y sus famosas elecciones libres? Hubiera podido evitar muchas cosas, la misma guerra civil que veía venir a pasos precipitados y no lo hizo. Muy al contrario. Con su razón y su cuenta sin duda. Un consejo de él oportuno y discreto en los oídos del extraviado mandatario hubiera podido detenerlo en la peligrosa vía. Algunas de las elecciones mencionadas fueron obra de coerciones vergonzosas, se amasaron con sangre, dejaron en el espíritu público una huella profunda de amarguras y desalientos...

IV

Aquel gobierno, presa ya del vértigo, corría desbocado por la pendiente de sus desaciertos. Ya no se gobernaba puede decirse en el recto sentido de la palabra. El gobierno se había converti-

do en una especie de gigantesco comité electoral en que todo se subordinaba al invariable propósito de la continuación indefinida en el poder del general Bordas Valdés. Y ese propósito asumió proporciones de demencia cuando se constataba que ese mandatario tenía contra sí todas las agrupaciones políticas existentes en el país, contando sólo con los elementos de la fuerza pública que tenía en sus manos y con la adhesión de casi todos los empleados que luchaban con vivo interés por la conservación de sus respectivos destinos. En la entrevista de Puerto Plata, celebrada en esos mismos días, no obstante eufemismos suavizadores del convencionalismo político, púsose de manifiesto la discordancia existente entre los propósitos de Bordas Valdés y a lo que a ese respecto pensaban muchos políticos del Cibao. En vista de eso, parecía natural que el presidente interino se resignase a desistir de su empeño reeleccionista, a fin de evitar los nuevos copiosos derramamientos de sangre que inevitablemente traería su funesta obcecación. Sucedió distintamente. Desde su regreso a la Capital, columbróse claramente que ya no se desviaría ni un ápice del funesto derrotero emprendido. Sus áulicos querían su continuación en el poder a todo trance. Y él mismo, ya seducido por las voluptuosidades del poder supremo, lo ansiaba también ardientemente. Y se fue a Roma por todo, salga lo que saliere...

Como se acercaba el 14 de abril, fecha en que terminaba el año decretado por el Congreso para la presidencia interina de Bordas, empezaron a sostener algunos de sus partidarios que los términos del decreto en que se consagraba su elección le permitían dilatar su interinidad hasta que se efectuase el nombramiento del presidente definitivo. Y se sostenía tal cosa a pesar de las actas del Congreso, en que aparecía sin ambages la intención clara y manifiesta de que el período de la interinidad no pasara de un año. Del Congreso Nacional, recta o torcida, después de la muerte de Ramón Cáceres, emanaba toda actuación de carácter legal respecto de nombramientos presidenciales de orden interino. El conflicto se produjo rápidamente. Las autoridades antirreeleccionistas fueron destituidas después de vencer una porfiada y sangrienta resistencia. En las calles de Santiago y La Vega corrió copiosamente la sangre. *Consumatum est*. Muchos observadores superficiales, de esos que sólo se fijan

en la corteza más o menos endeble de los hechos, ofuscados por el fácil triunfo obtenido, consideraron desde luego, y así lo proclamaron a los cuatro vientos, que la opinión estaba por completo domeñada y que ya el bordismo podía entonar el himno de la victoria definitiva. Se equivocaban... Para consolidar su triunfo salió Bordas Valdés de la Capital al frente de tropas aguerridas y provistas de toda clase de elementos de guerra. Haciendo orgullosa exhibición de los elementos militares con que contaba, paso por las ciudades del Cibao siendo en todas acogido con glacial indiferencia. Confiaba demasiado en los recursos de fuerza de que disponía. Huérfano casi por completo de opinión, pretendía colmar ese vacío con un aparato guerrero que llevase el desaliento a esa misma opinión desarmada o poco menos. En todas partes encontró hosquedad o indiferencia. Sus áulicos telegrafiaban a Santo Domingo dando cuenta de espléndidos recibimientos. Se seguía en plena comedia...

Ya está en Santiago. Desde las murallas de la Fortaleza de San Luis abarca con la mirada las lejanías del horizonte pensando en las dilatadas llanuras y empinadas serranías de las comarcas noroestanas donde en pasados años lidió con innegable bizarría y adquirió merecidas ejecutorias de militar diestro y humano. Va a llevar la guerra a esas comarcas, la *Meca del jimenismo*, como dice él mismo, alimentando la esperanza de *barrer*, son sus palabras, los obstáculos que se presenten a su paso. Ya en La Vega ha dado a la publicidad un documento dolorosamente célebre: la proclama en que declara que, *aferrado a su criterio*, palabras textuales, desconoce el legítimo derecho del Congreso de darle un sucesor y continuará en el ejercicio del poder hasta que se nombre un presidente definitivo, es decir, él mismo. Esta insólita declaración lo sitúa en plena dictadura. De pronto varía de plan de operaciones. Abandona su proyecto de invadir la Línea Noroeste. ¿Qué pasa?... En el ambiente, estremeciéndolo e iluminándolo, resuena viril, conmoviendo las almas, la altiva protesta de Puerto Plata. A la declaración en que desconoce al Congreso y manifiesta su decisión de continuar ocupando ilegalmente el poder, la noble ciudad contesta arrojando el guante al dictador armipotente. Este lo recoge y mueve todas sus fuerzas con la firme resolución de someter a su yugo a la ciudad culta y gloriosa.

V

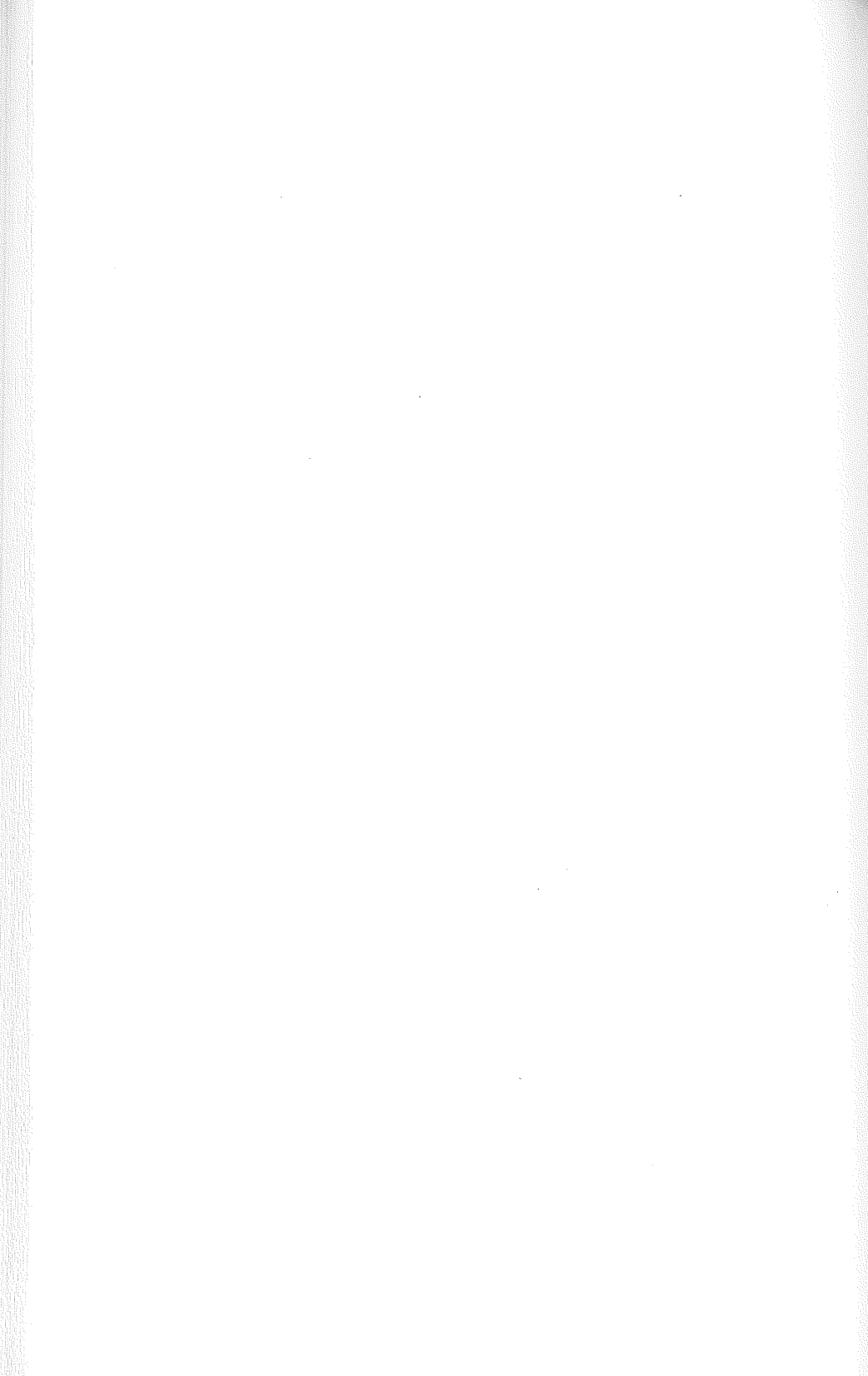
Luchan de nuevo hermanos contra hermanos. En vano el dictador asesta su artillería formidable, pretendiendo en largo y forzoso asedio obligar a rendirse a los heroicos defensores, de Puerto Plata. En vano se pretende infundir el terror, fusilando a mansalva, desde las trincheras exteriores, a la gente pacífica que circula descuidada por calles y por plazas. Por violar lo acostumbrado en casos de bombardeo, el crucero norteamericano *Machias* dispara sus cañones sobre el campamento del ex-Presidente. ¡Qué vergüenza para el país! La segunda edición del hecho nefasto de Villa Duarte. Un grupo escogido de jóvenes intelectuales, en armas contra el bordismo, no vacila, colocándose en un punto de vista netamente nacional, en fulminar vibrante protesta contra tan insólito y lamentable suceso. Los más caracterizados defensores de Puerto Plata hacen lo mismo. En todas partes, por más que en todas partes sea la inmensa mayoría opuesta a Bordas, resuena con eco simpático esa vibrante protesta. Fugitivo en el Santo Cerro por el temor a nuevas persecuciones del bordismo enseñoreado de La Vega, no tengo desdichadamente los medios a mi alcance para secundar calurosamente esa protesta...

¡Ah, la horrible, la pavorosa guerra civil! ¡Qué honda tristeza se experimenta, bajo el cielo radiante, en las tardes luminosas de apacible encanto primaveral, verse uno constreñido a recluirse en lo más recóndito del hogar, al oír las detonaciones repetidas de la fusilería, el desapacible silbido de las balas que rasgan el aire, las lamentaciones de los heridos, que se escuchan a lo lejos en los intervalos en que se hace el silencio en medio del horror de la lucha fratricida! ¡Qué dolor al saber la trágica desaparición de un amigo en las sombras de la pavorosa contienda, al conocer que los edificios de cultura social, de ornato público, que uno contribuyó a levantar con ingentes sacrificios, se convierten en cuarteles, en casas de prostitución, en antros infectos, sufriendo el estrago de las balas que hacen blanco en sus paredes! ¿No es verdad que es causa de profundo desaliento, contemplar cómo tan fácilmente se destruye por obra de unos cuantos ambiciosos lo que costó tantos esfuerzos y sacrificios llevar a cabo?

No hay escuelas, no hay periódicos. Los criminales más empedernidos ostentan triunfalmente su impunidad por calles y plazas, constituyendo una permanente amenaza para los jueces que los condenaron y para la sociedad que los mira con espanto sirviendo de sostén a lo que los turiferarios de la dictadura continúan llamando enfáticamente orden público.

¡Puerto Plata! Convertida en baluarte del derecho esclarecido, la noble ciudad sigue defendiéndose bravamente. ¡Tan bella, la gentil, tan pintoresca, con sus casas blancas de sencilla elegancia, con la policromía de sus rientes pensiles, con su mar azul, con la montaña enhiesta en cuyas faldas reposa en un ambiente de serena y desbordante alegría! Ahora, luto, desolación en sus calles, en sus casas. Tiemblo por su suerte. No puedo olvidar que en ella transcurrieron los dorados días de mi adolescencia y mi primera juventud... El 30 de julio, Bordas Valdés, rechazado tantas veces, intenta el último esfuerzo. Fracasa nuevamente con gran mortandad en sus cansados batallones. Empieza a comprender la inutilidad de sus esfuerzos. Los legalistas lo asaltan en sus mismos formidables atrincheramientos. Pierde, pierde terreno... En ese momento se produce una nueva intervención del gobierno norteamericano. Constreñido a renunciar, toma, poco después, el camino doloroso del destierro.

Y al irse deja tras sí, obra de su iniciativa según el gobierno de los Estados Unidos, una nueva mutilación de la soberanía nacional: el nombramiento de un *experto financiero norteamericano*, empleado innecesario y que costará al país ocho mil pesos anuales...



EL PLAN WILSON

Lo que se conoce con el nombre de Plan Wilson demuestra de modo irrefutable la carencia en el gobierno norteamericano de una orientación firme y segura para solucionar consciente y satisfactoriamente el problema palpitante del impenitente revolucionarismo característico de algunas sedicentes repúblicas de este continente. Su pretendida curatela de pueblos, su injerencia en los conflictos interiores de algunos de estos países, no ha tenido nada de beneficioso y de civilizador en lo que toca a Santo Domingo. A sus sucesivos pasos de mediación o de intervención más o menos coercitiva ha correspondido siempre un desarrollo cada vez más morbosos y disolvente del fermento de motines, sediciones y movimientos revolucionarios. Nadie ignora que después de la Convención nuestras revoluciones han sido más frecuentes, duraderas y sangrientas. Los estadistas yanquis, sin excepción, han carecido de la perspicacia necesaria para discernir, en lo que reza con nosotros, lo que hay de superficial y a ras de tierra en nuestro rudimentario organismo político, de lo que hay en su fondo con caracteres más o menos visibles de fijeza y permanencia. Sus procedimientos usuales han consistido en hirientes amenazas. Si sus propósitos se hubieran fecundado en ideales de racional y oportuno mejoramiento político y económico, nobles y ejemplarmente desinteresados, otros hubieran sido los medios empleados para llegar a la consecución de los fines que ostensiblemente preconizan y que ya sólo engañan a ciertos espíritus superficiales o que quie-

ren a sabiendas dejarse engañar para favorecer determinados intereses de personalismo político.

El llamado Plan Wilson, en sus líneas generales, se concreta a la realización de unas elecciones libres, y a que, una vez celebradas éstas, no pueda ocurrir ningún cambio en el personal gubernativo que no sea dentro del marco de procedimientos legales que determina la Constitución del Estado. Ese Plan carece por entero de virtualidades jurídicas, pues en el fondo no es sino la imposición, por medio de amenazas de coerción inmediata, del criterio del Presidente Wilson inspirado en el aparente propósito de suprimir o hacer imposibles las revoluciones. Salta a la vista lo equivocado y superficial de tal manera de apreciar las cosas. Las revoluciones no se suprimen o imposibilitan por medio de mediaciones que en esencia entrañan una intervención que no permite la discusión serena y reflexiva del punto o de los puntos que las motivan. Esto ha de hacerse y esto se hace, dice con voz de Júpiter tonante el Presidente Wilson, y sin réplica posible hay que subordinarlo todo a ese mandato, así entrañe, como en este caso, el más craso y solemne disparate. Unas elecciones libres o relativamente libres celebradas festinadamente, con inaudita festinación, a raíz de terminarse la revolución contra el poder dictatorial de Bordas Valdés, no eran ni podían ser el mejor medio de solucionar satisfactoriamente el tremendo problema. Se requería previamente, mediante una obra reflexiva y consciente, desencombrar el suelo de los obstáculos hacinados en él durante tantos años de desórdenes, turbulencias, revoluciones y disolvente anarquía. Era preciso un cambio, una transformación lo más radical posible de nuestras instituciones medioevales, determinadas por un concepto abusivo y estrecho de centralización de funciones gubernativas propicio en un todo al desarrollo constante de gérmenes eminentemente nocivos de un torpe y desenfrenado caudillaje. Sin tocarlas en lo más mínimo, se dejaron en pie, amenazantes, las causas que habían producido el último y los anteriores levantamientos armados. Se tendió a flagelar cruelmente los efectos dejando erguidos y triunfantes, prestos a tornar a su ominosa tarea de sangre y de ruinas, los motivos recónditos de impulsión que siempre han actuado en nuestra vida nacional con dolorosas y disolventes consecuencias.

II

La voluntad de unos cuantos jefes de banderías o agrupaciones políticas no podía en ningún caso dar plasticidad jurídica, elevándolo a la categoría de instrumento internacional de efectos obligatorios y permanentes, a un acuerdo o medio de inmediata pacificación impuesto torpemente por un gobernante extranjero. Se aceptó, sin protesta, como un recurso de que no era posible prescindir dada la gravedad de las circunstancias. Detrás de esos jefes de partido que iban de manera excepcional y única a designar un presidente provisional, se veía moverse en la sombra, con rigidez inflexible, la mano que desde Washington dirigía todo aquel cotarro en que lo que menos se tenía en cuenta era la opinión clara y decisivamente expresada del pueblo al que se pretendía encaminar por luminosos senderos de una organización que respondiese en un todo a prácticas y procedimientos de métodos constitucionales positivamente inspirados en cánones y doctrinas de la más racional democracia representativa.

La elección de los jefes de facciones recayó en el doctor Ramón Báez, persona distinguida y honorable por muchos conceptos. En realidad no era un Presidente de la República en la verdadera acepción que debe darse a esta palabra. Únicamente podía imprimir carácter legal a ese nombramiento una elección legislativa o a falta de ella una designación de carácter popular hecha oportunamente en los comicios. En el fondo, con el título de Presidente, con los honores y preeminencias de tal, fue principalmente un encargado de ejecutar las órdenes más o menos terminantes que procedían de la Casa Blanca. No se limitó simplemente para honra suya a ese papel restringido y humillante, pues demostró iniciativas oportunas en ciertos importantes ramos de la Administración nacional. Pero en lo más importante viose poderosamente constreñido a obrar en el sentido unilateral que le señalaba imperativamente la voluntad extranjera. Su breve gobierno, descontados algunos errores, fue en uno que otro aspecto digno de encomio. No pudo ni podía hacer más. Con una discreta prolongación de su rápida interinidad quizás hubieran podido realizarse las reformas que se pedían con insistencia y que habían constituido la bandera de combate de las

tres últimas revoluciones. En virtud de esas reformas, ya sosegados los ánimos y abonado convenientemente el terreno, hubieran podido llevarse a cabo las elecciones en condiciones de responder de la mejor manera posible a una expresión de la voluntad popular lo más fiel y libérrimamente manifestada. Nada de eso fue suceder. La intervención extranjera quería resolver cuanto antes el punto, salga lo que saliere. Una Ley Electoral elaborada con eléctrica rapidez y antes de ponerse en ejecución objeto de sucesivas enmiendas y modificaciones, resintióse notablemente de la prontitud con que fue formulada. Pronto se constató que adolecía de graves defectos y que existían en ella no pocas lagunas. Las elecciones contraladas por comisionados del gobierno norteamericano, resultaron relativamente libres. Los Colegios Electorales surgidos de ellas, designaron con la mayoría de sus votos al ciudadano Don Juan Isidro Jiménez, para la presidencia constitucional de la República.

LA ESCISIÓN

I

En esa encarnizada lucha electoral sólo se vieron, en lugar de ideas de renovación agitando el ambiente, las flámulas rojas de los bandos personalistas. Entre lo poco que admiro de nuestros vecinos occidentales, es que allí, rara vez o nunca, torna el caudillo caído a enseñorearse del poder. Cae definitivamente. Así debería ser entre nosotros. Hay excepciones, ya lo creo, pero en estas incoherentes democracias esas excepciones sólo se encuentran una que otra vez. En la República ha habido siempre ciudadanos muy capaces por su cultura, por su probidad y por su sereno y acendrado patriotismo de rectificar el rumbo por donde va extraviada la nave zozobranante de nuestros destinos. Pero hasta en eso se echa de ver nuestro culto a lo tradicional, a lo pasado. Aquí no se anula nadie así sean el intenso y el perdonavidas encumbrados por el azar en determinadas circunstancias. Cada vez que se trata de una elección de Presidente o de nombramientos de Secretarios de Estado asoman su perfil en las columnas de la prensa, al lado de individuos en quienes por no haber figurado en cabildos del personalismo se fijan las miradas esperanzadoras de la gente sensata, muchos mediocres con aires falsos de superioridad que no sirvieron para nada en los puestos públicos que desempeñaron y que de nuevo aspiran desalados a dar en los mismos o parecidos cargos el triste espectáculo de su rutina-

rismo o de su declarada impotencia. Nos gustan las resurrecciones arcaicas. Parece que nos complace exhibir en el escenario político a tipos de cierta laya que han hecho ya su camino, que tuvieron su oportunidad, que dieron de sí cuanto podía esperarse de ellos. El observador desapasionado tiene que contemplarlos, bajo el silencio vespéral, en la desolación infinita de la llanura, como árboles enclenques de rugosa corteza, de ralo follaje, que apenas pueden prestar mínima sombra bienhechora al caminante...

Don Juan Isidro Jiménez, Don Juan, como lo llamaban sus partidarios, presidió, después de la desaparición del general Heureaux, una de las más luminosas y liberales administraciones que ha tenido la República, lo que le granjeó una grande e indiscutible popularidad. Pero a mi juicio, su nombre, en las últimas elecciones, sonaba a hueco, no era el de una personalidad capaz de enfrentarse a los arduos problemas suscitados y agravados en los quince años transcurridos después de su primera beneficiosa presidencia. No en vano habían corrido esos tres lustros para el país y para él. Sus achaques, su ancianidad, el desgaste natural producido por el tiempo no ya sólo en su parte física sino en su misma vida espiritual, parecían si no imposibilitarle del todo, por lo menos hacerle difícilísima una medianamente acertada gestión gubernativa. Muchos de los más sonados sostenedores de su candidatura así lo creían sinceramente y aun se recataban poco para confesarlo; pero añadían que su elección era indispensable, como especie de lazo de unión, para mantener la unidad del jimenismo amenazado de fraccionarse por el trabajo más o menos visible de aspirantes a la herencia del anciano jefe. Para asegurar el triunfo, ardiente y poderosamente disputado por la disciplinada agrupación horacista, se efectuó la llamada conjunción integrada por elementos de pura cepa jimenista, de desideristas, jimenistas afines y de velazquistas. Entre estos y los segundos no hubo nunca sincera cordialidad de relaciones. Parecían estorbarse mutuamente. En el Cibao jimenistas y velazquistas, unidos oficialmente, parecían repelerse. Formaban rancho aparte. No había peligro en ello, pues los últimos han sido siempre una escasa minoría. Pero eso quitaba en cierto sentido unidad de acción a la situación imperante.

En los comienzos de su gobierno, en lo que toca al alto personal dirigente, incurrió el Presidente Jiménez en el error de prescindir de elementos de su partido que por sus relevantes méritos personales y por sus largos y distinguidos servicios merecían compartir con él las faenas y responsabilidades administrativas de su nuevo período constitucional. El principal de esos elementos injustamente postergados fue el notable periodista y tribuno Eugenio Deschamps, uno de los que más contribuyeron a dar lustre y nombradía a su primera administración. En lo relativo a nombramientos diplomáticos y consulares se cometieron disparates mayúsculos. A medida que pasaba el tiempo ibanse acumulando los errores. Sin quererlo él, pues nadie dudaba de la sinceridad de sus sentimientos liberales puestos desde hacía tiempo en evidencia, pasaban cosas extremadamente dolorosas que acaso se le dejaban ignorar por entero o que llegaban a sus oídos considerablemente atenuadas. En el gobierno de un civilista, de un hombre refractario al macheterismo como él, se sucedían escenas propias de las épocas más tristes de pasadas dictaduras. Se engrillaba, se expulsaba, se fusilaba por el antojo salvaje de jefecillos comunales, se dejaba con fútiles pretextos o sin ellos sin sueldo a los empleados durante largos meses. Cada vez se patentizaba más la falta de unidad gubernativa, la ausencia de una mano vigorosa y firme que impusiera el orden en aquel caos, que imprimiera una dirección estable y fija a bien intencionados propósitos administrativos. El mismo Velázquez, talento organizador y carácter autoritario, no hizo o no pudo hacer nada de importancia en el ramo de Fomento y de Obras Públicas que tenía a su cargo como Secretario de Estado. Una nota simpática se dejó oír en medio de aquel tremendo desconcierto: la supresión del experto financiero norteamericano impuesto al país en las postrimerías del gobierno de Bordas Valdés. Pero la marea del desorden gubernativo, del desbarajuste económico, subía, subía, impetuosa y arrolladora y ganaba las alturas. Todo aquello culminó al fin en la acusación contra el Presidente Jiménez presentada en la Cámara de Representantes por una mayoría integrada por diputados de todos o de casi todos los partidos.

II

La escisión entre el partido jimenista se había ya producido. El choque vino entre el Presidente Jiménes jefe civil del jimenismo, y el general Desiderio Arias, Secretario de Estado de Guerra y Marina e indiscutible jefe militar de la misma agrupación política. Sean cuales fueren los errores que en su larga carrera política haya podido incurrir el general Arias, es innegable que en él concurren condiciones que revisten de cierto sello simpático su personalidad política. A diferencia de la mayoría de los generales dominicanos de cierta nombradía, no ha puesto, según la frase gráfica de uso corriente, *cruces en ningún cementerio*, es decir, no ha fusilado a nadie. No se le conoce ningún vicio, a no ser que se considere como tal su devoción absoluta al politiquero personalista. Ni juega ni empina el codo. En materia de mujeres resulta positivamente casto. Su actitud en los días turbulentos del gobierno de Bordas Valdés fue la de un político prestigioso que sabe subordinar sus intereses personales, sus particulares ambiciones, a exigencias y orientaciones de la opinión pública. Uniéndose a Bordas, colaborando en la obra de éste, a que se le instó con ahínco en la célebre entrevista de Puerto Plata, lo tenía todo, lo aseguraba todo: Vicepresidencia, Delegación, influencia mayor que ningún otro partido en el nuevo gobierno. Lo despreció todo. Creyó fundadamente que el país en sus representaciones más conspicuas y en sus más densos núcleos de opinión, se oponía resueltamente a la continuación de aquel mandatario en el poder, y a este criterio, el más acertado y patriótico, ajustó todos sus actos. Y me complazco en decirlo con mi habitual sinceridad, porque el general Arias tiene para mí el mérito singular de haberse erguido siempre con noble gesto ante la injerencia norteamericana en nuestros asuntos interiores. Ha sabido poner prontamente en su lugar a los engreídos funcionarios yanquis a quienes la debilidad, por no decir otra cosa, de algunos de nuestros gobiernitos últimos ha dado alas para meterse donde no les importa...

Para examinar y apreciar serenamente este asunto no hay que situarse, como lo ha hecho la generalidad, en el terreno de las abstracciones, o sea, de principios de estricta legalidad constitucional. Hay que apreciarlo como lo que realmente es,

como una querrela o pleito de carácter neta y absolutamente personalista, de un personalismo mezquino que no se para en barras para salirse con la suya así se lastimen hondamente los más vitales intereses del país. En la elección de Don Juan Isidro Jiménez tomó parte decisiva el general Desiderio Arias. Sin él no hubiera triunfado. Su influencia y la de sus más conspicuos amigos cibaños decidió la victoria en las Provincias de Santiago, La Vega y Montecristi. Sin los votos de los electores de esas provincias no hubiera podido Jiménez ceñirse la banda presidencial. Por esa circunstancia y por su indiscutido carácter de jefe militar del jimenismo, se creía, naturalmente, en lo que toca a ese aspecto, árbitro de la situación. Desde ese punto de vista, Don Juan se veía como entorpecido, como cohibido, sin libertad para la realización de determinados fines administrativos. Tan pronto como quiso remover uno de los jefes militares más allegados a Arias, la escisión se produjo, estalló como un formidable petardo. Según el criterio personal de cada uno, ambos a dos parecían tener la razón: la tenía Don Juan cuando invocaba su perfecto derecho constitucional para remover un empleado que le disgustase o no le conviniese para ulteriores propósitos, y la tenía Arias cuando veía en esa resolución el alejamiento sospechoso de uno de los principales puntales de su poderío militar. Temió, acaso fundadamente por enojos o rozamientos anteriores, que se trabajaba solapadamente por aislarlo, por reducirlo a la impotencia, por dejarlo como quien dice en el aire. Esa querrela personalista, de compadres, por mezquindades de cambios de empleados, sirvió de torpe y abusivo pretexto para la actual ocupación militar norteamericana.

Por indecisión, temor, honradez, o lo que fuera, Desiderio Arias se quedó a medio camino, se colocó en un término medio, dejó correr el tiempo, sin definir una actitud pronta y radicalmente decisiva. Ignoraba que si los términos medios salvan casi siempre en momentos normales, pierden irremisiblemente en las crisis supremas, en el personalismo político sobre todo. Hay que dar pronto y firme antes que el contrario se recobre y nos amague con posibilidades de éxito. Arias era en realidad un revolucionario y no quería aparecer como tal. Desempeñaba la Secretaría de Guerra y Marina legalmente por la voluntad de Jiménez y retirado por éste de ese cargo no podía invocar nada

que en un sentido constitucional justificase su actitud belicosa frente al primer mandatario de la Nación. Quiso ser y no ser al mismo tiempo. Situarse dentro de la legalidad y estar a la vez fuera de ella. Tal cosa era imposible. Su papel de paladín del Congreso, de defensor de las instituciones, parecía no engañar a nadie. Por encima de todo eso algunos creían ver al caudillo partidarista obseso de continuo por el afán de no perder ni una pulgada de las *posesiones adquiridas*. Durante un tiempo se iluminó su figura con un resplandor de atracción simpática: se le consideró por muchos, yo entre ellos, como el caudillo eficazmente representativo de la causa nacional en pugna contra la humillante y vergonzosa intervención de la gente del Norte. Los acontecimientos posteriores probaron desdichadamente que no estaba capacitado para asumir tan alto encargo o que le eran por completo adversas las circunstancias que influían sobre él en aquellos momentos.

III

Con ser aquel hecho de notoria gravedad no puede decirse que fuera una revolución ni mucho menos. El país permaneció tranquilo. En la misma Capital, teatro de los acontecimientos, no se registró ni un solo hecho delictuoso. Sólo una escaramuza ocurrió entre las partes contendientes. Sin embargo, sin esperar a más, desembarcaron tropas americanas en las inmediaciones, por San Gerónimo. ¿Vinieron, como se dijo en la prensa en aquellos días según una frase atribuido a Mr. Russel, el ministro norteamericano, solicitadas ansiosamente por el gobierno dominicano, o por mandato directo y espontáneo del Presidente Wilson como afirmaban otros? Mientras no haya prueba fehaciente en contrario no me permito dar ascenso a lo primero. Por más que aquella sedición estaba localizada y no había peligro de que tomara mayores vuelos, sin duda el gobierno de Washington juzgó la ocasión favorable para completar la obra de absorción o dominio ya hacía meses iniciada en el vecino territorio haitiano. El Congreso no era un poder revolucionario como en todos los tonos afirmaban sus contrarios. Ninguna medida legislativa se había dictado transgrediendo el

orden constitucional. Las afinidades políticas de algunos de sus miembros estrechamente vinculados al general Desiderio Arias no podían imprimir carácter revolucionario a las tareas legislativas mientras no se tradujesen en hechos claros y precisos reveladores de una actitud de guerra declarada al Poder Ejecutivo. La acusación al Presidente caía de lleno dentro de los términos constitucionales.

Cuando se precipitaban los sucesos y empezaba a acentuarse la agresividad de la intervención, prefirió el Presidente Jiménez antes de tolerarla o de apoyarse en ella, descender de las alturas y buscar en el asilo del hogar consuelo para sus desencantos y alivio para los achaques físicos de su ancianidad atormentada. Su renuncia parecía definir la situación. Fue, y sigo considerándolo así, un acto noble y patriótico digno de aplauso por más que el encrespamiento de las pasiones partidistas lo considerase de manera distinta. En una carta abierta que le dirigí desde esta ciudad le expresé en estos términos mi sincera aprobación a esa determinación suya tan digna y honrosa:

"...Por encima de las montañas, asilos de libertad, que se yerguen entre nosotros, va mi mano a estrechar la suya en muestra de felicitación expresiva y sincera. No ha querido V. ni un solo minuto más de autoridad sostenido desdorosamente por bayonetas extranjeras. Ha creído V., y ha creído noblemente, que no vale la pena para ningún hombre digno ejercer la primera magistratura del Estado apoyado coercitivamente en una intervención extranjera humillante e indigna desde cualquier punto de vista que se la considere. Se ha sentido V. incapaz —y eso debe borrar ante la historia cualesquiera faltas que V. haya podido cometer— de fungir de malaventurado histrión representando el vil y abominable papel de un Dartiguenave haitiano o de un Díaz nicaragüense. Por eso lo felicito a V. sinceramente, con toda mi alma. Abandonó V. el poder, altiva y noblemente, sin permitir que negras gotas de infamia manchasen la blanca cabeza de su ancianidad respetable. Lo que le digo hoy en esta carta he de repetirlo en un libro que lle-

vará por toda nuestra América el hondo eco de mi desesperación y mis dolores de dominicano cruelmente apuñalado en sus más ingentes y caros ensueños de vida nacional gloriosa y digna."

PATRIOTISMO Y PATRIOTAS

I

Virtud fundamental y suprema es el patriotismo. De raíz psicológica principalmente emocional imprégnase, por necesidad, en sus más altos estratos, de efluvios de procedencia intelectual de proyección en ocasiones determinantes y una que otra vez decisiva. Como toda escala de emocionabilidad de más o menos acentuados tonos y resonancias, se desenvuelve en procesos espirituales en que vibran sucesivamente estados de alma reveladores de idealismo más o menos luminosos y conscientes. Desde el casi instintivo apagamiento al pedazo de tierra, al rincón en que se nace y se vive a las múltiples peculiaridades físicas que lo constituyen y lo revisten de especial fisonomía, a los árboles que nos prestan sombra bienhechora en las ardorosas horas caniculares, al río que lo baña y lo fecunda, hasta la vibración más alta y compleja de ese sentimiento, hasta la nación en sí, en sus elementos jurídicos, en su complicado engranaje, en las formas distintas que la integran y particularizan, el amor patrio, en su crecimiento, en su evolución, en su proceso ascensional, responde de continuo a un concepto de vida colectiva cada vez más amplia y progresiva.

Véasele como se quiera, el sentimiento no florece, no puede florecer en ningún caso como forma exclusiva de nuestro ser individual. No es jamás elemento psicológico de inconfundible simplicidad que actúa solitario sin conexión con las otras facul-

tades que cohesionan nuestro mundo interior. Algo y aun algo pone siempre nuestra inteligencia, nuestra potencia conceptual, en toda expresión de las realidades efectivas, de acentuada sensibilidad, que constituyen la trama principal de nuestra vida íntima. El patriotismo, entendido en su más vasto y comprensivo sentido, en su más viril y consciente forma de manifestaciones continuas de civilizadores adelantos, no se descubre integralmente sino en sociedades de intensa cultura capaces de apreciar cumplidamente aspectos del desenvolvimiento colectivo cada día más complejos y perfectibles. Carácter evidente de tales repulsiones de un verdadero espíritu patriótico es la constante aspiración a una racional y paulatina depuración de excrecencias más o menos nocivas del pasado, de cosas de visible anacronismo que han rendido ya su jornada y que necesitan imprescindiblemente desaparecer o transformarse.

En lo social, en lo íntimo de su tejido de ideas, no puede darse sin riesgo de momificación o algo peor un concepto permanente de existencia estática y uniforme. Bajo apariencias de solidez, de cosas fijas y estables, el cambio, la transformación, el devenir incesante se efectúa. Nos transformamos sin darnos por lo general ni aproximada cuenta de ello. Quizás, en lo que atañe al patriotismo en su fibra más sensible, ese cambio, esa labor interior, subterránea, que se opera casi siempre en el subsuelo, necesita revelarse en supremos instantes psicológicos con caracteres de explosiones de intensa fuerza, de catástrofe, de algo que se apacienta en un dolor fiero e insuperable. Para Renan el vínculo soberano de las peculiaridades territoriales, étnicas, históricas, que integran la idea de nación es el dolor del vencimiento, el dolor inmenso, honda y generalmente sentido, profundamente extendido y comunicativo que se desprende de la contemplación de una inmensa desgracia colectiva, de la patria en vías de extinción, del territorio ferozmente ultrajado por un invasor extranjero...

Esa consternación, ese dolor profundo vibrante de desesperación, no se ha producido aquí desdichadamente, viendo la paulatina ocupación militar del territorio, sino en unos pocos espíritus conscientemente amantes de cuanto material y moralmente constituye el patrimonio nacional. Los que en todo género de medios de propaganda no hemos cesado de advertir el peligro

que se avecinaba y señalar los procedimientos más a propósito para conjurarlo en todo o en parte, hay que confesar que hemos fracasado lamentablemente. Pese a garrulerías y verbosidades altisonantes, lo que seguimos llamando sentimiento nacional es ya en muchos cosas sin enjundia ni consistencia. Término en la mayoría de las ocasiones puramente convencional. Entre todas las cosas que el hombre ha creado en su secular evolución al través del tiempo y del espacio, ninguna representa tan grande y poderosa fuerza social, ninguna atesora tanta positiva integración de sentimientos como el verdadero patriotismo. En él se vinculan idealismos de tal magnitud que forman el más amplio y fértil terreno para el florecimiento de las más altas y caras excelsitudes humanas. Tal vez, como suponen algunos, el cosmopolitismo constituya la fase más natural y avanzada del adelanto humano; pero digan los *sans patrie* cuanto quieran en nombre de una ciencia parcial y acomodaticia, ese ideal de cosmopolitismo no quita, ni quitará jamás, que cada pueblo, aun aproximándose a un ideal de ese género, conserve su peculiar fisonomía, sus rasgos esenciales, sus líneas características, lo que lo particulariza, su *individuación*, que en la escala social, lo mismo que en la biológica, como que señala la más resaltante y científica finalidad del proceso evolutivo de la vida.

II

El sentimiento patriótico aun en pueblos de larga y gloriosa historia, tiene épocas de disminución, de visible descenso, que aprovechan los observadores superficiales para dar rienda suelta a apreciaciones y fallos inficionados del más negro y desconsolador pesimismo. Tal sucedió con la Francia de hace pocos años. En su hermoso libro *La Patria* dice Emilio Faguet:

“En Francia la idea de patria va cayendo poco a poco en ridículo. Los maestros de escuelas, los profesores de segunda enseñanza y de enseñanza superior son, en su mayoría, no digo antipatriotas, sino que están por encima de la idea de patria; los obreros, en general, son indiferentes a tal idea; los burgueses, sólo tibieza manifiestan”

tan, y las clases elevadas son cosmopolitas en sus costumbres y en sus ideas."

Ya sabemos todos que tal estado de alma era cosa puramente artificial; expresión de impresionismos suscitados por falsas y mal digeridas ideas propias de exagerados radicalismos socialistas. Llegada la hora del peligro esas ideas malsanas desaparecieron como por encanto. El pueblo francés se unió estrechamente olvidando diferencias pasajeras de partido para dar al mundo el sublime espectáculo de abnegación, de valor heroico, de desinterés ejemplar, de insuperable sacrificio que aún ofrece en la dolorosa hora presente...

En realidad, salvo en una minoría reflexiva y culta, nunca hemos poseído una verdadera conciencia nacional. Cuando creíamos haber alcanzado un concepto de patria bien preciso y definido sólo tocábamos positivamente apariencias vistosas y deslumbrantes de esa idea. Tomábamos nombres sonoros por efectivas concreciones colectivas. En mi teoría de *las dos corrientes*,* la nacionalista y la anexionista, que constituyen puede decirse toda la urdimbre de nuestra vida histórica observada en una sintética visión de conjunto, afirmé erróneamente que la última estaba extinguida o cosa parecida. Me equivoqué por entero. Aspectos superficiales y muy llamativos de las cosas se me figuraron las cosas mismas. Merced a nuestro personalismo torpe y corrompido, esa corriente anexionista que yo daba por agotada o desaparecida iba al contrario tornándose de hilito de agua apenas visible en riachuelo que bajo la acción incesante de ciertos elementos amenazaba convertirse en líquido caudal arrollador e impetuoso. Ese anexionismo era como yerba nociva que, apenas extirpada, retoñaba de nuevo para vergüenza nuestra más rápida y copiosa. Algunas voces, muy pocas, rebosantes de indignación, se han alzado en medio del tumulto de las banderías enfurecidas poniendo el grito de desaprobación y de protesta en el cielo. El mayor número, casi la totalidad, permanecía como si tal cosa. Parecía no ver ni oír nada.

Hace un año, poco más o menos, me expresaba así en una acreditada revista extranjera: En la tormentosa hora presente

* *La hora que pasa*. Carta a P. Henríquez Ureña, 1909.

parecen nuestro indiferentismo, nuestro dejar correr las cosas sin esbozar siquiera el intento de atajarlas, de reaccionar potentemente contra ellas, peor mil veces que un empeño de militante y franco anexionismo. Se verificaría entonces un preciso deslindamiento de campos. Estaríamos frente a frente amigos y enemigos de la nacionalidad, y seguro estoy que con fuerte mano aplastaríamos a los escasos defensores del propósito liberticida. Estudiada serenamente nuestra psicología colectiva, acaso consista principalmente esa indiferencia en el carácter de absorción mansa y pacífica, sin agresividades hirientes, que hasta el momento actual asume el avance del yanquismo en nuestro malaventurado país.

Quizás, pensaba, acacería algo muy distinto si esa lenta injerencia tomase otro aspecto, si, en una circunstancia dada, asumiese formas de imposición militar como está pasando dolorosamente en la vecina República. La masa no siente nunca sino lo que hiere con fuerza sus ojos y le toca por donde más le duele. El choque quizás sería inmediato. Tal vez sería la única manera de solucionar el tremendo conflicto. Dada nuestra inmensa inferioridad material, se perderían acaso los jirones que aún nos quedan de soberanía nacional; pero caeríamos entonces como el excelso héroe cubano, "de cara al sol", consecuentes en un todo con nuestra épica historia y haciéndonos dignos de la admiración y del aplauso mundiales. Hay un honor nacional como hay un honor individual. Nadie deja, a no ser un individuo indigno de toda consideración social, que se le abofetee y se le pegue públicamente. En la vida de los pueblos hay casos en que si se quiere continuar viviendo con honor, es preciso arrostrarlo todo, arrojar el guante con resolución caballeresca, sostener con viril denuedo, así el contrario nos supere inmensamente en todo, lo que representa nuestro derecho al goce integral de una independencia que se ha conquistado, cara y gloriosamente, probando con los hechos que somos en un todo acreedores a que se vea que sabemos, llegado el caso, sucumbir honrosamente sin desfallecimientos cobardes...

El contrario admirado de nuestro coraje y gallardía quizás se detendría antes de descargar su ariete formidable. Mil circunstancias morales y materiales lo impulsarían a ello. No se atropella fácilmente a un pueblo por pequeño que sea si se le ve dis-

puesto a defenderse sin reparar en medios ni procedimientos. Para un Goliat puede aparecer siempre un David. Otro sería el concepto que tendríamos de Bélgica si bonachonamente, a trueque de conservar su tranquilidad y sus riquezas, hubiera sin resistencia abierto paso franco a la invasión teutónica. La contemplaríamos ahora con un sentimiento de compasivo desdén. Vencida, pisoteada, arruinada, se alza hoy ante el mundo como un símbolo de suprema grandeza moral, como el más alto ejemplo humano de dignidad colectiva y de amor y respeto al derecho y la justicia. Los que no tienen perdón del mundo ni de la historia, son los pueblos que sin protestar virilmente, sin eruirse con decisión indomable, dejan que pedazo a pedazo se les cercene su autonomía, lo que les da personalidad de relieve inconfundible en el concierto de las naciones.

Me equivoqué también. El ejemplo del pueblo haitiano debió haberme abierto los ojos. No había quien no creyese a puño cerrado en que ese pueblo, de no desmentido *patriotismo*, se defendería bravamente haciendo pagar cara al invasor su victoria. Un haitiano eminente, A. Firmin, en su notable libro, *M. Roosevelt, Président des Etats-Unis et la République d'Haiti*, expresaba hace poco más de una década los siguientes conceptos:

"En los Estados Unidos se sabe, como en todo el mundo, cuál sería la actitud del pueblo haitiano si su territorio fuera amenazado o invadido. La empresa de imponernos un protectorado no sería otra cosa que la resolución fría y premeditada de exterminarnos. El invasor, después de todos los horrores de una guerra salvaje, no encontraría sino un amontonamiento de ruinas sobre el campo de sus conquistas estériles..."

Ya hemos visto de cuán distinto modo pasaron los sucesos. Unos cuantos centenares de soldados americanos bastaron para imponer a nuestros vecinos un protectorado ignominioso que mutila gravemente su soberanía nacional... Si Antenor Firmin resucitara, ¡cuán hondo, cuánto terrible sería su dolor al contemplar la horrible verdad de las cosas! Lo mismo o poco menos ha pasado en Santo Domingo. En mis observaciones tomé por un verdadero pueblo lo que en realidad era sólo una muche-

dumbre sin cohesión, sin solidaridad, disgregada, fraccionada, más ideal que el acaparamiento del poder supremo fuera como fuese. Todas esas explosiones de patriotismo condensadas en discursos pomposos en ocasiones de aniversarios o de actos de cívica resonancia, no fueron, en gran parte de los casos, sino ruido pasajero y monótono, vago y tonto derroche de falso y deslumbrante lirismo. *Words, words, words.*

III

Y lo más doloroso de tal disminución o extinción del sentimiento patrio reside en la tendencia estúpida a ridiculizar o a poner en solfa, por parte de unos cuantos casi todos pertenecientes a una misma facción política, cuanto se encamina a reivindicar lo que en el patriotismo hay de positivo y trascendente eficacia social. *Patrioteros, patriotería*, dicen llenándose la boca, muy campantes y sabihondos, en plazas, calles y restaurantes unos cuantos tipos maleantes cada vez que se habla de cosas de intrínseco civismo. Eso es patriotería, ése es un patriotero, dicen algunos recogedores de migajas del presupuesto refiriéndose a gentes que todavía confían en el valor de muchos nobles idealismos humanos. La palabreja estuvo en moda en estos últimos días cuando algunos que no ven más allá de sus narices afirmaban *urbi et orbi* que los yanquis eran unos excelentes amigos que sólo habían venido a restablecer el orden constitucional en las ciudades perturbadas por el espíritu revolucionario.

Pero bajaron de tono, empezaron a humanizarse, cuando contemplaron que no se trataba ya del restablecimiento de ninguna legalidad constitucional, sino, tomando esa creencia por pretexto, de ensanchar cada vez más el radio de la ocupación militar para hacer con rapidez más efectivo su dominio. Tengo para mí que en el estado actual de las cosas, amenazados de ser convertidos en una colonia o en un protectorado yanqui, la tendencia general de nuestros esfuerzos debería encaminarse, en primer término, a establecer un deslinde radical de campos de manera que en él no hubiese más que dos agrupaciones definidas con sus respectivos principios: dominicanos ayanquizados de un lado y dominicanos febreristas o nacionalistas del otro.

Los primeros con sus ideas de adhesión a una especie de protectorado que nos ordenase y disciplinase a su guisa, aun, si fuere preciso, sin tener en cuenta modalidades muy íntimas de nuestra existencia colectiva, y los segundos con su acendrada y firme devoción a los ideales de una patria en absoluto independiente y libre, tal como la concibieron los gloriosos y abnegados fundadores de la República.

LA INVASIÓN

I

La renuncia del Presidente Jiménez no resolvió definitivamente el conflicto. Para quitar hasta el más leve pretexto de revolucionarismo era necesario que el general Desiderio Arias hubiera adoptado una actitud de honroso despegue de los intereses partidaristas a que estaba adscrito. Las Cámaras, titubeantes o anarquizadas, trabajadas por mezquinos intereses personalistas, no acertaban a ponerse de acuerdo para dar un giro satisfactorio a lo que demandaba de ellas el país: la pronta elección de un Presidente Provisional de la República...

El conflicto siguió su curso. Prodújose entonces el insolente *ultimátum* del almirante Caperton en que señalaba al general Arias un brevísimo plazo para desocupar la Fortaleza de Santo Domingo. Así lo realizó bajo la presión de reflexiones y de súplicas de mucha gente de viso. Quizás no debía hacerlo, puesto ya de frente al yanquismo, sin antes haber esbozado una actitud de honrosa resistencia. Para su gloria personal y para honra del país preferible hubiera sido que cayera altivamente entre los escombros del histórico Homenaje. Salió, clandestinamente de la Capital, con aspectos de fugitivo, seguido de numerosa tropa bien provista de municiones, rumbo a las serranías y llanuras del Cibao...

Con su salida estaba removido el último pretexto. No lo entendieron así los que fungían de directores de la intervención,

y, con asombro general, en medio de la más horrible y mal comprimida indignación, ocupó el ejército yanqui con gran aparato militar la indefensa ciudad de Santo Domingo. Sus principales edificios públicos fueron convertidos en puestos de guardia de los soldados extranjeros. Por todas partes aparecían banderas nacionales enlutadas. Clausuráronse todos los centros de diversiones. Enmudecieron los pianos. Ciudadanos de alta posición intelectual y social formularon protestas vibrantes impregnadas de dolor y de ira. Damas distinguidas por su cultura, belleza y virtudes, se enfrentaron a los usurpadores lanzándoles a la cara el verbo indignado de su hirviente dolor patriótico... Mientras tanto las Cámaras, elevándose por encima de consideraciones partidaristas, se pusieron de acuerdo para el nombramiento de un Presidente Provisional: Don Federico Henríquez y Carvajal, una de las pocas personalidades de indiscutibles merecimientos con que cuenta el país. Prodújose como un movimiento de satisfacción por todas partes. Pareció que se respiraba a pleno pulmón. Llovieron las adhesiones y los aplausos aun desde los puntos más lejanos del territorio nacional.

Pero cuando faltaba sólo la última de las seis votaciones necesarias, los interventores interpusieron su veto negativo. ¿Con qué razón, con qué derecho? Para evitar otro nuevo conflicto, el candidato se dirigió al Senado en estos mesurados y patrióticos términos:

"Preveo que la injerencia oficiosa asumida por el señor Ministro de los Estados Unidos de América en la suerte del proceso eleccionario que corre trámites en esa Alta Cámara pudiera con ofensa para la inermes República Dominicana, sin honra para los Estados Unidos, con escarnio para el crédito de la justicia internacional, influir en que la libertad de la elección que os toca llevar a cabo bajo el único dictado de vuestra propia rectitud, degenerase en una trémula simulación. Por tanto, con el firme designio de coadyuvar a preservar la República contra los arteros peligros de una elección sin libertad, o hecha a capricho de subterráneos intereses antinacionalistas, o concertada al conjuro de la vejaminosa coacción moral que pugna por invadir actualmente la con-

ciencia nacional, os ruego que prescindáis de mi nombre como candidato a la presidencia de la República."

El Senado no debió a mi juicio ni aceptar la injerencia extremadamente abusiva del Ministro norteamericano ni la renuncia del candidato Henríquez y Carvajal. Era como asunto de dignidad nacional sostener esa elección aun corriendo todos los riesgos y consecuencias que pudiera acarrear ante los agresivos interventores. Por más que gente de cierta laya pretendiese achacar la conducta del Ministro americano a la sospecha de supuestas inclinaciones partidaristas del candidato de referencia, nadie que conozca a fondo la nobleza de su espíritu y su acendrado patriotismo podrá dar crédito a tales calumniosas imputaciones. La verdadera causa de ese veto residió a mi ver en que la fruta no estaba madura como quien dice. Era preciso antes incautarse de la totalidad de la Hacienda Pública y completar la ocupación militar del territorio adueñándose a su antojo de las poblaciones principales, para, ya en esa situación de dominador, imponer con mayores condiciones de éxito los futuros términos de un vejaminoso protectorado.

II

¿Había gobierno? ¿Quién regía en aquel instante supremo los destinos del invadido país? Renunciando el Presidente Jiménez, asumió la función Ejecutiva el Consejo de Secretarios de Estado. Aunque se discutiera la capacidad legal de tal Consejo para ejercer la suprema magistratura del Estado, es lo cierto que actuó como tal sin mayores protestas. Su actuación gubernativa fue un hecho, un hecho en acción, y con los hechos no se discute. Ese gobierno tenía a su cargo como Ejecutivo nacional la dirección de las relaciones exteriores de la República y el alto cuidado de preservarla de ataques de adentro o de afuera. Su conducta en las pasadas graves emergencias no ha podido ser más deplorable. No formuló siquiera la protesta necesaria en tales conflictivas circunstancias. No se irguió indignado como era su más rudimentario deber. Contemporizó con la invasión y en ciertos momentos apareció como facilitando su desarrollo. En

sus autoridades provinciales del Cibao predominó siempre, con tales o cuales pretextos, un espíritu de franca simpatía hacia los que a juicio de algunas de ellas venían tan sólo a restablecer la legalidad constitucional parcialmente alterada. Corifeos de un determinado grupo político inspiraban o secundaban a tales autoridades en sus miras de desvirtuar o perseguir toda benéfica propaganda patriótica.

Esa conducta se puso de relieve dolorosamente en La Vega, en la noche inolvidable del primero de junio del presente año, con motivo de una manifestación patriótica que recorría las calles en son de protesta legal y pacífica contra el desembarco de los yanquis en Puerta Plata, después de un ligero combate. Aún recuerdo esa noche desapacible, extremadamente lluviosa. Las calles parecían verdaderos ríos. En el cielo no fulguraba ninguna estrella. A pesar de tan adversas circunstancias, un grupo numeroso se tiró a la calle para manifestar públicamente su indignación. El grupo fue aumentando, aumentando, hasta tomar proporciones de una gran manifestación cívica. En la noche oscura resonaban los marciales acordes del himno nacional. Los vivos a la República ultrajada atronaban el espacio. En una esquina cercana a mi casa, bajo el paraguas que chorreaba copiosamente, contemplaba el gentío que venía calle arriba hacia el lado mío. De pronto, los que lo encabezaban, se detuvieron para pedirme que arengase al pueblo. Dije unas cuantas frases que juzgué adecuadas al caso... Los manifestantes prosiguieron ordenadamente su camino... Dos o tres minutos después suena un tiro... El gentío se arremolina primero, después se deshace. La policía persigue y aprisiona un gran número. Prodúcese un sálvese quien pueda. Ciudadanos distinguidos que no habían tomado parte en la manifestación, como Arístides Patiño, Pedro A. Bobea, Evangelista Cornelio, otros más, durmieron esa noche en la cárcel... Este acto de presión produjo en todos los espíritus un sentimiento de intensa amargura. Los muchachos de la calle tuvieron miedo de tararear o silbar el himno nacional. Por no sé qué sugestión, qué intuición misteriosa, algunos de ellos lo substituyeron con la Marsellesa. Menos mal...

En San Francisco de Macorís la presión ejercida sobre el sentimiento popular era aún más acentuada y lamentable. Un buen ciudadano, el señor V. Linares E., autor de una hoja suelta en

que protestaba contra la ocupación militar norteamericana, tuvo que huir y refugiarse en Santiago, para escapar de los rigores de una injustificable prisión. Desde Santiago dirigió una vibrante carta al gobernador interino de la provincia que había tenido que abandonar para no ser encarcelado. Fue muy leída y celebrada. Aunque el gobernador de Moca estaba identificado con la política de los Secretarios de Estado, no se produjo allí ningún acto de carácter antinacionalista. Discreto e inteligente, el general Manuel Sánchez, primera autoridad de esa provincia, supo conducirse con verdadera suavidad diplomática. No lastimó ningún derecho. No persiguió a nadie... Pero lo más triste y censurable de todas estas cosas fue el sombrío espectáculo del paso de columnas destinadas a someter a Santiago donde sólo había ocurrido un incidente local sin importancia, con el más o menos sospechado propósito de encender la guerra civil para así justificar más la intervención extranjera. No puede darse nada más bochornoso. Santiago, después de desconocer un gobernador que parece gustaba poco, estaba en plena paz esperando para el arreglo de ese incidente el inminente nombramiento de un Presidente Provisional de la República. Fue error piramidal, por no decir otra cosa peor, querer solucionar por medio de las armas cosa tan baladí en aquellos momentos de angustiosa expectación en que una ocupación militar extranjera iba asumiendo proporciones más dolorosamente amenazadoras. Algunos de los que así procedieron abusando del poder, bien merecían caer bajo el imperio de los artículos 76 y 77 del Código Penal.

III

Y mientras columnas extranjeras van tomando ciudades y ocupando puntos estratégicos, en cartas públicas, en periódicos, en exhortaciones de distinta procedencia, resuenan, como fórmulas sintéticas de previsión, las palabras *discreción, prudencia, cordura*. Estas palabras en el lenguaje común de todos los días, tienen una acepción clara y precisa que nadie desconoce. Pero en situaciones de crisis culminantes, en momentos en que se juega el honor nacional, tales vocablos, repetidos con frecuencia, tienen una significación que sólo traduce estados de ánimo en que predomi-

na la inclinación a componendas o a transacciones indecorosas o humillantes. Esas palabras que se agitan en el ambiente a manera de banderines de señales, quieren decir únicamente: *hay que conformarse, hay que someterse...*

No hay nada de chauvinismo ni de lirismo romántico en lo que expongo. Creo decir alta y serenamente la verdad. No entiendo de hacer frases cuando se trata de cosas de vital interés nacional. De esta prueba terrible, así a la larga pueda favorecernos en poco o en mucho, saldremos hartos quebrantados en lo que reza con nuestro concepto histórico mundial, muy pronunciadamente en estos pueblos de América afines al nuestro por más de un concepto. En el termómetro de la dignidad nacional hemos descendido casi a cero. De muchas ciudades de América he recibido cartas en que se me hacen ciertas dolorosas interrogaciones. A todas he contestado lo mismo: el pueblo dominicano no se ha defendido, no porque haya generado en sus tradicionales atributos de decisión y de acometividad, sino porque hondamente dividido en facciones personalistas no ha habido quien lo unifique y cohesione, única manera de defenderse con su energía y heroísmo de épocas pretéritas. No hemos tenido *hombres* en una palabra, *hombres representativos*, de dirección y de acción. Por ninguna parte se ha vislumbrado la silueta del caudillo nacionalista dotado de las condiciones necesarias para asumir la dirección enérgica y resuelta del pueblo dominicano en esta hora doliente y luctuosa de su atormentada existencia.

Pero hay que confesar con cierta satisfacción que amengua un tanto el acerbo dolor de los actuales instantes, que no han faltado quienes, moviéndose en la esfera más o menos limitada de sus facultades, han puesto en alto, con vibración intensa y permanente, los conculcados y pisoteados atributos de la soberanía nacional. La prensa, con muy contadas excepciones, ha mantenido un criterio de protesta acentuada y vibrante contra la por todos conceptos abusiva e injustificable ocupación militar de nuestro territorio por un ejército norteamericano. Américo Lugo con sus jugosos artículos acerca de la Intervención; Eugenio Deschamps en *La Hoja Suelta* y Fabio Fiallo en *La Bandera*, a la par de sus relevantes condiciones de escritores eximios, han puesto en evidencia lo que es en gran manera superior a esas dotes, un acendrado y hondo concepto de su propia perso-

nal estimación y una intensa devoción a magnos ideales de patria independiente y libre. Ese alto ejemplo de cumplimiento de un deber austero y reflexivo en medio de la infamia de los unos y del abatimiento de los más, nos ofrece como un fulgor de bienhechor consuelo en la tétrica noche de desventuras y de horrores en que parece que va a esfumarse definitivamente el alma nacional.

IV

Después de la ocupación militar de la histórica capital de la República, ocurre, quince días más tarde, el bombardeo y la toma de posesión de Puerto Plata. La resistencia al invasor extranjero fue aquí menos vigorosa y porfiada de lo que era de esperarse si se consideran las anteriores patrióticas declaraciones del general Apolinar Rey, gobernador de aquella plaza. En realidad no fue más que una escaramuza... En Santiago y en Montecristi el entusiasmo patriótico enciende los ánimos. En algunos periódicos se habla de combatir hasta la última extremidad. Se toman medidas que indican propósitos belicosos. Se evocan los recuerdos de las viejas epopeyas. En Santiago se construyen trincheras y se emplazan piezas de artillería en determinados lugares de reconocida importancia defensiva. Hacía ya días que había sido desocupada la plaza de Montecristi. Los americanos entraron en ella sin disparar un tiro. Desde allí y desde Puerto Plata intiman imperiosamente la rendición de Santiago. En esta ciudad se encuentra ya el general Desiderio Arias con las tropas que sacó de Santo Domingo. Se cree, cree todo el mundo, que en la gloriosa ciudad del 30 de Marzo se repetirán los hechos épicos de los primeros días de Septiembre de 1863. Median comisiones de elementos pacíficos buscando una solución satisfactoria al conflicto... Mientras tanto, desoídas sus intimaciones de entrega, los americanos se ponen en marcha convergente desde las poblaciones que ocupan en la costa...

Avanzan lentamente con explicable lujo de precauciones. Son mil y tantos hombres por todo. A ese número poco más o menos asciende el contingente que en Santiago tiene a sus órdenes el general Arias. Es gente regularmente armada y municionada.

Todos son hombres de pelo en pecho, suficientes para haberse-las con la fuerza enemiga que avanza y hacerle pagar muy cara la victoria si es que llegan a obtenerla. Si los americanos poseen un armamento superior, los criollos tienen en cambio el conocimiento completo del terreno, propicio en un todo por sus asperezas y quebraduras a la asechanza y a la emboscada. Aunque el general Arias se siente solo, aislado, abandonado de los otros caudillos, cuenta, sin embargo, con elementos para hacer una fuerte resistencia al contrario que prosigue su marcha sin mayores interrupciones. Las fuerzas del Consejo de Secretarios de Estado que inquietaban la plaza por el lado de Gurabo han tenido que retirarse a larga distancia después de reñidos combates.

A juicio de gente entendida no había para qué mantener toda la gente de que se disponía en el recinto de la plaza y sus alrededores dificultando así el problema de racionarla sin perjuicio de los intereses del vecindario que empezaba ya a poner el grito en el cielo. Ese millar o más de hombres, todos en disposición de guerrear, colocados convenientemente en los sitios más a propósito para hostilizar al enemigo en los dos caminos por donde avanzaba, lo hubieran hecho retroceder o por lo menos infligirle pérdidas gravísimas mucho antes de avistar a Santiago. Los americanos sólo encontraron en el camino escasos núcleos que desbarataron fácilmente. Un puñado de hombres, veinte o treinta a lo sumo, intentó cerrarles el paso en el Túnel o la Piedra, camino de Puerto Plata. Allí cayó combatiendo heroicamente Laíto Báez. Su entierro, en Santiago, revistió el imponente aspecto de un duelo público. Al pasar su ataúd cubierto con la bandera nacional frente a la casa del abogado Furcy Castellanos, en un instante de noble emoción, una niña de éste corrió al piano para desgranar las notas del himno dominicano. Los restos del patriota debieron estremecerse en el fondo de su negra caja.

Por el otro lado, por el camino de Montecristi, sólo hubo tiroteos insignificantes y una pelea algo reñida en la Barranquita de Guayacanes. Allí el Jefe comunal de Mao con cuarenta o cincuenta hombres, bien emboscado, pretendió oponerse al avance del invasor. Pero fue envuelto, según se afirma, cuando menos lo esperaba. Fue atacado por retaguardia, por donde ninguna agresión era de esperarse... Después se afirmó que prácticos

dominicanos llevaron a cabo esa infamia guiando por caminos extraviados a los americanos. Dos o tres mozos de la buena juventud de Mao cayeron para siempre en ese lance sangriento... Los jefes de Santiago no hicieron ninguna otra resistencia al invasor. Sus tropas, al conocer el arreglo, se entregaron a los mayores actos de violencia y de pillaje. En un instante resucitó en ellas el espíritu del más desenfrenado vandalismo. De tropa se convirtió en horda que luego se esfumó en pavoroso desbande... La invasión, ya sin nada que la contuviese, siguió su curso. Destacamentos yanquis fueron ocupando ciudad tras ciudad. Entraban en ellas como Pedro por su casa. Sólo en Baní, según he leído, se les hizo una honrosa resistencia. No podía esperarse menos del pintoresco pueblo curia del egregio Máximo Gómez.

Pretextando no venir como conquistadora, la soldadesca yanqui convierte, sin embargo, en cuarteles los principales edificios públicos de algunas de las ciudades de que se adueña. De esta ocupación de edificios nacionales, la más dolorosa e insufrible ha sido la del Baluarte del Conde. Cuna de la independencia nacional, ese baluarte evoca el imperecedero recuerdo del hecho de más alta y simpática resonancia de nuestra vida histórica. Representa la más pura y excelsa de nuestras glorias. Es el lugar de obligada peregrinación en nuestras grandes solemnidades nacionales. Para no herir torpemente el sentimiento público debió ser respetado por los invasores con preferencia a cualquier otro. Lo ocuparon, no obstante, militarmente cuando por su situación especial no tiene valor estratégico de ninguna especie. Ese monumento tan venerado se convirtió de la noche a la mañana en local de una guardia americana. En sus almenas, ungidas por la historia, pusieron a secar su ropa los intrusos ocupantes. Bajo su arco no cruzaba nadie sino en los grandes días de las ingentes efemérides patrióticas. Hoy profana ese suelo sagrado todo el mundo. Por él pasan actualmente, con estridentes chirridos, los pesados carromatos y demás vehículos de las tropas de la ocupación militar norteamericana... *

* Periódicos que acabo de leer anuncian la desocupación del histórico Baluarte. Gracias sean dadas a los dioses inmortales...

PUNTO FINAL

Por fin despunta un rayo de esperanza iluminando con vivo fulgor el horizonte ensombrecido. Después de muchos cabildos y combinaciones en que sobresalía el juego de mezquinos intereses partidaristas, las Cámaras nombraron, por unanimidad, al eminente ciudadano Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente Provisional de la República. No ha podido hacerse nombramiento más discreto y atinado. Fue Ministro en la primera administración de Don Juan Isidro Jiménez, demostrando en ese puesto excepcionales dotes de competencia y una consagración absoluta y desinteresada a cuanto interesaba al mejoramiento nacional. Asqueado de las arterías y maquiavelismo del politiquero personalista, se fue para el extranjero donde vivió durante catorce años ejerciendo honrosa y lucidamente su profesión de médico... A la llamada angustiosa del país ha acudido abandonándolo todo. De él se espera mucho a pesar de lo anormal y grave de las circunstancias. Su labor será, por lo menos así se espera, de reconstrucción nacional en todas las esferas de la administración pública. Su obra reconstructiva debe ser llevada a cabo, si se quiere que sea efectiva y edificante, con el concurso de todos los dominicanos lealmente interesados en un empeño de sanas orientaciones y de eficaz organización jurídica. Para ello se impone una selección de gente capaz y de reconocido patriotismo. El Doctor Henríquez y Carvajal desarrollará seguramente su política con un alto sentido de conciliación y de concordia. Su espíritu culto y noble, cernién-

dose sobre el tumulto de las banderías, de los intereses mezquinos de *bolos y coludos*, tendrá de continuo ante sí la visión magnificente del bien público sin estrecheces de menguados y disolventes personalismos.

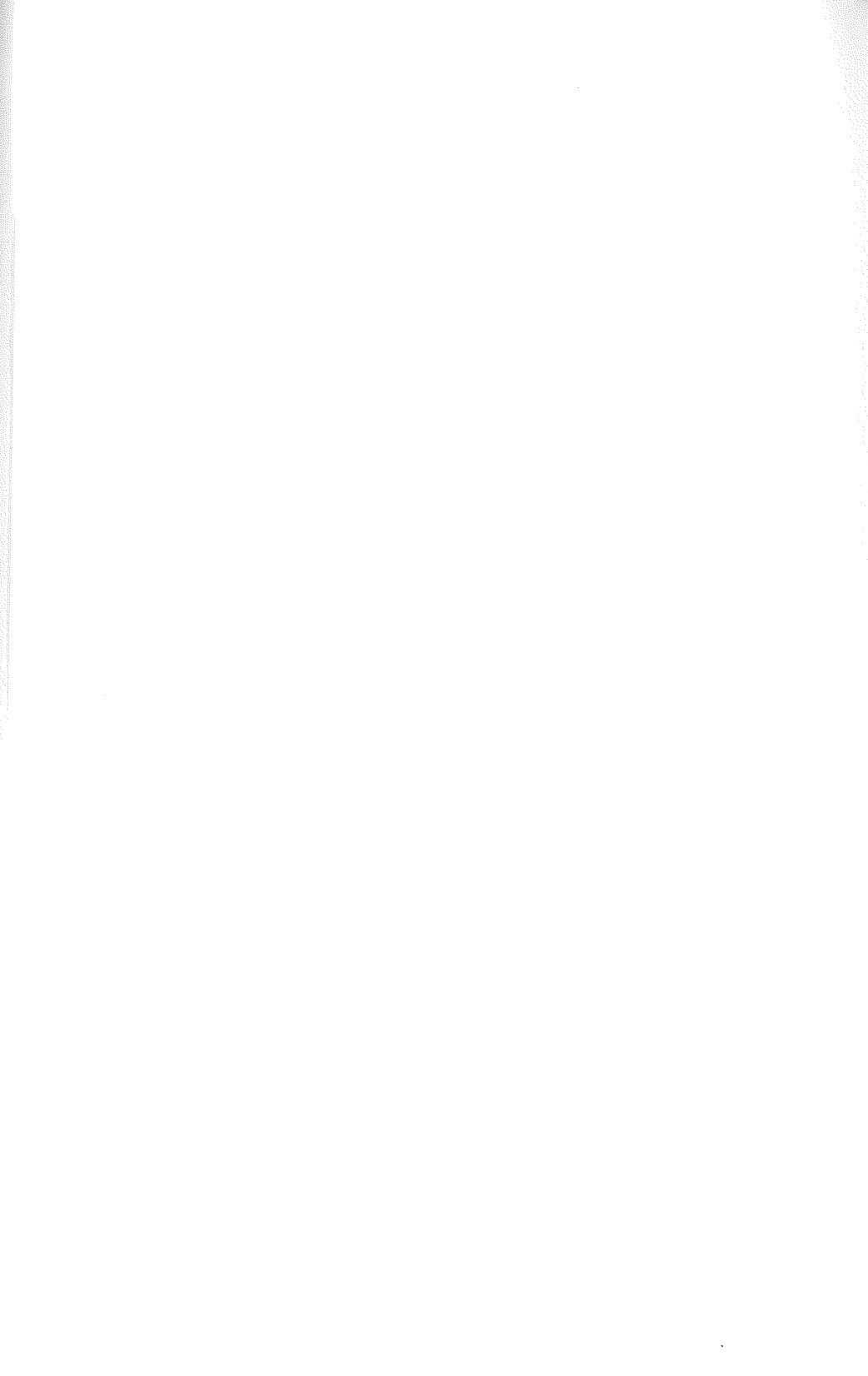
Timbre de imperecedera gloria sería para el nuevo Primer Magistrado que durante su breve interinidad encontrasen adecuada y satisfactoria solución los dos vitales y gravísimos problemas de mayor palpitante actualidad. El primero, ya en vías de propicia orientación, lo constituyen las reformas constitucionales pedidas con porfiada insistencia desde hace más de tres años por una gran parte del país. Pero entiéndase bien: esas reformas deben ser completas, enteras, radicales. De lo contrario, encaminadas a modificar tales o cuales aspectos de nuestro organismo político, restringidas, limitadas, como lo indica el decreto del Congreso Nacional convocando las Asambleas Primarias, no servirían absolutamente para nada. Serían solamente una nueva reforma sin positiva y eficaz trascendencia. La Asamblea Constituyente, si quiere que su obra corresponda a lo que de ella se espera, debe pasar sin escrúpulos por encima de tales entorpecedoras restricciones convencida que de no hacerlo así se incurriría en una nueva burla a las aspiraciones y esperanzas de la parte más sensata y consciente de la sociedad dominicana.

El otro problema es más inmediato, más urgente, más grave si cabe. Se trata de definir clara y precisamente nuestro *status*, lo que realmente vamos a ser. Se dice, y todo parece demostrarlo, que los yanquis quieren imponernos las mismas condiciones del humillante protectorado que abusivamente ejercen en la vecina ex-República. Se cree que nos harán pasar por las horcas caudinas de exigencias que dejarían reducida a poco más de cero nuestra soberanía nacional... Si es así, si por debilidad o impotencia nuestra se nos va a dejar sólo una sombra de autonomía, una independencia mutilada y ridícula; si en lugar de nación soberana se nos va a convertir en una especie de colonia, en una dependencia del Departamento de Asuntos Insulares de Washington, sería entonces preferible perderlo todo, que desapareciese todo; sería mucho mejor que con nuestras tradiciones, con nuestros recuerdos, con nuestras glorias, con cuanto constituye nuestro patrimonio espiritual, hiciésemos una espe-

cie de amasijo para echarlo en no sé qué honda sima de olvido, así como en el intenso poema *Patria*, de Guerra Junqueiro, el gran poeta lusitano, el protagonista, adolorido por la inutilidad de todo noble y patriótico esfuerzo y convencido de que ya no ha de servirle para nada, arroja desde lo alto al abismo que tiene ante sí, para que se rompa en pedazos que acaso servirán para bajos menesteres, la invicta espada de los días resonantes y gloriosos de Aljubarrota!

La Vega, 16 de agosto de 1916.

ÍNDICE



Una introducción a la vida, la obra y las ideas de Federico García Godoy <i>Manuel García-Cartagena</i>	7
---	---

RUFINITO

Rufinito, por Federico Henríquez y Carvajal	77
Palabras	83
El momento histórico	87
Pedro Santana	91
Los febreristas	95
Mella en Santiago	101
La Vega	105
La Vega de entonces	109
Los Dones	113
Rufinito	117
Psicología de un santanista	121
Duarte en el Cibao	125
Siguiendo la pista	131
Camino del Capitolio	135
Rufinito contento	139
“Los de los tristes destinos”	143
Al borde del abismo	147
Misterio	151

Moraleja	155
Notas	157

ALMA DOMINICANA

Página preliminar	161
-------------------------	-----

PRIMERA PARTE

La Bandera	171
------------------	-----

SEGUNDA PARTE

Anexión	187
---------------	-----

TERCERA PARTE

Santiago de los Caballeros	203
----------------------------------	-----

CUARTA PARTE

Camino del triunfo	221
--------------------------	-----

GUANUMA

Párrafos	239
Al Cibao	251
En Santiago	257
Fonso Ortiz	263
Rosario Ordóñez	269
En marcha	275
La cita	281
Guanuma	287
Ocaso de un astro	291
Monte Plata	297
Por entre sombras	301
En Santo Domingo de Guzmán	305
Entre enemigos	313
Laborando	319
Entre conspiradores	323

Camino de Guanama	327
En el campamento	331
En San Pedro	337
El combate	343
Calle de amargura	349
De nuevo en campaña	357
De la guerra	361
En San Cristóbal	369
Politiqueo de campanario	373
Desde San Carlos	377
Al regresar	383

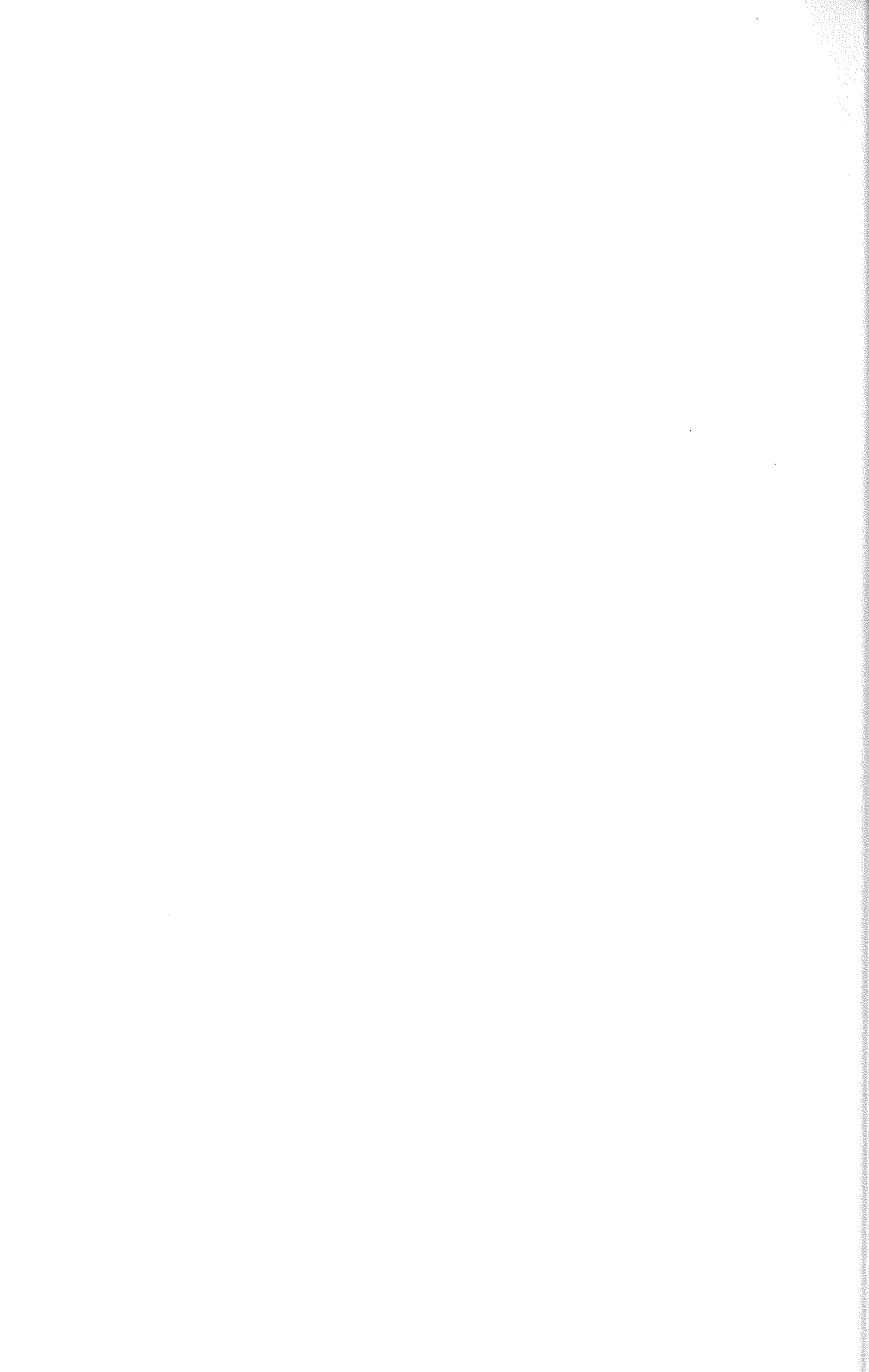
EL DERRUMBE

PRIMERA PARTE

Historia de un libro	391
----------------------------	-----

SEGUNDA PARTE

El derrumbe	403
Frontis	403
Deficiencias del medio	411
Reformas	431
Actuación histórica	441
Imperialismo norteamericano	449
Ramón Cáceres	455
La Convención	459
Previsiones patrióticas	463
Los Victoria	471
Monseñor Nouel	477
José Bordas Valdés	481
El Plan Wilson	493
La escisión	497
Patriotismo y patriotas	505
La invasión	513
Punto final	523



BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
3.- Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los sermones del Padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas
- Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos
- Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó
1. El montero-Epistolario
- Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó
2. Ensayos sociohistóricos.
Actuación política
- Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat
Escritos y epistolario
- Vol. XXXIV.- Javier Angulo Guridi
La fantasma de Higüey y otros relatos
- Vol. XXXV.- Javier Angulo Guridi
Poesías e Iguaniona
- Vol. XXXVI.- Tulio M. Cestero
Obras escogidas
1. Novelas